

A historical painting depicting a man on a horse, likely a conquistador, holding a large flag with the Spanish coat of arms. The man is wearing a blue and white tunic and is looking upwards. The horse is brown and white. The background is a cloudy sky.

Francisco de Quintana

Experiencias de amor y fortuna

Edición crítica de Andrea Bresadola

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

www.unia.es



**Francisco de
Quintana**

***Experiencias
de amor y fortuna***

Edición crítica de Andrea Bresadola

EDITA:

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA

Monasterio de Santa María de las Cuevas.

Calle Américo Vespucio, 2.

Isla de la Cartuja. 41092 Sevilla

www.unia.es

Los costes de impresión de este volumen se han cubierto parcialmente con las subvenciones concedidas por el MIUR al proyecto de investigación

“La prosa auriseculare tra letteratura, storiografia e omiletica: tradizioni del testo e della parola”

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:

Rafael Bonilla Cerezo (Proyecto I+D+i 2010-15072 del MINECO:

La novela corta del siglo XVII: estudio y edición)

COPYRIGHT DE LA PRESENTE EDICIÓN:

Universidad Internacional de Andalucía

Andrea Bresadola

FECHA: 2011

EDICIÓN: 300 ejemplares

ISBN: 978-84-7993-226-8

DEPÓSITO LEGAL:

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: Olga Serrano García y M^a Dolores Lobo García

CUBIERTAS:

Tiepolo, *La Gloria de España* (detalle)

IMPRESIÓN:

Índice

INTRODUCCIÓN

I. VIDA Y OBRAS

1. Francisco de Quintana	8
2. Las obras	12
2.1 La poesía	14
2.2 La prosa	15
3. <i>Experiencias de amor y fortuna</i>	16

II. LAS EDICIONES

1. Las ediciones	17
1.1 La trayectoria de la novela a través de sus ediciones	28
2. Variantes	30
2.1 Variantes textuales	31
2.2 Variantes de los preliminares	37

III. TEMAS Y POÉTICA

1. Los preliminares	39
1.1 El modelo culto: escuela lopista y proyecto antigongorino	41
1.2 La novela como obra moral	43
1.3 El problema de la verosimilitud	45
2. Lectura edificante: la enseñanza directa	46
2.1 Las tramas como instrumento de edificación	50
3. El modelo social de Quintana	54
3.1 La nobleza	56
4. Hacia la novela cortesana	58
4.1 La ambientación	61
4.2 Los temas	64
4.3 Los personajes	66
4.4 El modelo dramático	68
4.5 Los recursos	70
4.6 Las otras fuentes	74

IV. LA ESTRUCTURA	
1. La estructura	76
2. Los cuentos de los personajes	78
V. EL ESTILO	
1. La prosa de Quintana	82
1.1 El léxico y la sintaxis	83
1.2 El <i>ornatus</i>	87
1.3 La <i>dispositio</i> retórica	89
2. La lengua de los personajes	91
ARGUMENTO	
1. Secuencia de las acciones y de las voces de los personajes narradores	93
2. Personajes y acciones	95
CRITERIOS DE EDICIÓN	103
<i>EXPERIENCIAS DE AMOR Y FORTUNA</i>	105
Poema primero	117
Poema segundo	183
Poema tercero	237
Poema cuarto	295
ÍNDICE LÉXICO	345
BIBLIOGRAFÍA	349

Introducción

I. VIDA Y OBRAS

1. Francisco de Quintana

Francisco de Quintana, predicador, poeta y prosista, desarrolló su obra en la primera mitad del siglo XVII. Los datos biográficos que poseemos son muy escasos, sobre todo los que se refieren a las primeras décadas de su vida¹. Nació en Madrid, del matrimonio de Francisco de Quintana y Clara de las Cuevas, aunque desconocemos la fecha precisa². De varios pasajes de su producción se deduce que se sentía particularmente orgulloso de haber nacido en la corte, y no desperdicia ocasión para subrayarlo. En su primera novela, por ejemplo, ya en portada se declara que es «natural de Madrid», y en los preliminares, refiriéndose a Lope de Vega, Quintana se expresa de esta manera: «Tanta gloria de España, tanto honor de Madrid, su dichosa patria, donde confieso me pesara de no haber nacido»³. El escritor, además, siempre vivió en Madrid, en la calle de Mira el Río, donde se ubica en la parroquia de los Santos Justo y Pastor. En la rama paterna, destaca la presencia de su tío, el erudito e historiador Jerónimo de Quintana, buen amigo de Lope⁴.

¹ Las pocas referencias en Val 1933: LXXIII-LXXIV; Zamora Lucas 1941 y, sobre todo, Entrambasaguas y Peña 1958-1967: II, 75-76 y Zimič 1975: 169-189.

² Ripoll (1991: 131) afirma que «nació en Madrid a finales del XVI». Sin embargo, desconozco en qué fuentes se basa para afirmarlo.

³ Ya Zimič (1975: 171) notó que: «En sus obras se nos revela como un empedernido hombre de ciudad. En efecto, con todas sus afirmaciones sobre la ciudad y la aldea se podría componer una alabanza de corte y menosprecio de aldea», y cita luego ejemplos entresacados de sus novelas. En la segunda novela de Quintana leemos un poema sobre una dama que se baña en el Manzanares (ff. 95r-96r) y otro dedicado a la calle Mayor en el día de San Miguel (ff. 118r-119v).

⁴ Jerónimo fue notario de la Inquisición y fundador de la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid, creada para apoyar al clero secular. Publicó varias obras de corte histórico o documental como *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid: historia de su antigüedad, nobleza y grandeza* (1629); *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid* (1629); *Historia del origen y antigüedad de la venerable y milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Atocha* (1637). Contamos con, entre otros, Palau y Dulcet (1948-

Las noticias sobre su formación, como decíamos, son muy fragmentarias: estudió teología en la Universidad de Alcalá de Henares⁵, donde conoció a Juan Pérez de Montalbán, con quien trabó una amistad que duró toda la vida⁶. Es probable que fuera precisamente él, en tanto que «discípulo predilecto» del gran comediógrafo, quien hizo que entrara en contacto con el Fénix, abriéndole el camino al mundo artístico de la capital.

Al principio de los años veinte Quintana iniciaba su carrera literaria, con la participación en unas justas poéticas celebradas en Madrid. La primera noticia que poseemos de su actividad lleva la fecha del 19 de mayo de 1620, cuando estuvo en el certamen por la conmemoración de la beatificación de San Isidro, en el cual intervinieron, entre otros, Montalbán, Francisco Medrano, Juan de Jáuregui, Francisco López de Zárate y Calderón de la Barca. En esta ocasión, Quintana compuso unas décimas para el tercer certamen («De la musa que Virgilio llamó cómica») y, para el noveno, una glosa de burlas⁷.

Dos años más tarde salió ganador de otra justa, presidida por Lope de Vega, que se celebró durante la misma recurrencia del patrono madrileño. En la *Relación* de estas fiestas aparecen bajo su nombre dos sonetos, un terceto, unas décimas y una glosa⁸. Para Zimič (1975: 174-175), el premio, más que la habilidad poética de Quintana, parece confirmar que a esta altura cronológica nuestro autor tenía ya cierta amistad con el Fénix, tanto que le otorgó el

1968: XIV, 419).

⁵ Ha de considerarse equivocada, pues, la declaración de Juan de Piña, que en 1628 (citamos de la edición moderna, 1907: 80), escribió: «Tenía don Juan en San Sebastián a don Francisco de Quintana, doctor en teología, principal caballero, facultad que habían estudiado colegiales en Salamanca».

⁶ Sobre la vida de Montalbán y la relación con Quintana, cf. Dixon 1961: n. 19. El estudioso informa que «On 21 April and 8 August 1621 Montalbán and Quintana made joint declarations at Alcalá University about their studies in Theology (Arch. Hist. Nac., Universidades, 489-F, fols. 15v, 71v)». Son varios los testimonios de las alabanzas que se cambiaron los dos autores, y que podemos encontrar en las composiciones, las aprobaciones y los prólogos de sus obras; entre otras cosas, Montalbán dedicó al amigo *Los primos amantes*, séptima novela de los *Sucesos y prodigios de amor*.

⁷ Vega (1620: ff. 62, 118v-119r). Los poemas de Quintana pueden leerse en Vega 1776-1779: XI, 461-462, 576-577; cf. también Barrera y Leirado 1973-1974: I, 223-224.

⁸ Monforte y Herrera 1622: ff. 14r, 81r-v, 90v, 132r-v, 141v. Zimič (1975: 175) transcribe el soneto «Lejos de sí... ».

laurel del primer premio. Podemos suponer que fue precisamente en esos años cuando el joven madrileño empezó a considerarse parte de esa numerosa fila de seguidores e imitadores que tuvo el Fénix en vida. Quintana, como demuestran sus novelas, le consideró el modelo literario por excelencia y la indiscutible fuente primaria de toda su producción. Sin embargo, la relación entre los dos va más allá de la simple devoción del discípulo, y no se limitó al campo meramente artístico⁹. Quintana fue uno de los amigos más íntimos de Lope en los últimos años de su vida: le asistió en sus postreras horas y, después de ese famoso 27 de agosto de 1635, pronunció uno de los sermones fúnebres durante las honras que Madrid tributó a su célebre escritor. No sorprende, entonces, que Quintana decidiera dedicar su primera obra narrativa al maestro, ni que Lope correspondiera en varias ocasiones a las alabanzas¹⁰.

Además del Fénix y de Montalbán, el novelista entró en contacto con otros célebres autores que animaban la vida artística de Madrid, como Tirso de Molina, Calderón de la Barca¹¹, León y Tapia, José de Valdivielso, María de Zayas y otro devoto lopista, Juan de Piña. Con toda probabilidad, conoció a estos literatos – muchos pertenecientes a su misma generación– en ocasión de las susodichas justas, o durante otras celebraciones académicas. Parece, pues, que asistía a los encuentros de la Academia de Madrid, que se ha definido como la «junta de mayor duración y de más influencia en la vida turbulenta de los literatos madrileños de aquellos tiempos» (Sánchez 1961: 46). Sebastián Francisco de Medrano, que durante una temporada fue director de la Academia,

⁹ Lo confirma, en primer lugar, la presencia de Quintana en el testamento del Fénix, que dejó al amigo un lienzo con la representación de la Fama y un cuadro de S. Diego de las Rosas (cf. Zimič 1975: 181).

¹⁰ Lope le dedicó una carta (en los preliminares de la primera novela de Quintana) y dos sonetos: uno en el prólogo de la segunda novela (que refiere también Zamora Lucas 1961: 53-54), otro, «De algunos predicadores naturales de Madrid. Al doctor Francisco de Quintana», en sus *Rimas de Tomé de Burguillos* (los dos poemas se leen, entre otros, en Zimič 1975: 178-180 y Entrambasaguas y Peña 1958-1967: 76-77). Finalmente, el Fénix lo citó en la silva VII de su *Laurel de Apolo* (celebrando su «dulce verso y prosa» y «su incesable estudio» en «la sacra teología») e incluyó una décima de Quintana en los *Triunfos divinos y otros romances sacros* (en Zimič 1975: 178).

¹¹ Pérez Pastor (1905) ha recogido un documento en el que Quintana y el autor de *La vida es sueño* figuran como miembros de la misma junta; para Zimič (1975: 188-189) esto «prueba claramente que Quintana también frecuentaba a Calderón».

menciona a Quintana (junto a todos los grandes de la época, de Quevedo a Góngora) en la introducción de su *Favores de las Musas* (1631). Así José Sánchez (1961: 52) interpreta así la presencia de estos autores en la obra de Medrano:

Ahora sabemos de la propia boca de Medrano que convocaba la academia de Madrid en su misma casa, pues declaraba en la introducción «cuando convocaba a las academias a tantos tan floridos ingenios, blasón de mi casa y honra de corto caudal mío». A continuación enumera a escritores que iba conociendo poco a poco, pero que, sin declararlo, hay que entender que fue en esas reuniones académicas de su casa.

No disponemos de muchas informaciones ciertas sobre la Academia. Sabemos que vivió gracias a la protección económica de Félix Arias Girón y que debió fundarse en 1607 o 1608, aunque no faltan estudiosos que aplazan la fecha hasta 1615, y, de la misma manera, hay discordancias sobre su efectiva duración. No obstante, para lo que nos interesa, es suficiente saber que Medrano la dirigió desde 1617 hasta 1622, lapso de tiempo en el que hay que situar la experiencia de Quintana, ya que Medrano lo cita como frequentador de la misma cuando él era director. El hecho de que Lope de Vega fuera «el portavoz, o mejor dicho, el anunciador de estas juntas literarias»¹², podría ser un elemento más para confirmar la concurrencia de uno de sus protegidos en estos encuentros.

Quintana tenía que gozar ya en esos años de cierto renombre como poeta, como demuestra su participación en otra justa organizada, en 1622, por la Compañía de Jesús para la canonización de san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier. En esta ocasión Quintana presentó un romance¹³.

El 13 de mayo de 1625, junto con Montalbán, ingresó en la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid. A partir de esa fecha, parece que Quintana dedicó enteramente su vida al sacerdocio y a la congregación. Entrambasaguas y Peña (1947: II, 75) informa que «fue tesorero, contador y consiliario, y, por último, capellán mayor en los años de 1634, 1643 y 1649».

¹² Sánchez 1961: 46.

¹³ Vega 1622: ff. 50r-52r. Las celebraciones empezaron el 19 de junio y duraron diez días (Bacon 1912: 7 y Barrera y Leirado 1973-1974: I, 253-257).

Antes de 1638 –y no en 1644 como a menudo se ha repetido¹⁴ – debió de suceder a su tío Jerónimo como rector del Hospital de la Latina. En esos años sufrió ciertos problemas económicos; según Ballesteros Robles (1912: 530), «fueron tantas las dificultades que se le prestaron para desempeñar este cargo [de testamentario], que gastó grandes sumas que le condujeron a la mayor pobreza, de suerte que la congregación tuvo que socorrerle».

El 15 de septiembre de 1641 entró en la Orden Tercera de S. Francisco, a la que habían pertenecido tanto sus padres como Lope. En esta ocupó una serie de cargos: antes fue nombrado vocal de la junta, luego, en 1644, enfermero mayor y, tres años más tarde, coadjutor de ministro.

La última información sobre su vida nos la proporciona Gallardo (1863-1889: II, 133), quien señala que en 1643 fundó una capellanía en la parroquia de San Martín. Casi todos los estudiosos están de acuerdo en fijar la fecha de su muerte el día 25 de enero de 1658¹⁵, añadiendo que fue sepultado en el convento de San Francisco el Grande, en su querido Madrid. Las honras fúnebres ocurrieron a cargo de la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid y se celebraron en la parroquia de San Pedro el Real.

2. Las obras

Son muy pocos los estudios dedicados a la producción literaria del autor madrileño que exceden la dimensión del simple catálogo o de una sintética ficha sobre su bio-bibliografía. Tres excepciones son el citado artículo de Zimič –verdadero punto de partida de cualquier acercamiento a Quintana–, el volumen de González Rovira (1996a: 273-291) que, al trazar la evolución de la novela bizantina en España, se detiene a analizar la producción narrativa de nuestro autor, y la tesis doctoral de Cruz Casado (1989a: I, 415-425).

Aunque la crítica moderna se ha ocupado de este ingenio sobre todo en relación con su obra novelística, Quintana en su tiempo fue celebrado especialmente por la actividad de predicador.

¹⁴ Como justamente ha observado Zimič (1975: 188), este título se halla ya en la *Oración panegírica* dedicada a Montalbán, impresa en 1639. El hecho de que, en cambio, no se alegue en el sermón por Lope, de cuatro años anterior, nos hace pensar que la adquirió en ese intervalo temporal.

¹⁵ Sólo Entrambasaguas y Peña (1958-1967: II, 78) indica el día anterior.

De hecho, los contemporáneos subrayaban su dedicación a los estudios teológicos y su habilidad en la oratoria sagrada¹⁶.

Del esbozo biográfico antes trazado, se infiere que cruzó varias etapas en su carrera literaria, ensayando diferentes géneros, si bien mostrando siempre una continua ósmosis de formas y contenidos entre ellos¹⁷. La poesía representó su ingreso en el mundo de las letras; sin embargo, si no la abandonó del todo, sin duda redujo su ya escasa producción. Después de los años veinte no tenemos constancia de otras participaciones en justas literarias, ni Quintana manifestó intención de publicar una recopilación de poemas. Además, orientó su poesía hacia contenidos más religiosos, acordes con su compromiso en la Congregación. También la narrativa se limitó a un breve momento de su vida, que va aproximadamente de 1624 a 1627. Las dos novelas que compuso parecen responder, pues, a un afán juvenil, ya que, a pesar del considerable aplauso que recibieron, Quintana decidió dejar esa forma literaria para siempre. A esta fue sustituyendo poco a poco la predicación sagrada, la carrera eclesiástica y el sacerdocio, tanto que los sermones se convirtieron, a partir de la segunda mitad de los años veinte, casi en su única expresión literaria. De

¹⁶ Montalbán en el *Índice de los ingenios de Madrid*, puesto al final de su *Para todos* (citamos de la edición moderna, 1999: 859) le llama «excelentísimo poeta, filósofo y teólogo» ensalzando «su mucha erudición y continuos estudios». De la misma manera se refiere a él Lope en varios pasajes de su obra (cf. Zimić 1975: 173-180). Alonso de Castillo Solórzano (1627: f. [4v]) le describe así: «Del doctor Francisco de Quintana: | De la elegancia y el modo | deste discurso, colijo | que es siendo de regozijo | cifra de eloquencia y todo | quando a verle me acomodo | dar doctrina tan a tiempo | disfrazada en passatiempo | llego también a pensar | que a este tiempo ha de faltar | para su alabança tiempo». Finalmente, Juan de Piña (1907: 80) le define «ingenio florido, agudo de los maravillosos de su tiempo». En época más moderna, Álvarez y Baena (1790: 173) alega que: «Fue sugeto adornado de excelentes prendas, así de virtudes, como de sabiduría y doctrina, gran teólogo, filósofo y predicador de los más célebres de su tiempo».

¹⁷ Como comprobaremos, el aparato retórico de la novela no es muy distante del de los tres sermones que hemos podido leer, con igual inclinación a la digresión y a las citas eruditas y al *ornatus*. En los preliminares de *Experiencias de amor y fortuna* se reafirma esta asociación, ya que aparece dos veces un término tan connotado como «elocuencia»; así Lope, en su carta proemial, destaca «la elocuencia con que escribe, y el juicio con que dispone el argumento de que trata», y en la décima de María de Zayas leemos: «Dijera de Feniso, | Apolo de esta edad, milagro nuevo, | cuanto miro precio | en su elocuencia y a su genio debo; | mas contigo me atrevo | para que se presuma», donde la alabanza a Feniso no puede sino dirigirse, de reflejo, al autor.

sus discursos desde el púlpito han sobrevivido los dos sermones fúnebres que pronunció durante las exequias por la muerte de los amigos Lope de Vega y Montalbán, y la homilía evangélica titulada *Del premio eterno de los justos en la gloria*¹⁸.

2.1 La poesía

Como vimos, Quintana escribió poesía casi solo durante ceremonias festivas. Se trata de composiciones convencionales, de argumento encomiástico y sagrado, que, más que su originalidad, muestran la fuerte deuda con los modelos contemporáneos y renacentistas, y, sobre todo, con las formas y la poética de su maestro Lope.

Incluyó varios poemas también en sus dos novelas: quince en la primera y diecinueve en la segunda, donde encontramos también las noventa y dos octavas de la «Descripción de la fiesta de Santiago el Verde», que Quintana –imitando una costumbre ya experimentada por Lope en el *Peregrino*– inserta al final del volumen¹⁹. En estas composiciones, el autor ensaya un amplio abanico de metros diferentes, como si quisiese dar prueba de su habilidad para moverse entre las formas poéticas más comunes de su época. Así, encontramos romances, sonetos, epigramas, canciones, cuartetos de octosílabos, silvas, décimas. Sus versos abarcan los temas desgastados en la lírica del tiempo, como la alabanza de aldea, la queja de amor, la descripción bucólica e idílica, la celebración de la mujer etc. Aunque los poemas responden normalmente a una simple función estética y de adorno, no están del todo desvinculados de la trama; en unos casos (como en la primera novela el romance que celebra unas bodas) los versos tienen un pequeño papel narrativo, advirtiendo a los personajes (y con ellos al lector) de los acontecimientos pasados y presentes.

¹⁸ *En las honras de Lope* (cf. Quintana 1635, reeditado en Vega 1776-1779: XIX, 353-400) se publicó a los cuatro meses escasos del entierro del Fénix, mientras que el sermón dedicado a Montalbán (cf. Quintana 1639) salió un año después de la muerte del amigo, y se incluyó también en la antología conmemorativa *Lágrimas panegíricas* (cf. Grande de Tena 1639). Extractos de los dos sermones pueden leerse también en Barrera y Leirado 1973-1974: II, 39-41. *Del premio eterno de los justos en la gloria* se publicó en Porres 1646: 203-220. Sobre Quintana predicador contamos con pocos estudios: González Olmedo 1935: 416-418; Zimič 1975: 180-188; Di Pastena 2001: XXVI-XXXIII, además de mi artículo en prensa (cf. bibliografía).

¹⁹ La fiesta es sujeto también de una comedia lopesca, *Santiago el verde*.

Finalmente, registramos un largo romance de ciento sesenta versos que publicó en la colección de Remírez de Arellano (1634: ff. 31r-35r), único testimonio de su producción lírica después de los años veinte.

2.2 La prosa

Quintana dio a la imprenta dos novelas, muy parecidas en estilo, contenido y técnicas narrativas. *Experiencias de amor y fortuna* vio la luz por primera vez en 1626, mientras que la *Historia de Hipólito y Aminta* se editó al año siguiente (cf. Quintana 1627). Es probable que las influyentes amistades del autor jugaran un papel importante en la fama alcanzada por las novelas, y favorecieran su publicación a pesar de la prohibición de imprimir novelas y comedias en los reinos de Castilla en vigor desde 1625 hasta 1634²⁰. Podemos conjeturar que las novelas pudieron gozar de la impresión también gracias a su fuerte vocación moral.

Las dos obras, después de un tan renovado como fugaz interés en los siglos XVIII y XIX, han caído en el completo olvido: la última edición del debut es de 1723, mientras que la de la *Historia de Hipólito y Aminta* es de 1806-1807.

Montalbán hacia 1632 informa de la intención de Quintana de llevar a cabo dos obras más, que suponemos en prosa: *Epítome de todas las historias de España y República imaginada*²¹. Si de verdad fueron algo más que un simple proyecto, y el autor madrileño las compuso, no han llegado hasta nosotros. Los títulos hacen suponer que se tratara de obras de corte doctrinal y ejemplar, los «asuntos más graves» y los «mayores estudios» que, en las palabras del mismo Quintana, ya ocupaban su tiempo²².

²⁰ Cf. Cotarelo y Mori 1904 y Cayuela 1993. De todas formas, el acontecimiento no fue un caso aislado, ya que varios libros de estos géneros se siguieron publicando, «fruto del ingenio de sus autores para lograr la licencia del Consejo de Castilla y el privilegio real» (Moll 1974: 102). En 1632 el mismo Fénix había dado a la imprenta en la capital la *Dorotea* y su discípulo Montalbán publicaba el *Para todos*.

²¹ Así lo declaraba en el ya citado Índice (1999: 859)

²² En la dedicatoria de la *Historia de Hipólito y Aminta* se lee: «Lección es, aunque escrita en pocos años y en los ratos que me permitió el ocio de mayores estudios que podrá divertir a V. M. algunas horas»; mientras que en el *Prólogo* de la misma novela: «Esto, aunque en diversa materia me sucede, pues antes de dar a la luz común otros asuntos más graves, el que ahora doy no es otra cosa que haber cortado la pluma o haber cortado algunas líneas en estos discursos [...]. Dilatadamente se ha divertido la pluma a tratar esta mate-

3. *Experiencias de amor y fortuna*

Quintana publicó su primera novela bajo el seudónimo de Francisco de las Cuevas²³. No podemos precisar cuáles fueron las razones que le hicieron ocultar su identidad. Quizá quiso evitar las acusaciones de quienes consideraban la novela un género menor cuando no inmoral, y el tono defensivo de los preliminares parece confirmar esta hipótesis. Sea como fuere, el anonimato duró muy poco, y la segunda novela salió con el nombre del autor en la portada. Fue el amigo Montalbán quien reveló la paternidad del primer libro, solo al año de haberse publicado. En el *Prólogo* que abría la novela de Alonso de Castillo Solórzano, *Tiempo de regozijo y carnestolendas de Madrid* (1627: f. [8r]) Montalbán escribía:

Por el doctor Francisco de Quintana te combido con *Hipólito y Amynta*: perdone Heliodoro, que aunque en la invención sea el primero, quizá por la edad, en lo político, grave, agudo y concetuoso has de confessar que no le iguala: a mí tal me parece aun quando me desnudo de la pasión con que le estimo; y porque creas más fácilmente esta verdad, advierte que a su ingenio debes las *Experiencias de amor y fortuna*, que si su modestia ocultó su nombre, yo (aunque sin licencia suya) te le he querido revelar: porque es lástima que le quite su desconfianza la gloria que le has dado aun sin conocerle.

Respecto a la datación, hay que recordar que Quintana tuvo que terminar *Experiencias de amor y fortuna* y presentarla a la censura por lo menos dos años antes de su efectiva publicación²⁴. Las partes legales de los preliminares están fechadas en 1624 (la *aprobación* de Montoya es del 28 de agosto, el escrito de Tirso del 9 de septiembre, la *suma del privilegio* del 1 de octubre). Anne Cayuela²⁵ desarrolla varias suposiciones para explicar este inusual retraso. Sugiere como primera posibilidad dificultades en la obtención de la licencia, quizás por la presencia en los preliminares

ría, si bien no de todo punto ajena de mi asunto, por ser esta historia dictada en mi idea y escrita en los ratos que la juventud permite ocio al descanso de mayores estudios».

²³ Entrambasaguas y Peña (1958-1967: II, 75) asoció el seudónimo con el apellido de la madre.

²⁴ Zimič 1975: 189.

²⁵ Cayuela 1993: 53-54 y 1996: 37-38. Por lo que se refiere a su segunda novela, en cambio, notamos que pasó solo un mes de la licencia a la publicación.

de Tirso, exiliado por la Junta de Reformación, lo que podía influenciar negativamente a la censura. La especialista tampoco descarta simples razones de tipo económico, si bien por esos mismos años está probada la actividad del taller de la viuda de Alonso Martín, que editó la novela. A falta de otros datos extra-textuales, no podemos resolver de forma definitiva la cuestión.

Finalmente, hay que recordar que la primera novela de Quintana tuvo cierta resonancia a nivel europeo: se hicieron traducciones al francés, al inglés y al italiano. La versión francesa, que se atribuía a Francisco de las Coüeras, apareció con el título de *Le Fenise: histoire espagnole; ou se voyent les divers effets de l'amour et de la fortune* (cf. Quintana 1636)²⁶. En Londres vio la luz una traducción al inglés, que no se hizo a partir del original, sino del francés: *The History of Don Fenise. A New Romance. Written in Spanish by Francisco de la Coveras, and now Englished by a Person of Honor* (cf. Quintana 1651)²⁷. Nicolás Antonio (1738-1778: I, 418 col. 1; 463, col. 2), finalmente, dio cuenta también de la existencia de una traducción italiana impresa en 1654 y hecha por el fraile dominico Bartolomeo dalla Bella: *Il Feniso, overo Avvenimenti d'Amore e di Fortuna, portato dalla lingua spagnuola da Bartolomeo dalla Bella* (cf. Quintana 1654)²⁸.

II. LAS EDICIONES

1. Las ediciones

De las *Experiencias de amor y fortuna* falta un riguroso estudio que arroje luz sobre las numerosas reediciones²⁹ que tuvo

²⁶ Sobre esta edición, cf. Rolfe 1934: 1078.

²⁷ Cf. Rolfe 1934: 1081 y Sánchez Escribano 1987, que hace un detallado estudio de la traducción. Randall (1963: 120), además, informa que «Gerard Langbaine, as late as 1688, rememberet it [*The History of don Fenise*] cleary enough to recognize that Aphra Behn took from it the plot for her *Dutch Lover* (1673), and Thomas D'Urfey his *Banditti, or A Ladies Distresse* (1686)».

²⁸ Michel (1975: V, 21) ofrece esta descripción: «12° [4ff.], 469 p., frontisp.». Los ejemplares de este texto resultan bastante raros; hemos localizado uno en la Biblioteca de la Real Academia Española de Madrid (C-3093) y otro en la Bibliothéque de l'Arsenal de Paris (FRBNF39336819).

²⁹ Utilizamos este término, según explica Moll (1979: 77): «Dadas las connotaciones que ofrecen las palabras “reimpresión” y “tirada”, no deben usarse al referirse a libros del período de la imprenta manual. La palabra “reedición” es preferible».

la novela a lo largo del siglo XVII. El primer bibliógrafo que se ocupó del asunto fue, con toda probabilidad, Nicolás Antonio (1738-1778: I, 418 col. 1). Contribuciones significativas en esta dirección llegaron luego de los volúmenes catalográficos de Salvá y Mallén (1872, II: nn. 1780-1783), Rennert (1912: 158) y Palau y Dulcet (1948-1968: XIV, 418). A este *corpus* hay que sumar la información dispersa en otros estudios que se han ocupado solo de manera tangencial de la primera novela de nuestro autor. No obstante, en los dos mayores ensayos sobre la obra de Quintana no se da mucha importancia al problema de las ediciones y de la transmisión textual: Zimič reproduce cuanto ya fue señalado por Rennert, y González Rovira no entra en la cuestión. Contamos, finalmente, con aportes relevantes llevados a cabo por Sánchez Escribano (1987: 190-191), Begoña Ripoll (1991: 132) y Cayuela (1996: 368), que han intentado, a la luz de los estudios anteriores, fijar por lo menos una lista completa de las ediciones, aunque sin esbozar la relación genealógica entre las mismas.

Así, faltan datos precisos que permitan una reconstrucción de la trayectoria editorial de la novela. El hecho de que las informaciones que tenemos sean incompletas, cuando no contradictorias, ha determinado que la tarea primaria de nuestra investigación fuese delinear el recuento total de sus ediciones. En primer lugar hemos acudido de nuevo a todos los estudios existentes sobre el tema, averiguando luego estos datos a través de los catálogos de varias bibliotecas para comprobar la efectiva existencia de ejemplares de dichas ediciones en la actualidad. Para la reconstrucción textual ha resultado imprescindible manejar por lo menos un ejemplar de cada edición³⁰. Finalmente, con criterios filológicos neo-lachmannianos, hemos cotejado las ediciones para formular hipótesis sobre su transmisión. Esta operación ha permitido confirmar la fiabilidad de la *princeps* y la escasa importancia textual de las reediciones, ya que estas descienden directa o indirectamente de ella. Conclusión suficiente para establecer que el texto crítico se base en el de la príncipe. Hemos llegado a determinar la existencia de estas ediciones:

³⁰ En realidad, en los impresos con tipos móviles no podemos suponer que todos los ejemplares de una misma edición sean perfectamente iguales, y no presenten variantes incluso notables (cf. Fahy 1988: 69-71 y Baldacchini 2002: 65-66).

P: Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1626.
Ma1: Madrid, Francisco Martínez, 1632.
Mo: Montilla, Francisco Martínez, 1632.
B1: Barcelona, Pedro Lacavallería, 1633.
Ma2: Madrid, Imprenta del Reino, 1641.
J: Jaén, Pedro de la Cuesta, 1646.
Z1: Zaragoza, Pedro Lanaja y Lamarca, 1647.
B2: Barcelona, Antonio Lacavallería, 1649.
Z2: Zaragoza, Juan de Ibar, 1663.
Ma3: Madrid, Mateo de Espinosa, 1666.
Ma4: Madrid, Ángel Pascual, 1723.

A continuación, reproducimos una detallada ficha descriptiva de cada edición. Se indica la primera fuente que la registra, señalando el ejemplar que hemos utilizado³¹. Precisamos, además, los preliminares presentes, que nos proporcionan datos adicionales útiles para reconstruir la historia de la tradición. Finalmente, estudiamos con detalle las ediciones de J y otras que presentan asuntos problemáticos desde un punto de vista editorial. Sin ofrecer un panorama completo de los ejemplares conservados, anotamos también las mayores bibliotecas españolas y extranjeras que poseen ejemplares de cada edición, indicando su signatura.

P

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de Las Cuevas natural de Madrid. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín, año 1626. [8], 198 h., 4º.

Casi todos los estudios que se ocupan de Quintana citan solo la edición príncipe; el primero en alegar datos catalográficos fue probablemente Álvarez y Baena (1790: 173), que incluye la indicación del formato. Ejemplares de la *princeps* se hallan en diferentes bibliotecas españolas, como, además de la BNE, la Biblioteca de la Universidad de Oviedo (CGI-0145), la Biblioteca de la Real Academia (17-V-35) y la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla de la Complutense (BH FLL Res832). Hay varios también en bibliotecas extranjeras, como la British Library (C.62.b.6.), la Nacional de Viena (40.Q.46 Alt Prunk), el Istituto Internazionale don Bosco en Turín (MOR.VI.100) o la Hispanic Society of America (cf.

³¹ Seguimos las normas de la *short standard description*, difundida en el catálogo del British Museum (cf. Baldacchini 2002: 109). Reproducimos, pues, título, formato, paginación y signatura.

Penney 1965: 448). Hemos utilizado uno de los cuatro ejemplares de la BNE, signatura: R/4931.

En el f. [2r] se lee una anotación manuscrita moderna que reproducimos: «Caxón 118. El verdadero Autor de este Libro es D. Francisco de Quintana, natural de Madrid, excelente Philósofo, y Theólogo, Amigo de Lope Félix de Vega Carpio, a quien lo dedica. Assí lo averiguó D. Nicolás Antonio en su Bibliotheca Hispana. Tom. 1 pág. 354. col. 2. donde refiere otras Impresiones, y la traducción en italiano por Bartholome Bella Venetijis. 1654. in 12. Que después estampó el Autor, con su propio Nombre, el Libro: La Historia de Hipólito, y Aminta. Madrid 1627. in 4°. Esta es la primera, y mejor Impresión, corregida por el Autor. Las otras en 8° folio, son incorrectas. VAD.»

Los preliminares incluyen: A Lope Felix de Vega Carpio, procurador fiscal de la camara apostólica, &C. [carta de El Lic. Francisco de las Cuevas]; Al licenciado Francisco de las Cuevas, Lope de Vega Carpio; Suma del privilegio; Suma de la tassa; Erratas, Aprobación del muy reverendo P. Fr. Lucas De Montoya, Predicador y Coronista General de la sagrada Religion de los Minimos de S. Francisco de Paula; Mui poderoso Señor [nota de El presentado F. Gabriel Tellez]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas al mismo, canción; Al letor [carta del autor].

Ma1

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de Madrid. En Madrid, por Francisco Martínez. A costa de Pedro Coello, año 1632. [16], 276 h., 8°.

Brunet (1860-1865: II, col 438) parece ser el primero en registrar esta edición, que Palau considera la segunda. Un ejemplar (falto de las últimas hojas) se halla en la biblioteca del Museo Cerralbo de Madrid (VIII-1827) y otro en Nueva York, en la Hispanic Society of America. Palau, finalmente, advierte que «bajo el mismo pie editorial corren ejemplares con 8h 258fols.», información que no hemos podido comprobar. Hemos utilizado un ejemplar en perfecto estado de conservación presente en la Médiathèque de la Communauté d'Agglomération de Niort, en Francia, signatura: 7554 Fonds Ancien.

Los preliminares incluyen: A Frei Lope de Vega Carpio, del Ábito de S. Juan, &c. [carta de El lic. Francisco de las Cuevas], Fr. Lope de Vega Carpio; Suma del privilegio; Fe de erratas; Suma de la Tassa; Aprobación del muy reverendo P. Fr. Lucas de

Montoya, Predicador y Coronista general de la sagrada Religión de los Mínimos de S. Francisco de Paula; Mui poderoso Señor [nota de El presentado Fr. Gabriel Tellez]; Del licenciado Ivan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De doña María de Zayas, al mismo, Canción; Al letor [carta del autor].

Mo

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de Madrid, en Montilla, por Francisco Martínez, año de 1632. [6], 257 [i.e. 258] h., 8°.

Rennert documenta por primera vez esta edición: «I have a note of one: Montilla, Francisco Martinez, 1632, 8°, 6 + 258 fols». Hemos utilizado el ejemplar presente en la Biblioteca de la Fundación Manuel Ruiz Luque de Montilla (la única que, según el Catálogo Colectivo, guarda ejemplares de esta edición), recién digitalizado por la Biblioteca Virtual de Andalucía, registro: 15134.

Algunos errores de foliación.

Los preliminares incluyen: Suma del privilegio; Fe de erratas; Suma de la tassa; Mui poderoso Señor [nota de El presentado Fr. Gabriel Tellez]; Del licenciado Ivan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas, al mismo, Canción; Al letor [carta del autor].

Si damos fe a Delgado Casado (1996: I, 435), Francisco Martínez no editó libros en Montilla, sino solamente en Madrid. Además, según el mismo estudioso, no se imprimieron libros en la ciudad andaluza ese año. Se podría suponer que se trata, entonces, de una edición pirata, no autorizada por el impresor. Sin embargo, cabe pensar en un error del citado estudio: por un lado, pues, la clara diferencia de tipos entre Ma1 y Mo excluye que sea una emisión con portada diferente, y, por el otro, el privilegio del que gozaba Francisco Martínez le permitía imprimir en modo legal el texto en otra ciudad.

B1

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de las Cuevas natural de Madrid, en Barcelona, por Pedro Lacavalleria, y a su costa, año 1633. [8], 156 h., 12°.

Edición registrada ya por Brunet. Se encuentran ejemplares en varias bibliotecas españolas (como, en Barcelona, en la Biblioteca de Cataluña (Bon. 7-I-31) y la de la Universitat de Barcelona (07 B-63/9/11) o, en Madrid, en la Fundación Lázaro Galdiano, Inv.789) y europeas, como la Bibliothèque Nationale (FRBNF30745474) o la Médiathèque municipale de Coutances (3593 Fonds ancien 1) en Francia. Hemos consultado el ejemplar de la BNE, signatura: R/1839.

Los preliminares incluyen: Aprobación y Licencia [del Maestro Fray Francisco Palau; Mathias Amell Vic. Gen.; Don Michael Sala Rñs; A Frey Lope de Vega Carpio, del Ábito de S. Juan, &c.; Al licenciado Francisco de las Cuevas. Fr. Lope de Vega Carpio; Al lector [carta del autor]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas, al mismo, Canción.

Ma2

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de las Cuevas natural de Madrid, en Madrid, en la Imprenta del Reyno, año 1641. [4], 178 h. [i. e. 176], 12°.

Registrado ya por Rennert, que se limita a señalar fecha y lugar de imprenta; datos más completos se hallan en Simón Díaz (1975: 78-80, nn. 523-531). El Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico y el Catálogo Colectivo de Rebiun de la Red de Bibliotecas Universitarias documentan la existencia de un solo ejemplar en la Biblioteca Regional Joaquín Leguina de Madrid (F. Antiguo, A-303) además del presente en la BNE, que hemos utilizado, signatura: R/7506.

Los preliminares incluyen: Suma del privilegio; Suma de la tasa; [nota de El Corrector El Maestro Sebastián de Lirio ; Aprobación del muy Reverendo P. Fr. Lucas de Montoya, Predicador y Coronista general de la sagrada Religión de los Mínimos de S. Francisco de Paula; Mui poderoso Señor [nota de El presentado Fr. Gabriel Tellez]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Decima; De doña María de Zayas, al mismo. Canción; Al lector [carta del autor].

Delgado Casado (1996: I, 341) admite las pocas informaciones que tenemos sobre la imprenta del Reino: «Se desconoce todo... Por el nombre, se puede suponer que era un taller dependiente de la “Diputación General del Reino” lo que le convierte en una institución paralela de la “Imprenta Real” pero

totalmente independiente. Su actividad parece que se desarrolla desde 1628, por lo menos, hasta finales del siglo XVII, siempre en manos de diferentes tipógrafos, aunque muy a menudo no se indican sus nombres. No sabemos si disponía de un establecimiento propio o si las impresiones se hacían en los talleres de los distintos tipógrafos».

J

Experiencias de amor y fortuna. Escriviolas el lic. Francisco de Cuevas natural de Madrid. Corregidas en esta quarta impresión por su mismo autor. En Jaén, Pedro de la Cuesta, 1646. [6], 255h., 8°.

Sobre esta edición hay informaciones contradictorias. Fue Nicolás Antonio quien por primera vez dio noticias de la existencia («Giennii apud Petrum Cuestam 1646»), añadiendo también el formato en octavo. Sánchez Cobos (2005: 278, n. 248) ofrece otras indicaciones y describe así la edición: 8° 16h., 276 f (en Sánchez Cobos 2002: 44, sin embargo, leemos «376 fol. y 16h.»)³². La estudiosa, además, transcribe la portada y especifica los preliminares presentes, aunque no localice ejemplares. Hay que subrayar también que la expresión «corregidas en esta quarta impresión por su mismo autor» que figura en la portada, en realidad, no puede ser verdadera. Incluso las declaraciones que señalan una corrección directa del autor, según veremos también por la *princeps*, pueden ser más que dudosas.

Hemos podido manejar el único ejemplar que se ha localizado de esta edición, presente en la Bancroft Library de la Universidad de California, en Berkeley (tPQ6425.Q5 E8 1646).

La obra parece salida del taller de Pedro de la Cuesta hijo, aunque el hecho de que el padre imprimiese con el mismo nombre, así como la escaseza de datos, impiden poder afirmar con seguridad la atribución³³.

³² En el catálogo de la Berkeley (<http://oskicat.berkeley.edu/record=b10599590~S1> consulta 5/9/2011) aparece, en cambio, una descripción diferente: «255 [i.e. 510] p.; 15 cm», que, según hemos comprobado, se corresponde con el ejemplar

³³ Por razones cronológicas (la actividad del padre parece terminar en 1630), los estudios más recientes tienden a asignar la obra al hijo, Pedro de la Cuesta Giménes (cf. Sánchez Cobos 2002: 36, 40-41, 53-54 y Valladares Reguero 2002: 51-52; probablemente es fruto de un error la colocación en la lista de obras del padre en Sánchez Cobos 2005).

Varios errores en la numeración de las hojas.

Los preliminares incluyen: Mui poderoso Señor [nota de El presentado Fr. Gabriel Tellez]; Suma del privilegio; Fe de erratas; Suma de la tassa; Del doctor Ivan Pérez de Montalván. Soneto; De Frutos de Leon y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas, al mismo, Canción; Al letor [carta del autor].

Z1

Experiencias de amor y fortuna. Por el licenciado Francisco de las Cuevas natural de Madrid. En Zaragoza, por Pedro Lanaja y Lamarca. A costa de lusepe Alfay, año 1647. [4], 176 h., 8°.

Esta edición se halla por primera vez en Brunet. Hay un ejemplar en la BNE (R/14304) y Palau localiza otro en la Biblioteca Laserna de Santander, aunque no hemos podido comprobar el dato. Hemos consultado un ejemplar de la Universidad Popular de Vigo, signatura: sin catalogar.

Ejemplar bastante deteriorado, con portada dañada.

Los preliminares incluyen: Suma del privilegio; Suma de la Tassa [por el Maestro Sebastian de Lirio]; [licencia del Doctor Iuan Perat Vic Gñil]; Aprobación del muy Reverendo P. Fr. Lucas de Montoya, Predicador y Coronista General de la sagrada Religión de los Minimos de S. Francisco de Paula; Mui poderoso Señor [nota de El Presentado Fr. Gabriel Tellez]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván. Soneto; De Frutos de León y Tapia. Decima; De Doña María de Zayas, al mismo. Canción; Al letor [carta del autor].

Según informa González Ramírez (2010: 108-109), se trata de la primera obra (junto a las *Tragedias de amor* de Juan de Arce Solórzano, salidas el mismo año) que costeó el librero zaragozano José Alfay, encargándola al taller de Pedro Lanaja y Lamarca. Es una edición hecha a plana y renglón sobre Ma2. Hemos llegado a esta conclusión comprobando en primer lugar que la distribución de letras y espacios es igual, y la foliación respeta casi exactamente la de Ma2; son idénticos también los tipos. Incluso los elementos exteriores del libro muestran fuertes parecidos: en la portada de las dos ediciones, aunque los impresores sean diferentes, se reproduce el mismo escudo con filacteria en la que consta la inscripción: «D.L. Escueres». Los preliminares presentan las mismas partes y paginación, con la única supresión de la nota del corrector en Z1. Sin embargo, múltiples variantes de composición, detectables

sobre todo en el sistema de abreviaturas y en la grafía, demuestran sin lugar a dudas que es otra edición, y no una emisión. Lo mismo confirma la presencia de errores introducidos por el cajista. Hay que señalar, finalmente, que la licencia de impresión, firmada por Juan Perat, se concedió tres años antes de la efectiva salida del libro.

B2

Experiencias de amor y fortuna, por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de Madrid. En Barcelona, por Antonio Lacavalleria, año 1649. [8], 168 h., 8º.

Citada por primera vez por Rennert aunque, una vez más, es Simón Díaz quien añade datos, especificando el taller de imprenta y la existencia de un ejemplar en la BNE. Hemos consultado precisamente este, signatura: R/8254.

Los preliminares incluyen: Aprobación y Licencia [del Maestro Fray Francisco Palau; Mathias Amell Vic. Gen.; Don Michael Sala Rñs [carta de El licenciado Francisco de las Cuevas]; A Frey Lope de Vega Carpio, del Ábito de S. Juan, &c. Al licenciado Francisco de las Cuevas. Fr. Lope de Vega Carpio; Al letor [carta del autor]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas, al mismo, Canción.

Z2

Experiencias de amor y fortuna, por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de Madrid. En Barcelona, por Juan de Ibar, a costa de Iusupe San Juan mercader de libros, año 1663. [8], 168 h., 8º.

Begoña Ripoll parece la primera en dar cuenta de esta edición. Hay un ejemplar en la Biblioteca Complutense (BH FLL 29380) que se puede consultar también en formato digital (Bibl. Digital Complutense, Biblioteca Histórica). Hemos manejado uno de los dos ejemplares presente en la BNE, signatura: R/5490.

Varios errores en la numeración de las hojas.

Los preliminares incluyen: Aprobación y Licencia [del Maestro Fray Francisco Palau; Mathias Amell Vic. Gen.; Don Michael Sala Rñs; A Frey Lope de Vega Carpio, del Ábito de S. Juan, &c. [carta de El licenciado Francisco de las Cuevas]; Al licenciado Francisco de las Cuevas. Fr. Lope de Vega Carpio; Al

letor [carta del autor]; Del licenciado Iuan Pérez de Montalván, Soneto; De Frutos de León y Tapia. Décima; De Doña María de Zayas, al mismo, Canción.

Por lo que hemos podido comprobar, se trata de una edición hecha a plana y renglón sobre B2, ya que coinciden la distribución del texto y, por consiguiente, la foliación, con las únicas excepciones del principio de algunos folios, debido a la diferente abreviación de las palabras.

Ma3

Experiencias de amor y fortuna, por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de Madrid. En Madrid, por Mateo de Espinosa, año 1666. [8], 199, h., 8°.

Salvá y Mallen registra por primera vez esta edición que para Palau es la «más corriente»³⁴. Ejemplares se hallan en diferentes bibliotecas españolas: la toledana de Castilla-La Mancha (Fondo antiguo, Res.618), la de la Universidad de Oviedo (CGIV-0421) y, en Madrid, la Biblioteca Histórica Municipal (L/212), la de la Fundación Lázaro Galdiano (Inv.1066) y la de la Real Academia Española (17-XII-38), ejemplar mutilado de dos folios. Además, hay ejemplares en la Bibliothèque Nationale de París (FRBNF30745475), en la Nacional de Viena (72.M.130 Alt Prunk), en la Hispanic Society of America. Hemos consultado uno de los dos ejemplares presentes en la BNE, signatura: R/5136.

Muchos errores en la numeración.

Los preliminares incluyen: A Frey Lope de Vega Carpio, del Ábito de S. Juan, &c. [carta de El licenciado Francisco de las Cuevas]; Al licenciado Francisco de las Cuevas. Lope de Vega Carpio; Al letor [carta del autor]; Suma de licencia; Fee de Erratas; Suma de la Tasa.

Ma4

Experiencias de amor, y fortuna. Compuesto por el licenciado Francisco de las Cuevas, natural de esta villa de Madrid. En Madrid, Por Angel Pasqual, año de 1723. [4] h, 391 p., 8°.

Edición registrada ya por Salvá y Mallén. Es otra edición bastante difundida; otros ejemplares se encuentran en la Real Biblioteca

³⁴ En efecto, la gran difusión de esta edición parece confirmada por su presencia en numerosas bibliotecas. Según hemos podido comprobar, sin embargo, también B1 fue muy popular.

(IX/5639), en la Universidad de Sevilla (A 027/158), en la Biblioteca Marià Vayreda de Olot (A 3.1/17). Hemos comprobado, además, su presencia en la Bibliothèque Universitaire droit lettres de Poitiers (70809), en la Sorbonne de París (LEEPR 6= 89) y en la British Library (244.c.36.). Hemos consultado uno de los siete ejemplares presentes en la BNE, signatura: 3/3150.

Los preliminares incluyen: Aprobación [el Maestro Fr. Francisco Palau]; Suma de Licencia [Don Baltasar de San Pedro]; Tassa; Fee de erratas; Prólogo al lector.

Otras supuestas ediciones

Como informa Palau, a estas reediciones se añade una refundición de Manuel Andrés Igual, publicada en 1832 con el título *Aventuras de don Félix de Salazar en Argel. Novela original por don Fr. de Cuevas. Estractada de su obra titulada: «Experiencias de amor», y refundidas por un aficionado a las obras originales españolas*³⁵.

Creemos, en cambio, que se debe a errores o imprecisiones la mención de otras ediciones. Así, Cruz Casado (1989a: I, 530) añade una impresa en Madrid en 1663. Sin embargo, quizá se refiera erróneamente a Z2, ya que el autor, lejos de enumerar todas las ediciones existentes, precisa referirse sólo a las presentes en la BNE, y allí no hay ninguna edición madrileña con esa fecha. Ticknor (1854, III: n. 29) menciona otra supuesta edición, de la que refiere solo la fecha: 1654. Habrá que considerar también este dato como fruto de un error porque no halla refrendo en ninguna fuente, ni en los catálogos examinados. Es posible que el hispanista confunda la fecha de la edición con la de la traducción italiana.

A una errata se debe, probablemente, también la edición que anota Cayuela (1996: 368): Madrid, Mateo de Espinosa, 1667, que se encontraría en la Biblioteca Nacional de París. Una edición con esa fecha no aparece en los catálogos de la biblioteca, donde, en cambio, figura la del año anterior, editada justamente por el taller de Mateo de Espinosa. Un caso problemático es el de la edición individuada por López Estrada (1984: 170) que, sin añadir ulteriores detalles, daba estas informaciones: Madrid, por

³⁵ Según el Catálogo Colectivo de Rebiun de la Red de Bibliotecas Universitarias el único ejemplar de esta novela se encuentra en el Campus UIB. Edif. Ramón Llull Servei de Documentació, en la Universitat de Les Illes Balears (Z-297). En el catálogo se atribuye a Francisco de las Cuevas y aparece con el título de *Aventuras D. Félix de Salazar en Argel*.

la Viuda de Alonso Martín, 1632. El dato ha sido retomado luego por Sánchez Escribano. Sobre todo, no deja de ser improbable que en el mismo año se imprimieran dos ediciones en Madrid por dos tipografías diferentes, considerando que Ma1 tiene privilegio de imprenta. La imposibilidad de localizar ejemplares, así como la falta de referencias en todos los catálogos, hace pensar en un error del estudioso.

Otra edición fantasma, esta vez en una fuente antigua, es la que encontramos en el *Catálogo* hecho por el impresor Pedro Padilla, como señaló Ripoll (1991: n. 258): «En el *Catalogo de libros entretenidos de Novelas, Cuentos, Historias, y Casos trágicos...* de Pedro J. Alonso y Padilla figura anotado en octavo unas *Experiencias de amor y fortuna* entre los que “va imprimiendo”, pero seguramente no llegaría a hacerlo, o se han perdido todos los ejemplares, pues no consta una reedición suya en ningún sitio».

1.1 La trayectoria de la novela a través de sus ediciones

De la primera novela de Quintana se cuentan, en suma, diez ediciones del siglo XVII y una del siguiente. En el conjunto, se aprecia que la neta mayoría se imprimieron en la primera mitad de la centuria, en vida todavía de su autor y cuando la llamada novela de aventura o cortesana gozaba de un indiscutible éxito entre los lectores³⁶. El escaso número de ediciones de la segunda mitad del siglo (solo dos), en cambio, nos confirma la crisis de un género que iba perdiendo de su atractivo. También la variedad de lugares de imprenta y de impresores parece apuntar a la enorme y minuciosa difusión de la obra. Las ediciones cubren, pues, las áreas más importantes del territorio librero español. En primer lugar, destaca

³⁶ Para Ripoll (1991: 91), *Experiencias de amor y fortuna* fue «una de las novelas largas de más aceptación durante el XVII». En otro estudio (Ripoll/Flor 1991) se analiza la historia de un folleto ideado por el editor Padilla en las primeras décadas del siglo XVIII con la intención de publicitar los libros de mayor éxito del siglo anterior. La presencia de las dos novelas de Quintana expresa bien el favor de que este autor gozó en el Seiscientos y del que seguiría gozando en la centuria posterior. Añádase, finalmente, como ulterior prueba, que el librero José Alfay decidió llamar Francisco la Cueva al ficticio autor de la *Mojiganga del gusto en seis novelas y estorbo de vicios*, «una taracea de textos plagiados de autores como Lope de Vega, Liñán y Verdugo y Mateo Alemán» (González Ramírez 2010: 128-129) que publicó en 1662. Eligiendo un nombre muy parecido a Francisco de las Cuevas, supuesto autor de *Experiencias de amor y fortuna*, el editor quería aprovechar la incuestionable popularidad alcanzada por la primera novela de Quintana.

la clara prevalencia de impresores de la capital, donde residía el autor: casi la mitad del total de las ediciones se realizó en Madrid. Sin embargo, no faltan impresiones en Barcelona y hasta en centros más periféricos, principalmente andaluces (Montilla, Jaén). Se trata, además, en algunos casos, de impresores célebres en la industria editorial del tiempo, como Alonso Martín³⁷ (P), Juan de Ibar (Z2), Francisco Martínez (Ma1, Mo) y los Lacavallería (B1, B2)³⁸.

La *princeps* salió de la imprenta de Alonso Martín, donde vieron la luz varias obras de Lope: *Los triunfos divinos*, *El Isidro*, *La Arcadia* y, sobre todo, las novelas que tanto influyeron en la prosa de Quintana, *El peregrino en su patria* y *Las fortunas de Diana* (es suya la primera edición). Si consideramos que ese mismo produjo también las *Novelas ejemplares* y el *Persiles* cervantinos, podemos concluir que su nombre está vinculado en gran medida a la difusión de la narrativa de la primera mitad del siglo. Esto nos permite explicar por qué Quintana, quizá gracias al prestigioso apoyo del Fénix, entregó precisamente a la viuda de Martín su primera novela.

Otro dato nos da la idea del éxito alcanzado por la novela. La *princeps* es una edición muy cuidada, en un formato grande (4°); todas las reediciones, en cambio, se imprimieron en formatos más pequeños: en 8° o incluso en 12° (B1, Ma2). Esta progresiva reducción evidencia el intento de los tipógrafos de abarcar un público más amplio, realizando libros de bolsillo más manejables que se podían vender a un precio inferior.

³⁷ Alonso Martín de Balboa (aunque omite casi siempre su segundo nombre) murió en 1613 dejando el taller a su mujer Francisca de Medina –cuya actividad está documentada entre 1614 y 1639– que en unos casos sigue empleando el nombre del marido (cf. Delgado Casado 1996: I, 426). Hay que resaltar que la *princeps* de la *Historia de Hipólito y Aminta* salió de uno de los más prolíficos tipógrafos de la época, la Viuda de Luis Sánchez, que para Amezcua y Mayo (1951a: 347) «en actividad y número de libros va a la cabeza de todos».

³⁸ Juan de Ibar (cf. Delgado Casado 1996: I, 338-339) fue uno de los tipógrafos aragoneses más importantes del siglo XVII. En su taller se imprimieron, entre otros, *La hora de todos* y *La fortuna con seso* de Quevedo. Francisco Martínez fue prolífico impresor madrileño de la primera mitad del siglo; de sus tórculos viene la edición del *Quijote* de 1636-37 «punto de partida para la que realizará la Academia en el siglo siguiente» (Delgado Casado 1996: 435). Pedro Lacavallería (cf. Delgado Casado 1996: I, 363-364), activo en Barcelona entre 1628 y 1645, imprimió obras de carácter muy diferente (diccionarios, cartas, memoriales, proclamas, obras poéticas). A su muerte fue el hijo Antonio quien se hizo cargo del taller (cf. B2).

2. Variantes

Según adelantamos, no hay razones filológicas que autoricen fundarse en una reedición en lugar de que en la *princeps*. Además, si damos fe a la anotación manuscrita del ejemplar de la BNE, la primera edición fue corregida por el mismo autor. Por supuesto, es necesaria cierta prudencia, porque es frecuente tropezar con impresos que falsamente se precian de una intervención directa del mismo autor en la fase de revisión de la obra. Como explica Moll (1979: 80): «En la mayoría de los casos, lo habitual es que el autor, una vez vendido el privilegio, no se preocupase de la materialidad de la edición, corriendo a cargo del librero-editor y del impresor su vigilancia». La revisión de pruebas solían ser tarea del corrector de la misma imprenta (que en la *princeps* se indica como «el Maestro Sebastián de Lirio») y no del autor, debido a la misma técnica de producción del libro de caracteres móviles³⁹. Si bien, con estas consideraciones a la vista, hay que subrayar que en las reediciones (y sobre todo B1 y Ma4) se registra un número mayor de errores de composición del cajista, ausentes en la *princeps*. A este propósito podríamos concluir, pues, que es acertado lo que se afirma tajantemente en la hoja de la primera edición, que las otras ediciones son «incorrectas».

Para nuestro fines, hemos cotejado por entero B1 (que tiene, como veremos, un papel importante en la transmisión textual) procediendo luego con el cotejo por amplios pasajes (aproximadamente una tercera parte del total) de las otras ediciones. En general, se registra un *corpus* de variantes exiguo y con escasos errores significativos. No se produce, con las *Experiencias de amor y fortuna*, una práctica relativamente corriente en las reediciones de las novelas barrocas, donde se pueden encontrar considerables intervenciones en el texto de la primera edición, con supresiones más o menos extensas, añadidos o cambios de varia índole, que pueden llevar, a veces, a verdaderas *refundiciones*. Las variaciones patentes afectan al paratexto, que tiende a una notable simplificación.

³⁹ Sobre el tema cf., entre otros, Rico 2005: 73-93. Según hemos podido comprobar, Sebastián de Lirio no representaba esa figura –bastante difundida en los talleres– del corrector «de confianza»: en otras ediciones de la Viuda de Alonso Martín impresas en esos años, no aparece su nombre.

2.1 Variantes textuales

La *collatio* y el texto crítico que llevamos a cabo tienen el objetivo de acercarse lo más posible a la voluntad del autor. Ya que no hay razones para creer que el novelista intervino en las reediciones, ni que estas puedan de alguna manera restaurar el texto original, la *princeps* representa sin duda la edición más fiable del texto, a pesar de las intervenciones del corrector y de las variantes ocurridas en la fase de composición. Solo en esta el cajista tenía un contacto directo con el manuscrito de imprenta, mientras que todas las reediciones se hicieron, según la práctica usual de los impresos áureos, a partir de ediciones ya existentes. Las variantes textuales de las ediciones salidas después de la *princeps* se deben, pues, a errores de lectura o de composición del componedor, o a sus tentativas de sanar autónomamente las erratas. Las variantes, por consiguiente, tienen escaso valor a la hora de fijar el texto original, y aun menos las presentes en las ediciones no autorizadas o realizadas después de la muerte del autor.

Errores de la *princeps*

En la edición crítica enmendamos los pocos errores que hemos detectado en la *princeps* sin dar constancia de ello en las notas al pie de la página⁴⁰. Dos aparecen corregidos ya en la «Fe de Erratas»: «saldia» por «salida» (p. 122,15) y «por quien» en lugar de «porque quien» (p. 229,37). Los errores, enmendables con facilidad, sin duda se deben atribuir al componedor. En todas las ediciones posteriores se lee la lección correcta. Incluso otros errores, ocurridos en el mismo proceso de composición, se corrigen en todas las reediciones:

P	Otras ediciones	Texto crítico	p
apologitico	apologetico	apologético	110,15 <i>(se corrige, por supuesto, solo en las ediciones que tengan la carta de Lope)</i>
lleno	llena	llena	162,2
lengas	lenguas	lenguas	222,11

⁴⁰ En este apartado, se indican página y línea de la edición crítica para facilitar la individuación de las variantes señaladas. Para evitar largas y dispersivas listas se ofrecen solo unos pocos ejemplos de los fenómenos más interesantes.

En una ocasión («pusiesse» por «pusiessen», p. 246,25) solo Ma3 da la lección correcta. Con respecto a otros errores tenemos la *varia lectio* de los testimonios presentes⁴¹. En todos los casos en que las reediciones presentan la lección correcta, esto se debe al hecho de que el cajista, o el corrector, se dieron cuenta del error y decidieron enmendarlo. Podemos notar, además, que esta práctica es más frecuente en ciertas ediciones (Mo, J, Ma3) y menos en otras (Ma1) cuyo componedor, evidentemente, muestra una actitud más pasiva frente al texto.

P, Ma1, Mo dos	J los	B1, Ma2, Z1, B2, Z2, Ma3, Ma4 los dos	Texto crítico los dos	p. 121,26
P, Ma1, Mo, B1, Ma2, J, Z1, B2, Z2, Ma3 aplaclarla		Ma4 aplaclar	aplaclarlo	242,11
P, Ma1, B1, Ma2, Z1, B2, Z2, Ma4 lunar		Mo, J, Ma3 lugar	lugar	256,28
P, Ma1, B1, B2, Z2 tenido		Mo, Ma2, J, Z1, Ma3, Ma4 temido	temido	274,20
P, Ma1, B1, Ma2, Z1, B2, Z2, Ma3, Ma4 en la sala que la tenian		Mo, J en la sala que tenian	en la sala en que la tenían	303.26

⁴¹ Metodológicamente hemos seguido el principio expresado por Trovato (2009: 94-95, 102): «Se la presenza di una serie amplia di errori comuni a più testimoni ha senz'altro valore congiuntivo, l'assenza di una parte anche cospicua di quegli errori *non ha* valore separativo» que agrega, en nota: «Si tratta, per la verità, di una riformulazione di una regola di Maas [...] relativa ai cosiddetti casi non tipici: «Se un copista corregge un errore nel suo esemplare giustamente per congettura, senza dichiarare questo espressamente, in tal caso può parere che esso dipenda da un altro esemplare o che abbia contaminato il suo testo da questo. Giuste lezioni che possono essere state trovate per congettura non possono dunque essere messe in campo contro una *eliminatio* che si appoggia su altri argomenti». El estudioso, añade: «Nei piani bassi della tradizione, costellazioni ampie di innovazioni (in astratto: adiafore) e persino serie di correzioni linguistiche possono confermare, se non sostituire, l'orientamento fornito dagli errori patenti, per loro natura esposti a una progressiva falcidia».

Las otras ediciones

En primer lugar, y este es el aspecto que más interesa para la fijación del texto, hay que registrar que en varias ocasiones todas las reediciones presentan la misma variante conjuntiva, que se aleja de P. Esto significa que no se basan en P, sino en una de las ediciones de 1632 (Ma1 o Mo) donde surgió la variante. Como dijimos, su valor para la reconstrucción del texto, es, por consiguiente, muy limitado.

[1]

P	Otras ediciones	Texto crítico	p.
sus	los	sus	127,3
a amigo	amigo	a amigo	209,2
alagan	alaban	halagan	235,20
endiose	endiendose	hendiose	242,16

Las variantes permiten también separar Ma1 y Mo (y J, que de esta descende) del resto de las reediciones. En innumerables ocasiones, pues, solo estas mantienen la lección de P, mientras que todas las ediciones sucesivas presentan otra variante conjuntiva (en varios casos, como se ve, una *lectio facillior*):

[2]

P, Ma1, Mo, J	B1, Ma2, Z1, B2, Z2, Ma3, Ma4	Texto crítico	p.
firmeza	fineza	firmeza	145,19
deseados	deseos	deseados	162,7
quitar	om.	quitar	194,30
engana	engañaba	engaña	211,31
mejoria	memoria	mejoría	284,12

Ma1 tuvo que basarse en la *princeps*, como demuestra la presencia de sus variantes, a las que añade unas propias (que en unos casos pasan solo a Mo y J, y en otros a todas las ediciones sucesivas).

Mo descende con toda probabilidad de Ma1: recordemos también que salen del mismo taller y no hay razón para hipotizar que en una reedición del mismo tipógrafo no utilizase la anterior. Afirmamos que no copiaba de P porque repite las variantes propias de Ma1 contra P (tabla 1) y añade variantes propias, que, normalmente, solo pasan a J (como «manos» por «mas», p. 258,11). En escasas ocasiones, las variantes de Mo vuelven a P y contrastan con Ma1:

[3]

P, Mo	Ma1	Texto crítico	p.
es	om.	es	191,8
la disculpa	disculpa	la disculpa	250,25

Estas, sin embargo, se explican teniendo en cuenta que el cajista de Mo aquí intentó sanar de modo autónomo los errores, y no hay que suponer que cotejase el texto de P. En el primer caso, se trata de una clara omisión de Ma1 en la frase «quede creído con la disculpa que diere»; mientras que en el segundo el componedor o el corrector de Mo se enteró de la hipometría (el verso tiene que ser senario) «o mi amor loco» y enmendó de la forma más simple «o mi amor es loco».

J, como vimos, deriva de Mo ya que repite todas sus variantes separativas. Hay que decir, además, que se trata de una edición con un elevado número de variantes propias, debidas a las intervenciones del cajista. Se nota, en general, la tendencia a explicitar o aclarar pasajes difíciles de P: son muchas las omisiones (a menudo de adjetivos, como «esmaltada», p. 123,20) o las simplificaciones (por ejemplo «sacramentos» por «espirituales refecciones», p. 140,19). El fenómeno afecta incluso a pasajes más amplios, y puede servir a restablecer un *ordo verborum* más lineal y una sintaxis más llana (como en «A este monte me han traído mis desdichas y a este lugar la suavidad de vuestra voz» por «A este monte mis desdichas, y al lugar que ahora estoy me han traído vuestras gracias, pues la suavidad de la voz», p. 121,2-4). Esta tendencia a la intervención puede explicar también por qué en escasas ocasiones J vuelve a la variante de P («unas», p. 163,9; «castillo», p. 172,14) contra Mo.

B1, según vimos, no se basa en P sino en una de las ediciones de 1632: encontramos, en efecto, numerosas variantes conjuntivas y algunas difícilmente poligenéticas (como, por ejemplo, la citada «castigo» por «castillo», además de las de la tabla 1). A estas, B1 añade un gran número de errores propios. Con toda probabilidad, desciende de Ma1 y no de Mo, porque repite variantes y errores de Ma1 y faltan, en cambio, las variantes separativas de Mo.

Más difícil es reconstruir los vínculos de las otras ediciones. Ma2 repite casi todas las variantes de B1, como, por ejemplo:

[4]

P	B1, Ma2	Texto crítico	p.
dudara	durara	dudara	160,1
recebire	recibiere	recebiré	170,25
hazen	hace	hacen	269,24
fue	fue	fuese	276,1
atendiendo	entendiendo	atendiendo	342,9

La relación directa está confirmada por la repetición de las numerosas omisiones de B1, como:

[5]

P	B1, Ma2	Texto crítico	p.
quitar	<i>om.</i>	quitar	194,30
yo	<i>om.</i>	yo	205,32
no	<i>om.</i>	no	283,34
sala	<i>om.</i>	sala	315,20
la	<i>om.</i>	la	341,23

Sin embargo, en contadas ocasiones, vuelve a la lección de P o de Ma1-Mo, corrigiendo, pues, los errores de B1:

[6]

P, Mo, Ma2	B1	Texto crítico	p.
llegandose	llegando	llegándose	149,20
mas	mar	más	159,18
sobra	sobre	sobra	162,30
impedido	impedio	impedido	194,8
abrazos	brazos	abrazos	225,6

De nuevo podemos suponer que, dado que casi todos estos errores de B1 son evidentes, se hayan sanado de una manera autónoma.

De Ma2 desciende Z1, ya que repite sus variantes (con todos los errores de B1 sanados, tabla 6), como:

[7]

P	Ma2, Z1	B1	Texto crítico	p.
si ya	ya que	ya	si ya	170,5
corte	insigne corte	corte	corte	244,30

De B1 desciende también B2 (que vio la luz en el mismo taller): respeta todas las variantes de B1, con la corrección de algunos errores del cajista («codicia» por «codia», «ferreruelo» por «ferruelo», «cuidado» por «cuido», etc.). El hecho de que no presente las variantes de Ma2-Z1 (tabla 7), impide deducir una filiación con estas ediciones.

En esta edición se basó Z2, que, como dijimos, fue hecha a plana y renglón. No nos extraña que Z2 repita, pues, las variantes de B2, a las que se suman muy pocas propias. En dos ocasiones, Z2 vuelve a la lección correcta de P, subsanando errores de B2. El primer caso es el ya citado verso «o mi amor loco» (así en B1, B2). Suponemos que el cajista de Z2 (como el de Mo) se dio cuenta del error métrico y lo enmendó; otra suposición, más improbable, es que manejara también otra edición a la hora de componer. Esto podría ser sobre todo cuando se trata de versos, ya que tenemos otro que oscila entre «de su cortés atención» (p. 339,7) en P, Ma1, Z1, Ma3, Z2; y «de su corte atención» en las demás ediciones.

De Z2 parece derivar Ma3, ya que repite todas sus variantes, incluso las exclusivas de esta edición y que difieren de toda la rama. Faltan, además, las lecciones separativas de Ma2-Z1.

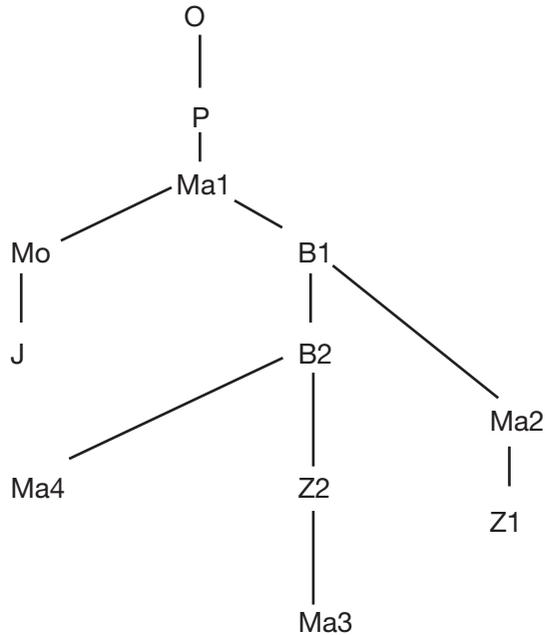
[8]

P	Z2, Ma3	Ma1, J, Mo, B1,B2	Ma2, Z1	Texto crítico	p.
si ya	pues ya	ya	ya que	si ya	170,5
lo demas	los demas	lo demas	lo demas	lo demás	275,13

Ma3 introduce también nuevas variantes con respecto a Z2 («corría» por «corriera», p.148,16; «acudia» por «acudió», p. 161,8; «recibi» por «reciere» p.170,25 etc.). En contadas ocasiones, Ma3 restablece la lección correcta, sanando los errores de Z2: «mas» por «mar», p.159,18; «temido» por «tenido», p. 274,20.

Resulta muy complicado establecer como trabajaba el editor decimonónico de Ma4, por la presencia de una enorme cantidad de errores y variantes, muchas exclusivas, en algunas ocasiones comunes a la rama B1-B2-Z2-Ma3, pero en otras a la rama Ma2-Z1. Además de las dos ediciones de 1632, podemos excluir a ciencia cierta que la edición de 1723 se base en Ma3, ya que en Ma4 hay un pasaje ausente en esta edición. Aunque no hemos detectado variantes exclusivas, la base del texto parece ser B2: Ma4 presenta la casi totalidad de sus variantes, incluidas las enmiendas que esta edición aporta a B1.

Resumiendo, podemos trazar la siguiente hipótesis de *stemma*:



2.2 Variantes de los preliminares

Ninguna reedición de la novela reproduce exactamente los preliminares de la *princeps*⁴². Esto nos puede proporcionar algunos datos sobre la relación entre las ediciones y, sobre todo, confirmar el estema propuesto. Sería arriesgado, sin embargo, sacar conclusiones solo basándonos en el estudio de los preliminares: estas partes se entendían como algo autónomo respecto al libro y

⁴² Los preliminares fueron redactados en dos momentos diferentes: la parte que se refiere a la censura y al mecanismo de revisión, como vimos, es de 1624, mientras que el carteo entre el autor y Lope es de uno o dos años más tarde. En la carta de Quintana se citan los *Triunfos divinos* –obra que se imprimió solo en setiembre de 1625– y se menciona Luis de la Carrera, pseudónimo que Lope (cf. n. 4 de la edición) también empleó a partir de ese año. Además, en la respuesta del Fénix, la frase «perdone la docta *Argenis* recién venida a España» parece aludir a una versión española de la obra de Barclay, cuyas primeras dos traducciones (la de Pellicer, a la que parece remitir, y la de Gabriel del Corral) se publicaron en 1626 (cf., entre otros, Vosters 1977: 91 y González Rovira 1996b: 347). Sin embargo, no podemos excluir del todo que Lope conociese ya la traducción de Pellicer, que circulaba manuscrita desde 1624. Según Vosters (1962: 36) la carta de Lope fue escrita probablemente en enero de 1626, pero el estudioso no da cuenta de los elementos que le han hecho llegar a esta conclusión.

en los talleres tipográficos de la época el texto propiamente dicho se solía imprimir sin la portada ni los preliminares, que se daban a la imprenta al final⁴³. Dicho esto, es altamente improbable que el editor de una reedición se preocupara de cotejar varias ediciones (por lo menos por lo que a preliminares se refiere), tomando el texto de una edición y los preliminares de otra. Las únicas conjeturas que podemos hacer, pues, se basan en el principio de que si faltan partes de los preliminares en una edición y aparecen en una sucesiva, la segunda no puede descender de la primera.

Un primer cambio de los paratextos se nota en la nueva aprobación de B1, fechada a 19 de julio de 1633 y firmada por Fray Francisco Palau. Este texto se repite solo en B2 y Z2⁴⁴. Además, en esta rama los elementos paratextuales se colocan en una sucesión diferente tanto respecto a P como a la de las demás reediciones. También la portada de B1, B2, Z2 es igual, y difiere de Ma2 y Ma4, que omiten el título de san Juan adquirido por Lope. Estos elementos nos confirman el estrecho vínculo entre B1, B2 y Z2, ya señalado.

En otras reediciones asistimos a verdaderas expurgaciones que afectan en particular a las dos cartas, que faltan en Mo, J, Ma2, Z1: lo que, siguiendo el mismo criterio, nos haría pensar que Ma1 no puede derivar de Mo (sino más bien lo contrario, como dijimos), ni B1 de Mo. La falta de las epístolas en Ma2, y su presencia en Ma3, parece confirmar, finalmente, que no puede existir una relación directa entre esas ediciones; este dato no se opone, en cambio, a la filiación que hemos propuesto de que Ma3 derive de Z2. J repite los preliminares de Mo con la sola excepción del año del privilegio (1626 por 1624). Con toda probabilidad esto se debe a un error del cajista, ya que coincide el día (1 de octubre), que es el mismo de la *princeps*.

Más en general, hay que preguntarse por qué unos editores decidieron suprimir secciones considerables de los preliminares. La única parte que se sigue editando siempre es la carta al lector:

⁴³ Normalmente se escribían el prólogo al lector y las eventuales composiciones laudatorias mientras la obra estaba en prensa. El hecho de que fueran dos procesos distintos lo confirma, entre otras cosas, la diferencia de los signos puestos por el tipógrafo en los folios para la encuadernación. También en los varios ejemplares consultados de *Experiencias de amor y fortuna*, las hojas de los preliminares forman un cuaderno propio, diferente del de la novela.

⁴⁴ En las otras ediciones donde se halla la aprobación (falta, pues, en Mo, J, Ma3, Ma4), se repite la de la *princeps*.

los tipógrafos consideraron imprescindible la epístola donde, como veremos, el mismo autor da su clave de lectura de la novela. Las omisiones pueden explicarse, en primer lugar, teniendo en cuenta los procesos de venta del libro. Al tiempo de la *princeps*, o en los años inmediatamente sucesivos, el carteo entre Quintana y Lope podía conferir prestigio a una obra y a un autor desconocido, favoreciendo su difusión. En las ediciones sucesivas, esta urgencia se hizo menor, lo tanto que convenció a unos editores de su inutilidad. A lo mejor, esto se debe al mismo éxito de la novela: a partir de los años treinta el solo título bastaba para asegurar la venta. De la misma manera debemos interpretar la falta de las composiciones poéticas de los preliminares (en Ma3 y Ma4) que, además de una función «ornamental», atestiguaban las influentes amistades del autor.

III. TEMAS Y POÉTICA

1. Los preliminares

Los ricos paratextos literarios de las dos novelas de Quintana constituyen un punto de partida ideal para arrojar luz sobre fuentes, propósitos lingüísticos e intenciones del autor⁴⁵. Comprobando cómo y en qué medida las declaraciones de las páginas introductorias corresponden a la práctica de la novela, podemos, pues, acercarnos a su poética. De hecho, se trata de los únicos escritos de corte «teórico» redactados por el autor. Además, los dos preliminares –si bien con la repetición de muchos de los usuales *topoi*– bosquejan las mismas ideas, como si fueran parte de un único proyecto coherente. Nos referimos, en particular, a la carta al lector que cierra los preliminares de la primera novela, y al *Prólogo* de la segunda. La opinión del novelista, en efecto, no sufre cambios, pero parece que su postura se hace más decidida. Quizá

⁴⁵ Partes de los paratextos ya se han publicado: Zimič (1975: 190-194) refiere por completo las epístolas de Lope y Quintana y la canción de María de Zayas; la carta de Lope puede leerse en varias colecciones del Fénix (cf. Vega 1776-1779: XVII, 300-303; Vega 1935-1943: IV, 87-89 y Vosters 1977: 91, n. 148). Cayuela (1996: 37) transcribe la parte central de la aprobación de Montoya. Por lo que se refiere al estudio de los preliminares, cf. Zamora Lucas 1941: 142-143; tanto Chenot (1983: 142) como González Rovira (1996a: 55-60) se detienen en examinar los de *La historia de Hipólita y Aminta*. Cf., finalmente, Marguet (2009) que, además de estudiar la relación entre historia y ficción en la segunda novela de Quintana, cita un pasaje del «Prólogo» a esta.

por el éxito conseguido con la primera obra, Quintana se siente más libre de profundizar en temas que considera fundamentales de su *modus scribendi*, que implican la relación entre historia y ficción y la necesidad de urgencia moral también en la narrativa de consumo.

Hay que recordar que en España, sobre todo con la proliferación de la novela, los preliminares no son un simple instrumento de presentación o promoción del libro, sino que se convirtieron en lugar privilegiado para disquisiciones sobre las normas y la licitud del género⁴⁶. La falta casi total de tratados dedicados a la teoría de la novela favoreció el desplazamiento del debate precisamente a esta sede⁴⁷. Allí, asuntos literarios solían mezclarse con temas de orden moral, especialmente cuando se trataban las peligrosas cuestiones de amor: el autor se esforzaba entonces por enfatizar la vertiente ejemplar, recurriendo al conocido *topos* horaciano del *miscere utile dulcis*⁴⁸. Las autodefensas eran necesarias también porque la narrativa, todavía a principios del siglo XVII, gozaba de escaso aprecio literario y se consideraba como una forma menor e indigna.

Las dos novelas de Quintana se sitúan entonces en este panorama de generalizada desconfianza. La respuesta del autor madrileño a estas dúplices críticas (morales y estéticas) se halla sobre todo en los preliminares de *Experiencias de amor y fortuna*, que convergen en presentar al autor y a su obra como producto «culto». Por un lado, se subraya su gran valor didáctico, que permite la acostumbrada referencia a la «ociosidad ocupada» y a la «ocupación divertida»⁴⁹ y, por el otro, se insiste en celebrar la

⁴⁶ Estudiosos como Porqueras Mayo (1957: cap. IV-V y 1968) llegan a considerar las hojas preliminares como verdadero género literario autónomo con estilo y temas propios, caracterizado por una multitud de funciones.

⁴⁷ Incluso en un texto clave para la preceptiva del tiempo, como la *Philosophía antigua poética*, López Pinciano se ocupa de la novela de manera bastante superficial. Además, compendia en muchos casos las ideas de Aristóteles, de Horacio o de los comentaristas italianos, y acaba por proponer, de manera más o menos explícita, el modelo de Heliodoro.

⁴⁸ El precepto, de gran difusión durante la Edad Media, adquirió nueva fuerza durante la Contrarreforma. Sin embargo, a menudo los escritores enfatizaban en los preliminares la valencia ejemplar de su obra (cf. Barella Vigal 1985).

⁴⁹ La idea de literatura como forma respetable de ocupación se halla ya en Plutarco y Cicerón y penetra en la literatura española sobre todo a partir del Renacimiento (cf. Curtius 1955: I, 135-136). Quintana repite el mismo concepto en los preliminares de su segunda novela: «Mi deseo solo ha sido proponer

novela como modelo literario alto, que se aleja definitivamente del ideal de puro entretenimiento que conllevaba el género.

1.1 El modelo culto: escuela lopista y proyecto antigongorino

Uno de los objetivos prioritarios para dignificar la obra, consiste en situar a un autor todavía desconocido dentro del panorama literario de la época, y en concreto entre las filas del literato más célebre de su tiempo: Lope⁵⁰. La centralidad de la figura del Fénix –que se asoma ya a partir de la dedicatoria en la portada– declara desde el principio el vínculo de Quintana con la escuela del maestro, e implica la comparticipación de su poética y de su gusto. Primera señal de tal planteamiento es la presencia de ataques a los adversarios de Lope⁵¹. Las críticas más insistentes se dirigen a los secuaces de la escuela «culterana», con la censura de la afectación del lenguaje, ese estilo artificiosamente oscuro que está triunfando incluso en la prosa⁵². El «Monstruo de la naturaleza» define esta lengua «ambiciosa», «culta», «extraña», tan llena de «barbarismos» que termina siendo un idioma extranjero. El remedio se halla en la estabilidad de la naturaleza y de la tradición, en la tópica mención de la *mediocritas* clásica como emblema de llaneza, pureza y armonía.

Toda la digresión sobre el uso de la lengua no parece inútil ni ajena a la obra de Quintana, sino que puede leerse como parte de la misma estrategia de elevación. El siguiente paso es presentar al

unos sucesos que deleitando enseñen, y enseñando diviertan, y unos discursos adornados de sentencias; entre consejos que tal vez sirvan de avisos, me resolví (aunque temeroso) a que [el libro] no saliese expósito al mundo». Nada diferente, en los mismos, el tono de la aprobación de Montalbán: «Hallarán en él los filósofos doctrina, los políticos preceptos, los cortesanos avisos, los ociosos fábulas, y los ocupados un breve divertimento para afloxar el arco del solicitado martirio de los negocios. Está oy el mundo tan estragado y divertido que ha menester que los avisos y consejos se los embuelvan en sutilezas y donayre, para que lo escabroso de la reprehensión se ablande con lo aseado de lo escrito».

⁵⁰ Randall (1963: 119, n. 76) llega a suponer que incluso el nombre del protagonista Feniso aludiría al Fénix, mientras que para Zimič (1975: 197, n. 78) «el episodio de Laura [...] recuerda, en varios detalles esenciales, las experiencias del Fénix con Elena Osorio».

⁵¹ No faltan las ofensivas contra los envidiosos, verdadera obsesión del Fénix e hilo conductor de sus prólogos, aprobaciones y composiciones satíricas.

⁵² Los ataques de Lope en este sentido son muy frecuentes (baste citar el *Discurso sobre la nueva poesía* o las aprobaciones de *Sucesos y prodigios de amor* y del *Orfeo* de Montalbán). Para este propósito, cf., por lo menos, Romera-Navarro 1929 y Orozco Díaz 1973: 312-354.

autor madrileño no solo como exento de este «vicio», sino también considerarlo como verdadera alternativa a tal modelo. Se propone una novela que luce un estilo alto pero sin los vanos y rebuscados preciosismos y los cultismos léxicos o sintácticos de la praxis gongorista⁵³. Según el ejemplo de Lope, la erudición ha de hallarse en la abundancia de citas clásicas y referencias eruditas, en la *varietas* de argumentos y fuentes, en el difundido enciclopedismo. Las usuales menciones a Heliodoro (y a sus imitadores modernos) van en la misma dirección: se dan a la narrativa, género que no gozaba del amparo de los clásicos, ilustres antecedentes⁵⁴. También la definición de «poema» para referirse a la novela e identificar sus capítulos, refleja este objetivo⁵⁵. Las aspiraciones del texto se hacen explícitas en la identificación del supuesto destinatario, al que Quintana se refiere en su carta al lector donde repite tópicos normalmente reservados a la literatura alta. La novela no se concibió para los incultos, sino para el «estudioso y entendido», el «docto» y «cuerdo», capaz de captar las numerosas sentencias y las finezas filosóficas dispersadas a lo largo del texto. El autor toma así distancia de la costumbre que abonaba el público de las novelas compuesto por las capas menos cultas de la sociedad, como mujeres, soldados, criados o pajes. Precisamente en este perfil elitista del destinatario reside, en cierta medida, la diferencia con la poética de Lope, que en sus *Novelas a Marcia Leonarda*

⁵³ También la frase «con todo eso he intentado que no haya cosa que por baja fastidie, por realzada se oculte» parece aludir no a la censura general del estilo alto, sino a la oscuridad de ascendencia gongorina.

⁵⁴ Las *Etiópicas* de Heliodoro tuvieron considerable aprecio en la España áurea, aunque, sin duda, menor comparado con su extraordinaria difusión europea (Gentilli 2010: 47-48). La bibliografía sobre la difusión del autor griego es muy amplia: recuérdese Estelrich 1900; López Estrada 1954: VII-XXXVIII; Carilla 1966 y Teijeiro Fuentes 1988: 37-42.

⁵⁵ En los preliminares así le llaman, además del autor, Tirso y Lope. El término «poema» se coloca en el vasto repertorio de nombres utilizados en los *Siglos de Oro* para identificar la novela y sus partes en una época en la que el género todavía no tenía límites ni denominaciones bien definidas. Otros novelistas del tiempo llegan a soluciones parecidas (cf. González Rovira 1996a: 52). Gonzalo de Céspedes y Meneses, por ejemplo, tituló la primera edición de su novela *Poema trágico del español Gerardo o desengaños del amor lascivo*. Como explica Lara Garrido (1984a: 123-124): «La doctrina aristotélica de que la esencia de la poesía estriba en la imitación y no en que esté escrita en verso propició la pronta integración de la narrativa griega, recién descubierta por el humanismo, en una casilla vacía de la propia *Poética*, haciendo posible el refrendo clásico de un nuevo romance».

–si bien dentro de un proyecto culto–, declaraba la intención de mezclar lo sublime y lo humilde, entretenimiento y literatura elevada para seducir a un público «misceláneo»⁵⁶. Nuestro autor, en cambio, rechaza cualquier heterogeneidad: para él, elevar la novela a género ejemplar y realizar *epos* en prosa significa también depurarla casi del todo de personajes, asuntos y registros bajos⁵⁷.

En conclusión, Quintana quiere otorgarle dignidad literaria a todos los niveles (fuentes, destinatario, estilo, contenidos), reflejando siempre el compromiso intelectual del autor, su erudición, su afán moralizador. Logra este objetivo representando un mundo artificioso, la sublimación de la sociedad cortesana –entendiendo la palabra en su sentido más amplio– que significa, para su lector, la puerta de acceso a una realidad de la que está excluido.

Todo lo dicho no se limita a la estrategia de los preliminares, sino que corresponde a la práctica de la novela. Sin embargo, el novelista no puede quedar del todo ajeno al contagio de la moda literaria gongorista y, por lo menos desde el punto de vista sintáctico, repite estructuras popularizadas por el maestro de Córdoba y sus seguidores⁵⁸.

1.2 La novela como obra moral

En los preliminares, Quintana se detiene solo de una manera rápida sobre cuestiones de orden poético: la dimensión del texto, la originalidad, la búsqueda del justo medio. El verdadero *leitmotiv* es la función educadora de la novela que cruza tanto las partes

⁵⁶ «Porque ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y paréntesis, ya de historias, ya de fábulas, ya de reprehensiones y ejemplos, ya de versos y lugares de autores, pienso valerme para que ni sea tan grave el estilo que canse a los que no saben, ni tan desnudo de algún arte que le remitan al polvo los que entiendan» (Vega 2002: 182-183). Sobre el tema, cf. Bonilla Cerezo 2007: 98-122.

⁵⁷ Este afán de elevar un género comercial como la novela remite a las posiciones de los teóricos italianos renacentistas, y tiene muchos puntos de contacto con cuanto expresado en ese mismo periodo por Francisco Lugo y Dávila en el «Proemio» y en la «Introducción» a su *Teatro popular* (cf. Bonilla Cerezo 2011, y, más en general, Vilanova 1949: 124-130 y Lozano Renieblas 2008). González Rovira (1996a: 274) define justamente las obras de Quintana «ejemplo de épica amorosa en prosa», objetivo que anhelaban tanto Pinciano como Cervantes con su *Persiles*.

⁵⁸ Para un enfoque del influjo del poeta cordobés en la narrativa áurea, cf. Bonilla Cerezo 2006: 31, y 2010, donde subraya que precisamente «en el lustro 1624-1629 la recepción de las *Soledades* disfruta su apogeo».

encomiásticas como las legales⁵⁹. Tirso identifica el destinatario de tantos esfuerzos edificantes: «dando con políticos desengaños avisos discretos a juventudes inadvertidas»⁶⁰. La educación de los jóvenes era un *topos* frecuente en los preliminares de la literatura amorosa, centrados en advertir del peligro de emulación de la locura pasional de los galanes y de las damas que llenan las páginas de las novelas. Quintana da un vuelco a la cuestión: no solo la novela no entraña riesgos para los jóvenes, sino que puede serles provechosa. Literatura amorosa y dignidad moral son compatibles⁶¹: según la tradición de la novela sentimental, pues, los episodios se constituirían como casos prácticos en los que el sufrimiento y los excesos de los enamorados funcionarían como *exemplum* y escarmiento.

Quintana extiende este concepto a todos los elementos que constituyen la novela, llegando a rechazar incluso los cánones consolidados del género: todo elemento que va en función del entretenimiento ha de sacrificarse a lo ejemplar. Esto es evidente ya a partir de la caracterización de los personajes. Quintana se sirve casi solo de personajes nobles, alejándose así, de nuevo, de Lope, que hacía protagonista del *Peregrino* a un anti-héroe casi picaresco como Pánfilo. Por esta razón se antojan escasos, casi imperceptibles, tipos frecuentes en las novelas, cuya ascendencia hay que buscar en la picaresca, tales como frailes, truhanes, buscavidas, etc. Como dijimos, Quintana profesa también un uso reducido del estilo bajo, pues sabe bien que esto contradice al *decorum*: el exceso de un lenguaje popular y vulgar podría ofrecer un modelo negativo al lector y condicionar su idioma. Otra ruptura de los preceptos clásicos atañe a las digresiones (que afectan sobre todo a los autores antiguos, con citas de textos filosóficos,

⁵⁹ Quintana expresa conceptos parecidos en dos preliminares que firmó: en *La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* de Alonso de Castillo Solórzano (1642: f. [4r]) «Lo que haze tolerable a este género de escritos es sacar de lo áspero de unos sucessos escarmientos para huir de los vicios, y de lo plausible de otros, aliento para seguir lo que mereze imitación» (sobre este pasaje, cf. Arredondo 2009: 363).

⁶⁰ Sobre este tema, cf. Cayuela 1996: 103-106. En los preliminares de la segunda novela, Quintana se refiere de una manera explícita a la juventud: «Antes de dar a la luz común otros asuntos más graves, [...] si tal vez inculcos, nunca faltos de sentencias y avisos, con que prevenir los riesgos a que la juventud desbocada se ocasiona, y ciega se determina».

⁶¹ Según un tema muy conocido en los preliminares del género, piénsese tan solo en las páginas introductorias de *La Celestina*.

científicos o literarios) que sirven, desde la óptica del autor, para enriquecer la novela⁶².

1.3 El problema de la verosimilitud

El tema moral se enlaza a otra acostumbrada cuestión que animaba los debates literarios del tiempo: lo verosímil de los hechos contados⁶³. En opinión del autor, las novelas, por su carácter ficticio, pueden orientarse hacia un contenido moral. Quintana se opone a la preceptiva de ascendencia aristotélica, que pretendía que solo acontecimientos verdaderos brindan instrumentos de enseñanza. Sobre todo en el «Prólogo» de su segunda novela⁶⁴, hace suya una teoría ya expresada por López Pinciano, para quien la literatura puede ser más útil en este sentido respecto a los hechos históricos. Por eso Quintana no busca una ficción que se haga pasar por real, sino una declarada invención que parezca creíble, como se lee también en la aprobación de la *princeps* de Montoya: «ficciones no imposibles en sucesos humanos»⁶⁵. La intención del autor, por lo menos en una línea programática, es entonces la de darle a la novela un sabor a verdad, hacer que el mundo poblado por los personajes no difiera demasiado del contexto real⁶⁶. Sin embargo, le propone al lector personajes y ambientes más altos, más nobles, más literarios que su vivencia cotidiana. La novela, entonces, más que a la realidad, responde a las convenciones del

⁶² Se trata, en este caso, de un precepto común de los tratadistas de la época, y expresado también por Lope, cf. Sobejano 1978: 479-494 y Schwartz 2000. Sobre el papel del autor y el sentido de los intercolumnios en las *Novelas a Marcia Leonarda*, cf. también Brownlee 1981: 112-130.

⁶³ Para un enfoque de la cuestión, cf. Porqueras Mayo 1972a.

⁶⁴ «Querría yo persuadir a quantos hacen mal rostro a este género de escritos, que [...] son tan provechosos como las historias verdaderas, y mucho más que algunas, que solamente sirven a unos de cansancio, a otros de risa, y a todos de embaraço y estorvo».

⁶⁵ La misma ambivalencia aparece en el título y en la definición de los capítulos. Si el término *Experiencias* solía remitir a hechos reales, «poemas» alude claramente a la literatura, y, por consiguiente a la *inventio*.

⁶⁶ Como ya había expresado Lope en el *Peregrino*: «Las [cosas] que no tienen apariencia de verdad no mueven, porque, como dice en su *Poética* Torcato Tasso, donde falta la fe, falta el afecto o el gusto de lo que se lee, y acreditando esta opinión con Píndaro, grandemente esfuerza la elección de los argumentos de las cosas verosímiles, que han sido, que pueden ser o que hay fama de su noticia» (Vega 1973: 334-335). Sobre el tema, cf. Vilanova 1949: 111-114 y González Rovira 1996b.

género literario al que pertenece. Además, sería anacrónico ver un intento «documental» de imitación de la realidad. La verosimilitud perseguida por Quintana no hay que buscarla en la fábula, que apuesta por una casuística intrincada e ingeniosa de situaciones amorosas y de casos de la fortuna en los que los mismos personajes dudan si creer, y que, desde una perspectiva moderna, parecen nada creíbles. Precisamente porque los episodios están siempre al borde de lo inverosímil, el autor se sirve de una técnica retórica usual en las novelas del género: declara no solo lo excepcional de la narración, sino también su verdad. Por un lado, entonces, se subraya lo increíble de las aventuras, como proclaman los mismos personajes. Así Antonio, que empieza a contar su pasado con esta advertencia: «no podré excusarme de referiros los varios accidentes con que mereció mi historia nombre de extraña y se acreditó de inaudita [...] le añadiréis a renombres de inaudito títulos de prodigioso» (pp. 308-309). Y, por el otro, se insiste en la verdad del cuento, por extraño que pueda parecer, como en las palabras de Leonardo: «¿Quién se vio en estado que otro le celase y guardase su mujer si no es yo, en quien se acreditaban de verdades las que aun parecieran difíciles para imaginaciones?» (p.180).

2. Lectura edificante: la enseñanza directa

El primer nivel de ejemplaridad de la novela se halla en las explícitas enseñanzas expresadas a través de sentencias, digresiones y comentarios. Se trata de verdaderos paréntesis que interrumpen el tejido narrativo: no siempre se refieren de una manera rígida a cuestiones morales, sino que afectan a las más recónditas disciplinas del saber humano. Las intromisiones más manifiestas son las del narrador, que comenta los hechos, como demuestra, *in primis*, el adverbio *justamente* («pareciéndole, y justamente, que si fuesen seguidos» (p. 149) o el *yo* («y esperar ocasión, porque yo llamaré amante atrevido al que quisiere hacer ostentación de su amor [...]» (p. 259); «podía sosegar en ella, de donde infiero que solo halla descanso un deseo en la posesión de los bienes» (p. 184). Sin embargo, la orientación didascálica contamina también la voz de los personajes que, de nuevo, reflejan generalmente el punto de vista del autor. Todo el universo descrito sufre entonces un «proceso educador», que demuestra el absoluto control del escritor sobre la materia, y hace que el lector no pierda nunca de vista el correcto juicio sobre lo que se está describiendo.

Varias de estas partes, por su carácter sentencioso, han

sido extrapoladas de su contexto y se han considerado como frases aisladas. Así, diferentes pasajes de *Experiencias de amor y fortuna* aparecen en las *Migajas sentenciosas*, atribuidas erróneamente a Quevedo⁶⁷. Son tanto expresiones breves (como: «son las palabras hijas del entendimiento y testigos que informan de su capacidad» (p. 121); «nacieron de un parto villanos y porfías» (p. 124), como extractos más largos, a partir de una buena parte de la tirada sobre el amor de Laura en el primer poema (p. 137).

Las digresiones pueden afectar a cuestiones universales, como los vicios y las virtudes del hombre. Argumento principal de estas partes no puede ser sino el amor. Casi todos los personajes expresan su punto de vista acerca del sentimiento que, de una manera u otra, ha trastornado sus vidas. Sin embargo, sería imposible distinguir una posición frente a otra: la unicidad de pensamiento de Quintana impide la diferenciación entre personajes, e incluso las discrepancias entre voces masculinas y femeninas son imperceptibles. Las sentencias amorosas reverberan el eco de los más conocidos tratados sobre el tema, o repiten los cánones codificados en la lírica cortés, llevando a la narrativa los paradigmas petrarquistas y la tradición de los *opposita*⁶⁸. Solo la situación puede determinar una percepción diferente del amor, lo que equivale a decir, como aclararemos, que la actitud de los personajes está en función del enredo, o sea, que estos son juguete de la aparente casualidad de la existencia.

Varias veces leemos también reflexiones sobre otro tema central, lo mutable de la condición humana, que lleva a repentinos cambios en la vida de los personajes, como en este largo pasaje (p. 259):

¿Quién no advertirá en estos sucesos la inconstancia de las cosas y la mutabilidad de la fortuna, diosa a quien veneró el gentil, a mi parecer con más injusta causa que a todos los demás pseudodioses suyos? Pues, cuanto más tiene de mutable que los demás, tiene menos de permanente, más de

⁶⁷ Remitimos a ese texto para la lista completa. Se atribuyen a Quevedo en la edición de Buendía (Quevedo 1966: 1118-1119) donde los pasajes de Quintana aparecen con pequeñas variantes. El editor se basa, como se lee en la nota de p. 991, en el MS. 12717 de la BNE. Sobre la atribución, cf. Nider 1996 y también Herrán Santiago 1999: XLVI-XLVII.

⁶⁸ Las fuentes de Quintana, pues, son las de tanta literatura amorosa del tiempo, y van de Platón a León Hebreo, de Ficino a los trovadores y Petrarca.

temporánea y corruptible, y consiguientemente menos razón por la cual ser venerada. Poco antes vimos al noble Feniso combatido de furiosos vientos, y ya camina en popa con el de tantos favores; primero arrojado del mar, ya recibido y hospedado de Mahomet; ayer que se temió desnudo, hoy de ricas telas vestido; ayer ultrajado del agua, hoy servido de la tierra; y, finalmente, ayer con presunciones de esclavo, y hoy con pensamientos de valido.

Otros argumentos frecuentes son el honor, las relaciones matrimoniales, la condición de la mujer y, en un sentido más amplio, las normas de comportamiento que ha de tener el buen cortesano o el buen cristiano. Se abarcan entonces temas actuales, que responden a exigencias concretas, al deseo de Quintana de fijar preceptos para la sociedad en que vive: la novela quiere ser una iniciación a la vida y a los códigos caballerescos y a la vez incitar al mantenimiento de las reglas sociales. El escritor trata así materias que atañen en primera persona a su supuesto lector, como las muchas enseñanzas sobre el matrimonio, que apuntan hacia una visión «pre-burguesa»: «me persuado a que importa tanto en una casa que sean las criadas buenas como que sea la propia mujer honrada» (p. 148)⁶⁹. Otras digresiones tienen la misma finalidad, como las críticas a las casas de juego⁷⁰ y, como veremos más en detalle, los ideales de buen gobierno y la crítica a la riqueza⁷¹. Los blancos más frecuentes son los habituales de tanta literatura moral –y no solo– de la edad áurea, y, nuevamente, podemos distinguir entre enseñanzas de carácter general y las que se refieren al mundo contemporáneo, con la crítica a las acostumbradas tipologías

⁶⁹ Este concepto se halla a menudo en *La perfecta casada* de Fray Luis de León, y en particular en el capítulo XI, dedicado precisamente al trato que ha de tener la señora con los criados, como en este pasaje: «Y como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles crueles enemigos con no debidos tratamientos, así el tratarlos bien es, no solo seguridad, sino horna y buen nombre».

⁷⁰ «Aduanas donde se registran todas las honras, caminos donde se roban las haciendas, tempestades en que se anegan los bienes, y cambios donde se logran muchos males» (p. 171). El tema es frecuente en las novelas áureas, a partir de las *Fortunas de Diana* de Lope o del *Quijote*.

⁷¹ Como en: «Hizo el oro con él efectos que suele hacer en todos, porque este metal tiene jurisdicción hasta en las voluntades» (p. 131) o «Diversas veces me he persuadido a que entre otros pecados que castiga Dios en esta vida sin dilatarlo a plazos de la otra, es uno la avaricia, en la cual a letra vista viene el castigo, aun en el mismo pecado» (p. 239).

sociales (alcaldes, cirujanos y hombres de justicia aldeanos, criados, la masa indiferenciada del vulgo).

En varias ocasiones la enseñanza impartida responde a un afán de conocimiento enciclopédico: Quintana se detiene a aclarar determinadas referencias, sobre todo geográficas o terminológicas, presentes en su texto. Esto se debe tanto a la necesidad de explicar términos que el autor supone difíciles, como a la voluntad de exhibir su esmerada erudición. Son explicaciones puntuales, que a veces rozan la pedantería: «Cartagena, lugar puesto en la ribera del mar» (p. 247) o «me partí a la antigua Aquitania (hoy Guyena o Gascuña)» (p. 224), o «comenzó a levantarse un viento Tramontana, o Maestro (que es el que nosotros llamamos Cierzo o Gallego)» (p. 242).

Todas estas partes doctrinales tienen extensiones muy distintas: van de las digresiones más largas a la introducción de un simple comentario o de un inciso dentro de la frase. Las más breves se configuran a veces como frases hechas o refranes, y normalmente se refieren a temas más universales:

Llegué a tener mejor vida con la razón, pues no sabe si vive el que carece de ella (p. 140);
pues no hay bien pequeño que dure mucho, ni grande que no dure poco (p. 157);
no hay premio mayor para el que refiere que ver que es atendido del que escucha (p. 170);
en mi opinión no se distinguen jugar y perder (p. 171);
que siendo de regocijo era fuerza que fuesen pocos [los días] (p. 181);
en los peligros la prevención no es temor sino cordura (p.186);
La curiosidad, hija del ocio (p. 207);
no hay desdicha que iguale a la ignorancia (p. 254);
porque al que es infelice nunca esperan al martes las degracias (p. 324) etc.

Un largo pasaje paremiológico y erudito se encuentra en correspondencia con el viaje del protagonista Feniso hacia Italia (pp. 240-241), cuando el protagonista se somete a las preguntas de los otros pasajeros, demostrando su ingenio y su habilidad en contestar con frases sentenciosas. Feniso/Quintana expresa su punto de vista sobre cuestiones que afectan en primer lugar a temas «cosmológicos» (qué es la tierra, la luna, el mar etc.), para pasar luego a analizar los sentimientos del hombre y su correcto comportamiento en la sociedad.

El principio de los poemas se convierte, en cambio, en el lugar privilegiado para las digresiones más largas. En estos pasajes, Quintana puede conjugar su vocación didáctica con el gusto por la cita y los elencos eruditos, esforzándose luego por buscar contactos con las aventuras del protagonista. El segundo poema se abre con una crítica a la débil naturaleza del hombre, que se apoya en una cita senequiana. El final de ese poema introduce un tema que está a la base también de las digresiones del siguiente (que empieza y se cierra con el mismo motivo): el conocido *topos* de la inconstancia del mar. El *incipit* del cuarto poema, finalmente, se detiene sobre el contradictorio concepto de patria en los antiguos, que tiene escasa conexión con la trama.

2.1 Las tramas como instrumento de edificación

El segundo momento de la estrategia didáctica del autor es menos directo, y no consiste en los evidentes intercolonios, sino que entiende la novela desde una perspectiva más amplia. La conclusión de las varias vicisitudes que componen la novela tendría que inspirar en el lector ora deseo de imitación ora, más a menudo, escarmiento y desengaño. En las intenciones, cada historia y cada personaje tienen un claro sentido ejemplar. En este sentido se entiende también la presencia de un gran número de aventuras y de episodios «secundarios», que permiten ampliar el abanico de relatos ejemplares. La neta demarcación entre modelos positivos y negativos excluye cualquier ambigüedad: Pedro y García, por ejemplo, se identifican desde el principio, respectivamente, como imagen de lascivia y de morboso erotismo. Si no bastara esta univocidad de los personajes, se añaden también interpretaciones directas de lo ocurrido, como en las palabras de Luis: «Veis aquí el fin que tuvieron mis amores; y dije mal, que no le tuvo lo que no le tendrá hasta que le tenga mi vida: esta es la desdicha en que vino a parar la mayor felicidad de mi gusto, claro y manifiesto ejemplo de la inconstancia de los temporáneos y finitos bienes» (p. 163); o de Marcelo: «Veis aquí, oh Feniso amigo, lo que se siguió a esta necia curiosidad, ejemplar que manifiestamente nos enseña los daños a que se expone un imprudente deseo de saber» (p. 344).

Las enseñanzas principales que se pueden extraer de la novela tocan unos pocos temas: la censura a las pasiones humanas, la importancia del desengaño y de la fe en la providencia.

La condena de las pasiones

Todos los personajes aparecen arrastrados por los sentimientos y los instintos primordiales, en un vano anhelo de gozar sin frenos la vida, manifiesto indicio de la debilidad del hombre según el autor. Emblema de la inconstancia y de un sentir que quita la razón es el amor, un sentimiento peligroso tanto individual como socialmente, porque puede llevar a la disgregación de los vínculos de la familia y a quebrar las leyes de la convivencia⁷². Los lazos amorosos se configuran como vicio que no siempre resiste al tiempo (así la relación entre Feniso y Laura, Engracia y Pedro, Carlos el ermitaño y Lesbia, Marcelo y la mujer que le ha dado dos hijos). Entre estos, Feniso y Marcelo cambian de pareja a lo largo de la novela, encontrando el definitivo amor. El final de la trayectoria existencial de los personajes culmina con el matrimonio, que simboliza el paso a la madurez y a la estabilidad. El amor desenfrenado aparece así como un sentimiento propio de los jóvenes⁷³. El mismo protagonista se convierte en caballero y cortesano ejemplar después de un pasado turbulento (que él mismo considera caracterizado por los «vicios»). Esto se realiza en correspondencia del encuentro con el ermitaño Carlos a finales del segundo poema, que cierra la primera mitad de la novela. Al salir de la cueva, los fantasmas de su «inadvertida» juventud habrán desaparecido definitivamente. Allí Feniso ha descubierto al cadáver de Laura, encarnación de ese amor irracional y caprichoso que tantas desgracias le ha reportado⁷⁴. Las lágrimas del protagonista determinan el neto cambio de rumbo de su vida, que se concretará con el enamoramiento de otra dama, María. La estancia en Italia,

⁷² Zimič (1975: 203) llega a concluir que para Quintana todas las relaciones amorosas son práctica ilícita y peligrosa.

⁷³ Quintana ve en las pasiones un pecado cuando estas prosiguen después de la juventud, como en el padre de Jaime (que sigue con estas «mocedades») o el de Feniso; por la misma razón, los excesos de amor pueden justificarse precisamente por haber ocurrido en esa fase de la vida humana, como dice Leonardo de su hermana Eufemia: «disculpémosla todos cuando la disculpan en tal yerro juventud, libertad, hermosura, regalos, solicitud, requiebros, ternezas, servicios, finezas, asistencia, pasiones propias y persuasiones ajenas» (p. 172).

⁷⁴ En la dedicatoria de su segunda novela Quintana precisa la función del protagonista, Hipólito, con una definición que puede aplicarse también al héroe de la primera obra: «Pinto un héroe adornado de las prendas que deve tener quien desea salir con felicidad de los peligros a que suelen ocasionar las pasiones humanas».

pues, representa una fase de transición, el viaje a la edad adulta, que empieza con el poema tercero.

La condena de los instintos humanos se aplica también a otras situaciones. Varios episodios enseñan sobre todo la inutilidad y el peligro de vengarse porque, como dice Octavio a Luis, «no es mucho que a breves determinaciones sigan graves y terribles daños» (p. 160). Quintana sugiere el perdón, como demuestra el hecho de que los desquites se cumplan solo en escasas ocasiones: Leonardo, por ejemplo, intenta matar a su hermana «deshonrada», pero fracasa y termina herido, arrojándose de la ventana; así, en el final, podrá abrazarla y perdonarla⁷⁵.

La razón tiene que guiar incluso las normas sociales, y en particular el matrimonio: varios episodios (Eufemia, Hipólita, María, Inés) manifiestan el peligro de casar a las mujeres contra su voluntad, tema muy presente en la literatura del tiempo (piénsese solo en las novelas cervantinas) debido a la nueva reflexión tridentina sobre el matrimonio⁷⁶.

El desengaño y la fortuna

Quintana nos presenta un mundo que, según una percepción común al barroco, está regido por el engaño y las apariencias. El hombre se ve sometido a una realidad cambiante e ilusoria, antes de darse cuenta de lo absurdo de los esfuerzos mundanos. En este contexto cobra particular relieve la figura del ermitaño Carlos como personificación del arrepentimiento, de la huida del falaz mundo de los hombres: «me persuado a que fui noble, soy tierra, y seré nada» (p. 234). Como él, también Laura enseña que solo eligiendo una vida apartada se pueden expiar los errores del pasado.

El desengaño tiene una fuerte conexión con otra fuerza, que condiciona la vida humana en todos sus aspectos: la fortuna. Los personajes están a la merced de esta entidad, que a veces se asimila a la caprichosa diosa medieval: en unas ocasiones favorece, y las más frustra, los planes del hombre, burlándose de sus afanes. En ningún caso los personajes provocan sus aventuras, sino que son víctimas pasivas de los hechos: el esfuerzo de esta lucha

⁷⁵ En su obra narrativa, el mismo Lope demostraba rechazar el tema de la afrenta que se lava solo con la sangre (que tantas veces había estrenado en los corrales), como en su novela *La prudente venganza* (Cf. Baquero Goyanes 1983: 20).

⁷⁶ Cf. Vivó de Undabarrena 2000.

titánica es subrayado por la recurrencia de verbos como *granjear*, *intentar*, *procurar*. El continuo enfrentamiento a la fortuna contraria caracteriza la historia de Feniso, llevado por los acontecimientos a recorrer España, para acabar en Italia y luego en Argel. Podemos decir que el contraste entre el poder de una fortuna imprevisible y la tendencia de los personajes a clasificar lo que les sucede con sentencias y frases hechas, revela el esfuerzo vano por individuar las leyes que regulan la realidad. Sería equivocado, sin embargo, pensar que Quintana excluye la voluntad y el libre albedrío; son casi siempre la imprudencia del hombre y sus desenfundadas pasiones las que lo llevan a su desdicha: «Parecía que eran castigos de sus culpas o influencias de su contraria estrella, a quien no quedaba género de males que no previniese en su daño, ni imaginados bienes que no desviase de su provecho» (p. 198). Es el hombre el responsable de su propio destino, y la fortuna, bien mirado, no es sino un instrumento de la voluntad divina. Los episodios que parecen fatalidades son, en realidad, fruto providencial, como se declara varias veces:

Mas Dios, que dispone las cosas como Él se sirve y como los hombres no saben [...] (p. 224);

No es posible [...] que haya sido vuestra venida y vuestra traza solamente humana, sino disposición del omnipotente y piadoso Dios, que sabe sacar de las espinas flores, y de los naufragios cumplimientos de su voluntad, haciendo tal vez las entrañas de un pez aposento, y ahora las mudables olas ciertos ministros de sus inescrutables secretos (p. 250);

pareciendo a todos que no los hombres, sino el cielo había hecho semejantes conciertos (p. 331).

La providencia, entonces, dentro de las convenciones de la novela, llega a restablecer la justicia poética y las expectativas del lector. El plan divino dispone que los personajes buenos lleguen a un final feliz, encontrando su sitio en el orden social, y que los malvados sean inevitablemente castigados⁷⁷: baste pensar en la muerte de Luciano y de su compañero, que se aniquilan uno a otro por error. Todo esto nos permite aclarar también el sentido que en la época se les daba a los episodios de la novela, a medida que el lector individuaba sus normas de funcionamiento. La trama se basa en un

⁷⁷ Ya González Rovira (1996a: 290-291) había expresado esta idea con respecto a la *Historia de Hipólito y Aminta*.

calculado mecanismo de esperas, que crea un movimiento alterno de caídas y nuevas subidas de los personajes que desembocarán, a ciencia cierta, en el final positivo, que representa ese designio de Dios que los hombres no veían. Por ello, frente a las adversidades, Quintana parece proponer un sentimiento que funde resignación cristiana y estoicismo clásico. Un modelo dominante, como se sabe, en la visión española del mundo en la época⁷⁸. A los cambios de la fortuna los personajes asisten imperturbables, y como víctimas inocentes que son, prefieren esperar. Así Feniso, encarcelado y condenado a muerte por un delito que no ha cometido, renuncia a la acción y se queda pasivo: «a cuyas preguntas respondía más con los hombros y con las cejas que con las razones [...]. Un parecer se oponía a otro, y todos a sí mismo, con que quedaba más indiferente» (p. 204).

3. El modelo social de Quintana

Las innumerables intervenciones de Quintana y, en general, el universo retratado en la novela, permiten delinear un cuadro bastante unitario del pensamiento del autor con respecto a la sociedad que le rodea. En primer lugar, encontramos la acostumbrada exaltación de España y la defensa de los valores nacionales, aunque menos exhibidas que en otros autores coevos⁷⁹. Algunos pasajes dan cuenta también de la identificación entre fe y corona de tanta literatura contrarreformista, a partir de la censura de los musulmanes (con la tópica conversión de Mahomet) y de los herejes holandeses⁸⁰.

Pero Quintana va más allá: el papel de moralista (que se superpone a menudo al novelista), y las convenciones de un género proyectado a los ideales del pasado, le imponen a la novela un fuerte marco ideológico. El autor pinta así la inevitable decadencia del mundo contemporáneo, viendo en la proliferación del lujo, en las pasiones, y en la corrupción de las costumbres la causa de la crisis. La novela trasluce un proyecto utópico: restablecer un mundo

⁷⁸ Cf. Blüher 1983.

⁷⁹ Sobre la visión inmovilista y conservadora que emerge de la segunda novela de Quintana, cf. una vez más Rovira 1996a: 284-290.

⁸⁰ En las escasas menciones a los musulmanes, Quintana enumera las acusaciones habituales de la época, llamándolos de «bárbaros», adoradores de un «falso profeta», y codiciosos: «porque entre ellos todo lo acaban dádivas, y todo lo gobierna el oro» (p. 248). La de Flandes se define una guerra «contra los enemigos de la fe y en servicio de su rey» (p. 341).

mítico de nobles hombres y de puras virtudes. La *pars construens* consiste en la nostálgica vuelta a una sociedad arcaizante y estática, fundada en los antiguos ideales caballerescos. Incapaz de aceptar la caída de los viejos códigos, y los cambios de la sociedad que se asoma a la modernidad, Quintana se vale del repertorio de arquetipos fijados por la llamada novela cortesana y por los poemas caballerescos.

En este sentido la corte se configura como un concepto no solo geográfico, sino como un sistema de valores, al cual los personajes anhelan volver. Por eso la novela asume un movimiento circular, con la corte como punto de partida y de llegada: todos los personajes tienen que salir de su patria para volver a ella solo en el final, como meta feliz⁸¹. Las varias aventuras de los jóvenes caballeros podrían interpretarse entonces como viajes «morales», que ponen en evidencia la diferencia entre la corrupción de costumbres de la contemporaneidad, por un lado, y las virtudes de los nobles por el otro. La referencia final a las ciudades españolas, donde Feniso puede encontrar a sus amigos, parece representar la receta de salvación de Quintana: una exclusión voluntaria en un espacio restringido donde sobreviven los ideales de antaño, como coronación de esa sociedad cerrada y exclusiva que representa su ideal. Madrid, sobre todo (probablemente en cuanto lugar de residencia del autor, además que del protagonista), tiene una valencia aún más importante, que resalta su papel de centro político de España.

Más en concreto, el autor apunta a una estructura social fuertemente jerarquizada y piramidal, donde todos los súbditos de la corona tienen que portarse según su estado. Es el narrador quien se hace portavoz de esta concepción, hablando del virreinato de Feniso en Tarento (pp. 209-210):

Partiose a ella, y gobernola muchos días, hablando a todos con su natural apacible con que les granjeaba las voluntades, y tratando a cada uno conforme a su estado, con que les obligaba a respeto. Miraba a los religiosos con veneración, comunicaba a los nobles con agasajo, a las mujeres con cortesía, a los ministros con severidad, a la plebe con caricias, a los buenos con honores, y con castigos y rigores a los malos; teniendo por

⁸¹ Sobre los viajes como tema común de los personajes áureos, cf. Profeti 1996, y Deffis de Calvo (1992a), que estudia las peregrinaciones en el espacio y en el tiempo de los protagonistas de varias novelas del siglo XVII.

efeto de esta cordura el ser admitido de la nobleza, aborrecido de la malicia, y querido del común.

Los que no respetan estas normas son un peligro, como el vulgo que quiere elevarse al estado de los nobles: «eran tres mozos del camino, cuya descortesía le había obligado a meter mano a la espada para enseñarles a tratar a cada uno conforme a su calidad, cosa que deben saber con cuidado los que tratan y comunican con gentes de tan diversos estados» (p. 316).

3.1 La nobleza

Los nobles son los únicos modelos dignos de la imitación propuestos al lector. Por el contrario, los personajes de clases sociales más bajas se pintan casi siempre de manera despectiva. Por eso, o acaban castigados en cuanto desleales, o se les pone en ridículo por su ignorancia.

El autor entiende la nobleza como algo más que la pertenencia a una determinada clase social. Si bien la insistencia sobre el linaje de los personajes hace suponer que es elemento esencial (Feniso define como «bien de la naturaleza» su «sangre hidalga», p. 125), el noble se identifica por su generosidad, lealtad, discreción, valentía, afán aventurero. Dicho concepto se expresa varias veces:

Nunca [...] el que es noble hace disfraz de engaños a las palabras sin que perjudique a su nobleza, pues el que las da se hace deudor de sí mismo en lo que promete, y quien niega lo que debe a su sangre, a ella hace el principal agravio (p. 331); en que juntamente tendréis noticia del valor, si atendéis a que a un hombre noble es imposible le falte (p. 332).

La salvaguardia del honor de la familia y de la casa es uno de los compromisos fundamentales de la nobleza para restablecer una sociedad regida por la fe, la limpieza de sangre, la corona. El valor y el honor como signos distintivos explican por qué, como en el caso de Luis, los orígenes nobles acaban por emerger aun disfrazados por la vida rústica⁸², como el mismo autor se preocupa de precisar, en estos pasajes:

⁸² La *agnitio* del noble es común a todos los géneros literarios barrocos (piénsese tan solo en el Segismundo de *La vida es sueño*) y, como aquí, es un elemento más que restablece la jerarquía y el orden dentro del mundo de la novela.

ayudando Silvio con tan cuerdas razones, símiles tan a propósito y autoridades tan fundadas, que se pudo justamente dudar en qué fuese hijo de aquella pobre aldea (p. 139);

don Luis, en quien concurrían emulándose la sangre heredada noble, aunque desconocida (p. 144).

El mismo concepto halla en Fernando, que se demuestra más interesado en los oficios cortesanos que en las actividades típicas de los campesinos a las que, ignorando su condición, se somete (p. 317):

Enfadábale el corvo instrumento contra la vida de las mieses, llevábale los ojos la resplandeciente cuchilla, hacía tal vez su altivo pensamiento de la agujada lanza de los toscos terrones enemigos, dando en inadvertencias de muchacho advertidas muestras de hombre valeroso.

La sangre, sin embargo, no es condición suficiente, según expresa el protagonista: «no es una misma cosa el nacer un nombre noble, y el serlo, pues hay muchos que lo son sin haberlo nacido, y muchísimos que en sus obras dejan de ser, aunque sea ilustre el nacimiento» (p.189). El noble, además, se distingue también por signos exteriores: la manera de portarse, el lenguaje culto⁸³, las ricas prendas⁸⁴, y hasta el rostro⁸⁵.

En varios fragmentos de la novela, Quintana aprovecha para ofrecer con más precisión las características que ha de poseer el buen cortesano. Esta figura, siguiendo la visión renacentista, se caracteriza por la afición y la práctica de la «espada» y «las letras»⁸⁶. El primer aspecto que se destaca es la formación y la educación, que reflejan un hábito histórico contemporáneo al autor:

⁸³ Así se expresa Feniso, hablando con Luis: «El proceder vuestro dice tan mal con la rusticidad de esta tierra, la disposición es tan ajena de estos montes y el modo de hablar tan diverso de la rudeza de esta gente» (p. 139).

⁸⁴ El autor manifiesta en varias ocasiones este concepto; una de las primeras preocupaciones de Feniso y de los demás españoles, nada más llegar a Cartagena después de la aventura en Argel, es precisamente la de tener un hábito conforme a su *estatus*: «saliendo al siguiente día Feniso y don Jaime a comprar para todos costosas y ricas galas» (p. 298).

⁸⁵ «Carlos, el esclavo que fue de Mahomet, de todos querido, de todos estimado, y de algunos tenido por persona de más calidad que él confesaba, así por el valor de que había dado muestras en el pasado aprieto, como porque el rostro (en quien pocas veces se engaña la naturaleza) lo acreditaba» (p. 297).

⁸⁶ Cf. Russell 1978: 206-239.

los estudios universitarios con los que los nobles del siglo XVII se preparaban a entrar como funcionarios en las administraciones. De Feniso se dice que estudió «letras humanas» y Antonio refiere en una interesante digresión su dedicación a los estudios clásicos (pp. 311-312):

Íbamos al estudio de la lengua latina, loable y nunca bien encarecida costumbre de la gente noble, pues granjean con la noticia de ella en energía en las palabras, gallarda disposición en ellas, elocuencia en el decir, prontitud en el modo, modestia en la elección y, lo que no es menos estimable, propiedad en las locuciones, partes muy necesarias en los prudentes príncipes.

Feniso, a pesar de su ingenuidad juvenil, encierra todas las características del caballero ideal; además de los indispensables orígenes ilustres (concepto que se repite dos veces: «sangre hidalga, pecho noble» (p. 125); «heredado honor, hidalga sangre y antigua nobleza» (p. 130) es dotado de agudo genio y marcadas dotes políticas, que le permiten ser, entre otras cosas, gobernador en Italia y «subaxi» en Argel. Es hábil tanto con la espada como con los versos, agraciado bailarín y galán con las damas. Leonor sintetiza de esta manera sus cualidades: «de su valor, nobleza, cortesía, discreción, ingenio, correspondencia y gracias, puedo decirte con encarecimientos grandes y con verdad mucha increíbles grandezas» (p. 267).

4. Hacia la novela cortesana

La primera novela de Quintana, por su carácter heterogéneo, difícilmente puede encuadrarse en un único género. Por eso, en el intento de atribuirle una etiqueta, se ha llegado a una gran variedad de definiciones⁸⁷. Se trata, en efecto, de una obra fronteriza, que

⁸⁷ Val (1933: LXXIV) y López Estrada (1984:170) quizás engañados por el *incipit*, la inscriben en el género pastoril; Rennert (1912:191) habla de «romance of adventure»; Salzman (1986: 357) de «adventure and pastoral romances» y Avale-Arce (1974:11) de novela de corte bizantino; Montero Reguera (2006: 165-175) la coloca en la lista de las novelas cortas, y también para Brown Bourland (1927:19) tiene muchos elementos de ese tipo de narrativa. Amezúa y Mayo (1951b: 271) la incluye entre las novelas cortesanas, resaltando la «extraordinaria fecundidad para discurrir las más descabelladas aventuras, lances y casos amorosos, con tal fuerza, arrebatamiento y frenesí, que recuerdan a Dumas, tipo del novelista espontáneo, grafómano, popular». Otros estudiosos, en cambio, han subrayado las interferencias de fuentes y modelos: así para Castillo Martínez (2005: XIV) pertenece a un género híbrido, que mez-

se coloca en un momento de ebullición y renovación de la novela, que lleva a la creciente permeabilidad con otras formas literarias. *Experiencias de amor y fortuna* muestra cómo, a la altura de la segunda década del siglo, el cambio de la novela bizantina pasa por su fusión con otros géneros, sufriendo en particular la influencia de la novela cortesana⁸⁸ y de la comedia urbana.

Esta evolución es responsable, en primer lugar, del alejamiento de la novela de sus orígenes clásicos y de las obras que a tal modelo seguían inspirándose. Quintana quiere asimilar el género al mundo español, como parte de un proceso abierto por Lope con el *Peregrino*, y que podríamos llamar de actualización y nacionalización⁸⁹. El resultado es que la estructura bizantina se reduce a mero esqueleto. Contra lo declarado con énfasis en los preliminares, los lazos con Heliodoro y sus recientes imitadores resultan muy débiles: del autor griego permanece la impostación, que se basa en la *peregrinatio* del protagonista, y la alternancia de una serie de aventuras y relatos de otros personajes. Persisten también otros rasgos de procedencia bizantina: el comienzo *in medias res*, el mecanismo de la anagnósis, la alternancia de encuentros y separaciones, las andanzas por tierra y por mar o, de la misma manera, recursos narrativos como los secuestros, la falsa muerte, los piratas, el naufragio. Sin embargo, Quintana deconstruye el fundamento mismo de la trama, a partir del objetivo

cla «lo bizantino, lo caballeresco, lo sentimental o lo cortesano», y para Zimič (1975: 199, 206-207) es novela cortesana, si bien resalte luego las «técnicas narrativas de la novela bizantina». Finalmente, y es la posición que compartimos, Chenot (1983: 139) y González Rovira (1996a: 275-276) hablan de una novela con varias influencias, y especialmente cortesanas, dentro de una estructura bizantina.

⁸⁸ Después de la clásica definición de Amezúa (1951b) –para muchos superada– se han propuesto varias nomenclaturas («novela corta», «libros de aventuras peregrinas», «novela amorosa», «novela romántica» etc.) para identificar un género cambiante y cuyos rasgos se resisten a rígidas clasificaciones. Cf., entre otros, Palomo 1976; Román 1981; Rodríguez Cuadros 1986: 9-27; Cruz Casado 1989b; Baquero Escudero 1990; Deffis de Calvo 1992b y Bonilla Cerezo 2011: 25-35. Sin entrar en el debate terminológico, en este estudio hablamos de novela cortesana refiriéndonos a la obra de Quintana por el valor ideológico que el autor atribuye a la corte y por la fuerte presencia de la misma.

⁸⁹ Sobre el argumento, cf. Zimič 1975: 210-211; Rey Hazas 1982: 102-103; Lara Garrido 1984b y González Rovira 1996a: 215 y 276. Todos subrayan el proceso de hispanización y catolización de la obra narrativa del Lope, que tendrá gran influencia en el desarrollo del género.

del matrimonio como razón del viaje del protagonista⁹⁰. Las peripecias de Feniso no nacen de la búsqueda de la amada, sino de una indeterminada persecución de la fortuna: «apenas se vio libre, cuando, sin detenerse un punto, se partió de aquel lugar con intento de no parar más en España y pasarse a Italia, por ver si acaso con la tierra mudaba su fortuna» (p. 206). La religiosidad, tan explícita en las novelas bizantinas modernas, se hace así menos presente y tiene escasa importancia en la economía de la fábula⁹¹. Consecuencia de este planteamiento es también el que el protagonista no es un peregrino, eventualmente con su pareja, sino un noble caballero: el arquetipo cristiano se sustituye, pues, con el prototipo cortesano. Aunque nos presente las andanzas de Feniso, es significativo que la palabra *peregrino* no figure nunca en la novela, y que el escritor se refiera siempre al protagonista llamándole «amante caballero» o «noble caballero». Si ya Lope definía a Pánfilo «peregrino» solo en una etapa de su trayectoria⁹², Feniso nunca puede recibir propiamente ese título.

La gran diferencia con respecto al filón bizantino, además, es que las aventuras de *Experiencias de amor y fortuna* se desarrollan en un universo ya cortesano, con la repetición de temas, personajes, situaciones que se asociaban a la novela de este género. La corte, como vimos, no es solo un marco donde situar los lances, sino que condiciona la novela en cada aspecto⁹³.

⁹⁰ De nuevo, notamos cómo la práctica de Quintana no difiere de la actitud de Lope. En palabras de Albinio Martín (1950: 219), pues, el del Fénix es un «bizantinismo sin alma, reducido a simple aventura».

⁹¹ Piénsese, por ejemplo, en el *Persiles*. En la novela de Quintana el aspecto religioso es reducido y casi siempre ajeno a la estructura de la novela. Así, el propósito de García, que hará voto de «peregrinar un año, y visitar varias casas de devoción si Dios le sacaba de aquel aprieto» (p. 343), responde a la repetición de un *topos* (el modelo parece otra vez el *Peregrino* lopesco, a partir de la coincidencia de la romería al Pilar de Zaragoza) más que a razones internas a la novela. De esta manera se puede insertar, justo en el final, un ejemplo de pecador redimido.

⁹² «De cortesano vino a soldado, de soldado a cautivo, de cautivo a peregrino, de peregrino a preso, de preso a loco, de loco a pastor, y de pastor a mísero lacayo» (Vega 1973: 472-473).

⁹³ Para un enfoque general de la cuestión en relación a la novela del siglo XVII, además de los estudios citados, cf. Mancini 1981. Recordemos, además, el sentido que este ambiente novelesco tenía para el lector de la época. Fornichi (1973: 51) afirmaba que: «la novella è per la società un'evasione dalla realtà giornaliera e al tempo stesso una correzione ed una sublimazione almeno psicologica di essa. L'ambiente di corte, i resti dei costumi cavallereschi, la vita dei picari, l'interesse per le cose d'oltremare sono cornice ideale per

La presencia de ambiente y costumbres propios de esa realidad otorga también esa pátina de verosimilitud que busca Quintana, y el primer paso en este sentido es la aproximación al lector a través de la cercanía geográfica, cronológica y onomástica de la novela.

4.1 La ambientación

Los lugares recorridos –o solo evocados en sus cuentos– por los personajes responden al criterio de supuesta «realidad» que señalábamos. Desaparecen del todo tanto el mundo mítico, legendario e idílico propio de las invenciones caballerescas o pastoriles, como las tierras lejanas y misteriosas presentes en tantas novelas bizantinas (por ejemplo, en la primera parte del *Persiles*). Se convierten, en cambio, en centro de las acciones las ciudades españolas –Madrid, Toledo, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Illescas, Cartagena, Lérida–. Quintana, persiguiendo su ideal de *varietas*, parece abarcar el entero territorio nacional (a las ciudades señaladas añádase que el personaje don Martín llega de Vizcaya). En más de una ocasión las notas topográficas son más precisas y detalladas, permitiendo un mayor grado de identificación del lector con el espacio novelesco: leemos así escenas ambientadas en el portal de Serranos, en el Grao en Valencia, en el Prado de San Jerónimo y Santa Isabel en Madrid, o en los Cigarrales y en el convento de san Pedro en Toledo.

A partir del segundo poema, los viajes y los encuentros de Feniso amplían progresivamente la serie de las escenas, llevándonos fuera de los confines peninsulares. Lugares privilegiados son Italia y el Mediterráneo, y en concreto Argel. El protagonista, después de una estancia en Barcelona, se traslada a Nápoles, instalándose luego en Tarento. La ambientación italiana del segundo poema prosigue con el cuento del ermitaño Carlos, que en su recorrido biográfico menciona Capua, Luca, Roma y los Alpes. Argel cobra un papel aún más destacado como ciudad donde se desarrolla la práctica totalidad del tercer poema, que empieza con la tempestad y el fortuito desembarque de Feniso, y termina con la batalla de los cristianos contra los barcos piratas. Si bien presente solo en los cuentos de los personajes, hallamos también repetidas alusiones a Flandes, donde varios personajes tienen que juntarse (Luis, García), o efectivamente se alistán (Fernando), con las tropas españolas empeñadas en la guerra de los Ochenta años.

intrighi e complicazioni amorose: ciò spiega il polimorfismo della novella e il suo carattere di vero *teatro del mondo*»

Se trata, en todos los casos, de lugares nada extraños al imaginario colectivo del español del tiempo y, sobre todo, de larga tradición literaria. Así, Italia y España son sede, antes que nada, de las intrigas amorosas. Italia, además, es la tierra donde Feniso ensaya su quehacer político. En el sur de Italia, en efecto, muchos españoles del tiempo iban a estudiar el arte de gobernar y se formaban como funcionarios o diplomáticos. Allí el joven caballero neutraliza un complot al virrey y es víctima a su vez del atentado de Marcelo: situaciones que podrían ser eco de los motines que animaron el virreinato durante la dominación española. No falta una mención a Roma (p. 219):

le pareció cortedad venirse sin ver la ciudad de Roma, cabeza un tiempo del mundo, y ya asiento del príncipe de la Iglesia. Así que, persuadido de este fin, se partió a ella, y después de haber visto la grandeza de los templos, la santidad de sus montes, los sagrarios de sus reliquias, y la capacidad de su sitio, se encaminó a Florencia [...]

Como se ve, no hay ninguna necesidad narrativa para que Feniso, de vuelta a su patria, visite la ciudad símbolo de la antigüedad clásica y centro de la cristiandad. Simplemente, Quintana no desperdicia la ocasión para añadir una rápida alabanza de Italia, haciendo recorrer a su protagonista los lugares más conocidos para un lector español⁹⁴.

En Argel, aunque tiene lugar el nuevo enamoramiento del protagonista, se desarrollan los episodios de carácter morisco, con el tópico cautiverio, construido alrededor de la habitual fórmula prisión y vuelta a la libertad⁹⁵. Los mismos caracteres estereotipados se hallan en las escenas ambientadas en Cataluña: es justamente ahí donde tienen lugar las agresiones de los bandoleros (Leoncio), reflejo de un tema de amplia raigambre en las novelas de la época⁹⁶.

En todos estos casos, pues, los lugares no son otra cosa sino un telón de fondo donde situar aventuras que responden siempre a los tópicos de ese determinado lugar. Por eso las descripciones exteriores son raras; ni siquiera en las escenas

⁹⁴ Cf. Giannini 1922 y Bresadola 2010: 81-85.

⁹⁵ Quintana utiliza, además, un expediente común, el del naufragio, para empezar los episodios morescos, cf. Mas 1967: II: 365. Sobre el tema del cautiverio en general, cf. Camamis 1977: 175-201.

⁹⁶ Cf. Rey Hazas 1991.

ambientadas en Argel, Quintana demuestra esa predilección por lo exótico que anima a tantos novelistas y dramaturgos contemporáneos. Se limita, en cambio, a pintar una realidad superficial, sin aludir a hechos históricos, experiencias verdaderas o concretas indicaciones geográficas, alternando además de modo indiferente las definiciones de turco, moro y berberisco. El único elemento de color local es la mención a algunos cargos políticos (bajá y subaxi) y a las descripciones del lujoso traje turco de Feniso:

se adornó de costoso almaizar, hermoso turbante, y todo lo demás necesario. Ciñose últimamente un limpio alfanje (p. 251);

Era el vestido pardo, guarnecido de oro, picado a escaramuza, y cogidas las picaduras con unos lazos bordados: por ellas salía el aforro, que era de un velo de plata, haciendo correspondencia a él todo lo demás del adorno (p. 262).

Desde un punto de vista temporal, las referencias exactas son muy escasas, y, como normalmente pasa en este género narrativo, sería inútil intentar establecer la fecha concreta del desarrollo de la acción⁹⁷. Sin embargo, todos los elementos van creando la ilusión de contemporaneidad, o por lo menos de una realidad poco distante del tiempo del lector. En esta dirección van las contadas alusiones presentes. Varias veces se define Madrid «corte de España»: la capital española se convirtió en sede de la corte en 1561, pero Quintana podría también aludir a una situación histórica más cercana, a la vuelta de la casa real después del paréntesis en Valladolid entre 1601 y 1606. Se citan, como se decía, varias veces las guerras de Flandes, que empezaron en 1568, y leemos, finalmente, una rápida mención que parece aludir a Felipe IV: «digno asiento del monarca de dos mundos Filipo» (p. 309)⁹⁸.

De la misma manera, quedan sin definir las indicaciones del tiempo transcurrido desde el principio hasta el final de la novela, aunque sugieren que pasa un lapso de tiempo considerable. Así, por ejemplo, sabemos que Feniso se quedó en Italia por lo menos

⁹⁷ En la segunda novela de Quintana hay una referencia que permite una fechación exacta: las bodas de Felipe III –a las que se alude también en el *Peregrino*– que se celebraron en 1599.

⁹⁸ La definición era común para individuar al monarca que subió al trono en 1621. En la dedicatoria de Quintana en la *Historia de Hipólito y Aminta*, leemos la misma expresión: «invicto monarca de dos mundos Filipo Quarto».

un año, y que de su estancia en Valencia a su llegada a Argel han pasado más de dos, como refiere a Fadrique el protagonista: «habrá poco más de dos años dejé en Valencia [...]» (p. 248). Dilatando la acción y, a la vez, dejando cierta imprecisión temporal, el escritor, por un lado, incrementa el realismo de los acontecimientos, y por otro, puede gozar de mayor libertad.

4.2 Los temas

Componente fundamental para hacer «creíble» la novela es la desaparición de lo maravilloso, elemento nada extraño a la narrativa del tiempo⁹⁹, y relegado aquí a un solo, borroso, episodio: el de la aparición demoníaca del ejército invocado por Laura para salvarse de Feniso en el segundo poema (pp. 216-217)¹⁰⁰.

La novela se fundamenta, en cambio, sobre los temas que tantas veces habían salido en los corrales y en las novelas cortesanías: aunque no falten también otros motivos¹⁰¹, el amor, el honor, los celos, la hidalguía se convierten en el centro de la narración. Quintana, a pesar del extraordinario número de episodios, personajes y situaciones que esparce en su obra, fundamenta todos los enredos en estos pocos asuntos, demostrando un gusto intelectual por la variación y la combinación de los mismos.

El amor

Las relaciones amorosas de los personajes, por una razón o por otra, siempre hallan obstáculos que se interponen a su realización. A menudo son los celos (en palabras de Feniso el «mayor tormento del alma», p. 241) a poner trabas. Al amor se entrelaza, como de costumbre, el honor. Defender la honra de las damas, vengarse de mujeres deshonradas o, simplemente, de ofensas en cuestiones de amor, es otra constante de la novela.

El amor se asocia a menudo al erotismo. Hay episodios que rozan el incesto, tanto voluntario (Luciano, que tienta a su hermana,

⁹⁹ Como, por ejemplo, *El español Gerardo* de Céspedes y Meneses o las novelas de María de Zayas.

¹⁰⁰ El escritor define así el suceso: «En que esta fuese visión imaginaria no dispueto» (p. 218); y la misma dama, recordando el hecho, lo comenta de una manera imprecisa: «Vi cosas que dejo de referir por no traer a la memoria lo que truje a la vista; solo diré que el efecto que resultó de tan extraña causa fue que yo quedase libre de su acero, y me hallase, sin saber cómo o por dónde, en Florencia» (p. 232).

¹⁰¹ Como, por ejemplo, la amistad, central en el cuento de Carlos el ermitaño.

y García a su madre), como involuntario (Fernando y Engracia, que desconocen ser hermanos) y otros que podían leerse como escandalosos, como el embarazo ocultado de Inés. Esta manera de pintar el sentimiento constituye la mayor infracción respecto a los héroes de la tradición bizantina. No se describe, como es habitual en el género, el amor imperturbable, estático y casi metafísico, sino una pulsión apasionada, que a menudo se confunde con el instinto, el pecado y el deseo¹⁰². El primer efecto de este cambio es la ruptura de la unicidad de la pareja y de la exclusividad de su amor. Los personajes pierden la constancia de los protagonistas épicos de derivación aristotélica; el escritor los dota, en cambio, de un sentir movedizo, que produce traiciones, crisis, alejamientos y reconciliaciones, y que está sujeto a los cambios del tiempo y a la inestabilidad de la naturaleza humana.

Esto es evidente en el personaje femenino protagonista de los dos poemas iniciales: Laura no tiene nada en común con la pureza y el idealismo amoroso de las heroínas bizantinas (cuyo prototipo, en este aspecto, es la Segismunda del *Persiles*). El lector solo en la primera parte la ve en su tradicional papel de enamorada, víctima de la violenta separación de Feniso y a la desesperada búsqueda de él. Laura se convierte luego en amante de varios hombres (Juan, un criado del virrey de Nápoles, y después Marcelo), y llegará a ser responsable de un atentado contra el protagonista, terminando su vida en la penitencia del retiro en los Alpes¹⁰³.

Desde el punto de vista ideológico, no se produce, sin embargo, una infracción del código vigente en la literatura del Siglo de Oro. Por el contrario, el amor entre Feniso y Laura no podía llegar a feliz desenlace por la oposición de la familia, es decir, que contrastaba con los postulados sociales del tiempo¹⁰⁴. Las bodas entre el protagonista y María, en cambio, como el autor se preocupa de aclarar, hallan la bendición del padre y del hermano de la novia.

¹⁰² Para la evolución del amor en la narrativa española del siglo XVII, cf. Teijeiro Fuentes (1990: 321), que subraya la contemporánea presencia de la visión neoplatónica del amor con «otro tipo de amor, que tiene mucho que ver con el erotismo y el goce de los sentidos». Sin embargo, como sucede normalmente con la novela del tiempo (cf. Rey Hazas 1990), también en la obra de Quintana la descripciones eróticas no superan nunca las meras alusiones.

¹⁰³ Su figura puede asociarse a un prototipo teatral, el de la pecadora arrepentida (cf. Fernández Rodríguez 2009).

¹⁰⁴ Para Zimič (1975: 216-217) el amor de Laura nace precisamente por la oposición de los padres, como indicio de rebeldía.

Sería equivocado también ver en esta inconstancia amorosa una señal de «modernidad» de la obra, o un intento de lectura «psicológica». Quintana no se preocupa nunca de indagar las causas de los sentimientos o de los estados emotivos de los personajes, ni advierte por qué uno de ellos ha cambiado, o qué le mueve a actuar de una determinada manera. Así no sabemos, ni hay causas externas ni internas (sino el simple hecho de que mujer y amor son mudadizos) porque Laura traiciona a Feniso. Esto, además de revelar el carácter literario y tipizados de los personajes, manifiesta una vez más cómo la débil voluntad humana («colijo que ya no tiene el amor casa propia, antes vive por su alquiler donde más comodidad le hacen, y así se muda a todas fácilmente» p. 255), se somete siempre al capricho de los acontecimientos y al azar de las circunstancias.

4.3 Los personajes

La evolución en sentido «nacional» de los personajes se advierte ya a partir de la onomástica: resisten solo unos nombres de ascendencia más bien literaria: Cardenio, Estacio, Eufemia, Feliciano, Feniso, Jacinta, Laura, Leonardo, Lesbia, Liodoro, Narciso, Nise, Silvio, Teodora, Violante. La mayoría son, en cambio, nombres y apellidos típicamente españoles (Alberto, Alejandro, Alonso de Ulloa, Ambrosio, Ana, Baltasar e Íñigo de Orozco, Beatriz, Beltrán, Carlos y Antonio de Velasco, Celia, Constanza, Diego, Eugenia, Fadrique, Fernando de Figueroa, García, Inés, Jaime, Jerónimo, Juan y Leonor Velázquez, Juana, Leonor, Luis, Marcelo, María Jiménez, María, Martín de Elizalde, Matilde, Octavio, Paula, Pedro, Rodrigo, Rufina, Vicente de Ávalos), reflejo de una tendencia que en esos mismos años se iba produciendo también en las comedias de capa y espada, con el progresivo abandono de los nombres exóticos.

Además, menos los pastores, todos los personajes pertenecen al entorno urbano y cortesano: las parejas de jóvenes nobles y guapos (su «bizarría» se resalta en todos los casos), los galanes rivales, los criados, los padres, a menudo en el acostumbrado papel de guardas del honor o de tiranos que quieren casar a sus hijas en contra de su voluntad.

Como hemos dicho a propósito del ambiente, tampoco en esta ocasión Quintana aprovecha las oportunidades que le da el género que trabaja, la posibilidad de pintar personajes redondos.

Definido el prototipo, los otros personajes de la misma edad, sexo y condición acaban por presentar idénticos caracteres, hecha la salvedad de los negativos, definidos por su distinta función. Así, no se aprecian grandes diferencias entre los varios nobles que Feniso encuentra en su camino: todos igual de valerosos y con cuestiones amorosas o de honor pendientes. La situación no cambia mucho con respecto a las mujeres, de las que se resalta en cualquier ocasión la extraordinaria belleza. Estas damas revelan –con la probable excepción de María, personaje algo pasivo– su imprudencia, generada por una inconstancia que parece connatural. Son todas enérgicas y activas, proclives a la venganza, y demuestran atrevimiento y voluntad de arriesgar su propia vida para defender su amor, como sintetiza la sentencia «en la mujer no se distinguen la determinación y la obra» (p.129).

El carácter estereotipado y literario de los personajes del «vulgo» es aún más evidente. En los pastores conviven dos opuestas tradiciones: oscilan entre la simpleza y la ignorancia de los rústicos de mucha literatura renacentista, sobre todo teatral, y la imagen idílica de la pastoril¹⁰⁵. Los ministros de justicia recuerdan, en cambio, a los protagonistas de los entremeses satíricos por su ignorancia, rústica torpeza y codicia¹⁰⁶. Una figura de notable importancia dentro de los enredos de las tramas es la de la criada. Quintana tampoco en este caso se aleja del tipo codificado en la literatura, y en particular en el teatro áureo¹⁰⁷. Las criadas se presentan casi siempre al servicio de una dama (en cuanto «archivo de los secretos» de la misma), siendo a menudo medianeras del enamorado. El autor acoge varias veces la figura de la criada falta de preocupaciones morales: «manifiesto peligro en el guardado honor»¹⁰⁸ (p. 148); «espías dobles de la vergüenza, que cuando la

¹⁰⁵ No falta el clásico *topos* del menosprecio de corte y alabanza de aldea (cf., entre otros, Agrait 1971), como en el romance inicial (p. 119): «Parece que te has criado | en las cortes de los reyes, | donde se estudia el mentir, | donde el murmurar se aprende». Sin embargo, debe entenderse como mera repetición de un motivo, desmentido a menudo por la crítica a la vida campesina y la celebración de los valores cortesanos.

¹⁰⁶ Este arquetipo es de larga tradición en el género, y aparece ya en el *Tesoro* de Pedro Padilla (cf. Asensio 1965: 100-101); piénsese, además, en el cervantino *La elección de los alcaldes de Daganzo*, verdadero muestrario del tipo.

¹⁰⁷ Cf. Ruiz 2008 y Ojeda Calvo 2008.

¹⁰⁸ La desconfianza hacia los criados era tópico común en la mentalidad áurea; como simple muestra, léase el proverbio recogido por Horzco 1986: n

defienden la venden, y no ya guardas, sino blandones que tienen la luz del honor para que se gaste» (p. 245). La criada de Leonor, en particular, responde al prototipo de doncella engañosa e infiel, movida por el materialismo y por el propio interés.

4.4 El modelo dramático

Como apuntamos, el proceso de modernización que está viviendo, lleva la novela a incrementar las relaciones con el género más popular del tiempo, el teatro¹⁰⁹. Hay que recordar que, cuando Quintana escribe, las fronteras en el terreno de la ficción son muy fluctuantes, y las distinciones entre estas formas literarias eran bastante borrosas. La invasión de los respectivos campos hizo que las comedias se convirtieran en modelo para las novelas y viceversa, engendrando una continua ósmosis en las que es difícil establecer cuál es la fuente primaria. En Quintana esta tendencia, quizás por la fuerte influencia del maestro Lope, es aun más evidente, y puede rastrearse a diferentes niveles. En primer lugar, afecta a la estructura y a la manera de proceder de la novela. Las acciones, pues, se suceden sin descanso una tras otra, en un obsesivo mecanismo de relojería. El ritmo apresurado, la continua yuxtaposición de aventuras y el desenfrenado dinamismo son el medio con que Quintana crea y mantiene viva la tensión de un lector que ya conoce la tipología de personajes y situaciones. A menudo, el escritor ata los diversos episodios con oraciones temporales como «apenas [...] cuando», para ejemplificar escenas con personajes que salen al mismo tiempo que otros entran¹¹⁰. El resultado es un enredo alambicado, constituido por la acumulación

625: «Criados | son enemigos no escusados».

¹⁰⁹ En general, la cuestión de la proximidad entre teatro y novela en el Siglo de Oro ha despertado la atención de varios estudiosos; baste aquí con recordar a Yudin 1968, Ynduráin 1969, Baquero Goyanes 1983, Gutiérrez Hermosa 1997: 167-174 y Miñana 1998.

¹¹⁰ Como simple muestra pueden leerse los siguientes ejemplos: «Con este fin se apartó Silvio, quedando el ilustre caballero solo, si bien apenas le pudo ver ausente cuando, por la misma parte que él había venido, sintió un pequeño ruido que brevemente hizo a su sobresalto confirmado temor de perder la vida» (pp. 121-122); «Comencé a obligar a mi remedio con mi desgracia, acudió gente, huyó el agresor del delito, fui llevado a mi casa y curado en ella con algunas esperanzas de salud» (p. 127); «Obligado de esta causa, entré dentro, y hallé a Octavio que acababa de llegar entonces» (p. 162); «Mas poco después que comenzaron a caminar con esta determinación, sintieron que en su seguimiento [...]» (p. 168).

de acaecimientos que parecen no llegar nunca a una solución, ya que nada más terminar una aventura surge de manera inesperada otra «novedad» que se convierte en arranque de otro episodio. El escritor quiere dar la sensación de que todo pase en secuencias inmediatas, como si se tuvieran que respetar las reglas impuestas por el tiempo dramático.

Analizando personajes, ambientes y motivos de la novela, además, vemos que esta tiene puntos de contacto en particular con la comedia de enredo o la de capa y espada¹¹¹. Con estos subgéneros dramáticos, la obra de Quintana comparte el gusto por la construcción de tramas laberínticas, que ejemplifican el aparente caos de la vida de los personajes. Otros elementos comunes son el ambiente contemporáneo y urbano y, sobre todo, el artificio, la ingeniosidad y la búsqueda de complicación como motores de la acción. Así se expresaba a finales del siglo XVII Bances Candamo (1970: 33) en una definición de cita acostumbrada, que podría aplicarse perfectamente a la novela que estamos estudiando: «Las de capa y espada son aquellas cuyos personajes son sólo caballeros particulares, como don Juan, u don Diego, etc. Y los lances se reducen a duelos, a celos, a esconderse el galán, a taparse la dama, y, en fin, a aquellos sucesos más caseros de un galanteo».

El parentesco va más allá, y afecta al estilo y a la forma de hablar de los personajes, que comunican en una perspectiva no diferente de las «relaciones» de los protagonistas de las comedias. De hecho, según se verá, la novela se basa en la sucesión de intervenciones orales de los personajes. Como en el teatro áureo, conocemos solo lo que ellos mismos están dispuestos a decirnos: Quintana deja que se auto-representen delante de un auditorio que incluye al lector. Además, los personajes manifiestan a menudo la intención de probar su habilidad y fineza retórica, de despertar la atención del oyente y de lucir un estilo culto. Varias veces se resalta la habilidad de los que están a punto de empezar sus relatos: «en español idioma y elocuente lengua, dijo» (p. 253); «dando a la elocuente lengua cuerda licencia los cerrados labios, comenzó de esta suerte» (p. 266). Los demás personajes se configuran siempre como un público respetuoso:

¹¹¹ Para las definiciones de esta categoría de comedia, cf., entre otros, Arellano 1988. Fue Zimič (1975: 214-215) quien esbozó por primera vez la idea de la cercanía entre la comedia de capa y espada y las novelas de Quintana, retomada luego por Sánchez Martínez 2006. Véase también Bresadola 2011.

después de haber granjeado la atención de cuantos le oían, con elocuente exordio prosiguió en los accidentes de su fortuna (p. 305);

Todo el silencio con que habían oído los accidentes de don Antonio y don Carlos fue inferior al que tuvieron viendo que Feniso rogaba a Marcelo les refiriese la causa de su viaje (p. 340).

Y, en el final de la relación, a menudo resaltan lo maravilloso de los sucesos contados y celebran a la vez la elocuencia del narrador, como si se tratara de un actor sobre las tablas o de un predicador:

Estuvo suspenso Feniso oyendo a Laura este suceso, y dio indicios de que a tener mil almas todas las ocupara en atender a la elocuencia de sus palabras y elegancia de sus razones (p. 149); Exageró Feniso la pasada historia de extraña y a la relación de elocuente, dando en estas alabanzas a Carlos aliento para merecer otras semejantes (p. 331).

4.5 Los recursos

Quintana utiliza todo el repertorio de recursos típicos de la novela cortesana y de la comedia de ambiente urbano. En primer lugar, estos afectan a la esfera amorosa, con los numerosos casos de cortejos nocturnos junto a las rejas, o de encuentros clandestinos entre amantes. No faltan situaciones de hombres que acuden a citas con mujeres desconocidas (Feniso con Rufina, Antonio con Violante) o matrimonios secretos (Leonardo y Teodora, Baltasar y Violante). El billete de Laura (p. 128) inaugura otro motivo común, el de las cartas, que el lector encontrará muchas veces a lo largo de la novela (en el caso de María y Feniso, con una escritura cifrada). Estos textos, que a veces pasan por las manos de las criadas, se asocian normalmente a las relaciones amorosas, aunque no faltan cartas que expresan quejas, rechazos, avisos, o que dan cuenta de intrigas y citas¹¹².

Quintana no deja de manifestar también la complacencia por los actos caballerescos, por las hazañas guerreras y las actividades conexas al uso de las armas o de la violencia. Asistimos así a varios duelos, que terminan con la muerte del galán rival y la consiguiente precipitada huida del caballero para no incurrir en los

¹¹² El recurso cruza todos los géneros, desde la novela cortesana a la rufianesca, y se halla sobre todo en la novela sentimental, cf. Roubad/July 1985; Benardo 2001 y Salinas 2005.

rigores de la ley. El asesinato de Juan por parte de Feniso motiva su viaje a Cataluña y, solo por poner otro ejemplo, el mismo Juan había tenido que abandonar Toledo después de haber causado la muerte de Félix. A veces, las mujeres acompañan a los hombres en su abandono de la ciudad (Leonor con Jaime), o, más a menudo, asistimos a secuestros (o intentos frustrados de secuestro) de las damas por parte de los caballeros (Juan a Laura, Luciano a Leonor etc.).

Todos estos elementos forman parte de un cuadro más general que alimenta la impresión de que toda la novela se rige en lo fortuito, con continuos descubrimientos y agniciones. Esta sensación de lo imprevisible proporciona el vasto muestrario típico del género: malentendidos, disimulos, engaños, disfraces, llegadas inesperadas, subidas y caídas de las escaleras, puertas que se abren o se cierran en un momento equivocado, cruces de parejas, reclusiones y huidas. La condición de desorden, misterio y aparente casualidad asoma ya al principio, cuando el lector tropieza en personajes (Luis y luego Feniso) de los cuales ignora la identidad. Esta técnica prosigue durante toda la novela, cuando los personajes revelan su nombre o su condición con retraso respecto a su irrupción en la trama. Otras veces, en cambio, el lector comparte con el autor una visión más amplia de los acontecimientos y, como el público teatral, puede ver desde fuera los enredos de los personajes, anticipando sus reacciones o imaginando los equívocos que se producirán.

Los malentendidos

En la novela se describe un mundo confuso, donde los personajes son engañados por sus mismos sentidos: las imágenes más apropiadas para describir esta situación son las del laberinto¹¹³ (como admite María, sorprendida por las novedades contradictorias sobre su hermano y su padre: «No os admiraré, padre y señor mío, que viva confusa en tan intrincado laberinto como se ofrece a mi imaginación y habéis propuesto a mi vista», p. 263) y de la oscuridad («unos, finalmente, nos desconocíamos a otros, y muchos a sí mismos, tal era la admiración de todos. En tantas obscuridades tuvo piedad el cielo» (p. 330).

¹¹³ Cf. Kern (1981: 271-312), que da cuenta de los varios sentidos simbólicos del laberinto.

Escena típica del engaño y de las falaces apariencias es la que ve a los personajes entrar en casas ajenas a oscuras. Así, por ejemplo, Fernando, «confuso por inadvertido y ciego por ignorante» (p. 315), entra en la habitación de Engracia: es solo el inicio de una red de malentendidos, con la consiguiente cadena de acontecimientos (Engracia cree que es su amado Antonio, Fernando hiere a Antonio, Engracia huye, creyendo que la muerte se debe a su madre etc.).

Con frecuencia se dan también situaciones que remiten a una técnica muy difundida en las comedias: el «quedarse al paño», con un personaje que escucha a otros sin que estos lo sepan. El mecanismo se convierte en un verdadero *leitmotif* de la novela, con alguien que espía u oye diálogos de otros. La escena se desdobra así en dos planos, estableciéndose un pacto tácito entre autor y lector que aumenta la tensión, ya que, una vez más, solo éste posee todos los cabos de la situación.

Los disfraces

El espejismo y la metamorfosis culminan en los disfraces, otro recurso frecuente sobre todo en el teatro del tiempo. Quintana abusa de esta técnica que, de nuevo, más que al criterio de lo verosímil, responde al sistema de convenciones de la novela¹¹⁴. Disfraces, o simples equívocos a la hora de reconocerse, aparecen casi en cada episodio y tienen efectos evidentes en el desarrollo de la trama. Así, por ejemplo, Feniso hiere a su amada Laura (que juzga ser el hermano de ella) y Leonardo a Teodora, mientras el mismo Leonardo llega a batirse con Feniso, confundiéndole con un primo de su enemigo Pedro, etc. La sustitución de la identidad es el hilo conductor del cuento de Carlos el ermitaño, que encuentra en su juventud un caballero en todo igual a él, episodio que llegará a su clímax, como el lector puede fácilmente prever, cuando el noble se haga pasar por el amigo con el fin de salir ganador en un duelo. Otra sustitución es la de Leonardo, que se hace pasar por don Martín –el prometido de su amada– para celebrar las bodas no autorizadas. En innumerables ocasiones el autor se detiene también en personajes que ocultan, por razones muy variadas, su

¹¹⁴ Entre otros casos, es muy poco creíble, por ejemplo, el que Antonio no reconozca a su amada Violante en dos ocasiones, porque va tapada y vestida de hombre, según una situación frecuente en comedias y novelas del género (a partir de *Las Fortunas de Diana* de Lope).

aspecto. Encontramos una larga fila de mujeres tapadas que, según convenciones dramáticas, «dan licencia al manto», revelando su identidad solo al final del episodio¹¹⁵. Se producen también diálogos entre dos personajes que no se reconocen (la variante es que solo uno de los dos conozca al otro), como el protagonizado por Feniso y Laura en la cárcel, con esta última «rebozada». Otro caso frecuente de disfraz es el de las mujeres en hábitos masculinos, que revela cierta complacencia por la ambigüedad sexual¹¹⁶. Los hombres, en cambio, se ponen bandas en la cara, se ocultan bajo el yelmo, salen con capa y sombrero, se cambian de ropa o, simplemente, se dejan crecer la barba para que no se les reconozca. La tendencia a cubrirse es evidente en la descripción de los festejos de las bodas en Cartagena, cuando todos los que acompañan al protagonista salen disfrazados para poder enterarse de lo que está pasando sin ser reconocidos. Los cambios de traje llegan al paroxismo en Argel, donde Feniso cambia de identidad vistiéndose a la manera cristiana o mora. El detalle de la vestimenta es tan importante que el narrador se preocupa de informar que el protagonista, al llegar a la playa, esconde en una caja su ropa, que luego va sacando según las circunstancias; vestido de cristiano puede despertar la atención de la española María fingiendo ser su hermano y, en cambio, en traje turco puede ejercer de subaxi, como si fuera de verdad un turco forastero. Este simple cambio, además, les permite al protagonista y su séquito escapar de Argel engañando a los piratas.

Un frenético trueque de nombres en los personajes no hace sino aumentar este juego de las falsas identidades. De nuevo, los ejemplos son numerosos: Luis se conoce al principio como Silvio; Carlos y Violante se hacen pasar por dos hermanos de nombre Cardenio y Jacinta; en Argel, Leonor, María y Feniso se hacen llamar respectivamente Leliadora, Beatriz y Celín, mientras que Mahomet, convirtiéndose al cristianismo, cambia su nombre por Jerónimo.

¹¹⁵ Además de ser expediente habitual de tantas comedias y novelas, la costumbre de las mujeres de taparse con mantos era muy común en la sociedad española (cf. Arellano 1995: 143-144 y Bernis 2001: 257-258).

¹¹⁶ Según un *topos* difundido, asistimos a la paradoja del personaje que mantiene su belleza a pesar del disfraz masculino: «a quien todos juzgaban hombre en la exterior apariencia, así porque, como dije, su disposición era gallarda, como por no haber habido duda de lo contrario, sin la cual todo se cree fácilmente» (p. 136). Sobre el tema de la mujer disfrazada, la bibliografía es vasta; véanse, al menos, los clásicos trabajos de Romera-Navarro 1935 y Bravo-Villasante 1955.

4.6 Las otras fuentes

Las fuentes de Quintana no se limitan a los residuos de la novela bizantina y al calco de maneras cortesanas y dramáticas que hemos analizado. El autor aprovecha una *summa* de experiencias literarias coevas y del pasado, que incluyen el poema caballeresco, la lírica amorosa, los tratados de amor neoplatónico, la égloga y la novela pastoril, los epistolarios galantes, la narrativa mundana renacentista¹¹⁷.

Como vimos, una de las fuentes más evidentes es el filón pastoril, que aflora explícitamente en la escena inicial y en otros pasajes (el encuentro de Feniso con los pastores, y en el relato de Antonio). En todas las ocasiones el ambiente campestre –pintado como *otium* literario y poblado por pastores cantores– sirve de momentáneo refugio a los personajes que huyen de las ciudades, escapando de los problemas de amor o de la justicia. En general, son secuencias que poco o nada tienen que ver con la trama, y podemos decir que se revelan casi un pretexto para incluir poemas de corte bucólico y colmar el deseo de Quintana de añadir un motivo clásico que sería excluido del ambiente urbano que domina en la novela.

Sin embargo, en estas circunstancias, como en otras, es difícil distinguir modelos precisos. Zimič (1975: 198-199) señaló parecidos con algunas escenas y episodios de Cervantes: «El amante liberal» del *Quijote* en la batalla naval y la llegada del barco con los Caballeros de Malta; la llamada «Historia del cautivo» y la huida de Feniso de Argel; *La Gran Sultana* y el episodio de María, prometida al sultán. Aunque, sobre todo en este último caso, la fuente cervantina parece plausible, lo convencional de las escenas de Quintana impide individuar una filiación directa con una sola obra. Así, las secuencias de amor y cortejo son las mismas que llenan innumerables obras sentimentales a partir, sobre todo, de la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro.

En una ocasión, sin embargo, se puede reconocer una única y verdadera fuente. Fue Rennert (1912: 191) quien señaló, sin ir más allá, que: «the second *poema* contains an episode based upon the old story of Amis et Amile». En efecto, hay cercanías evidentes con

¹¹⁷ Puede tener aplicación, pues, la descripción que hace Mancini (1981: 106) de la novela cortesana italiana: «Sotto l'aspetto formale, il romanzo del tempo, per una parte è epopea in prosa, per una parte è un trattato didascalico, per una parte una raccolta di liriche, e per un'altra infine un saggio d'ambiente».

la leyenda de los dos amigos que a partir del siglo XII tuvo grande difusión en Europa, en latín y en francés, tanto en verso como en prosa¹¹⁸. Es probable que Quintana la leyese en el *Speculum historiale* del dominico Vincent de Beauvais (donde aparece con el título de «De duobus pueris consimilibus Amicus et Amelio»¹¹⁹), obra que, como veremos a continuación, Quintana debió utilizar. Los puntos de contactos son muchos: no es difícil reconocer en Carlos a Amis, y en Alberto a Amile: como en la leyenda, los dos amigos físicamente iguales, unidos por una entrañable amistad, se separan y vuelven a juntarse en Francia. Carlos/Amis vuelve a su patria, contrae la lepra y, después de tres años de pobreza, encuentra al amigo. Quintana toma también varias escenas de su fuente, como la *agnitio* que impide el enfrentamiento armado entre los dos, el cambio de identidad que lleva a la noche de castidad con la espada entre Alberto/Amis y la mujer del amigo, y el duelo para la hija del duque (en la versión de Beauvis de Carlomagno). Coincide también parte de la ambientación (Luca, Roma y Francia). Faltan, sin embargo, los elementos religiosos, en particular el episodio de Amis, que, para sobrevivir a la lepra, mata a los hijos del amigo, que vuelven a vivir por milagro divino. También el final se aleja de las varias versiones de la leyenda (con los dos amigos que mueren luchando en el ejército de Carlomagno), permitiendo a Quintana vincular la historia con su novela: la muerte de Alberto, y la huida de Carlos en la cueva de los Alpes.

Fuentes no directas que, sin embargo, tuvieron un papel destacado en la composición de la obra, son las que sirvieron a Quintana para las citas eruditas. Remitimos a las notas al pie de la página del texto para las referencias exactas; baste aclarar aquí que el autor, como todos los escritores áureos –a partir del amigo Lope¹²⁰– se sirvió sin duda de citas de segunda o tercera mano

¹¹⁸ «La primera versión conocida se remonta al final del siglo XI y se halla en una epístola de dísticos latinos [...] Algo posterior es una versión hagiográfica, escrita al norte de Italia [...]. Enlaza este testimonio con los de algunos cantares de gesta» (cf. Alvar 2010:16, que da cuenta de la enorme proliferación de la historia, sus variaciones, y su difusión en España).

¹¹⁹ Beauvais 1624a: Libro XXIII, capítulos 162-166 y 169. «La extraordinaria difusión del *Speculum* obliga a tenerlo bien presente cuando se habla de las versiones en lenguas vernáculas y también cuando se trata de las reelaboraciones en latín» (Alvar 2010:19).

¹²⁰ Cervantes en el prólogo a la primera parte del *Quijote* reprochó el alarde de cultura que manifestaba Lope en sus obras (cf. Orozco Díaz 1992:

sin acudir a los originales. Es él mismo quien refiere uno de los textos que empleó, las *Moralia* de Plutarco, herramienta tantas veces explotadas por los autores españoles¹²¹. Como confirman las citas en latín, Quintana se sirvió de una de las muchas ediciones latinas que circularon en España a partir del siglo XVI. Esto ocurre también con las referencias tomadas de otros autores griegos, por ejemplo Aristóteles. Además de estas, se han identificado como fuentes probables las polianteas del humanista francés Jean Tessier (o Tixier) de Ravisi, conocido en España como Juan Ravisio Téxtor¹²², y, como acabamos de decir, el *Speculum quadruplex, sive speculum maius* de Beauvais¹²³. Las dos obras gozaron de considerable difusión en la Edad Media y en los siglos siguientes, sobre todo entre predicadores. Otra posible fuente de Quintana es la *Silva de varia lección* de Mexía, que fue base para los pasajes eruditos, entre otros, del mismo Lope.

IV. LA ESTRUCTURA

1. La estructura

La complicada arquitectura de la novela es una de las peculiaridades de la obra de Quintana, que alterna y superpone una serie de cuentos de varios personajes a la trama principal (la de Feniso). Las intromisiones, sin embargo, no pueden definirse simplemente como historias paralelas, porque terminan, de una manera u otra, y en medidas diferentes, para volver a fundirse con la del protagonista. El novelista quiere dar la impresión de que todos los personajes participan en la acción, y de que todos tienen un

89-102). El Fénix, como podemos apreciar también en la carta que dirige a Quintana en los preliminares de la novela que estudiamos, citaba a menudo a través de polianteas (cf. Vossler 1933: 131-132 y Schwarz 2000: 285, que ve en el autor de las *Novelas a Marcia Leonarda* un «digno representante de esa cultura del “bricolage” que produjo el humanismo renacentista»).

¹²¹ Cf. Morales Ortiz 2000 y la bibliografía citada.

¹²² Téxtor fue autor de la *Officina* (volumen que se imprimió varias veces, y con diferentes añadidos, a partir de 1520) y del –también muy difundido– *Epithetorum opus*. También Lope se sirvió de estos textos (cf., entre otros, González-Barrera 2007). Sobre la popularidad de las polianteas en edad áurea, cf. Infantes 1988.

¹²³ Quintana, probablemente, consultó dos de las cuatro partes que formaban esa enciclopedia, el *Speculum historiale* y el *Speculum doctrinale* (cf. bibliografía).

papel en la aventura de Feniso, como si fueran parte de una única trama. A las andanzas del caballero madrileño se intercalan, pues, los relatos de los caballeros o de las damas que encuentra. De hecho, sin excepciones, todos los nobles españoles que cruzan su camino relatan las propias aventuras: normalmente narran sus vidas enteras, empezando por la niñez o la juventud, y centrándose luego en el episodio (de amor, honor o fortuna) clave de su existencia. Este mecanismo narrativo crea un continuo vaivén entre presente y pasado y, sobre todo, da origen a la polifonía entre la voz del narrador y la de los otros personajes que toman las riendas del relato.

Como se decía, los modelos de esta estructura son varios: además del teatro, el antecedente más inmediato se halla en las novelas de Heliodoro, Aquiles Tacio y la complicación de la novela italiana en boga en mucha de la narrativa áurea. Sin embargo, es precisamente en las dimensiones y en la frecuencia de las narraciones interpoladas donde Quintana se aleja de estos ejemplos. De hecho, la acumulación de experiencias vividas y contadas termina por ahogar la misma trama principal: baste pensar que la suma de todos los cuentos llega a cubrir más de la mitad del total del texto. De este modo, la novela termina por carecer de un verdadero centro, y el asunto principal se desmenuza en una cadena de cuentos de igual extensión e importancia¹²⁴. De ahí que el título no indique el nombre de un protagonista o de una pareja de protagonistas, sino un general *Experiencias*, que no podemos relacionar solo a las vividas por Feniso.

Al lector le resulta muy difícil orientarse en una estructura laberíntica que se va ampliando y complicando cada vez más, y donde asistimos a siempre nuevas apariciones y desapariciones de personajes¹²⁵. El autor, pues, teje muchos hilos que luego, de la manera más inesperada, vuelve a retomar. Se crea así una historia compuesta por innumerables fragmentos, por cuentos que se interrumpen, se completan y se integran con otros. Dejando las tramas pendientes, Quintana intenta renovar el suspense: solo con

¹²⁴ Es precisamente este el defecto que Zimič (1975: 211) imputaba a la novela llegando a afirmar que: «cabe creer que la historia de Feniso es la principal, pero una lectura atenta revela que se puede llegar a esta conclusión solo considerando el hecho de que Feniso está presente durante todas las narraciones de los otros personajes».

¹²⁵ En la primera traducción inglesa (1651), para obviar este problema, se decidió dividir la novela en capitulillos más breves que los poemas.

el final podemos reconstruir la íntegra existencia de los personajes, llenando todos los huecos que restaban y, de la misma manera, solo gracias a las tramas secundarias (sobre todo en los primeros tres poemas), se cumple la historia del protagonista. Si, como dijimos, en varias situaciones la posición del lector es privilegiada, desde el punto de vista de la macro-estructura su perspectiva es la de Feniso, y participa con él de la sorpresa cuando las historias se resuelven. Por eso solo cuando llegan al protagonista nuevas noticias, podemos enterarnos de lo que ha sucedido a personajes de los que no habíamos vuelto a saber nada.

El ejemplo de la historia de Luis nos permite aclarar la técnica de suspensión habitual en la novela. A pesar de ser uno de los personajes principales, aparece en «escena» únicamente en el primer y en el cuarto poema: en el segundo solo se alude a él, mientras que en el tercero descubrimos que Fadrique e Inés son sus padres, y María su hermana. Luis empieza a contar su historia en el primer poema, luego se interrumpe, y después de algunas aventuras vividas, vuelve a terminarla; finalmente, en el cuarto poema relata lo que le ha pasado desde el momento en que dejó a Feniso. Como se ve, la distancia entre el principio de una historia y su prosecución puede ser muy amplia. Esto ocurre también, por poner otro ejemplo, con Leonor: su vicisitud, a la que alude Laura al principio de la novela, se completa solo con el relato de Jaime al final del tercer poema. Quintana, además, no proporciona explicaciones detalladas sobre la conclusión de los episodios, que terminan a menudo de manera muy sintética, como si fuera más importante el enredo y la conexión con las otras tramas que su solución. Caso ejemplar es el final, cuando una única oración advierte que se han resuelto los problemas de herencia de Feniso: «Dio con su vista increíble alegría a su noble madre, y después de haber dispuesto convenientemente sus cosas y tomado posesión de su mayorazgo y hacienda, llamado de su amor, [...] volvió a Cartagena» (p. 344).

2. Los cuentos de los personajes

Todos los personajes secundarios viven casi solo en los relatos, y su acción en el presente es muy limitada. Los cuentos nacen generalmente de la curiosidad de Feniso (pero también de la de otros personajes¹²⁶), según una fórmula que se repite:

¹²⁶ «Persuadido de Laura, prosiguió don Luis su comenzada historia» (p. 151); o «don Luis les dijo que si querían comenzar a verificar sus afectos, refiriesen

aunque las esperanzas de él eran tales que pudieron esforzar a Laura para que, rogada de Feniso, refiriese la novedad de haberla hallado [...] (p. 145);
obligado de los ruegos de Feniso para que le dijese quién era [...], empezó el penitente viejo a referirle desde el principio de su vida esta prodigiosa historia (p. 222);
Llegose a él, y díjole que, si no recibía pesar en ello, le refiriese la causa de su cautiverio (p. 278);
Esta novedad causó mayor deseo en Feniso y los demás que atendieron a ella para saber el fin de su comenzado suceso (p. 283);
tuviera a singular beneficio que don Luis me refiriera la causa (p. 303);
Feniso rogaba a Marcelo les refiriese la causa de su viaje (p. 340).

Las mismas historias pueden resultar muy caóticas, con sistemas de cajas chinas y estratificaciones de cuentos interpolados uno dentro de otro (como el de Violante en el de Carlos). La dificultad se debe también al hecho que Quintana no solo no se esfuerza por variar el lenguaje de los personajes, sino tampoco por modelar su registro de manera diastrática o diafásica.

La complejidad es mayor. A veces los personajes no refieren solo sus propias aventuras, sino también las de otros: Marcelo, en su segunda intervención, cuenta la vida de García, mientras el relato de Antonio tiene como protagonista a Fernando. En otras ocasiones anotan pasajes de la misma historia, pero desde una perspectiva diferente, para explicar o confirmar lo que en un primer momento podía parecer ambiguo. De la relación entre Laura, Feniso y Juan, por ejemplo, se habla en cuatro cuentos diferentes: el de Feniso, el de Laura, el de Rufina y el de Leonor. Además, solo por el último nos enteramos de que desde el principio el amigo del protagonista quería poseer a Laura. Cuando segmentos de historias distintas convergen en puntos comunes, el escritor normalmente los sintetiza: «A esto añadió todo aquel suceso y muerte de Félix, con las demás mentiras de su criada, y crueldad de don Juan, su hermano, como en el primer poema dejamos referido» (p. 267); o «Contó aquí don Carlos todo lo que había pasado a Feniso, como al principio de estos sucesos queda dicho» (p. 339).

la causa que tan precipitadamente les había obligado a emprender coléricos su muerte» (p. 170).

Para aumentar el *pathos*, se suspenden varias veces los relatos¹²⁷. Las interrupciones son producidas por la llegada de otros personajes, como Luis: «llegaba a este punto con su historia cuando llegaron Tireo y el alcalde» (p. 142); o por el anochecer: «Aquí interrumpió don Antonio su discurso, el cual hacía esto mismo al fin de las demás jornadas» (p. 315). Es este el caso más interesante de ruptura de la narración, que se realiza precisamente en el momento culminante, cuando el lector asiste al ingreso de Fernando en casa de Leonor y a la contemporánea llegada de Antonio, que anuncia malentendidos y cambios de personas. Los mismos personajes utilizan esta técnica, como Leonor, cuando dice: «El modo de verle, la ocasión de amarle, y la causa de venir a esta tierra y perderle, remito para tiempo más oportuno» (p. 267) y el lector verá el cumplimiento de esta promesa solo en el cuento de Jaime. De la misma manera, Carlos pospone su historia porque quiere que antes termine la suya Antonio: «Lo que os pudiera llevar más el deseo es saber qué causa me ha podido apartar de brazos adonde me significo tan gustoso, mas esta referiré después, que por nueva y extraña no os pesará de oírla» (p. 316). Otra pequeña interrupción es la que a veces hace el narrador para comentar los hechos, y sobre todo para orientar al lector, como en el medio del cuento de Marcelo: «Aquí acabó de persuadirse Feniso a que son pocas las cosas que perseveran encubiertas, y de saber quién eran los que él había visto huir por haber muerto al que rindió la vida a sus pies junto a la puerta de Laura la noche que él privó de la suya a su traidor amigo don Juan» (p. 214).

Hemos dicho que los cuentos tienen conexiones con la trama principal; sin embargo, a veces el proceso revela su artificiosidad, ya que los contactos son muy débiles. Sirva de ejemplo el último episodio mencionado. En la acción principal, Feniso llama a la puerta de Laura, pero no le abren, y su sed de venganza se queda frustrada. El protagonista tiene entonces que huir, porque descubre allí un hombre que acaba de morir. Solo en un segundo momento nos enteramos que le mataron los amigos de Marcelo, en el episodio que concluía la primera parte de la historia del noble valenciano. En estos casos, pues, la manera de soldar los cabos sueltos parece más bien un fácil recurso que la solución de un plan previo. El mismo secuestro por parte de los

¹²⁷ Se trata de una técnica muy usual en este tipo de novelas, ya experimentada, por ejemplo, en el *Persiles*.

piratas (de Fadrique y María, Jaime y Leonor, Eufemia, Antonio) es un medio que se repite sin apenas variaciones solo para que todos los personajes coincidan en Argel y se puedan juntar tramas que no tienen nada en común¹²⁸.

La sensación de artificiosidad aflora aún más durante el final, cuando el viaje de Feniso a Toledo ofrece la ocasión de aumentar el número de aventuras: se da conclusión a unas y se abren otras nuevas. Baste pensar que alrededor del 75% del cuarto «poema» está constituido por cuentos de personajes; el de Antonio, además, es el más largo de toda la novela. Así, con las azañas de Feniso concluidas, y mientras se relata el camino del caballero a Toledo (hay solo un pequeño episodio de un enfrentamiento armado), se añaden los cuentos de Antonio, Carlos y Marcelo, sus acompañantes. Desde la perspectiva de los personajes, y en particular de Feniso, estos relatos actúan como «literatura de alivio para caminantes»: «Divertidos con tan gustosos y varios accidentes, llegaron a Toledo una tarde» (p. 344).

Finalmente, hay que distinguir el cuento de Carlos el ermitaño de los que hemos analizado hasta ahora. Podemos decir que es independiente de las andanzas de Feniso, tanto que, salvo el final, podría publicarse aisladamente: su nombre y su historia no vuelve a cruzarse con los otros personajes, ni se menciona a continuación. Esto se debe al hecho de que al movimiento frenético, a los viajes sin descanso de los jóvenes caballeros, Carlos opone su figura estática, y una historia que ya ha encontrado su solución. Solo cuando el ermitaño ha terminado de contar su vida se interpola sintéticamente el cuento de Laura: es él mismo quien refiere las palabras que le dijo Laura (que cuenta a Carlos su vida después del último encuentro con Feniso) antes de informar al protagonista de su piadosa muerte.

También el breve relato de Rufina se aparta un poco de los demás, sobre todo porque el personaje no vuelve a aparecer. Su discurso, sin embargo, es funcional por la trama principal, ya que la dama avisa a Feniso de la relación entre Juan y Laura. Quintana se sirve también de ese personaje para añadir un episodio de mujer burlada que justifica, siguiendo las normas del honor, el asesinato de Juan.

¹²⁸ Notamos, una vez más, ciertas afinidades con la manera de tratar el argumento de Lope, para quien el motivo turco no es más que un pretexto para incrementar la intriga, variar la ambientación y reunir episodios vividos por personajes distintos (cf. Mas 1967: II, 387-391).

V. EL ESTILO

1. La prosa de Quintana

Como vimos, Quintana opta por una uniformidad estilística que consiste en elevar la lengua no solo durante las escenas amorosas o épicas (como prescribía el decoro) sino también en las más ordinarias. Para hacerlo, acoge todo el bagaje expresivo desarrollado en esos años en la novela barroca y su manifiesta dependencia de la moda gongorina. Esto se traduce en la abundancia de figuras retóricas y preciosismos sintácticos que, a veces, parecen manifestar la autocomplacencia del autor por su habilidad retórica. El alarde estilístico y su naturaleza enumerativa, que se indicó como señal de decadencia del género, responden, en cambio, a una precisa estrategia¹²⁹. Otorgando a la novela un tono alto constante, se eleva la forma a la altura de los personajes y de los ambientes representados, configurando, en definitiva, el paradigma del lenguaje cortesano. La intención del novelista prevé, pues, la transformación de la realidad narrativa en objeto poético a través de un proceso de continuo amaneramiento. Rehusando del todo la lengua «humilde», Quintana se aparta de lo cotidiano, consintiendo, incluso desde el punto de vista formal, la evasión del lector de su ámbito acostumbrado. Bien mirado, en efecto, la elección de un idioma elevado, independiente del *decorum*, de la situación, o de la verosimilitud psicológica (perfil del personaje que habla), no deja de tener una repercusión importante en lo narrativo, ya que acerca el lector a un enredo novelesco que, de manera programática, es ajeno a la realidad. Hay que decir cuánto una decisión de este tipo, que descende del gongorismo y su ruptura con la rueda de Virgilio y la teoría de los tres estilos (que supone la proporción entre forma y tema), no coincide exactamente con la posición del autor de las *Soledades*. No se trata, en efecto, de presentar la realidad, incluso la cotidiana, a través de la reluciente transfiguración de las palabras, como señal de que ha sido inteligentemente interpretada; sino, más bien, se ofrece el texto literario como un espacio de evasión alternativo a la misma realidad, aunque aparentemente se inspire en ella. Huelga decir que esta técnica comunicativa y esta

¹²⁹ El **estilo** cargado de Quintana fue censurado en época moderna; así se expresaba Rennert (1912: 191): «It is written in the bad taste of much of the prose of the time, with a piling-up of epithets and constant resort to antithetical clauses».

visión de lo literario anticipa el rumbo que, ya en la época de la crisis de la conciencia europea, seguirá la literatura española.

1.1 El léxico y la sintaxis

El léxico es la primera señal del ideal lingüístico perseguido por el autor. Asistimos a la casi total depuración de vulgarismos, coloquialismos y regionalismos y, de la misma manera, a una presencia limitada de italianismos o arcaísmos voluntarios (o sea, no dependientes de las oscilaciones que sufría la lengua áurea). Sin embargo, la frecuencia de cultismos y latinismos desmiente, en parte, las intenciones expresadas en la carta al lector de búsqueda del justo medio. Se señalan términos propios del lenguaje gongorino (como *aplauzo*, *lascivo*, *plebe*, *terrible*, *túmulo*...) y numerosas palabras que se percibían todavía con una marca culta (*absorto*, *activo*, *agravar*, *cándido*, *confuso*, *nuncio*...). La cercanía con los preceptos lopistas se traduce, entonces, solo en la cierta moderación a acoger ese léxico excesivamente gongorista y «oscuro» que se critica con tanta fuerza en los preliminares¹³⁰.

El verdadero obstáculo para la lectura es, sin embargo, otro, y hay que buscarlo, en particular, en la compleja construcción sintáctica. Se nota, en primer lugar, la imitación de la sintaxis latina. Son varios los ejemplos de colocación del verbo al final (como: «viendo una pequeña puerta que en el portal había» p. 207; «En que esta fuese visión imaginaria no disputo» p. 218) o oraciones de infinitivo («tal afirmaba estar muerto» p. 198 ; «De donde nació al otro filósofo el decir que deseaba estar triste y temía estar alegre», p. 151; «viendo [...] en Beatriz ingenio, de quien luego conocieron ser la carta» p. 264). Otras veces, en cambio, al final de la oración se desplaza el sujeto: «Sano de su indisposición estaba, solícito, restaurar su pérdida pretendía, y cuerdo su sentimiento ocultaba nuestro noble caballero» (p. 184); «En medio estaban de esta turbación los criados» (p. 142); «ni soy tan ignorante que no advierta [...] cuánto ciega esta pasión el alma» (p. 146).

La frecuente descomposición del *ordo naturalis* puede llevar al empleo del hipérbaton, figura retórica que estuvo en el centro de los vivaces debates sobre la oscuridad gongorina. En

¹³⁰ A pesar de la presencia incluso de cultismos censurados por los antigongoristas (como *emular*), faltan vocablos verdaderamente raros o extravagantes. Véase, a este respecto, Alonso 1961: 67-69 y 95-108, donde ofrece la conocida lista de cultismos censuradas por los adversarios de Góngora.

la novela asistimos por ejemplo a la separación forzosa de los verbos modales y sus infinitivos, como: «vuestra cordura atenderá a lo poco que un esclavo puede para vuestro regalo ofreceros» (p. 249); o del verbo copulativo y del predicado nominal: «Fueron las razones que entre ellos pasaron pocas» (p. 274).

Amplificatio y detractio

Otra causa de la complejidad de la prosa de Quintana hay que buscarla en la frecuente dilatación de la frase, que se prolonga incluyendo cláusulas intercaladas, cadenas de incisos, paralelismos, correspondencias, subordinadas y paréntesis que se abren uno tras otro. Seleccionamos un solo pasaje amplio que dé cuenta de la tendencia general (p. 277):

Aquí llegaba Mahomet cuando preguntó Feniso si había traza de que Eufemia se vistiese de hombre y habiendo respondido que sí, hizo que con brevedad se mudase y le siguiesen y, después de haber guardado en el pecho muchas riquezas, Mahomet, Eufemia y el esclavo (que había sabido todo el caso, y por esta causa llamado tan presurosamente a Feniso) se acercaron a una de las puertas que con tanto cuidado se guardan en aquella ciudad, y llamando a las guardas, prevenidos de que si los conocían, habiéndose para esto descubierto solos Mahomet y Feniso, y visto por ellos que eran el bajá, a quien acompañaba el subaxi o alguacil mayor, y persuadidos a que iban a hacer una diligencia muy importante en servicio del rey por haber tenido aviso del lugar en que el arráez Nasuf tenía escondida grandísima cantidad de dinero, para lo cual llevaban a aquel cautivo que lo sabía, señalando al que dijimos haber impensadamente caído; y, últimamente, pareciéndoles todo esto verdad, por razón de estar Nasuf preso por aquel delito, y que, yendo personas de tanta importancia y crédito, no sería justo dudar lo que decían, les abrieron, y, después de haber salido, tornaron a cerrar, dando la seña que habían de hacer cuando volviesen para que los pudiesen abrir con seguridad.

Como se ve, la dificultad reside en la acumulación de subordinadas y de epítetos: sujeto y verbo de la principal se separan y se interrumpen por una ramificación de otras subordinadas y principales, con varios cambios de sujetos, en muchos casos sin especificar. El sujeto inicial es «Feniso» («preguntó», «hizo»), y a continuación leemos dos subordinadas que tienen como sujeto a «Mahomet» («habiendo respondido», «después de haber

guardado»). Sigue otra oración, con nuevo cambio de sujeto («se acercaron» y «llamando») que ha de entenderse probablemente, no solo «Eufemia y el esclavo», sino todo el grupo de fugitivos. Antes, aparece otro inciso, donde el sujeto es «el esclavo» («había sabido», «llamado») y una subordinada adjetiva («a una de las puertas»). Empieza entonces una oración muy larga, donde el sujeto pasa a ser «las guardas», con el verbo al final («abrieron»). En el medio hay una cadena de subordinadas, que tienen como sujetos a «Mahomet y Feniso» («habiéndose descubierto», «que eran»), y luego «las guardas» («persuadidos»), para volver de nuevo a los dos fugitivos («iban a hacer», «haber tenido aviso», «llevaban», «señalando», «decían»). La complicación es aún mayor, ya que se añaden otras oraciones con nuevos sujetos («Nasuf» «tenía»; «cautivo» «sabía»; «nosotros», o sea el autor, «dijimos») y otro inciso con dos causales («por estar...», «yendo...»). Antes del «tornaron a cerrar» referido a «las guardas», hay otra temporal, cuyo sujeto es «ellos» (los fugitivos), «después de haber salido». El final, si no desde el punto de vista semántico, gramaticalmente puede ser ambiguo por la alternancia de verbos en la tercera persona plural que se refieren a sujetos diferentes: «dando la seña» («las guardas»), «que habían de hacer cuando volviesen» (los fugitivos) «para que los pudiesen abrir» («las guardas»).

Otro recurso –habitual en la prosa del tiempo– del que Quintana abusa, es el empleo de adjetivos. Basta con leer el *incipit* de la novela, donde casi todos los elementos de la descripción son enriquecidos por un epíteto cualitativo:

No lejos de una pequeña fuente, que a un verde sauce puso de transparente cristal cándidas prisiones, Silvio, pastor por su entendimiento y por su disposición celebrado en los montes – que a la imperial Toledo vecinos son áspera población de duros robles o albergue poco culto a varias fieras– mayoral de un mediano aprisco, dueño de un apacible rebaño [...]

Común a muchos escritores áureos (y en particular a Lope) es también la *enumeratio*, la técnica que Dámaso Alonso (Alonso/Bousoño 1956: 25-45) clasifica como «sintagmas no progresivos», y que consiste en la acumulación –en relación de parataxis– de elementos con la misma función sintáctica¹³¹. Esto se nota, en

¹³¹ Para el gran estudioso (Alonso/Bousoño 1956: 38, 44) el «amontonamiento», tan difundido en la prosa del siglo XVII, es «una señal externa del hervor,

primer lugar, en los elencos de nombres propios, que le brindan al autor la oportunidad de satisfacer también el gusto por la cita erudita: «si considero a Demóstenes, Aníbal, Camilo, Licurgo, Escipión Násica, Trasíbulo, Solón y Rutilio» (p. 296). Se puede encontrar también en listas de sustantivos (como: «se competían igualmente el ingenio y la hermosura, la bizarría y el donaire, la modestia y la cortesía», p. 126) o de definiciones, como en este caso: «debieran servir las blancas canas de espejo donde viese un retrato de la miseria humana, una idea de la brevedad de la vida, un mensajero de la futura muerte, y una enmienda de las pasadas costumbres» (p. 126). La enumeración se da también en secuencias de preguntas retóricas (p. 137):

¿Qué cosa más preciosa que una perla? Esta pues nace en cárceles de nacar. ¿Qué cosa más resplandeciente que el diamante, que se forma en prisiones de hielo ¿Qué de más valor que el oro, a quien engendra y guarda el sol entre candados de montes? ¿Qué más perfecta entre las criaturas (si hago excepción de los ángeles) que el alma? Que tiene por agradable lazo el cuerpo, del cual parece que se desata penosa y que se ausenta triste.

O de repeticiones anafóricas, a veces en forma de triplicación sintáctica:

sin atender a informaciones, sin aguardar a excusas, y sin advertir a descargos (p. 124);
Aquí fueron en Laura las penas, aquí los rigores, aquí las quejas de su estrella. Aquí de parte de Feniso eran las ansias, aquí el tormento, aquí el pesar de haber seguido el parecer de don Luis para dejar prenderse (p. 144).

La tendencia llega al culmen en los siguientes ejemplos de *gradatio* retórica, donde el efecto se obtiene a través de la repetición de algunos miembros con poliptoton: «Mi estrella me dispuso la dicha de que una tarde me viese, vista me estimase, estimada me desease, y deseada me poseyese en lícitos y apacibles brazos» (p. 187); «pospuse mi peligro a su daño, mi daño a su pena, y mi pena a su castigo» (p. 176).

Un fenómeno que constituye una marca sintáctica de

de la plenitud telúrica, que entonces por tantos sitios, con tantos valores distintos revienta» y que persigue el objetivo de «ordenar un mundo en frenesí».

Quintana, avanza, en cambio, en la dirección opuesta a la *amplificatio* ahora señalada: la elisión de partes del discurso. Normalmente, el autor omite una palabra de la oración anterior al comienzo de la siguiente, como, por ejemplo, el término *alegría* aquí: «acababa de apear en aquel punto con singular alegría de toda la familia. No fue pequeña la de don Fernando con esta nueva» (p. 329). A menudo encontramos también el zeugma, como en este caso: «Puso con esto Estacio fines a su narración y a su vida» (p. 328). Otro caso frecuente de *detractio* es el apócope sintáctico, que Quintana emplea con función expresiva; así, por ejemplo, en el pasaje ya citado, «que había sabido todo el caso, y por esta causa llamado tan presurosamente», se omite la repetición del auxiliar «había» que ha de referirse tanto a «sabido» como a «llamado».

1.2 El *ornatus*

Quintana explota todo el repertorio de imágenes de la poesía renacentista y barroca, sobre todo amorosa¹³². El paso del mundo concreto a la transfiguración literaria está en la base del tejido metafórico de la novela, como en este pasaje, donde cada referencia a una escena bélica concreta –el duelo entre los dos caballeros– se sublima a través de metáforas hiperbólicas (p. 232):

Montes parecieron los cuerpos en la resistencia a los encuentros, aves los caballos en la velocidad, diamantes las armas en la defensa, y frágiles juncos las blandientes lanzas, cuyos pedazos divididos a trechos parte fueron despojos de la campaña, y parte cometas que amenazaban en uno de los dos fatal ruina y necesario riesgo.

En la misma dirección van las alusiones mitológicas esparcidas por la novela, que confirman, una vez más, cómo Quintana se dirige a un lector culto, familiarizado con los clásicos. Así, las numerosas perífrasis astronómicas, introducidas para describir la salida o la puesta del sol:

Faltando ya a este tiempo muy poco para que Pyrois y Eoo
bañasen sus resplandecientes y ensortijadas clines en el mar,
que si fue túmulo del sol es cortina de cristal, que como a

¹³² Encontramos así las acostumbradas referencias a las perlas como dientes o lágrimas, el clavel para identificar los labios, las rosas por las mejillas, los ojos como sol, el galanteo como asedio militar, las imágenes antinómicas de frío y calor, etc.

deidad le encubre para que el gentil le venere (p. 124);
que ya el resplandeciente Apolo daba su luz al polo opuesto
(p. 166);
A otro día, poco antes que se ausentase la luz de Febo de todo
punto (p. 183);
a quien la presencia de Cintia hacía apacible, clara y serena (p.
203);
Volvió el alba a bordar las alfombras que Amaltea y Flora labran
en las selvas (p. 243);
Con este disfraz y estos intentos, al tiempo que el amante de
Dafne niega sus rayos a los profundos valles (p. 251);
cuando las sombras de la negra Tetis comenzaban a hacer
mayores los montes y a difundir su obscuridad (p. 263);
varia y agradablemente indiciaba su luz en sus albores el hijo
de Latona (p. 278).

A veces, el autor se sirve también de imágenes tomadas de los signos del zodiaco, muy populares en la edad renacentista y barroca, sobre todo gracias a su codificación en los emblemas¹³³, como: «una mañana de las que el hermoso padre del día calienta las duras escamas de Escorpión» (p. 184). De la misma manera aparecen referencias antonomásticas¹³⁴ (como, por ejemplo, a Atlante, Átropos, Sinón) donde los nombres propios remiten a realidades concretas. La tendencia a la alusión se extiende a otras modalidades, confirmando el deseo del autor de cubrir o disfrazar con expresiones abstractas la realidad, sustituyéndola con su lectura moral. Así, por ejemplo, Antonio describe su encuentro amoroso con Ana: «llegué a ser ejecutor de su deshonor» (p. 321); mientras que Fadrique en este pasaje da cuenta del parto de Inés: «no le ocurrió otro medio sino tomar el coche y salirse al campo a padecer la pena de su atrevimiento, y desembarazar el cuerpo de un amoroso testigo de su afrenta» (p. 246). El dolor del parto es «la pena de su atrevimiento», y el hijo se indica como «el cuerpo de un amoroso testigo de su afrenta».

Quintana, sin embargo, no abandona su vocación didáctica, que le lleva a menudo a descifrar la metáfora para hacer palpable al lector el referente. Emplea entonces metáforas *in praesentia*,

¹³³ Sobre el tema, cf. Esteban Lorente 1993.

¹³⁴ Se trata de la técnica que Lausberg (1967-1990, II: 84) denomina «antonomasia vossiana» y que «consiste en la sustitución de un apelativo por un nombre propio. El nombre propio es una persona o cosa que en la historia o mitología constituyó una relación destacada». Remitimos a las notas al pie de las páginas de la edición para una aclaración de estas referencias.

especificando tanto el objeto real como el evocado con una *correctio* aclaradora, como en: «a los dos pedazos de mi alma, a mis dos hijos» (p. 213); «dilatado castigo a los injustos, digo, de la cárcel» (p. 124); «derramaba perlas de risa y regocijo [...] nada deja para el pesar quien derrama lágrimas de alegría» (p. 283).

1.3 La *dispositio* retórica

La huella de Góngora es patente sobre todo en la peculiar ordenación sintáctica de la prosa de Quintana. Pienso, en primer lugar, en la fórmula «A o B», que ya individuó (con otras bimembraciones parecidas) Alonso (1994:120): «pirámide del monte o corona de la sierra» (p. 221), en la que el autor añade a la primera metáfora una segunda. El apego a modalidades líricas se percibe también en la reproducción de dos técnicas que imitan, en el compás y en la capacidad expresiva, los versos del poeta cordobés y su transposición teatral realizada por Calderón¹³⁵: la bimembración y la correlación.

La bimembración

Las variaciones en la manera de realizar esta contraposición binaria son muchas. Se puede expresar un contraste, separando las dos partes con partículas como *aunque* o *cuando*: «Criábale como propio, aunque le aborrecía como ajeno» (p. 279); «Él quedó últimamente vencido y muerto, cuando yo quedé vivo y glorioso» (p. 228). Más a menudo, el recurso se debe al simple afán de yuxtaposición de imágenes o conceptos afines, separados por *y*: «deseaba estar triste y temía estar alegre» (p. 151). La oposición se complica si aparece en quiasmo: «el aspecto agradable y benévolo el rostro» (p. 244), o si a los dos miembros se añaden otras figuras retóricas, como la paronomasia («parecer de pocos años, y al padecer de muchos males» (p. 124); «su calidad necesitar, o su necesidad carecer» (p. 154), o la epanadiplosis («mendigos por secos y desnudos por mendigos» (p. 118). En los ejemplos que siguen, la estructura se complica más: «andaba procurando saberlos para decirlos, y oírlos para no callarlos» (p. 225), con la simetría entre términos sinónimos («saberlos»-«oírlos») y antinómicos («decirlos»-«no callarlos»); «unos alegrándose con la diversión de los otros, y estos divirtiéndose con la alegría de aquellos» (p. 308), que se basa en la oposición «unos»-«otros»; «estos»-«aquellos», en

¹³⁵ Cf. Samonà 1990.

dos miembros semánticamente afines, asociados por el poliptoton y el quiasmo semántico con el paralelismo de construcciones sintácticas: «alegrándose»-«divirtiéndose»; «diversión»-«alegría». La simetría, finalmente, puede ser imperfecta, y basarse en una estructura antitética, con la contraposición entre *más* y *menos*: «más hermosa que rica, y menos noble que discreta» (p. 211).

Las correlaciones

Son también frecuentes las *rapportationes*, que manifiestan el afán de encaminar varios elementos hacia un efecto unitario¹³⁶. Así, la correlación diseminativo-recolectiva, en la que el lector vuelve a encontrar reunido al final lo que precede¹³⁷. La técnica, aplicada a la prosa y no como era costumbre al verso, parece representar el vértice del refinamiento pretendido por Quintana (p. 345):

Los sucesos que hasta entonces habían sucedido a Feniso acreditaban a su fortuna de mudable, a su vida de prodigiosa, a su prosapia de ilustre, a su condición de noble y, finalmente, a su fortuna, condición, prosapia, y vida de admirable y extraña.

Aquí la repetición de los sustantivos se da con una inversión (ABCD- A' D'C'B'). El recurso puede aparecer en oraciones más largas, como en este ejemplo, que presenta una correlación senaria ABCDEF-A'B'E'C'D'F' (p. 239):

Veremos que es esto cosa cierta, si atendemos a que el avariento por allegar no come, y esa es pena; por guardarlo que allegó no duerme, y ese es su tormento; por aumentar lo que guardó afana, y ese es trabajo; por no dar lo que aumentó, dice que no tiene, y eso es llanto; porque se ve abundante de lo que no tiene, se recela de todos, y ese es temor; porque se ve amigo de las riquezas, presume que los demás las desean, y las alcanzan adelantándose a su solicitud, y eso es envidia. De suerte que el avaro tiene en su misma hacienda penas,

¹³⁶ El fenómeno –muy en boga en la lírica de los siglos XVI y XVII– tiene antecedentes sobre todo en la poesía italiana medieval y renacentista (cf. Alonso/Bousoño 1956: 114-118; Besomi 1959: 215-227, y n. 1 por la bibliografía). Además de los ejemplos que ofrecemos, se da cuenta de otros casos de estas técnicas en las notas al pie de las páginas del texto.

¹³⁷ Se trata, de nuevo, de una técnica difundida, con muchas variaciones, en gran parte de la prosa del siglo XVII. La encontramos también en diferentes pasajes de las *Novelas a Marcia Leonarda* de Lope (cf. Rico 1968: 19).

tormento, temor, trabajo, llanto y envidia, todo lo cual es de su avaricia pensión y de su pecado castigo.

2. La lengua de los personajes

Todas las características señaladas pueden aplicarse indiferentemente al narrador y al habla de los personajes nobles. De hecho, es imposible diferenciar a damas y caballeros según su lenguaje: todos se expresan con el mismo estilo adornado y grandilocuente, que ostenta a la vez didactismo moral y agudeza sentenciosa. Estos personajes hablan de sí y de su propio sentir como tratadistas o académicos, como si estuvieran más interesados en la elegancia declamatoria y en impresionar al auditorio que en contar su vida. En sus palabras, entonces, no asomará la emotividad o la expresión de un «caso humano», ni aparece un verdadero transporte sentimental o una efectiva participación. Sobre todo cuando el objeto de la discusión es el amor, este se convierte en una ciencia que hay que descodificar gracias a la herramienta retórica, un problema por analizar según un muestrario previamente concebido en la literatura¹³⁸.

Además de los modelos poéticos citados, podemos decir que en los pasajes más intensos, Quintana calca la forma de los monólogos teatrales de los personajes altos de la comedia áurea. De estos emula forma y tópicos usuales; a saber, preguntas retóricas y exclamaciones o repeticiones. Así, por ejemplo, en la queja de Eugenia, la madre de Engracia (p. 319):

¡Oh infelícísima estrella! ¡A cuántos males has traído una mujer afligida! ¡Solo te faltaba golpe para ponerme en el más humilde y abatido estado! ¿A quién, si no es a mí, ocurrieron tantos daños que se estorban para llegar unos a otros? O ¿a quién como a mí le ha faltado con el marido el gusto, con un hijo el amparo, y ahora, finalmente, el estimado honor con una hija? ¡Oh engañada hermosura! ¡Oh inadvertida mocedad! ¡Oh fragilidad mujeril! Mas, ¿por qué me quejo de ti, teniendo la culpa de esta pena mi imprudente descuido, mi necia seguridad y mi inadvertido recato? Pena, pues, oh alma mía, padece a manos de estas crueles ansias, pues te faltó prudencia. ¡Cieguen mis ojos con la fuerza del llanto, no vean del sol la luz, pues que no

¹³⁸ Personajes fuertemente estereotipados y casi faltos de autonomía, incluso desde el punto de vista lingüístico, se dan también en las obras narrativas de Montalbán (cf. Profeti 1970: 115;147 y Rey Hazas 1995: 443-445).

vieron cuán próximo está a la belleza el peligro, cuán cercano a la juventud el riesgo, y cuánto desvelo es necesario para guardar cosa que muchos apetecen!

El solo personaje caracterizado lingüísticamente de una manera diferente y que rebaja –durante sus rápidas intervenciones– el nivel estilístico de la novela es el alcalde de aldea, protagonista de la única escena con intención cómica. Se expresa a gritos, de manera confusa y repetitiva, casi para reflejar la estrechez mental del tipo literario al que pertenece (p. 134):

Linda cosa es preguntar por la casa adonde ha de ir preso. Irá a la casa que yo quisiere, que para esto tengo yo esta vara, que es el rey esta firma –y sacó un papel muy sucio– que es el rey y yo, que soy el rey. ¿La casa me había de preguntar a mí? ¡Venga a la cárcel, dése a la cárcel, vaya a la cárcel!

La comicidad de la situación nace de una banal paranomasia (el malentendido entre «causa» e «casa»). En su siguiente intervención, hallamos la misma propensión a las repeticiones y a la estructura caótica de la oración, incluyendo un vulgarismo como «noramala» (p. 135):

A mi razón yo había de darle mi razón, bien gobernara yo este honrado y grave concejo dándole a él mi razón; si no tiene razón, estese sin ella noramala, que no la ha menester para gobernar como yo. ¡Vaya preso!

Argumento

Para facilitar la orientación por la compleja trama, ofrecemos: un esquema de la secuencia de los hechos, según aparecen en la novela; y un resumen general de la vida de los principales personajes, respetando aquí el orden cronológico, sin reflejar las variadas técnicas de suspensión, interrupciones y rupturas del *continuum* narrativo.

1. Secuencia de las acciones y de las voces de los personajes narradores

Poema I

- Vida campestre de Luis; llegada de Feniso: tres caballeros le hieren y los pastores le curan p. 118
- Cuento de Feniso. p. 125
- Feniso es encarcelado; diálogo con Laura, disfrazada de mancebo. p. 134
- Cuento de Luis. p. 139
- Laura se desvela, su diálogo con Feniso. p. 142
- Cuento de Laura. p. 145
- Luis libera a los presos; viaje a Toledo y luego a Valencia de los tres fugitivos. p. 149
- Luis termina su cuento. p. 151
- Secuestro de Laura. Leonardo y Marcelo acometen por error a Feniso y Luis. p. 166
- Cuento de Leonardo. p. 170
- Los caballeros llegan a Valencia; Feniso y Luis son huéspedes de Leonardo. p. 182

Poema II

- Tormentos de amor de Feniso; encuentro con una criada. p. 184
- Cuento de Rufina. p. 186
- Feniso mata a Juan y huye de Valencia. Episodio pastoril. p. 189
- De camino a Zaragoza descubre a un cadáver; es encarcelado como homicida. p. 202
- Cuento del mesonero. p. 204
- El juez pone en libertad a Feniso, que se dirige a

- Barcelona y se va luego a Italia.
p. 206
- Cuento de Hamete.
p. 207
- Feniso descubre la traición contra el virrey.
Su gobierno en Tarento, donde es víctima de
un atentado que fracasa.
p. 208
- Cuento de Marcelo.
p. 211
- Feniso intenta matar a Laura. Visión infernal.
El protagonista se encamina hacia España,
y en los Alpes busca amparo de la tempestad
en una cueva.
p. 215
- Cuento de Carlos el ermitaño.
p. 222
- Feniso deja la cueva y rinde tributo a la memoria
de Laura.
p. 234

Poema III

- Viaje de Feniso hacia España y muestras de
su agudeza. Naufragio del barco.
p. 238
- Queja y cuento de Fadrique.
p. 244
- Diálogo entre Feniso y Fadrique. Feniso se disfraza
de turco y encuentra a Mahomet.
p. 248
- Cuento de Eufemia.
p. 254
- Feniso en Argel. Carteo de Feniso y Fadrique
con María y Leonor.
p. 258
- Cuento de Leonor.
p. 266
- Diálogo entre María y Leonor. Poemas de Feniso
a María. Feniso y Fadrique excavan el túnel para
librar a María y Leonor.
p. 268
- Huida de Feniso y de los otros presos.
p. 275
- Cuento de Jaime.
p. 279
- Batalla naval contra los piratas y llegada a España.
p. 292

Poema IV

- Feniso y los demás desembarcan en Cartagena.
Asisten a la ceremonia de las bodas de
Luis-Hipólita y Rodrigo-Inés.
p. 296
- Cuento de Luis.
p. 303
- Fadrique y las damas revelan su identidad.
Bodas de Luis. Feniso encuentra a Carlos
y Antonio; juntos se encaminan hacia Toledo.
p. 305
- Cuento de Antonio.
p. 308
- En una posada, Feniso y Antonio encuentran
a Marcelo. Los tres prosiguen su camino.
p. 315

- Antonio termina su cuento. p. 316
- Cuento de Carlos. p. 332
- Cuento de Marcelo. p. 340
- Llegada a Toledo. Desenlace final. p. 344

2. Personajes y acciones

En este resumen no respetamos el orden de aparición de los personajes en la novela, sino que alineamos los que forman parte de la misma trama.

Feniso

Caballero madrileño; se traslada a Toledo, donde se enamora de Laura, hija de un enemigo del padre. Un hermano de ella quiere impedir el amor entre los dos y dispara contra Feniso. El caballero sobrevive y planea vengarse, pero hiere por equivocación a su amada, disfrazada de hombre. Feniso la deja, entre la muerte y la vida, en casa de un amigo, Juan Velázquez. Huye de la venganza de la familia de Laura hasta el campo toledano, donde unos caballeros que le perseguían, entre ellos Juan, le dejan en el suelo herido. En esta circunstancia conoce a Luis que, con otros pastores (en realidad son los nobles Carlos y Violante), le cura las heridas y le lleva a la aldea. Mientras tanto, la justicia y el alcalde del pueblo le encarcelan: allí encuentra a Laura, disfrazada de mancebo. Luis libera a los presos y los tres se dirigen a Valencia. Antes de llegar, Juan y otros hombres les tienden una emboscada, atan a Luis y Feniso y secuestran a Laura. Cuando los dos consiguen librarse, tienen que defenderse de la agresión de Marcelo y Leonardo, que luego se dan cuenta de que se han equivocado de persona. En Valencia, Feniso es huésped de Leonardo. Después de vanas búsquedas de Laura, se entera, gracias a Rufina, de que su amada reside en Valencia, en compañía de Juan. El caballero madrileño mata a su rival, pero no puede darle muerte a Laura porque, mientras llama a su puerta, descubre por la calle un cadáver. Para evitar ser acusado de ese delito tiene que escapar. En su huida vive otra aventura, cuando es víctima de un incendio en una choza de pastores. De camino a Barcelona se detiene en Zaragoza, donde descubre a otro hombre muerto. La justicia le acusa de homicidio y le condena a muerte, pero es salvado por un mesonero que prueba su inocencia. Decide entonces buscar fortuna fuera de España y se embarca para Italia. En el barco conoce a un noble italiano,

Ricardo, y se instala en Nápoles. Aquí consigue malograr una conspiración contra el virrey urdida por unos esclavos. En señal de agradecimiento, este le concede a Feniso el gobierno de Tarento. Ya instalado en la ciudad, sufre un atentado, pero la pistola del conjurado no funciona y se salva. El hombre que le ha atacado es Marcelo, que ha fingido disparar al caballero madrileño (antes había descargado la pistola) para complacer a Laura. Los guardias prenden a Laura; Feniso quiere vengarse de ella y la lleva fuera de la ciudad para matarla, pero una aparición infernal la pone a salvo. Una carta de España avisa a Feniso de que su padre está muriendo; emprende entonces el camino de vuelta, pero en los Alpes le sorprende una tempestad que le obliga a refugiarse en una gruta. Aquí encuentra al ermitaño Carlos, y se entera de que Laura ha muerto en su compañía en penitencia. Se embarca para volver a España, pero el barco naufraga y llega a la costa de Argel. Aquí conoce a Fadrique, que le disfraza de turco. En la casa donde el noble toledano se ha instalado, Mahomet, antiguo criado de Feniso en Toledo, le reconoce. Mahomet le otorga su protección y le nombra gobernador. Feniso se enamora de María, la hija de Fadrique, prometida del sultán. Consigue comunicarse con ella y su criada Leonor a través de cartas cifradas, y empieza a excavar un túnel con Fadrique para llegar a su morada y liberarlas. Con esta estratagema logran poner en libertad a las dos mujeres y se dirigen al barco que los llevará a España. Se les une Mahomet (quien huye por haber matado a un primo del rey), su esclavo Carlos, y otro cautivo cristiano, Jaime, que ha caído fortuitamente en el túnel. Feniso, gracias a un engaño y a la llegada de un barco de los caballeros de Malta, consigue engañar a los piratas que los persiguen y atracar en España. En Cartagena encuentra a Leonardo y Luis, que está a punto de celebrar sus bodas. Este le advierte que, con la muerte del padre de Feniso, unos parientes suyos quieren apoderarse de su herencia. Feniso, entonces, se dirige a Toledo para solucionar la cuestión. En el camino encuentra a Antonio, Carlos y Marcelo. Cuando vuelve a Cartagena se casa con María y la pareja se instala en Madrid.

Laura

Dama toledana; al principio rechaza el amor de Feniso. Disfrazada de hombre, es herida por el mismo Feniso, que la confunde con su hermano. Se queda en casa de Juan durante su

convalecencia. Cuando este mata a otro caballero, Félix, Laura escapa a las afueras de Toledo, de nuevo disfrazada de hombre, y aquí encuentra a Feniso. Huida de la cárcel, Juan la rapta y la lleva consigo a Valencia, donde se convierte en su amante. Después del asesinato de Juan, escapa a Italia con uno de los principales criados del virrey. Conoce a Marcelo, se establece con él en Tarento y le pide que mate a Feniso. Feniso la lleva al campo para matarla, pero se salva gracias a una visión demoníaca, desencadenada por una sortija que le ha dado una hechicera. La hallamos entonces en Florencia; arrepentida de sus pecados y de su vida pasada, hace vida penitente en los Alpes hasta su muerte.

Luis

Nació en los montes de Toledo sin conocer a sus padres porque su madre quiso parir en secreto. Le criaron un pastor y su mujer. Conoce a Hipólita y se enamora de ella, que comparte su amor. El padre de la dama, sin embargo, quiere casar a su hija con Vicente. El día de las bodas, Hipólita se vuelve loca, manifestando su amor por Luis. Luis decide entonces volver a la soledad de los campos toledanos para olvidar. Aquí conoce a Feniso y, después de haberle dejado en Valencia, se dirige a Barcelona. Se junta de nuevo con Hipólita, que se ha recuperado de su enfermedad; sin embargo, por miedo a Vicente, aplazan las bodas. En ocasión de las nupcias, encuentra por primera vez a Fadrique e Inés, quienes le revelan que son sus verdaderos padres. Finalmente, se casa con Hipólita y se queda a vivir en Cartagena.

Fadrique

Caballero madrileño; se enamoró de Inés, que le correspondía a pesar de la oposición de la madre. La dama queda embarazada pero da a la luz al hijo en secreto; le abandona entonces en los campos, certificando que se llama Luis. Fadrique acude la misma noche al lugar donde Inés ha dejado al niño pero no le encuentra porque ya le han recogido unos pastores. La madre de Inés sigue impidiendo el matrimonio con Fadrique, y dispone el convento para la hija. Los dos amantes, muerto el padre de Fadrique, se mudan entonces a Cartagena, donde Inés da a la luz otra hija, María. Una noche, mientras Fadrique está con María, le asaltan unos piratas y los llevan a Argel como presos. Allí viven quince años: Fadrique es esclavo de varios dueños, mientras que el sultán Selín pretende casarse con María. Feniso consigue liberar

a los dos. Cuando llega a Cartagena, se entera de que están a punto de celebrarse las bodas de su mujer –que le cree muerto– con Rodrigo, otro caballero. Sin embargo, le reconocen y las bodas se suspenden, con la aprobación de Rodrigo. La pareja se queda entonces a vivir en Cartagena.

Rufina

Dama sevillana, se casó con otro caballero que muere a los seis años, dejándole una rica herencia. Se enamora entonces de Juan, que la engaña, dándole palabra de matrimonio, cuando ya está comprometido con otra mujer (Laura). Para vengarse, Rufina informa a Feniso de dónde se encuentra Juan.

Carlos el ermitaño

Nació en Capua, y el mismo día vio la luz en Luca Alberto, un niño idéntico a él. Los dos se conocen en Venecia y se convierten en amigos inseparables. La muerte de sus padres le deja a Carlos una rica herencia, pero la envidia de criados y enemigos le obliga a dejar la ciudad. Mientras tanto, se casa con Lesbia; decide buscar a su amigo y le encuentra por fin en Tolosa. Allí son huéspedes del duque. Alberto se enamora de Matilde, hija del duque, que le corresponde; pero otro caballero celoso, Arnaldo, se lo comunica a su padre: se va a celebrar un duelo entre los dos rivales. Carlos sustituye a Alberto, se alza con la victoria y su amigo puede casarse con Matilde. Carlos cae enfermo de lepra; su mujer Lesbia empieza a aborrecerle y trata de matarle. Pobre, y odiado por sus mismos criados, se traslada a la ciudad donde vive Alberto que, cuando le reconoce, le acoge en su palacio. Mueren Lesbia y Alberto. Carlos, para no suicidarse, decide vivir aislado, en la soledad de los montes.

Leonardo

Caballero valenciano. Después de una noche en una casa de juego, hiere a otro caballero. El hermano de este, Pedro, quiere vengarse, y deshonra a una de sus hermanas, Eufemia. Después de enamorarla, la lleva a Madrid, reniega su promesa de matrimonio y la obliga a vender su cuerpo. Leonardo la persigue para vengarse; en Madrid se enamora de él Teodora, a quien al principio el caballero rechaza. Mientras tanto, encuentra a Eufemia, que consigue escapar de Leonardo, quien, intentando perseguirla, se arroja de la ventana, resultando herido. Acaba por enamorarse

de Teodora, pero ella le dice que su padre la ha prometido a otro caballero, Martín de Elizalde. Antes de que este llegue de Vizcaya, Leonardo se hace pasar por él y se casa con la joven. Cuando Martín descubre el engaño, deja la ciudad. Leonardo se entera de que dos hermanos de Pedro quieren matarlo; cuando sale con su amigo Marcelo para defenderse, encuentra a Feniso y Luis, y los ataca confundiéndoles con sus enemigos. Vuelve a dar con Eufemia solo años después, durante las bodas de Luis y, finalmente, la perdona.

Eufemia

Hermana de Leonardo. Pedro la deshonra y la obliga a venderse en Madrid. Consigue huir de la venganza de Leonardo y se refugia en Zaragoza, donde continúa prostituyéndose mientras que Pedro galantea a otra mujer, Nise. Sin embargo, los dos tienen que abandonar también la ciudad aragonesa y Pedro, cansado de ella, planea matarla. De camino a Valencia, Eufemia finge estar enferma, y en el mesón donde descansa conoce a Mahomet, quien, enterado de su historia, le dice que la amparará. Mahomet persigue a la pareja y mata a Pedro, cuando este se dispone a herir a Eufemia. Mahomet la lleva a Argel, hosedándola en su casa. Allí conoce a Feniso y con él puede dejar las costas africanas. Con la bendición de Leonardo se casa con Mahomet, quien, al bautizarse, cambia su nombre en Jerónimo; la pareja se asienta en Valencia.

Marcelo

Amigo de Leonardo, como él caballero valenciano. Se enamoró de una mujer que le dio dos hijos. Cansado de ella, la deja; ella, entonces, mata en su presencia a sus hijos, encargándole a un caballero para que le mate. Sin embargo, no consigue su propósito: Leonardo y sus amigos hieren al hombre, que muere fuera de la casa de Laura, mientras que Leonardo mata a la mujer con su espada. Deja Valencia y se va a Italia; en el barco conoce a Laura y se enamora de ella. Los dos se instalan en Tarento: Laura le pide que mate a Feniso. Él le promete que lo hará, pero descarga el arma que pensaba utilizar. Los guardias le prenden, pero Feniso, descubierta su intención, le libera. Vuelto a España, en Toledo se casa con una prima de Antonio. Se dirige a Cartagena para negociar la liberación de su primo García; vuelve a encontrarse con Feniso y con él emprende el camino de vuelta a su ciudad.

García

Hijo de Fernando, tío de Marcelo, y de Costanza, noble pero pobre. Deja Valencia diciendo que se alistará en el ejército. Se trasada a Madrid, donde gasta el dinero destinado a su estancia en Flandes. Marcelo hace que vuelva a Cartagena. García, obsesionado por la idea que las mujeres honradas solo son las que no «han sido pretendidas», llega a insidiar a su propia madre. Después de pasar una noche con ella, para probar su virtud, le revela su identidad. Costancia le deshereda y muere. García intenta apoderarse de la herencia pero le encarcelan; allí le visita Marcelo. García empieza a cambiar, hace voto de realizar un largo peregrinaje y puede salir de la cárcel.

Jaime

Caballero de Lérida, crece con su hermanastro Luciano a quien el padre le quiere más que a él. Luciano llega a insidiar a su misma hermana, Beatriz, después de haber burlado a muchas mujeres. Dos compañeros de Luciano intentan secuestrar a Leonor, pero Jaime, aunque cae herido, consigue que huyan sin ella. Mientras Jaime está curándose, una criada le refiere que Luciano le ha entregado unos polvos para matar a Jaime. El caballero trama su venganza, hasta que Luciano entra en su casa para raptar a Leonor. Jaime le apuñala y Luciano, antes de morir, mata por error a un compañero que había ido con él. Jaime huye con su amada Leonor y hiere a un vecino de Leonor que, visto lo sucedido, quiere traicionarle. Perseguidos por la justicia, consiguen huir; deciden emprender el viaje a Sicilia, donde vive un tío de Leonor. Sin embargo, los piratas turcos asaltan el barco en el que navegan y los llevan a Argel, al servicio del sultán Selín. Jaime se precipita en el túnel cavado por Feniso y luego, en el barco que los lleva a España, vuelve a encontrar a Leonor. La pareja se casa y se instala en Lérida.

Leonor

Dama toledana, hermana de Juan; de ella se enamora el rico merchante Félix, que para manifestarle su amor se sirve de una criada. Sin embargo, la criada no revela las intenciones de Félix, guarda para sí los regalos que le manda, y planea casarse con él. Juan, por un equívoco, mata a Félix, frustrando los propósitos de la criada. Leonor huye a Lérida, donde vive una pariente suya. Aquí

se enamora de Jaime y huye con él después que este ha muerto a Luciano. Llevada a Argel por los piratas, cambia su nombre por el de Beatriz y se convierte en criada de María. Es ella quien ayuda a Feniso y María a comunicarse con cartas cifradas. Después de haber huido con Feniso, puede casarse con su amado.

Antonio

Caballero madrileño amigo de Feniso y de Fernando. De niño, Fernando fue robado por unos bandoleros (encabezados por Estacio) y entregado a una aldeana. Conoce por casualidad a Antonio y los dos crecerán juntos. El tío de Antonio, un capitán, se lleva a Fernando a Flandes. Mientras tanto, Antonio se enamora de Engracia (hermana de Fernando) aunque no logra decidir si casarse con ella o con la rica Ana. Después de ocho años, Fernando vuelve de Flandes; una noche, buscando a su tío, entra casualmente en casa de Engracia. Allí, en la oscuridad, hiere a Antonio, que acababa de entrar, sin darse cuenta de que es su amigo. Engracia huye y se esconde en casa de una mujer pobre, Paula. La dama decide ir a Sevilla, donde vive un tío suyo. Paula le escribe al marido, Estacio, para que sorprenda a Engracia en el camino y le robe las ricas prendas que lleva. En Sierra Morena Estacio y sus compañeros asaltan a Engracia, pero llega Fernando, que le dispara al bandolero y mata a Paula, que está robando las joyas. Fernando llega a Madrid, y consigue impedir las bodas de Antonio con Ana (de la que él está enamorado). Lleva entonces Antonio delante de Engracia, su verdadera prometida. En el mismo momento, se reconoce la identidad de Fernando y se revela su noble origen. Cambian entonces las bodas: Engracia se casa con Antonio, Fernando con Ana. Antonio se dirige entonces a Cartagena para rescatar a su hermano Carlos, preso en Argel, pero descubre que ya está libre. Encuentra también a Feniso, y con ellos vuelve a Madrid.

Carlos

Caballero madrileño; enamorado de Violante, que no le corresponde. El día de las bodas de Antonio, su hermano, encuentra a una mujer tapada, que dice ser amiga de Violante y que le pide la acompañe. La misteriosa mujer, que es en realidad la misma Violante, entra en una casa y, mientras Carlos espera fuera, sale un hombre, Baltasar de Orozco, que la insulta. Más

tarde, Violante se disfraza de hombre y encuentra en el campo, por un duelo, a Baltasar. El caballero saca la espada, pero la mujer le dispara matándole. Violante revela su identidad, y cuenta que durante años ha resistido al «fingido amor» de Baltasar, con quien tuvo que casarse en secreto. Carlos y Violante entonces escapan al campo fuera de Toledo: se disfrazan de campesinos y se hacen pasar por hermanos. Después de casarse, Carlos tiene que ir a Nápoles para cobrar la herencia del padre de Violante. En el viaje de vuelta los piratas le asaltan y le llevan a Argel, donde llega a ser esclavo de Mahomet. Puede abandonar Argel gracias a Feniso. En Cartagena encuentra a su hermano Antonio; vuelve entonces con Feniso y Antonio a la aldea donde se ha quedado Violante, y con ella, finalmente, puede volver a Madrid.

Criterios de edición

En la segunda década del siglo XVII, cuando se compone y se publica la novela, ya se ha consumado la revolución fonética moderna. Los nuevos fenómenos, pues, llegan a generalizarse en la segunda mitad del siglo XVI y se hacen norma en la primera mitad del siguiente. Por tanto, teniendo en cuenta las fechas, nos ha parecido inútil un conservadurismo que sería ya meramente gráfico. Se ha optado, en cambio, por modernizar los rasgos que ya no tienen, a esta altura cronológica, un valor fonético distintivo. Hemos adoptado, de acuerdo con este principio, los siguientes criterios de edición:

- conformamos al uso académico vigente las mayúsculas, la puntuación, la acentuación y la separación de palabras;
- se resuelven, sin hacerlo constar ni en el aparato ni en el texto, las abreviaturas usuales (*q.*> *que*, *vro.*> *vuestro*, *quie.*> *quien*, *F.*> *Fray*, etc.) y las aglutinaciones de la preposición *de* con el pronombre personal o demostrativo (*desta*> *de esta*, *del*> *de el*, etc.). *V. M.* se transcribe como *Vuesa Merced*, porque esta es la forma que habitualmente se lee en la novela cuando no se abrevia;
- uniformamos, según la grafía actual, las oscilaciones *y-i-j*, *b-u-v*, *x-j-g*. En consecuencia, se transcribe la consonante nasal en función de la labial que la sigue, de acuerdo con las normas académicas actuales (por ej.: *embejecida*> *envejecida*, *embias*> *envías*, *embueltas*> *envueltas*). De la misma manera se transcriben según la grafía moderna las alternancias *c-ç-z*, *c-q-ch*, *x-j*. También *h*, *r* y *c-cc* corresponden al uso actual;
- transcribimos *-s-* como *-x-* cuando presenta la grafía actual (por ej.: *estraño*> *extraño*, *escusa*> *excusa*), y se reducen las geminadas *-ss-*;
- el cultismo gráfico *ph* se transcribe como *f* (*Daphne*> *Dafne*).

En todos los demás aspectos respetamos diplomáticamente la grafía de la *princeps*, manteniendo, en particular:

- los grupos consonánticos cultos *pt*, *ct*, *ns*, *bs* (por ej.: *corruptible*, *epíctima*, *demonstrar*, *obscurio*), respetando también las vacilaciones en la misma palabra (por ej.: *efeto/efecto*, *letor/*

lector, perfeto/perfecto, respeto/respecto, defeto/defecto) y las formas simplificadas (por ej. *vitoria*);
-las variantes morfológicas y los limitados casos de inestabilidad vocálica (*trujeron, percebí, seguiría, cuistión, elegir, perficionar, invidia, impiedad, recibir, diforme, inviar, sostituir, durmía, etc.*);
-las formas arcaicas (*agora, ansí, érades, riyó, fuistes, iminente, disminuir, emienda, etc.*).

Corregimos tanto los errores señalados en la «fe de erratas» de la *princeps* como los pocos que se han detectado (cf. p. 31). Tendemos a reproducir la grafía de las citas en latín tal y como aparecen en la *princeps*, hecha salvedad de la regularización de *h* (*Aetiopem*>*Aethiopem*) y de las grafías *i/j* (*de oficijs*>*de Officiis*), *v/u* (*inuidemus*>*invidemus*). Intervenimos también cuando se detectan erratas, debido principalmente al hecho de que el cajista uniforma el latín a la grafía española (ej. *nunquam*>*numquam, saciati*>*satiati, equalis*>*aequalis*), particularmente ante consonantes geminadas: *posibilem*>*possibilem, eset*>*esset, apellatione*>*appellatione, dissentimus*>*dissentimus*).

Experiencias de amor y fortuna

A Lope Félix de Vega Carpio, procurador fiscal de la cámara apostólica etc.

El crisol donde se descubren los quilates del discurso he creído muchas veces que es la elección, pues, si bien este es acto que el alma obra mediante la voluntad, no pequeña parte alcanza al entendimiento, como a quien ilumina, enseña, y propone lo que debe ser escogido. A cuya causa, oh dignísimo Fénix de Europa, el más seguro, entre opuestas dudas receloso y entre varios recelos indiferente, dudaba la elección de protector para este humilde trabajo, por no adquirir en algún yerro créditos de ignorante, hasta que despertaron a mi memoria¹, del imprudente olvido en que asistía, las prendas con que a Vuesa Merced hizo tan singular el cielo, y el efecto que en mí por tantas razones es deuda, y que debe serlo en todos, menos los que, aborreciendo la virtud, no hacen estimación de los merecimientos. Que me obligasen ellas, demás de ser justicia, ha sido interés, pues, *si stant tamen suis omnia tuta locis*, como dice Ovidio², sin duda este desacreditado hijo de mi ingenio tendrá la seguridad que pudo desear en manos de Vuesa Merced pues, siendo él poético, se hallará en las del más dignamente laureado poeta del mundo³: testigos tantas obras, tan dilatados poemas, tan prodigiosas fábulas, tan eminentes y tantos libros que demás de las comedias que hasta hoy están impresas, que son veinte cuerpos, se irán dando a la inmortalidad en la imprenta, y a la gloria de Vuesa Merced en el aplauso de todos, hasta mil y trecientas que tiene escritas, sin las que escribirá, cuyo número, si se hubiera de medir con mi deseo, primero faltará unidades a la aritmética que a Vuesa Merced, para continuarlas, vida. Sin estos, *La Jerusalén*, poema que tiene la ostentación de su

¹ Quintana, al explicar el proceso que le ha llevado a dedicar la novela al Fénix, evoca las tres potencias que la doctrina aristotélica atribuía al alma: voluntad, entendimiento y memoria.

² *Tristia*, 2, 302: «Si stant tamen illa suis omnia tuta lucis».

³ La comparación entre el libro y el hijo es metáfora horaciana, que ya en la época renacentista se convirtió en un *topos* común en los preliminares, cf. Porqueras Mayo 1957:13.

eminencia en su envidia, y que ha descubierto en su escrutinio la apasionada ceguedad de algunos que tienen puesto el fundamento de su ciencia en la detracción, como si fuese lo mismo demostrar que notar, y saber que procurar ofender, de cuyo torpe engaño hallan castigo en la risa de todos, escarmiento en su misma afrenta, y respuesta en la boca de cuantos juntan al conocimiento entrañas desnudas de toda pasión, como se ve claramente en el discurso que escribió don Luis de la Carrera⁴, por quien, entre los golpes de tal venganza, tuve algunos impulsos de clemencia, acordándome que *parcendum est animo miserabile vulnus habenti*, del poeta en el I de *Pont.*⁵, y que tal vez les hace hablar, más que la verdad de su sentimiento, la rígida alteración de su ánimo. Fuera de este, *El Peregrino*, *poesis* a quien conviene de todas suerte el nombre; *La Arcadía*, donde, debajo de villana corteza, están ocultas almas nobles y verdaderos sucesos; *La Angélica*, *La Dragonteá*, *El Isidro*, gloria de nuestra patria, celebrado en versos castellanos para que lo fuesen el sujeto, el poema, y el poeta; dos fiestas a este soberano labrador, una en su beatificación y otra en su canonización, a quien se debe gran parte de haber sido las mejores que han visto los presentes, ni esperan los futuros siglos⁶; *La Filomena*, ya más célebre por la suavidad de los acentos de Vuesa Merced que por la dulzura de su voz; *La Circe*, engaño de los sentidos y alegre suspensión de ajenos cuidados; las *Rimas humanas* y, finalmente, los *Pastores de Belén*, el *Triunfo de la fe*, la *Almudena*, las *Rimas Sacras* y los *Triunfos divinos*, poesías que lo son en los sujetos y en el modo de celebrarlos, sin tanta copia de obras sueltas que por descuido se han perdido, que pudieran exceder en número a las impresas, todas escritas con tanto acierto como si cualquiera

⁴ En realidad, Luis de la Carrera es seudónimo del mismo Fénix, que empleó esta técnica varias veces, y con diferentes *alter ego*, para defenderse de los ataques sin exponerse directamente. Aquí Quintana se refiere, con toda probabilidad, a la carta «A los despassionados y doctos» que aparece en los preliminares de los *Triunfos divinos* de Lope, donde se critica la actitud de envidiosos y maldicientes. Barrera y Leirado (1973-1974: I, 270, n. 1) afirma que «acaso Lope quiso encubrirse bajo este nombre para escribir a su gusto el prólogo», como, efectivamente, había sospechado Artigas (1925). Lope había empleado ese mismo nombre ya en el libelo *Anti-Jáuregui* compuesto el mismo año (cf. Entrambasaguas y Peña 1958-1967: II, 164-166).

⁵ Ovidio, *Epistulae ex Ponto*, I, 5, 23.

⁶ Alusión a las fiestas (1620 y 1622) que se celebraron en Madrid en honor del santo patrón. También Quintana participó en las justas, presididas precisamente por Lope.

de ellas hubiera sido sola, con tanta brevedad como para haber de ser tantas, con tanta prontitud que tal vez⁷ se ha visto la mano imposibilitada de escribir de dolor por no poder seguir con la pluma al ingenio, con tan pública aceptación del mundo, tanta gloria de España, tanto honor de Madrid, su dichosa patria, donde confieso me pesara de no haber nacido, y finalmente, con tanto crédito de su nombre, conocido por proverbio hiperbólico de alabanza en cuantas provincias miran entrambos polos, y por quien pudiera yo decir mejor lo que Virg. 7 *Aeneid.*: *Non, mihi si linguae sint centum, et corpora centum*⁸, seguro de que sin ellas quedara la osadía, escarmentada en la vana consecución de sus deseos, ni esto es mucho, supuesto que *non est ad astra mollis e terris via*, como Sénec. *in Herc.*⁹ refiere.

En sus manos, por todas estas causas, he puesto este breve trabajo, para que, como en lugar sagrado, empiece yo (que le desestimaba) a venerarle, pues basta ser, aunque adoptivo, hijo de Vuesa Merced desde este punto que reconocido le ofrezco, para que lo que por sí no pedía, por tal amparo merezca. No ignoro que puede este atrevimiento de darle luz dejarme lleno de temores, que es lo que el otro poeta desterrado dijo: *Inter audaces non est audacia tuta*,¹⁰ si atiendo a que *res nimium singularis est homo parem ferre non patiens; minores despiciamus, maioribus invidemus, ab equalibus dissentimus*, como siente Plauto *in Aulular.*¹¹, y aquello de Persio: *mille hominum species et rerum discolor usus; | velle suum cuique est, nec voto vivitur uno*¹². Mas consuela mi desconfianza Juvenal, Lib. I, diciendo: *Loripedem rectus rideat, at Aethiopem albus nemo repente sit summus*¹³. A que añado la diversidad de mi profesión, pues, como Ovidio 2 *de Trist.*, puedo

⁷ *tal vez*: «En rara ocasión u tiempo» (AUT).

⁸ El verso de la *Eneida* (VI, 625) es: «Non, mihi si linguae centum sint, oraque centum».

⁹ Séneca, *Hercules furens*, 437.

¹⁰ Ovidio, *Metamorfosis*, X, 544: «In audaces non est audacia tuta».

¹¹ En realidad se trata de una cita de la comedia latina anónima, conocida con el nombre de *Querolus sive Aulularia* (2, 23), y no de la homónima comedia plautina: «Res nimium singularis est homo ferre non patiens parem. Minores despicitis, maioribus invidetis, ab aequalibus dissentitis». Quintana, con toda probabilidad, obtiene la errónea información del *Speculum Historiale* (Beauvais 1624a: libro V, capítulo LV), donde se atribuye la sentencia a Plauto.

¹² Persio, *Sátiras*, V, 52-53.

¹³ Juvenal, *Sátiras*, II, 23: «Loripedem rectus derideat, Aethiopem albus».

decir: *Crede mihi distant mores a carmine nostri*¹⁴. Disculpas son estas con que queda viva la esperanza de que sean tenidos por menores mis yerros. Se recibirá piadosamente este empleo, pues demás del propio conocimiento me acompaño de lo que el mismo poeta en el 4 de *Trist.*, cuando dijo: *deque fide certa sit tibi certa fides*¹⁵. De amor, de fidelidad, de deseos, que siempre han sido y serán siempre de que Vuesa Merced tenga merecidos aumentos, dilatada vida, preciosa salud, y gloriosa estimación.

Capellán de Vuesa Merced.
El licenciado Francisco de las Cuevas

Al licenciado Francisco de las Cuevas, Lope de Vega Carpio

Cuando vi este poema de Vuesa Merced manuscrito, tuve ánimo de alabarle, y, después que me vi obligado con la dirección¹⁶ en que me hace tantas honras, cuantas las merece mi amor y desmerece mi ingenio, le tuve de excusarme, que, aunque el agradecimiento al beneficio es de justicia en ley divina y humana generalmente, sola esta excepción padece, que es responder al que alaba con la alabanza misma; y porque ingratamente se desobliga quien vuelve luego¹⁷ aquello mismo que recibe¹⁸, con tales hipérbolos habla Vuesa Merced en mis estudios que, si fueran ciertos, despertaran invidia, y en mi modestia desvanecimiento; y así remito los que merecen el arte, erudición y ingenio de este poema a las censuras de personas tan doctas como le aprueban, y las gracias que debo a Vuesa Merced a mis escritos, que como futura sucesión esperan tiempo para servirle. Mas, como para los que han de leerle no parece que se da satisfacción, en esta disculpa modestamente digo que se puede, si no oponer a los que de esta materia han escrito en la lengua latina y griega, a quien o los venera la adquirida posesión en la sagrada antigüedad, o la excelencia de los idiomas los respeta, pero a los que en la nuestra con más facilidad los han escrito. La oposición es repugnancia de dos extremos *ad invicem*, tales que ninguno de ellos repugne a su

¹⁴ Ovidio, *Tristia*, II, 353.

¹⁵ Ovidio, *Tristia*, IV, 3, 14.

¹⁶ En el sentido de 'reverencia de saludo'.

¹⁷ *luego*: 'en seguida', como era normal en el castellano áureo (DCE, III: 710-711); en todo el texto tiene este significado.

¹⁸ El concepto se halla varias veces en el *De beneficiis* de Séneca.

semejante; así lo quiere la filosofía, y así puede eximirse este poema de los antiguos, y oponerse a los nuestros. Sobre el fundamento de sus estudios de Vuesa Merced vino bien la elocuencia con que escribe y el juicio con que dispone el argumento de que trata. Cicerón en los *Tópicos* hizo dos partes la dialéctica: inventar y juzgar; pero en el orden de la naturaleza primero está la invención, y fue opinión suya que sin la filosofía es imposible conseguir la elocuencia, ni hay retórico sin filosofía, como todas las segundas reciben luz de la primera causa¹⁹. Estos son los dos géneros de oración que dice Quintiliano: el perpetuo, que pertenece al retórico, y el conciso al dialéctico²⁰. En este poema se ve la mediocridad de que habla Plutarco²¹, consejo para la historia de que tantos huyen, porque en la oración *nimia humilitas vitanda* y la elegancia *numquam spernenda*, mas no con la afectación que ahora se usa, y en tantas partes he defendido; porque yo nunca tuve vergüenza de no saber otras lenguas con perfección, sino de ignorar la mía, porque las otras me he contentado con entenderlas, y la mía quisiera saber hablarla, que no es saberla sacarla de su dialeto²² y genio²³. Quiere Aristóteles, y quiere la naturaleza, que todas las cosas que se mueven, en llegando a su propio lugar, se quieten y descansen; en muchos, que la ambiciosa singularidad llaman cultura, no le halla nuestra lengua, y por eso peregrina²⁴ hasta

¹⁹ Se refiere al tratado *Topica* del citado orador latino. Lope se sirve de una imagen de claro corte aristotélico para identificar la primacía de la *inventio*.

²⁰ Según Quintiliano (*Institutio oratoria*, II, 20, 7), Zenón diferenciaba entre dialéctica y retórica: la primera era *oratio concisa*, entendiendo esta como el *logos* cortado; mientras que la segunda se define *oratio perpetua*, el *logos* completo, que afecta a la vida del hombre en su totalidad.

²¹ La idea de *mediocritas* y de armonía como necesidad de huir de los excesos es concepto que se halla varias veces en las *Moralia* de Plutarco.

²² *dialeto*: «Idioma, propiedad de cada lengua en sus voces, explicación y pronunciación» (AUT).

²³ El pasaje podría leerse como motivo de polémica contra Suárez de Figueroa, que en *El Pasajero* se había burlado de Lope por hacer ostentación de sus conocimientos lingüísticos: «El que no es singular en la [lengua] de que participó en la leche, en la que ha sido compañera de sus años, en la que usa comúnmente para exprimir sus concetos, ¿qué crédito de elegante podrá pretender en la ajena, en la oscura, en la no entendida? Es cosa digna de compasión ver la ceguera de algunos, que con seis palabras puestas en la memoria y dichas sin tiempo entre ignorantes, pretenden grande opinión de eruditos, y lo que es más, pródigo sustento, vestido y casa» (cf. Entrambasaguas y Peña 1958-1967: I, 194-196).

²⁴ Nótese la ironía de Lope, que ataca a los gongoristas con la palabra «pere-

llegar a bárbara. Quitaba un lacón (en los *Apophtegmas griegos*) las plumas a un ruiseñor, y descubriendo tan débil carne, dijo: *Vox tu es, et nihil praeterea*²⁵. La extrañeza y peregrinidad deleitan la ignorancia (que no son convertibles nuevo y bueno), y la verdad al entendimiento físico: *verba ad intellectum possibilem referenda sunt*, así la *l. fin. in princ.*²⁶, que hay hombres que se burlan de la naturaleza, como Diógenes, cuando en tiempo tan frío se abrazó con la estatua de bronce²⁷. Defeto piensan muchos que debe de ser de letras con fundamento andar a buscar palabras, tal vez por bajas, menospreciados del uso, y tal vez de la censura docta, por la vanidad y pompa de su soberbia, curiosa temeridad de muchos, acertada de pocos, y admitida de ninguno. Sintió gravemente San Agustín en su *Ciudad de Dios* que Juliano hubiese prohibido a los cristianos estudiar las artes liberales, y hablando en esta crueldad suya Titelmán en el *Prólogo apologético* a sus *Consideraciones dialécticas*, dice: *Cuius egregiam indolem, amore dominandi sacrilega, et detestanda curiositas perdidit*²⁸. Por la parte amorosa

grina» –adjetivo símbolo de los imitadores del poeta cordobés y de las consiguientes censuras contra esta moda poética–.

²⁵ Lope cuenta el mismo episodio en una loa; Antonucci/Arata (1995: 74, n. 13) nos informan asimismo de que la anécdota «que se encuentra en el libro II de los *Apoththegmata* de Erasmo, está sacada de Plutarco (*Apoththegmata laconica*, Anonima, núm. 15)».

²⁶ La sigla, perteneciente al lenguaje jurídico (se halla varias veces en textos de Justiniano), debía indicar «en los principios» o «del principio hasta el final» de la ley. No hemos podido individuar esta cita, ni la fuente precisa de Lope. Es posible, sin embargo, que aluda a alguna fórmula (o sintetice un pasaje) de los contratos orales, presentes en diferentes partes de la obra de Justiniano, como el título *De contrahenda et committenda stipulatione* (*Codex* 8, 37,15) o el *De verborum obligatione* (*Digesto* 45,1,38,6).

²⁷ Como señala Antonio Castro (Mexía 1989-1990: I, 398) las fuentes de este episodio sobre Diógenes *el cínico* se encuentran en los *Apoththegmas* de Erasmo (III, Diógenes), las *Vidas de los esclarecidos filósofos* de Diógenes Laercio (libro VI, cap. 2) y en los *Apoththegmas* de Plutarco (Lacedemonius, Lacedemonius desconocidos, 16). No podemos excluir que Lope se sirviese precisamente de la *Silva* de Mexía, donde aparece la anécdota.

²⁸ El erudito franciscano Frans (Francisco) Titelmans (1502-1537) es probablemente el autor flamenco más citado por Lope en su obra, diecinueve veces (cf. Vosters 1962). Pasajes o alusiones a su *Compendium philosophiae naturalis* se hallan en *El Isidro*, en uno de los autos del *Peregrino* y, finalmente, en la *Jerusalén conquistada* para expresar conceptos cosmológicos. Vosters (1962: 26-27) señala precisamente la carta a Quintana como caso donde aparece una cita de otra obra: el *De consideratione dialectica*, y en concreto la mención al *Prologus apologeticus dialecticae uterarumque liberalium artium tuenda dig-*

de este poema no pienso que Alejandro Afrodiseo²⁹ en sus *Físicas dubitaciones* pintó al amor con más atributos, definiciones y efetos, ni los halló mayor Heliodoro, si bien en el contexto no se le ha parecido ninguno de cuantos le han imitado, perdone la docta *Argenis* recién venida a España³⁰. Llamarle *Experiencias de fortuna* fue justo acuerdo, porque para ella no tenemos propio ni conveniente nombre, *sed causam talium appellamus*, como en el *De Bona Fortuna* siente el filósofo³¹, y elegantemente los versos de Pacuvio referidos por Crinito³², y la pintura de Plinio a Vespasiano³³. De las ásperas censuras a mis libros mi ignorancia me consuela y me disculpa, y haber leído en el primero *De Officiis* que aun en tan grandes y tan diferentes sujetos como Isócrates y Aristóteles no se excusó la calumnia *quorum uterque suo studio delectatus contempsit alterum*³⁴. Del provecho que se saca de los

nitate de este volumen. Lope reproduce con exactitud la cita de este manual para demostrar cómo Juliano el Apóstata perdió su excelencia de emperador con sus prohibiciones a los cristianos.

²⁹ Alexander Aphrodisiensis (Alejandro Afrodiseo) fue filósofo y matemático (siglos II-III d. C.), célebre sobre todo como comentarista de Aristóteles. Lope parece referirse aquí al tratado conocido como *Physica scholia, dubitaciones et solutiones, libri duo*.

³⁰ González Rovira (1996a: 204-205) señala que aquí Lope: «dirige sus críticas hacia Barclay y sus traductores, aunque también pueda estar haciendo referencia a Cervantes y su *Persiles*». La relación amistosa entre los dos grandes autores debió romperse a principio del siglo XVII cuando, probablemente, Cervantes leyó un soneto burlesco contra el Fénix en la Academia de Juan de Ochoa (cf., entre otros, Montero Reguera 1999 y Rey Hazas 2005).

³¹ Alude a Santo Tomás de Aquino y a sus *Commentaria in Aristotelis parva naturalia et in De iuventute, De respiratione, De morte, De motu animalium, De causis et De bona fortuna*.

³² Se menciona el tratado *De honesta disciplina* (1504) de Piero del Riccio (nacido en Florencia hacia 1465 y muerto en los primeros años del siglo XVI, conocido con el nombre humanístico de Pietro Crinito). En el libro V, cap. I se lee el siguiente poema de Pacuvio: «Fortunam insanam esse et brutam perhibent | philosophi: | saxique, ad instar globosi praedicant esse volubilem | quia quo saxum impulerit fors, eo cadere fortunam | autumant | caecam ob eam rem esse vocant, quia nil cernat quo sese | applicet. | Insanam autem aiunt, quia atrox, incerta, instabilisque sit | brutam quia dignum aut indignum nequeat internoscere».

³³ Parece referirse al siguiente pasaje de la *Naturalis historia* (II, 162): «Primum ergo ipsius artis inconstantia declarat quam incerta res sit. Accedunt esperimenta recentissimi census, quem intra quadriennium imperatores Caesares Vespasiani pater filiusque censores egerunt».

³⁴ *De Officiis*, I, 1.4. Lope da prueba aquí de cómo manipulaba sus fuentes,

enemigos hizo un libro Plutarco, donde, preguntando un griego a Diógenes cómo se vengaría de sus contrarios, dijo: «Si te ipsum honestum ac bonum virum prestiteris». Que por los amigos que no tratan verdad respondió bien Calippo (aconsejándole que se huyese de la patria, porque el mayor que tenía solicitaba su muerte): «Más vale morir que vivir donde *non ab hostibus modo, sed etiam ab amicis sibi esset cavendum*»³⁵. Logre Vuesa Merced esta primera piedra de sus estudios, aunque tan sazonado fruto de sus verdes años, y para mayores edificios, en honra de nuestra patria, le guarde el cielo como yo deseo.

*Aprobación del muy reverendo P. Fray Lucas de Montoya, predicador y coronista*³⁶ *general de la sagrada religión de los mínimos de S. Francisco de Paula.*

Estos poemas de prosa y verso, cuyo título es *Experiencias de amor y fortuna*, ordenados por el licenciado Francisco de las Cuevas, vi por comisión del señor Dr. Don Diego Vela, vicario general de Madrid, electo obispo de Lugo. No tiene cosa contraria a nuestra santa fe católica, ni disonante a sus costumbres y doctrina, antes cifran variedad de sentencias políticas o económicas y morales, fundamentos de los tres gobiernos civiles, domésticos y personal, por donde se consiguen sus fines felizmente. En el estilo, si bien poético, muestra bien su ingenio el autor, grabando sobre ficciones (no imposibles en sucesos humanos) la enseñanza necesaria para todo género de gente seglar, que con prudencia debe portarse en ellos. Esto asegura el escrúpulo de que se impriman semejantes materias, pues importa poco ser cañamazo la urdiembre y tela sobre que los matices y dibujo se realzan a tanto agrado de la vista que, ¿por qué no será así en cosas de ingenio?³⁷ Parece se

al emplear las *sententiae* con una finalidad totalmente distinta de la que tenían en su contexto. Cicerón subrayaba la necesidad de ensayar tanto el género filosófico como la oratoria, cosa que no hicieron ni Aristóteles ni Isócrates, que se centraron en una disciplina descuidando la otra.

³⁵ Remite al tratado conocido como *De capienda ex inimicis utilitate* (IV, 4) contenido en las *Moralia* de Plutarco. La segunda cita, en cambio, está sacada de la *Vida de Dión* del erudito griego. El personaje que habla no es Calippo, como hace entender Lope, sino Dión, al enterarse de la conjura de Calippo contra él.

³⁶ *coronista*: variante de *cronista*, por epéntesis; la forma, presente en el *Cancionero de Baena* y en Nebrija, perdura hasta el Siglo de Oro (DCE, II: 251).

³⁷ Anne Cayuela (1993: 53) ha indicado que esta oración reproduce casi lite-

le puede dar licencia que se impriman. Así lo siento. En Madrid en este convento de Nuestra Señora de la Victoria, orden de s. Francisco de Paula, 28 de Agosto 1624.

Fray Lucas de Montoya

Muy poderoso señor:

Estos discursos, prosa y verso, que se intitulan *Experiencias de Amor y Fortuna*, cumplen ingeniosamente con la obligación en que los puso su autor, dando con políticos desengaños avisos discretos a juventudes inadvertidas, y entretenimientos a los ratos que permiten los estudios al recreo, sin hallar en ellos cosa contra nuestra santa fe, ni buenas costumbres; y así puede Vuestra Alteza, si es servido, dar la licencia que su dueño le suplica, etc. En Madrid, a 9 de Setiembre de 1624 años.

El presentado³⁸ Fray Gabriel Téllez

Del licenciado Juan Pérez de Montalbán

Soneto

Engalana, matiza, alumbra y dora
el valle, el monte, la ciudad y el prado
el lucero, preludio anticipado
del llanto alegre que sin ojos llora.

De esta luz, de este día y de esta aurora
sigue las huellas, cual galán dejado,
el sol, que de sí mismo coronado
la indiferente claridad mejora.

No el primer arrebol, por ser primero,
lo pudo ser en luces, aunque quiso,
que el sol se quedó sol y fue postrero.

Desde Grecia, Teágenes dio aviso
al mundo de este libro, fue lucero:
faltó su luz, y alúmbranos Feniso³⁹.

ralmente un fragmento de la *Philosophía* de López Pinciano.

³⁸ *presentado*: «Título que se da en algunas religiones al theólogo, que ha seguido su carrera, y acabadas sus lecturas está esperando el grado de maestro» (AUT). Tirso había recibido este título «en el Capítulo de Valladolid de junio de 1620» (Florit Durán 2000: 89).

³⁹ Montalbán reproduce, una vez más, la comparación entre la novela de Heliodoro y la de Quintana (a través de los respetivos protagonistas, Teágenes y Feniso), afirmando cómo el amigo ha superado el modelo clásico. Si la obra

De Frutos de León y Tapia

Décima

Francisco, si hacerse puede
solo el sabio su fortuna,
ya por vos en cada una
esto a cualquiera sucede:
que si a aquel se le concede
el prevenir lo distante,
ciencia al rudo dais bastante
para iguales providencias,
que consiste en experiencias
la ciencia del ignorante.

De doña María de Zayas, al mismo

Canción

Quisiera, pluma mía,
que de deidad un resplandor tuvieras
para que en este día,
a pesar de la invidia, te excedieras;
pluma de Homero fueras
que tanto el mundo alaba,
o aquesta lira maravilla octava.

Dijera de Feniso,
Apolo de esta edad, milagro nuevo,
cuanto miro precio
en su elocuencia y a su genio debo;
mas contigo me atrevo
para que se presuma,
si hay cortedad, que solo está en la pluma.

De Castilla tesoro
es poco, pues llamarle Fénix puedo,
mas si al celeste coro
no subo su alabanza, corta quedo:
sol le llamo, y no excedo
la gloria que merece,
pues tanto en sus fortunas resplandece.

del autor griego fue la primera del género (como el lucero), *Experiencias de amor y fortuna* supera su brillo (como el sol).

Al lector

En cuantos ejercicios se desvela la industria humana son tan necesarios algunos ratos de diversión que, sin ellos, o padece riesgos la salud, o se desacredita de frágil nuestra naturaleza; cosa a que, muchas veces atento por una parte y por otra a que el ocio *emollit ingenii vires sic ut rubigo ferrum*, como afirma Menandro⁴⁰, me obligó la narración de estos sucesos, creyendo que con ella se conseguiría un prudente medio en una ociosidad ocupada, o por mejor sentir una ocupación divertida. He procurado, entre la diversidad, la doctrina y la hermosura, y para esto he esparcido varias sentencias, pues como siente Séneca *Ad Lucil.*, *Epist.* 38: «Plurimum proficit sermo, qui minutatim irrepit animo»⁴¹. Confieso que por el idioma estarán para muchos ocultas, mas basta a mi desvelo que sean patentes al estudioso y entendido. El título es *Experiencias de amor y fortuna*, de quien solo hay experiencias, así habló de ella Aristót. I, *Rhet.*, cap. 5: «Verum eorum quae praeter rationem accidunt, fortuna causa est»⁴². Divídole en poemas, porque poema es nombre genérico, que no solo a los versos comprende, sino a la prosa, como insinúa Cic. *Lib. De orat.*⁴³ y afirma Vicent. *Lib. I. Spec. Doct.*⁴⁴, y porque este lleva algunos;

⁴⁰ No hemos podido determinar cuál fue la fuente de Quintana. La sentencia es de difícil atribución. En la *Sinagoga degl'ignoranti* de Tommaso Garzoni da Bagnacavallo se dice ser, efectivamente, de Menandro: «Emollit ocium vires, sicut rubigo ferrum». En otras polianteas difundidas en el Siglo de Oro, como la *Polyanthea opus suavissimis floribus exornatum* de Nani Mirabelli se atribuye, en cambio, a Séneca.

⁴¹ Quintana menciona un fragmento de la citada carta a Lucilio: «Plurimum proficit sermo, quia minutatim irrepit animo».

⁴² Se trata, efectivamente, de un pasaje de la traducción latina de la *Retórica*, I, 5.

⁴³ *De oratore* (I, XVI, 70): «Est enim finitimus oratori poeta, numeris astrictior paulo, verborum autem licentia liberior, multis vero ornandi generibus socius ac paene par; in hoc quidem certe prope idem, nullis ut terminis circumferat aut definiat ius suum, quo minus ei liceat eadem illa facultate et copia vafari qua velit». En el tratado *Orator* (20, 66-68) Cicerón repite con más precisión esta idea citando como ejemplos la prosa de Platón y Demócrito.

⁴⁴ Se remite al *Speculum doctrinale* de Vincent de Beauvais (1624b). Sin embargo, no hemos podido comprobar con exactitud el concepto al que alude Quintana. En el primer libro (cap. XXXI), el autor divide entre dos géneros de escritura, por un lado: «quae philosophie supponuntur, ut est grammatica, dialectica &c.» y, por otro: «extra philosophiam materia versantur, ut sunt carmina

demás de que, si se consulta a la lengua griega, cuyo es su origen, poema es lo mismo que invención, que ni desdice de estos sucesos, ni del modo de referirlos. Hago algunas digresiones, no porque ignoro cuánto las aborrece la *Rhetorica*, sino porque no fuesen los discursos totalmente desnudos de advertencias, que el cuerdo pueda consultar en su provecho. Limito tal vez las razones a más humilde estilo por acomodarme a la persona que profiere, y porque, como Cic. enseña en el 2. *De Off.*, «Popularibus enim verbis est agendum et usitatis, cum loquamur de opinione populari»⁴⁵; mas con todo eso he intentado que no haya cosa que por baja fastidie, por realzada se oculte, por deshonesta disuene, por larga disguste, ni por inútil canse: antes por nueva agrade, por extraña admire, por prodigiosa suspenda, por ejemplar exhorte, y, al fin, si dañosa, escarmiente para que nadie la siga, y, si imitable, provoque a que todos la procuren. No pienso que se disgustará de leerle el docto, pues, como dice Quintil., «In grandibus coenis hoc saepe nobis accidit, ut cum optimis satiati sumus, varietas tamen nobis ex vilioribus grata sit»⁴⁶, mas en caso que le desprecie, yo estimaré su censura, y habré tenido bastante premio en mi deseo.

poetarum [...] fabulae quoque et historiae». El autor se dedica a la cuestión de la poética más pormenorizadamente en el libro III (cap. CIX), donde hay un pasaje que podría interpretarse con el sentido que le da Quintana: «Habet autem poesis septem species, scilicet comediam, tragediam, inventionem, satiram, fabulam, historiam, argumentum [...] inventio est carmen reprehensorium animo bono compositum. Fabula est nec vera nec verosimilis narratio. Historia est rei gestae narratio».

⁴⁵ *De Officis*, II, 10.

⁴⁶ *Institutionis oratoriae* (X, 1, 58): «Sed ad illos iam perfectis constitutisque viribus revertemur, quod in cenis grandibus saepe facimus, ut, cum optimis satiati, varietas tamen nobis ex vilioribus grata sit».

Poema Primero

No lejos de una pequeña fuente, que a un verde sauce puso de transparente cristal cándidas prisiones, Silvio, pastor por su entendimiento y por su disposición celebrado en los montes –que a la imperial Toledo⁴⁷ vecinos son áspera población de duros robles o albergue poco culto a varias fieras– mayoral de un mediano aprisco, dueño de un apacible rebaño –que a trechos era esmalte del prado, nieve del monte, siendo en partes aumento de las peñas– estaba una tarde, de las que suavemente alienta mayo, respirando a un tiempo céfiros y flores, tan melancólico que ni los campos le divertían ni las fuentes le daban alegría, antes le sucedía tan al contrario (efecto antiguo en los perfectos⁴⁸ tristes) que le servía de mortal veneno lo que pudiera sanar sus fieros males. Teníale su desdicha en las incultas selvas, engañaba su amor con Jacinta, hermosa afrenta del prado, y era mal correspondido, cosa que sucede de ordinario a quien lo merece menos. Miraba en ella un imposible, así por ser de otro mayoral más abundante en los bienes de fortuna única y querida hija, como por ser amada de muchos, de no pocos servida, y de todos alabada, presumida con razón de hermosa, desdeñosa sin razón de soberbia, y, en conclusión, necia de discreta (que es necia siempre la discreción presumida, y loca la hermosura soberbia). Amante cuidadoso la servía Silvio, con ventaja a cuantos en el valle apacentaban, más que ganados, deseos; y era el más bien quisto, siendo el más invidiado, cosa que a un natural afable, si se acompaña de cordura, es muy posible. Llevado pues de la imaginación, y advertido del discurso, que tal vez hace cátedras las peñas y escuela de moral filosofía a los montes, atento a un verde sauce, a quien en diferentes tiempos vio huérfano y rico de esmeraldas, siendo al contrario en otros que, mendigos por secos y desnudos por mendigos, recibían las que pródigamente el viento le quitaba y la vecindad suya les ofrecía. Por ausentar un rato sus pesares dio en lisonjas del campo voz a los riscos y dulce vida al eco, que, por imitar sus acentos, de esta suerte se gloriaba en referirlos:

⁴⁷ Ya en el Renacimiento, Toledo se había consagrado como espacio literario privilegiado; limitándonos a la prosa de los Siglos de Oro, piénsese tan solo en los muchos episodios de las novelas o de los cuentos de Cervantes, Lope de Vega o María de Zayas ambientados en la ciudad imperial.

⁴⁸ *perfectos*: cultismo semántico: ‘completos’.

«Eras grillo de cristal⁴⁹,
oh sacra, oh sonora fuente,
mas ya alimento a este sauce,
pues por ti la vida tiene.

Avarienta de esmeraldas
haces de las olas sierpes,
que aun aquí no está segura,
y aquí la avaricia teme.

Espejo de su hermosura
por risueña le entretienes,
lisonjera le retratas,
murmuradora le ofendes.

Parece que te has criado
en las cortes de los reyes,
donde se estudia el mentir,
donde el murmurar se aprende.

Si murmurios apercibes,
¿por qué la vida le ofreces?
Y, si dársela procuras,
¿por qué no callas ausente?

Mas entre dientes de perlas
que me respondes parece:
“¿Cuántas veces, Silvio amigo,
lisonjeas y aborreces?

Yo alimento y lisonjeo,
porque un poderoso entiende
que da premio a los servicios
solo en que servir se deje.

Aun en ciudades de riscos
todo el interés lo mueve,
pues si yo le doy la vida
es porque a sombra la trueque.

Como le vi más crecido,
me incliné a favorecerle,
que no hay quien a un poderoso
no guste de verle alegre.

⁴⁹ Romance (e-e) dispuesto en cuartetos, la unidad métrico-sintáctica dominante en el romancero nuevo (cf. Menéndez Pidal 1953: 149-153). Quintana estructura así también los otros tres romances de la novela.

Mas ya, si aumentos le añado,
es para que de esta suerte
pierda inadvertido a un punto
cuanto ha adquirido imprudente”».

Miró en este tiempo Silvio
que a impulsos de un viento fuerte
inclinó el sauce dos ramas,
alto despojo, si débil.

A quien, advertido, dijo:
«Hoy justamente se advierte
en las pérdidas que ganas
lo que en las ganancias pierdes.

Naciste humilde en la tierra,
fuieste soberbio a atreverte,
y entre desprecios del viento
viste castigos crueles.

Lisonjas te hizo al principio,
¿qué mucho que las hiciese,
si es dar a un soberbio fuerzas,
darle con disfraz la muerte?

Quien se ausenta de su patria
en tu suceso escarmiente,
y si no es cuerdo y humilde,
más dichoso fin no espere.

Que yo de estos secos sauces
diré que aprendí a tenerme
por feliz en las desdichas,
pues quien no tiene no teme».

Este desengaño vía⁵⁰ Silvio en el cristal de la clara fuente, y leía en las móviles hojas del verde sauce, tan confuso en lo que imaginaba, o tan suspenso en lo que cantaba (pues apenas hay músico que no se escuche) que, cuando le dio lugar la falta de su sonora voz, sintió que a breve distancia se alborotaban las hojas de unas espesas matas, puede ser que extrañando tan nuevo traje, como vían en un caballero bizarro las que solamente tenían acostumbrada la vista a pardo y rústico sayal o tosco paño. Quedó suspenso de admirado Silvio con la novedad que se ofrecía a sus ojos, parte por extraña, y parte por impensada, mas ausentó su suspensión admirada, o su

⁵⁰ vía: «veía».

admiración suspensa, el mismo caballero que más cerca en clara, si desconocida, voz, le pudo decir estas razones⁵¹: «A este monte mis desdichas, y al lugar⁵² que ahora estoy me han traído vuestras gracias, pues la suavidad de la voz con que recibían tanta alegría estos campos pudo llamarme al remedio que en vuestras manos espero, seguro de que, a quien el cielo concedió propiedades de ángel, no le habrá negado entrañas de hombre piadoso, si bien criado en estas peñas, cuya dureza impía suelen imitar los corazones que las viven y los pechos que incultamente las habitan». Atento estuvo Silvio a estas razones, y conociendo por ellas la cortesía del que las profería, y el claro ingenio de quien traían origen (que son las palabras hijas del entendimiento y testigos que informan de su capacidad) quiso con otras, aunque diferentes en sustancia en la elocuencia parecidas, pagarle el valerse de él, prometiendo, en cuanto fuese posible, su ayuda, si no es que fuese burlar de sus deseos pedir favor el oro al sayal tosco y a la grosera abarca⁵³. Satisfizo⁵⁴ el noble huésped estos recelos y presunción de Silvio, añadiendo que él le daría en tiempo más a propósito cuenta de la causa que le obligaba a novedad semejante, y últimamente que le parecía importante mudar el traje para no ser conocido el tiempo que hubiese de habitar en sus montes, quietando de esta suerte los ánimos de los demás pastores y zagales, que parte vivían la aspereza de las peñas, y parte poblaban una pequeña aldea, de aquel lugar no muy distante. Pareció⁵⁵ extremadamente a Silvio este pensamiento, y así le dijo que para poder hacer más aparente esta traza⁵⁶, él le traería uno de los dos vestidos con que tal vez al uso de la aldea en las fiestas se lucía; pues con eso, y afirmar que era un pariente suyo a quien habían sacado de su patria deseos de vivir en su compañía, ninguna duda se opondría a su crédito. Con este fin se apartó Silvio, quedando el ilustre caballero solo, si

⁵¹ *razones*: «Se usa también por la misma expresión, voz o palabra que explica el concepto» (AUT).

⁵² *lugar*: en el sentido de 'pueblo'.

⁵³ *abarca*: «Los más humildes [villanos], cuando no iban descalzos, usaban abarcas» (Bernis 2001: 423). La palabra, como el «sayal tosco», indica a los rústicos.

⁵⁴ *satisfizo*: «agradeció»; «Se toma también por premiar enteramente y con equidad los méritos, que se tienen hechos» (AUT).

⁵⁵ *pareció*: «le pareció bien», en el sentido que puede tener *videri* en latín.

⁵⁶ *traza*: «Metaphóricamente significa el medio excogitado en la idea para la conservación y logro de algún fin» (AUT).

bien apenas le pudo ver ausente cuando, por la misma parte que él había venido, sintió un pequeño ruido que brevemente hizo a su sobresalto confirmado temor de perder la vida. Vio tres caballeros – de los cuales al uno hacía desconocido una máscara– que, guiados de un zagal, apenas le conocieron cuando bien, así como rabiosas serpientes a quien ha oprimido entre la blanda yerba el duro y simple pie del tosco villano, irritados de dolor o ciegos de enojo, le notificaron cruel sentencia de muerte escrita en las hojas de sus airados aceros. Prevínose para la natural defensa, mas fue vano deseo querer salir libre de tres enojos, tres aceros, algunas injurias y muchas justas razones.

Habían estado Jacinta y Cardenio, hermano suyo, ricos habitantes de aquel monte, oyendo, cuanto les permitían unas espesas matas, todo lo que después que dejó de cantar Silvio había pasado; y creyendo sería de importancia su salida para estorbar el daño del afligido caballero, a quien, si no conocían, estaban aficionados por haber oído que se disponía a elegir su hábito y estado, se dieron prisa a salir, mas no tan grande que no fuese mayor la que los tres se daban a quitarle la vida, pues antes que pudiesen ser de provecho en su defensa, cayó en el suelo con dos fieras heridas, a las cuales sucedieran otras muchas, a no sentir el ruido que Cardenio y Jacinta en este tiempo hicieron, y a no temer ser seguidos de los que les pareció que llegaban, con que harían el buen suceso, que hasta entonces gozaban, de otra suerte infelice⁵⁷; de cuyo temor persuadidos, y de cuya imaginación obligados, por la misma parte que vinieron, presurosamente se ausentaron.

Tireo, que era el zagal que les había guiado, persuadido por ellos a que les enseñase (si acaso había visto un caballero de las señas que el herido tenía) el lugar en que pudiesen hallarle, en cuya busca habían, por ser su dueño, consumido grande parte del día, viendo en sus desnudos aceros tres rigurosos testigos de su engaño, y creyendo que él mismo sucedería al ilustre mancebo en la infeliz tragedia, porque no descubriese su tirano delito, volvió, como los ojos al peligro, las espaldas al riesgo, y sin cobrar aliento ni perderle, sirviéndole de alas sus temores, fue a dar presurosa, rústica y confusa cuenta a la justicia, que, oído el caso, con la brevedad más posible, salió en su seguimiento a impedir tanto daño, a prevenir remedio, o prender a los que juzgasen homicidas.

⁵⁷ *infelice*: forma frecuente en el Siglo de Oro, anterior a la variante apocopada (DCE, II: 876).

Todo esto ignoraba Silvio, que, cuando volvió, halló a Jacinta que, o ya aficionada al bizarro talle que era despojo de la yerba, o ya compasiva por el rojo humor que le obscurecía el rostro, recogía entre los dobleces de su lienzo una mezcla de sangre de dos colores (si es justo que se llame el sudor sangre), y que por la falta de ella estaba el nuevo habitador de la asPérez ensayando la muerte que esperaba, en un lastimoso y fúnebre desmayo. Ocurrió a este último daño Cardenio con un poco de agua, que hizo Jacinta entre sus manos perlas, lloviéndolas después sobre su rostro a trechos. Volvió en su acuerdo a breve rato, y hallose en bien diferente estado del que pudiera imaginar su fortuna, si por lo que tiene de mujer no se mudara presto⁵⁸. Miró, y admiróse a un tiempo, cuanto le permitieron sus cuidados o sus desdichas con la hermosura de Jacinta, en quien competían la gravedad de los ojos, la piedad del pecho y la dulzura de las palabras, suficientes a privarle de él, a ser menor la causa de su daño, y aun bastantes a serlo de nuevos pesares en Silvio, a no ser entretenimiento el amor que confesaba a Jacinta, o a no ser tal su cordura que creyó tantos consuelos piedades.

Levantáronle de la esmaltada tierra, prevenido del por entonces oportuno remedio, que fue apretar las heridas, y haciendo Silvio y Cardenio de sus robustos brazos, por las manos unidos, un féretro, o forma de silla, tomaron el camino de la aldea⁵⁹, a tiempo que ya Tireo y la justicia llegaban: él a enseñarla⁶⁰ el lugar que pudo ser lastimoso teatro de una tragedia, y ella a impedir el suceso que vía y ignoraba. Mas, atendiendo a que no se fuesen sin castigo los agresores de semejante delito, dejaron el cuidado de proseguir a Silvio en su comenzado viaje, mientras los demás hacían en su seguimiento testigos de su alcance a los ojos y ejecutores de su justicia a los deseos. Hicieron lo que se les dispuso Cardenio y Silvio, tan alegres como quien suele desear ser obediente; con ellos iba Jacinta, tan pesarosa y triste que pudo despertar en Silvio recelos de perder lo que ni poseía ni esperaba. ¡Oh tirano

⁵⁸ *presto*: «Usado como adverbio, vale lo mismo que luego, al instante, con gran prontitud y brevedad» (AUT).

⁵⁹ Todas las reediciones leen «el aldea» atestiguando la persistente oscilación del artículo.

⁶⁰ Laísmo que se encuentra varias veces a lo largo de la novela. Sobre el fenómeno, muy difundido en el norte y centro de la península, cf. Lapesa 2000: I, 303-304. Aquí no se puede descartar el reflejo de la construcción latina *docere aliquem aliquid*.

amor! ¿Quién no advierte tu proceder, sino villano, inconstante? Tú guardas lo que no tienes, temes lo que no esperas, esperas lo que huyes, y huyes lo que deseas. Todos, aunque con diversos intentos, llegaron de esta suerte a la pequeña población donde, a ruego de Silvio, con gusto de Feniso y compasión de los circunstantes, tuvo en su albergue una cama, más limpia que hermosa, más que curiosa blanda y más aseada que rica. Faltando ya a este tiempo muy poco para que Pyrois y Eoo⁶¹ bañasen sus resplandecientes y ensortijadas clines⁶² en el mar, que si fue túmulo del sol es cortina de cristal, que como a deidad le encubre para que el gentil le venere. Sucedió a sus siempre luminosos y comunes rayos la tenebrosa enemiga suya, maravilloso jeroglífico que nos enseña que en la miseria humana no hay salud sin achaque, gusto sin acíbar, navegación sin tormenta, ciencia sin invidia, igualdad sin competencia, privanza sin emulación, prosperidad sin riesgo, como ni claro día sin la pensión⁶³ de noche tenebrosa y oscura.

Visitaron la justicia y Tireo risco a risco y peña a peña el monte; no perdonaron cueva ni exceptaron⁶⁴ mata en lo más intricado de la asPérez de quien no se informase su cuidado, y en una de ellas hallaron un mancebo, a pesar de su desdicha hermoso, y a favor de la fortuna costosamente vestido, al parecer de pocos años, y al padecer de muchos males, aunque gallardamente dispuesto y dispuestamente gallardo. Llegó la rústica escuadra, y juzgando presente lo que buscaba codiciosa, sin atender a informaciones, sin aguardar a excusas, y sin advertir a descargos, creyendo más a la imaginación suya que a la verdad ajena (ni esto es mucho si nacieron de un parto villanos y porfías) le llevaron preso hasta su aldea. Dividía un tosco tabique la casa de Silvio de la violenta posada de los reos, del dilatado castigo a los injustos, digo, de la cárcel, en la cual pusieron al afligido joven, más cargado de pesares que de prisiones, y menos oprimido de hierros que de sus errores mismos. Pasó todo lo que de la noche faltaba, lleno el pecho de ansias, estando también nuestro herido caballero a este tiempo con notables dolores, pobre de salud y huérfano de

⁶¹ *Pyrois y Eoo*: en la *Naturalis Historia*, Plinio atribuye estos nombres a los dos primeros caballos del carro del sol.

⁶² *clines*: variante frecuente de *crin* (DCE, II: 243).

⁶³ *pensión*: «Metaphóricamente se toma por el trabajo, tarea, pena o trabajo que es como consecuencia de alguna cosa que le logra, y la sigue inseparablemente» (AUT). En este sentido ocurre otras veces en la novela.

⁶⁴ *exceptaron*: variante de *exceptuar*.

esperanzas de la vida, que, para vengarse injuriado y corresponder amante, apetecía.

Trujeron de otra cercana aldea un cirujano mozo, más satisfecho de sí que de su ciencia, aunque en esta parte tan dichoso que le debió de curar su fortuna, no su mano, pues llegó con él en breves días al puerto de la salud quien jamás con ninguno había llegado; al cabo de los cuales, obligado de Silvio, excitado de su deseo, blandamente forzado de sus beneficios –porque estos lisonjeramente cautivan ánimo agradecido– entre lastimoso, no vergonzoso, llanto (que cuando nace de grandes causas, más merecen las lágrimas nombre de piedad que renombre de cobardía⁶⁵) desatando la lengua de la cárcel en que por ocasionada la prendió naturaleza, formó de esta suerte acentos, y suspendió sentidos:

«Aunque no ignoro, oh amigo Silvio, que quien desea pagar presto es ingrato, pues parece que paga por no ser deudor⁶⁶, atendiendo a que no hay cosa más cara que la que cuesta ruegos, por satisfacer a los vuestros, y haber conocido en vuestro talento capacidad donde depositar mis desdichas, o para que me ayudéis a remediarlas, o porque no os excuséis de sentirlas, las referiré en las más breves razones que pudiere, si es que el sentimiento de cosas grandes se puede reducir a cortas razones. Yo, pues, a quien repartió el cielo medianamente bienes de fortuna, pródigamente los que llamamos de naturaleza (por quien⁶⁷ debéis entender sangre hidalga, pecho noble y ánimo generoso) tengo por patria la nobilísima corte de España, la dignamente celebrada Madrid, y es mi propio nombre Feniso. Pasé mi primera edad en el estudio de las letras humanas, teniendo en ellas mil desengaños de la dulce impiedad con que el mundo nos lisonjea y mata, disponiendo en

⁶⁵ Las lágrimas como manifestación de piedad se hallan tanto en los protagonistas de las novelas bizantinas, pastorales y sentimentales como en los poemas caballerescos; de hecho el llanto varonil queda autorizado, por la épica, en una línea que va desde Eneas hasta el Cid. Así se expresa Cervantes en el *Persiles* (II, 4): «Por tres cosas es lícito que lllore el varón prudente: la una, por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdón de él; la tercera, por estar celoso: las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave».

⁶⁶ La idea senequista (cf. n. 18) se halla también en los preliminares, en la carta de Lope: «ingratamente se desobliga quien vuelve luego aquello mismo que recibe».

⁶⁷ *quien* en el español áureo podía tener valor de singular y de plural, y no se refería solo a personas (Keniston 1937: 15.185).

los regalos de la infancia los vicios de la juventud; mas, como todos estos desengaños eran de experiencias ajenas, vinieron a ser engaños propios porque, como no le sucedía a mi tierna edad aquello, ella lo juzgaba mentira y yo daba a mi ignorancia crédito. Mi padre (a quien debieran servir las blancas canas de espejo donde viese un retrato de la miseria humana, una idea de la brevedad de la vida, un mensajero de la futura muerte, y una emienda de las pasadas costumbres) vivía como si cada día fuera el primero y nunca hubiera de llegar el último. Por causas que justamente le obligaron, dejó la vida de la corte y se ausentó con toda su familia a la antigua e imperial Toledo, donde no pequeña parte de su hacienda poseía. Gustosa se apercibió mi madre para esta ausencia, creyendo que con el lugar sería posible mudase las costumbres; mas engañose en su pensamiento, pues a las treguas que tenía con la temeridad de su condición, añadió enemistades con otra ilustre familia de la misma ciudad. No te admires que diga esto de mi padre, pues, demás de no ser conocido, no merece menos quien cría sus hijos como pudiera un enemigo. Halleme finalmente a su ejemplo y por su descuido con imprudencia de mozo y atrevimiento de rico. Tenía el caballero enemigo de don Ambrosio, mi padre, dos hijos de mi edad misma y una hija algo menor. Ellos la gala de la ciudad, y ella sujeto en quien se competían igualmente el ingenio y la hermosura, la bizarría y el donaire, la modestia y la cortesía, siendo en todas y en cualquiera de estas partes una prodigiosa ostentación del poder y cuidado de naturaleza. Vila una tarde en la mayor iglesia⁶⁸, y quedé tan ciego de su luz que desde aquel (no sé si me le llame infeliz) día, no ha acertado con cosa mi fortuna. Acredité mi entendimiento en quererla, pues fuera no conocerla no amarla; continué⁶⁹ su calle, asistí a su presencia, lisonjeé su ingenio con papeles y versos (moneda que, si no se estima en lo que vale, suele tener el valor según se estima), granjeé criadas (flacas murallas del honor), solicité terceras, y previne regalos hallando siempre en su resistencia más imposibles cuanto más trazas maquinaba mi ingenio; y tanto llegaron a empeñarme estos desvelos que se hizo

⁶⁸ En la lírica amorosa, y sobre todo a partir de Petrarca, la iglesia se ve como lugar ideal para los fugaces encuentros de los enamorados. Es allí donde el amante, antes de empezar el cortejo, puede ver a la amada sin despertar sospechas. A lo largo de la novela los amantes varias veces cruzan sus miradas precisamente en un templo.

⁶⁹ *continué*: en el sentido de 'frecuenté'.

mi amor porfía, y ya pienso que deseaba más el vencimiento de su dureza que la posesión de su hermosura. Daba con mis paseos que decir a los vecinos y que pensar a sus hermanos, el mayor de los cuales, cierto de mi amor y advertido de mi afecto, hizo lugar en su pecho a una traición totalmente indigna de un corazón ilustre, de un ánimo noble, de una hidalga sangre y aun de un pensamiento medianamente honrado. O ya fuese la guarda de su honor, o ya el odio que en nuestros padres había (de quien dijo un filósofo que es ira envejecida⁷⁰) le pudo obligar a que buscara en mi muerte fin a sus pasiones y principio a mis daños; pues, sin prevenirme de que dejara la pretensión comenzada ni darme noticia de su disgusto, un día en que yo esperaba a que saliera Laura de su casa para tener vida en sus ojos, o para retratarla en los míos, llevado del enojo y ciego de su pasión, no quiso poner duda en mi daño metiendo mano al acero; antes, inducido de su ira –¡Qué bien dijo quien la llamó tempestad del ánimo!⁷¹– pues lo fue contra mí de dos balas que llovió un pistolete⁷². A un tiempo llegamos ellas a mí y yo a la dichosa puerta de su casa, por donde, al salir mi idolatrado dueño⁷³, caí tan cerca de sus plantas sobre mi sangre misma que la pudiera detener el paso el estorbo de mi cuerpo, cuando no la suspendiera la novedad del caso. Comencé a obligar a mi remedio con mi desgracia, acudió gente, huyó el agresor del delito, fui llevado a mi casa y curado en ella con algunas esperanzas de salud, por haber sido las heridas, aunque cerca del pecho, poco penetrantes, ir al soslayo y llevar entonces un defensivo colete⁷⁴. Había en mi casa un berberisco esclavo,

⁷⁰ El concepto se halla en varios pasajes de la obra de Aristóteles; sin embargo, es extraño que Quintana haga alusión a este de forma indefinida. Otra hipótesis es que se refiera al siguiente pasaje de Cicerón (*Tusculanarum Disputationum*, IV, 9): «excandescencia autem sit ira nascens et modo existens, odium ira inveterata».

⁷¹ En el *De Anima*, Séneca compara en diferentes ocasiones la ira a la tempestad.

⁷² El pistolete era arma propia de bandoleros (cf. Bernis 2001: 69-72).

⁷³ La denominación en masculino de la enamorada es de ascendencia provenzal, pasa a la lírica medieval ibérica y aún subsiste en el Siglo de Oro (cf. la nota de Rico en Vega 1968: 193, n. 38).

⁷⁴ *colete*: «Vestidura como casaca o jubón que se hace de piel de ante, búfalo u de otro cuero. Los largos como casacas tienen mangas, y sirven a los soldados, para adorno y defensa, y los que son de hechura de jubón se usan también para la defensa y abrigo» (AUT). Era prenda habitual de la nobleza (Bernis 2001: 144-148).

hombre de valor y, aunque bárbaro, bien nacido, según él afirmaba, de quien por experiencias de su fidelidad solía valerse mi padre en los negocios de peligro⁷⁵. Tenía particular afecto a mi persona por haberme conocido desde que era yo muy pequeño, y enseñado por esta causa su nativa lengua, pareciéndole que en esto me daba lo que podía, y que en algún tiempo, si no me fuese necesaria, sería por lo menos gustosa, porque el saber, aunque sea de cosas poco importantes, trae consigo una más que natural dulzura. Este pues, viendo el daño que yo había recibido, determinó hacer una copiosa venganza de todos mis contrarios poniendo fuego a su casa para que no se escapase ninguno, si no podía tomarla del principal agresor de mis heridas, teniendo para esto no solamente el amparo de mi padre, sino también su beneplácito. Supe de otro criado su determinación, y haciéndole venir a mi presencia, procuré con razones desviarle de tan cruel intento, alegando que no había de ser tan vil la venganza de un hombre noble, pues quien se venga con ventaja acredita el valor del contrario, y aun da muestras del natural temor que le oprime. Con esto dejó su determinación por entonces, advirtiéndome de que, si yo no me vengaba, había de volver a su primero⁷⁶ intento sin que le estorbásemos la ejecución de el ni yo ni el temor de perder la vida. El deseo de vengarme, las memorias de Laura y mejoras de mi salud iban en aumento cada día; uno de ellos supe de un papel suyo que la piedad, cosa en las mujeres antigua, había tenido más fuerza que mis diligencias y desvelos, pues lo que ellos no consiguieron en muchos días, ella sola me negoció en un hora⁷⁷, el cual, si no han borrado de mi memoria tantas desdichas, decía de esta suerte:

“Mucho deberé a mi hermano si alcanzáis la salud que ya os deseo, pues despertó con su rigor mi piedad o mató con su impiedad mi rigor. Lo que sé afirmar es que me juzgaba mía, y el daño que padecéis afirma lo contrario, pues siento como propios los ajenos males, y aun, si no temiera a mi vergüenza, dijera que vuestros dolores”.

Aquí tuvo término la carta y nació mi esperanza con más felice vida. Levanteme, convalecí, esforcé la naturaleza, cobré

⁷⁵ La presencia de esclavos berberiscos era un fenómeno difundido en la España del siglo XVI (cf. Cortés López 1989: 42-45 y 64-66).

⁷⁶ *primero*: en el español del Siglo de Oro convivían la forma con y sin apócope (Keniston 1937: 25.241).

⁷⁷ *hora*: en la acepción de ‘inmediatamente’ (DCE, III: 387).

ánimo (no valor, que a este no le acaba la enfermedad, ni aun le puede deshacer la muerte), visitáronme algunos amigos, tratose de mi satisfacción y venganza, en que conocí que no eran verdaderos, pues lisonjeaban más al apetito que a la razón. Y, finalmente, volví a mi acostumbrado ejercicio, porque difícilmente se deja lo que en un ánimo se connaturaliza. Hablé a Laura algunas noches y buscaba a su hermano, siendo tan grande el odio que le tenía como el amor con que estimaba a ella. Supe que estaba retraído en San Pedro⁷⁸, y determiné escribirle que hacía mal en valerse de la Iglesia, temeroso de que le prendiese la justicia, pues, si procuraba estar seguro, ningún sagrado le guardaría como su mismo valor; y que deseaba verle en el campo, donde defendería que era un traidor alevé. Supo Laura esta determinación, o porque, como habitaba en mi pecho, sabía en él lo más oculto, o porque –y sería lo más cierto– él que la sabía quiso hacerla esa lisonja a costa de mi secreto. Rogole que no diese el papel hasta que ella previniese remedio. Procurole haciendo que me buscasen porque sabían cuán suyo era mi gusto y cuánta potestad tenía en mis acciones; mas yo, que esperaba entre las sombras de la noche hacer resplandecer mi honor con los golpes de mi venganza, no me permití hallar fácilmente, lo cual fue causa de que, temerosa de mayor daño, emprendiese inadvertida una cosa tan poco cuerda como impensada. Determinose a salir vestida de hombre al plazo que yo había señalado a su hermano; y en decir que se determinó digo que lo hizo, porque en la mujer no se distinguen la determinación y la obra. Salió más adornada de galas que de armas, porque aquellas son en la hermosura más fuertes. Salió más bella que sí misma, pues todas las del mundo fueran, en su comparación, no similitudes, sino afrentas. Yo, Silvio amigo, a este tiempo esperaba un enemigo, no tan amoroso; una venganza, pero no en tal sujeto; y una satisfacción, mas no tanto dichosa. Hacía la noche tan oscura que no daban su mendiga luz las estrellas, ni aun la mía me concedió su resplandor (que la que es contraria siempre niega su luz para los bienes). ¡Oh mil veces infelice yo! Que ciego estaba, pues a breve rato no tuve en su hermosura claridad para mirar mi engaño. Vi que se acercaba a mí un negro bulto, y en tan extraña parte a nadie imaginé si no es a mi enemigo. Prevíneme, esperé, dispuse el acero, alenté el valor, persuadí al ánimo, excité la ira y irrité la

⁷⁸ Se trata, probablemente, del convento dominico de San Pedro Mártir en Toledo.

paciencia. Tan colérico acometí, tan determinado llegué, tan inadvertido anduve, tan ignorante me perdí y tan ciego me despeñé, que antes que moviese la lengua para decirme quién era, hízola de mi acero una boca en su pecho que me refiriese más desdichas mías que hasta entonces había conocido. Cayó en el duro suelo diciendo: “Ay, Feniso, ¡qué bien pagada envías mi ignorancia! ¡Qué bien correspondido mi amor! Bien sabía que no podría salir del pecho sin el alma; pues, has querido sacar primero a ella”. Cuando conocí la voz atendí a las palabras y percibí mi engaño; quedé, oh Silvio amigo, cual suelen con la luz del repentino rayo los ojos que le miraron cerca. Quedé sin sentido (mejor fuera sin alma), quedé suspenso, y quedé solamente, pues todo me faltó si no es la vida. Mil veces estuve determinado a hacer uno el instrumento de nuestra muerte, y me detuvo no sé si el ser cristiano o el deseo de procurar su remedio. No lo creyera el alma, que lo temía, a no certificarse más; y así, llena de dolor, llegó a ver que hace mal un desgraciado si no cree luego sus desdichas porque ponerlas en duda es ya dejar de serlo. Levanté a mi adorada prenda entre los brazos, alentela piadoso y lastimado dije: “Hermoso dueño de una libertad, que tanto procuró ser vuestra esclava, poco hace mi sentimiento pues me deja la vida, poco el dolor pues no me priva de sentimiento, y poco mi vergüenza pues no imposibilita a la lengua para que deje de hablar, a quien no dudó la mano de ofender, aunque inculpablemente, pues quisieran todos mis sentidos padecer vuestra ausencia con ser el mayor daño suyo por no sentir el vuestro. ¡Ay, Laura hermosa! ¿Qué gloria de estas ha dejado de ser pena del alma? ¿Cuándo acabarán de llorar mis ojos tan infeliz suceso? O, ¿cómo viviré sin la luz de los vuestros, habiendo sido mi ignorancia eclipse de sus rayos, y sombra de tanto sol mi inadvertencia?”⁷⁹. Hacía algunas veces a mis manos testigos en el proceso de mi delito. Tocaba su sangre, y añadía crédito a sus desdichas, tormento a mis pasiones, y pena a mis sentidos. Viendo pues Laura mi sentimiento, y que estaba yo tan cerca de perder la vida de dolor como ella de la cruel herida, prendiendo mi rendido cuello con los brazos, hizo abriles⁸⁰ los campos con su aliento, y entre quejas y ansias, repitiendo a trechos las palabras y cortando

⁷⁹ En la lírica amorosa los ojos de la amada se asocian con frecuencia al sol (cf. Manero Sorolla 1990: 495-510).

⁸⁰ *abriles*: «Metaphóricamente se usa para dar a entender que una cosa está florida y hermosa» (AUT).

a pedazos las razones, me dijo de esta suerte: “Dichosa, oh Feniso, será, si muero aquí, la muerte mía, pues no en las manos de enemigos fieros, sino de estimadas prendas llego a dejar la vida: tú pudiste quitármela solamente, pues desde que te hice dueño de mi pecho tomaste posesión en la vida. No es este tiempo de que le perdamos en quejas, ni de que le gastemos en llantos, sino de que le ocupemos en remedios. Satisfecha estoy de tu sentimiento si lo procuras, y advertida de tu dolor si lo deseas, con que vengo a tener muchos dolores sintiendo a un mismo punto los de entrambos, y más los tuyos, que, como se entran con libertad al alma, son necesariamente fuertes. Mas pues yo estoy en estado que, si consulto a mi flaqueza, hallaré nuevas muy ciertas de mi muerte, escucha lo que te encarga mi deseo”. Quiso proseguir, y heló su lengua un desmayo, nuncio de la muerte que esperaba y apoyo de la flaqueza que tenía. ¿No has visto, Silvio amigo, al rico navegante entre la oposición de vientos querer dar sus riquezas al insaciable apetito de las aguas para salvar la vida, detenerse al echarlas, lastimarse al perderlas, y parecerle, cuando la tempestad es más horrible que ya comienza la bonanza, siendo aquesto el deseo de tenerla? Pues de esa misma suerte estaba yo entre la tempestad de mis pesares: si quería dejar a Laura, a quien juzgaba muerta, me detenía el temor de perderla, ni sabía qué hacerme ni deliberaba lo que hacía. Mirábala, persuadíame a que se movía, y era, Silvio, que yo lo deseaba. Pareciome que sería impiedad dejarla, o ya que el alma, que suele revelar al corazón lo futuro, me lo aconsejase, determiné llevarla en casa de algún amigo (porque en la mía, por la sospecha de nuestra enemistad, no fuese buscada) y esperar allí lo que mi fortuna dispusiese. Yo finalmente la llevé en casa de don Juan Velázquez, un caballero de la misma ciudad y amigo mío, con no poco cansancio y aun con mucho riesgo, pues era fuerza, si me encontrara la justicia de aquella suerte, saber quién era, y aun puede ser que presumiese que yo había sido voluntario homicida suyo. Tenía mi referido amigo don Juan una hermana; esta desnudó a Laura y yo acudí a llamar a un cirujano, a quien pagué más el secreto que la cura, encargándole con la paga lo que importaba tenerle: hizo el oro con él efectos que suele hacer en todos, porque este metal tiene jurisdicción hasta en las voluntades. Volvió después de largo trecho del desmayo, curola, y por entonces no pudo darme esperanzas de su salud. Mirad, Silvio, cuál se hubo conmigo mi fortuna, pues no solo no me ofreció los bienes, mas aun me negó

las esperanzas de ellos. Salí de la casa de don Juan por la mañana, fui a la mía, y conocióse en la de Laura su ausencia; callaron todos prudentemente su defecto, o ya porque el honor que padece naufragio anda más peligroso si le combate el viento de las bocas del vulgo⁸¹, o ya por hacer más cierta su venganza con la seguridad del enemigo. Persuadiéronse luego a que yo solamente era quien les había podido procurar tanto daño, juzgando por el suyo mis intentos: supieron que yo la enamoraba, y propusieron quitarme con la vida, si no el haberles quitado a Laura, la gloria de poseerla. No fue esto tan oculto que no llegase a noticia de una criada suya, a quien habían obligado regalos y beneficios míos para que fuese tercera en nuestros amores, la cual al punto me buscó presurosa y dio cuenta advertida de los pensamientos de sus dueños, y cuánto importaría a la consecución de los míos guardarme de su enojo, pues, si bien no anda solo quien se acompaña de valeroso esfuerzo, solo está libre de una traición engañosa quien no tiene vida que perder. Preguntome por Laura, respondí que la tenía en casa de mi mayor amigo, encubriendo las demás desdichas de aquella noche, y últimamente me previno cuidadosa de que no la viese, porque sería cierto el seguirme para saber dónde estaba y para que a la noticia de ella se siguiese con la suya mi muerte. Asentí a su parecer, agradecí el cuidado, pagué la diligencia, conocí su deseo, y despedíla. No fueron de tan poca importancia estas prevenciones que no las deba el haber llegado a granjear en vos, tan fiel amigo, pues al cuidado con que me buscaban igualó el que yo ponía en guardarme, siendo tan grande el suyo que me obligaron a hacer ausencia de la ciudad, con tanta prisa que ni pude volver a ver a Laura ni avisar del lugar adonde me partía, con que quedé imposibilitado de saber el suceso de su herida, o ya si fue fatal puerta por do saliese el alma, o solamente aumento a su hermosura, que suele ser mayor con los defectos de sangre. En una casería de mi padre estuve escondido algunos días, creciendo con la pasión mis pesares, y convidando con la soledad a la diversión de mis penas, donde, incitada del ocio mi Talía, entre otros versos que no encomendé a la memoria, hice esta canción a la infelicidad de mi suceso:

⁸¹ En ese juicio -como en otros pasajes de la novela- se percibe una actitud polémica, típica del intelectual áureo, contra el vulgo (Green 1957; Porqueras Mayo 1972b y Maravall 1975: 202-223).

Suele perder la vida
el que asiste en el más humilde estado
con una sola muerte, en cuya herida
pierde varios tormentos su cuidado;
mas mi pesar me ha dado
tantas, que he imaginado
que no muere una vez un desdichado.

Yo me causé mi pena,
en mí el daño de Laura se convierte,
ni sé quien a más penas me condena,
o mi dolor o su infelice suerte;
pero si en mí se advierte
su mal, y el mío es tan fuerte,
diré que muero con doblada muerte.

Tuve por ignorante
justo castigo de mi culpa fiera,
pues pudo mi imprudencia en un instante
hacer pesar lo que contento fuera:
mas, pensamiento, espera,
permíteme que infiera,
que solo un hierro hacerle tal pudiera.

Que poco permanente
tuve el contento, el gozo y la alegría,
apenas le miré y le tuve ausente,
que la vida del gusto aún no es un día:
matole mi osadía
y aun mi gloria podía,
pues bastaba que fuese gloria mía.

Con cuantas diligencias hacía, no podía conseguir descanso, que el corazón está violento cuando carece de lo que desea; y así me determiné a saber el estado en que estaba mi vida, conociendo si la tenía Laura. Hice ensillar un caballo y llegué a la ciudad encubierto; mas, como no hay cosa encubierta que se ignore, por mucho que lo sea, a pocas calles que anduve volví acaso⁸² los ojos, y vi a uno de sus hermanos que me miraba curioso, y desde lejos me seguía triste. Por no dar confirmación a su sospecha, me pareció no apresurar el paso, creyendo que se cansaría y daría lugar a que

⁸² acaso: «Vale lo mismo que sin pensar, casualmente y sin esperarlo, ni imaginarse» (AUT).

yo consiguiese mis intentos; mas sucediome como no pensé, pues viendo su perseverancia en mi seguimiento, fue necesario salirme de la ciudad por esta parte. No sé quién pudo dar tan brevemente a su familia aviso, solo llego a saber que me vi seguido de tres hombres apercebidos de caballos y armas. Dejé yo luego el mío por la inculta aspereza de estos montes cuando llegué a veros la primera vez; quedé aguardando con vuestra vuelta mi seguridad y remedio ocultándome con el disfraz de vuestro vestido. Mas apenas pude comenzar a sentir el dolor de haber visto al pasar por su calle cerrada la puerta de don Juan, mi amigo, de donde presumo que ya murió Laura, y adonde no me detuve por ser entonces la ocasión en que su hermano me seguía, cuando vi los mismos que habían venido siguiéndome: conocí ser los dos mis contrarios, y lo peor es que por las señas de su vestido y ciertos recelos que yo tenía, he imaginado que era el mismo don Juan quien traía el aleve rostro cubierto. Dispúseme a defender la amada vida, siendo cierto que me privaran de ella a no mostrarse el cielo tan piadoso conmigo».

Aquí llegaba Feniso con su historia, tan bien escuchada como referida, cuando entraron por la casa de Silvio la justicia, o alcalde de la aldea con alguna, si bien poca, gente en su compañía; el cual, en toscas y altas palabras, le dijo que se diese al rey, razón muy propia de villanos, que, como por sí no pueden provocar a respeto, se valen de interponer la autoridad regia para ser respetados. Admiróse Feniso de esta novedad, preguntó la causa, y tuvo muy acompañada de voces y de enojo esta necia y ignorante respuesta: «Linda cosa es preguntar por la casa adonde ha de ir preso. Irá a la casa que yo quisiere, que para eso tengo yo esta vara, que es el rey; esta firma –y sacó un papel muy sucio– que es el rey; y yo, que soy el rey. ¿La casa me había de preguntar a mí? ¡Venga a la cárcel, dése a la cárcel, vaya a la cárcel!». Y esto con tanta cólera, con tanto fervor y tanta prisa que unas palabras tropezaban en otras, y en todas la balbuciente lengua. Si al principio se admiró Feniso, ahora quedó espantado no sé si con las voces o si con la ignorancia. Acordóse de que ya su fortuna mudaba de estado, pues tras tantas desgracias le hacía representante en el teatro de una aldea, donde vía verdadero lo que en la ciudad juzgaba mentira graciosa para recrear los ánimos de los hombres, cuyo pensamiento, por su naturaleza frágil, no siempre puede asistir lleno de cuidados. Mas aprovechándose de su prudencia, y viendo que sería mejor aplacarle con razones más humildes y

conformes a su nativa rusticidad, le dijo que no preguntaba la casa en qué había de estar preso, sino que, supuesto que intentaba prenderle, dijese la causa y le diese la razón por qué le prendía. Aquí fue ello, pues apretando con la izquierda la vara y con la derecha mano su caperuza⁸³, dando muestras de que quería arremeter a él, comenzó a decir a gritos: «A mi razón yo había de darle mi razón, bien gobernara yo este honrado y grave concejo dándole a él mi razón; si no tiene razón, estese sin ella noramala, que no la ha menester para gobernar como yo. ¡Vaya preso!». Y, sin que ya pudiese detenerle Silvio, pasó a querer asir al miserable Feniso, que estaba ponderando en aquel hombre la rusticidad con la imprudencia y la presunción con la arrogancia. Viéndole tan colérico, y atendiendo a la injusta causa de su enojo, el escribano, hombre algo menos ignorante, se le opuso a tiempo que iba con tan desatentada⁸⁴ furia que entrambos hubieron de venir forzosamente al suelo. Cuando el alcalde se vio de aquella suerte, como si el mísero escribano hubiera dado principio a sus enojos, comenzó a descargar en él una espesa tempestad de puñadas. El otro, que no creía su ascendencia menos que de Pelayo⁸⁵, viendo la ignominia de los mojicones⁸⁶, o sintiendo del dolor de los cachetes, comenzó a pagarle con la misma moneda de contado, mas con tan irreparable prisa, que, aunque había empezado antes el alcalde, brevemente se vio alcanzado de cuenta por algunas puñadas, y una en particular con que le remachó las narices. Por presto que los circunstantes acudieron, hallaron al escribano con necesidad de huevo⁸⁷, y al alcalde hechas dos alquitaras sus narices que más parecían alcantarillas de inmundicia. Bañáronse de sangre las espesas barbas entre la confusa refriega, y pareció al pueblo su cara disfraz de Carnestolendas. A todo esto se había

⁸³ La caperuza era prenda exclusiva de los villanos y con este valor social distintivo se encuentra, a menudo, en la literatura áurea (cf. Bernis 2001: 425-426).

⁸⁴ *desatentada*: «Se llama metaphóricamente el que dice o hace algo fuera de razón, o sin orden ni concierto» (AUT).

⁸⁵ Alusión al primer rey de Asturias. El narrador dice irónicamente que el escribano se jactaba de tener ilustres antepasados, y por eso no podía tolerar la arrogancia del alcalde.

⁸⁶ *mojicones*: «El golpe dado en la cara con la mano o puño cerrado, mojándola» (AUT).

⁸⁷ La clara de huevo era remedio común para curar los golpes.

estado quedo Feniso, por no llevar el barato⁸⁸ que se suele sacar de tales juegos; y finalmente lo que resultó de aquí fue que el alcalde persistió en su porfía, porque era hombre tan porfiado como necio, y tan necio que degeneraba en la naturaleza de los hombres, acercándose en lo más de sus acciones al término de los brutos. Había aprendido que sería gran diligencia para saber quién eran los agresores de sus heridas prender al convaleciente caballero, habiéndole dejado estar bueno para poder tenerle en la cárcel, cuya descomodidad no es a propósito para enfermos; y no le sacaran de su ruda cabeza el haberle de prender si no es haciéndole de nuevo. Llegose Silvio a Feniso y aconsejole que no opusiese al inculto parecer de aquel monstruo entre los hombres y hombre entre las fieras, pues él quedaba para acudir a su regalo y negociar con felice brevedad su soltura. Hízolo así Feniso, y como en los cortos lugares son las prisiones unas pesadas vigas (que allá las llaman cepos) y no hubiese más de una, fue forzoso que le metiesen en la misma en que estaba el ilustre mancebo que dijimos haber traído la justicia el día que Silvio y Jacinta habían hallado herido a Feniso, si bien distantes lo que bastaba para no poder llegarse. Habíase pasado en estas cosas de la noche no pequeña una parte, y así, después de breve rato, dejaron a los dos presos solos. Mas Laura, que era el disfrazado mancebo, a quien todos juzgaban hombre en la exterior apariencia, así porque, como dije, su disposición era gallarda, como por no haber habido duda de lo contrario, sin la cual todo se cree fácilmente, le preguntó (mudando la voz para ser desconocida) la causa de su prisión. A quien Feniso respondió: «Solo pude prenderme mi desdicha, ella es la causa de cuantos males padezco, ella es el principio de cuantas penas me acaban; y, últimamente, ella es quien me ha puesto en el estado que me veo». Había Laura conocídole desde el punto que le trujeron, y ahora le miraba confusa, creyendo que era imaginación de su fantasía o retrato que le proponía su idea: parecía todo cuanto miraba sueño, y a la verdad no se engañaba, pues cuando un desdichado tiene bienes, más parece soñada que cierta la posesión de ellos. Hizo la curiosidad de Feniso otra pregunta a la de Laura semejante, la cual respondió: «No mi desdicha, sino mi ventura, es causa de la prisión y penas que padezco». «Jamás vi –dijo Feniso– que a nadie le hiciese venturoso la pena, triste la libertad, y la

⁸⁸ *barato*: «La porción de dinero que da graciosamente el tahúr o jugador que gana a los mirones o a las personas que le han servido en el juego» (AUT).

prisión alegre». «A mí sí, –respondió Laura– porque hallo dos maneras de bienes: unos que son verdaderos, y otros que se juzgan tales aunque por sí no lo sean, siendo para el que los presume bienes no menos apetecibles que los primeros. Yo, pues, que aprendo la prisión suave, los hierros apacibles, los daños breves, y la falta de libertad deleitosa, hallo en el cautiverio gusto y dicha en las cadenas. En confirmación de cuya verdad tengo varios ejemplos, pues las cosas más hermosas nacen presas. ¿Qué cosa más preciosa que una perla? Esta, pues, nace en cárceles de nácar. ¿Qué cosa más resplandeciente que el diamante, que se forma en prisiones de hielo? ¿Qué de más valor que el oro, a quien engendra y guarda el sol entre candados de montes? ¿Qué más perfecta entre las criaturas (si hago excepción de los ángeles) que el alma, que tiene por agradable lazo al cuerpo, del cual parece que se desata penosa y que se ausenta triste? Y cuando todo esto faltara por mi parte, no amor, pena dulce, hierro hermoso y cautiverio suave». «¡Ay, –añadió suspirando Feniso– amor! ¡Qué mal ha conocido tus pesares quien te imagina bienes! Poco ha gustado tu acíbar quien te presume gustoso. Y ¡ay, amor! ¡Quién pudiera desengañar al mundo de tu engaño! En ti veo juntos cuantos males esparció nuestra miseria en todo el resto de la naturaleza, la crueldad de las fieras, la aspereza de los montes, la insaciable ambición del fuego, la inconstancia del tiempo, la molesta facilidad de las aguas, la ignorancia de los animales, la soberbia de los ángeles, la malicia de los hombres, la enemistad de los elementos, la desdicha de muchos y la muerte de todos. Bien conocieron esta verdad los antiguos, pues Virgilio te llamó ímproba fuerza del pecho⁸⁹, Claudiano ciego vicioso⁹⁰, Ovidio crédulo, temeroso, pálido, atrevido⁹¹; llámote fuego y asombro, pues apenas llega a nuestros oídos cosa que tú no seas, ruido que no hagas, espanto que no des, desgracia que no llames, daño que no intentes, ciudad que no deshagas, ni imposible que no procures y facilites. ¡Oh

⁸⁹ *Eneida* (IV, 412): «Improbe amor, quid non mortalia pectora cogis». Esta sentencia se halla también en Tixier de Ravisi (1555: 48).

⁹⁰ Aunque la traducción no parece exacta, podría aludir al pasaje de *Contra Eutropio* (II, 50): «Sed quam caecus inest vitiis amor!».

⁹¹ En la obra de Ovidio estos adjetivos se hallan, en varias ocasiones, asociados al amor. Es probable que Quintana, si no se basa simplemente en su memoria, saque las diferentes definiciones de una poliantea, aunque en Tixier de Ravisi (1555: 48-53) bajo el lema «amor» aparezcan sólo algunos de los atributos referidos.

amor, mayor enemigo de los hombres cuanto más disfrazado vienes en regalos! ¡Oh amor, cuchillo de las vidas, tormento de las almas, a los principios alegre, en los medios penoso, y trágico en los fines! Solo quien no te conoce te desea, y solo quien es causa de mis daños te tenga, que es el mayor perjuicio que puedo desearle». Decía esto Feniso con tal afecto que mostraba bien la pasión de que nacía, y la verdad con que su sentimiento lo juzgaba. «Vos –replicó Laura– sin duda debéis de ser amante mal correspondido, pues tanto mal decís de quien ha sido causa de cuantos bienes hoy posee la tierra, conoce el mundo y estima la naturaleza. Es amor causa de nuestro ser y nuestra vida, pues sin él faltara la generación; causa de nuestro alimento, pues sin él no criara la tierra sazonados frutos; sin él faltara la comunicación de los hombres; él puebla las ciudades, gobierna las repúblicas, de él nace la amistad, tuvo principio de él la paz y la alegría; son hijas suyas la fortaleza, la grandeza de ánimo, la liberalidad, la cortesía, la elocuencia, y es padre del valor y del atrevimiento. De todo pudiera traer manifiestos ejemplos por mi parte, si no temiera más a vuestro cansancio en oírlos que a mí trabajo en contarlos; mas concluiré con decir que no hay cosa en que no se halle amor, pues aun entre los elementos, en quien es mayor la oposición, hay también amistad y conveniencia». «No niego yo –advirtió Feniso– al amor esas grandezas, mas como nadie tiene obligación a decir más de lo que ha llegado a entender de él, y yo en su filosofía solo he hallado cuidados y desvelos, digo lo que él mismo me ha enseñado, y refiero lo que de él he sabido. Fácilmente os concedo que en la esfera de los bienes humanos no hay quien iguale al gusto de una correspondencia amorosa, mas tiene sus fines tan en los principios que apenas puede decir el más dichoso que ha llegado este bien a su noticia sin verse obligado a confesar que le ha perdido». En estos discursos entretuvieron Feniso y Laura lo que faltaba de la noche: él triste, viendo su miserable estado y cuidando del que tendría su querida Laura; y ella alegre, mirando tanta dicha y deseando quitar a Feniso, con la noticia de su presencia, parte del cuidado que tenía, aunque, viendo que no se ofrecía ocasión entonces, determinó encubrirse y esperar que la hubiese más oportuna. El sol coronaba las cumbres de los más altos montes al tiempo que Silvio acudió a ver a su nuevo amigo y darle, entre los desvelos de su cuidado, manifiestos indicios de su afecto y nuevas esperanzas de que sería muy breve su prisión y su pena. Trataron

de la simplicidad o, por mejor decir, necia malicia del alcalde; ponderose el inmenso trabajo que es vivir con un necio, principalmente si es superior, exagerose la rudeza de este, ayudando Silvio con tan cuerdas razones, símiles tan a propósito y autoridades tan fundadas, que se pudo justamente dudar en que fuese hijo de aquella pobre aldea, y así le habló de esta suerte Feniso: «No pagaréis, Silvio amigo, mi amistad igualmente, si no sacáis el alma de una duda que padece, y digo que padece porque como el deseo de saber es tan natural a los hombres, en ignorar padece el alma violencia. El proceder vuestro dice⁹² tan mal con la rusticidad de esta tierra, la disposición es tan ajena de estos montes y el modo de hablar tan diverso de la rudeza de esta gente que, o me habéis de negar que es esta vuestra patria, o me habéis de conceder muchos favores del cielo al criaros, mucho cuidado de la naturaleza al haceros, y gran prevención de vuestra estrella al formaros».

Antes que amaneciese, fingió Laura que dormía para estar con justo título cubierta, y conseguir el no ser conocida, y así pudo escuchar cuanto los dos trataban, y que Silvio respondía: «Yo confieso que no fuera corresponder a lo que os debo, si negara cosa que vuestro discurso tan claramente ha deducido de las diferencias de mi traje y mi naturaleza; y así, entre el parecer fácil refiriendo mis sucesos, y ingrato a nuestra amistad dejando de decirlos, aborrezco tanto este último renombre que elige el alma el parecer liviano». Viendo pues la atención de Feniso, envueltas en un suspiro, comenzó a decir estas razones:

«No lejos del cristalino y opulento Tajo⁹³ tuve por padres dos empinados riscos, digo que solo los conocí por padres, pues cuando los naturales míos me negaron el paterno regalo, ellos, en faldas de olorosos tomillos, me concedieron odorífero regalo; más milagrosa, sin duda, que naturalmente me conservó el cielo piadoso, aunque pluguiera a sus luces claras no lo anduviera tanto entonces, pues veo las penas que me hubiera excusado y el sentimiento que no hubiera tenido. No mostró en esto solamente su

⁹² *dice*: «Vale también conformar, corresponder una cosa con otra» (AUT).

⁹³ Las referencias al Tajo y a su ribera son una constante de la literatura bucólica española; el entorno se describe normalmente como un *locus amoenus* –espacio idílico poblado por ninfas y pastores enamorados–. El pasaje evoca la *Égloga* III de Garcilaso (vv. 65–66): «Con tanta mansedumbre el cristalino | Tajo en aquella parte caminaba».

piEDAD conmigo, pues permitió que Aurelio, pastor de esta aldea, se perdiese para que yo ganase en él un afectuoso y nuevo padre, y él en mí un adoptivo y obediente hijo. Trasladome de la dureza de las peñas a la blandura piadosa de sus brazos, en quien yo a un tiempo lloraba inadvertido mis desdichas y obligaba indiscreto a mi remedio. Trújome, socorrido, del⁹⁴ bien necesario alimento por medio de una aldeana que, obligada de mi inocencia, me dio en blanca sangre el líquido y dulce humor de sus pechos⁹⁵: crecí en esta corta aldea, dando muestras de rama de noble tronco, porque el estar criada en poco culta tierra, pudo pegar algún villano olor a la nobleza de mi sangre, mas no mudar su generosa ascendencia. Mi edad se apresuraba al paso de la velocidad del viejo tiempo, y así brevemente llegué a tener mejor vida con la razón, pues no sabe si vive el que carece de ella. A la sazón más florida de mi juventud con pálido aspecto llegó a las puertas de mi opinado padre Átropos⁹⁶ fiera, y, atrevida a sus nevadas canas, hirió su humilde pecho; a que advertido Aurelio dispuso la joya de su alma para mejor engaste. Mandome la parte más florida de su hacienda, y prevenido de las espirituales refecciones que da la Iglesia a los peregrinos, que al fin de la navegable tormenta de la vida pasan el estrecho de la muerte⁹⁷, le pasó felicemente. Antes de cuyo tránsito me llamó, y con el secreto y verdad a tal cosa, y a tal tiempo debida, me declaró todo cuanto os he referido, dándome una pequeña bolsilla con que afirmaba haberme hallado, asegurándome de que era mejor de lo que yo entendía, y de que era don Luis mi propio nombre. Nacieron y fomentáronse en mí unos tan altos y bien nacidos pensamientos con esta narración y con su muerte que, vendidas las domésticas alhajas, vendidos algunos rebaños de ganado y enajenadas algunas tierras, pospuse la amigable aldea y connatural patria a la ajena ciudad y extranjera tierra; vagando por diversas partes en traje cortesano llegué a la insigne Barcelona con intento de ver la fértil Italia y cobrar después con mi valor nuevo

⁹⁴ *del*: empleado como partitivo.

⁹⁵ Indica la leche: «Los antiguos llevaban que la leche se hacía de la sangre, pero la mayor parte de los modernos asegura ser chylo puro, que se conduce por las arterias a los pechos» (AUT). Hay un pasaje parecido en la p. 199.

⁹⁶ Según la mitología, Átropos era una de las tres Parcas (con Cloto y Láque-sis) que tejían el destino de cada ser humano. Átropos representaba el sino irreversible y era, por tanto, la encargada de cortar el hilo de la vida, produciendo la muerte del individuo.

⁹⁷ Perífrasis para indicar el viático.

ser en la belicosa Flandes⁹⁸. Vi en ella una tan peregrina hermosura que determiné, dije mal determiné pues no puede determinar quien vive ajeno de sentido; digo que no pude pasar adelante, pues si me llevaban mis deseos a la bella Italia, en ella miraba una belleza más para imaginada que para referida; y, si me provocaba mi valor a dilatar acreditando en Flandes el nombre de español, bastantemente se me ofrecía una, si no cruenta, amorosa batalla, donde el mayor vencimiento era el quedar vencido, y donde yo lo estaba, tanto que hoy viven en mi pecho señales claras y cenizas vivas de aquel incendio. Por no dar que decir con mi presencia, y porque me comenzase a deber este recato, que en mi opinión basta a hacer a un amante con muchos merecimientos, dispuse a un criado mío que la siguiese, mas, o su negligencia o mi desdicha se la quitó de los ojos, y a mí la ocasión de este empleo. Nunca, oh Feniso amigo, prodigiosos amores tuvieron principios fáciles, y así era fuerza que el mío, que tuvo fin tan extraño, como veréis en mi discurso, tuviese principio espantoso. Tres meses me costó de cuidado el descuido de un hora, que solo amor se precia de dar a culpas leves castigos rigurosos. No tuve en todos ellos noticia de la causa de mi desvelo, con que determiné volver a mi primer intento, buscando en diferentes reinos mi fortuna, que tal vez no halla un hombre porque no la tiene donde nace. Había de partirme al siguiente día en una noche en que salí a hacer cierta diligencia en orden a mi viaje y, pasando acaso por una de las principales calles de la ciudad, me hallé impensadamente cerca de seis o ocho hombres que, sin mover los labios, acometían a dos, que por la parte donde yo estaba venían descuidados. No lo anduvieron en defenderse de sus enemigos, ni yo de ponerme a su lado, movido de la desigualdad de la pendencia, si bien a breve trato dieron al uno de los que estaban de mi parte una herida con que cayó en el suelo; y los demás, yendo el otro compañero del herido en su seguimiento, se ausentaron. Quedeme yo a cuidar del herido y vi que era un hombre anciano, de rostro y disposición venerable: rogome que le levantase del suelo y ayudase a ir a su casa, donde pensaba satisfacer tanto beneficio. Obedecí a su ruego y llevele lo mejor que pude, preguntándome en la distancia del camino muchas veces por Prudencio, que sin duda era el caballero que había ido en su compañía. Cuando llegamos a ella, y se supo el caso en la familia, salieron todos pesarosos y tristes, y entre ellos

⁹⁸ Luis quiere, pues, alistarse como militar.

una señora a quien las ansias y dolor había descompuesto⁹⁹. Si bien, llevado del adorno, reparé con cuidado y vi, a la claridad de una luz que bajaron, ser la misma prenda que me los¹⁰⁰ había causado tan grandes en tan dilatado espacio, y me había quitado, con la libertad, el sosiego. Comencé a sobresaltarme turbado y temer divertido en su presencia. ¡Oh hermosura, cuánto poder alcanzas, pues tal vez tú consigues sola más que pudieran riesgos y peligros! En medio estaban de esta turbación los criados, y de esta suspensión mis sentidos, cuando llegó determinado un hombre, y rompiendo por los circunstantes se acercó al nuevo objeto de mi amor y mi vista, y marchitó dos veces con su atrevida mano las rosas de sus mejillas. Yo entonces, llevado del enojo, sintiendo en el alma el dolor de los golpes, metí mano a una daga y pagué su atrevimiento con dos fieras heridas. Ausenteme por entonces sin ser de nadie conocido, a pesar de cuantos quisieron impedirme la salida, igualmente deseoso de saber a otro día¹⁰¹ el fundamento de tantas novedades, y rendido a tan milagrosa hermosura».

Don Luis, a quien llamaremos de esta suerte cuantas veces se hiciere memoria de la persona de Silvio, llegaba a este punto con su historia cuando llegaron Tireo y el alcalde: aquel a reconocer si era el mancebo que estaba preso de los que habían herido a Feniso, y este diciendo que él sabía lo que había de hacer. Atentos esperaron todos lo que decía, y brevemente se convirtió la atención en pesadumbre, oyendo que intentaba enviarlos a Toledo porque era el corregidor amigo suyo, y podría averiguar mejor aquella causa. Sobresaltose Feniso, afligiose Laura, que, aunque cubierto el rostro, a todo había estado atenta, y pesole a don Luis porque sabía la fuerte aprensión de aquel bárbaro y el daño que se seguiría a Feniso de volver a las manos de sus enemigos. Procurole apartar de este intento y, no obstante que Tireo afirmaba no ser de los que él había visto herir a Feniso, habiéndola hecho descubrir el rostro, se salió con el mismo parecer de enviarlos a Toledo con que había venido. Conoció al punto Feniso el principio deseado de todas sus

⁹⁹ «If the substantives used as subject are regarded by the speaker or writer as forming a single concept, the verb is placed in the singular. Furthermore, there is in the sixteenth century a strong tendency to make the verb agree with the nearest noun» (Keniston 1937: 36.4 y siguientes). En la novela encontramos varios casos de este fenómeno, usual en el castellano áureo, y respaldado por la sintaxis latina.

¹⁰⁰ Entiéndase «los cuidados».

¹⁰¹ *a otro día*: «al día siguiente» (Keniston 1937: 21.2).

desdichas y, admirado de tan extraña novedad, daba a la suspensión el alma y a Laura los deseos y los ojos. Habláronse gran rato con ellos porque son las lenguas que mejor dicen el sentimiento del corazón, y, mirando don Luis en estos efectos parte de la causa, les rogó librasen a su entendimiento de tantas admiraciones. «No os espantéis –respondió Feniso– de que me suspenda ver lo que más he deseado cuando lo esperaba menos. La que miráis, oh don Luis amigo, es Laura, en cuyas breves palabras me parece que habré respondido cuanto puede pedir vuestra curiosidad. He ido creyendo tan despacio estos bienes para que no me acabe el alegría, si bien por despacio que llegara fuera suficiente a quitarme la vida, a no venir limitada con la pena de verla, por mi causa, de esta suerte». Y volviéndose a Laura le dijo: «¿Cómo, hermosa señora mía, es posible que se haya cansado mi desdicha de mi daño? ¿Es cierto que hallé yo entre el mayor rigor la mayor dicha? Responded, para que deje de temer el alma que son sueños estos bienes, y atended a que, como no he tenido otra vez tantas glorias, es fuerza que las ignore, principalmente cuando, por gozarlas todas, no permito que el alma se divierta a discurrir, ni la fantasía a juzgar si son dudosas por imaginadas o ciertas por presentes». A quien Laura, o mejor Aurora¹⁰², lloviendo perlas sobre dos abriles de claveles¹⁰³, y dando licencia a la rosa de sus labios para que, abierta, respirase olores entre alientos, dijo, hiriendo¹⁰⁴ suavemente el aire, de esta suerte: «Yo también, dueño y señor mío, a quien voluntariamente rendí con el alma las demás potencias¹⁰⁵, desde el día que determiné negar a mis padres y poner en opiniones mi honor a costa de tantas penas, y tan inexcusables riesgos, ignoro qué responder, pues si los vuestros son bienes que por ser tan ciertos los dudáis, los míos son males que, por ser yo tan infelice, no es posible que se pongan en duda, y no es mucho que los llame males a bienes que no traen consigo más gloria de la que es suficiente a dar mayor tormento después de perdida cuanto están más vivas las memorias de

¹⁰² La *correctio* parece eco de los muchos juegos de palabras que se encuentran en el *Canzoniere* de Petrarca sobre el nombre de la amada como, por ejemplo, el del poema CCXXXIX: «Lá ver l'aurora che si dolce l'aura».

¹⁰³ Las lágrimas como perlas y el clavel para el rubor de las mejillas son metáforas usuales en la lírica renacentista y barroca.

¹⁰⁴ *hiriendo*: como cultismo semántico, en el sentido de 'golpeando', acepción normal en la Edad Media y que sobrevive «todavía en ciertos casos en el texto el Siglo de Oro» (DCE, III: 346).

¹⁰⁵ O sea memoria, voluntad y entendimiento (cf. n.1).

haberla poseído¹⁰⁶. ¡Oh cuán dichosa fuera yo si os viera libre de la prisión en que os veo, aunque padeciera por vos la que padezco, pues así esperara remedio, y ya sin vuestro amparo miro mi total ruina y mi precisa pena».

Decía tan tierna, y profería tan triste la afligida señora estas razones, que pudiera despertar en el más duro pecho lástimas de su daño y en el corazón más temeroso alientos y valor para estorbar su peligro. Por esta causa don Luis, en quien concurrían emulándose la sangre heredada noble, aunque desconocida, y la compasión de ver llorosa a Laura, la rogó que perdiese el temor y creyese que aventuraría la hacienda y perdería la vida antes que permitir que llegase a efecto el parecer de aquel tosco villano. De modo lo encareció, y de suerte la supo asegurar que ella quedó satisfecha, y don Luis se fue determinado a romper la siguiente noche el débil tabique que salía a su casa, y prevenir medios con que burlar la intención del alcalde, haciendo de la prisión y del lugar ausencia. Poco después que hubo salido con este pensamiento, y quedado solos Laura y Feniso, llegó el referido alcalde con prevención de cabalgaduras y gente que llevasen a la infelice Laura diciendo que dejaba a Feniso, pareciéndole que no era tan grande su culpa hasta ver qué resultaba de estotro viaje. Aquí fueron en Laura las penas, aquí los rigores, aquí las quejas de su estrella. Aquí de parte de Feniso eran las ansias, aquí el tormento, aquí el pesar de haber seguido el parecer de don Luis para dejar prenderse. Laura se vengaba de sí misma llorando, que es la venganza de las mujeres nobles, y Feniso se castigaba con sus penas el estar de aquella suerte, que es el castigo de quien se tiene la culpa de su daño: él no podía resistir a su amor ni ella podía vencer a sus afectos. Y así, antes que la llevasen y después de haberla sacado de la prisión inmóvil que tenía, se llegó a él al descuido, y perdió, entre sus brazos, con un desmayo, temporáneamente la vida. Repararon en ello los que habían de llevarla, y esperaron a que volviese en su acuerdo; mas tardó tanto tiempo que les pudo parecer muy tarde y se determinaron a dejarlo hasta el siguiente día, pues importaba menos que se detuviese que no salir a peligro de que alguno se valiese de la obscuridad de la noche para quitarles el preso. Alegrose Feniso del nuevo intento porque esperaba hallar en la

¹⁰⁶ Reminiscencia del célebre verso del *Infierno* de Dante: «Nessun maggior dolore | che ricordarsi del tempo felice | ne la miseria» (V, vv. 120-122) que tuvo mucho éxito en España (cf. Farinelli 1922: 117-121).

misma obscuridad que ellos temían remedio a los pesares, que sin duda le acabarían la vida a durar mayor tiempo. Volvieron a Laura a sus prisiones, y entrambos a esperar en la cuidadosa diligencia de don Luis el importante fin de tanto desconsuelo. Templaban el exceso de su alegría temores del futuro suceso, aunque las esperanzas de él eran tales que pudieron esforzar a Laura para que, rogada de Feniso, refiriese la novedad de haberla hallado en lugar tan ajeno de lo que pudiera imaginar el pensamiento, aunque se diese a inquirir imposibles, para cuyo efecto dio principio a estas razones:

«Después que, oh Feniso mío –a quien doy este nombre porque tú no te disgustas de serlo cuando yo me alegro con la posesión de tu voluntad–, me dejaste en casa de tu mayor amigo (si es que se permite este lenguaje entre los verdaderos amantes, que no dejan, porque siempre asisten en lo que aman) herida de tu acero, no injuriada de tu amor; falta de sangre, más por la ceguedad de tu enojo que por la advertencia de mi daño; y últimamente, después que quedó mi pecho abierto a manos tuyas (debió de ser que quisiste ver en él la mayor firmeza que ha conocido el mundo) y haberse puesto remedio a la herida, no a los deseos que tenía de verte cada instante (porque como para estos era necesaria tu presencia, y te miraba ausente, iban cada día en peor estado), de ella estuve mejor en poco tiempo a causa de no ser peligrosa, y de ellos¹⁰⁷ tan perdida que temí la muerte de mi amor, tanto como esto pueden rigores de ingratitud. Estaba el alma de suerte que decía mal de lo mismo que adoraba, y quería bien lo mismo que maldecía. Amaba tus prendas cuando las aborrecía, y aborrecíaslas para amarlas con más fuerza que, como el aborrecimiento procedía de mi amor, aborrecerte fue descansar para volver a amar con más violencia¹⁰⁸. Culpaba a tus descuidos mi cuidado, persuádame a lo que menos deseaba y injuriaba tu amor con mil renombres: de falso, ingrato, fiero, injusto y inconstante, aunque tal vez procuraba dudar lo que tenía por cierto y te buscaba disculpas solo por el interés que granjeaba en ellas. En estas pasiones se ocupaba el alma, la memoria en no apartarte de ella, el entendimiento en conocerte, el cuidado en procurar mi salud, y doña Leonor Velázquez, hermana de don Juan, en cuidar de mi regalo con el mayor afecto y la mayor solicitud que han podido merecer buenas

¹⁰⁷ «De ella» se refiere a «herida», «de ellos» a «deseos».

¹⁰⁸ El pasaje está construido con la técnica de los *opposita amoris*.

obras, ni se ha debido a obligaciones de amistad. ¡Cuán elegantemente pensó un discreto cuando dijo que en el mundo no había otra cosa si no es amor o odio!¹⁰⁹. Pues un hijo de un poderoso mercader de la ciudad, llamado Félix, amaba a doña Leonor. La desigualdad de los dos, el recato que ella tenía, el respecto a que mueve una hermosura grave, y el temor que pone una gravedad honesta, fueron causa de que no se atreviese a explicarle por sí mismo el amor, el desasosiego y los desvelos que le costaba el haber visto su hermosura. Determinó por esta causa buscar otros medios y eligió el más ordinario, y aún no sé si el más importante, que es el de una amiga o criada, porque, como estos son enemigos que combaten desde cerca, hacen más ciertos los tiros y aseguran más el vencimiento. De experiencia pudiera decir lo que consigue una continua alabanza del pretendiente y un vivo memorial del que procura, que todo esto es una criada, que alaba persuadida y negocia pagada. Tenía una doña Leonor a quien habló y granjeó Félix y, aficionada a su talle, a su gala, y a la fuerza de su amor, que siempre se encarece más a las terceras, o porque falta el temor de parecer enfadoso, o porque sobra más libertad a la lengua. Trató de guardar para sí lo que a doña Leonor se dirigía, quedándose en ella los recados, recibiendo por sí los requiebros, y teniendo por suyos los amores. Entretenía a Félix con palabras y esperanzas (aquellas de parte de su dueño, falsas; y estas, de parte suya, verdaderas), previniéndole de que si no daba doña Leonor más indicios, y si él no vía más muestras de su afición, era o temor de su hermano o natural vergüenza propia. Con esto Félix proseguía, doña Leonor lo ignoraba, y ella buscaba el modo que sería más a propósito para tener en sus lascivos brazos al engañado amante. Hablábala Félix muchas noches por una ventana, atribuyendo el cuidado y solicitud con que acudía a su gusto a las dádivas y regalos con que la tenía obligada. No culpo yo su amor, oh Feniso, porque fuera culparme a mí misma en ajeno sujeto; ni soy tan ignorante que no advierta cuán disculpados deben estar los yerros amorosos, cuánto ciega esta pasión el alma, y cuán poco lugar queda en la razón para mirar inconvenientes, temer peligros, y prevenir los daños. Mas con todo eso no puedo disculpar el engañoso modo, el proceder injusto y el trato aleve de esta mujer liviana. Andaba don Juan con algunos recelos por haber visto muchas veces un hombre cerca de su casa, pero ni los decía ni

¹⁰⁹ Quintana parece aludir al filósofo presocrático Empédocles de Agrigento.

mostraba; de donde infiero que no debían de ser muy fuertes, porque si llegan a serlo no es posible que se encubran con la cordura más atenta ni el pecho más valeroso. Quiso una noche hacerlos menos ciertos, inquirendo y escuchando, de donde sacó lo que suelen hallar cuantos escuchan curiosos, que es saber lo que deseaban ignorar. Púsose oculto en el zaguán de una casa principal que estaba enfrente de la suya; y vio que a la seña que hizo Félix salió cuidadosa la criada referida, a quien conoció don Juan al punto; y oyó que en voz baja le decía que su señora no podía salir entonces, pero que a la siguiente noche no solamente saldría a hablarle, mas aun haría de suerte que pudiese entrar en su misma sala. Despidióse con estas nuevas Félix, lleno de la alegría que le pareció justa, en tiempo que esperaba alcanzar tan brevemente el premio que no había merecido en muchos años. No quiso don Juan seguirle, viendo que había de volver a la siguiente noche, antes disimuló prudente aquel día, y llamó con secreto a la misma criada que había conocido, que, sin que fuesen necesarias muchas amenazas, trazó un enredo tal cual te puedes prometer de un ánimo amoroso y ignorante: díjole que doña Leonor amaba a un caballero que se llamaba don Antonio (a quien tú por mancebo ilustre y rico es fuerza que conozcas), y que la siguiente noche estaba determinado a entrar con ayuda suya y gusto de su señora en su cuarto. Todo esto decía, pareciéndole que por aquel camino conseguiría su intento, pues cuando Félix estuviese dentro y llegase don Juan a verlos juntos, haría que se casasen, y quedaría desengañado de la falsa culpa que a doña Leonor imponía. Lo que don Juan oyó aquella noche, y lo que entonces escuchaba, se conformaba de manera que no dudó en dar crédito a esta mentira, antes concertó con la misma, que se confesaba tercera en los amores de la inocente doña Leonor, para que lo fuese, de que él cogiese a don Antonio con ella. Pasó Félix lo poco que faltaba del día, rico de esperanzas de la gloria que había de poseer, y don Juan lleno de penas, que le bastaban a matar: aquel imaginando los medios por donde había de conseguir el premio de sus trabajos, y este previniendo el modo de impedirlos a costa de sus desvelos. Llegó la tenebrosa noche y, haciendo esconder a don Juan, salió la vil criada a esperar que el engañado Félix viniese. Dormía doña Leonor en mi cuarto, y así pudo hacer más aparente su engaño metiendo el mísero mancebo en el que solía su señora ocupar otras veces. Dejóle sin luz en la sala, diciendo que esperase allí mientras

iba a avisar a doña Leonor y volvió a breve rato, fingiendo que lo era, hablando poco y quedo para que la voz no fuese conocida. Mas don Juan, que había estado atento a todo (presumiendo que ya estarían seguros), salió de adonde estaba escondido y, sin atender a más informaciones, hizo con dos puñaladas uno el tiempo de su muerte y su desdicha en ellos, de suerte que, cuando la infiel criada pensó tener esposo, tuvo esta pena; cuando presumió tener premio, halló castigo; y cuando esperaba alegre vida, miró su triste muerte. No fue la de Félix tan breve que, aunque faltó de fuerza con la herida, dejase de poder acudir a sus armas, y obligar a don Juan para que se valiese de las suyas, con que fue necesario hacer estruendo, alborotar a toda la familia, y ser en Félix mayor el desaliento y más ciertas las pérdidas de su vida. Acudió don Juan luego presuroso a mi cuarto, y, si bien ignoro con qué intento, juzgo que sería con deseo de librarme del peligro que correría mi persona si acudiese a prenderle la justicia y me conociese; mas, viendo conmigo a su hermana doña Leonor, se detuvo confuso, y volvió temeroso a desengañarse de quién eran los muertos. Conoció a Félix y atendió al peligro que tendría en sabiéndose su muerte por ser único en la casa de su padre y heredero de una copiosa hacienda, la cual podría, si le cogiesen, reducirle a demasiado aprieto. Llevado de esta imaginación se ausentó antes del día, y yo, vestida en este traje, que es con el que salí de en casa de mis padres, salí también acompañando a doña Leonor hasta la de una prima suya, con quien me dijo que se pensaba partir a Lérida (ciudad donde un tío suyo, hermano de su padre, habita) por no vivir en compañía de don Juan, pues es cierto que no se podría borrar de su memoria aquella crueldad, la cual, si no había llegado a su persona, por lo menos vía ejecutada en quien a su parecer lo era. Este es el estado a que llegó toda esta ilustre y noble familia por el engaño de una criada ignorante, en cuyo suceso me persuado a que importa tanto en una casa que sean las criadas buenas como que sea la propia mujer honrada, pues si aquellas no lo son, prevarican las costumbres de sus mismos dueños y aun tal vez los traen a padecer o lastimosa tragedia en la preciosa vida, o manifiesto peligro en el guardado honor. Despedime de doña Leonor a aquellas horas, salí de la ciudad y metime por la aspereza de estos montes, codiciosa de hallar alguna población donde poder recogerme hasta que el cielo dispusiese para mejor estado mis cosas: la poca noticia que yo tenía y la demasiada aspereza de

ellos fueron causa de que me perdie-se, y la justicia de esta aldea me hallase y trujese a lugar donde impensadamente hallé mi contento, encontré mis bienes, cobré el alma, recibí aliento, recuperé mi amor, y añadí aumento a la vida».

Estuvo suspenso Feniso oyendo a Laura este suceso, y dio indicios de que, a tener mil almas, todas las ocupara en atender a la elocuencia de sus palabras y elegancia de sus razones. Al cabo de ellas la pagó en otras no menos advertidas todo cuanto hasta aquel punto le había sucedido, reparando después por las sospechas que tenía de don Juan no haber sido de todo punto fiel la diligencia de acudir al cuarto y aposento de Laura. Con esto engañaban el tiempo y divertían sus penas los dos presos amantes, puestas en don Luis las esperanzas de su libertad, y librados en su cuidado los efectos de su remedio, el cual ni se descuidó en lo que llevaba encomendado, ni se olvidó de lo que había prometido, pues, cuando todo estaba en el más quieto silencio de la noche, oyeron un pequeño y sucesivo ruido que brevemente fue causa de otro mayor, con que quedó gran parte del tabique en el suelo, por aquel lado que dijimos se dividía la cárcel de su casa. Entró¹¹⁰ por la rotura fácilmente, y llegándose a Laura la rogó que tuviese el valor que siempre había mostrado, cierta de que no se podría efectuar su intención si le faltaba aqueste nervio al pecho. Ella prometió dar en el suyo más ejemplos que escarmiento, y inducir a más imitaciones de su ánimo que lástimas de su flaqueza, a tiempo que don Luis, con los instrumentos y llaves que traía, pudo romper dos candados, dividir las prisiones, y juntar dos almas presas en mejores lazos. Salieron de la obscura cárcel, y cogiendo una famosa¹¹¹ yegua, que don Luis tenía para salir tal vez a caza, por más que se excusó, hizo poner en ella a Feniso, y después de haber acomodado en el arzón de la silla a la hermosa Laura, les previno de que con toda prisa le siguiesen. Tomaron su camino la vuelta de¹¹² Toledo, pareciéndole, y justamente, que si fuesen seguidos no sería a parte donde tanto habían temido volver, como se conoció en el desmayo de Laura. Finalmente, de manera apresuraron su camino que pudieron ver los chapiteles de las altas y encumbradas torres de la imperial ciudad,

¹¹⁰ El sujeto es Luis.

¹¹¹ *famosa*: «Se toma también por cosa buena, perfecta y que merece fama» (AUT).

¹¹² *la vuelta de*: «Modo adverbial que vale lo mismo que hacia, u camino de» (AUT).

antes que el alba, precursora del sol, diese indicios de su luz a los riscos, copia de perlas a las flores, y alma de cándido resplandor al hemisferio nuestro. Determinose en la distancia del camino que Feniso y Laura no entrasen en ella por el peligro que podrían tener sus personas; y así, antes de llegar, dirigió Feniso su viaje a la casería (a quien allí suelen llamar comúnmente Cigarrales) en quien dijimos que él había estado escondido, dando primero a don Luis señas de la casa de su padre, para que le hablase y pidiese con que poder partirse de allí y excusar con su ausencia nuevos y mayores daños. Llegó don Luis a la presencia de don Ambrosio, a quien refirió lo que hasta entonces había pasado, a lo que había venido, y el lugar en que Feniso le esperaba, callando con particular advertencia el que Laura estuviese con él, por haberle sido advertido de que, si su padre sabía que le acompañaba, era tanto el odio que tenía a toda aquella familia que sería muy posible no socorrerle, como esperaba de su liberalidad. Alegrose don Ambrosio con esta nueva, agradeció a don Luis los beneficios que a Feniso había hecho y, sin detenerse un punto, mandó un criado ensillar un fuerte caballo de campo, y dar a don Luis dinero suficiente para poder llegar a Valencia, donde gustaría que Feniso estuviese hasta que tuviese otro aviso, y donde le libraría mayor cantidad para que se tratase como hijo suyo, pues en tanto solamente le encargaba atendiese a eso y a la nobleza de su sangre y, últimamente, que no atribuyese a falta de amor el no ir a persuadir personalmente sus obligaciones, sino a temor de no dar que sospechar, por cuanto sabía que a ninguna parte dejaba de ser ocultamente seguido de sus contrarios, a fin de saber de su persona y tener noticia de Laura. Con esto, y enviar un criado de quien don Ambrosio se fiaba para que le acompañase hasta cuatro o seis leguas¹¹³ de la ciudad, despidió cortésmente a don Luis, que antes que saliese de ella con el dinero, que de su casa había recogido, compró un bizarro vestido de camino, y, juntando lo demás con el que don Ambrosio le había entregado, se partió acompañado de Valerio, que este era del criado el nombre, y llegó adonde Feniso le esperaba cuidadoso. Aquella misma tarde hicieron que Valerio se volviese, y, después de haber dado a los cuerpos su necesario alimento (pensión con que la naturaleza nos hace reconocer cada día nuestra propia miseria), se partieron a la

¹¹³ *leguas*: «De las leguas españolas entran diez y siete y media en un grado de círculo máximo de la tierra, y cada una es lo que regularmente se anda en una hora» (AUT).

antigua ciudad de Valencia. Feniso y Laura de la suerte que habían venido hasta entonces, y don Luis, en el nuevo traje y caballo que de Toledo había sacado, caminaban tan alegres que pudieran temer alguna desdicha, la cual raras veces deja de seguirse a un gran contento; de donde nació al otro filósofo el decir que deseaba estar triste y temía estar alegre, porque con las tristezas podía esperar alegría, y tras las alegrías no queda que aguardar si no es tristeza¹¹⁴. En Laura iba creciendo por instantes el amor con la comunicación: era muy bien entendida, Feniso extremadamente cuerdo, prudente y advertido; ¿qué mucho que le estimase? Y más cuando no hay mujer discreta que no sea agradecida, porque el entendimiento le sirve de conocer las partes¹¹⁵ que ha de querer, y tras el conocimiento se sigue necesariamente (si son buenas) el haber de estimarlas¹¹⁶; dando a todo Feniso más fuerzas con su cortesía, pues jamás pareció en las acciones hombre amante, sino esclavo humilde, tanto era el respeto con que la servía, y tal encogimiento con que la miraba. A poco más de una jornada¹¹⁷ de Valencia llegaban, a tiempo que, persuadido de Laura, prosiguió don Luis su comenzada historia, y anudando el discurso de ella en la parte que le dividió el peso de tantos hierros en aquel juez insufrible, dijo de aquesta forma:

«Ya dejé referido el estado en que quedó toda aquella ilustre familia, mas el amor, y no haber sido conocido, me dieron atrevimiento para que de allí a seis días supiese que era padre de mi hermosa prenda el anciano herido y que estaba ya mejor, pero que había muerto el mancebo a quien yo había castigado la osadía, y que la había tenido a título de hermano. Informeme también de su calidad, y hallé que en la sangre era noble, en la hacienda rica, en el estado doncella, y en el nombre doña Hipólita. Bien advertí que tantas prendas hacían dificultoso mi amor, mas llegaron estas dificultades muy tarde para que yo dejase de adorar el hermoso dueño de ellas. No quise saber más por entonces por

¹¹⁴ No hemos podido encontrar la procedencia exacta de este pensamiento, que parece asimilable, de nuevo, a la filosofía estoica latina, y en particular senequista.

¹¹⁵ *partes*: «Usado en plural se llaman las prendas y dotes naturales que adornan a alguna persona» (AUT).

¹¹⁶ Según la doctrina neoplatónica, el conocimiento de algo bueno y hermoso lleva necesariamente al hombre a amarlo.

¹¹⁷ *jornada*: «La marcha que regularmente se puede hacer en un día» (AUT).

no despertar con mi curiosidad algunas sospechas. Dábanme inexplicable pena, atormentábanme con intolerable cuidado mis nuevos pensamientos, y ni ella salía de mi afligido pecho, ni yo de su dichosa calle. Era tanto su justo recato (aunque, para mí, enojoso recogimiento) que solo con los ojos de mi continua imaginación la vía. Cierto estaba yo de que con su vista mis penas crecerían al paso de mi amor, y él al de la excelencia del objeto (mas del que es desdichado hasta las penas huyen, si las desea). Tal vez entre fantásticos discursos triste me deseaba la muerte, y tal alegre premios justos a tanto amor me prometía. Víame, a causa de la agitación de espíritus¹¹⁸, casi sin ellos, casi sin natural calor, casi sin vida. Vía que mi mal carecía de remedio, porque a enfermedades de amor ni hay yerba que las sane ni medicina que las mitigue. Vía que si el alma me aconsejaba que aplicase la epíctima¹¹⁹ del olvido, único remedio contra el veneno que a pausas¹²⁰ me acababa, recibía en mayores tristezas la pena de su inútil consejo. Salió un día del de mi acuerdo uno, que fue puerta dichosa de mis bienes o puerto apacible al mar de mis tormentos. Pareciome trabar amistad con uno de los criados de su casa, que como enemigo forzoso fuese inexcusable espía al campo de mi amado contrario: no me salió vano este deseo, pues brevemente llegué a tenerla tan íntima¹²¹ con Octavio que una voluntad era potencia de dos almas, y una alma imperaba dos distintos sujetos. Acompañábame con él, entraba en la casa de mi dueño sin peligro de vecinos curiosos ni temor de lenguas, que tal vez dejan de decir lo que saben por no callar lo que imaginan. Tuve lugar de verla muchas veces, aunque ninguna de hablarla. Reparó algunas en mi atención, dándome con su vista infalibles nuevas de mi dicha y claras premisas del bien que tanto amor esperaba. Viendo pues que era cosa imposible a mi voz intimarle mis pasiones, elegí la muda lengua de un papel para que con ella tuviese por lo menos noticia de mis males. Airada se mostró a los primeros, mas no por eso dejé de continuarlos, a que menos esquivada, obligada de la curiosidad de ver lo que contenía –¡Oh cuánto importara que nacieran algunas mujeres sin

¹¹⁸ *espíritus*: en la acepción aristotélica de ‘principio vital’.

¹¹⁹ *epíctima* es forma culta de *epítima*: «Comúnmente se toma por la bebida, o cosa líquida que se aplica para confortar y mitigar el dolor» (AUT).

¹²⁰ *a pausas*: «Modo adv. que vale con intermisiones en la ejecución de alguna cosa» (AUT).

¹²¹ *íntima*: entiéndase «amistad».

deseos!– abrió y leyó el último, tan lleno de ternezas y tan copioso de ruegos, aunque en breves razones (esencia de discretos papeles), que la obligó a responderme que hasta entonces no había creído mi amor, y que bastase por entonces creerle. Alegre con tan favorable respuesta animé mis pensamientos, levanté mi presunción, realcé mis imaginados bienes, resucité mi ya perdida memoria y, finalmente, cobré nueva vida y mejor ser mis marchitas esperanzas. Continué mi solicitud, alenté mi diligencia, advertí mi ventura, y prometí dichoso fin de principio tan excelente: conocí que confesaba la deuda y persuadíme a que no estaba muy lejos de pagar quien se reconoce deudor. Ayudaba Octavio, como secretario de mi amor, con asistencia de pretendiente y fidelidad de amigo, escribiendo en mi nombre variedad de versos, cosa de que doña Hipólita se pagaba mucho, y cosa que antes que la oyese hablar la pudo para conmigo acreditar de discreta, de los cuales os referiré estas espinelas, porque perseveran más en mi memoria a causa de ser los primeros, y porque con la variedad os sean mis sucesos menos desapacibles:

De nuevo, Hipólita bella,
temiendo vuestro rigor
me trae rendido mi amor,
me trae forzado mi estrella;
de mí mismo se querella
mi afligido pensamiento
cuando lo que siente siento;
pero nuevo aliento cobra
viendo que, donde amor sobra,
nunca falta atrevimiento.

Pude veros, llegué a amaros,
mas, ¡ay dulce dueño mío!,
mal pudiera mi albedrío
en mirandoos no adoraros;
bien da de esto indicios claros
el alma, pues se corriera
de que de ella se dijera
que vio vuestra beldad rara,
y que viéndoos se mirara
sin que rendida se viera.

No expliquen, dueño querido,
de mi amor la fuerza suma
estos rasgos de la pluma,
sino mi propio sentido;
aunque, si de mí me olvido
por poder vivir sintiendo,
que otro imposible pretendo
mi sentimiento publique,
y que es fuerza que él no explique,
lo que ni ignoro ni entiendo¹²².

Si respuesta desmerece
este papel por ser mío,
de mi justo amor confío
que mayor favor merece:
fue niño amor en mí, y crece
infinito cada instante;
si ha de pasar adelante
vuestro pasado rigor,
dad un favor a mi amor,
veréis que muere gigante.

Alcance de vos siquiera
esperanzas mi deseo,
que no es pequeño trofeo
para quien humilde espera;
bien sé que ignorante fuera
en llegar a pretender
que queráis corresponder;
pero, si bien lo miráis,
no os pido que me queráis,
sino que os dejéis querer.

Correspondía Octavio justamente a mi amistad con esto, y alabar algunas veces, al descuido, las prendas de mi persona, con que en doña Hipólita se aumentaba el cuidado. Fingiose melancólica un día, y su padre por alegrarla determinó partirse por algunos a una aldea que tenía, herencia y solar antiguo de sus ascendientes nobles. Aperciéronse de todo lo que podría su calidad necesitar, o su necesidad carecer. Supe de Octavio el nuevo viaje, y prevíneme

¹²² Décima muy conceptista que describe la imposibilidad de expresar el sentimiento amoroso.

para seguir la luz que lo era de mis ojos y la causa que lo fue de mis bienes. Tuve lugar de verla más a menudo por ser menor su recogimiento, hallando en sus ojos bellos una muerte dulce, una agradable herida, un apacible tormento, un deleitoso desasosiego, un cuidado suave, un hermoso homicida y un enemigo blando. Hicieron los aldeanos vasallos, a su posible, permitidas fiestas, donde yo, a título de forastero y en su mismo hábito, pude adelantarme tanto que llegué a ser a un tiempo mismo blanco de todos, y saeta que encendida en mi amor abrasaba de doña Hipólita el pecho. Ya desde entonces el mirarme o encenderme era más continuo, su alegría y la mía –que como alma de mi ser, si la tenía me la daba– mayor; ya desde entonces advertía unos nuestros deseos, por ser unas las almas. Tuve lugar de hablarla una noche, porque para las mujeres solo no hay tiempo cuando no le desean, ni lugar cuando no le procuran. No permitáis haga memoria de lo que en aquella noche entre los dos pasó si no queréis que la pierda de los demás sucesos, y con ella su radical principio, porque las ternezas, los regalos, los amores, los advertidos requiebros, las dulces palabras y los enamorados discursos más penas dan después de perdidos que dieron gloria gozados. Demás de que los que yo tuve en aquel tiempo breve, más son para imaginados que para referidos. Amaneció tan presto que parece que el alba de envidiosa apresuró su plateado curso; vi con su claridad las penas que me habían negado las pardas sombras de la obscura diosa, y conocí el tormento que la necesaria ausencia me prometía. Despedime con quebradas razones, despedazados períodos, destroncadas palabras, tartamuda lengua y anudada garganta; y prometiome permanente amor, incorrupta fe y eterno nexo de las almas. Partímonos a otro día a la antigua Barcelona, en cuyo camino, distantes de ella media legua, nos salió una escuadra de gente que, bien prevenida de escopetas, esperaba nuestras personas para darlas la muerte, a causa de ciertos bandos que Leoncio, padre de doña Hipólita, tenía con otro poderoso caballero, que, vista la ocasión que se ofrecía a su venganza, salió determinado a no perderla. No iba desapercibido el noble Leoncio, temeroso de lo que podría intentar su contrario, pues para su defensa llevaba otro, si no mayor, más valiente en número de amigos y deudos. Comenzaron como mortales enemigos a disparar de suerte las pistolas unos y otros que pudo extrañar la muerte el que no quedasen todos con la primer rociada en sus débiles manos. Como

los contrarios eran más en número, tuvieron lugar de dividirse en dos partes desiguales para que, mientras la mayor entretenía y procuraba ofender a los nuestros, la más pequeña llegase adonde doña Hipólita iba, ya sola por haber acudido Leoncio al amparo de los suyos, y donde, a no llegar ciegos, quedaran abrasados, teniendo en el pecado de su atrevimiento la pena que otro tiempo la inocente Etiopía¹²³. Sacáronla del coche, más alegre con el rapto dichoso que si a todos hubieran quitádonos las vidas; y no era mucho, pues granjeaban así de su enemigo mayor venganza, haciéndole morir a las manos de su misma afrenta, muerte excesivamente cruel a un noble pecho. Pienso que no podré referir en esta parte lo que sintió el mío cuando, por habernos quedado un poco atrás yo y Octavio para tratar de mis dichas, vimos venir a mi amorosa prenda, hecha inhumano robo de sus enemigos. Perdí el sentido, trabose la lengua, obscurecióse la vista, faltaba la memoria, cesó el discurso, paró mi movimiento, y aun me faltara el alma a no quedarme el deseo de recobrar a Hipólita y sobrarme el enojo que con tanta fuerza me incitaba a la venganza. Conoció luego Octavio quiénes eran, y, cuando yo solamente intentaba perder la vida o ganar mi dueño, advertido de mi temeridad me detuvo y, apartados del camino y encubiertos detrás de unos montecillos de tierra, dejamos que llegasen a igualar con nosotros y, cogiéndolos súbitamente, fueron las prevenciones de su defensa en vano, pues ignorantes del suceso y turbados con el impensado acometimiento, quedaron tan inhábiles para nuestro daño que, cuando quisieron mirar por sus vidas, las hallaron cuatro de ellos en el golfo de la muerte y imposibilitados de cobrarlas; cerraron los ojos, y a su pesar tragarón la más amarga purga imaginable. Quedaron otros tantos, mas tan desalentados por la pérdida de sus muertos compañeros que trataron de remitir a los pies lo que no habían podido conseguir las manos. Procuraba Octavio en su seguimiento mitigar con el rojo humor de su sangre el polvo espeso, mas prestoles tantas alas el temor que a convertirse en viento dudo si pudiera alcanzarlos. Yo, en tanto, atraído de la imán¹²⁴ de mi memoria y engañado del dulce cocodrilo de mi alma (que con un

¹²³ Alude a la creencia, de origen bíblico y clásico, según la cual los habitantes de Etiopía eran negros porque fueron quemados por el sol, no obstante sin culpas (cf. Oxford Latin Dictionary 1968-1982: VII: 75).

¹²⁴ En el Siglo de Oro el término podía ser tanto de género femenino como masculino.

llanto de un profundo suspiro me llamaba a la muerte), llegué juzgando cierta mi dicha en la desdicha ajena; y vi que volvía la sangre a vivificar su afligido pecho, en quien, por acudir al corazón abundancia, había causado un insensible desmayo. Justamente ponderad este estado y hallaréis en mí a aquel tiempo en igual balanza la confusión y turbación, la alegría y el temor de perderla (justo en las cosas al paso que se estiman, pues no hay bien pequeño que dure mucho, ni grande que no dure poco); en ella advertiréis el vital aliento perdido, las femeninas fuerzas más débiles y la vergüenza que, disculpada con la falta de sentimiento, no dudaba en darme los brazos pródiga y copiosamente. Apenas volvió los ojos, ignorante de que quien la tenía estaba más dispuesto a su amparo que a su perjuicio, cuando conoció que era Atlante de su cielo¹²⁵ yo, que me confesaba tan rendido a su gusto como ella se imaginaba de contrarios aceros. Mucho fue no desconocerme, porque, de una pequeña herida que yo había recibido, tenía algún tanto imperceptible el rostro; mas quien afirmaba tener el original en el alma, fácilmente le pudo verificar con el obscurecido traslado. La sangre que me salía era de modo que, a no impedirle el paso los dobleces de un lienzo, que anudado sirvió de presa a su corriente, saliera entre Leónado¹²⁶ humor el invisible espíritu. ¿Quién podrá exagerar mis alegrías viendo prevenirme remedio dos azucenas bellas?¹²⁷ ¿Quién será suficiente a encarecer mis excesivos contentos mirando esmaltadas, con el rojo esmalte de mi sangre, sus cristalinas manos? Dígalo mi silencio si acertare, pues en mí es tan imposible decirlos como me siento inhábil de gozarlos.

Llegó Octavio a este tiempo, más cansado de seguirlos que pudiera haber quedado de matarlos. Alegrose de nuevo doña Hipólita con su venida, y mucho más con la de su padre y amigos, que, después de haber puesto en vergonzosa huida a sus contrarios, advertidos de su inadvertido suceso y lastimosa pérdida, irritados de dolor, proponían perder las vidas o cobrar la más estimada

¹²⁵ *Atlante*: «Voz muy usada de los poetas y algunas veces en la prosa para expresar aquello que real o metafóricamente se dice sustentar un gran peso» (AUT). Luis está llevando a Hipólita en brazos.

¹²⁶ *leonado*: «Lo que es de color rubio oscuro, semejante al del pelo del león» (AUT). No se puede descartar que aquí, además de la observación realista, indique simbólicamente la tristeza, como en mucha literatura medieval y áurea.

¹²⁷ La metáfora indica las manos de la dama. La azucena para identificar la piel blanca de la mujer es tópico de la *descriptio puellae* petrarquista (piénsese en el célebre soneto garcilasiano «En tanto que de rosa y azucena»).

prenda de Leoncio. Saliéronles al paso Octavio y ella (porque yo, obligado del dolor, venía más despacio), donde fue regocijo de todos increíble, y en particular el que como paterno a los demás excedía. Allí los abrazos eran mayores que en su nacimiento, cuanto era mayor gloria el cobrarla honrada –a tiempo que la juzgaba perdida– que el tenerla sin haberla conocido¹²⁸. Allí al peso de la temida tristeza era la deseada alegría; y allí, últimamente, cuanto se esperaba eran muertes y rigores, y cuanto hubo con su presencia fueron contento y risa. Contó Octaviano en breves palabras todo lo que he dicho en difusos períodos, mientras yo llegaba a ser recibido con singular aplauso y comunes brazos de todos. Satisfecho Leoncio de lo que debía a mi valor, como si no tuviera yo la paga en otro agradecimiento, quiso hacérmela en que me curase en su casa, donde quería cuidar de mi regalo como yo lo había hecho de su querida hija. ¿Quién duda sino que en mí, que lo estaba deseando, las excusas serían cumplimientos, y que aceptaría fácilmente lo que entre afectuosas razones amante agradecida y piadosa doña Hipólita me persuadía? Cureme brevemente así por el cuidado que en mi salud se puso, como por no ser demasiado peligrosa la herida, bajando algunas veces a darme alegres instantes mi hermosísimo dueño –y digo instantes porque en su presencia dilatados siglos me parecieran puntos–, con que me ausenté de su casa y volví a entretener mis deseos como al principio.

Llegando a tan alto estado mi amor, era fuerza que, pasando adelante, fuese bajando siempre con mis dichas. ¡Oh mil veces infeliz aquel que llega a estar tan encumbrado en los humanos bienes que no tiene donde subir, ni halla a qué aspirar, pues es cierto (supuesta la inconstancia de las cosas) haber de volver atrás, o dar a otros escarmiento en su miserable caída! Había en la misma ciudad un caballero cuyo nombre era don Vicente de Ávalos, la persona bizarra, el ingenio excelente, y la riqueza en grande suma. Este, pues, enamorado de doña Hipólita, la galanteaba, la quería, y esperaba alcanzar para esposa. Nada de esto ignoraba yo (porque los que aman, como ven con el cuidado y los ojos, alcanzan tanto que nada se les oculta), mas la correspondencia con que vía pagado mi amor, y el estar cierto de que doña Hipólita no sabía sus

¹²⁸ El pasaje parece indicar que la felicidad de Leoncio al abrazar a la hija que creía perdida es mayor que la dicha que sintió cuando ella nació, cuando todavía no la conocía.

desvelos, eran causa de que yo no cuidase de hacerle desistir de su propósito, ni a ella le diese parte de mis recelos, principalmente cuando pedirlos antes de averiguarlos no es otra cosa que llevar recados del competidor para que no se ignoren sus intentos. Concerté hablarla una noche por cierta reja¹²⁹ cuyos hierros otras veces habían sido testigos mudos de mi afecto. Salimos con esta determinación Octavio y yo de mi posada, y al llegar a su calle oímos variedad de instrumentos. Había, según después supe, persuadido don Vicente a una criada que le diese cualquier prenda de doña Hipólita, aunque ella no lo supiese, diciendo que, para que su amor la estimase, bastaba que fuese de su dueño. Dióle una cadena de oro y granjeó una sortija de ébano, con que de industria se suelen adornar las manos para que parezcan más bellas. A este sujeto se dirigía la música, la cual nos lisonjeó primero con su armonía, para que después oyésemos este soneto:

Vínculo alegre en cautiverio estrecho¹³⁰,
dulce prisión en cárcel venturosa
fuera, a ser mi suerte más dichosa,
y estar mi justo amor más satisfecho;
mas ¡ay!, círculo breve, que sospecho
que tu circunferencia tenebrosa
si antes fue engaste de mi prenda hermosa
es lazo ya que me atormenta el pecho.
Con fúnebre matiz tristeza espiras,
dando a los ojos llanto por tributo
y presagios de muerte en vez de vida.
Mis obsequios señalas, no me admiras,
que es bien que aun las prisiones traigan luto,
pues muero yo, la libertad perdida.

Acabaron tan sonora y diestramente que solo quien escuchara con disgustos de celoso pudiera no quedar suspenso y se pudiera ver sin deseos de que prosiguiesen. Yo, que lo estaba entonces, puedo afirmar que en lugar de la suspensión, si hubiera de consultar a mi

¹²⁹ En la literatura áurea, y sobre todo en el teatro, las rejas designan el espacio escénico privilegiado para los encuentros clandestinos de los amantes.

¹³⁰ La descripción del anillo de la dama es *topos* repetido en la lírica barroca como lo demuestra el soneto de Góngora («Prisión de nácar era articulado») o el de Quevedo («El retrato de Lisi que traía en una sortija»). Común era también la metaforización de la sortija como cárcel o prisión del dedo de la mujer.

enojo, no dudara en la determinación de procurar echarlos de la calle. Mas Octavio, que miraba mis cosas menos apasionado, y por esa razón más cuerdo, reprobó mi parecer diciendo cuán poco remediaba de aquel modo, pues cuando fuese muy feliz el suceso no conseguía el fin con que había ido. Demás de que era fuerza quedar algún herido o muerto; y, cuando esto no sucediese, no se podía excusar el desasosiego de la vecindad, el rumor de las armas y la venida de la justicia, todo lo cual había de ser mayor estorbo e inconveniente. Advertí en su consejo lo mucho que alcanza la prudencia, lo poco que la pasión discurre, y que no es mucho que a breves determinaciones sigan graves y terribles daños. Dejé en sus manos mi gusto y en su elección el medio que más a propósito le pareciese; y él entonces dijo que sería importante que los dos nos dividiésemos para que, mientras daba vuelta a otra calle y venía por la parte donde la música estaba, yo fuese como acaso por la opuesta, y algo desviados de ella, por fácil ocasión y leve causa trabásemos una pesadumbre con que los demás se alborotasen; pero que estuviese advertido de que, cuando llegasen, pues no me conocían, volviese las espaldas y huyese para que, yendo en mi seguimiento, y con él los demás, se hiciese el alboroto en otra calle desviada, pues de esta suerte podría, cuando la justicia viniese, dando la vuelta, hablar a doña Hipólita, satisfecho de que él los detendría a todos para que no me estorbasen, por cuanto sabía que luego había de ser conocido de don Vicente y sus criados, a quien diría tales cosas y divertiría con tales razones que acabase de aprobar su ingenio en la consecución de lo que me prometía. Mi parecer se conformó con su industria, su industria con el efeto, y el efeto con el dichoso fin de mi determinación. Hablé a doña Hipólita, donde me acabé de desengañar de que no sabía los cuidados de mi competidor, supuesto que, aunque había oído la música, se persuadía a imaginar que se daba a otra dama que en la misma calle vivía. Presenté para obligarla al premio de mi amor cuatro años de asistencia, mil de esperanzas, y un siglo de penas. A cuyos memoriales tuve por respuesta que a la asistencia pagaba con igualdad de gusto, a las penas con desvelo y a la esperanza con posesión de cuanto deseaba, para la cual estaría dispuesta aquella misma noche, y que así sería importante que me quedase en el aposento de Octavio y dejase todo lo demás a su diligencia. Sentimos que venía gente por la calle y, sin esperar a más, me despedí y aparté de su presencia con el contento que se puede

presumir de tan excesivo premio. Determiné buscar a Octavio para darle estas nuevas de mi dicha, y a la vuelta de una calle reparé en que me seguían los que habían sido causa de que nuestra conversación se interrumpiese. Por no ser conocido alargué el paso y, finalmente, después de haber andado muchas calles, ellos me perdieron de vista, y yo ocasión tan deseada, pues, cuando pude volver adonde había de esperarme Octavio, hallé solamente la pena de no verle. Acudí otro día a su aposento y supe las quejas que doña Hipólita tenía de mi descuido, lo que había perdido en no acudir con tiempo al lugar donde él solía esperarme otras veces; y que Leoncio, su señor, le mandaba se ausentase a una cobranza, siendo fuerza a él obedecer y a mí callar y sufrir, hasta que con su vuelta se tornase a disponer el fin de mi deseo. Fue grande el pesar que tuve con esta dilación y, mayor que él, la tardanza de Octavio, pues se extendió a treinta días sin que en todos ellos pudiese hablar a mi dueño, más por falta de ocasión que de diligencia y cuidado. En esta distancia de tiempo don Vicente, que vía crecer su amor, echó por el atajo de las pretensiones pidiéndola a su padre por mujer, dueño y esposa. Cuando Leoncio, que no poco cuidaba de los aumentos de doña Hipólita, como persona tan interesada en ellos, vio la ocasión que se le ofrecía, la igualdad de don Vicente y su hija, así en sangre como en hacienda, después de haberlo consultado con su entendimiento, comunicado con sus deudos, y dispuesto a su gusto, se la prometió sin darle a ella cuenta de nada, pareciéndole que no era necesario en una mujer noble, recogida, y que por obediente no tendría gusto que en todo no fuese con el suyo conforme. ¡Oh qué grande error! Y ¡cuán terrible cosa es pensar que en naciendo una mujer noble haya de nacer sin libertad, elección ni albedrío! Finalmente, cuando llegó a darle noticia del estado de estas cosas, fue diciendo que ya la tenía casada. Admiróse doña Hipólita de la novedad y él prosiguió dándole cuenta de la persona y calidad del que había de ser su digno esposo, añadiendo a esto que, satisfecho de su obediencia y cierto de cuán bien cumplía con sus obligaciones, había callado hasta aquel punto en que convenía se vistiese galas y esforzase su hermosura con el adorno, porque aquella noche había de tener otro dueño en un esclavo, y nuevo amparo en don Vicente, su marido. Fuese con esta determinación el anciano Leoncio, y quedó resuelta en lágrimas la afligida señora. ¡Cuántas veces, oh Feniso dichoso y Laura hermosa, llego a este estado, celebro con llanto lastimoso las

obsequias¹³¹ de mi gusto y muerte de mi amor! Y aun hace mucho el pecho que no muere, anegado entre pesares. Quedó llena de tantos la infelice señora que no pudo responder a su padre palabra porque impidió el dolor a la lengua y imposibilitó al aliento el pesar, quedando por rato breve falta de discurso, presagios del daño que después sin esperarle tuvimos, porque solos los males vienen sin la pensión de deseados.

Acudía yo en este tiempo diversas veces a su casa, así por ver si había ocasión de hablar a doña Hipólita, como para saber si había venido Octavio; y la última de ella vi a la puerta multitud de criados uniformemente vestidos, dando en lo lucido y costoso indicios claros de la nobleza de su dueño. Obligado de esta causa, entré dentro y hallé a Octavio que acababa de llegar entonces, mas tan triste que luego empecé a temer alguna desdicha. Llegué afectuosamente a abrazarle, y preguntar el fin de la novedad que vía, mas, sin atreverse a alzar el rostro, me respondió: “No queráis, don Luis amigo, cuando lo soy tan vuestro, que sea yo quien os haga relación de vuestros males, pues los que son verdaderos más deben remediarlos o sentirlos que dar los primeros pesares refiriéndolos. Subid a esa sala y no tendréis necesidad de que yo os refiera la causa de mi sentimiento”. Dando lugar a ello la alegría común y el conocimiento que yo tenía, entré donde Octavio me había dicho, y hallé –¡Oh quién perdiera a aquel punto la vida!– a mi Hipólita, sol de muchas damas, pues las excedía cuando las daba a todas su hermosura. Vi a don Vicente, mi competidor, tan galán y tan alegre que se le podía leer en el rostro la gloria que esperaba. Cuando vi todas las cosas en este estado, ya no pude negar crédito a lo que temía el pensamiento, porque hasta aquí era falta de deseo de tener tantos males, y después fuera sobra de ignorancia del defecto de mis bienes. Púseme en parte donde pudiese verme y acabase de matarme para que no fuese tan crecido el tormento, cosa que sin duda consiguiera a ser yo tan dichoso que no huyeran de mí los males cuando los apetezco. Levantó acaso los ojos, encontrose con mi vista al mirarme y, sin poder detenerlas, derramaron lágrimas dos soles: ¿quién no pudo temer, con este eclipse, mil desdichas? Llegó el ministro¹³² que había de unir como las manos los corazones, a tiempo que ya doña Hipólita comenzaba a decir disparates, a hablar entre sí y levantar

¹³¹ *obsequias*: «Lo mismo que exequias» (AUT).

¹³² El sacerdote.

de cuando en cuando las voces. ¡Oh fuerza de la pasión amorosa, astante a quitar con la libertad el juicio al que es más cuerdo! Ella le perdió finalmente, respondiendo a todo de modo tan extraño que nadie puso duda en que fuese cierto. Quedaron todos como la más viva imaginación puede pintar en su confusa idea. Don Vicente, suspenso y ignorante de lo que se vía suceder, falto de lo que esperaba gozar y arrepentido de lo que llegó a emprender; Leoncio, confuso de admirado, vergonzoso de corrido, y lloroso de lastimado; los amigos, absortos; las mujeres, afligidas: unas resistiendo su furia, otras admirando el suceso, y todas ignorantes de la causa. Decía a don Vicente mil injurias, y daba a su padre mil desengaños de cuán necios proceden los que intentan dar a sus hijas o ya el estado a que no se inclinan, o ya maridos que aborrecen. Decía de mí mil bienes, y amorosamente me llamaba dueño, con otros nombres que mi amor justamente merecía. Temiendo no ser descubierto, me salí sin que supiese de mí mismo, ni qué sería lo que me había pasado. Comenzó después a llamarme por mi nombre y a buscarme por toda la sala, de cuyos efetos coligieron que yo había sido principio de tantos males, siéndolo también de que me ausentase, y de que dentro de cuatro días su padre muriese, dejando a un tío suyo el cuidado de ella y de la administración de su hacienda. Veis aquí el fin que tuvieron mis amores; y dije mal, que no le tuvo lo que no le tendrá hasta que le tenga mi vida: esta es la desdicha en que vino a parar la mayor felicidad de mi gusto, claro y manifiesto ejemplo de la inconstancia de los temporáneos y finitos bienes. Retíreme a aquella pobre aldea, pareciéndome que allí se vive más despacio, con más quietud y más sosiego, adonde me ha escrito Octavio muchas veces, y todas que doña Hipólita se está en el mismo estado, aunque, si he de decir lo que siento, no mi amor, pues crece por instantes viendo cuánto debo al suyo y a quien quiero más loca que estimé cuerda, cuanto estoy más cierto de la fuerza de su fe, y cuanto más seguro vivo de que no podrá mi ausencia apartarla del amor que me tuvo, y hasta ahora interior y exteriormente ha confesado. Divertíame con Jacinta, pastora celebrada en todo el monte, siendo, aun para divertirme, necesario que mi imaginación la juzgase Hipólita. Lo demás de mi vida no ignoráis, pues a este tiempo tuve la dicha de conocer a Feniso y ser de importancia para acudir a su regalo y servicio, hasta este punto en que os quiero referir un romance que hice en la soledad a aquel lastimoso suceso, para que en él veáis con más vivos afectos

el sentimiento que entonces tuve, siempre tendré, y ahora siento.
Tenía, pues, este principio:

Selvas, hoy vengo a quejarme,
escuchadme un rato atentas
si no es que para mis males
os faltan también orejas.

Ya, selvas, murió mi gusto,
mirad si es razón que sienta,
al mirar morir mis bienes,
ver resucitar mis penas.

En su muerte se juntaron
a asistir a sus obsequias
muchos zagales del valle
y muchas serranas bellas.

El difunto cuerpo miran,
y ven que en la mano aprieta
un papel, que el sobrescrito
dice: “Hipólita me lea”.

Abriole, y dando el silencio
indicios de que desea
saber lo que en él le escribe,
comenzó de esta manera:

“Del amor y una hermosura
soy hijo, porque se advierta
que traigo de un dios origen,
y es fuerza que noble sea.

No os admire que me precie
de ilustre sangre y nobleza,
que un gusto, si es bien nacido,
da honor; y, si no, es afrenta.

Viéronse en mi nacimiento
benévolas dos estrellas:
¿quién creyera mis desdichas,
teniendo estrellas tan buenas?

Sustentábanme al principio
mis glorias y su influencia,
que eran soles para mí,
y el sol cuanto mira aumenta.

Vía bajar sus dos niñas
a entretenerme risueñas,

vestidas varios disfraces
de recelos y sospechas.

Cuando las satisfacía
quedaban ellas contentas:
¿quién vio bajarse dos cielos
a tener gusto en la tierra?

Acuérdome que una tarde
me dijo, en llanto deshecha:
“¡Ay, Silvio, lo que te adoro!
¡Ay, amor, lo que me cuestas!”;
y que yo la respondí,
viendo sus lágrimas tiernas:
“Pródigo estás, dueño hermoso,
pues desperdicias las perlas.

Si ya en lastimoso llanto
anegar tu luz intentas,
será, al revés de las nubes,
llover sobre las esferas”.

Parecíanme, al caer
sobre sus mejillas bellas,
flores dentro de cristal,
porque guardadas se vean.

En estos dichosos días
bajó un pastor de la sierra,
mucho más rico que yo,
si es la ventura riqueza.

Con dicha de forastero
llegó a merecer tus prendas,
siendo causa en solo un día
de sus glorias y mis penas.

Mas tú, por no darle el alma,
perdiste allí una potencia
como el que el tesoro arroja
por huir de la tormenta.

El alma me consultaste,
que, como estabas en ella,
miraste lo que sentía,
sentiste lo que sintiera.

El ser loca por amor
disculpa a tus yerros sea,
que ser locos los amantes

es una locura cuerda.

No te imitó el pecho entonces
porque más penas me debas,
que más es morir sintiendo
que estar sin el de tenerlas.

Yo muero de desdichado,
y si tienes la culpa en ella
te perdono, que en la muerte
perdonar no es cosa nueva.

Demás que, siendo tan tuyo,
será justo que se advierta
que quien me daba la vida
bien pudo privarme de ella”.

Con esto acabó el papel,
gloriosa, aunque no contenta,
que ver a un muerto de amor
dará lástima a las peñas.

En hombros, selvas amigas,
a vosotras le presentan:
recibid mi gusto muerto,
que tener vida no espera;
y, si a mi Hipólita veis,
decilde con mudas señas
que mire la que tenéis,
y de sí piedad tenga,

que, aunque en mí ha faltado el gusto,
no el alma para ofrecerla,
no alientos para servirla,
ni el amor con que quererla”».

Aquí llegaba don Luis con su historia, tan bien sentida como pasada (que los bienes no han menester más de haber pasado para ser sentidos¹³³), y poco más de media legua de la insigne Valencia, a tiempo que ya el resplandeciente Apolo daba su luz al polo opuesto¹³⁴. Determinaron llegar a ella, no obstante que fuese penosa la obscuridad de la noche; mas, antes que hubiesen caminado largo trecho, sintieron entre el silencio del camino y las hojas de unos espesos naranjos, de que es tan fértil aquella tierra, una confusa voz que a fuerza de suspiros lastimaba los aires, y con

¹³³ Cf. n. 106.

¹³⁴ O sea, que es de noche.

abundancia de quejas provocaba a su remedio. Detuviéronse para escuchar lo que decía y satisfacer a sus oídos de la novedad que les había salteado el sosiego con que caminaban, y oyeron que a pequeña distancia repetía el eco varias razones, nacidas todas del pecho de un negro bulto de persona humana que, tendida en el suelo, daba indicios de violenta flaqueza y presurosa muerte. No hubo menester más la compasiva piedad de Feniso para que se apease del caballo y, encomendando las riendas a una rama, llegase afectuosamente a inquirir quién le había puesto en el estado infeliz de que informaban sus quejas. Hicieron lo mismo don Luis y Laura, y llegaron al tiempo que decía: «Yo, caballero, cualquiera que seáis, estoy de suerte que tengo menos esperanza de la vida que de que hallaré amparo en vuestra persona, pues para esto basta que ella sea noble, y para conseguir aquello no es suficiente que yo lo desee, antes es necesaria mayor que humana fuerza». Diciendo estas razones daba indicios de querer levantarse, y así llegaron don Luis y Feniso, cada uno de su parte, a ayudarle. Mas cuando se vio en pie, y en tal disposición que los podría imposibilitar los brazos, dando una voz más que otras veces crecida, salieron dos hombres, los cuales, a causa de que don Luis y Feniso estaban pretendiendo desasirse del alevoso herido, pudieron llegar libremente y cogellos de manera que no pudiesen prevenirse para la defensa; antes los ataron –con unas cuerdas que para aquel efeto llevaban– a dos troncos, que al llegar se estremecieron: ignoro si de lástima o de miedo, por la crueldad que esperaban en los fines de tan rigurosos principios. Con este impensado suceso quedó insensible Laura, y discurrió por sus heladas venas un tan frío temor que la impidió el movimiento hasta que llegaron todos tres y, reconocida de uno de ellos, oyeron los demás que decía: «Ya, amigos, he encontrado lo que tanto deseaba». Cogieron con esto a la infelice Laura, y trayendo un caballo en que el superior de ellos parecía haber venido, subió en él y hízola poner delante, previniendo a los demás de que no les quitasen las armas y que les dejasen los caballos, para que se conociese cuán desinteresados de hacienda eran los que les habían robado en Laura el gusto. Hiciéronlo así mientras ella rompía el viento con voces llamando a su Feniso, y él, llena el alma de dolor, se la enviaba por instantes, acompañada de suspiros y llanto. Ayudábale don Luis a sentir sus pesares sin darle consuelo en ellos porque, fuera de que no tienen efeto los consuelos cuando el mal es terrible, no es cordura aplicarlos cuando está

tan presente. Atrevimiento fuera, no elegancia, querer fiar de la pluma el sentimiento con que quedó el noble Feniso sin su amada prenda viéndola llevar violentamente, viéndose quedar atado y impedido de remediar sus daños. Ella dando voces amorosas, y él respondiendo con suspiros tristes; ella porfiando a desasirle, y él haciendo fuerza por desatarse; ella que mientras más le llamaba se vía más ausente, y él que cuando menos la remediaba más distante la oía. Supla pues el silencio defectos del discurso, y publique callando lo que no se podrá significar diciendo¹³⁵.

Bien habría pasado media hora cuando las diligencias que don Luis hacía comenzaron a tener el efeto de desatarse que tanto procuraba. Era hombre robusto, a que añadía industria y ingenio, todo lo cual fue causa de que consiguiese, aunque dificultosamente, su deseo. Llegó luego a Feniso, y, puesto en libertad, subieron en sus caballos, echando hacia aquella parte que sus enemigos habían ido, con intento de quitarles el robo si fuese tan inmensa su dicha que los alcanzasen. Mas, poco después que comenzaron a caminar con esta determinación, sintieron que en su seguimiento venían dos hombres a caballo con tan apresurado curso que se persuadieron a que o eran fugitivos o buscaban alguno que lo fuese. Dio fuerzas a este pensamiento oír que el uno decía entre confusa lengua: «¡Estos sin duda son los alevés! ¡Mueran, Marcelo, que pues la razón está de nuestra parte, ella será el verdugo de sus traidoras vidas!». Admirados de oír semejantes razones, don Luis y Feniso suspendieron a rigor de las riendas el sucesivo paso de sus caballos, tan ignorantes del nuevo suceso que se les ofrecía, cuanto –si bien cuidadosos de saber lo que buscaban– expuestos y apercebidos a su natural defensa. Cuando los otros dos los vieron detenidos, más firmes en su imaginación, y su engaño más aparente, creció con tanto exceso su pasión que más ciegos con la sobra del enojo que con la falta de luz clara, no solo no cuidaron de informarse mejor si eran la causa de su apasionada furia, antes, descuidados de sus vidas, solamente le pusieron en quitarlas a sus imaginados contrarios que, convidados del fin de aquel suceso, esperaron fuertes el nunca pensado acometimiento. Cierta cosa es que Feniso a sus desdichas, y don Luis pusiera límite a sus males, así por cogerlos desapercibidos de armas defensivas, como por ser en los contrarios diversa la prevención (si bien discreta) en tan

¹³⁵ El *topos* de lo indecible converge en la barroca reflexión del «retórico silencio»; cf., sobre el tema, Egido 1986.

peligrosa hazaña, a no disponer el cielo, siempre piadoso, las cosas de otra suerte que los hombres las imaginan, y a no mostrar en esto que solo trata de disculpar inocentes y castigar culpados. Fue pues el caso que, antes de llegar a encontrarlos, al caballo de Marcelo -así se llamaba el uno de estos caballeros- en medio de su mayor velocidad sirvió de lazo un pequeño arroyuelo, donde al asentar el pie se vio impedido, dejando en el suelo su arrogante estampa. Pasó adelante Leonardo, que este era el nombre de el que le acompañaba, cuyo valor fue menos temido por ser dos los que le resistían. Mas, no obstante la ventaja que pudiera reconocer en don Luis y Feniso, fiado en una jacerina¹³⁶ que llevaba, se arrojaba tan soberbio a ofenderlos, que si antes se prometían dudosa suerte, ya pudieran temer su infausta ruina, y más cuando le fue necesario a don Luis dejar a Feniso con Leonardo por ocurrir al daño mayor, advertido de que ya Marcelo se había levantado y venía a ayudar a su amigo y compañero a quien, animosamente saliéndole al encuentro, dijo: «No creas que el súbito acometimiento de tu amigo será bastante a facilitar tan presto nuestra muerte, y a alentar tan sin riesgo vuestra soberbia injusta, pues por muchas razones ha de esforzar el cielo nuestra parte». Atendiendo Marcelo a las palabras que don Luis profería, y conociendo por la diferencia de voz que no eran los que su engaño les había propuesto, desviado del lugar en que le esperaba, pasó adonde ya Feniso, no menos cansado que herido, vía en el contrario acero la fatal tijera del hilo de su vida¹³⁷, y rebatiendo un golpe, que sin duda fuera el último que con sentimiento recibiera, informó a Leonardo de que su inadvertencia había sido causa del engaño en que vivía. Ya tan pesaroso el noble mancebo de la nueva desgracia, cuanto antes alegre por la muerte que vía amenazar a su opinado enemigo, apeándose del caballo, satisfizo al herido Feniso y impaciente don Luis, de suerte que se acreditara de cobarde a no tener dadas tantas muestras de valor. Ya el que antes le procuraba daños le solicitaba remedios, y ya el que le prevenía lastimoso fin cuidaba de medios con que no le tuviese por entonces: tanto puede, si viene a tiempo, un desengaño. Trataron de que se remediasen las inculpables heridas de Feniso, y para este efeto volver a Valencia, patria de los unos y término del infeliz viaje de los otros, en cuya distancia, por mostrar Leonardo que sentía como propios los daños que el noble caballero a sus

¹³⁶ *jacerina*: «Cota hecha de malla de acero muy fina» (AUT).

¹³⁷ Cf. n. 96.

manos había recibido, entre satisfactorias y agradables razones, suspendió los ánimos (cosa muy ordinaria en la elocuencia), protestando de nuevo su pesar, rogándole con no imaginados encarecimientos perdonase su deslumbrada furia, y obligándole a que recibiese su justa excusa y se sirviese de su casa, pues, si ya no era capaz como la voluntad del dueño, era suficiente para que se limitasen sus pesares, remediasen sus dolores y regalase su persona.

Mostraba tanto afecto en el modo con que decía estas palabras que claramente mostraba el hidalgo pecho de donde salían, a las cuales pagó Feniso con otras no menos corteses, suplicándole supliese sus diversiones, pues tenía disculpa en tantas penas como le atormentaban el alma; y estuviese seguro de que, si había algún mal dichoso y algún daño apetecible, entonces le poseía, pues en lugar de él granjeaba el conocimiento de tan noble y valeroso ánimo, de cuyo amparo se pensaba valer en todas ocasiones, como de amigo y dueño. Con estas y otras razones se divertían, hasta que don Luis les dijo que, si querían comenzar a verificar sus afectos, refiriesen la causa que tan precipitadamente les había obligado a emprender coléricos su muerte, porque sabía gustaría de ello Feniso, si es verdad que trae consuelo tener compañeros en las penas. A que, después de una breve suspensión, respondió Leonardo:

«No quiero que se admita, por encarecimiento para el servicio que en esto puedo hacerlos, el pesar que recibiré refiriendo la ocasión de mi enojo; mas querría que lo fuese en esta parte, de que deis atención a ella, pues no hay premio mayor para el que refiere que ver que es atendido del que escucha. Es –prosiguió– nuestra patria, a la que caminamos, poderosa Valencia; mi linaje en ella, aunque no de los más conocidos, no de los menos nobles. Quedome, por la ausencia de mis padres a mejor vida, tanta riqueza en heredades como cuidados en dos hermanas bellas. Fueron creciendo con el continuo curso de los días y al paso de su edad mis celos: guardábalas, miraba en el suyo por mi honor y persuadíaslas, cuanto le era posible a mi eficacia, a que tuviesen siempre en la memoria de sus pasados la nobleza de su prosapia¹³⁸ la sangre, de nuestros padres el recato, y de sus personas la justa

¹³⁸ *prosapia*: «La ascendencia, casta o generación de alguno» (AUT); es latín «bien conocido, pero estrictamente literario, y de tono afectado» (DCE, IV: 663).

y necesaria modestia. Llamábase la mayor Eufemia, de cuya gracia y hermosura, si no fui juez apasionado, creo que se confesaban vencidas cuantas merecían este nombre en Valencia. Trátela de que tomase estado, porque es sin él una doncella hermosa peligroso objeto de muchos y verde flor expuesta al cierzo vil de una murmuradora lengua, entre cuyas palabras lastimosamente muere. Vi en su gusto una tan conforme igualdad con el mío que llegué a dudar si eran diferentes. Propúsele los que me pareció a propósito para que también ella eligiese (costumbre que yo alabé siempre en los antiguos franceses¹³⁹), porque no hay tiranía mayor que llegar a quitar su jurisdicción al gusto. Hizo elección de un caballero que se llamaba don Alonso de Ulloa, en todo igual a su calidad y a sus partes. Al tiempo que yo trataba estos aumentos¹⁴⁰ a Eufemia, propiedades de mozo (de quien se escapa ninguno o se libran muy pocos) me traían de día en conversaciones de amigos, y de noche en casas de juego: aduanas donde se registran todas las honras, caminos donde se roban las haciendas, tempestades en que se anegan los bienes, y cambios donde se logran muchos males¹⁴¹. Perdía todas las veces que jugaba porque en mi opinión no se distinguen jugar y perder, pues aun en el común lenguaje para decir que uno perdió su hacienda decimos que jugó cuanto tenía. De una de estas salimos otro mancebo de mi edad y yo desafiados, que de tales lugares es muy ordinario no salir, si no es o para maldecir la fortuna o hacer experiencia de ella en la campaña¹⁴². Tuve más suerte que mi enemigo, no más valor, pues en el que le tiene para llegar a medir su acero con el contrario no hay menos ánimo si fue menor la dicha. Túvela, como digo, en esta parte, y brevemente vi postrada su osadía, miré su soberbia a mis

¹³⁹ Parece referirse a los galos. Sin embargo, no hemos podido encontrar la fuente de Quintana; en el *De bello gallico* de Julio César, texto al que el autor parece remitir, no se halla esta afirmación.

¹⁴⁰ *aumentos*: «Se llaman las conveniencias, medras y adelantamientos de alguna persona, ya sea en bienes temporales, ya en empleos y cargos honoríficos» (AUT).

¹⁴¹ Acudir a las casas de «conversación» y de juego era práctica común de caballeros y damas. Episodios relacionados a estos lugares aparecen en numerosas obras del tiempo (cf. Maravall 1986: 520-524). De la misma manera, los ataques de los moralistas llegaron con frecuencia también a la literatura: recuérdese tan sólo las críticas de Sancho en *Don Quijote*, II, 49.

¹⁴² O sea «en duelo», ya que estos se celebraban normalmente fuera de la ciudad.

plantas, y su rigor tan humilde que besaba teñida con su sangre la arena. Tenía este caballero un hermano, y viendo que yo me había guardado y que con mi prevención hacía imposible su venganza, trató de tomarla del modo más extraño que cupiera en la bajeza de un hombre mal nacido. Dispúsose a enamorar a mi hermana, y burlando su honor matar el mío: cruel y nuevo género de muerte. Púsole en ejecución, y como faltaba la centinela de mi cuidado por estar yo entonces ausente, con facilidad se apoderó de la fortaleza mi enemigo: rindióse al fin Eufemia, disculpémosla todos cuando la disculpan en tal yerro juventud, libertad, hermosura, regalos, solicitud, requiebros, ternezas, servicios, finezas, asistencia, pasiones propias y persuasiones ajenas: o, si no, dígame el que más bien lo hubiere conocido, ¿qué es una mujer para tantos enemigos?, ¿qué castillo contra tantas armas?, ¿qué defensa para tantos tiros?, ni ¿qué muro para tales contarios? No se contentó don Pedro, que este era su nombre, con quitarle la irrecuperable joya con que la naturaleza enriquece a cuantas nacen, antes la sacó una noche de mi casa y, prevenido de lo necesario, la llevó a Madrid donde (no os admire si el alma al referir esta maldad cubre su sangre la cara de vergüenza) la dijo que él no la había llevado para sustentarla.

Alquilole una casa donde recibiese visitas, lenguaje acostumbrado entre semejante género de gente para ocultar con buen título su infamia; atrévome a decir estas cosas con esperanza de que oiréis las futuras, y en ella veréis cuán inculpable estuve en estos yerros, y cuánta diligencia hice por borrarlos del rostro de mi nobleza. Era finalmente de las más celebradas, de las más vistas, de las más regaladas, y aun de las menos recogidas. ¡Oh, lo que puede la mudanza de estado! ¿Quién la oyó a Eufemia encerrada, y la ve libre? ¿Quién honesta, y la ve licenciosa? Y ¿quién doncella que hacía escrúpulo de que el sol la mirase, y ya la mira tan visitada que no se podía ver un solo instante sin compañía? Conocióse luego su defecto en mi casa, sintió don Alonso su ausencia, y yo lloré mi pérdida; él se partió de Valencia triste, y yo llegué a la corte melancólico, sin haber tenido noticia de que en ella estaba mi traidor enemigo y fiera hermana. Estuve en ella algunos días, en los cuales se enamoró de mí una señora noble y rica, en quien acabé de averiguar que es el amor consonancia de estrellas que conformes influyen afecto en las almas. Hacía diligencias para saber si estaban en aquella confusa máquina, porque no hubiese

día en que no debiese mi honor a mi cuidado el desempeño de mi afrenta. Uno de ellos se llegó a mí una mujer y, después de haberme preguntado el nombre y sabido que era el mismo que buscaba, sacó un papel y me le dio sin aguardar respuesta, diciendo que le leyese y supiese gozar de mi fortuna en tiempo que estaba tan inclinada a mis bienes: abríle y vi que contenía estas razones: “La disposición me dio indicios de vuestro valor, este de la nobleza, y todas atrevimiento para que os suplique que me veáis mañana a las siete; el lugar será el Prado de San Jerónimo¹⁴³, donde daré más dilatada cuenta de lo que procuro por vuestro medio: yo pienso que os podrá obligar a esto una mujer bien nacida, y más que todo vuestra misma nobleza. Será la seña para que me conozcáis esa criada”.

Acabé de leer y comencé a ignorar quién fuese el dueño de tantas confusiones, deseando que se llegase el plazo para salir de todas. El tiempo, que no se descuida, y mi cuidado, que velaba, llegaron a un mismo punto: aquel a la hora señalada, y este al lugar propuesto, adonde brevemente llegaron, cubiertas el rostro, dos mujeres. No hice novedad de lo que es allí tan común, mas pude hacerla de ver en una de ellas (que al descuido dio licencia al manto) una no común hermosura. Suspendiome el ánimo mirarla, ni esto es mucho cuando la hermosura es consonancia de partes debidamente dispuestas. Cubriose luego, artificio de la belleza para parecer mayor, o traza de los dueños de ella para que se desee y por deseada se estime, si no es que sea tal vez el manto cortina que provoca a más respeto en lo ocultado de ella. Finalmente, encubrió su rostro Teodora y descubriose Feliciania (estos supe después que eran sus nombres); conocí ser quien me había llevado el papel, y así me pareció prevenirme de razones para llegar a hablarla porque las más veces es necedad la confianza, y porque el que habla a una mujer la vez primera ha de hacer mucho si en todo se librare de necio. Llegué últimamente, sin que se me olvidase un punto de cortesía, diciendo: “Si yo, señora mía, anduviere en esta acción inadvertido, disculpa adelantada tengo en las confusiones que traigo. Por un papel, vuestro si no me

¹⁴³ El paseo de San Jerónimo señalaba el límite oriental de la ciudad, y se extendía desde la actual plaza de Cibeles hasta la glorieta de Atocha. El Prado de San Jerónimo, o Prado viejo, propiamente dicho, consistía en un conjunto de solares y huertas de familias nobles alrededor del monasterio dedicado al santo.

engaño, supe que el cielo me hizo tan dichoso que puedo valer para serviros, que acudiese hoy a este puesto, y que la seña sería la criada que le puso en mis manos. Vine cuidadoso, vi la seña advertido, y para decir lo que César, solamente me falta el vencer cuantos inconvenientes se opusieron a impedir vuestro gusto”¹⁴⁴. Con ojos graves y honestos volvió ya el rostro descubierto a mirarme, diciendo: “Caballero, la puntualidad estimo, el cuidado agradezco, y la disculpa admito, pues solo tiene culpa en esta parte quien atiende tan mal a mi servicio”. Y volviendo a Feliciano, riñó su desacierto, a quien ella, que ya iba prevenida de lo que había de hacer, dio mil excusas, todas mal escuchadas y peor admitidas; al cabo de ellas, volviendo a mí Teodora, me dijo: “Confieso que escribí el papel, y que he sido dichosa en que haya caído este yerro en sujeto a quien, por las razones que escuché, le presumo entendido, y a quien suplico perdone el trabajo de haberse ocupado, y conozca cuán ajena estoy de este yerro, pues en el papel acredito de noble a quien se dirigía, siendo cierto que de Vuesa Merced lo ignoro”. Pareciome buena ocasión para decirle que yo también lo era, si bien el envite no había sido con otro intento, así que en el fin de sus palabras tuvieron principio las mías, y en ellas la relación de mi estado y nobleza, ocultando siempre la causa de mi ida a la corte con obligaciones más honrosas. A esto me respondió apaciblemente que el mayor crédito de todas las cosas que había referido era mi cortesía, pero que el negocio de que ella necesitaba era oculto, y que así la perdonase el no darme parte en él, pues, aunque de mi capacidad se podían fiar mayores y más dificultosas empresas, no de nuestro conocimiento, a quien permitía que culpase, y no a su justo secreto. Decía todas estas cosas Teodora para abrir puerta por esta parte para que yo me ofreciese a verla de allí adelante; mas, como el fin con que había ido no era de enamorarme sino de vengarme, dejé pasar esta ocasión y despedime, dando muestras de que me alegrara mucho de haberla sido en algo de importancia. Quedó melancólica Teodora viendo el poco efecto que habían hecho en mi corazón sus ojos (aunque eran tales que cualquiera que no tuviera como yo estragado el gusto con el apetito de vengarse pudiera perderse justamente por ellos) y, atendiendo a que por una parte su amor la obligaba, y por otra se había visto –a su parecer– despreciada de mi tibieza, y

¹⁴⁴ Remite a la célebre frase de César «Veni Vidi Vici».

que era cosa ajena de su recato contra su natural vergüenza, y extrañar el orden de la naturaleza el llegar ella a solicitar a un hombre, trazó en su imaginación...¡mirad que nuevo medio! Mas, ¿qué no intentará una mujer que ama para hacer fácil lo que le parece imposible? Vivía cerca de su casa Eufemia, mi traidora hermana, con quien por medio de Feliciano trabó amistad a título de vecina y, pasados algunos días en que con la comunicación fue más estrecha, pidió licencia a sus padres para irse en casa de una prima suya; diéronsele, con Feliciano que la acompañase, y dando vuelta a dos calles, y mudándose las vasquiñas¹⁴⁵ para no ser descubiertas, se volvieron a la casa de Eufemia, que, cuando vio entrar a Teodora, su nueva amiga, a un tiempo la recibió con los brazos y mil admiraciones, rogándola después sacase su pecho de tantas dudas, y lisonjearse su entendimiento con la noticia de novedad tan grande. Hízolo así Teodora, y entre las demás cosas dijo como venía dispuesta a quedarse aquella tarde sola, y enviarme a llamar para que, así desconocida y disculpada con que era mujer común, tuviese efecto su deseo. Dispúsose todo como Teodora quiso, y bajose Eufemia a un cuarto bajo que la casa tenía, cosa que la pudo excusar de la muerte, a causa de que aquel mismo día fue el primero que vi a don Alonso de Ulloa, el cual, entre los pesares de referirlas y las pérdidas de mi honor, tuvo por menos inconveniente dárme los que verme sin él tan largo tiempo. Díjome como el día antes –yendo con unos amigos de los que tratan de verlo todo, ventores¹⁴⁶ del gusto y gente que no solo se dejan hallar de los vicios, sino que tal vez los buscan y desean– había entrado en la casa de Eufemia encubierto, y visto lo que él mismo no creyera, a pensar que la vista podía padecer engaños en cosa tan patente. Vime con estas nuevas tan incitado a la venganza que nada me pareció dificultoso para conseguirla. Enseñome el lugar donde la hallaría y ausentose. Llegó a este tiempo una criada de Eufemia, porque Feliciano no fuese de mí conocida, y me dijo que una dama que vivía en aquella casa (señalando la que poco antes me había dicho don Alonso, que era depósito de mi afrenta) me llamaba, porque gustaría de comunicarme y verme. Reparé en el recado,

¹⁴⁵ *vasquiña*: «Ropa o saya que trahen las mugeres desde la cintura al suelo, con sus pliegues, que hechos en la parte superior forman la cintura, y por la parte inferior tiene mucho vuelo. Pónese encima de los guardapiés y demás ropas, y algunas tienen por detrás falda que arrastra» (AUT).

¹⁴⁶ *ventores*: «El perro de caza, que la sigue por el olfato, y viento» (AUT).

dije que acudiría, ponderé el atrevimiento de llamarme quien debiera huir de mi presencia, y aun temí alguna traición de libertad semejante. Mas la osadía, que nunca vio la cara al temor en un hombre que profesa leyes de noble si no es para dejarle vencido, junta con la razón, que de mi parte tenía, me alentaron de suerte que pospuse mi peligro a su daño, mi daño a su pena, y mi pena a su castigo. Llegué con el desnudo acero de una daga para vestirla de púrpura en su sangre, y, al tiempo de ejecutar el golpe, me detuvo la compasiva voz de Teodora, por quien, desconocido el dueño de mi afrenta, advertí a lo que hacía, y me desengañé de mi yerro. Aunque quedé a los principios corrido, fue tanta la hermosura que adquirió con el temor Teodora que pude agradecerme el daño, pues si me acordaba de haberla visto cuando me llamó al Prado de San Jerónimo, no con tan crecida belleza como en la ocasión precedente. A este tiempo Feliciano y la criada de Eufemia, que desde otra pieza habían estado atendiendo a mis acciones y vieron resplandecer la cuchilla¹⁴⁷ de mi daga, creyendo que daba la muerte a quien desde entonces conocí señora de mi libertad, salieron pidiendo favor con la turbación y las voces. Quise salir a detenerlas y hallé que mi traidora hermana subía a saber la causa del alboroto. Confieso que cuando la conocí comenzaron a temblarme los miembros, como quien se quería descargar del insufrible peso de mi afrenta; para esto acometí a ella que, habiendo reparado en mí, se detuvo y dispuso a evitar la muerte con que la amenazaba mi honor, y a arrojarle por una ventana a un patio que la casa tenía. Alegreme de su determinación, pareciéndome que sustituía su temeridad a mi rigor, mas sucediome tan al contrario que, cuando me asomé para verla hecha pedazos, vi que había llegado a aquel tiempo mi enemigo don Pedro, que la tenía en los brazos, y que no se había hecho mal por haberla recibido en ellos. Viendo tal dicha suya en daño de mi satisfacción, y que aquella era ocasión oportuna para tomarla de entrambos, quise bajar por la escalera, mas fue vano este intento, por haber cerrado las criadas una puerta que estaba en ella. Ciego del enojo y impedido de tantos estorbos de mi deseo, determiné arrojarme por la misma parte que la tirana Eufemia: como lo determiné lo hice, aunque más furiosamente, y por eso menos feliz, pues cuando me quise levantar no pude, imposibilitado del daño que me hice en una pierna, en cuya distancia mi enemigo y hermana se ausentaron. Teodora volvió a su

¹⁴⁷ *cuchilla*: «En estilo elevado se suele tomar por la espada» (AUT).

casa afligida, y la criada de Eufemia, que a nada de esto había estado presente por llamar a la justicia, la trujo, que sin escuchar disculpas trató de llevarme en una silla¹⁴⁸ a la cárcel (porque no fuera posible de otra suerte), donde me dejó para volver a hacer información del suceso. Antes que llegasen a la casa donde había de estar la persona a quien afirmaban que yo había herido, ya llevaba el escribano los dichos de dos testigos que decían haberla visto con tres puñaladas, porque es tan fácil y mentiroso el vulgo que lo que sueña afirma haber oído, y lo que oye, eso dice que ha visto. Quisieron ver el estado en que estaba la enferma, y no hallaron más que desengaños de mi inocencia. Dijéronme que después los había hablado Eufemia en secreto, de que resultó que yo no me visitase¹⁴⁹ en muchos días, que Teodora me obligase por medio de Feliciano, que yo quedase totalmente satisfecho de su amor, y que mis contrarios mudasen casa y barrio, y aun no sé si lugar, pues en seis meses que, después de haberme soltado asistí en aquella corte, no tuve nuevas de ellos por más desvelos que debí a mi cuidado. En este estado estaban las cosas de mi honor, y las de mi amor más adelante que yo pensé jamás, pues yo adoraba a Teodora, ella me correspondía, yo asistía en su calle, ella no faltaba de la reja; yo vivía con su presencia, y ella cobraba aliento con mi vista. Hablábala algunas noches; una de las cuales fue sentida de su padre y esta desgracia causa¹⁵⁰ de que se tapiasen ventanas, y de que en muchos días no la viese. Uno de ellos me llegó un pliego por la estafeta que, abierto, vi traía otro menor. El sobrescrito decía al padre de mi Teodora, de donde luego inferí alguna novedad, y con este deseo abrí el que venía a mí dirigido, que de mano de Teodora contenía unas razones semejantes a estas: “Ya pienso que habrás conocido, oh Leonardo, la fuerza de mi amor; ahora, pues, será bien que conozcas el peligro que tiene, o para que le remedies o para que yo quede cierta de que es el tuyo engaño. Mi padre me había tratado de casar con un caballero pariente mío y natural de la provincia de Guipúzcoa, porque, aunque

¹⁴⁸ Parece indicar la *silla volante*, que se empleaba a menudo para transportar a los enfermos: «Un medio coche con un asiento, en que caben dos personas, puesto sobre dos varas, con dos ruedas, y regularmente la tira un caballo, puestas las puntas de las varas sobre la silla» (AUT).

¹⁴⁹ *visitase*: «En lo forense vale reconocerse la causa de algún reo en la visita para su más pronto despacho» (AUT). En los repertorios, sin embargo, no hemos encontrado la forma reflexiva en este sentido.

¹⁵⁰ Por zeugma, «fue» ha de referirse también a «causa».

me han salido otros casamientos muy nobles, es tal la condición de esta gente que ninguno les parece bien nacido si no es de su patria¹⁵¹: parecer que maldigo y locura que no apruebo; y ahora, viendo mi desasosiego, le ha enviado a llamar para atajar inconvenientes de este modo. Él espera al novio por puntos, y yo aguardo la muerte por instantes porque, según me han informado, se ha criado rústicamente y ha de ser casarme con él atarme con indisoluble lazo a un roble, o a un muerto que me quite brevemente la vida (que aun es peor un necio). Demás de esto, mi amor a nadie admite por dueño si no es a ti, a quien ruego, por lo que me estimas, le remedies, pues será fácil, vistiéndote de camino, diciendo que te llamas don Martín de Elizalde, dando a mi padre este pliego, y dejando lo demás a mi industria. Finalmente, Leonardo, o has de hacer esto, o perderme”.

La confusión con que quedé a este punto no es posible que la refiera quien, por ser tanta, aun a sí mismo se desconocía. No acababa de creerlo ni de determinarme, mas viendo que me decía que era fuerza el hacerlo o perderla, y que todos los demás que se me siguiesen no podían ser tan grandes daños como el que me amenazaba en su pérdida, me animé y tomé una mula, y llegué solo a las puertas de mi querida prenda, diciendo que me había adelantado de los criados dos jornadas porque quien camina enamorado hace sendas y labra caminos en el viento. Fui recibido con aplauso común de la familia, interior regocijo y exterior modestia de Teodora. Hablé poco, y eso lo mejor y más atentado¹⁵² que pude. Las galas eran muchas, la disposición la que veis, la cortesía de desposado y el aplauso de forastero. Leyéronse las cartas que Teodora me había enviado haciéndolas coger antes que llegasen a las manos de su padre para conseguir este intento, las cuales decían que luego se había de partir don Martín. A esta duda respondí que había entendido mi padre que se dilataría algunos días mi partida, y que por quitarles el cuidado de mi tardanza había escrito aquel pliego, mas que mi afición no

¹⁵¹ Polémica contra la obsesión de los hidalgos vascos por la exclusividad de su nobleza: «Los monarcas reconocieron la pretensión de los habitantes de Vizcaya de gozar, en todos los reinos de España, los privilegios de la hidalguía, sin más probanza que la de ser originarios de dicha provincia y tener en ella solar conocido» (Domínguez Ortiz 1990: 441).

¹⁵² *atentado*: «Cuerdo, maduro, prudente: y assí del que va con tiento o procede en sus acciones prudente, y con reflexión a lo que obra, se dice que es atentado» (AUT).

me daba tan largos plazos, y así yo mismo había querido ser el mensajero. Con esto no se pudo dificultar en nada; a otro día se previno lo necesario, y con dispensación del nuncio de su santidad, al siguiente nos desposamos sin amonestación alguna. Amaneció el tercero, y ya a mí mismo me desconocía: miraba al espejo y dudaba si era otro. Y a la verdad otro era, porque, en casándose, un hombre, si es cuerdo, ha de dejar de ser el que solía. Volví a mi esposa, y víala alegre de tenerme por consorte, quedando en esta conformidad tan glorioso que no me parecía posible que otro humano bien igualase al de mi prisión amorosa y su posesión libre. No faltaba a estos contentos el sobresalto de ver qué salida tendría este enredo, ni se descuidaba don Martín en su viaje, pues llegó a boca de noche¹⁵³ un criado suyo, diciendo como llegaría a otro día su señor a quien dejaba muy cerca, y de quien él se había adelantado para tener seguras las albricias¹⁵⁴. Cuando el noble viejo oyó que don Martín venía, no supo qué decirse ni qué responderle, antes lleno de paterno enojo subió adonde nosotros estábamos, y me preguntó que dónde había dejado mis criados. Yo, que presumí de su turbación y desasosiego la novedad que hasta entonces temía, dije a Teodora que respondiese por mí a la pregunta de su padre. Ella entonces le dijo que no era don Martín, sino un caballero valenciano que en sangre la igualaba y en hacienda la excedía, de todo lo cual se había informado para determinarse; y que cuando todo esto me faltara, ella lo tenía, y finalmente marido muy conforme a su esperanza. Habló con libertad de mujer casada, que piensa dar gusto a su marido con lo que dice, en que digo que habló resuelta y atrevidamente a su padre, que, pagado de mi persona y cortesía, no se disgustara del engaño si no temiera lo que había de hacer don Martín y habían de sentir sus deudos. Ocurrió a esto Teodora diciendo que ella lo remediaría o saldría a todo el riesgo que viniese (¡Oh ingenio de mujer! ¡Breve en el discurrir y capaz en la necesidad!), para cuyo efeto me previno de que yo había de estar fuera de casa, y galantearla a excusas de todos como si no fuera mi esposa; y a los criados de que no hiciesen novedad en la venida del forastero, antes le habían de

¹⁵³ *a boca de noche*: «al principio de la noche».

¹⁵⁴ *albricias*: «Las dádivas, regalo, u dones que se hacen pidiéndose, o sin pedirse, por alguna buena nueva, o feliz suceso a la persona que lleva u da la primera noticia al interesado» (AUT).

hospedar y recibir como si tal jamás¹⁵⁵ hubiera sucedido, dejando lo demás a su industria, a sus trazas y ingenio. El piadoso ruego de su padre, la necesidad de cumplir con sus deudos, el ver que no podría aquí tener riesgo mi honor y, últimamente, la satisfacción que tenía del amor de mi esposa, me obligaron a que concediese el modo y ayudase a la traza que disponía. Salime de allí cuando tuve nueva de que llegaba, y él fue amigablemente recibido. Vieron todos en el nuevo don Martín una bestia en humana forma, con que a un tiempo se aprobó mi elección y se extrañó la ignorancia y simplicidad suya. Paseé aquel día la calle muchas veces, y reparé en la atención con que miraba a las rejas, que fue causa de que yo las continuase, y él viese que a breve rato salió Feliciano, a quien maliciosamente di un papel que ella depositó en su pecho y puso después en las manos de mi Teodora. ¿Quién, oh amigos, pensó jamás cosa tan nueva? ¿Quién imaginó tal suceso? ¿Quién fue pretendiente de lo que era señor? ¿Quién se vio en estado que otro le celase y guardase su mujer si no es yo, en quien se acreditaban de verdades las que aun parecieran difíciles para imaginaciones? Con esto comenzó a andar don Martín muy triste y muy celoso; dio en mirar mucho por la casa y en no dormir, mal seguro de lo que temía posible y pudiera saber cierto a no ser nuestro recato y prevención tan grande. Íbanse dilatando estas cosas más días que yo quisiera, y así, para dar más fuerza a su pasión celosa, tracé una música, púsela en parte donde no quedase duda de que era por la causa de sus desvelos y, después de haber concertado los instrumentos, al sujeto de haber visto yo a Teodora con un clavel en la boca cantaron este epigrama¹⁵⁶:

Clavel hermoso, que, espirando olores,
al dulce aliento de mi bien te mueves,
no se inquietan tus hojas por ser leves,
antes son de temor esos temblores;
al competirte injurias otras flores,
y es bien que igual rigor ahora pruebes,
aunque a tu osada competencia debes

¹⁵⁵ *jamás*: como negación, «no».

¹⁵⁶ *epigrama*: «En su riguroso significado vale Inscripción; pero en nuestro castellano comúnmente se toma por un género de composición poética breve» (AUT). Aquí, como en otra ocasión, Quintana entiende con «epigrama» un soneto.

el tener de vergüenza esas colores¹⁵⁷.

Pienso que fueran tus consejos sabios,
si mudaras el ser, si cristal fueras,
luz garante reflejo de sus labios;
mas en tanta porfía es bien que infieras
que por necio mereces más agravios,
pues, viéndote exceder, vencer esperas.

La consonancia de los instrumentos despertó a los curiosos, la dulzura de las voces a los aficionados, y sus celos a don Martín, que cada día le traían a peor estado. Asomose a su balcón Teodora, y, sabiendo que yo era el autor de la música, pagó a mis desvelos con pesares de verme ausente tantos días de sus ojos. A otro, que fue el siguiente, llegó don Martín a pedirle celos de haber salido a la ventana, cuya petición no salió despachada en su favor; mas ¿qué mucho si se juntaron a consultarla cuatro jueces apasionados, que fueron aborrecimiento, enfado, amor y resolución de mujer, a quien impiden su gusto, que es rayo impedido de llegar a su centro? Quedose una noche fuera, deseoso de averiguar si eran totalmente ciertas sus sospechas; acompañose de un criado de los que había traído, y llegó a la calle a tiempo que yo estaba hablando con mi esposa; y, diciendo que hasta cuándo había de durar aquella traza, pues más parecía estorbo de mis bienes que excusa de ajenos daños, y ella determinando el decirle a otro día claramente que se podría volver, porque estaba casada. Todo esto dio motivo a don Martín para que, aconsejado de su criado y amigo, viendo tan claro desengaño y temiendo la pérdida de su honor, dijese que había recibido un pliego de su padre en que le mandaba se partiese al punto, asegurando de que él daría brevemente la vuelta. Él se ausentó con esto y yo volví a mis glorias (tal nombre merecen las horas que pasan dos casados conformes). Celebrose la industria, y murmurase la ignorancia del vizcaíno hidalgo. A pocos días que tuvimos de este regocijo (que siendo de regocijo era fuerza que

¹⁵⁷ Con alusión al rubor de la cara: el clavel, pues, se había atrevido a competir con «el clavel» de los labios de la dama. *Colores*: Quintana utiliza indiferentemente el término en masculino y femenino: «Vacilé en el género hasta la época clásica [...] hallándose el femenino sobre todo en la ac. 'colorido del rostro' (*Quijote*, II, cap. 10, etc; general en la Edad Media), pero también, aunque menos, en la ac. general (p. ej. Las colores de las flores, Lope, *Marqués de las Navas*, v. 2134; frecuente en la edad media, Berceo [...], etc...)» (DCE, I, 857).

fuesen pocos), el padre de mi esposa rindió a la fiera muerte su cansada vida, porque vida en edad decrepita toda es enfermedad y cansancio; y yo, no olvidado de la patria donde todo es más apacible y cuidadoso de esotra hermana, a quien hallé crecida en cuerpo y hermosura, me partí acompañado de mi esposa a esta ciudad. Habrá tres días solamente que llegué a ella y esta noche recibí un papel en nombre de don Martín que, aconsejado de su padre y amigos, había venido a satisfacerse de la injuria que había recibido en quitarle a su esposa. Determiné salir, no con intento de matarle sino de satisfacerle, cuando llegó a mí a título de bienintencionado un hombre, y me dijo que no saliese sin prevención, porque el papel que me habían dado en nombre de don Martín no era suyo, sino de dos primos de don Pedro que deseaban con eficacia mi muerte por haber sido fama que yo le había encontrado y muerto. No quise morir de confiado o, por mejor decir, de necio, porque en los peligros la prevención no es temor, sino cordura, y así me acompañé del señor Marcelo, deudo mío y persona a quien siempre estuve obligado y siempre estaré reconocido. Acudí al plazo, atendiendo más a la obligación de caballero que a la excusa de desposado, donde, viéndolos, pude verificar mi engañada imaginación, conocí el valor vuestro, granjeé el pesar de haber herido a Feniso, logro el deseo de aposentarle en mi casa (donde los regalos venzan con exceso a los dolores), lastímome de verle triste y ofrezco al remedio de sus penas, si acaso puede ser de importancia, lo que soy, lo que valgo, lo que puedo».

Agradeció Feniso las promesas de Leonardo lo mejor que supo, porque es el agradecimiento cierto género de paga a los beneficios¹⁵⁸, afirmando que su melancolía era tan grande como el principio de ella, el cual sabrían en tiempo más oportuno, por quien quedaría disculpado el yerro de no celebrar con alegrías los favores que recibía, con admiraciones los sucesos que contaba, y con aplauso las dichas que tenía. A este tiempo llegaron a la insigne ciudad, y en ella a la casa del noble Marcelo, donde se quedó a persuasión de todos, y ellos pasaron a la de Leonardo para ser hospedados al paso de su necesidad, y a Feniso tomada la sangre de sus heridas. El piadoso valenciano trocó con esto, en los brazos de su esposa, por el cansancio el sueño, y Feniso pasó

¹⁵⁸ El concepto se halla en varios pasajes del *De Beneficiis* de Séneca, como: «Qui grate beneficium accipit, primam eius pensionem solvit» (II, 22).

lo que de la noche faltaba con el sentimiento debido a pérdidas de tal prenda, como desgraciadamente había perdido en Laura. Consolábale don Luis, representando a su memoria la posibilidad que tendría hallarla en aquella ciudad, adonde sin duda habían ido los que la llevaban. Proponíale la constancia, el amor, la firme fe de Laura, la fortaleza de su ánimo, el valor de su pecho y la nobleza de su sangre; mas todo esto no servía más que de aumentar sus penas hasta hacerle derramar lágrimas de sentimiento, el cual entre el penoso dolor, el ansia indefectible y el tormento molesto, respondía: «Pensar, don Luis amigo, que podrán darme consuelo memorias del amor, la fe, la constancia, la nobleza y el valor de Laura es engaño, que por eso es la pérdida mayor, y debe ser mayor el sentimiento». A otro día, poco antes que se ausentase la luz de Febo de todo punto, trató Leonardo de que un cirujano viese si habían sido tan grandes las heridas del afligido caballero, como en él los pesares de que las padeciese por su causa. Advirtiose que no eran penetrantes, aunque serían penosas, a que se fue poniendo remedio, con que dentro de dos meses estuvo bueno, acudiendo toda esta distancia de tiempo el noble Leonardo con abundancia de regalos y sobra de afecto a cuanto necesitaba Feniso, sin que ni él ni don Luis hubiesen visto no solo a su mujer o hermana, pero ni aun criada alguna, tanto era el recelo en él y tanto el recogimiento en ellas, cosa que yo alabo en las mujeres cuando nace de virtud propia, no cuando procede de necedad ajena, pues vemos cuántos han padecido lastimoso naufragio en el honor solo por haber avisado a sus mujeres guardándolas, y negociado contra sí mismos oprimiéndolas, porque tal vez hacen lo que no les llegara al pensamiento, ni aun debiera llegarles, no más de por vengarse de la pena que reciben con su clausura, o por ver si es posible conseguir lo que les impiden. Finalmente, Leonardo guardaba su opinión y cuidaba de Feniso que, obligado de tantos beneficios, le dio cuenta de sus desdichas. Prometió el nuevo amigo ayudarle en cuanto fuese posible y hacer tales diligencias de su parte que quedase satisfecho en su afrenta, o en que no estaba en la ciudad el impío autor de su impensada pérdida. Con esto comenzó Feniso a levantarse, y después a inquirir ocultamente quién sería el agresor del alevoso rapto de Laura, y nosotros a descansar de este poema, para proseguir en el segundo la novedad de sus sucesos, en quien parece que con particular acuerdo y estudio hacía la fortuna experiencia de su poder y ostentación de su mudanza.

Poema Segundo

La malicia de los presentes siglos, tan conforme en todo a la de los pasados, nos muestra claramente que siempre ha sido uno mismo el mundo, y siempre flaca nuestra naturaleza. Cuando yo miro que Séneca *in Agam.* dice estas palabras: «Pecieron las costumbres, la fuerza, la piedad, y la vergüenza, que, una vez perdida, ignora los caminos de volver a su dueño»¹⁵⁹, pienso o que Feniso vivió en tiempo de Séneca, o que Séneca estuvo presente a los sucesos de Feniso.

Sano de su indisposición estaba, solícito restaurar su pérdida pretendía, y cuerdo su sentimiento ocultaba nuestro noble caballero, a tiempo que una mañana de las que el hermoso padre del día calienta las duras escamas de Escorpión¹⁶⁰, llegó cansado de hacer ocultas diligencias a su posada y casa de Leonardo; no halló en ella a don Luis porque le desvelaba el mismo cuidado, y así, opreso de su imaginación –tormento que mata sin acabar la vida y daño cuyo remedio es tan dificultoso, como contra enemigo inexcusable– se arrojó sobre la cama para descansar, porque vive engañado el que piensa que los pesares no cansan el cuerpo cuando atormentan el alma. No podía sosegar en ella, de donde infiero que solo halla descanso un deseo en la posesión de los bienes, y un triste en el remedio de sus males. Cuanto en el mundo padece violencia, naturalmente se inclina a buscar su natural asiento; y así, violenta¹⁶¹ el alma de Feniso sin Laura, a quien llamaba centro de su alegría, parece que no se hallaba atada con el material lazo de su cuerpo, y así comenzaba a salir en los suspiros¹⁶². Decía, hablando en sí mismo con ella, ya que no podía de otra suerte: «¿Cómo es posible, oh Laura, que viva ausente de tus ojos quien tiene su

¹⁵⁹ *Agamenón*, 112-113: «Periere mores ius decus pietas fides | et qui redire cum perit nescit pudor».

¹⁶⁰ *Escorpión*: «Corresponde al mes de octubre [...] según reglas astronómicas entra el sol en este signo cerca de los 23 de octubre» (AUT).

¹⁶¹ *violenta* es adjetivo.

¹⁶² La separación entre alma y cuerpo, causada por la pena de amor, lleva a un trastorno emotivo y a una enfermedad física. Según la teoría naturalista de ascendencia aristotélica (descrita, entre otros, por Alberto Magno), los suspiros representan la huida del espíritu hacia el exterior, y en la lírica son manifestación por excelencia del sufrimiento del enamorado (cf. Serés 1996: 73, 202).

vida en ellos? ¿Es cierto que carece de tu vista quien se juzgó siempre dichoso en tu presencia? Mas, ¿para qué lo dudo, cuando es tan cierto el ser yo desdichado, y estar los males próximos a la desdicha?» Esto repetía muchas veces la fantasía al discurso, cuando oyó que llamaban a la puerta de su espaciosa sala, y que le pedían que abriese. Hízolo así para mirar quién era y vio una criada de casa, que breve y presurosamente le dijo: «Siempre de la novedad es hija la admiración, y así no será mucho que os admiréis con esta. Lo que vengo a suplicaros de parte de Celia, mi señora, es que paséis por este papel los ojos y hagáis lo que en él os pide, si os puede obligar a tanto una natural inclinación de serviros». Preguntóle Feniso quién era Celia, y de la respuesta supo que la hermana de Leonardo, y que importaría que ella se ausentase porque él no viniese y presumiese celoso, lo que pudiera temer, cuerdo de sus partes y valor. Agradeció Feniso la cortesía, y sin leer el papel respondió que él le vería después, y entonces prometía hacer cuanto se dirigiese a su servicio, satisfecho de que la cordura de su señora no le pondría en estado donde pudiese degenerar de su calidad, ni desdeír de sus justas obligaciones y honrados respetos. Fuese la criada de Celia y, abierto el pliego, vio que contenía estas razones:

«Las nuevas que de vuestro valor he visto varias veces en la boca de mi hermano Leonardo me han dado atrevimiento para que os encargue un negocio de importancia. Él pide más larga relación de la que en este pliego podéis tener y menos dilación de la que podéis imaginar; y así esta tarde hallaréis a la puerta de casa una criada, seguro podréis seguirla y prudente cuidar de lo que se os encargare, que yo salgo fiadora de que hay poco peligro en lo que os ruego, y que será obligarme mucho».

Una y muchas veces leyó lo que el papel contenía, y en todas ellas no halló dificultad con que excusarse de obedecer, antes, deseoso de saber el fin de esta novedad, cuando le pareció hora a propósito, esperó cuidadoso la criada, que brevemente llegó cubierta el rostro, y habiendo preguntádole el nombre, y quedado satisfecha de que era la persona que buscaba, le dijo que se viniese tras ella algo distante porque no se advirtiese que la seguía, y que donde le avisase podría entrar sin temor de riesgo ni presunción de daño alguno. A estas razones respondió alentadamente Feniso, que no temía daños quien no tenía ya que perder si no es la vida, siendo esta la cosa que menos estimaba en cuantas ocasiones

era importante a su heredado honor, hidalga sangre y antigua nobleza. Con esto, y guardar las leyes del recato a que obligan de ordinario la prudencia sabia y el secreto prudente, llegaron a una casa exteriormente hermosa, y en lo interior capaz de la riqueza de su dueño. Entró Feniso en ella y, después de haberse la criada descubierto y díchole que subiese por una escalera que en una sala baja había, llegó a una cuadra ricamente vestida de flamencos tapices, y allí quedó esperando el fin de su venida, tan lleno de confusión por lo que vía, como de ignorancia por lo que esperaba. Fue prevenido de que entrase más adentro, y pasó a otra no menos rica pieza, cuyo adorno, limpieza, disposición, correspondencia y compostura parecía particular estudio del arte, y rico depósito de cuanto produce la naturaleza, o para crédito de su poder, o para lisonja de los hombres. Estaba en ella un estrado¹⁶³, al cual salió una señora moza, hermosa, y tan honestamente bizarra que en ella el negro luto quitaba su lustre a la resplandeciente tela y al lucido damasco. Correspondió a la cortesía que la hizo Feniso con una reverencia, y después de haber mandado a las criadas que salieron con ella que se ausentasen de la sala, y suplicando a Feniso que tomase un asiento y se llegase más cerca sin extrañar la novedad que se le ofrecía, por quien le miraba justamente confuso; y, últimamente, después de haber dado él indicios de su ingenio, vuelto por la cortesía de su patria en las discretas razones de su respuesta, y ofrecídose en todo a la disposición de su voluntad y a la insinuación de su gusto, prosiguió la noble señora:

«Supuesto que estoy satisfecha del ingenio y valor vuestro, oh Feniso, y que de entrambos necesito en la ocasión presente, de aquel para callar discreto, y de este para emprender atrevido, aunque la obligación mayor que un hombre bien nacido tiene es corresponder a su nativo honor y la mayor deuda es a sí mismo en lo que promete, me ha parecido no ser cosa ajena de propósito obligaros con un breve discurso de mi vida al piadoso remedio de mi estado. En Sevilla, ciudad famosa entre cuantas visita el sol desde su lúcida esfera, vi la primera aurora. De hidalgos -aunque pobres- padres nacida, porque esta es pensión con que de ordinario se arrienda la nobleza. Es mi nombre Rufina; crecí a mayor edad con el aseo que la necesidad permitía y la hermosura que miráis

¹⁶³ *estrado*: «El conjunto de alhajas que sirve para cubrir y adornar el lugar y pieza donde se sientan las señoras para recibir las visitas, que se compone de alfombra o tapete, taburete o sillas bajas» (AUT).

(vos juzgáis si mereció este nombre la mía). Llegué a tener diez y seis años (si es que los que se pasaron se tienen), y al cabo de ellos desembarcó de Lima un caballero natural de esta ciudad de Valencia, próspero en la hacienda y en el nombre. Mi estrella me dispuso la dicha de que una tarde me viese, vista me estimase, estimada me desease, y deseada me poseyese en lícitos y apacibles brazos. Determinó, después de habernos casado, volver a su patria y vivir en su misma tierra; y, como las mujeres cuerdas no deben tener distinta voluntad que su marido, vine gustosa y viví alegre en ella seis años que dilató la muerte su partida. Quedé sola de su compañía y acompañada de pesares y riquezas, que es poco poderoso el oro para remediar desdichas, de donde nace que hay muchos pobres contentos y muchos ricos tristes. Dejome por única heredera de su hacienda y con ella regalada y servida. Durome mucho tiempo la tristeza y permaneció dilatadamente el llanto de su muerte, mas, ¿qué no acabaron dos años de marido ausente sin esperanza de que vuelva, y sin temor de que castigue? Habrá, pues, poco más de tres meses, oh Feniso, que llegó a esta ciudad un forastero, galán, discreto, y gentilhombre, el cual puso en mí los ojos, en mi jurisdicción el deseo, y en mí poder su gusto. Escribime su amor, pagueme de su entendimiento, y paguele la voluntad que me tenía, aunque tal vez es vicio ser una mujer agradecida, pues por el agradecimiento se reconoce deudora, y por esa parte entra luego la correspondencia, la comunicación y el trato. Hacía finezas de amante fervoroso, asistencias de criado diligente y servicios de esclavo voluntario, con que granjeó en breves días grande afecto en mi pecho y espacioso lugar dentro del alma. Dísele para que me hablase una noche, donde los encarecimientos igualaron a la solicitud, las promesas a las demostraciones que hacía, los juramentos al cuidado, y el concierto de las razones a la bizarría del talle. Preguntele su patria, díjome que Toledo, su nombre don Juan Velázquez, y su amor mil veces dichoso en tener tal objeto y haber tenido elección tan excelente. Despedile por entonces, diciendo que le estimaba y quería, con que comencé a obligarme, porque no ha menester más una mujer que es cuerda de empeñarse en las palabras para no quedar libre en las obras. Otras muchas veces permití que me hablase, y una de ellas, cierto de que no había de tener efecto en su gusto si no es quien fuese mi marido, me dio palabra de serlo, creyendo sin duda que aquello bastaría a hacer llanas todas las dificultades posibles de mi parte

para dejar burlados mis intentos. Mas sucediole de otra suerte, pues, aceptando la palabra, añadí que, pues no había cosa que lo impidiese, al siguiente día se comenzarían a hacer las diligencias, y después de desposado sería dueño de mi persona, hacienda y vida. Dilatolo por entonces, con decir que esperaba dineros de su casa para que en todo se hiciese conforme a su calidad la boda; y ya desde aquel punto acudía menos fervoroso, menos continuo y más divertido, de donde inferí lo mal que hubiera hecho en darle más licencia de la que pudieron permitir los afectuosos yerros de mi amor por entre los espesos de una reja. Viendo pues tan diversos efectos y tan varios descuidos, me pareció que no podían nacer si no es de grande causa, y así, o curiosa, o celosa, o todo junto (que siempre han sido muy curiosos los celos) hice saber¹⁶⁴ su posada; y de una mujer que en su casa vivía, a quien obligaron promesas mías o facilidad propia, ya más deseosa de referirlo que yo lo estaba de saberlo -condición muy natural nuestra- supe, con cuantas circunstancias pedía el caso, que don Juan tenía una dama extremadamente hermosa que era de su misma patria y que, aunque había venido a los principios violenta, ya estaba menos rigurosa, y aun más que medianamente apacible. ¿Qué no podrán, oh ilustre Feniso, los engaños de los hombres en la mudable condición de las mujeres? Sé decir, como a quien le sucede, que no ha hecho el cielo criaturas más fáciles para disponerse a todo, plantas más débiles para inclinarse a cualquier viento, ni blanda cera¹⁶⁵ que reciba más varias impresiones. Pareciome novedad decir que había venido violenta, y al preguntarle la causa me respondió que había sabido todo el suceso de un criado de don Juan, con quien después supe que ella tenía algunos ratos (debían de ser de gusto, donde no hay secreto que se calle ni obligación que no se olvide), el cual la refirió que don Juan se había enamorado en Toledo de una señora, dama de un su amigo, y que habiendo sido forzoso ausentarse por una muerte que hizo, y no pudiendo traérsela consigo, le había dejado a él en la misma ciudad para que le avisase de lo que sucedía con intento de ir ocultamente y robarla, mas que, por haber sabido que ella estaba en compañía de su verdadero amante y que venían camino de Valencia, había él venido disfrazado por las mismas jornadas, y habiéndole adelantado la postrera, y dado

¹⁶⁴ En el sentido de «hice descubrir».

¹⁶⁵ La cera asociada a la voluntad del enamorado se halla también en el *Cancionero*.

aviso a su señor de todo lo que pasaba, acompañado de él y otro amigo, habían salido a esperarlos en parte donde, más engañosos que valientes, se la habían quitado, teniéndola desde entonces en su casa, obligándola con servicios y sirviéndola con diferencia de regalos, con que no solamente había granjeado consuelo a su llanto, sino contentos y amor a la nueva compañía. Quedé con esta relación, como se puede imaginar, de unos celos que se averiguan, dispuesta en cuanto me fuere posible a la venganza. No he sabido en muchos días qué remedio aplicar a tanto daño de mi sosiego, porque aunque suele ser grande la determinación en las mujeres, y en mí no ha sido pequeña, veo que son mayores mis obligaciones a quien he procurado acompañar de cordura. Hasta que ayer, comunicando estos pesares con la señora Celia, deuda mía –si la amistad es deudo–, me dijo las prendas de vuestra persona, de quien por forastero en esta ciudad, por haber estado en la patria de don Juan, por el valor de vuestro pecho y cordura de vuestro entendimiento, podría fiar mis aumentos, esperar fin dichoso a mis pasiones, y coger colmados frutos donde sembré esperanzas. Esto es lo que procuro, esta la deuda en que os ponen vuestra cortesía y mis penas, y este mi insufrible género de males».

Sin que fueran necesarias tantas señas, hubiera conocido Feniso que era autor de su afrenta quien había sido dueño de lo más escondido de su pecho y secretario de su amor; pero, disimulando sus celos, ocupaba el alma en imaginar el modo con que tomaría venganza y ya, más determinado por el enojo suyo que por el ruego de Rufina, la respondió: «Déjome obligar tanto de las lisonjas que me hace quien compra mi libertad a costa de sus secretos, que podrá Vuesa Merced no rogar, sino disponer, cierta de que en todo será instrumento de sus manos, acción de sus deseos, y ejecutor de su gusto, que yo tuve también noticia de ese caso, y me pareció tan mal que, aunque don Juan es caballero, pienso que lo dejara de ser si hubiera de tener en él su heroica sangre principio; porque no es una misma cosa el nacer un nombre noble y el serlo, pues hay muchos que lo son sin haberlo nacido, y muchísimos que en sus obras dejan de ser, aunque sea ilustre el nacimiento». A estas razones de Feniso respondió Rufina: «No será bien que desde hoy se llame infeliz quien tiene en vuestra persona tal amparo, la cual, si como afirmáis está dispuesta a ejecutar mi determinación, yo intento que esta noche sepáis la casa y conozcáis la persona, pues para que sea fácil ha trabado una prima mía estrecha amistad con

Laura, a quien acompañaréis y con cuya ocasión veréis que es cierto lo que digo. La pena que deseo a mi enemigo es la misma que él hizo padecer a quien robó en Laura la alegría y le quitó con su presencia el honor. Para esto haré disponer las cosas de suerte, a su tiempo, que vos lo podáis hacer sin peligro: don Juan quede sin las glorias que posee, Laura fácilmente se mude, y yo quede ufana con esta satisfacción y vengada con hacerle esta injuria. Bien sé que no es poco lo que pido, mas, ¿qué no acabó el valor ayudado de temeridad y atrevimiento?». Nada le pareció dificultoso a Feniso, que a quien vive celoso todo le parece nada, si no es sufrir los celos. Faltaba gran rato para que el ausencia del sol ayudase a su determinación y al pensamiento de Rufina; y así, por entretenerle, o por pagarle parte de lo que por sí mismo emprendía, pidiendo un laúd a una criada, a Feniso licencia, y treguas a sus pesares, hizo salva a la voz con un suspiro, y dulcemente triste cantó así:

«Ya que solamente¹⁶⁶
vive la memoria
de mi bien ausente
y pasada gloria,
 escuchad, deseos,
entre dulce acento,
mis justos empleos,
mi injusto escarmiento.
 De mí se ha burlado
mi querido dueño,
¡ved si mi cuidado
puede ser pequeño!
 Es mi amor de suerte
que aun no permite
que a culparle acierte,
ni el gusto le quite,
 pues cuando me quejo
y advierto su culpa,
de quejarme dejo
por buscar disculpa.
 Mi engaño quisiera
pues no hay mayor daño
que si no se espera

¹⁶⁶ Cuartetos (abab) de hexasílabos.

ver un desengaño.

Solo porque es suyo
el rigor deseo,
mis verdades huyo,
sus mentiras creo.

Si mis penas toco
menos le aborrezco:
o mi amor es loco,
o yo lo parezco.

Suéñase querido,
mas si le despierto,
halla que su olvido
solamente es cierto,
con que en mi cuidado
claramente infiero
que el bien es soñado
y el mal verdadero.

Mas tened ahora
silencio, deseos,
que el alma no ignora
estos devaneos;
sólo a mí esperanza,
si ha quedado alguna,
decid la mudanza
de mi infiel fortuna,
y a mi amor que aguarde
que libre se vea,
mas que será tarde,
pues no lo desea».

Tan suave voz, tan diestra armonía, tan acordada música y tan sentidas endechas pudieran no solo divertir, sino enamorar a Feniso, a tener menos repartida el alma en los discursos¹⁶⁷ de la traición de su amigo. Con esto confirmaba que sin duda él había sido uno de los tres que, cubierto el rostro, le dejaron por muerto en los ásperos montes de Toledo, como al principio dejamos referido¹⁶⁸. Ayudaba a esta verdad lo que le contó Laura que había

¹⁶⁷ *discurso*: «Vale también reflexión sobre algunos principios y conjeturas, y sospecha o imaginación que se forma en virtud de ellas sobre alguna cosa» (AUT).

¹⁶⁸ La recapitulación parcial de los sucesos pasados es una constante tanto

hecho aquella noche de la muerte de Félix, que fue acudir a su cuarto para librarla. Vía que el deseo de librarla había sido con fin de poseerla, y todo le añadía nuevo apetito de satisfacerse¹⁶⁹. Llegose con esto el tiempo a propósito de sus pensamientos, vino Narcisa, que era la prima de Rufina, y con brevedad se pusieron en la casa de don Juan. Quedose Feniso en una pequeña cuadra que servía de recibimiento, y entró ella a ser afectuosamente admitida de Laura, y cortésmente agasajada de don Juan, que, si no por prima de Rufina, por amiga de Laura la estimaba. Reconoció Feniso en la voz a su traidor amigo, y en el agrado y apacible proceder a la que fue un tiempo objeto de su amor, y ya era blanco de su ira. Revolvía mil cosas en el pensamiento y la conclusión de todas era nuevos daños. Diversas veces se vio dispuesto a no dilatar más la venganza, ciego con el enojo que le incitaba a ella, y siempre le detuvo la esperanza de mejor ocasión. Olvidábase de sí mismo por atender a las razones que decían, advirtiendo en ellas su seguridad, por no decir la poca modestia de entrambos. Percebía en el modo de comunicarse demasiada familiaridad, y aun mucho amor. Cuando consideraba estas cosas y volvía a pensar que él las escuchaba, o se desconocía, o no daba entero crédito a los oídos; y así, llevado de este pensamiento dudoso, oía con nueva y mayor atención: esta le añadía desengaños a desengaños, y con todo eso diligenciaba oírlos porque el mayor mal de los celos, y por donde viene a carecer de remedio, es por apetecer lo mismo que los mata. Siglos le parecieron a Feniso los instantes que estuvo de aquella suerte, mas al fin se acabaron, que como tuvieron principio, tienen su fin los siglos. Despidiose Narcisa y salió Laura a acompañarla hasta la puerta de su cuarto, donde Feniso tuvo lugar de verla, y con el dolor nacido de mirar a su dueño con gusto en ajena posesión, ni pudo hablar ni se acertaba a mover; y aun, si no temiera ser descubierto y dar causa con que sus enemigos huyesen, no dudara en la ejecución de algún exceso. Trató don Juan de ir con Narcisa, y, no obstante que ella se excusaba diciendo que traía quien la acompañase, porfió tanto que la venció en cortesías, y hubo de conformarse con su gusto. Cuando Feniso

de la novela bizantina como de la comedia de capa y espada, debido a la complejidad de sus enredos. Sin embargo, Quintana, contrariamente a Cervantes e imitando a su maestro Lope, se sirve con cierta moderación del recurso (sobre el tema, cf. la nota de Avalle-Arce en Vega 1973: n. 518).

¹⁶⁹ *satisfacerse*: «vengarse» (AUT).

vio tan cerca de sí al autor de sus penas, sin duda le matara a no temer el sobresalto de Narcisa; mas después de haberla dejado en casa de una amiga (donde fingió que vivía, porque no llegase a la suya) se ausentó don Juan. Feniso, que atendió a la ocasión que se le ofrecía, salió tras él diciendo que iba a cierta diligencia, y alcanzándole brevemente (porque el celoso camina sobre sus ansias o, por mejor decir, como quien huye de sí mismo), le llamó por su nombre y, cubriendo el rostro y disfrazando la voz cuanto pudo, le dijo: «Si a Vuesa Merced, señor don Juan, no le es penoso el oírme, querría darle cuenta del estado de mi pobreza y mi dicha, porque si ella no tuviere remedio, por lo menos no me falte el consuelo que de su piedad he presumido». Rogole que le siguiese, y fue encaminándole hacia el campo, y refiriendo tanta variedad de cosas y tan fuera de propósito algunas, que se pudo don Juan persuadir a que o hacía burla de su persona, o le sacaba de industria a la campaña, principalmente por ver que estaban ya cerca de San Juan de la Ribera, lugar donde por desviado y oculto se suelen hacer los desafíos¹⁷⁰. Por todas estas causas, puesta la mano en la espada, se detuvo, y le dijo: «Las razones tan ajenas de propósito que habéis propuesto y el lugar a que me habéis traído, me obligan a que sepa quién sois y qué deseáis con tan dilatado plazo». «Conocido habéis mi pensamiento, –respondió Feniso– y si hasta ahora me he excusado, aleve don Juan, traidor amigo, y tirano fiero, ha sido por temer que quien emprendió tal vil hazaña, como cupo en vuestro pecho, no había de tener atrevimiento para salir adonde os pudiese hablar sin testigos, y decir la infame correspondencia con que a mi fiel amistad habéis pagado. Bien pudiera yo haber tomado satisfacción de mi injuria sin haberos traído a esta soledad, mas quise hablaros solo por dos cosas: la primera, por deciros vuestra infamia, donde, si yo quedare muerto, no hayáis perdido la opinión de que son tan indignas vuestras obras, pues por lo que fuistes me debo a mí mismo este respeto; y la segunda porque, si vos lo quedáredes, sea en esta parte, por escondida, más oculto mi delito y menos cierto mi daño. Yo soy Feniso, don Juan. ¿Qué dudáis? ¿No acabáis de conocerme? Mas no me admiro cuando veo que, a haberme vos conocido, hubiera sido vuestro proceder

¹⁷⁰ Alude probablemente al convento de San Juan de la Ribera, que estaba situado en el extramuros de Valencia y que tomó ese nombre por la intervención del arzobispo valenciano Juan de la Ribera en su construcción (cf. Esclapés de Guilló 1805: 88).

diverso, vuestra intención menos atrevida, vuestra cordura más cierta, vuestro atrevimiento menos loco, vuestra alma más noble, y, finalmente, menos ignorante vuestro yerro. Yo soy quien supe ser vuestro amigo, y sabré dejar de serlo, haciendo que confiese la lengua de este acero por las bocas que en vuestro pecho abriere las acciones de vuestra alevosía y las satisfacciones de mi afrenta». Cuando don Juan conoció que era Feniso el que le hablaba, que estaba su engaño descubierto y su traición conocida, impedido de su vergüenza o confuso a fuerza de la razón, que de parte de su contrario vía, debiera procurar disculparse y intentar satisfacerle, mas sucedió tan al contrario que le dijo había deseado encontrarle, y se holgaba de verle donde pudiese con su muerte asegurarse de las glorias que gozaba. No pudo proseguir adelante porque vio que habría menester para defenderse el tiempo que había de gastar en tan atrevidas palabras, a causa de que ya venía Feniso prometiendo rigores en su espada. Sacó don Juan a la vergüenza la suya (porque no es desnudarla, sino avergonzar la espada, sacarla para defender cosas injustas), mas ni ella fue bastante con los movimientos de su dueño, ni él con la presteza de su brazo para impedir que la de Feniso no visitase el alevoso pecho, y no saliese de él la vida tan presto que parece que deseaba el alma dejar el traidor cuerpo. Finalmente, a un tiempo mismo tuvo por donde salir y se vio ausente, porque en un traidor amigo es bien parezca que aun está violenta el alma. Vio Feniso muerto, y tuvo pesar de verle en tal estado, que una muerte lastimosa aun a los enemigos da pesares; pero, advertido de que más satisfacción debía a su agravio que lugar a su piedad, determinó hacer lo mismo de Laura, para que así tuviese su mudanza castigo, su hermosura fin breve, y cuantas lo supiesen escarmiento. Pareciple que sería importante quitar al frío cadáver el ferreruelo¹⁷¹ y sombrero de color que llevaba, porque por él fuese desconocido cuando llegase a llamar a la puerta, y todo lo que determinó puso en ejecución. Cubriose el ferreruelo, que había de ser capa de su engaño, rebozo de su furia, medio de sus intentos, y Sinón¹⁷² de su venganza; y de esta suerte se volvió a la ciudad y casa de Laura. Llamó a la puerta, y, presumiendo una criada –que salió por un balcón a ver quién era– que llamaba don Juan, su señor, bajó presurosa a abrirle.

¹⁷¹ *ferreruelo*: «Capa algo larga, con solo cuello, sin capilla» (AUT).

¹⁷² Sinón es el griego que convence a los troyanos a introducir en la ciudad el caballo de madera.

¡Oh con cuánto tiempo se previene el que desea una cosa! Pienso yo que es porque el apercibimiento engañe al intervalo que la posesión se dilata, pues Feniso, que vía tan cerca el fin que de su industria esperaba, prevenía el acero que había de ser instrumento de su ira. De esta suerte estaba imaginando lo que había de hacer y consultando lo que intentaba decir, cuando, a la vuelta de una calle, donde la casa de Laura hacía esquina, oyó un confuso estruendo de armas: bien echó de ver que habían de estorbar a su indignación si con brevedad no le abrían, por irse llegando más cerca los que hacían el ruido. Y como lo pensó fue el suceso, pues a la voz de uno que decía haberle muerto huyeron los demás, y este al volver de la esquina cayó pidiendo confesión y ayuda. Mucho pudo el obstinado ánimo de Feniso, pues, viendo tan cerca de sí un hombre muriendo, no desistió de esperar que le abriesen. Mas, o la turbación, o la prisa, o, lo que más cierto es, la dicha de Laura, dispuso que las llaves no pareciesen, y que el yerro de no guardarlas fuese acierto que le guardó la vida. La dilación que había en abrirle detenía al animoso Feniso, y la fama de la pendencia trujo a la justicia; lo cual visto por él, y que aunque se averiguase no ser el agresor de aquel homicidio, no se podría librar de ser conocido por homicida de don Juan, de quien traía para testigos el ferreruelo y sombrero, comenzó a desviarse del desconocido muerto con toda prisa, mas a tiempo que ya la justicia, aunque desde lejos, lo había advertido; ella puso su cuidado en prenderle, mientras él se disponía a huirla. Últimamente, con grande desasosiego e increíble cansancio, aprovechándose el temor de su ligereza, que era mucha, y excediendo la velocidad al temor, lo puso en ejercicio. Uno de los que venían con la justicia, por más ligero, se adelantaba tanto (habiéndose quedado todos atrás) que antes de llegar al portal, que allí llaman de Serranos¹⁷³, obligó a que se detuviese Feniso, y, cansado de la prolija porfía de aquel necio, determinase quitarle los instrumentos de su solicitud¹⁷⁴; mas él, desde entonces cuerdo en no esperar a un hombre que empeñado en la pérdida de su vida quiere con pocos envites de enojo el riesgo de la ajena, se volvió con los demás. Saliose Feniso de la ciudad por el portal, o puerta referida, a causa de no estar cerrada por no

¹⁷³ La puerta (o torres) de Serrano forma parte de la antigua muralla de Valencia. El protagonista huye hacia el noreste, o sea en dirección de Barcelona, donde se desarrollarán sus sucesivas aventuras.

¹⁷⁴ O sea, le matase.

haber dado las diez; y viéndose en el campo solo, aunque no de temores de ser cogido y preso, hizo presta elección, entre los medios que le prometían libertad, del de poner tierra en medio ausentándose de Valencia, y esto con tanta más brevedad cuanto vía más apretada la diligencia de cogerle en las lenguas de las campanas, que artificialmente provocaban a los ministros que tienen su jurisdicción en el campo. Caminaba apartado del camino, o ya porque lo ignoraba, o ya que fuese industria para no ser tan fácilmente cogido. Anduvo poco más de dos leguas, camino en quien, si se hubiera de tomar parecer a su cansancio, menos distancia le pareciera mucha. Quisiera entregar sus cansados miembros al descanso y rendirse al necesario sueño, mas estaba la tierra tan llena de pantanos a beneficio de las nubes¹⁷⁵ que no se podía atrever sin peligro de mayor daño. Por esto, y no saber a qué determinarse, se arrimó al duro tronco de un árbol para esperar el día, y si antes cansaba con el movimiento sus miembros, ahora con imaginaciones el discurso¹⁷⁶. Acordábase de haberse visto no muchos días antes atado a otro por la infame correspondencia de su amigo, y alegrábase en el castigo con que le dejaba; atendía a los amores de Laura, a su mudable condición, y a su fácil mudanza, y pesábale de no haber podido ejecutar en ella sus rigores. Esto estaba revolviendo en su afligida memoria cuando en medio del quieto y obscuro silencio de la noche oyó ladridos de un perro, que, según estaba lejos, no fuera posible oírlos a no los repetir más fuertemente el eco. Parecióle llegarse para ver si era algún pequeño lugar, o casería, donde recogerse. Llevaba por guía el sonido de la indearticulada¹⁷⁷ voz, y por arrimo las esperanzas de mayor descanso; mas, antes que llegase adonde la imaginación de hallar albergue la inducía, vio en el repecho¹⁷⁸ de una cuesta una cabaña humilde, que, cubierta de secos ramos, era rústica defensa a las influencias de Acuario y Piscis¹⁷⁹ y pródigo pabellón de algunos

¹⁷⁵ La expresión parece significar que los pantanos están «a beneficio» de las nubes porque les han permitido descargar la lluvia.

¹⁷⁶ *discurso*: «Se toma muchas veces por el uso de la razón» (AUT). En este sentido en varios pasajes de la novela.

¹⁷⁷ *indearticulada*: parece variante de *inarticulada*, aunque no registrada en los repertorios. Todas las ediciones leen como la edición príncipe.

¹⁷⁸ *repecho*: «El pendiente, cuesta u declive de un terreno» (AUT).

¹⁷⁹ O sea del frío y de la humedad; *Acuario*: «corresponde al mes de enero [...] entra el sol en este signo cerca de los veinte días de enero» (AUT); *Piscis*: «corresponde al mes de febrero [...] entra el sol en ese signo cerca de los 18

pastores. Llegó a ella, y vio que estaba sola, y que había algunas secas y extendidas pieles con que sus habitadores se defendían de la dureza y humedad de la tierra, madre universal de cuantos viven, por quien solía decir Feniso que aquellos eran más hombres que los que estaban en las ciudades cubiertos de oro y telas, no porque tuviesen más valor, sino porque nunca se apartan del regazo de su madre primera. La necesidad de abrigo, y la ocasión de verla sola¹⁸⁰, le obligaron a que ocupase parte de ella y, vencido del sueño, pusiese en temporánea quietud los sentidos, a quien antes parecían atormentar eternas penas. Habían tenido los pastores del referido aprisco una copiosa lumbre, y estaban ausentes a causa de un ruido que los perros habían hecho para defender las simples y apacibles ovejas de la hambrienta fiereza de un lobo, que impiamente pretendía trasladar a su pecho sangre de inocentes venas (que aun hasta en los animales hay también quien persiga la inocencia). Allí, pues, donde la priesa¹⁸¹ acompañada del cuidado, o el sobresalto acompañado de la priesa, había dejado mal cubierta la lumbre, se fueron encendiendo unas hojas, y con ellas se levantó el fuego con tanta furia por la puerta del pajizo albergue, que, cuando despertó a Feniso la mala vecindad del humo, se halló metido entre las llamas por una parte, y por la otra unos duros y fuertes maderos, que si antes eran fundamento de la cabaña, ya eran estorbo penoso que le hacía imposible la salida; ni sabía qué hacerse, ni atrevía a determinarse: si quería salir por medio del fuego, le detenían temores de su voraz fuerza y atrevido rigor; si se quedaba en aquel lugar, vía que no seguro abrigo, sino infeliz turba preparaba a sus cenizas. El humo le cegaba los ojos y la indeliberación le impedía las acciones, y con esto, ignorante de cuál elegiría, ningún medio excitaba a su remedio. Parecíale que

de febrero» (AUT). El narrador podría aludir de esta manera al hecho de que ha llegado el invierno; si fuera así habrían pasado unos meses desde los hechos contados al principio del segundo poema, cuando se decía que el sol estaba en la constelación del Escorpión.

¹⁸⁰ Entiéndase la «cabaña».

¹⁸¹ *priesa*: forma anticuada presente en el *Cid* y que resiste hasta los Siglos de Oro: «la forma innovadora [*prisa*] se encuentra ya en un ms. de Berceo escrito en el S. XIV [...] pero tropezó con porfiada resistencia, pues sólo la antigua se halla en APal. y Nebrija, Cervantes no dejó imprimir más que *priesa* en el *Quijote*, y todavía Covarrubias y *Aut.*, aun reconociendo la existencia de la otra, le niegan beligerancia literaria» (DCE, IV: 653-654). En el texto de Quintana se alternan las dos formas, aunque *prisa* se halla con mayor frecuencia.

eran castigos de sus culpas o influencias de su contraria estrella, a quien no quedaba género de males que no previniese en su daño, ni imaginados bienes que no desviase de su provecho. Procuraba con la espada matar a golpes el fuego, mas, como era enemigo insensible, los golpes no servían más de avivar y dar fuerza a las llamas. Volvían ya los pastores sin haber podido alcanzar al cauto¹⁸² como astuto ladrón de sus ganados y, viendo pequeño monte de fuego el que habían dejado capaz refugio del riguroso frío, llegaron con toda diligencia a punto que ya Feniso dudaba salir vivo y, por haberlos sentido, comenzaba a pedirles socorro. Soplaban recio el viento, y con la fuerza de él crecían las del luminoso elemento. Determinaron, para sacar al que pedía su ayuda, hacer por un costado de la cabaña una puerta, cosa de que pudo resultar mayor peligro, pues quitando para este efecto uno de los maderos que tenía, vinieron todos los demás al suelo. Fuéronlos apartando con el cuidado que suele tener la piedad, aunque sea en rústicos pechos, y sacaron al galán y bizarro caballero de entre el espeso humo y duros ramos, faltarle de sentido porque se le habían quitado la confusión y los golpes de los maderos que formaban el referido albergue, de cuyo daño habían sido causa sus bienhechores, que entonces llega a ser un hombre sumamente desdichado cuando le hacen males los que le procuran bienes, y siente perjuicio en el remedio de sus males. Pusiéronse a contemplar sus galas, que eran muchas, a la luz que el quemado y deshecho edificio les prestaba; vían que él no había tenido culpa en el suceso, pues no se quedara dentro a haber sido ocasión de que su pobre hacenduela se quemase; y entre los pesares de su pérdida no eran cortos los deseos de saber quién había traído por tan exquisitos caminos la dispuesta gala de aquel miserable caballero. Llegaba uno y lastimábase de su desdicha, otro le descubría el rostro, tal afirmaba estar muerto, tal confuso se admiraba, y tal desnudaba los pequeños carrascos de parte de sus vestidos por haber sido al sacarle salteadores viles de su riqueza. En esta forma pasaron lo que de la noche faltaba, volviendo a un tiempo mismo el alba a dar deseada luz a los montes, y su sentimiento facultad a los sentidos de Feniso para que ejercitasen sus operaciones. Viose libre del lugar en que temió a su muerte, y comenzó a agradecer a sus

¹⁸² *cauto*: en el sentido de ‘engañoso’; la acepción más común de *cuatela* en los siglos XV-XVII era precisamente ‘engaño, maña para engañar’ (DCE, I: 929).

bienhechores el beneficio de haberle sacado de tal riesgo, aunque a costa de tan grande peligro. No hay duda sino que empeña a la gente humilde para mayores servicios quien la alaba, porque, como de sí presume poco y en cuánto hace está dudosa si acierta, alabar sus acciones es incitarlos a que prosigan con ellas, y aun persuadirlos a que de nuevo emprendan mayores cosas. Testigo es hoy el apacible acogimiento y la sencilla voluntad con que se esforzó aquella humilde escuadra a regalarle con todo su posible, viendo en Feniso las razones, en su pecho los agradecimientos, en su boca tantas alabanzas, y en su gusto la aprobación de sus piadosas diligencias.

Con la facilidad que el fuego deshizo la pajiza habitación, la levantaron los diligentes artífices, a quien la naturaleza y la necesidad hizo maestros. Metieron en ella a Feniso, trujéronle blanca leche, alimento que fue sangre, o sangre disfrazada para que no cause horror. Mataron un hermoso cabrito, que les dio espléndida y abundante, si no rica y poderosa, comida, y pasaron aquella tarde en procurarle alegrías, ya con bailes rústicos, ya en graciosos juegos, y ya en incultas Canciones, teniendo en el fin de las demás exordio una de Lidorio, pastor de agudo ingenio y singulares gracias, que, ayudado de su rústico instrumento, con admiración de todos, gusto suyo (por ser a sujeto que brevemente había de ser su esposa) y aplauso de Feniso, dijo así:

«Cuando cubre de olores¹⁸³
risueña el alba el verde monte y prado,
y entre varios colores
esparce a trechos perlas el cuidado
de ver el sol nacido,
pues les borda a las flores el vestido;
cuando a sus rayos rojos
hace el sol de las nubes celosía,
y ciega así los ojos
del arroyuelo a quien su luz envía,
no sé si porque se puede
pensar que con su misma luz le excede;
y, al fin, cuando granjea
cuanto se aumenta, y vive nuevo aliento,

¹⁸³ Lira-sestina que presenta la acostumbrada alternancia de heptasílabos y endecasílabos según el esquema ababcc (cf. Baher 1984: 374-376).

y mi vista desea
de que amanece hacer testigo el viento,
de tus ojos ausente
el alma dice que la vista miente.

Si mi ganado guardo,
de ti me acuerdo porque estoy perdido;
si de amar me acobardo
y olvidarte presumo, el mismo olvido
te retrata en mi idea,
con que no hay cosa donde no te vea.

Si acaso en esta selva
imitas cuando afrentas a Diana,
antes que a verte vuelva
el alma, oh Lisi, de quererte ufana,
por ella me asegura
que debe a tu belleza su hermosura.

Y, al fin, el alma hermosa,
la luz, el sol, las flores, monte y prado,
el agua y selva umbrosa,
la mañana, el olvido, y el ganado
lenguas ya de alegría
parabienes me dan de que eres mía»¹⁸⁴.

Viendo que Feniso no se disgustaba de oírle, dio indicios de que quería volver a cantar y, vista su atención, dio forma a la voz con estas espinelas que había escrito a la misma Lisi en una enfermedad de ojos de que temió quedar ciega:

«Vi tus soles eclipsados,
oh Lisi, y quedé de suerte
que perdieron a la muerte
todo el temor mis cuidados;
cuando los miro cerrados
y no advierto la ocasión,
llego a tener presunción
que tus niñas recogidas,

¹⁸⁴ La última estrofa repite, de manera algo incompleta, algunos de los elementos de la naturaleza que el poeta había traído a colación como recuerdo de su amada: la luz (estrofa 1, 2), el sol (estrofa 1, 2), las flores (estrofa 1), monte y prado (estrofa 1), el agua (estrofa 1), selva umbrosa (estrofa 5), la mañana (estrofa 1, 2, 3), el olvido (estrofa 4), el ganado (estrofa 4).

porque no quiten más vidas,
las puso el cielo en prisión.

Quien mira del luminoso
sol la excesiva luz clara,
cuando en ella más repara,
quedar sin vista es forzoso:
bello sol, tu rostro hermoso
daba a tu espejo el reflejo,
de donde inferido dejo,
pues a tanto su luz llega,
que has quedado, oh Lisi, ciega
de solo verte al espejo.

Mas, si acaso te apresuras
a tener el desengaño
de que es incierto tu daño,
justamente lo procuras¹⁸⁵;
que tus estrellas oscuras
tienen luz me persuado,
y si estar ciega has pensado,
porque es negro cuanto ves,
yo digo que el luto es
por las vidas que has quitado.

Y, al fin, si tan ciega estás
cuando procures remedio,
yo pretendo darte un medio,
oh Lisi, con que verás:
si tú conociendo vas
que, como no viste ayer,
puedes mañana no ser,
desde aquí el alma te niega
que estás ciega, pues no es ciega
quien se llega a conocer».

Cantó Lidorio de suerte que a un tiempo dejó a todos llenos de admiración, y al instrumento corrido de haber acompañado voz tan sonora. Con ella estuvo Feniso algo divertido, no alegre, porque el regocijo, si no nace del pecho, cuanto exteriormente se procura es bastardo. Volvió el sol a otro día a correr el curso que sin cansarse camina, y Feniso a su imitación no quiso parar en el de sus desdichas,

¹⁸⁵ Entiéndase el «desengaño».

para verse, ya que no feliz, vitorioso de su fortuna, y para llegar a verla primero cansada de oprimirle que ella le mirase impaciente de sufrirla. Por esto rogó a sus humildes huéspedes le encaminasen por la vía que se enderezaba a Barcelona y perdonasen el no poder quedarse en su compañía, pues mayores cuidados le apartaban de su quieto ejercicio y le obligaban a ver nuevas tierras, lustrando¹⁸⁶ varios climas. Hiciéronlo así con no poco disgusto, porque habían conocido en Feniso un natural afable, una condición apacible y un agrado común, imán que atrae las voluntades más viles, esmalte que luce sobre la nobleza más que el oro, y parte sin la cual no es posible que el imperio sea leve, el gobierno grato a los súbditos, la prelación agradable, el poderoso bien quisto, el cortesano discreto ni el plebeyo advertido. Rogáronle con no imaginados, aunque ignorantes, encarecimientos se quedase (mas ¿qué mucho que fuesen ignorantes, si nacían de afecto, pasión que siempre habla como loca?). No asintió a su parecer ni condescendió con sus ruegos, porque sabía que la vida de aldea o se ha de elegir para siempre, o se ha de vivir tan pocos días que la malicia villana no llegue a hacer fuerte, o con la rusticidad de la vida o con la murmuración en la honra; demás de que los huéspedes el primer día son dueños de la casa, el segundo amigos, y el tercero contrarios: el primer día son hospedados con diligencia, el segundo con llaneza, y el tercero con descuido; traen al principio regocijo, al medio trabajo, y al fin enojo; y, últimamente, son primero bien venidos, bien admitidos luego, y después mal detenidos.

Diéronle un zagal que le sacase al camino, donde comenzó a proseguirle hasta Morviedro¹⁸⁷; informóse allí de otro caminante, que venía de Valencia, de las novedades que había¹⁸⁸, y supo cómo habían hallado a un caballero junto a San Juan de la Ribera, el cual se decía haberle muerto un amigo suyo, y que en su busca se hacían grandes diligencias, habiendo despachado a todas partes sus ministros la justicia para que le prendiesen. Todo lo cual era posible por haber salido don Juan aquella noche con

¹⁸⁶ *lustrando*: en la acepción de ‘explorando’, ‘peregrinando por’.

¹⁸⁷ Existen diferentes variantes del nombre de la ciudad, que osciló entre Morviedro, Murviedro, Monviedro, Murviedra hasta 1868, cuando volvió a su antiguo nombre, Sagunto. Referencias a la ciudad de la costa valenciana se encuentran también en el *Peregrino* y en la *Jerusalén conquistada* de Lope (cf. Vega 1973: n. 257).

¹⁸⁸ El recurso de obtener informaciones de los otros viajeros es frecuente en la novela bizantina, y se halla varias veces en el *Peregrino lopesco*.

Narcisa, que, confesado quién era el que la había acompañado, y sabiendo el agravio de Feniso, fácilmente se pudo inferir que él había sido su homicida. Con estas nuevas determinó enderezar su jornada¹⁸⁹ a Zaragoza. Dividióse del otro caminante, yendo siempre desviado del camino y de noche. Poco más de tres habría andado en prosecución de su viaje cuando una, a quien la presencia de Cintia¹⁹⁰ hacía apacible, clara y serena, oyó entre la espesura de unos árboles una dolorosa voz, que con sus quejas obligaba a quien le procuraba sus daños para que desistiese de ellos y tuviese más piedad de su flaqueza. La voz era de mujer, y así despertó al animoso valor y determinación atrevida de Feniso para defenderla. Con esta resolución se llegaba, y oyó desde más cerca que las mujeriles voces habían cesado, y que, trocada la suerte el que la procuraba el daño, y antes decía: «Ahora pagarás, infame, mi desasosiego»; decía entonces: «Nunca, traidora amiga y tirana fiera, espere menos de tu crueldad y mi perversa vida».

Las palabras que el herido decía le detuvieron el paso, principalmente cuando vio que por entre las ramas salían una mujer y un hombre: ella en el traje bizarra, y él en la disposición robusto y en la resolución valiente, que, poniéndole a los pechos una pistola, le dijo se volviese, o sin pasar adelante esperase a que ellos hiciesen de allí ausencia, si no quería que fuese su pecho blanco de su furia y depósito de dos rayos de plomo. Viendo el valeroso Feniso un peligro tan urgente, y atendiendo a lo poco que le importaba el arriesgarse, acompañó al esfuerzo de prudencia, se detuvo, y vio que sin hablar palabra cogieron dos mulas que no estaban muy lejos, y que en ellas a toda prisa se apartaron de aquel lugar, y luego de su vista. No permitía esta novedad que el curioso valor suyo dejase de saber quién era el dueño de las pasadas voces, y, entrando por el mismo lugar que ellos habían salido, halló un hombre, ya el aliento perdido, las vecinas yerbas bañadas en sangre, ellas como él esmaltadas y él como ellas insensible. Púsose a mirar el lastimoso cadáver y a discurrir en la cruel tragedia de aquella vida, cuando sintió un pequeño ruido de bien prevenida gente, que llegando quedo y cogiéndole de improviso, le vendaron los ojos, y, tratándole de traidor, infame, homicida, y otros viles renombres, le

¹⁸⁹ *jornada*: «viaje».

¹⁹⁰ *Cintia*: Diana, o sea la luna.

llevaron atado a una población que estaba cerca del lugar referido¹⁹¹. Él se disculpaba diciendo que si era justicia le llevaban inocente, y si soldados que vivían de robar, nada les sería tan provechoso como dinero, el cual libremente les daría por redimir la vida. Mas ni esto, ni las razones que en el modo daban indicios de la verdad del pecho, fueron bastantes para que le dejaran, antes le metieron en un sucio y obscuro calabozo, donde le dejaron cargado de pesares y de hierros. Revolvía en su imaginación mil varias cosas: ya le parecía que, supuesto que el herido había quedado de todo punto muerto, no había de haber quien le disculpase; ya se vía, a su parecer, oprimido de sus parientes y amigos; ya se juzgaba en el desdichado punto de perder afrentosamente la vida, siendo de todo esto causa el temor, que hace gigantes las sombras. Entraron a otro día a tomarle la confesión del delito que no había hecho, a cuyas preguntas respondía más con los hombros y con las cejas que con las razones. No sabía cosa de las que le preguntaban, y persuadía al juez a que aquello que era ignorancia fuese muda malicia. Últimamente, sustanciado el proceso con los que ayudaron a prenderle y un hombre que fue el que dio el aviso, le condenó a violenta y jurídica muerte. Cuando oyó Feniso el estado de su negocio y el fallo de la sentencia, acabó de confirmar sus temores y comenzó a dudar si descubriría la calidad de su persona. Vía, por una parte, que si no era creído sería mayor afrenta para su linaje ilustre, pues así se sabría de su ignominiosa muerte, y esto le hacía que permaneciese oculto; esperaba remedio, por otra parte, si se descubría, y esto le hacía que se dispusiese a hacerlo. Un parecer se oponía a otro, y todos a sí mismo, con que quedaba más indiferente; pero cuando aguardaba que al siguiente día pusiese fin a sus desdichas la más grave de todas, entró un acuerdo¹⁹² del juez para que se detuviese hasta hacer mayor probanza, de cuyo efeto fue causa el haber llegado el mesonero del lugar, y díchole que presumía que aquel preso a quien había condenado estaba inocente y los culpados libres; y preguntado cuál fuese el fundamento de su presunción, respondió en esta forma:

«Habrá ocho o diez días, que son los que han pasado después que pareció aquel hidalgo muerto, que posaron en mi casa él y una dama hermosa, los cuales decían venir de Zaragoza, y a

¹⁹¹ Morviedro.

¹⁹² *acuerdo*: «Es la determinación, que por la mayor parte de votos se toma en los consejos, chancillerías u otras cualesquieras juntas» (AUT).

este mismo tiempo llegó también un gentilhombre, que afirmaba traer su viaje desde Castilla. Ellos estuvieron dos días en una sala baja, y él en otro aposento que le di más apartado y escondido; y una mañana, habiéndose salido por el lugar el caballero que después trujeron muerto, salió de su sala la dama que con él venía y, entrándose donde el hombre de Castilla posaba, por estar yo cerca, y en parte que no pude ser visto, oí que después de haberle preguntado varias cosas le dijo: “Yo, hidalgo, si acaso lo sois y pensase hallar en vuestro pecho valor y en vuestras manos ayuda, no dudaría en referiros lo sustancial de mi vida y lo peligroso del estado en que me veo”. Satisfízola de que lo era, y de que en todo la ampararía el desconocido mancebo, y ella prosiguió: “No me deja el sobresalto con que estoy referiros mi patria y las demás circunstancias de mi historia; lo que ahora me importa (después de deciros que mi nombre es Eufemia) es que sepáis que un caballero que viene conmigo me dio palabra de casamiento, me robó de mi casa y, últimamente, por disgustos suyos, faltó a la fe prometida y a la amistad jurada, me trae con intento de matarme en alguno de estos campos; de tal suerte que aguardo que sea término de mi vida el lugar que a él pareciere más a propósito para el atroz delito. Yo he sabido esto de sus diversiones de palabras que ha dicho al descuido, y otras acciones. Dos veces ha querido sacarme de aquí para que pasemos a otra parte y, fingiéndome enferma, he detenido la partida por ver si se ofrecía algún remedio. Pienso que en vuestra persona milagrosamente me ha venido, a quien quedaré obligada, rendida y sujeta si por ella tuvieron cumplido fin mis intentos”. Decía esto la bizarra dama tan penosa que no dudó el forastero en volver a prometerle su amparo. Bajaron tanto la voz que no pude entender lo que proseguían, y con esto me aparté para no ser sentido, y ella se volvió a esperar al caballero ausente que, viéndola más aliviada, dijo quería partirse cuando el sol diese aquel día sus últimos resplandores, con cuya salida acabé yo de confirmar que la mujer no se había engañado en nada. Salió de allí a un rato en su seguimiento el que la prometió su socorro; y yo, temiendo algún daño, envié a un criado mío que supiese lo que pasaba, viese si dejaban el camino y reparase hacia dónde quedaban, para que, dando a Vuesa Merced aviso, se evitase el mal que a uno de ellos, o a todos, amenazaba. Hízolo como le dispuse, y cuando vio señas tan ciertas y conformes a mi sospecha, sin que la prisa le diese lugar a hablarme, encontrando a un alguacil le

dio parte del caso, que acompañado de amigos encontró a aquel miserable preso, que debió de llegar acaso. No me había atrevido a publicar todo lo que he referido por temor de que no me viniese algún perjuicio, mas viendo el que amenaza a quien yo conozco sin culpa, antepongo el castigo de la mía, si he tenido alguna, a su libertad».

Llegose a esto el venir un hijo del juez de Tortosa¹⁹³ de hacer cierta diligencia, y decir, habiendo entendido el suceso, que él sin duda los había encontrado en dos valientes mulas en medio de su viaje, o otros en todo conformes a las señas que el mesonero decía. Fuese el juez con esto a la cárcel, donde halló a Feniso más alegre, viendo que por lo menos se dilatava el plazo de su vida, en quien sería posible que la verdad se descubriese. Háblale con rostro más piadoso y semblante más apacible, rogándole no ya como superior, sino como amigo, que le contase toda la verdad del caso, prevenido de que en decirla consistía la facilidad de su negocio. Púsolo en ejecución Feniso sin que se olvidase un solo punto, añadiendo que estuviese satisfecho de que si él hubiera sido agresor del delito no estuviera tan seguro, ni esperara de aquella suerte, porque a un delincuente siempre le parece que le siguen, siempre entiende que le miran, y todos presume que le conocen, siendo su misma maldad la que le sobresalta y su arrepentimiento el que tal vez le alienta para que huya de mirar lo que no reparó en hacer. Tales razones le supo decir, y tanta fuerza tiene la verdad que, vista la que tenía de su parte en la conveniencia y conformidad del dicho del mesonero, en las señas de su hijo, y en la confesión que él había hecho, se determinó a soltarle. Comenzó a hacerse el descargo, alegrose el noble preso, dio de los pocos dineros que le habían quedado al escribano, llevó su parte el procurador, no le perdonó nada el carcelero, y, finalmente, salió con libertad y sin ellos¹⁹⁴. Apenas se vio libre, cuando, sin detenerse un punto, se partió de aquel lugar con intento de no parar más en España y pasarse a Italia, por ver si acaso con la tierra mudaba su fortuna.

Volvió a tomar para esto el camino de Barcelona, sin que hasta ella le sucediesen más desdichas que el haber de pedir por los lugares el sustento, que en un hombre de vergüenza no eran pocas. Bien pudiera buscar en aquella ciudad quien le conociese y remediase su necesidad, pero entre el remedio de ella habiendo

¹⁹³ Ciudad situada a medio camino entre Valencia y Barcelona.

¹⁹⁴ Una vez más, Quintana no deja de criticar a los hombres de justicia rurales.

de darse a conocer y la miseria que tenía, quiso más padecer entre extraños que avergonzarse a pedir a los propios. Partíase a aquel tiempo un navío y, acomodándose con un caballero italiano con quien le dieron entrada su gracia y despejo, se embarcó y llegó felizmente al puerto de Génova, y después a Nápoles, en cuya ciudad tenía el noble italiano su familia. Quería con extremo a Feniso porque la fidelidad merece, el honrado proceder granjea y los servicios adquieren la gracia y amistad de los señores, siendo esto causa de que siempre le trujese en su compañía, y de que una noche en que Ricardo (que este era el nombre del italiano caballero) fue a hablar al virrey sobre ciertos negocios, le llevase consigo. Quedose Feniso abajo en el zaguán de la espaciosa morada, mientras Ricardo le hablaba, y extendiéndose la conversación a tanto que todos se fueron recogiendo y él se hubo de quedar solo para esperar a que saliese su dueño.

La curiosidad, hija del ocio, y el que Feniso tenía entonces, le obligaron a que se anduviese paseando; y viendo una pequeña puerta que en el portal había, llegase a ella y, por haber sentido gente, aplicase el oído y conociese que eran los esclavos del virrey, que, ignorantes de quien los escuchaba en su nativa lengua, para ser menos entendidos, estaban tratando de quitarle la vida. Como Feniso, por habérselo enseñado desde niño el esclavo de su padre, lo sabía (según al principio del primer poema dijimos), pudo entender que uno de ellos decía:

«¿Hasta cuándo, oh amigos, se ha de dilatar nuestra venganza? Bien sabéis que, por haber muerto la gente del virrey a un hermano mío y haberse anegado mi esposa con la nave en que venía, me dispuse a tomar satisfacción con tanto riesgo de la vida, dejándome prender y cautivar de mis enemigos para hacer en la paz lo que no pudiera en la guerra, por ser mis fuerzas inferiores. También sabéis que voluntariamente os ofrecistes a acompañarme, sin que ni yo os lo rogase, ni mi eficacia os persuadiese; pues, si esto es así, si para esto vine y para esto me acompañastes, ¿de qué sirven tantas dilaciones si no de acreditar nuestro temor? Yo bien sé que tengo que morir, pero será contento de verme satisfecho, si es que se podrá llamar muerte la que me ha de dar tanto honor. Esfuércese vuestro ánimo, aliéntese vuestro enojo, prevéngase vuestra crueldad, y pues para el fin de esta acción está ya empeñada la libertad, ¿de qué puede servir el mostrar cobardía? Fíad de mí, que lo dispondré de suerte que venga a ser sin mucho

prejuicio vuestro». Oyó que los demás juraban fidelidad y se determinaban a cuanto él ordenase, y con esto prosiguió: «Yo, pues, procuraré quedarme mañana en su cuarto escondido, y vosotros, cuando todo esté en el mayor silencio, llegaréis a hacer ruido en la antecámara, de modo que yo os sienta, y luego los tres trataréis de ocupar a la gente que estuviere de guarda, para que el otro llegue a abrirme la puerta con esta llave que yo tengo maestra, a cuyo tiempo ya le habré dado la muerte, y saldré a hacer próspera nuestra huida, aunque todo el resto de la casa se me oponga». Respondieron los demás que le ayudarían en todo, pues para premio de su peligro era suficiente su venganza. Ellos callaron con esto, y Feniso se paró a ponderar la traición, y luego a disponerse al remedio, pareciéndole que había sido aquello más providencia del cielo que curiosidad de su ocio. Subió para esto, antes que Ricardo bajase, adonde el virrey estaba, y después de tener licencia para entrar, por decir que le quería dar noticia de una cosa muy importante, llegó y refirió todo cuanto había pasado. El virrey comenzó a dudarlo al principio, mas viendo que Ricardo acreditaba al que lo refería, y que Feniso proseguía, diciendo que él le daría traza con que a un tiempo quedase desengañado de la verdad y vengado de la crueldad de aquellos bárbaros, dio más crédito a sus razones, y trató de escuchar cuerdo y prevenirse prudente contra el peligro que tenía; lo cual entendido por el cortés Feniso, añadió: «Pues, Vuestra Excelencia, señor, ha de mandar llamar al uno de ellos, y diciendo a los demás que le envía fuera de Nápoles a algún negocio le ha de hacer vestir uno de sus ricos vestidos, y meter en su misma cuadra. Esto así efetuado se ha de dar lugar para que aquel que pareció superior entre ellos que –según vi por un resquicio de la puerta– es el de más robustos miembros, se esconda en el lugar que quisiere. Dejarase al que representare la persona de Vuestra Excelencia en la sala donde suele asistir de ordinario y, disimulando todos los demás criados el engaño, estarán escondidos con apercibimiento, atención y cuidado de salir a tiempo que no pueda escaparse ninguno de ellos, con que podrá ver en uno de sus enemigos la experiencia del tirano furor de aquellos perros, y la fuerza de esta verdad». Hízose todo a otro día con notable secreto, pusieron a uno de los bárbaros como estaba determinado, dejáronle en la sala del virrey, sintieron que el otro no se había descuidado en esconderse, y esperaron todos los demás

criados el suceso. Como no sabía Hamete¹⁹⁵ (que así se llamaba el disfrazado moro) el mal que le trazaba su mismo amigo y compañero, fácilmente dejó llegar a las puertas de su fantasía el sueño, quedando sobre una silla al modo que los señores cansados de la diversidad de cuidados y negocios. Finalmente, cuando todo gozaba más quietud y al que estaba escondido le pareció tiempo a propósito, llegó pisando quedo, deteniendo el aliento, como si por eso no más hubiera de ser sentido, y, con un cuchillo que llevaba, a dos golpes dejó sin él¹⁹⁶ a su encubierto amigo. Despertaron sus ansias a sus voces, y ellas al silencio que los criados tenían, y vieron que aun después de muerto le daba muchas heridas, mal seguro de que quedaba vivo. Tanto irritó al virrey el enojo cuanto la traición había sido terrible y fiera la crueldad que viera en su persona a no le haber librado el cielo por medio de la de Feniso. Hizo que se callase esto por no despertar el atrevimiento de otros con semejantes traiciones; a ellos que los llevasen a la cárcel pública, de donde después salieron para pagar su delito; y a Feniso que se quedase en su casa, tan dueño de su voluntad como había sido defensor de su vida: servíale, hallaba en él capacidad para cualquier género de negocios, lo cual fue causa de que le tratase como criado y le estimase como a amigo. Suelen decir que vale más buena fortuna que mucha ciencia, y engañase quien piensa tal, porque estas son dos partes de que se compone la felicidad humana, y cualquiera de ellas tan esencial que sin ella nadie puede decir que fue dichoso. Viendo pues su inteligencia en las cosas políticas y su prudencia en las públicas, deseoso de parecer agradecido y codicioso de sus aumentos, aunque no era de mucha edad, atento a que no se ha de juzgar por ella la capacidad, pues hay muchos mozos viejos en las costumbres y muchos viejos mozos en los vicios, le dio el gobierno de la ciudad de Taranto¹⁹⁷. Aceptola por cosa que muchos pretendían y cargo en que el virrey comenzaba a mostrarle su afecto. Partiose a ella, y gobernola muchos días, hablando a todos con su natural apacible con que les

¹⁹⁵ Nombre árabe corriente, que es también el del narrador morisco del *Quijote*.

¹⁹⁶ *sin él*: «sin aliento».

¹⁹⁷ Tarento, ciudad costera del sur de Italia, en la actual Apulia; fue, durante los Siglos de Oro, importante puerto militar de la monarquía española. Aquí se indica en la forma italiana y no con la latinizante que se ha impuesto en español. Según CORDE [consulta 12/11/2011] la forma llana tenía mayor difusión que la esdrújula. Si bien se encuentran las dos.

granjeaba las voluntades, y tratando a cada uno conforme a su estado, con que les obligaba a respeto. Miraba a los religiosos con veneración, comunicaba a los nobles con agasajo, a las mujeres con cortesía, a los ministros con severidad, a la plebe con caricias, a los buenos con honores, y con castigos y rigores a los malos; teniendo por efeto de esta cordura el ser admitido de la nobleza, aborrecido de la malicia, y querido del común. Solía preguntar a sus amigos qué se decía de su gobierno, y los que lo eran le decían que algunos estimaban su prudencia, muchos le alababan, y que le murmuraban muchísimos. Y respondía él: «¡Oh mil veces desdichado el estado de los jueces, cuyas acciones son más vistas y atendidas de todos cuanto a todos están más superiores! Cada uno las interpreta a su gusto: si el juez es severo, este dice que es recto, aquel que es impío, y el otro que es inhumano; si es recto, que es hombre de pocos amigos; si es cuerdo, dicen que es poco esparcido y no a propósito para negocios; si es prudente, que es para sí solo; si no desperdicia, dicen que es avariento; si se deja ver de todos, le desestiman; y, si no da audiencia, le murmuran». «Pero advertid –dijo una vez– y persuadíos entre todas estas oposiciones a que es sumamente más que todo infeliz la república en quien el juez no es murmurado, porque, supuesto que en la mejor hay muchos malos, no haber murmuraciones es haber falta de castigo para ellos». Salía las más noches acompañado de ministros y criados a impedir los delitos a que la obscuridad suele dar licencia, y una de ellas vio estar a deshora un bulto negro arrimado a la puerta de una casa; fuéronse acercando más, y conocieron que era de persona humana, y que tenía cubierto el rostro con un manto. Llegaron a querer descubrirla, y viendo que lo rehusaba, la dijeron que mirase que estaba presente el gobernador, y que se descubriese. Apenas oyó esto la encubierta y desconocida persona, cuando, desembrazando una pistola que llevaba y enderezándola hacia Feniso, apretó la llave¹⁹⁸ sin que tuviese efeto su resolución por no dar el pedernal la necesaria lumbre. Vista semejante traición, se arrojaron todos a prenderla, mas ella, cogiendo las puntas del manto, se puso en tan veloz huida que se pudiera acreditar de pájaro ligero a no haber dado en su intención indicios de cruelísima fiera. Parte de ellos la siguió, juntamente con Feniso, y los demás

¹⁹⁸ *llave*: «Se llama también la parte principal de las armas de fuego, que sirve para disparar las balas, y se compone de muelles, gatillo, rastrillo, cazoleta, descansos, calzo, plantilla, y patilla» (AUT).

se quedaron con orden de llevar presos a cuantos hallasen en la casa donde estaba arrimada, por si acaso tenían alguna noticia de quién fuese quien tal alevosía había intentado. Hiciéronla abrir, y hallaron una mujer moza y hermosa que tenía en su guarda otra de mayor edad; no se atrevieron a salir un punto de lo que se le había mandado, y así, haciendo que se cubriesen, las llevaron a la cárcel. Hecho esto, se volvieron a buscar a los demás con deseo de saber lo que habría sucedido, a quien brevemente encontraron, y entre ellos la atrevida mujer que a tal determinación había dado lugar en el pecho. Llegaron todos a la cárcel con ella y, traída una luz, advirtieron que la que habían tenido por mujer era un hombre disfrazado de aquella suerte. Fuéronse luego a dar cuenta a Feniso, y, después de haber prevenido que le pusiesen bastantes prisiones para que estuviese seguro y le dejasen hasta la mañana, se recogieron todos, pasando Feniso gran parte de lo que de la noche faltaba en pensar qué podría haber movido a aquel hombre para que emprendiese tan grande traición con invención tan nueva, y en dar al piadoso y clementísimo Dios infinitas gracias por la merced de haberle librado de tan manifiesto peligro. Fuese al siguiente día a la cárcel para reconocer a quien tanto perjuicio le había deseado, y haciéndole sacar de donde estaba y llevarle a una sala, vio que era un hombre bizarro en las galas, español en el traje, y en la persona dispuesto. Pareciple que le había visto otras veces, y, antes que comenzase a preguntarle palabra, oyó que el delincuente decía que se sirviese de que quedasen los dos solos si quería saber algunas novedades, y entre ellas la que había dado principio al suceso de la pasada noche. Mandó a los circunstantes que los dejasen solos, y entonces le preguntó qué le había movido a procurar su muerte, de dónde era, y si era verdad que le había visto alguna vez en España.

«En lo primero –le respondió el preso– se engaña vuestra imaginación, pues siempre he estado tan lejos de procurar vuestra muerte que os la he estorbado algún día; pero no os engañáis en lo segundo, porque yo soy Marcelo, aquel amigo de Leonardo por quien antes de llegar a Valencia no perdistes a sus manos la vida. No será fuera de propósito contaros el discurso de la mía desde aquel punto, para que quedéis satisfecho del afecto que he tenido a vuestra persona, y de lo que me obligó al disfraz que desde la pasada noche os habrá traído confuso». Dio Feniso muestras de que le escucharía con gusto, y él prosiguió:

«Hoy hace justamente un año que salí de mi patria, y cinco que conocí la causa de mis peregrinaciones en una mujer más hermosa que rica, y menos noble que discreta; vi en el Grao¹⁹⁹ la primera vez su hermosura, y quedé rendido a sus ojos. Excusada cosa pienso que será referiros los medios que tuve para alcanzarla, así por no comenzar a seros enfadoso, como por no ser ellos muy difíciles. Quísome a los principios por lo que yo la daba (que ha muchos años que no nace el amor de otra manera) y dábame después –que creció con el trato y la comunicación– cuanto tenía, si bien jamás me precié de recibirlo, porque aun se obliga a mucho un hombre con no darlo²⁰⁰. Tuve en espacio de cuatro años dos hijos en ella, y, como todas las cosas del mundo –aunque sean los mismos vicios– cansan, me cansó su amistad y hice, obligado de sus enfados, lo que no había hecho instimulado²⁰¹ de mi conciencia: traté de apartarme del obsceno trato y lasciva conversación suya, y para esto, con razones a mi parecer eficaces, la persuadí a que hiciese lo mismo, cosa que ella recibió tan mal como si la pidiera lo que no la estaba bien. Respondiome que no la tratase de ello y mirase lo que hacía, porque, si proseguía en mis intentos, había de hacer cosas que pusiesen espanto a los que las viesan, y a los que las oyesen dejasen admirados y confusos. ¡Oh, quién pudiera referir mi suceso a todo el mundo, para que en él tuvieran escarmiento de perseverar en amistades ilícitas y conocimiento de lo que puede una mujer vil con ánimo obstinado y lascivo! Tuve a disparates de su enojo aquellas razones, creí que con el tiempo se olvidaría, y aun si hasta allí me enfadaba de ella, desde aquel punto la aborrecía, porque pensar que la había de ver por fuerza me causaba tanto pesar que la dejara de querer por desengañarme de que aquello estaba en mi albedrío. Últimamente yo me retiré de verla, y ella comenzó a hacer diligencias para atraerme a su gusto sin que jamás lo consiguiese, porque libre Dios a la más cuerda de ser aborrecida, y trate de no rogar a un hombre llevándole de paso

¹⁹⁹ Antiguo barrio del puerto de Valencia. *El Grao de Valencia* es el título de una temprana obra dramática de Lope, en cuya primera escena se le describe como lugar de paseo y citas de damas y galanes (sobre la imagen de Valencia en la comedia, cf. Teijeiro Fuentes 1991: 479-481).

²⁰⁰ Entiéndase «lo que tiene». La oración es de difícil interpretación, parece decir que Marcelo no acepta dádivas porque el hombre tiene obligaciones hacia la mujer aunque ella no le dé nada.

²⁰¹ Variante de *estimulado*; CORDE [consulta 12/11/2011] cita cuatro casos de esta palabra pertenecientes a los siglos XVI y XVII.

sabido, que mientras más procura, menos granjea; mientras más ama, menos agrada; mientras más finezas hace, menos obliga; mientras más trazas fabrica, menos agradecimiento tiene, y aun no sé si mayor aborrecimiento consigue. Viendo pues mis descuidos –por no decir desdenes– y lo poco que su amor podía conmigo, se dispuso a la mayor crueldad que en humano pecho ha cabido, y fue rogarme por un papel que la hablase, siquiera porque para siempre pudiese despedirse. Pareciome demasía no hacerlo, siendo cosa en que tan poco interesaba, y así, acompañado de dos amigos, fui una noche a cumplir su ruego. Ellos se quedaron abajo en un portal que la casa tenía, y yo subí adonde la hallé, a mi parecer, sola, y donde, después de no haber podido persuadirme, me dijo que esperase. Entró en un aposento y, cerrando por dentro la puerta, abrió una ventana baja que en él había, guardada con una reja: llamome por ella y cogiendo a los dos pedazos de mi alma, a mis dos hijos (los cuales había sacado por engaño del lugar donde yo los tenía) con dolor de mis entrañas, delante de mis ojos, y sin que lo pudiesen remediar mis ansias, les quitó cruelmente con una daga las vidas, diciendo que no había de ver a prendas tuyas hijos de un hombre tan ingrato. Imaginad cuál quedaría mi corazón en este punto, pues mil veces temí que reventaba de dolor en el pecho. Para no dilatar más la venganza, comencé a dar golpes a la puerta: a ellos salió un hombre que tenía escondido para que entre los dos tuviese yo sangriento fin y acompañase a mis hijos; mas los mismos golpes que sacaron al traidor que estaba escondido hicieron subir a mis amigos fieles, que, cuando le vieron contra mí, la espada desnuda, y que yo procuraba ofenderle, poniéndose a mi lado le obligaron a que se arrojase a la calle por un balcón, temeroso de mayor peligro. Ellos bajaron por la escalera a seguirle, y yo volví donde la fiera parricida había quedado, que habiendo abierto el aposento, y creyendo que aquel ruido de armas le hacíamos los dos solos, venía con el mismo acero que había dividido las inocentes vidas en la mano para derramar mi sangre y saciar su diabólica y desatinada furia. Cuando la miré de esta suerte, ciego de furor y enojo, a dos estocadas la tendí en el suelo para que tomase medida a su sepulcro. Salí después a ver el suceso de mis amigos, y hallé que ya traían a mi contrario mal herido, y que comenzaba a pedir confesión, diciendo a voces su muerte. Cayó al volver de una esquina, y nosotros, viendo que un hombre daba golpes a una puerta y que sería importante que, ya que yo lo era, no fuesen los

demás conocidos, nos ausentamos de la calle, y a otro día de la ciudad». Aquí acabó de persuadirse Feniso a que son pocas las cosas que perseveran encubiertas, y de saber quién eran los que él había visto huir por haber muerto al que rindió la vida a sus pies junto a la puerta de Laura la noche que él privó de la suya a su traidor amigo don Juan. «Por esta causa dejé mi patria –añadió el noble Marcelo– y tomé el camino de Barcelona, donde estuve seis meses; al fin de ellos determiné venirme a este fértil y ilustre reino, embarqueme en un navío que traía la gente del virrey, que hoy con aplauso le gobierna, y a dos días de como nos embarcamos, vi que venía en él una mujer, más que cuanto se puede encarecer hermosa. Dijéronme que venía a cargo de uno de los principales criados del virrey, y así, por su respeto, disimulé el amor que la tenía. Llegamos con felicidad al puerto, púsola una casa en Nápoles su amante, y yo empecé a galantearla y servirla. En este tiempo en que yo la pretendía, me hizo llamar una tarde y dijo que no pensase tenerla sujeta a mi gusto y rendida a mi voluntad si no la sacaba de Nápoles y la llevaba a otra cualquier ciudad, dejando a mi elección la que quisiese. Pareciome por esto, y por otros indicios que había tenido, que aquella novedad nacía de ser su condición naturalmente mudable, mas, como mi amor no atendía sino al cumplimiento de su deseo, me dispuse a obedecerla. Saquela aquella misma noche, y entre las ciudades por donde pasé, me pareció esta excelente. En ella alquilé casa, y me previne de cuanto es necesario a una familia. Teníame todo este tiempo con palabras, dilatando términos, y prolongando cada día nuevos plazos, sin atreverme a otra cosa que a lo que fuese su gusto; así porque sin él nada es apacible, como porque el mío consistía solo en que ella le tuviese. Proveyoos a este tiempo el virrey por gobernador, debido cargo, si no a vuestros pocos años, a vuestra mucha prudencia²⁰²; y habiéndoos visto Laura (que así se llama esta hermosa señora) me dijo que, si quería tener luego efeto en lo que deseaba, había de quitaros primero la vida, diciendo que os procuraba tanto daño por vengar la muerte de un hermano suyo, y por estar segura de vuestros rigores. Este advertí después que fue el motivo que la obligó a salir de Nápoles, pues sin duda llegó a saber que estábades en ella; mas yo, que, como al principio dije, siempre os he tenido una inclinación natural nacida de vuestra estrella, estaba más lejos de

²⁰² *Topos del puer senex* que recurre en toda la antigüedad latina y cristiana (cf. Curtius 1955: I, 149-153, que cita también un pasaje de Góngora).

intentarlo que ella deseosa de verlo, y atendiendo por una parte a que no había de asentir a mis ruegos sin que hiciese lo que me mandaba, y por otra, a que yo no había de mataros, aunque pensase perderla, hicimos un concierto en esta forma: que yo haría cuantas diligencias pudiese para cumplir su venganza hasta disparar una pistola, pero que aunque no tuviese efecto vuestra muerte le había de tener mi gusto, pues no había tenido yo la culpa de que no le tuviese. Aceptolo con condición que ella había de ver que la disparaba, pues pasabais por su misma calle tantas noches de ronda. Con este concierto, para no ser conocido, me disfracé y cubrí con aquel manto, mas, no obstante que para satisfacerla cargué en su presencia la pistola, y vio que solamente llevaba una, en el tiempo que se dilató vuestra venida la descargué para que, aunque diese lumbre, no pudiese haceros daño. De esto informará ella misma, pues quien la llevó habrá conocido que no estaba cargada. Cuando vi que llegabais cerca, hecha una seña, sentí que se asomó por entre una ventana, y sucedió lo demás que sabéis. Si esta acción merece pesares, si a esta amistad se debe pena, y si a esta prevención le corresponde culpa, yo confieso que la tengo: dad el tormento, usad del rigor, y prevenid a vuestro gusto el castigo».

Cuando Feniso oyó la amistad de Marcelo en su historia y la crueldad de Laura en su intento, a un mismo tiempo quedó enojado y agradecido; y, después de haberle dado los brazos y llamado a quien le quitase las prisiones, diciendo a los que tenían noticia del caso que, pues él había sido el ofendido, le absolvía de la culpa y le perdonaba la ofensa; y, últimamente, encargado que se tuviese cuidado de aquellas mujeres que estaban presas, le llevó a su casa y contó todos los sucesos, ingratitud y olvido de Laura, quedando Marcelo no menos admirado que alegre de no haber, aun estando ignorante, hecho a Feniso agravio. En este tiempo se quiso matar mil veces la mudable Laura, por no se ver en poder de quien lo había de hacer por vengarse, mas detúvola Sofía (que era la que estaba en su compañía), diciendo que tuviese esperanza y creyese que ella pondría en todo remedio. Con esto se sosegó, esperando lo que Sofía pensaba hacer y lo que Feniso disponía. No la quiso ver en la cárcel el cuerdo caballero, porque el enojo no le hiciese hacer públicamente alguna acción descompuesta que en los jueces es notable delito contra la prudencia; antes determinó verla en parte donde sin testigos pudiese satisfacerse

de su agravio y procurar que pagase, con la suya, el deseo que había tenido de su muerte. Hizo soltar a Sofía para que fuese el caso más secreto, la cual volvió a consolar de nuevo a Laura, afirmando que podía perder todo cuidado, pues ella tomaba su libertad a su cargo y su buen suceso a su cuenta. Fuese a tratar de medios ilícitos de librarla, pues no había en los lícitos esperanza de remedio y, aconsejada con una hechicera, fío en sus maldades la seguridad de su amiga. Volvió a ella otra tarde con un papel y una sortija, diciendo que cuando tuviese necesidad había de sacarla del dedo y proferir ciertas palabras, por quien, sin espantarse de lo que viese, y dado aquel papel a quien la llamase, tendría favor más que humano y ayuda superior a las fuerzas de su enemigo. Mientras todo esto pasaba, trató Feniso de sacarla al campo, solo, y tomar por sus manos mismas satisfacción de tantas injurias; y, últimamente, lo ordenó de manera que, sin causar escándalo en nadie, la cogió en un caballo al caer de las sombras de la noche, y se salió a buscar la soledad más retirada y más a propósito para la ejecución de su pensamiento. Acordábase de que iba de aquella misma suerte cuando cerca de Valencia se la había robado su mayor amigo, revolvía en su discurso la inconstancia de su voluntad en amarle tan presto, advertía las causas que había dado a su enojo, y todo añadía aumentos a su ira. Cuando Feniso se vio en lugar tan apartado, en noche tan oscura y soledad tan grande, no le pareció que habría quien intentase impedir la resolución de su ánimo endurecido, mas, apenas se apeó del caballo y quiso arrojar a Laura en el suelo, cuando, por haber ella sacado la sortija que llevaba, vio que empezaba a discurrir por el camino un viento denso, y por sus venas un helado temor, a quien siguieron después varias tropas de gente de todos estados, que con diferentes insignias daban muestras del género de vida que tuvieron, siguiendo cada una al que fue más eminente en aquel vicio: los adúlteros acompañaban a Júpiter; los lascivos a Venus; los ladrones a Caco²⁰³; los homicidas a Caín; los impíos a Medea²⁰⁴, Temisto²⁰⁵,

²⁰³ Monstruo mitológico, protagonista de uno de los doce trabajos de Hércules, que le mató para recuperar una manada de bueyes que el gigante había robado.

²⁰⁴ Su nombre está vinculado sobre todo a la matanza de sus propios hijos, contada en la homónima tragedia de Eurípides.

²⁰⁵ Se casó con Atamante creyendo que su primera mujer, Ino, había muerto. Cuando Temisto se enteró de que Ino estaba viva, quiso matar a los hijos del primer matrimonio, pero, engañada, acabó matando a sus propios hijos y por

Scila²⁰⁶ y Tulia²⁰⁷; a Sísifo los enemigos del secreto²⁰⁸; los temerarios y imprudentes a Faetón²⁰⁹; los presumidos a Narciso; los mordaces al trifauce Cerbero²¹⁰ y, últimamente, uno, que parecía superior a todos, venía en un solio²¹¹ de esmeralda tirado por dos serpientes que con la funestas alas y las escamas duras hacían un tan horrible estruendo que llenaban de pálido temor hasta los mismos cabellos, que, erizados, se empinaban para alcanzar a ver cosa tan nueva. Sustentaban la tremenda carroza cuatro ruedas de diamante, cuyos rayos eran espantosas y lúcidas antorchas que alumbraban el obscuro y caliginoso viento. Traía cerca de sí gran copia de soberbios, y entre ellos no pequeño número de fieros ministros, en que pudo conocer Feniso que era, quien el carro ocupaba, el mismo que dio principio a semejante vicio en el cielo²¹². Al pasar por donde los dos estaban, volvió los airados y encendidos ojos a Laura, y la preguntó lo que quería. Ella entonces, sacando el papel que llevaba, con lengua muda y determinación fuerte, se le dio; leyole, y dando al cabo una terrible y espantosa voz, dijo: «¿Hasta cuando, oh poderoso Dios, has de permitir los vicios y maldades de Ifigelia?»²¹³. Tras esto mandó a dos de aquellos que le servían

el dolor se suicidó.

²⁰⁶ Scila (Escila) es la mítica hija de Niso, rey de Megara. Por amor de Minos traicionó y mató a su padre cortándole el fatal mechón de cabello de púrpura del que dependían su vida y su reino.

²⁰⁷ Una de las dos hijas del rey romano Servio Tulio (siglo 6 A.C.): mató a su primer marido y a su hermana, e inspiró la conspiración de los patricios contra su padre, para dejar el trono a Lucio Tarquino, *el Soberbio*, con quien se casó. En esa ocasión no titubeó en pasar con su carro sobre el cadáver del padre.

²⁰⁸ Conocido como el más astuto de los hombres, fue autor de muchos engaños, que le llevaron a burlarse de la misma muerte y a revelar a los mortales los designios de los dioses.

²⁰⁹ Hijo del Sol, se atrevió a conducir el carro de su padre, pero perdió su control y Zeus le fulminó con un rayo. En el Siglo de Oro el personaje se convierte en emblema de la soberbia, la vana osadía y la ambición del hombre (cf. Gallego Morell 1961: 42-54).

²¹⁰ El monstruoso guardián de las puertas del Hades, dotado de tres voraces cabezas de perro y una serpiente como cola.

²¹¹ *solio*: «Trono y silla real con dosel» (AUT).

²¹² La perífrasis señala a Lucifer, el ángel soberbio que se atrevió a desafiar a Dios.

²¹³ Tiene que ser la hechicera que le dio la sortija a Laura. El nombre parece remitir a la mítica Ifigelia, hija de Agamenón -indicada como víctima del sacrificio para que los aqueos pudieran proseguir la expedición a Troya- que luego se convirtió en sacerdotisa en la isla de Táurica, donde se encargaba de

que a Laura pusiesen en salvo, y de Feniso hiciesen lo que ella les dispusiese. Contentose con que le dejasen libre, y así quedó temblando, quedó confuso, quedó sin sentimiento, y brevemente se halló acompañado de la soledad, y solo de tan extraña y fiera compañía. En que esta fuese visión imaginaria no disputo²¹⁴, la cual, por pacto que con el demonio tendría aquella maléfica mujer, le representó a la vista, dando el soberano autor de la naturaleza²¹⁵ lugar a ello por sus ocultos juicios. Lo que Feniso hizo fue tomar su caballo y volver a la ciudad lleno de admiraciones, donde refirió a Marcelo lo que le había pasado. Informose de quién fuese aquella mujer cuyo nombre había oído, y supo que con diabólico furor se había cortado voluntariamente las piernas y los brazos, y que con este género de tormentos había muerto, confesando varias y nunca oídas maldades. Trató en este tiempo de volverse a Nápoles Marcelo, y Feniso prosiguió en su gobierno un año, y al cabo de él recibió un pliego del virrey en que le mandaba que luego al punto se partiese a verle, porque tenía que referirle una cosa importante. Hízolo así por el amor y obediencia con que le servía, y llegó sin tardanza a su presencia. Recibióle el virrey con amigables brazos, envióle a descansar aquella noche, y a otro día le dio quejas de que no le hubiese dado noticia de su nobleza para haberle fiado cosa de mayor importancia, y nuevas de que había recibido un pliego de don Ambrosio, su padre, donde le decía que el término de su vida estaba tan cerca que se la limitaban los médicos por solos tres días, y que le suplicaba se sirviese de enviársele, si no era muy importante a su servicio, para que, ya que él no pudiese por la brevedad de su vecina muerte verle, pudiese tener su madre de quien ampararse, y su hacienda quien la rigiese y defendiese.

Cuando Feniso entendió esta nueva, aunque el valor le detenía, el amor paterno le obligaba a que hiciese sentimiento, porque no hacerle muy grande en la muerte de los padres o es de ánimos desagradecidos y crueles, o es de quien se la deseaba. Consolole el virrey, y sintió los pesares de Feniso cuanto le obligó

ofrecer la muerte de todos los extranjeros (sobre el mito, que llega hasta López Pinciano y el *Persiles* cervantino, cf. Perin 1864-1926: 798-799 y Oxford Latin Dictionary 1968-1982, IV: 964).

²¹⁴ La visión imaginaria es uno de los fenómenos místicos descritos por santa Teresa de Jesús, para quien estas visiones se ven «con los ojos del alma», o sea con los sentidos internos, y se caracterizan por la presencia de imágenes concretas (cf. Viller 1984: col. 982-983 y Álvarez 2002: 661-670).

²¹⁵ Dios.

el amor que le tenía; díjole que se dispusiese para volver a España, y dióle con no pequeña cantidad de dinero muchas esperanzas de mayor liberalidad cuando le viese en ella. Con esto, y su licencia, se aprestó para el viaje, y, no obstante que la carta de su padre le daba priesa, viendo que, según afirmaba, no le había de hallar vivo y que sería posible no volver más a aquel reino, le pareció cortedad venirse sin ver la ciudad de Roma, cabeza un tiempo del mundo, y ya asiento del príncipe de la Iglesia. Así que, persuadido de este fin, se partió a ella, y después de haber visto la grandeza de los templos, la santidad de sus montes, los sagrarios de sus reliquias y la capacidad de su sitio, se encaminó a Florencia, y un día, al tiempo que el tenebroso capuz de la noche cubre de luto las flores por breve muerte del Sol en el Océano, llegó al pie de los Alpes (montes a quien les dio este nombre la siempre blanca nieve de sus cumbres²¹⁶). La ignorancia del camino, o, lo que más cierto es, su dicha, fue causa de que Feniso le perdiese y se perdiese, si se pudo llamar pérdida la que fue ganancia del mayor tesoro que acertara a conocer su pensamiento. Comenzó a subir por ellos²¹⁷ cuando caían las tinieblas oscuras, vendando los ojos del cielo²¹⁸ con tan espesas nubes que ni ellos pudieron ver aquella vez la tierra, ni Feniso, aunque lo procuró, los pudo ver a ellos. Siguióse una tan fuerte y densa tempestad que se estremecían unas a otras las peñas: estas bajando recias con la violencia del agua, y aquellas oponiéndose fuertes a su natural movimiento. Eran las exhalaciones encendidas resplandecientes luminarias de la obscuridad y lúcidos temores de la vista. Los pavorosos bramidos de las nubes parecían ecos de las peñas, y el eco añadía aumentos al enojado horror de las nubes. Finalmente, viendo en los relámpagos oprimido el fuego, la violencia de aire, la abundancia del agua y la movilidad de la tierra, pudo pensar o que se acababa la universal máquina del orbe²¹⁹, o que los elementos, interrumpida su armonía y deshecha su consonancia, se hacían guerra.

²¹⁶ Esta etimología se halla, por ejemplo, en Covarrubias (2006): «Montañas que dividen a Francia de Italia, dichas así *forsan quasi albes, ob candorem nivium, media mutata in tenuem*».

²¹⁷ O sea por los Alpes.

²¹⁸ Metáfora usual para indicar «las estrellas».

²¹⁹ La imagen de la máquina es muy frecuente en la literatura barroca para indicar el funcionamiento del hombre o, como aquí, del universo, que se ve como estructura compuesta por diferentes partes en relación dinámica entre sí. Calderón utiliza esta misma expresión en *El gran teatro del mundo* (v. 824).

Ya caminaba a pie, porque no daba lugar a más descanso la aspereza y, como el pasar adelante era imposible, el volver atrás difícil, y el quedarse de aquella suerte peligroso, aplicó el cuidado a buscar si hubiese alguna peña en cuyo hueco se pudiese esconder y quedar libre de la tempestad; y no a mucha distancia vio la boca de una profunda cueva, por donde parece que la tierra se quejaba del peligro, siendo su voz el aire²²⁰. Llegose temeroso, creyendo que sería morada y habitación de algún animal silvestre, pues lugar tan extraño solo lo podía ser de bestias fieras. Entró en ella cuanto fue necesario para no recibir la espesa lluvia, y pusose a traer a la memoria su pasada vida, y a parecerle mal los pasos que había dado en ella: propia acción de quien espera la muerte. El quieto silencio y la muda quietud que vio habitar en ella fueron dando más fuerza a su atrevimiento y más licencia a su osadía para que entrase, y en lo interior de ella viese los rayos de una luz que hermosamente alumbraba la breve capacidad de un rústico aposento. Alentose con las nuevas de que era su daño más imaginado que verdadero, pues estaba en lugar donde por lo menos podían vivir hombres y donde pasaría la noche más cómodamente. Empezó a dar algunas voces llamando al dueño del apartado albergue, y no tuvo más respuesta que la que el eco le volvía en los últimos acentos de sus voces. Cobró valor y esfuerzo para entrar más adentro, y vio tendido en la dura tierra un humano y inanimado bulto, tan amarillo, flaco y macilento que más parecía retrato de la muerte que cuerpo de mortal criatura. Era una túnica de sayal su débil tumba, tenía los ojos no como muertos hundidos, sino como dormidos cerrados; negras y pobladas las cejas, los cabellos hermosos y crecidos, las mejillas, si fueron depósito de hermosura, eran ya apoyo de la misma flaqueza, los labios (a quien de ordinario colora o la vergüenza de tener por su vecina a la lengua, o la fuerza que como murallas hacen para defender el paso a las razones) de color de cárdenas violetas; juntas y cruzadas las manos, cuyos nervios parecían de silvestres raíces, y eran calvario de una bien formada cruz, que tenía por estrado su boca. Finalmente, todo su cuerpo era un original muerto y una imagen viva del rigor y de la penitencia. Atendiendo

²²⁰ La antropomorfización de la montaña es técnica descriptiva desgastada en la literatura áurea. La cueva es lugar de gran relieve simbólico: puede representar la dimensión interior del hombre y la primera etapa de iniciación para una nueva vida (cf. Chevalier/Gheerbrant 2003). En este sentido será clave para la futura existencia de Feniso.

estuvo en común²²¹ a todo el sujeto, y mirando en particular las más menudas circunstancias del insepulto cadáver, hasta que por la puerta entró el alba precursora del sol, y vio, con la presencia de su rostro, más distintamente aquella rústica habitación –mejor diré aquel sepulcro de la vida²²²–, naturalmente entapizada de delgadas raíces que, tejidas a trechos, eran a un tiempo artificio de la tierra, estudio de la naturaleza y providente obra del cielo. Estaban a una parte un áspero silicio, una sangrienta disciplina, una fea muerte²²³ y un despertador reloj con un rótulo que decía: «Este es amigo que avisa». A otra parte estaba, junto a la luz, que era de una pequeña lámpara, una imagen de un devotísimo Cristo acompañado de su soberana Madre y amado discípulo²²⁴ y, más abajo, en una piedra, estas letras esculpidas: «O. N. L. Q. M.». Procuró Feniso darles varios sentidos, mas ninguno a propósito de lo que vía²²⁵.

Las mismas admiraciones le trujeron deseo de salir de ellas y saber, si fuese posible, en qué parte del monte estaba una novedad tan extraña. Salió de la cueva para esto, y apenas hubo salido cuando cerró la puerta de ella un gran pedazo del monte, que descolgado de su asiento fue inmóvil estorbo que le guardó para otra vez la entrada. Ya más sereno, el cielo deshizo las mismas pisadas que al subir había estampado en la limosa tierra, y en el repecho de un risco, que era pirámide del monte o corona de la sierra, vio un hombre, a quien solo le pudo acreditar de tal el movimiento que a distinción de los demás animales le dio recto la naturaleza. Incitole la novedad que había visto, y esforzole la que al presente vía, para que le hablase y dijese la falta de amparo que su necesidad tenía y la ignorancia con que caminaba. Era el que habitaba aquella asPérez un hombre anciano, alto, corpulento y hermoso, aunque las facciones estaban algo deslucidas, o por la flaqueza de su edad, o con las injurias del tiempo; tan blanco y tan crecido el cabello que diligenciaba con las manos la vista,

²²¹ *en común*: «Lo mismo que común y generalmente» (AUT).

²²² Con la *correctio* se introduce un oxímoron que sintetiza la descripción del ambiente y del cadáver que ha encontrado Feniso.

²²³ *muerte*: «Se toma asimismo por esqueleto humano» (AUT).

²²⁴ San Juan.

²²⁵ El gusto por los enigmas invade la literatura del Siglo de Oro; limitándonos a la novela bizantina, recuérdese el que cierra el Libro I del *Peregrino*. Aquí Feniso, y con él el lector, encontrará la solución solo al final del cuento de Carlos.

apartándole para que no se la impidiese; la barba tan copiosa que cubría con los extremos una cuerda, que le aplicaba al cuerpo una pobre y remendada túnica. Tenía en la una mano un rosario, y en la otra un pequeño libro. Volvió a ver a quien le llamaba, y aunque la admiración de ver a un hombre adonde jamás pensó era grande, no de manera que no dejase lugar a la piedad, pues en lugar de huirse y esconderse, se llegó a Feniso apaciblemente y, después de haberse informado de la causa que le había traído a tan remota parte, le llevó a su celda o morada, edificio que formaban dos peñas: estaban hendidas a trechos, siendo las hendeduras bocas que con lenguas de silvestre tomillo publicaban la quietud del retiro y la aspereza con que su habitador se oprimía. La puerta estaba tan angosta que con dificultad podía un hombre entrar en pie por ella, y por la parte de Oriente tenía una natural ventana por donde se le comunicaba el día cuanto era necesario para conocerle, aunque no para gozarle. Hízole sentar sobre la dureza de una piedra que a él le servía de lecho, y después de haberle preguntado su patria y nombre, y tratado de otras cosas, obligado de los ruegos de Feniso para que le dijese quién era y quién le había hecho elegir tan riguroso género de vida, empezó el penitente viejo a referirle desde el principio de su vida esta prodigiosa historia:

«Setenta años habrá, oh noble Feniso, que tuve mi principio en Capua²²⁶, ciudad hermosa, de padres nobles y ricos; y a este mismo tiempo nació en Luca, ilustre señoría²²⁷, un hijo de un magistrado de ella, tan conforme a mi rostro, tan igual a mi cuerpo, tan semejante a mi voz, y en todas las acciones tan uno conmigo²²⁸ que no parecíamos distintos (raro milagro de naturaleza, que los suele hacer en esta parte de lo que debía ser común²²⁹). Llamáronme, cuando nací para Dios en el sagrado bautismo, Carlos, y a mi consímil²³⁰ Alberto. Crecimos en la tierna edad con igualdad de costumbres y uniformidad de estrella, la cual dentro de

²²⁶ Capua está en la actual Campania.

²²⁷ *señoría*: «El dominio de algún estado particular, que se gobierna como república: como la señoría de Venecia, de Génova etc.» (AUT).

²²⁸ *uno conmigo*: «igual».

²²⁹ La oración parece entender que la naturaleza hace este tipo de milagro, o sea crear dos hombres iguales, cuando estos tenían que nacer en una sola persona.

²³⁰ *consímil*: «parecido», «similar»; CORDE [consulta 12/11/2011], cita veinticuatro casos en plural de este vocablo, que son textos científicos de los siglos XV y XVI.

pocos años dispuso que nos viésemos en Venecia, que él mirase en mí un retrato suyo, y que yo advirtiese en él otro yo mismo. Nuestra similitud fue causa de que nos comunicásemos, y la comunicación hizo que fuese nuestra amistad como era la similitud. Llegamos a tiempo que ni él quería comer si no es donde yo estuviese, ni yo podía habitar donde él faltase²³¹: fue necesario que yo volviese a mi patria por haber llevado Dios a mi madre, en medio de su juventud, a más alegre vida; tal presumo de su virtud y su hermosura que no hay encarecimiento para alabarla, como decir que siendo hermosa tenía virtudes, culpa solamente a los hombres que ponen más solicitud en que una hermosa sea mala que en procurar que sea su vida buena. Volviese también Alberto a Luca, continuando nuestra amistad por cartas en la ausencia, si se puede llamar ausencia la nuestra, cuando yo jamás me vía que no le tuviese presente, ni él se miraba al espejo sin que me viese en su original y en su idea. Veintidós años tenía yo al tiempo que, herido²³² de una calentura, siguió mi noble padre a su consorte, dejándome por herencia su bendición y unos pequeños lugares que poseía; encomendome el temor de Dios, la piedad con los pobres, la fidelidad con los amigos, en particular la de Alberto, y puso fin a sus consejos y a su vida. Dile el antiguo sepulcro de mis ascendientes, y recibí la posesión de su hacienda y señoríos. Viví en esta quietud muy poco por la malicia de algunos que comenzaron a invidiarme, entrando tras su invidia el perseguirme, y tras la persecución el desposeerme de mi hacienda y el ausentarme de mi patria, sin que fuesen parte para desviarlos de este intento mis beneficios. Siguiéronme hasta diez, entre criados y amigos, con que me partí a ver a Alberto; no le hallé en su casa y tierra por haberse partido a la mía, cierto de la muerte de mi padre, y bastome conocer este afecto para jurar de no volver a la suya ni a mi patria hasta que le hallase. Determinó él lo mismo, que parece que en todo nos consultábamos los pechos. Visité muchas tierras, vi dilatadas provincias, en una de las cuales fui huésped de un varón anciano y noble que, según después decía, agrado de mis costumbres y otras prendas (en que no prosigo, porque no me engendre vanidad su memoria) me dio a Lesbia, hija

²³¹ «Tantaque inter parvulus erat societas et voluntas, ut unus sine alio nollet cibum sumere, nec in alio cubiculo requiescere» (Beauvais 1624a: Libro XXIII, capítulo 162).

²³² *herido*: según esta acepción de *herir que* «Por extensión vale empezar a inficionar o hacer daño algún contagio o enfermedad pegajosa» (AUT).

suya, por mujer, y con ella copiosísimo dote²³³. Año y medio habría pasado cuando yo, en prosecución de mi intento, me partí a la antigua Aquitania (hoy Guyena o Gascuña²³⁴) con fin de encontrar a mi amigo, y dos que él me buscaba a mí con singular diligencia. Llevaba en mi compañía la misma gente que saqué de mi tierra, y antes de llegar a Tolosa, que es la principal ciudad de aquella provincia y que, como digo, era objeto de nuestro viaje, en medio de un florido y deleitoso prado vi otra pequeña cuadrilla de hombres, en el número y en lo lucido y resplandeciente de las armas igual a la que yo tenía; encaminamos a ella los pasos con propósito de saber y inquirir si sabían de la causa de mis peregrinaciones, mas, viendo que se les acercaban tantos hombres armados, y temiendo que iban a robarlos o quitarlos²³⁵ las vidas, se levantaron presurosos, y cogiendo sus armas y sus caballos nos salieron al encuentro. Nosotros, que imaginamos lo mismo de su acometimiento, los esperamos apercebidos; y los unos y los otros sacando las espadas y soltando a los caballos las riendas, nos acometimos de suerte que al que mirara desde lejos la pelea pudiera parecer que ninguno escaparía de la muerte, pues, siendo unos instrumentos de otros, a todos fieramente amenazaba. Mas Dios, que dispone las cosas como Él se sirve y como los hombres no saben, quiso que con la fuerza de los primeros encuentros nos mezclásemos, de modo que cada uno conocía dificultosamente a sus amigos, ayudando a esto el andar todos cubiertos los rostros con los capacetes; levanté yo un poco el mío para reconocer mejor a mis contrarios, y vi que se llegaba a mí uno de ellos, y me decía: “Alberto, no sé qué esperas para hacer la seña con que los nuestros se aparten, se reconozcan, y sepan quién son los enemigos, porque peleando juntos sean mayores nuestras fuerzas”. Oyó en esto la seña que él decía, y viendo que yo, que en su opinión era Alberto, no la hacía, y que por otra parte le llamaban, sin saber qué hacerse, cuando sus amigos venían segunda vez contra nosotros, los detuvo diciendo: “¿Cómo, oh gente infiel a la lealtad de vuestro señor Alberto, así tratáis de oponeros a su persona y no dudáis de ofenderle?”. Detuviéronse

²³³ *dote*: «Hoy tiende a generalizarse el uso como femenino, de acuerdo con el latín, pero el género masculino tuvo bastante extensión» (DCE, II: 520).

²³⁴ Indica la región del suroeste de Francia; en Edad Moderna se habla normalmente de «gobierno de Guyena y Gascuña» (Alamán 1853-1856: III, 565).

²³⁵ Nótese el loísmo.

con esto, y yo, advirtiendo a que dos veces había nombrado a Alberto, y que a mí me había tenido por él, conocí que era mi mayor amigo quien me había parecido mi más fiero contrario. Descubríme de todo punto el rostro y, conocido de Alberto, nos apeamos de los caballos y en un instante vierais, oh Feniso, convertida la fiera guerra en paces amigables, los golpes en abrazos, las armas en cortesías, y la enojada furia en apetecida alegría. Prometímonos de nuevo fidelidad, y todos juntos llegamos a Tolosa, donde, conocidos por nobles y recibidos del duque de aquella provincia por tales, a mí me dio el oficio de tesorero y a Alberto hizo de los privados de su casa y su mayor camarero. Queríanos el pueblo con extremo, el duque nos estimaba, y nosotros acudíamos con cuidado a su servicio. Yo, pues, a quien, ausente de Lesbia, mi esposa, parecieron tres años de ausencia tres siglos de distancia, llamé a Alberto un día, díjele mi cuidado y que daría brevemente la vuelta: pedí licencia al duque y, como los deseos de los que aman y la ejecución de ellos, si no hay quien los impida, son una misma cosa, pienso que estuve primero en el camino que lo determinase, tanta fue la brevedad y presteza. Tenía el duque una hija, el extremo de hermosura, el depósito de la gala, el apoyo de la bizarria, la misma agudeza en el ingenio y en el amor los ojos de su padre, con gusto de mujer entendida y despejo de hombre libre. De esta se enamoró Alberto y, con el secreto a tal persona debido, la galanteó y explicó su pasión amorosa, hallando en ella menos desagrado de lo que pensó, y aun más correspondencia que debiera. Últimamente ella se dispuso a admitirle una noche en su cuarto. ¡Mal advertida imprudencia en una mujer noble, que tanto más debe guardarse cuanto más tiene que perder en perderse! Consiguíolo fácilmente, que nada es difícil a mujer que se determina ciega y se atreve enamorada.

Había pues, oh Feniso amigo, en la misma ciudad otro caballero, aunque noble, tan depravado en las costumbres y tan enemigo del secreto que andaba procurando saberlos para decirlos, y oírlos para no callarlos. Con este trabó en mi ausencia estrechísima amistad Alberto, al cual descubrió sus amores, creyendo que hallaría otro amigo que a mí se pareciese; mas sucedióle lo que a cuantos fían sus secretos sin tener experiencia de las personas de quien se hacen esclavos cuando se los descubren; y no solo llegó su ignorancia a referirlos, sino a valerse de él para que tuviesen efecto sus intentos, llevándole consigo la noche que había de ver a Matilde –así se llamaba la hija del duque– donde, ella poco fuerte y él demasiado atrevido, la privó del irrecuperable tesoro de su pureza.

Salió Alberto muy alegre, sin advertir a lo que había hecho y sin mirar lo que hacía, antes imprudente y traidor al duque en el robo del sacro honor de su hija, y entonces ignorante en referir este caso a Arnaldo, su fingido y alevoso amigo, que, sin poderse olvidar de su infame costumbre, estando un día Alberto con una toalla para dársela al duque, le dijo: “No quieras, oh señor nobilísimo, recibir ese lienzo de la mano de un hombre que es más digno de muerte que de honores, y de quien se ha atrevido al tuyo en tu hija”²³⁶. Cuando oyó el infeliz Alberto semejantes razones, quedó tan desalentado y confuso que ni pudo tener fuerza en las manos para tener el blanco lienzo, ni en el corazón triste valor para no caer en el suelo. Admiróse el duque de oír tales razones, y dando su prudencia lugar a más información, sin dejar parte del pecho lastimado a la ira, le hizo levantar del suelo, diciendo: “Ahora, Alberto, me ofendes, que piensas que yo asiento a que me has ofendido, porque entonces comienza un hombre a estar agraviado que empieza a dar crédito a su ofensa. Esfuérzate y toma venganza de tu infamia, que yo no tengo de creerla tan fácilmente mía”. Alentado con este favor le dijo: “Pues lo que te suplico ahora es que nos concedas lugar y nos señales plazo en que pueda acreditar su falsedad con su muerte, y firmar con su sangre que ha mentido”. Señalósele el duque para dentro de dos días, en cuya diligencia llegué yo a la ciudad, oh Feniso, y hallé en este estado todas las cosas de Alberto, esperando en ellas un infelice fin por llevar Arnaldo tanta verdad en su favor que –si bien dejando aparte que al que la lleva le ayuda Dios, sin el cual son las fuerzas más fuertes flacas y el mayor valor cobardía– aun en lo humano si no ayuda a vencer, como la espada produce en el que va sin ella un desaliento tan grande y sobresalto tan vivo que empieza a ser principio de su vencimiento. Yo, pues, que atendía a esto, conocía su temor nacido de esta causa y nada estimaba más que su vida, le pedí sus armas y vestidos; y, puestos en él los que yo traía, le envié a mi casa prevenido de que no se atreviese también a mi honor, pues me vía aventurar el ser por el suyo. Reprendile el yerro que había hecho, y derramando algunas lágrimas nos despedimos. Recibíole Lesbia en los brazos, creyendo que me abrazaba a mí, y yo llegué al campo donde Arnaldo esperaba, juzgando todos

²³⁶ «Noli Rex a quam accipere de manu scelerati, qui magis dignus est morte quam honore, quia florem virginitatis abstulit filiae tuae» (Beauvais 1624a: Libro XXIII, capítulo 164).

que era Alberto. Lesbia le procuraba alegrar con regalos, y él se excusaba con decir que le dejase, y diese lugar a aquella pasión melancólica. Llegó la noche, y fue forzoso que los dos ocupasen una cama, donde ya, más prudente, no se fiando de sí mismo, puso entre los dos su espada desnuda, diciendo a Lesbia que la había de dar con aquel acero la muerte si se acercaba a su persona. En este espacio yo, que vi aguardar en la campaña a mi enemigo, en presencia de toda la ciudad me acerqué al duque y, pedida licencia para vengar aquella injuria, me dijo que se esforzase el corazón en mi pecho y tuviese certidumbre de que, si quedaba vencedor, sería esposo de Matilde, su hija. Partí con esto adonde Arnaldo estaba, y para calificar mejor mi causa proferí estas razones: “Si acaso, Arnaldo amigo, has advertido cuán mal consejo tomas en apeteer atrevidamente mi daño y ofrecerte tan osado a los tuyos, cesen ya tus pasiones y mi enojo, que yo te aseguro de que si confiesas el testimonio que me levantas, y la culpa que me impones anulas, te quedaré siempre obligado, y jamás te estimaré por enemigo”. A cuya cortesía respondió con necia soberbia de palabras (mas, ¿cuándo fue la soberbia discreta?): “No pienses que me dejo mover de tus razones ni cuido de tus promesas”; y haciendo traer un misal, puesta la mano derecha sobre los santos Evangelios, prosiguió públicamente en esta forma: “Digo, definiendo y juro que impúdicamente deshonraste a Matilde”.

Yo entonces, haciendo las mismas ceremonias, sin temor de mi conciencia, juré que mentía, y sin temor de su furia le acometí animoso. Montes parecieron los cuerpos en la resistencia a los encuentros, aves los caballos en la velocidad, diamantes las armas en la defensa, y frágiles juncos las blandientes lanzas, cuyos pedazos divididos a trechos parte fueron despojos de la campaña, y parte cometas que amenazaban en uno de los dos fatal ruina y necesario riesgo. Sacamos las resplandecientes espadas dando invidioso miedo al sol, que pudo juzgar en ellas nuevos rayos émulos de su luz. Finalmente, la destreza era igual, los caballos excelentes, el valor conforme, aunque el deseo diverso. Esto fue causa de que durase más de tres horas la dudosa pelea, estando siempre indeterminado el vencimiento. Ya nos iba rindiendo el cansancio y ya nos iba haciendo falta el aliento, ya los caballos habían convertido en granates rojos la blanca arena, y ya mi contrario andaba en dos partes herido; ya le miraba desatentado

y loco, tirando a todas partes heridas²³⁷, y ya se levantaban en el confuso estruendo de la gente o los presagios de mi vitoria o las glorias de mi venganza. Él quedó últimamente vencido y muerto, cuando yo quedé vivo y glorioso; dividí la cabeza del más que aleve cuerpo, escribiendo con los hilos de sangre que de su cuello corrían la fuerza de mi amistad, la infidelidad de la suya, el castigo de su culpa y la pena de su yerro.

Visto por el duque mi valor, y a su hija libre de la infamia y vil acusación que le hacían, así porque ella quedase cumplidamente honrada, como porque en las calidades de Alberto no hallaba deméritos que le persuadiesen lo contrario, aquella misma tarde hizo que la recibiese por esposa. Casáronme con singular gusto de Matilde, que me juzgaba Alberto; hubo en las bodas no imaginadas fiestas, por cuanto el duque las había hecho prevenir para que, si estuviese de mi parte la vitoria, se excusase lo que él tanto había deseado. Llegó la noche, y yo, lleno de temores, no sabía qué fin tendría el suceso, ni qué medio elegir para quedar disculpado con Matilde sin que se descubriese nuestro secreto. Confieso que la temía más a ella amorosa que temí a Arnaldo fiero, más estos abrazos que aquellos rigores, y más el tálamo que la campaña. Ni de esto es bien os admiréis, pues en ella peleaba con un enemigo, y ese de quien me podía apartar para excusar los golpes, y, en este último²³⁸, aprieto con dos fortísimos, que eran la hermosura ajena y la flaqueza propia, de quien es imposible apartarse el que no dejare de ser hombre. En esta aflicción estaba, mas Dios, que siempre atiende a los pensamientos de los que procuran su servicio para darles cumplido efeto, dispuso que el duque mandase que aquella noche nos saliésemos a una ciudad, que desde luego señalaba para esto, o ya le moviese a ello su condición o su grandeza. Apercibido de lo necesario, la recibí y, despedido de todos, me partí con presuroso curso a mi casa, adonde en las razones que permitió la brevedad del tiempo y la alegría del alma, referí a Alberto lo que pasaba y me desnudé sus vestidos, con los cuales adornado llegó él a la ciudad y brazos de su Matilde.

²³⁷ *heridas*: «El golpe que se da con la espada o con otra arma o cualquier cosa que pueda lastimar o sacar sangre» (Covarrubias 2006).

²³⁸ «En ella» y «este último», se refieren, respectivamente, a «campaña» y «tálamo». Obsérvese la estructura latinizante «y ese» (*isque*) que sirve para realzar lo que precede («enemigo...»).

Yo entonces, a quien pensé que habían olvidado las desdichas para no perseguirme, quedé con mi mujer y compañera en servicio del duque, donde dentro de pocos días me dio una tan asquerosa enfermedad de lepra que ni me podía enderezar en la cama, ni ejercer otro cualquier movimiento. Empezó Lesbia a aborrecerme, que las mujeres solamente al que está próspero aman y estiman, y al abatido aborrecen, de donde infiero que no quieren la persona sino la prosperidad, que como en la mudanza tienen tanto de fortuna, quieren y siguen los accidentes de ella. Llegó a ser en tanto grado el aborrecimiento que trató de ahogarme muchas veces. ¡Mirad a cuánto pudo llegar en unas entrañas de mujer la crueldad, y en un hombre la natural miseria! Viéndome perseguido de quien debiera ser regalado, amenazado de quien pude ser socorrido, y que intentaba quitarme la vida quien la había de perder, si fuera necesario, para remediarme, llamé a dos criados míos y hice que me llevasen a mi patria, pensando que acabaría la piedad y compasión de verme lo que no había conseguido de mi sufrimiento y su violencia; mas desengañeme de que había andado muy necio en pensar ser recibido enfermo quien no había sido admitido sano. Finalmente a los criados trataron con rigor, y a mí me arrojaron impiamente del lecho en que iba. Aunque este fue terrible golpe contra mi paciencia, con todo eso no fue bastante a hacer que la perdiese, y así me partí a Roma, donde hallé amparo en algunos amigos, y en otros ofrecimientos y promesas, haciendo, aunque a costa mía, experiencia de los verdaderos. Tres años estuve padeciendo en aquella eminente ciudad, donde no me atrevo a decir cuál me causaba mayor sentimiento: o el dolor de la enfermedad, o la vergüenza de pedir aun a quien sabía que no me había de negar su amparo, porque aseguro que en mi opinión no hay cosa que cueste tan cara a un hombre honrado y cuerdo como la que cuesta ruegos al pecho y colores al rostro. No contenta mi suerte con tenerme en tal estado, pareciéndole que me sobraban bienes en los males de necesitar y pedir a mis amigos, trató de quitarme este remedio, quitándoles a ellos lo mismo que habían menester para darme y para conservar la vida, pues vino una hambre y necesidad tan fiera que hasta las madres se olvidaban de su piedad y sus hijos. Atento a esto me despedí, porque quien ve con necesidad a su amigo y persevera en pedirle, no es necesario²³⁹ sino necio. Híceme llevar a la ciudad en que habitaba

²³⁹ *necesario*: como cultismo semántico, en el sentido de 'íntimo', referido a

Alberto, el cual acostumbraba a dar muchas limosnas, y así nunca su casa se vaciaba de mendigos. Procuré que me pusiesen entre ellos, porque de la suerte que iba pude temer o que me negaría las obligaciones de amigo, o no sería conocido. Bajó una tarde, entre otras muchas, a dar por su misma mano la limosna a los pobres, cosa que habían de hacer todos los príncipes, así porque es argumento de mayor caridad y mérito, como porque mueve más la necesidad que se ve con los ojos que la que se conoce por escrito. Viendo la humanidad y virtudes de Alberto, derramaba yo lágrimas de alegría: ellas le hicieron reparar en mí con atención, y fueron causa de que me conociese y de que, sin atender a su grandeza, a su autoridad y respetos, llegase y me abrazase con afectuosas caricias y amigables consuelos. Quiso la majestad de Dios poner en su casa límite a mis desdichas, y excusarme de tantas penas dándome salud; y, al fin, con ella y su amparo, reduje por fuerza de armas a mi imperio las heredadas tierras. Había en este tiempo muerto Lesbia despeñada, muerte que me lastimó muchísimo y que olvidé muy presto, parte porque es tal la condición nuestra, y parte porque ella no mereció más sentimiento.

Murió Alberto, mi amigo, dejando a un hijo suyo el estado, y yo que me vi sin la mitad de mi pecho, que, como dijo el otro filósofo, es el amigo la mitad del alma²⁴⁰, y atendí a que, si éramos tan semejantes en el cuerpo y en la vida, sería justo que lo fuésemos también en la muerte, principalmente si es verdad que tantas veces muere un hombre cuantas pierde a un amigo. Quise, ya que no puedo matarme, enterrarme vivo; y, después de haber hecho a un hijo mío señor de todos mis bienes, me ausenté a esta aspereza, adonde he vivido veinte años con dichosa

amigo.

²⁴⁰ Podría aludir a varios pasajes de la *Ética* de Aristóteles o, más bien, a su definición de la amistad como «una sola alma en dos cuerpos» que refiere Diógenes Laercio (*Vida y costumbres de los esclarecidos filósofos*, V, 20). Sin embargo, parece difícil que Quintana se refiera a Aristóteles llamándole simplemente «el otro filósofo». Otras posibles procedencias son el verso de Horacio («*Serves animae dimidium meae*», *Odas*, I, III, 8), o el *De amicitia* ciceroniano (XXXI, 80-81): «*Verus amicus [...] est enim is, qui est tamquam alter idem [...] cuius animum ita cum suo misceat, ut efficiat paene unum ex duobus*». Finalmente, la misma expresión de Horacio la hallamos en las *Confesiones* de San Agustín (IV, 6, 11), que prosigue: «*Nam ego sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus*». El motivo, como informa Avalle-Arce, también «abunda en la obra cervantina» (Cervantes 1987: 113-114).

quietud, por quien muchas veces verifico con aprobación del alma cuántos encarecimientos dijeron los antiguos de la soledad: unos diciendo que en ella hallaron puerto²⁴¹; otros que solo vivieron lo que la habitaron; y otros que dejaban alegres el imperio por ella²⁴². Filosofía que muchos acreditan, algunos alaban, y pocos reducen a ejercicio. Últimamente viví solo este tiempo hasta que, habré bien cumplido un año que, estando cuidando de unas yerbas con que ayudar a la naturaleza para que por mi culpa no falte el tiempo que Dios se sirviere de mi vida²⁴³, a la primera obscuridad de la noche vi en la espesura de una matas un negro bulto de persona humana, que, con debilitada, flaca y lastimosa voz, incitaba a su remedio y procuraba a lástima. Asomé el alma por el oído, reduje la vista a aquella parte que se sentía el doloroso estruendo y ví que era de una mujer bizarra. Mi edad, en quien, ya extinto el concupiscible fuego, estaba algo sujeto a la razón, me dio atrevimiento y licencia para que me llegase a ella, preguntase quién era y quién la había traído a tan extraña parte. Animó viéndose con compañía el mujeril valor, y después de haberla guiado al mismo lugar en que asistís ahora, informada de mi nombre, me dijo:

“Yo soy, oh venerable Carlos, una desdichada mujer, cuya vida ha guardado el cielo para que la deposite en estos montes; la causa sabrás después más largamente; baste por ahora decir que mi patria es la imperial ciudad de Toledo y mi nombre Laura. Pasé por varios sucesos huyendo de mí misma tanto era el temor que tuve de que un caballero me quitase la vida que de mí me recelaba, y en mí misma aun no estaba segura. Pasé, como digo, de España

²⁴¹ La fuente de Quintana puede ser uno de los siguientes pasajes de Cicerón: *De Oratore*, I, LX: «Equidem tantum absum ista sententia, ut non modo non arbitrer subsidium senectutis in eorum, qui consultum veniant, multitudine esse ponendum, sed tamquam portum aliquem exspectem istam quam tu times, solitudinem, subsidium enim bellissimum existimo esse senectuti otium»; o *De Officiis*, libro III, Proemio: «Ille enim requiescens a rei publicae pulcherrimis muneribus otium sibi sumebat aliquando et coetu hominum frequentiaque interdum tamquam in portum se in solitudinem recipiebat, nostrum autem otium negotii inopia, non requiescendi studio constitutum est».

²⁴² No hemos encontrado la procedencia exacta de estas alusiones. El motivo de la soledad de raíz clásica se halla en varios géneros de la literatura barroca y contagia también la novela bizantina (cf. Vossler 1946: 105-114). Es posible que la segunda cita se refiera a Domiciano, que, según refieren historiadores de su tiempo, amaba especialmente la soledad.

²⁴³ La larga perífrasis indica que Carlos cultivaba hierbas comestibles o medicinales.

a este reino, creyendo que me alejaba del peligro, y fue que vine procurando mi riesgo, pues habrá cuatro días que le vi por mi daño, no menos que siendo juez del delito de haberle querido quitar la vida. Temí en su rostro sus rigores, en mi culpa su venganza, y en su temeridad mi castigo; y creyendo que no podría satisfacerle con excusas ni aplacarle con razones y, finalmente, pareciéndome imposible escapar de otra suerte, me valí de una hechicera, dila el precio que me pidió, y diome el remedio que la pedí. En la soledad de un campo habían de ser algunos troncos mudos testigos de mi tragedia y asesores de mi delito, donde, al valerme de las palabras que aquella vil mujer me dijo, vi cosas que dejo de referir por no traer a la memoria lo que truje a la vista; solo diré que el efecto que resultó de tan extraña causa fue que yo quedase libre de su acero, y me hallase, sin saber cómo o por dónde, en Florencia. Allí me vi, aunque libre del mal que me amenazaba, esclava de mi mala conciencia, que tal vez me castigaba en la memoria de mis pecados la culpa de haberlos cometido. Confeseme generalmente²⁴⁴ de todos ellos, y nació en mí un reconocimiento de mi misma miseria. Tras esto, desengaños del mundo se seguían a desengaños, porque nadie llega a conocerle tan bien como quien ha sido su esclavo, si Dios le hace favor de que atienda a sus zozobras, sus tormentos y sus penas. Yo, pues, que he llegado a saber mucho de sus bienes por haber sido tanto de su casa, afirmo que cuantos gustos da son tropelía²⁴⁵, que no es lo que parece, sombra que desde lejos admira y tocada se deshace, fuego que cuanto se le llega consume, mar donde el más diestro marinero se anega, laberinto donde el más cuerdo se pierde, reino donde cuanto corre es moneda falsa, corte donde solo vive el engaño, escuela donde se aprenden vicios, cambio donde se logran maldades; y, en suma, viendo que la brevedad de la vida es tan grande que al hombre no fue dada sino prestada, o, por mejor decir, el hombre fue prestado a la vida, que el tiempo se pasa, y deja a los que más le desean, he querido adelantarme y dejarle a él, porque no hay cosa mayor al fin de la vida que haber sido nada en propia estimación. Últimamente, ver que es dichoso quien cierra el proceso de su edad con un permanente fin, me ha traído a la cumbre de esta asPérez, donde

²⁴⁴ En el sentido de *confesión general*: «La que se hace de los pecados de toda la vida pasada, o de una gran parte de ella» (AUT).

²⁴⁵ *tropelía*: «Se toma también por atropellamiento o violencia en las acciones» (AUT).

pienso hallar cárcel libre del cuerpo por librarme de la perpetua y obscura prisión del alma”.

Regaba yo la nieve de estas canas ya de terneza y ya de regocijo, viendo en una juventud tan bizarra un entendimiento tan claro, un desengaño tan cierto y una determinación tan segura. Esforzaba su pensamiento diciendo cuán bien había elegido, pues es la muerte un largo y profundo sueño, un espanto de los poderosos, un deseo de los pobres, una cosa inexcusable, un destierro de la vida, un ladrón del hombre, y un puerto de todas las cosas. Decía en confirmación de su propósito que la vida es una alegría de los dichosos, una tristeza de los miserables, siendo el hombre entre la vida y la muerte una centinela de aquella, un esclavo de esta, una fantasma²⁴⁶ del tiempo, un caminante que pasa, un huésped que en llegando se parte, un alma para sentir, y una habitación de breve edad. Levantaba la fuerza de este discurso con la consideración de que a cuantas cosas cría la naturaleza, a todas las dio amparo y defensa providente; dio conchas, cortezas, pieles, espinas, pelo, pluma, alas, escamas, vellones y hasta los troncos, tal vez dos camisas²⁴⁷ para mayor defensa, y que solo el hombre nace desnudo y en la desnuda tierra. Pasamos en esto la mayor parte de la noche, dejando lo que faltaba de ella para cumplir con los ratos de quietud que presta el sueño, no aguardando a que nos despertase el día, porque dormíamos para descansar a distinción de los que descansan para dormir. Eligió el estrecho seno de la piadosa tierra (madre común que a nadie niega su regazo), el cual afirmáis haber visto, donde hizo vida angélica. Bien pudiera referiros algunas cosas de que mereciera crédito por haber sido testigo de vista, si no temiera a vuestro cansancio y al corto tiempo que nos queda del día: a mí, para que os encamine fiel explorador de estas peñas; y a vos, para que me sigáis seguro de vuestro deseado viaje. En conclusión, solo diré de su ejemplar vida y del estado que la mía posee esperando hallar en la muerte descanso, que habrá tres días que se la llevó Dios a mejor patria, para que tuviesen premio sus trabajos, remuneración su emienda, y corona su vencimiento, y para aumentar número a los bienaventurados. Tal osadía me puede dar su vida, por quien os aseguro que quedó la mía llena de invidia de sus virtudes. Yo, que estuve presente a su

²⁴⁶ *fantasma*: en el castellano áureo normalmente el término es femenino.

²⁴⁷ *camisas*: «Por extensión se suele llamar así el hollejo u cascarilla de algunas semillas o frutas» (AUT).

tránsito, grabé las letras que visteis en aquella piedra escritas, en quien está oculto este concepto: «Hoy Nace Laura Que Muere»²⁴⁸, porque no es muerte la de los justos, sino nacimiento; donde, a la manera que en el natural deja el hombre cuando nace el humano claustro, el vivo aposento y sensible morada de su madre para vivir fuera de ella, de esa misma suerte deja el alma de los que parten en amistad de Dios la humana cárcel, el corruptible lazo y mortal coyunda de su cuerpo, para llegar sin los embarazos de material y terrestre a gozar los bienes soberanos y divinos. Todo esto he referido, oh Feniso, para satisfacer vuestro deseo, y para recrear el ánimo con la memoria de las cosas pasadas, así porque no queda otra cosa de ellas, como porque habré cumplido con una pasión tan propia en la vejez como es contar sucesos de la juventud, sobre todos los cuales me persuado a que fui noble, soy tierra, y seré nada».

No fuera hombre Feniso, oficio de piedra insensible ejercitara, si no desatara en lágrimas los ojos, y hiciera las mejillas arroyos de piadoso llanto oyendo el dichoso fin de Laura, y viendo que, aunque después de muerta, la había visto antes que se volviese a España. Miraba la ganancia de haberse perdido, y daba gracias a su yerro, pues por él había granjeado tantos bienes. Echaba a la tempestad mil bendiciones, porque de ella había nacido su temor; alababa a su temor por haberle propuesto su comodidad y su guarda, y finalmente a su pérdida, a la tempestad, a su temor y a su guarda colmaba de agradecidos parabienes, mientras el alma los celebraba con interior alegría. Dio brevemente relación del origen de ella al venerable y penitente Carlos, bajando con aliento de joven a enseñar a Feniso, que, después de haber hallado el caballo que había traído en la misma parte que, por ser tan inculto y áspero el monte, le había dejado, y visto el camino que había de tomar, y que era fuerza dividirse del nuevo y piadoso amigo, mostró su afecto en sus brazos echándoselos al cuello, el agradecimiento en las razones, el sentimiento en el pecho, y prosiguió su comenzado viaje. Lo mismo hizo el sabio y prudente viejo, volviéndose a su apartado albergue con tanta prisa como quien conocía que del común trato y comercio del siglo se ha de apartar un hombre, huyendo como de enemigo que ofende con

²⁴⁸ Para volver a la inscripción que leyó Feniso (O. N. L. Q. M.) hay que seguir las normas gráficas del castellano áureo, con la oscilación en el caso de *h* en la primera palabra.

lisonjas, que da veneno en riquezas, que atormenta con halagos, da pena con favores, priva de los bienes verdaderos dando otros que lo parecen, y, finalmente, da con blandos regalos lastimosa y fiera muerte.

A la dichosa Laura, después de tan loable determinación, la primera vez que halló lugar, hizo Feniso esta elegía²⁴⁹ pareciéndole que por medio de los versos, que en cualquier parte suelen granjear aplauso, se extendería más la memoria de este suceso y provocaría mejor a su imitación con la dulzura, en cuyo fin le tendrá también el segundo poema.

Pues a mis tristes ojos
faltó tan presto luz, faltó alegría,
sienta la pena mía
cuanto debe a la vida sentimiento,
haya en su llanto rígida porfía,
y entre la competencia y los enojos
todo muestre despojos
de rigor, de pesares y tormento:
el mar, el fuego, el viento,
las aves que le halagan lisonjeras,
cuanto habita en cristal ciudad de lamas²⁵⁰
y se viste de escamas,
o en hondas grutas da aposento a fieras,
sientan, Laura, mi daño,
y que mi pena con tu dicha engaño.
La altura de estas peñas,
esta sierra, este monte y esta nieve
diga lo que te debe;
parezcan quejas sus sonoros ecos,
y sea dolor cuanto rumor se mueve;

²⁴⁹ Con *elegía* el autor entiende simplemente una composición de carácter fúnebre. Se trata de una estructura estrófica irregular de endecasílabos y heptasílabos (abbcbaa y aabccbee, salvo la última estrofa: abbcacdd) que mantiene ciertos moldes fijos solo en la rima y en los pareados finales (sobre el problema de clasificación métrica en poemas de este tipo, reflejo de un momento de transición entre canción y silva, cf. el comentario de Mazzocchi en Sedeño 1997: 93-94).

²⁵⁰ *ciudad de lamas*: el agua; *lama* propiamente es: «El cieno y lodo que hace el agua» (AUT), pero aquí podría indicar también una imagen metafórica para aludir al brillo del mar o de los ríos: «Se llama asimismo cierta tela de oro u plata» (AUT).

haya en los más gigantes riscos señas
de que su planta empeñas,
y entre los pies y corazones huecos
de aquestos troncos, en tu ausencia secos,
muestren que de la cárcel desasida
en que la aprisionó diciembre helado,
va a ser llanto del prado
la blanca escarcha de cristal vestida,
y muestre justamente
que va a buscarte, como estás ausente.

Ejército de estrellas
lustroso al manto de safir²⁵¹ bordaba,
y la tuya faltaba;
pues, queriendo lucir, copiosamente
tus rayos y hermosura procuraba;
finalmente juntó con todas ellas
tus claras luces bellas²⁵²,
y yo desde que nace el sol ardiente,
hasta que tuesta al indio el ancha frente,
me siento atormentar de mi deseo,
mas cuando miro que la noche oscura
mi dicha me asegura,
Laura llamo a la estrella que antes veo,
mientras que me reporta
mirar que aun tanta luz contigo es corta.

Espíritu dichoso,
que lejos de la humana pesadumbre
miras la excelsa lumbre²⁵³
(tal muerte puede dar licencia a tanto),
ya no es bien que esta pena me deslumbre
las glorias con que asistes tan hermoso;
goza eterno reposo,
alterna en dulce y sonoro canto

²⁵¹ *safir*: variante de *zafir* documentada en la época (DCE, V: 793).

²⁵² El sujeto de «queriendo lucir», «procuraba» y «juntó» es «manto de safir», o sea el cielo. La muerte de Laura ha hecho que sus ojos («claras luces bellas»), por fin, se junten con las otras estrellas («con todas ellas»), proporcionándole el brillo que anhelaba («queriendo lucir»).

²⁵³ Dios.

el seráfico asumpto, el *Santo*, *santo*²⁵⁴,
que no es mucho que ayudes su armonía,
si ángel humano te miraba el suelo²⁵⁵,
y trasplantado al cielo
vives la clara luz de eterno día
sin que muden tu suerte
el tiempo, la fortuna, ni la muerte.

Que yo, que tanta dicha
tuve con verte sin volver a España,
en la propia y extraña
patria procuraré extender tu nombre,
porque ni la desdicha
mi justo amor y tu opinión asombre,
ni en la cuerda elección que en ti contemplo
deje de dar tu desengaño ejemplo.

²⁵⁴ Canto del *Sanctus*, llamado también Trisagio.

²⁵⁵ «No sorprende que ayudes con tu canto la armonía del *sanctus* cantado por los ángeles, porque ya en la tierra parecías ángel».

Poema Tercero

Mucho debe a su fortuna quien sale una vez felizmente del mar, y muchísimo se confía de ella quien segunda vez se atreve. Para mí no hay más alta muestra de valor que emprender un golfo para pasarle si no es necesidad, o codicia, porque, si bien lo advertimos, en cuatro cosas tiene superior poder la fortuna, que son: casamientos, privanzas, guerras y navegaciones, siendo en opinión de muchos lo último más peligroso. De donde, en consecuencia, de mi pensamiento infiero que, si para la guerra es parte tan necesaria el valor por ser probable el peligro, en la navegación es más necesario por ser el riesgo tan cierto. O, si no, dígame el que más seguro navegare si hay más de una tabla entre su vida y su muerte. Del cónsul Fábato dice un grave escritor que jamás se atrevió a navegar y que, preguntada la causa, respondió: «Es loco el navío, pues siempre se mueve; es loco el marinero, pues nunca está de un parecer; es loca el agua, pues nunca está queda; y es loco el aire, pues siempre corre. Pues, si todo esto es verdad, y huimos de un loco en la tierra, ¿por qué queréis que fíe yo mi vida de cuatro en la mar?»²⁵⁶. Sentencia es digna de saber, aunque no de imitar, porque si hubiere algunos que le alaben de moderado y prudente, muchos juzgarán a este filósofo por demasiado cobarde.

No atendió por lo menos a este parecer Feniso, pues el deseo de poseer la herencia y volver a la amigable patria le pusieron aliento fervoroso y ánimo crecido de embarcarse en el puerto de Liorna²⁵⁷, y fiar de nuevo su vida a Neptuno en su extendido

²⁵⁶ Quintana cita, con escasísimas variantes, un pasaje del capítulo III («De qué peligrosa cosa es el navegar y de muchos filósofos que nunca navegaron») del *Arte de marear* de Antonio de Guevara. Para el humanista Pedro de la Rúa (autor, en 1549, de tres cartas sobre la obra del obispo de Mondoñedo, cf. Guevara 1984: 326, n. 8) el episodio es fruto de invención del autor. En su edición de la obra, Jones (cf. Guevara 1972: 62, n. 30) anota sobre Fábato: «Not know to me (or to Rhúa). Presumably a fiction, like the philosophers Atalo, Alcimeno and Cropilo, and (with one exception) the other men and anecdotes to in this chapter». La anécdota del cónsul aparece (probablemente tomada de Guevara) en otras obras de la época, como en la *Academie Française* de Pierre de la Primaudaye (cap. IV, 15), y en el anexo a la traducción italiana de la *Silva* de Pedro Mexia (cap. XIII) de Bartolomeo Dionigi da Fano.

²⁵⁷ *Liorna*, o Livorno, ciudad y puerto del mar Tirreno. Feniso para volver a España no atraviesa Francia por vía terrestre, como parecería lógico, ya que ha llegado hasta los Alpes. El autor le hace volver atrás para que pueda embarcarse, sometiéndose así y de una manera un tanto inverosímil, a los riesgos

imperio. Había un navío de mercaderes franceses con los cuales se concertó, y fue convenientemente hospedado en él, porque aun en el mar no falta comodidad para el dinero. Traía muy gran suma Feniso de lo que el virrey le había dado y de lo que él había adquirido en su gobierno, que puede un juez aprovecharse con justicia y juzgar justamente con provecho suyo, por ser cosas que no se oponen ni se impelen. Consiguió también por esta parte el ser estimado, agasajado y temido, que no sé que oculta virtud trae consigo el oro, por el cual estimamos a los poderosos aun cuando sabemos que no han de darnos la posesión de su riqueza. Era Feniso muy liberal con todos, porque es mayor desdicha llegar a que el dinero tenga necesidad de hombre que lo dispenda, que no que el hombre tenga necesidad de dinero para gastarlo. Demás de que un miserable, con todos los tesoros de la tierra, es más pobre que el más triste hombre del mundo, porque este puede ser que en algún tiempo sea rico, y aquel no es posible que deje de ser pobre; este puede ser poderoso en el ánimo si es mísero en la hacienda, y aquel es, aunque poderoso en la hacienda, miserabilísimo en el ánimo. Diversas veces me he persuadido a que entre otros pecados que castiga Dios en esta vida sin dilatarlo a plazos de la otra, es uno la avaricia, en la cual a letra vista viene el castigo, aun en el mismo pecado. Veremos que es esto cosa cierta, si atendemos a que el avariento por allegar no come, y esa es pena; por guardar lo que allegó no duerme, y ese es su tormento; por aumentar lo que guardó afana, y ese es trabajo; por no dar lo que aumentó, dice que no tiene, y eso es llanto; porque se ve abundante de lo que no tiene, se recela de todos, y ese es temor; porque se ve amigo de las riquezas, presume que los demás las desean y las alcanzan adelantándose a su solicitud, y eso es envidia. De suerte que el avaro tiene en su misma hacienda penas, tormento, temor, trabajo, llanto y envidia, todo lo cual es de su avaricia pensión y de su pecado castigo. No era de esta suerte el noble Feniso, pues antes en los dos extremos se pasaba a los límites de pródigo que se detenía en los términos de avariento, con que ganó los gustos y voluntades de los marineros y patrones²⁵⁸, que no hay gloria en el mundo como trocar el dominio de la hacienda a la posesión de ajenas voluntades. Pasaban el trabajo de la navegación en diversos

de la navegación.

²⁵⁸ *patrón*: «Significa también el que gobierna, conduce y guía alguna embarcación» (AUT).

entretenimientos, y los más de ellos de ingenio, así por ser los mercaderes hombres que se preciaban de agudeza, como por venir en el mismo navío dos estudiantes boloñeses²⁵⁹, en letras humanas doctos y en la jurisprudencia eminentes. Con estos conversaba más de ordinario Feniso, los cuales, viendo que la navegación era prolija por la falta de viento (alma de la nave, pues es causa de sus movimientos²⁶⁰), trataron de divertirse, y para esto hicieron que cada uno eligiese lo que se atrevería a defender para que así se ejercitase el ingenio. Uno se dispuso a decir que Dionisio, tirano de Sicilia, había sido el hombre más piadoso de todos los gentiles de su tiempo; otro afirmó que defendería que no hay ingratitud en el mundo, ni hombres ingratos; y Feniso prometió responder a todos los problemas o preguntas que los demás le hiciesen. Los dos estudiantes comenzaron a discurrir en sus conclusiones propuestas, trayendo cada uno fundamentos, aunque sofisticos y falsos, tan aparentes que se pudiera persuadir fácilmente quien no atendiera a que era aquello más ostentación de ingenio que sentimiento del alma²⁶¹. Con esto comenzaron a hacer preguntas a Feniso, y él a responder a todas por este orden: «¿Qué es el mar?», y respondió: «Una posada de los ríos, una mina donde muchos se hacen poderosos, un cementerio de muchos cuerpos, un refugio de muchos perdidos y un asombro de muchos cuerdos»; «¿Qué es el sol?», «Un ojo del cielo, un adorno ilustre del día y un distribuidor de las horas»; «¿Qué es la luna?», «Un consuelo de los caminantes, un enemigo de los malhechores y un presagio o nuncio de las tempestades»; «¿Qué es la tierra?», «Una médula del mundo, una guarda de los frutos, una madre de cuantos nacen, un alimento de cuantos viven, y una caja y depósito de la vida. «¿Qué es la mujer?», «En sentencia de Secundo filósofo una insaciable fiera, una solicitud continua, una indefectible pelea, y un naufragio de los hombres²⁶²;

²⁵⁹ La universidad de Bolonia seguía teniendo gran fama en el siglo XVII.

²⁶⁰ *alma*: en el sentido aristotélico de sustancia que le permite a los seres vivientes realizar su actividad y sus movimientos («quod movetur vivum est»).

²⁶¹ Crítica, solo aparente, a la enseñanza de la lógica, que en las universidades españolas seguía, en numerosos aspectos, moldes medievales.

²⁶² El autor traduce y sintetiza una frase del filósofo sofista Secundus «el Taciturno» (siglo V A.C.), cuyos *Dicta* gozaron de enorme popularidad en la Edad Media. Hay diferentes variantes de esta máxima misógina; sin embargo, Quintana debió tomarla de la versión latina de Guillermo el Médico, ya que coincide el orden de los epítetos: «Quid mulier? Hominis confusio, insaturabilis bestia, continua sollicitudo, indesinens pugna, cotidianum dampnum, domus tempe-

pero, en opinión mía, un animal hermoso, una solicitud de nuestro regalo, una compañera en las penas, un consuelo en los peligros y un aumento de la felicidad humana»; «¿Qué es la riqueza?», «Un peso de mucho oro, y un ministro de terribles cuidados»; «¿Qué es la pobreza?», «Un bien aborrecido, una madre de la salud, una falta de desvelos, un negocio sin daño, una posesión sin calumnia y una felicidad sin solicitud de parte del que la tiene»; «¿Qué es la cosa que vence dejándose vencer?», respondió a esto que la cortesía; «¿Qué es la cosa más estimable del mundo?», dijo que el deseo en quien da un hombre cuanto puede, y en cierto modo a sí mismo; «¿Quién es el más sabio?», «Quien sabe juntar mayor humildad a más sabiduría»; «¿Quién es –preguntó uno– el más ignorante?» y tuvo por respuesta que el que no duda, porque o lo sabe todo o nada, y todo es imposible. «¿Qué es la cosa de que todos se precian, muchos desean y pocos alcanzan?», dijo que la verdad y la nobleza. Otro le preguntó: «¿Qué género de penas es el que se estima, se negocia y se procura?», a lo cual respondió que los vestidos y galas, que son pena del pecado de nuestro primer padre, y las procuramos para adorno del cuerpo; «¿Cuál es el mayor tormento del alma?», en esta vida, y en lo humano dijo que los celos, y en lo cristiano una mala conciencia; «¿Cuál es el mayor enemigo de un hombre?», y agudamente dijo que el que lo es cuando menos lo parece, esto es, un amigo falso; «¿Qué es la cosa más aguda?» y con aplauso de todos respondió que el ingenio de mujer necesitado; «¿Cuál es –preguntó un marinero– la cosa que sustenta a más en el mundo?», y díjole que de los cuerpos, la tierra, y de los ánimos la esperanza; «¿Cuál es el hombre más libre?» le preguntaron todos y, después de haber rogado a cada uno en particular que dijese su parecer, añadió Feniso: «Pues el mío es que aquel es más libre que fía menos secretos por los cuales se hacen los hombres esclavos de los que los escuchan».

No hubo quién no se conformase con su sentencia, ni quién dejase de alabar su ingenio, su agudeza y prontitud en las respuestas, caminando tan gustosos que pudieran desear la calma por no perder ratos tan apacibles. Llegaron con esto al golfo de León habiendo dejado a un lado a Marsella, donde comenzó a levantarse un viento Tramontana, o Maestro (que es el que nosotros

stas, sollicitudinis impedimentum, viri incontinentis naufragium, adulterii vas, preciosium prelium, animal pessimum, pondus gravissimum, aspis insanabilis, humanum mancipium» (cf. Pejenaute Rubio 1996-1997: 354-355).

llamamos Cierzo o Gallego²⁶³), y poco a poco a cobrar nuevas y mayores fuerzas. Inquieta se movía el agua, y furiosa daba entre confusos bramidos presagios de su soberbia fiera. Todos con esto andaban cuidadosos y diligentes: este amainaba las velas, aquel cuidaba de las gúmenas²⁶⁴, unos escotaban²⁶⁵ la nave, otros la daban carena²⁶⁶, estos se hacían a banda²⁶⁷, aquellos se afligían, voceaba el marinero, la mar se embravecía, el horror sonaba. Bajó la noche, los árboles se estremecían, todo era confusión, todo era espanto: ya la fuerza de las olas hacía a la nave nube, ya la abatía a la profunda arena. Echaron al mar las codiciadas riquezas (no sé si para que se descargase el lastre o para aplacarlo con ellas, creyendo que era codicia aquello que es violencia); no se aplacó con esto, que solo al mar no amansa la riqueza. Ya había perdido el patrón la necesaria cuenta, ya ignoraba en el cielo el camino de su viaje, ya dejaba a su misericordia el suceso y la nave a la movilidad del agua, hendiose la vela del trinquete, cortose la mesana²⁶⁸; unos perdonaban a otros, y estos pedían perdón a aquellos; tal invocaba a Dios, tal ponía por intercesora a su piadosa Madre, obligábanle

²⁶³ Quintana utiliza cuatro palabras para designar el viento del norte, tomando quizás esta información de la *Silva* de Pedro Mexía (IV, 22). Evidentemente, *Tramontana* y *Maestro* se percibían como extranjerismos, ya que siente la necesidad de añadir los nombres castizos. *Tramontana* («aire cierzo, u norte, o el paraje de la esfera, que está debajo del Septentrión», AUT) se consideraba italianismo (así en el *Tesoro* de Covarrubias) aunque su origen es incierto; y según Pedro Mexía *maestro* es la palabra italiana para nombrar al viento del noroeste. En España era más común el término *maestral*: «Se llama el viento que viene de la parte intermedia entre Poniente y Tramontana según la división de la rosa náutica que se usa en el Mediterráneo» (AUT). *Cierzo* indica «viento que corre del septentrión, frío y seco» (AUT); y *Gallego*: «Se llama en Castilla el viento Cauro porque viene de la parte de Galicia» (AUT).

²⁶⁴ *gúmenas*: «La maroma gruesa que sirve en los navíos y embarcaciones para atar las áncoras y otros usos» (AUT).

²⁶⁵ *escotaban*: «En la náutica vale sacar el agua que ha entrado dentro de la embarcación» (AUT).

²⁶⁶ *carena*: «Se llama también el reparo que se hace en los navíos, quitándoles la carcoma y tapando, y calafeteando los agujeros y grietas con estopa y brea para que no reciban agua y puedan navegar» (AUT).

²⁶⁷ *a la banda*: «Voz náutica que se usa cuando el navío por algún golpe de mar o viento repentino zozobra, o se va a sumergir por estar caído u dormido todo de un lado. Se dice a la banda para que la gente, acudiendo a la opuesta hagan contrapeso y se enderece el navío» (AUT).

²⁶⁸ *mesana*: «El último árbol del navío, que se pone como popa» (AUT).

con votos, hacíanle promesas. Dividióse la maestra²⁶⁹, y dio al través la nave; entonces a unos sepultaron las olas y otros se valieron de las tablas, último medio en los naufragios²⁷⁰. En una caja fletada, donde tenía parte de sus vestidos, se halló Feniso, después de tantos temores, expuesto a la inclemencia de aquel inconstante elemento, y codicioso de obligar al cielo con ruegos a su remedio. La obscuridad de la noche, ser el viento que corría Tramontana, les había traído a la playa de Argel, y así, parte porque el mismo viento le inclinaba, y parte porque, haciendo de los dos brazos remos él mismo se llevaba y conducía, tomó puerto entre dos grandes peñas, besó la tierra muchas veces y, abrazándola, pareció que procuraba asirla, quizá que pensó su temor que le faltara.

Volvió el alba a bordar las alfombras que Amaltea y Flora²⁷¹ labran en las selvas, y con su luz vio las voraces olas cubiertas de los despojos que poco antes habían sido adorno y defensa de tantas vidas. Víase falto de abrigo y amparo, aunque no de dineros, por haber sido de una razonable cantidad oculto sagrado su pecho en medio de la pasada desdicha. Y últimamente se vía deseoso de saber qué tierra pisaban sus ignorantes plantas. Desviose del mudable teatro en que ha representado la fortuna tantas tragedias, volviendo el rostro algunas veces a verla, o ya por las riquezas que en ella dejaba, o ya de temor para ver si le seguía; y, después de haber caminado un largo trecho, oyó suspiros de un hombre, que entre penoso llanto mezclaba en española lengua estas razones:

«¿Hasta cuándo, oh tantas veces infelice estrella mía, han de durar conmigo tus rigores? ¿Cuándo podré mirar, oh amada patria, la regalada tierra en que tuvo sus principios mi vida? O ¿cuándo cesarán mis ojos de su continuo llanto? Mas, ¡ay, pobre Fadrique! ¡Ay, triste viejo! ¡Cuán vanamente engañas con imaginadas glorias ciertos pesares, y vivas penas con marchitas y muertas esperanzas!

²⁶⁹ *maestra*: la vela maestra, o sea la mayor.

²⁷⁰ El motivo de la tormenta y del naufragio, procedente de Virgilio, vio en Ercilla uno de los primeros grandes intérpretes en lengua castellana, y se difundió a los más diferentes géneros literarios siendo frecuente sobre todo en Lope (cf. Fernández Mosquera 2006: 73-108). Pot (2003: 76) enumera los elementos normalmente presentes en estos pasajes, que hallamos también en la descripción de Quintana: «Intervention des vents, déluge de grêle et de pluie, perte de contrôle du navire, chaos des éléments, confusion sonore».

²⁷¹ Flora es la diosa de la vegetación y Amaltea es la mítica ninfa nodriza de Zeus de cuyo cuerno mágico salen fruta y flores (o, según otras versiones, el nombre de la misma cabra que crió al dios con su leche).

Siguieron los días a los años, a los años la edad, a las demás edades la vejez, y en todos ellos y ellas no has podido tener suerte dichosa, y ¿piensas, en la decrepita, donde falta el aliento, el valor, la fortaleza y la salud, ver el fin de tus desdichas, antes que el miserable de tu vida? Engañado vives, falso piensas y imprudente discurre. Vengan pues tantos males juntos que la acaben, aunque pocas veces llega a un desdichado (cuando lo es) la muerte, que si ella es fin de los males, y acabarse estos es bien tan crecido, no se puede morir sin ser dichoso el que llega a ser miserable en tanto grado».

Así se lamentaba el anciano afligido cuando llegó Feniso, admirado de oírle; a quien viendo sobresaltado, por conocer que le había estado oyendo, dijo: «No dejes de proseguir en el descanso de tus penas, si da descanso hacer de ellas testigos al viento, a las peñas, a la soledad, y a otro infelice que antes te ayudará a llorarlas que se atreverá a descubrirlas». Mostró Fadrique, que así se llamaba el lastimado viejo, el aspecto agradable y benévolo el rostro; y, después de haber preguntado a Feniso su patria, y sabido de su naufragio y de ella, comenzó a declarar en las fuentes de sus lágrimas la demasiada abundancia de sus penas. Preguntóle Feniso la causa, viendo que con las nuevas de Toledo había aumentado el llanto, y rogóle que se las diese juntamente de la tierra en que estaba, pues, por haber llegado derrotado y perdido, estaba ignorante de ella, aunque no poco consolado por haberle oído hablar su misma lengua. Fadrique, entonces, puesta intermisión a las lágrimas, ya que no era posible a los pesares, viendo que Feniso le prestaba el alma por breve rato para mayor atención, comenzó a hacer a la lengua intérprete del pecho con estas razones:

«Es la corte de España tesoro de dos mundos, hospicio de muchas provincias y madre de todas las naciones: Madrid digo, ilustre y noble villa, como vuestra mi patria; yo bien nacido en ella, aunque esto no lo ignoráis desde que sabéis que soy poco dichoso. Privome una peligrosa enfermedad de padre antes que le conociese, heredando con un razonable mayorazgo el descuido de una madre viuda y los alientos de un mozo libre y poderoso. Crecí a mayor edad, en la cual imaginar contaros los sucesos, por no decir travesuras mías, será imaginarme gustoso en la vida que poseo, que es el mayor imposible, y querer añadir a mi discurso palabras y a vuestro cansancio aumentos. Enamoreme

en este tiempo de una señora muy noble, la misma honestidad en la clausura, y imagen de su Hacedor en la belleza²⁷². No trato de referiros el modo que tuve de hablarla, las diligencias que me costaba verla, los inconvenientes que atropellé, las dificultades que vencí, los medios que intenté, las invenciones que fabriqué y los cuidados que me costó persuadirla a que correspondiese a mi amor, porque todo esto quedará dicho en la guarda y estimación de su recato, y saber que en dos años no había oído una razón de su boca, y en tres cumplidos no había visto de su mano una prenda, ni de su voluntad un indicio de correspondencia. Mi perseverancia finalmente la venció, no su flaqueza; porque, ¿quién a tantos años de porfía no se rindiera, sin correr peligro de insensible? Pudo en Troya la industria más que el griego valor, acabó en Numancia más la asistencia que la fortaleza romana, y consiguió la fortaleza vencimientos de la antigua Cartago, ¿qué mucho, si quedó mi doña Inés hermosa vencida, donde se juntaron la industria, la asistencia y fortaleza?²⁷³ Era su madre de condición terrible, y por esta razón en doña Inés increíble el temor que la tenía. Fue con todo eso el amor cobrando fuerzas y el atrevimiento creciendo (que, o falta, o es muy niño amor que no se atreve). Los atrevimientos son muy prodigios de licencia en los amantes, y las licencias de ordinario atrevidas, y así la tuve una noche de verla por medio de ciertas criadas y dueñas de honor, espías dobles de la vergüenza, que cuando la defienden la venden, y no ya guardas, sino blandones que tienen la luz del honor para que se gaste. Últimamente, mi doña Inés gustosa y yo agradable, tuvimos por resulta de los apacibles brazos pérdidas de recato, logros de contento, cumplimientos de deseo y prendas vivas en un hijo de que se sintió con brevedad preñada. Disimulábalo cuando no se advertía tanto el yerro, y procuraba remedio para cuando fuese mayor. Tenía una prima en Toledo, a quien enviaron sus padres para que viese unas fiestas que en la corte se hacían, y a quien dio cuenta de su peligro. Sintiólo mucho doña Juana (que este era de la prima el nombre), prometió hacer cuanto pudiese para remediarlo y al tiempo de partirse rogó

²⁷² La belleza de la dama como obra excelsa y reflejo de la grandeza de Dios es concepto que, con múltiples variantes, cruza gran parte de la literatura occidental. Aquí Quintana, siguiendo la evolución medieval y renacentista del motivo, lo conjuga con el neoplatonismo (cf. Lida de Malkiel 1978).

²⁷³ Quintana se sirve de dos metáforas frecuentes en la literatura del Siglo de Oro para indicar la constancia, incluso, como aquí, la amorosa: la resistencia de los celtíberos a los romanos en Numancia y la conquista de Cartago.

a su tía que diese licencia a doña Inés para que se fuese con ella y estuviese en Toledo algunos días. Consintió con facilidad a ello por darla gusto y ser cosa que su hermana y madre de doña Juana le había muchas veces pedido. Con esta permisión, y no poco gusto de entrambas, se partieron, y yo de allí a dos días que lo supe. Fingiose melancólica doña Juana diciendo que solo tenía gusto cuando comunicaba con su prima, y así escribieron a su madre que la prolongase la licencia hasta que doña Juana estuviese libre de las tristezas que la oprimían, con que se quedó en aquella ciudad muy despacio²⁷⁴. Encubría el animado feto de los ojos de sus tíos, fingiéndose lo más del tiempo enferma. Ya se iba acercando el de su parto, y yo andaba del suceso cuidadoso, cuando una tarde, estando en visita de otra señora amiga suya, sintió muy apretadamente los dolores. No tenía allí de quien fiarse y así, ignorante de lo que haría y animosa por el peligro que la apretaba, no le ocurrió otro medio sino tomar el coche y salirse al campo a padecer la pena de su atrevimiento, y desembarazar el cuerpo de un amoroso testigo de su afrenta. Pasó el río por una de sus puentes²⁷⁵, cuando la anegaba un piélagos profundo de congojas, y dejando a breve espacio el coche, con fingir una necesidad precisa, hizo que dos montes fuesen testigos mudos de su parto, dejando un hermoso niño, si antes hijo natural de sus entrañas, hecho ya adoptivo de las peñas. Llevaba prevenida una redoma de agua, la cual puso junto a él, y una cédula en que decía que no estaba bautizado, y que le pusiesen por nombre Luis, pues ella había llevado para eso aquella agua y lo dejaba de hacer por no ver en la criatura urgente necesidad²⁷⁶. Toda esta prevención había hecho por si no tenía lugar de hablarme tan despacio que pudiese darme cuenta de su intento. Envolviole en unas mantillas y cubriole con un tudesquillo²⁷⁷ de seda y oro que llevaba, atendiendo en todo

²⁷⁴ *despacio*: «Vale también continuadamente y por tiempo dilatado» (AUT).

²⁷⁵ «El femenino parece ser general en la Edad Media (*Cid*, Berceo, J. Ruiz; «puente pequeña», Nebrija), lo es todavía en el *Quijote* [...] y el mismo género se encuentra en varios pasajes de Lope y otros clásicos; pero ya Góngora y Ruiz de Alarcón lo emplean en los dos géneros, y *Aut.* cita ejs. del masculino en 1603 y 1625: la primera aparición del masculino en autores como Góngora hace pensar en un influjo latino-italiano, aunque quizá contribuyera el de las hablas castellanas orientales» (DCE, IV: 674).

²⁷⁶ El riesgo de la vida impone el bautizo inmediato del recién nacido.

²⁷⁷ El *tudesco* es «un cierto género de capote, dicho así por haberse traído el uso dél de Alemania» (Covarrubias 2006).

más a la brevedad de la vuelta que al aseo de las envolturas. Dejole finalmente lo mejor que pudo, llegó a la portátil casa de lino²⁷⁸, y en ella a la de su prima. Acudí yo aquella misma noche a tener noticia del estado en que estaba mi dueño, supe esta novedad y, informado de las señas y lugar en que le hallaría, fui presuroso, busqué advertido, y no hallé –¡Ay, triste!– más de las señales que me pudieron afirmar que era verdad el caso y cierta mi desdicha. No supe más del nuevo Luis, no obstante que, por quitar a su madre el desconsuelo de tal pérdida, se lo negué por entonces. Murió la mía y, viéndome más libre, y que ya doña Inés había vuelto a Madrid y a la presencia de la suya, determiné pedírsela por esposa, mas quitómelo del pensamiento mi misma prenda, diciendo que había de ser en vano, por cuanto su madre estaba con deseo de que fuese religiosa, para lo cual hacía todas las diligencias posibles, aunque no la vía inclinada a tal género de vida: reprehensible y fiera condición de algunos padres que eligen para sus hijos el estado, como si en el tomarle a gusto no consistiera toda una vida buena o una muerte dilatada por la distancia de una vida.

Cierto de este error en su madre, del amor de doña Inés y su determinación, la saqué una noche de su casa y llevé a Cartagena, lugar puesto en la ribera del mar, donde yo tenía muy gran parte de mis rentas, en quien estuve algunos años casado con el gusto que se puede encarecer sin pasar de los límites humanos. Allí me dio el cielo una hija, el alegría de mis ojos y el retrato de su madre, aunque con excesos de hermosura; no podía vivir sin ella, no tenía gusto sin su apacibilidad, ni había cosa que me fuese agradable como su inocencia. Dos años tenía de edad, acompañados de infinitos donaires –o es que el apasionado amor de padre me ciega–, cuando salí una tarde del caluroso estío de un lugar cercano a la misma ciudad; puse todo mi cuidado en llegar con tiempo a ella mas engañeme en esto, pues llegó antes la noche que el fin de mi deseo. Llevábala en los brazos, y sin pensar me hallé imposibilitado para defenderla y defenderme; quitáronmela o, por mejor decir, arrancáronme las entrañas de este pecho, y brevemente, con otros cautivos, que también fueron presa de su robo, me vi sin mujer, sin hija y sin libertad en la tierra que pisáis, que es Argel. ¡Mirad cuál es el puerto que habéis tomado! ¡Cuánto más os valiera haber sido alimento de los peces que esclavo de

²⁷⁸ *portátil casa de lino*: la carroza, por el material con que se hacían las cortinas que la cubrían.

estos bárbaros! Y, ¿cuál fue el término de mis mayores placeres? He servido en espacio de catorce años a diferentes dueños, he padecido ocultamente tantos trabajos que parece que se huelga la vida de tenerlos, pues no huye de mí para excusarlos. Llamábase la hermosa prenda de mi alma María, a quien el fiero ladrón de mi libertad llamó Leliadora, y crió en sus malvados ritos. Viendo pues su hermosura, pasados seis años de nuestro cautiverio, hizo presente de ella al rey de esta ciudad para tenerle propicio en sus pretensiones, porque entre ellos todo lo acaban dádivas, y todo lo gobierna el oro. No estaba cuando la cogió de mis brazos –en paños tan humildes que no pudiese hacer caso de ellos para encarecer la dádiva²⁷⁹– diciendo que era hija de cristianos muy nobles. Recibióla el rey por esta causa agradablemente, hospedóla como a hija suya, haló criado como a reina, con intento de que lo sea haciéndola su esposa. Lo que más temo es pensar que ha de llegar muy presto el cumplimiento de sus deseos, donde será fuerza perderla para Dios y para mi vejez, si su piedad y su poder no aplican a mis daños remedio. Yo, pues, que pudiera haber negociado mi rescate, por no la dejar aquí solano he querido tratar de él, ni de dar cuenta a mi mujer y parientes de la desdicha en que estoy, temeroso de que ellos le procuren. Veis aquí todas las razones de mi llanto: este es el principio de mis penas, este es el proceso de mis males, y lo que pudierais ayudar a sentir como pensasteis, si no os esperaran lástimas vuestras de que poder lastimaros, miserias de que poder afligiros y rigores en que poder emplearos por la pérdida de la amada libertad, de cuya parte os aseguro una muerte tan larga entre cadenas que os pese de no haber tenido el mismo sepulcro que ya piadosamente oculta vuestros dichosos compañeros».

Hasta aquí estuvo escuchando Feniso los pesares ajenos, y desde este punto comenzó a temer los propios; mas, cuando el valor no desmaya, no hay mal tan grande que lo parezca, ni riesgo tan preciso que lo sea; y así, después de haber dado a la suspensión no corto espacio y a la industria largamente el ingenio, le dijo estas razones: «Una cosa, oh noble Fadrique, intento pedir por el interés de las nuevas del mío y vuestro remedio; y para obligaros con más fuerza a que ayudéis mi intento, no me parece fuera de propósito el daros noticia de don Luis, que es el hijo que vos afirmáis no haber conocido, a quien yo no solamente conocí, sino que tuve por íntimo

²⁷⁹ La oración parece decir que el «ladrón» de Fadrique y María viste a esta de pobres «paños» para que el rey, conmovido, aumente el precio.

familiar y amigo, y a quien habrá poco más de dos años dejé en Valencia en casa de un amigo nuestro, cuyo nombre es Leonardo, donde acabé de saber la ignorancia de sus principios con todas esas señas, las cuales le dejó un labrador que le encontró en la misma parte que referís, y dio un pequeño bolsillo en que estaba ese papel guardado, ya fidelísimo testigo de la verdad de este suceso». Lágrimas había derramado el buen Fadrique, y ya arroyos sus ojos con presunción de ríos las derramaban abundantemente; efectos, aunque al parecer indistintos, nacidos de opuestas y diferentes causas, pues estos eran señales del alegría de su alma, y aquellos presagios de los dolores de su pecho. Quiso certificarse más de esta verdad, y halló en Feniso señas tan manifiestas por lo que de don Luis había sabido, que no pudo dudar en darle crédito; antes, reiterando el noble viejo su alegre llanto, decía muchas veces: «¿Es posible que se cansó mi estrella de tener en obscuras tinieblas mi sentido? Llámese desdichado el que lo cree, téngase por infeliz el que lo piensa, que si algunos lo son dando entrada a los desastres por la puerta de no se presumir dichosos, yo no lo pienso ser, aunque vivo entre cadenas, pues llego a oír nuevas tan alegres y a tener tan increíbles contentos. Ya, supuesto que os quedo tan deudor, oh noble amigo, no permito que llaméis paga a cuanto pudiere hacer en vuestro servicio, sino muestra de lo que os estoy obligado: así que podréis disponer de mí hasta perder la vida, satisfecho de que vuestra cordura atenderá a lo poco que un esclavo puede para vuestro regalo ofreceros». «No penséis – respondió Feniso– que la estimo tan poco que la pondré en fácil ocasión de perderse, ni peligroso punto de aventurarse; antes, con la industria que tengo imaginada, mejoro vuestra suerte, me facilito para vuestro provecho y me dispongo al aumento y mejoras de vuestro estado. La lengua árábica, que yo sé excelentemente por habérmela enseñado un esclavo de mi padre (parece que mirando esta futura necesidad) y los dineros que con mi persona se salvaron de la pasada tormenta, me incitan a que, si favorecéis mi imaginación, consiga el fin de veros y verme libre del cautiverio, angustias y tormentos que a vos os oprimen, y a mi libertad amenazan. De suerte que, si fuese posible hallar algún traje o vestido turco, pues la disposición robusta mía no me desacredita, podré mudar por el que traigo el bárbaro vestido que trujéredes, que, pues Dios conoce los interiores pensamientos y juzga por lo que ve del pecho, no se ofenderá con la mudanza del hábito,

particularmente dirigiéndose a tan lícito y permitido fin como es la conservación de la libertad, y aun será posible de la vida. Diré que soy un turco forastero cuya familia queda en Fez, y podré a título de hombre poderoso compraros al que hoy es vuestro dueño, hasta que el cielo disponga las cosas de otro modo». «No es posible –dijo a este punto Fadrique– que haya sido vuestra venida y vuestra traza solamente humana, sino disposición del omnipotente y piadoso Dios, que sabe sacar de las espinas flores, y de los naufragios cumplimientos de su voluntad, haciendo tal vez las entrañas de un pez aposento²⁸⁰, y ahora las mudables olas ciertos ministros de sus inescrutables secretos, así que en nada hallaréis duda de mi parte, antes por la vuestra pienso tener medio para lo que después, cuando el tiempo nos dé lugar, podré deciros. Sola una dificultad pudiera haber en lo que pensáis, y fuera, al sacar los vestidos, ser reconocido de las guardas que hay en todas las puertas de esta ciudad; mas esa está ya vencida con ser yo conocido por esclavo del bajá²⁸¹, que es la persona segunda después del rey, y ahora toda su privanza, por cuyo respeto de todas las guardas somos estimados y de nadie reconocidos; en particular hoy, que celebra mi señor el día de su nacimiento y son las libertades mayores, así para que cada uno descansa de los continuos trabajos del cautiverio, lo cual es causa de que me hayáis hallado en este lugar tan apartado y tan solo, como para que nadie se admire de la novedad de verme salir cargado, cuanto más que yo lo sacaré de suerte que fácilmente quede creído con la disculpa que diere». Sacó con esto Feniso lo que le pareció bastante para el vestido y quedose escondido en el hueco de una peña mientras Fadrique volvía. Todo lo efectuó con singular diligencia y con español valor; llegó a la tarde donde Feniso esperaba, tan falto de aliento por la falta de comida con que en dos días no había pagado su feudo a la naturaleza, que, a no ir Fadrique prevenido de algunas frutas secas, fueran excusadas tantas diligencias en su remedio y tantas prevenciones de su industria²⁸². Satisfizo lo mejor que pudo a su desmayo, y envolvieron las galas que traía en un paño con que había venido cubierto lo que Fadrique había comprado. Traída pues la caja que

²⁸⁰ Alusión a Jonás (*Libro de Jonás*, 2,1).

²⁸¹ *bajá*: «Ce sont les conseillers d'Etat, Gouverneurs de provinces; Généraux d'armées: c'est la plus grande dignité qui soit dans l'Etat du Grand Seigneur, après celle de premier vizir » (Mas 1967: II, 458).

²⁸² Porque Feniso habría muerto.

Feniso dejó en la ribera del mar, la enterró, porque después no fuese vista de alguno, y se adornó de costoso almaizar²⁸³, hermoso turbante, y todo lo demás necesario. Ciñose últimamente un limpio alfanje, con que quedó en la exterior apariencia tan conforme a lo que deseaban que llegó a dudar Fadrique si era el que poco antes había visto arrojado de los hombros del mar. Con este disfraz y estos intentos, al tiempo que el amante de Dafne²⁸⁴ niega sus rayos a los profundos valles, a las altas sierras y levantadas torres, se acercaron a las que aquella ciudad hacen juntamente ilustre, fuerte y hermosa. Había llegado al mismo tiempo un bajel de un mercader judío con abundancia de riquezas, como son granas²⁸⁵, terciopelos y alfombras de Tiro²⁸⁶, España y El Cairo, donde de ordinario tienen comunicación y correspondencia; y así, llegándose Feniso acaso a ellos, aunque no sin particular cuidado, pudo conseguir el que unos entendiesen que era forastero que había llegado en el bajel, y los del bajel que era de la ciudad, donde entró después sin que hubiese quien reparase en él. Llevaba por guía a Fadrique, el cual le buscó aquella misma noche casa en que vivir por su alquiler, bien a propósito de lo que después pensaba ejecutar, por haberle parecido Feniso hombre en quien se emulaban el valor y el ingenio, asilo dichoso donde se acogen cuantos no tienen esperanza de libertad. Acomodole por entonces de lo más necesario y más preciso, y después de domésticos adornos, en que no tuvo mucho trabajo ni mucha costa por ser la costumbre de aquella gente menos cuidadosa, y aun en esta parte no sé si más advertida, que en España, cuya superfluidad y desorden es ocasión de tan excesivos daños como se suelen seguir de dar fuerza con su riqueza a otras naciones²⁸⁷. Finalmente, Fadrique le dejó recogido por dar vuelta a su habitación, quedando trazado entre los dos que al siguiente día fuese Feniso a tratar con su dueño de su compra.

Solo quedó el noble caballero en su nueva posada, donde, aunque procuró dar lugar al necesario sueño para que en sus

²⁸³ *almaizar*: «Toca de gasa, que los moros usaban en la cabeza por gala. Era listada de colores y con rapacejos y fluecos que adornaban los extremos, para que, colgando estos de la cabeza, sirviessen de mayor adorno y gala» (AUT).

²⁸⁴ Apolo, es decir, el Sol.

²⁸⁵ *granas*: «Paño mui fino de color purpúreo» (AUT).

²⁸⁶ Antigua ciudad fenicia, en el actual Líbano, famosa por la púrpura. Se trata, entonces, de preciados tejidos orientales.

²⁸⁷ El pasaje recoge la polémica suntuaria que recorre la Europa del Antiguo Régimen.

brazos tuviesen dulce descanso los sentidos, no pudo en grande rato conseguirlo, desvelado en lo que debía intentar para no ser descubierto, trayendo algunas veces a la memoria, entre los discursos de su vida, los desgraciados sucesos de Fadrique, y en particular el sentimiento que tendría por haberle quitado su hija, y el tenerla el rey en su casa con fin de hacerla su esposa, obligado de su hermosura. Infería de aquí cuánta debía de ser²⁸⁸, y aun le parecía que sin duda había quedado corto Fadrique en sus alabanzas cuando parecían sus encarecimientos imposibles. Últimamente, la resulta de estos desvelos fue un deseo curioso de verla, supuesto que fuese dificultoso hablarla. Pasó con esto la ocasionadora de la quietud y madre del silencio, obscura y tenebrosa noche; y a otro día, informado de la casa del dueño de Fadrique, se fue a ella, y después de haber preguntado por él con singular cortesía y llegado a su presencia, mirándole atentamente al rostro, reparó en que él también le miraba con cuidado, y conoció que era Mahomet, el esclavo de su padre, a quien allí conocían por Mahomet Cerán, y veneraban por bajá y privado del rey. Mil veces le pesó a Feniso de haberlo intentado personalmente, pudiendo haber conseguido su intento por otros medios; mas, disimulando cuanto fue posible, temeroso de ser descubierto y conocido; propuso a lo que iba y lo que procuraba. Mahomet le preguntó quién era y cómo se llamaba, atribuyendo esta pregunta al parecerle forastero, y siendo malicia, por haberle ya conocido, porque, aunque Feniso estaba oculto en aquel traje para quien no le hubiese visto en el natural suyo, no para quien tantas veces le había mirado, tantas comunicado, y aun tantas tenido en sus serviles brazos el tiempo que fue esclavo de su padre, y él de tierna y simple edad. Comenzó Feniso con la novedad de la pregunta a detenerse confuso, que advertido de Mahomet²⁸⁹, le hizo sentar en su mismo estrado, favor que no acostumbraba hacer a todos; a quien ya más alentado respondió en su africana lengua que era un turco ilustremente nacido en Fez, que había venido huyendo si no de temor de la muerte que dos hermanos suyos le procuraban, de la que él pudiera darles a ellos, satisfecho de su malvada intención, y ayudado de su valor y su poder y, últimamente, que su nombre era Celín. Atento había estado Mahomet a este engaño, a la cordura de la traza, al disimulo de la prosapia, y a la apariencia de las razones, cuando,

²⁸⁸ Entiéndase «su hermosura».

²⁸⁹ Estructura sintáctica latina: *qua re animadversa*.

llegándose más cerca, le dijo: «Excusado será, oh Feniso amigo, guardaros de mí, sabiendo que lo puedo ser de importancia: no dilatéis con el disfraz de vuestra persona el alegría que tengo con vuestra vista y el contento que tendré en corresponder a lo mucho que a vos y vuestro padre y mi señor le debo». A esto se siguió el echarle los brazos al cuello, dando indicios del interior placer que sentía. Feniso, pues que vio en las acciones exteriores que el regocijo era verdadero, extendiendo los suyos, pagó el afecto de Mahomet con nuevas y apretadas muestras de amistad. Todos los que estaban presentes, ignorantes del suceso, se admiraron, viendo tan humana correspondencia en quien siempre estaban acostumbrados a ver severo rostro y temido aspecto. Mandoles Mahomet que se saliesen fuera, y quedando con Feniso solo, después de varios encarecimientos de su alegría, dio indicios de que la tendría cumplida en saber el principio, medios y fin de la novedad que vía dudoso, y dudaba cierto, si puede haber dudas en la misma certidumbre; a quien, obligado de sus preguntas, pagó el noble Feniso con un resumido y fiel discurso de su vida desde el punto que salió de Toledo, dejándole a un tiempo admirado, satisfecho y confuso. Prometiole Mahomet su amparo, todo el que estuviese en aquella ciudad y comodidad para que volviese a España en la primera ocasión que hubiese. Porfióle que se quedase y hospedase en su casa, a que no quiso persuadirse, pareciéndole que sería inconveniente para efectuar la nueva intención que tenía; mas, después de haberle obligado a que comiese en ella y rogado que aguardase por entonces hasta que volviese de una visita que un principal caballero venía a hacerle, se salió a otro cuarto que la espaciosa morada tenía. Quedó Feniso a su parecer solo, aunque no tanto que brevemente no oyese suspiros de un lastimado pecho, que sin poder ocultarlos los despedía para aliviarse de tanto sentimiento. Había en la sala una pequeña puerta, lugar de donde las quejas se oían; llegose a ella, y por el hueco de la cerradura vio que era una hermosa y ricamente adornada mujer, mora en traje y en el semblante triste, que, sabiendo que Mahomet se había ausentado, hizo abrir la referida puerta y salió adonde nuestro caballero asistía, y adonde, haciendo una reverencia, a quien fue correspondida con una honesta y grave cortesía²⁹⁰, en español idioma y elocuente lengua, dijo:

²⁹⁰ *cortesía*: «Acción u demostración atenta, con que se manifiesta el agrado, afecto, benevolencia y obsequio que se debe al igual o superior». Aquí el término ha de entenderse como una reverencia que hace el protagonista.

«Suspensa me ha tenido vuestra historia y triste parte de ella, en que hicisteis memoria de Leonardo, ilustre y valenciano caballero, pues disteis materia a mi pensamiento para que discurriese en mis desdichas, y a mi razón en los yerros a que me ha traído mi imprudencia, todo lo cual ha sido causa de increíble sentimiento. Yo soy –prosiguió– la desdichada Eufemia, o, por mejor decir, la ignorante, que no hay desdicha que iguale a la ignorancia, causa de los pesares de Leonardo, mi hermano, por atender más a mis gustos que a las obligaciones en que me pusieron su calidad, su honor, y mi nobleza. No quiero, oh noble Feniso (que este he entendido ser vuestro verdadero nombre) que tengan disculpa mis yerros, aunque sean amorosos, que no es bastante amor a disculpar yerros tan grandes. Solo pienso hacer os relación breve de mis sucesos, mientras Mahomet está ausente, para que veáis a cuántos daños se expone quien no atiende a inconvenientes, y cuántos males se originan del primero, y para que, a costa de mi vergüenza, tengáis entera noticia de mi vida, por amigo de Leonardo y, en fin, para que yo consiga el tener con quien comunicar los secretos del pecho, pues, siendo bienes, serán mayores, y, en llegando a ser males, será su grandeza menos; cosa a que me anima el ver vuestra capacidad, obligándoos a vos a guardarlos vuestra cordura.

Tuve singularísimo amor –añadió– a un caballero, cosa de que ya advierto tenéis noticia por la relación de mi hermano, según he oído en parte de la vuestra, y cosa que afirman bien mis atrevimientos, que como efectos suyos publican la grandeza de la causa. Partime con él, porque conocí que era su gusto, a Madrid, donde me llegó a hacer mujer común más que su necesidad su venganza, queriendo tomarla de esta suerte de mi hermano. Partímonos por temor de su honrado acero, que fieramente amenazaba nuestras vidas, a Zaragoza, donde algunos meses estuvimos, siendo yo tan celebrada por hermosa como visitada de la juventud de aquella ciudad por deshonesta. Tuvo don Pedro (que como vos también sabéis este era de su enemigo y mi dueño el nombre) estrecha amistad con otro mancebo, cuyas prendas eran suficientes para ser querido y estimado de una señora nobilísima, excelente en el ingenio y aventajada al ingenio en la hermosura. Y, por último encarecimiento de sus excelencias, baste el que yo, siendo mujer, la alabo, y, siendo principio de mis daños, la engrandezco. Dio Alejandro, que así se llamaba el galán y discreto

caballero, a su nuevo amigo don Pedro parte de los secretos de su alma y del fuego de su pecho, y digo con propiedad que le dio parte de su fuego, pues le encendió con ella en el amor de Nise, creciendo cada día más en su presencia. No se atrevía el vil don Pedro a explicar su pensamiento infame, porque no se supiese el trato alevoso con que a la amistad de Alejandro ofendía; y para evitar este inconveniente comenzó en todas las ocasiones que se ofrecían a decirle singulares bienes y comunicarle gracias ocultas mías, para que, llevado de la curiosidad y incitado de mis alabanzas, perdiese a su amistad el decoro, y a mí, que como a prenda de don Pedro me veneraba, tratase con deshonestos brazos, pues de aquí sacaría enojos para no continuar su amistad, fundamento para procurar otro tanto en los de Nise, y disculpas para los que conociesen su proceder injusto. En resolución, él lo supo disponer de tal suerte que tuvo efecto su imaginación, pues me galanteó Alejandro; él lo supo, se mostró enojado, y pretendió a Nise, en quien halló fácil entrada, porque a ninguna de nosotras le pesa de ser querida, y no pesarnos de la cosa es ya tener principios de quererla. Descuidábase Alejandro en acudir con la asistencia que solía por hurtar a su amor los ratos que conmigo pasaba; y al fin, esto y la novedad, que es más que todo agradable, mudaron la voluntad de Nise de la casa y pecho de Alejandro a la de don Pedro, de donde colijo que ya no tiene el amor casa propia, antes vive por su alquiler donde más comodidad le hacen, y así se muda a todas fácilmente. Su padre de Alejandro, viendo las faltas que hacía de su mesa²⁹¹ y el desasosiego con que vivía, informado de que yo tenía la culpa, dando cuenta a la justicia, me quitó de Zaragoza la asistencia, enviándome desterrada de ella. Dile luego a don Pedro noticia de este caso y, como era lo menos que su amor había menester, mostró no poco pesar de haber de ausentarse y, sin atender a mis excusas, dando indicios de que ya se cansaba de mi inquieto proceder y mis insufribles costumbres, añadió que no pensaba salir de Zaragoza. Yo, que vía la novedad de sus razones, el cansancio de su gusto y la resolución de su ánimo, advertí que procedía esta determinación de mayor causa, y así, haciendo lince al cuidado²⁹², centinela a mis celos y pesquisidor a mi desvelo, hallé, inquirí, y supe cuánto hasta ahora he referido. No por eso

²⁹¹ Porque el sufrimiento amoroso quita el apetito.

²⁹² O sea «extremando el cuidado». La referencia a la agudeza de la vista del lince es tópica en la literatura áurea.

dejé de continuar con mi propósito, atrayéndole con regalos y caricias a que no me dejase, representándole tantas obligaciones como me tenía, y aun tal vez amenazando su vida si no me acompañaba. Con estos medios pude tanto que le reduje a mi parecer, aunque con intención de acabar con mi muerte su desasosiego, pagando injustamente las deudas de amor y honor que me debía. Caminaba disgustado, desviábase de mis ojos triste, advertíale algunos ratos pensativo y vía que en medio de la diversión, perdido el color, apretaba con el puño la daga, haciendo ensayos para saber representar mi tragedia. Habíamos llegado una tarde al mesón de un lugar que está en el camino que se dirige a Valencia. Pareciome tratar de poner remedio al daño que por puntos me amenazaba, y, habiendo estado en él dos días por fingirme indispuesta, entró Mahomet muy bizarro en el traje, por quien atendí y reparé en su disposición robusta y, sin saber que era infiel en la religión, obligada de mi necesidad, le dije mi pensamiento y el riesgo en que se vía mi vida a manos de quien tantas veces había sido su amparo y su defensa, encareciendo cuánto me importaría que desde lejos nos siguiese, para que, si como imaginaba, don Pedro intentase mi muerte, tuviese en la suya la paga de tan cruel intento²⁹³. Mahomet, que, como después me ha confesado, no le desagradó mi persona, obligado de su noble sangre, que, aunque ajena del verdadero camino no deja de tener heredado honor y valerosos respetos, prometió hacer por mí cuanto le mandaba. Alenteme con esta prevención, y cuando faltaban poco más de dos horas para que el sol pusiese aquel día límite a su curso, salimos del lugar para proseguir nuestro viaje, y llegamos con la noche a un espeso lugar de aquellos campos, donde naturaleza amontó copia de vitales, aunque insensibles, troncos²⁹⁴; y, encaminando por una estrecha senda que se dirigía a mayor espesura sus pasos, me dijo que le siguiese, pues por aquella parte atajaríamos mucho. Yo, que supuesto el conocimiento de su malicia entendí el equívoco de las razones y vi que el atajo consistía en el fin de mi vida, volví los ojos, y hallé que a largo trecho venía el que había de ser fuerte escudo contra el golpe de mi temida desdicha; y que, viendo que nos apartábamos del camino, apresuraba

²⁹³ El lector descubre por fin la causa del episodio protagonizado por Feniso en el segundo poema, cuando fue acusado injustamente de este delito y luego puesto en libertad gracias a las palabras del mesonero.

²⁹⁴ Según la concepción expresada por Aristóteles en el *De anima*, las plantas tienen solo el alma vegetativa.

velozmente sus pasos, dando indicios de que nos seguiría. No repliqué a don Pedro, y a breve rato disimuladamente me dijo que nos habíamos perdido, y que sería bien apearnos y pasar allí la noche, hasta que la luz del día nos diese desengaños del lugar por donde habíamos de ir. Hícelo de la suerte que dispuso, y, mientras él ataba las dos mulas a unos pequeños troncos, puse la ropa de modo que no nos hiciese daño la humedad de la tierra. Cuando lo vio todo así dispuesto, deseoso de asegurarme, se asentó y me rogó, con más que nunca engañoso y apacible rostro, hiciese a su imitación lo mismo. En esto como en todo le obedecí, y después de tenerme a su parecer segura, como mi temor tenía siempre puestos los ojos en el fatal instrumento que lo había de ser de mi fin, vi que con fiera y rabiosa furia le desnudaba de la vaina para vestirle de carmín en mi sangre, a cuyo movimiento comencé a dar en mis voces indicios de su traición, asiéndole del brazo y forcejando por impedirle su efeto. Salió a este punto el valiente Mahomet de unas matas en que había estado esperando el suceso, habiendo llegado en el tiempo que mi enemigo procuraba con mi seguridad la ejecución de su cruelísimo intento; y haciendo de un puñal corva guadaña, sustituyó a la muerte, y con dos golpes fue verdugo de su miserable vida. Al eco de las voces mías y a la novedad de las ansias tuyas, vimos que después llegaba un hombre, gentil en el aspecto y cuerdo en la detención, pues granjeó la vida en no seguirnos, a quien, por lo que oí en vuestros discursos, he conocido ser vos cuando menos lo esperaba. Tomamos las mulas en que hasta allí habíamos –yo y él muerto don Pedro– llegado, y caminamos hacia Tortosa, siempre ignorante yo de la ajena profesión que mi defensor tenía, y, por esta causa, con seguros propósitos de agradecerle en cuanto fuese posible tan superior beneficio. Antes de llegar a ella, a persuasión suya nos apartamos del camino, diciendo que le importaría que fuésemos a otro lugar pequeño. Creíle, y llevome a un pedazo de la costa del mar, que allí llaman el Col de Balaguer²⁹⁵, siendo unas calas donde se suelen esconder los moros para salir a hacer algunas presas; o ya fuese que él tenía aviso, o ya que los hubiese traído su fortuna, halló en una de ellas una galeota²⁹⁶ de cosarios. Debí de darles cuenta de su persona, pues, sin aguardar a más, trataron de volverse y traerme, aunque con violencia al principio, haciéndome después

²⁹⁵ Ensenada de la costa catalana que debe su nombre a la localidad que abriga.

²⁹⁶ *galeota*: «Galera menor, que consta de diez y seis o veinte remos por banda, y solo un hombre en cada uno» (AUT).

en el camino tantos regalos que, supuesta mi desdicha, pude quedar contenta, porque son bienes algunos males respeto de otros mayores. Contome, un día de los que gastamos en la navegación, su ilustre nacimiento, cómo había sido en la misma parte que halló la galeota cautivo, yendo a hacer una presa, y vendido a un caballero de Madrid que, viendo que no quería ser cristiano y hallándose obligado de sus servicios y últimamente de una muerte que por su causa había hecho, le había dado libertad, vestidos en traje español para que fuese desconocido (los cuales fueron también el fundamento de mi engaño) y dineros, con que llegó a aquella posada al tiempo que le pedí me librase de las más que fieras entrañas de aquel tirano. Lloré mi infelicidad, y consoleme con haber caído en las manos de un hombre apacible, a causa de haberse criado lo más de su vida en Castilla, y tan noble que ninguno puede decir que le aventaja. Entramos en esta ciudad, donde, conocido de su padre y estimado del rey, es hoy el depósito de toda su prianza, y yo el apoyo de su gusto, teniéndole tanto con el mío que jamás me ha procurado divertir²⁹⁷ de que sea fiel; antes diciendo que la ley²⁹⁸ que cada uno ha de profesar ha de ser voluntaria. Son tan grandes los regalos que me hace y la puntualidad con que me tiene servida que solamente siento la falta de mi patria, sin la cual todo parece menos gustoso, y aun es desagradable. En los favores que os ha hecho, conozco, oh noble Feniso, lo que os estima y el afecto que os tiene; y, en haberme tratado de vuestra persona y gracias muchas veces por hijo de su dueño, entiendo que aventurará por vos lo que no fuere su estimada vida, dándoos lugar para que deis la vuelta a España, adonde, si vuestro valor me lleva, no dude de que tendrá en agradecimientos míos y en la correspondencia de Leonardo, si no paga cumplida, remuneración competente».

Quisiera responder Feniso a sus razones, mas impidióle una criada, que, avisando a Eufemia de que su señor volvía, le hizo dilatar para mejor ocasión la respuesta. Entráronse ellas por la misma puerta que habían salido y, después de cerrada, le dejaron como antes solo, aunque ahora acompañado de algunas admiraciones y del conocimiento de los agresores de aquel delito que tantas penas inculpablemente le había costado y de cuyo conocimiento tanto deseo había tenido. Pidiendo cortésmente

²⁹⁷ *divertir*: «apartar».

²⁹⁸ *ley*: «religión».

perdón por haberle dejado solo tanto tiempo, llegó Mahomet a Feniso; mas él le aseguró de que era excusada satisfacción la que le daba, cuando no caía sobre yerro ni de inadvertencia ni de ignorancia, principalmente en quien tenía oficio público, donde no es yerro la descortesía por acudir a los negocios políticos, antes suele ser desacierto tenerla cuando por ella se deja de cumplir con las obligaciones que cada uno profesa. Estuvieron en estas y otras cosas gran rato entretenidos, porque dos que se ven después de muchos días de ausencia hacen breves las horas con la memoria de cosas pasadas; y, al cabo de ellas, les avisaron que estaba todo prevenido, y trujeron una comida a la costumbre de la tierra, espléndida y copiosa. ¿Quién no advertirá en estos sucesos la inconstancia de las cosas y la mutabilidad de la fortuna, diosa a quien veneró el gentil, a mi parecer con más injusta causa que a todos los demás pseudodioses suyos? Pues, cuanto más tiene de mudable que los demás, tiene menos de permanente, más de temporánea y corruptible, y consiguientemente menos razón por la cual ser venerada. Poco antes vimos al noble Feniso combatido de furiosos vientos, y ya camina en popa con el de tantos favores; primero arrojado del mar, ya recibido y hospedado de Mahomet; ayer que se temió desnudo, hoy de ricas telas vestido; ayer ultrajado del agua, hoy servido de la tierra; y, finalmente, ayer con presunciones de esclavo, y hoy con pensamientos de valido. Levantose la mesa y, dándole a Fadrique para que le sirviese, por decir que no quería por entonces más esclavos, se volvió a su posada Feniso, acompañado de mil bien nacidos deseos de ver a Leliadora, a quien llamaremos doña María, así por ser este su principal nombre como porque al oído es más agradable. Amaba en ella un milagro de naturaleza, un prodigio de hermosura, un sujeto no conocido y un imposible imaginado, siendo tanto mayor el amor que la tenía sin haberla visto, que tuviera después de conocida. ¡Cuánto es mayor la imaginación que la verdad! Y ¡cuánto son mayores las cosas en la idea que en la entidad natural! Mas, atendiendo a que las pasiones de amor, por lo que tienen de heridas que hacen su efeto en lo más interior y escondido del pecho, piden términos para su sanidad, de tal suerte que llegar a fin sin el medio o es imposible o dañoso, quiso la discreta providencia suya dar lugar al tiempo, y esperar ocasión, porque yo llamaré amante atrevido al que quisiere hacer ostentación de su amor en apresurarse sin tiempo, mas no me atreveré a darle renombre de

cuerto y advertido. Había en el cuarto de doña María, que como dije era en el real palacio, una pequeña ventana, por cuya rotura solía muchas veces divertir la vista a la ciudad. Esta caía a un corredor que la casa de Feniso tenía distante de ella cuanto era suficiente para conocer las personas, aunque tan lejos que no era posible la comunicación con palabras; mas, como el cuidado de Fadrique fuese indefectible, por tener librada su libertad y la de su hija en el valor de Feniso, con quien diversas veces haciendo testigos a la soledad y a la noche lo tenía comunicado, andaba siempre atento a ver si podría hablarla por donde otras veces le había dado noticia de su nacimiento, su patria y padres, declarándose él por natural y legítimo suyo, a quien ella reconocía por tal, que en casos de duda no hay mejor información que el pecho, ni más abonado testigo que la sangre. Muchas veces hubiera granjeado doña María la libertad de su padre, dándole atrevimiento para pedírsela los favores que Selín²⁹⁹ (que así se llamaba el rey de Argel) la hacía, y el grande amor que la mostraba, a no haberla impedido este fin el temor de perderle y quedar sola entre los infieles brazos del rey, a quien con todo extremo aborrecía, así porque el amor para ser perfeto ha de ser libre, como por ser diformes las estrellas, desiguales los lazos, distintas las leyes, y distantes los deseos.

Andaba, como dije, Fadrique, si hasta entonces cuidadoso, ya demasiado triste, viendo que en tantos días no había podido recrear el alma por los ojos con la presencia de doña María, ni con la de una esclava cristiana a quien ella tenía entregados sus más ocultos secretos. De todo daba cuenta a Feniso como a piadoso alivio de sus penas, fuertísimo refugio de sus males, y presente esperanza de sus dichas, el cual discretamente le advertía y ingeniosamente aconsejaba no desistiese del comenzado propósito, como quien tanto interés conseguiría en hablarla y verla. Con esto Fadrique continuaba su porfía y permanecía en su cuidado sin que en más de mes y medio pudiese haber tenido ni aun esperanza de cumplir su deseo; mas, al cabo de él, un día que estaba en el corredor de su casa dando digresiones al pensamiento y esmalte de líquido

²⁹⁹ El nombre parece remitir a dos sultanes del imperio otomano: Selín, o Selim I *el Terrible* (1465-1520) y Selim II (1524-1574). Al lector español de la época debería evocar sobre todo al segundo, que tomó Chipre en 1570 y fue derrotado por la armada de la Santa Liga en Lepanto el 7 de octubre del año siguiente.

aljófar³⁰⁰ a la plata de sus canas destilado por sus ancianos ojos, los levantó acaso, y vio que desde la pequeña ventana le hacían señas, con que mudamente extrañaban la novedad de verle en aquella parte. Conoció que eran doña María y su esclava, y, dando el golpe de la alegría en el alma, resurtió el eco en el rostro, quedando el que antes melancólico y triste súbitamente apacible y alegre. Explicó lo mejor que pudo la pena con que le tenía la falta de su vista, callando la causa de que le viesen en aquel lugar hasta otro día, para el cual remitió la respuesta con intento de que Feniso las viese. Cerraron con esto el proceso de su trabajosa conversación y las puertas de la hermosa ventana por no despertar en Selín, cuando visitase a doña María, cuidados de encerrarla, de suerte que fuese imposible ver y comunicar fácilmente a su padre. Vino luego Feniso, y oyó de la boca de Fadrique el dichoso suceso de haberla visto y la facilidad que él tendría en verla al día siguiente, donde pensaba decirla (para que no se guardase de él) que era don Luis su hermano, de quien ya ella tenía noticia, con todos los demás sucesos. No le pareció mal a nuestro amante caballero el modo con que se disponía su gusto y los medios con que se efetuaba su deseo; así le dijo que determinase lo que le pareciese más conveniente, pues para todo estaba dispuesto, hasta perder la vida, añadiendo después estas razones: «Todas las veces que un hombre se determina, amigo Fadrique, a emprender una cosa o dificultosa, o peligrosa, o grave, debe, para no errar los fines, prevenir en los principios todos los daños que son imaginables y posibles en el negocio que procura, y así será acertada prevención la que ahora hiciéremos para no errar en lo futuro. Fuerza es que pues, si como afirmáis, doña María vive con tanto recato, habiendo de verme en este traje piense que soy principal caballero turco, y consiguientemente que se oculte y tema no ser descubierta por mi parte, donde vos perderéis su vista, yo lo que en serviros granjeo, y ella lo que logra en comunicaros. Para obviar cuyo inconveniente me ha parecido que (pues por el conocimiento de la tierra os será fácil, y por esclavo de Mahomet nadie se atreverá a reconocer) traigáis alguno de los vestidos que en la caja escondimos cuando en vuestra presencia me mudé los que cubren y adornan mi persona, puesto que vestido de ellos podré adquirir con la admiración su

³⁰⁰ *aljófar*: «Especie de perla, que según Covarrubias se llaman así las que son menudas» (AUT). Es metáfora lexicalizada en la literatura áurea, para las lágrimas, la saliva y el sudor.

curiosidad, y en su curiosidad lugar y tiempo para poder afirmar que soy su hermano, y últimamente de parte suya seguridad para que continúe el vernos». Pareció a Fadrique la traza milagrosa, y, alabando la agudeza de su ingenio, apenas el aurora dio indicios de la venida de su resplandeciente hermano, cuando salió a traer los españoles vestidos, volviendo con tanta presteza que pareció o caminar sobre sus deseos, o que había llevado por alas los de Feniso, que, adornado de ellos y reducido a su primero traje, daba infinitas gracias al cielo por los beneficios que le hacía, ya excusándose de la confusión y profundidad de un elemento, y ya librándole del necesario cautiverio que le amenazaba en otro. Estaba muy bizarro Feniso porque, aunque los vestidos habían quedado ocultos en la tierra, el poco tiempo que habían estado y el quedar defendidos de la caja, no había dado lugar a que se desluciesen; principalmente habiéndolos dejado envueltos con el lienzo que habían ido escondidos el almaizar, el turbante, y todo lo demás que dijimos. Era el vestido pardo, guarnecido de oro, picado a escaramuza³⁰¹, y cogidas las picaduras con unos lazos bordados: por ellas salía el aforro, que era de un velo de plata, haciendo correspondencia a él todo lo demás del adorno. Llegose el tiempo señalado, y acudió Fadrique al lugar en que antes había hallado sus bienes, y con brevedad vio abrir la pequeña ventana y salir a ella con recelo y cuidado a doña María y su esclava. Cuando Fadrique advirtió ocasión tan oportuna, haciéndolas señas de que esperasen, fue a avisar a Feniso, que por un pequeño agujero que salía a la misma parte había estado mirando lo que pasaba, y viendo a la nueva causa de sus desvelos, en quien hallaba mentirosa su imaginación, culpándola de corta y reconociendo en doña María excesos de hermosura a cuanto había dibujado su fantasía con el pincel del pensamiento, salió con él adonde pudiese ser visto, cambiando en doña María, con la novedad del traje y gallardía de persona, tantas admiraciones como deseos de saber quién era el origen de todas. Entendido esto por Fadrique, comenzó a darla a entender con abrazos y otras señas que era su hermano; y si antes

³⁰¹ La palabra *escaramuza* no se halla en los repertorios con esta acepción; sin embargo, aparece en otros textos áureos, como en la siguiente descripción del *Guzmán de Alfarache* (I, II, cap. 8): «Calzón de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza y aforrado en tela de plata», que Rico (1967: 320, n. 5) explica de esta manera: «Había dos tipos de calzones: unos llegaban hasta el tobillo, y otros hasta la rodilla; largos y anchos debían de ser los de Guzmán, y por ello se moverían, al andar, como en escaramuza»

había quedado admirada la hermosa señora, entonces quedó suspensa y confusa. Trató Feniso de mostrar su afabilidad en el rostro, su cortesía en las acciones, y que no solo era hermano, sino esclavo y defensa suya. Fue pagado en el mismo contento que él mostraba, dándole la bienvenida y haciendo demostración de que le echaba los brazos. Había estado Beatriz (que así se había querido llamar la esclava para no ser conocida por su mismo nombre y apellido) atenta mirando a Feniso y pareciéndola que le había visto otras veces; y, al cabo de varias opresiones con que dispuso la memoria, acabó de conocer quién era; mas, advirtiéndole que no era ocasión de decirlo a su señora hasta tiempo más oportuno, esperó para ver el fin que a tan extrañas confusiones se seguiría. Hízoles señas de que se escondiesen, y que a la caída del sol acudiese Fadrique al mismo puesto; hizo también retraer a doña María y dejó a Feniso más amante con la privación de su vista, más dispuesto a emprender imposibles por hablarla, y más determinado a perder la vida o ponerla en libertad. Volvió a hacer su transformación para ir a visitar a Mahomet, con quien estuvo hasta que fue de noche, dejando a Fadrique encargada la puntualidad de acudir al plazo: púsose a esperar el noble viejo, y, cuando las sombras de la negra Tetis comenzaban a hacer mayores los montes y a difundir su oscuridad³⁰², vio que Beatriz abría la ventana y que, diciéndole que se apartase, daba en el lugar en que había estado una flecha que, despedida de un arco, traía por blanco clavado un papel en la punta; alzole, y aunque advirtió que el sobrescrito decía a él, no quiso abrirle hasta que Feniso viniese, para obligarle más. Esperole un rato, púsole en sus manos, y después de haberle pagado el porte en alegrías, abrió y leyó el referido pliego, que en lengua castellana decía:

«No os admiraré, padre y señor mío, que viva confusa en tan intrincado laberinto como se ofrece a mi imaginación y habéis propuesto a mi vista, habiendo entendido de vuestras señas que aquel ilustre mancebo que os acompañaba es mi desconocido hermano, pues parece imposible que a semejante lugar haya llegado

³⁰² *Tetis*: «Una de las divinidades primordiales de las teogonías helénicas [...] la morada de Tetis suele situarse en el extremo occidental, más allá del país de las Hespérides, en la región en donde cada atardecer el Sol termina su curso» (Grimal 2010). La imagen de los montes engrandecidos por sus sombras parece una variante del siguiente pasaje de las *Églogas* virgilianas (I, 82): «Et iam summa procul villarum culmina fumant | maioresque cadunt altis de montibus umbrae».

persona en aquel traje; y no digo esto porque pretendo me refiráis el modo de haber venido, pues será dificultoso, por la singular clausura con que este enemigo bárbaro me tiene, pareciéndole que dilatar su gusto procede de tener yo puesto el mío en otra parte, lo cual ha sido causa también de que en tantos días no os haya visto, ni pueda comunicaros por el lugar que otras veces. Lo que os pido es que me hagáis cierta si es verdad que es mi hermano, o fue engaño de mi imaginación el que me obligó a creerlo; y porque sé la dificultad que tendréis en que llegue a mis manos la respuesta, he buscado un medio con que oculta y secretamente pueda tener nuestra comunicación efeto, que, si inviar los papeles como ha ido este será bastante para que lleguen a vuestros ojos los míos, no para que tenga alegría mi vista con los vuestros, es finalmente la traza que Selín tiene algunos pájaros, los cuales están desde pequeños enseñados a venirse a la mano con una seña que les hacen. De ellos tengo ya uno; siendo el papel pequeño, podréis atársele donde no se impida con el embarazo su vuelo, y ponerle en parte donde oiga la seña que yo le hiciere para que así llegue a mis manos, fiel tercero de nuestros secretos, con advertencia de que, cuando yo hubiere de escribir, el mismo pájaro los llevará en el quieto silencio de la noche, pues poniendo una luz en parte que él la vea, y soltándole yo desde esta ventana, es cierto se irá a ella, industria que Beatriz dice haber visto en muchos cazadores de Castilla, de cuya verdad haremos primero en un papel blanco experiencia, evitando así el temor de mayores inconvenientes».

Acabó Feniso de leer y comenzó a esperar felicísimo fin a cuanto intentaba, viendo en doña María atrevimiento y en Beatriz ingenio, de quien luego conocieron ser la carta, porque doña María, aunque sabía la lengua castellana por habérsela enseñado Beatriz, no con tanta prontitud que pudiese escribir de aquella suerte. Alabó la invención de más nueva, más extraña, y más secreta de cuantas de humano ingenio habían sido permitidas a sus oídos en todo el discurso de su vida; ni es mucho que él se admirase cuando no hay quien no deba admirarse de lo que una mujer discurre para hacer fácil lo que le parece difícil cuando se ve inhabilitada de conseguir su gusto. Querría yo que se desengañasen cuantos tapien ventanas, cierran puertas y defienden paredes en este suceso, de que, si no tienen mujer que traiga la defensa en su recato, la clausura en sus ojos, el encerramiento en sus deseos, y por guarda su mismo honor, su modestia y su vergüenza, ni bastan

cerraduras ni son de importancia puertas, ni aseguran paredes, ni aun pueden defenderlas torreados muros; porque encerrarlas para que no se diviertan es recogerlas para que imaginen el modo que podrán tener para salir a hacer lastimosa tragedia de su honor.

Si alabó Feniso la traza, no le pesó de oírla, porque vía abrir camino a sus pensamientos; y así trató de escribir luego al punto en nombre de Fadrique para tener respondido a tiempo. Pasó aquella noche, y a la siguiente trujo una luz al corredor y púsose a esperar el suceso; mas, sin que se tardase mucho, vio llegar deslumbrado el veloz mensajero, y que traía atado con un delgado hilo un blanco papel: llegó a él, desatole el que traía, puso en su lugar el que tenía escrito y, quitando la luz, le dejó para que él entonces pudiese hacer con su vuelo su oficio. Entendido esto de arriba, hicieron la seña con que otras veces le llamaban para darle la comida; acudió obediente y recogido, vieron el papel que llevaba, que, abierto con singular alegría, confirmó Beatriz por la letra ser del mismo que ella tantas veces había hablado, visto y comunicado en su patria, Toledo. Viendo pues en doña María atención, leyó que decía de esta suerte:

«Correspondió la traza tanto a mi deseo que la presumo imposible en quien no tuviera tal agudeza de ingenio y en quien no procurara pagar con justo y filial amor el afecto paterno mío. Así que proseguiremos con este medio hasta que el cielo nos envíe otro más gustoso y más seguro. Yo le espero del valor de vuestro hermano; de que lo es no puede haber duda, ni que le ha traído a esta tierra más nuestra fortuna que su desdicha. Él está dispuesto a emprender cuanto a nuestros aumentos se ordenare, aunque pierda la vida. ¡Ved si es digno de estimación aqueste intento! De los míos avisaré a otro pliego, supuesto que ya no será dificultoso; y porque (si acaso alguna vez no llegare nuestra invención a efeto por defetos del mensajero) no se malogren nuestras esperanzas y se descubran secretos que pueden costar tantas vidas, convengamos, cuando me escribáis y yo os responda, en que por cada letra pongamos la que en el A B C se le sigue; de suerte que por la A se escriba B, y por la B, C, y así en las demás, hasta que por la Z se pongan dos AA³⁰³, en tal forma que para decir *yo os adoro*, se escriba así: *z.p.*

³⁰³ La escritura cifrada de Feniso recuerda el sistema de siglas empleado por los tipógrafos de la imprenta manual para clasificar los pliegos de los libros. Era convencional, en efecto, el uso de AA para el pliego que seguía al marcado con Z (cf. Baldacchini 2002: 130).

p.t. b.e.p.s.p., lo cual, si os diere disgusto, podréis dejar de hacer, cierta de que yo lo haré siempre, porque sé lo que me importa y lo que importará el secreto».

Pusieron estas últimas palabras fin al papel, quedando doña María algo triste, porque en él se le afirmaba con certidumbre que era su hermano, cosa que ella no quisiera, por haberle parecido Feniso digno de su amor y verse imposibilitada de tan cercano parentesco. No se ocultaba a Beatriz su nuevo pensamiento, por haberle hecho repetir dos veces aquel período en que su padre afirmaba que era su hermano, no habiendo querido oír lo demás con gusto. Apretola en que la declarase la causa del pesar que mostraba, y así doña María la respondió: «Quejaráse de mí con justa razón nuestra amistad si el pecho, que entre los amigos debe ser uno mismo, como tú ayer me decías, no te diera parte en su cuidado. O natural influencia de estrellas, o el haber mirado a aquel caballero con afecto de hermana o, lo que más cierto es, su gala, su disposición y su bizarro talle, han causado en mi alma un cuidado que no había sentido, un desasosiego que había ignorado, un desvelo que no conocía, una pasión que no me había inquietado, y un pesar de haber entendido que es mi hermano, en que te he dicho bastantemente que un nuevo amor, que por instantes se aumenta». Atenta estuvo la ingeniosa esclava a las acciones, al sentimiento, y a la verdad con que doña María decía semejantes razones, pareciéndole ocasión conveniente para explicarle la verdad y esforzar por esta parte su amor para que creciese, y con él la osadía y determinación en cuyas basas tenía fundado el edificio de su libertad. Después de la suspensión necesaria para resolverse a darle indicios de lo que su pecho conocía y ocultaba, dando a la elocuente lengua cuerda licencia los cerrados labios, comenzó de esta suerte:

«Lo mismo que te obligó, señora mía, a hacer rica mi alma con la inestimable joya de tus ocultos secretos, no solo me obliga, sino que me fuerza a darte parte de los míos; paga con que pienso satisfacer a tantas deudas, no porque intente no quedar deudora, pues lo estaré mientras me durare la vida a los favores que de tu amistad recibo, sino porque así parezca cuánto te correspondo. Siempre he ocultado mi nombre, mi nobleza y mi patria por desviarme del común camino de cuantos se ven en desdichas, que es referir en lo poco que son mucho más de lo que fueron, con que hacen mentirosas ascendencias las tuyas y propias las riquezas

ajenas. He dicho que mi nombre es Beatriz, mi patria Aragón y mi nacimiento humilde, siendo verdad solamente en esta parte, que mi propio nombre es doña Leonor Velázquez y donde nací, de nobles padres, Toledo». A esto añadió todo aquel suceso y muerte de Félix, con las demás mentiras de su criada, y crueldad de don Juan, su hermano, como en el primer poema dejamos referido, prosiguiendo después: «Yo, que atendí en la muerte de aquella desdichada amante el haber padecido por fingir que era mi persona misma, y que don Juan la había muerto pensando que me mataba, le cobré tal odio y le aborrecí de manera que jamás quise volver a su compañía, y para conseguirlo me partí con una prima mía a Lérida, famosa ciudad que está puesta en la provincia de Cataluña, donde vi un caballero, a tiempo que, obligada de sus beneficios, no fue posible dejar de pagárselos con prendas del alma sin peligro de ser reputada por mujer desconocida y ingrata. El modo de verle, la ocasión de amarle, y la causa de venir a esta tierra y perderle, remito para tiempo más oportuno. Lo que agora pertenece a tu sosiego es saber que el caballero que hoy se disfraza con el nombre de don Luis es Feniso, a quien en mi patria comuniqué por íntimo amigo de don Juan; a sus padres conocí entonces, y a él he conocido agora desde el punto que se presentó en español traje a nuestros ojos. De donde infiero que es engaño de tu padre para que no extrañes su comunicación el decirte que es tu hermano, haciendo de sus intentos –de que alguna vez me ha dado cuenta, que es conseguir la tuya y su libertad– tercero al parentesco. Los medios por donde Feniso ha llegado a esta tierra, a su amistad, y la posesión de esta casa, en el traje que la primera vez le vimos, no es posible que yo los refiera, como persona a quien falta de ellos expresa noticia; mas de su valor, nobleza, cortesía, discreción, ingenio, correspondencia y gracias, puedo decirte con encarecimientos grandes y con verdad mucha increíbles grandezas, bien así como quien le vio mancebo y le comunicó varón crecido; de suerte que, si solamente era esta la causa de tu tristeza, ya será injusta; si esa tu melancolía, ya la harás imprudente; si ese tu disgusto, estará ya excusado; y, finalmente, por tristeza injusta, melancolía ignorante y excusado disgusto, será razón que tengas alegría grande, gloria apacible y increíble regocijo».³⁰⁴

³⁰⁴ En esta recapitulación ternaria de sustantivos y adjetivos se registra una sustitución del término B' («ignorante» por «imprudente») y el quiasmo en el último miembro. La fórmula es, entonces, AA'BB'CC'-AA'BD'C'C. En el final, se

«No sin causa justa, no sin superior disposición del cielo –respondió doña María– nuestra amistad ha sido tanta y mi inclinación a tus partes tan suma, y no en vano mi pensamiento dudó en el nuevo parentesco de Feniso, aunque, si he de confesarte la verdad, mayor le llevo a tener que había presumido, pues, si con el primero tuviera mi misma sangre, con este me tiene toda el alma, parte de mayor estimación en mi ser y de más importante calidad, si bien la quitan mucho de la gloria que tiene dudas de si corresponderá a mi amor el digno objeto de mi gusto». A cuyos temores respondió doña Leonor que no solamente se atrevía a asegurar su correspondencia, sino a mostrarle claramente que él se había ya declarado por su amante. Y para esto, volviendo a leer el papel, hizo que reparase en aquella parte donde, para poner ejemplo de la nueva traza de escribir, dijo: «Yo os adoro», añadiendo después estas palabras: «Lo cual podréis dejar de hacer si os diere disgusto, cierta de que yo lo haré siempre, porque sé lo que me importa».³⁰⁵ Equívoco en que claramente descubrió Feniso su cuidado, y en que explicó su nuevo amor. Creyó doña María fácilmente (porque se cree con facilidad lo que se desea), y rogó que tomase la pluma y respondiese con el nuevo modo que Feniso había propuesto, así porque para su padre estuviesen ocultos sus deseos, como porque echase de ver que le comenzaba a ser obediente. Hízolo así doña Leonor, explicando los accidentes de su señora y amiga, y dándole cuenta de quién era la secretaria, para que por hermana de su amigo don Juan se viese también obligado a favorecerla y ampararla en la ocasión que se ofreciese la libertad de todos. Últimamente se le enviaron como otras veces, callando siempre doña Leonor a su amiga el amor que Feniso había tenido a Laura por no saber en el estado que estaba y por no despertar en ella pesares, y con ellos estorbos al cumplimiento de sus intentos. Llegó el papel a manos de Feniso, y con tan apacibles nuevas quedó más alegre, más valeroso, más fuerte y más determinado que amor, si es hijo de Venus, también tiene a Marte por padre. No le pesó de que fuese doña Leonor la que estaba en compañía de su dueño, pues con esto se prometía mejor suceso en su

repite simétricamente la disposición adjetivo y sustantivo por tres veces, con términos que, aunque de modo impreciso, son antónimos de los anteriores: «alegría»: «tristeza»; «melancolía»: «gloria»; «disgusto»: «regocijo»: A”B”C”.

³⁰⁵ Como se ve, el mensaje citado ahora difiere un poco del que había leído por primera vez Beatriz.

amor y en negocio tan arduo como pensaba emprender, teniendo en su ingenio (cuya agudeza había en Toledo conocido) notable ayuda, y siendo también la posesión de su libertad, si se disponía felizmente, parte que la obligase al perdón de la muerte de su hermano, en caso que se supiese que él había sido su homicida. En resolución, unos y otros continuaron sus papeles con las nuevas invenciones, diciendo siempre a Fadrique lo sustancial de ellos, en cuanto no pertenecía a sus amores; en uno de los cuales, para hacer ostentación de alguna de sus gracias (porque –diga lo que quisiere la ignorancia del vulgo– es gracia la poesía) escribió aquestas décimas:

No sé si le llame amor³⁰⁶
a esto que mi pecho alcanza,
que amor, y sin esperanza,
más me parece rigor:
el imposible mayor
no consiste en ser mi empleo
indigno de este trofeo,
porque el mayor imposible
advierdo en no ser posible
todo cuanto yo deseo.

Vuestra beldad me asegura
de que con razón me empeño;
de mi pecho os hacen dueño
deseos de mi ventura;
vuestro ingenio me procura
quitar vida y libertad;
mas en la seguridad
con que mis afectos nacen
deshace el temor cuanto hacen
deseo, ingenio y beldad³⁰⁷.

Cuando arrojarme pretendo
a entregaros toda el alma,
teme el pensamiento calma,

³⁰⁶ La décima recuerda el *incipit* del *Caballero de Olmedo* (del que comparte también la estructura estrófica), a partir de la invocación de don Alonso del primer verso: «Amor, no te llame amor | el que no te corresponde» y la rima «amor»/«rigor» de los vv. 1-4.

³⁰⁷ Recapitulación de tres elementos dispersados en la décima, con inversión de su orden: «beldad», «deseos», «ingenio» > «deseo», «ingenio», «beldad».

y cuerdo me reprehendo:
ni me ignoro, ni me entiendo,
yo me aliento y me corrijo,
y entre daño tan prolijo
se viene el pecho a quedar
sin saber si fue pesar
o si tiene regocijo.

Tal vez contra mí porfío,
y aumento más su violencia,
porque con la resistencia
cobra amor –que es fuego– brío.
Si en el olvido me fío,
miro pesares más fieros;
si me retiro de veros,
que llego a ofenderos miro.
Yo me llego y me retiro:
¡ved si he llegado a quererlos!

Pero viendo que se esfuerza
con el vuestro mi valor,
pierde mi pecho el temor
y cobra mi aliento fuerza;
ya es imposible que tuerza
mi grande amor, y así infiero,
cuando miro mi mal fiero
entre afectos encontrados,
que en dos opuestos cuidados
dos imposibles espero.

La novedad de este género de ciencia, por no haber llegado jamás a la noticia de doña María, la dulzura de los versos y los afectos que son en ellos más vivos, iban dando nuevas y mayores fuerzas a su amor. Túvolas Feniso de lo mucho que habían sido estimados aquellos hijos de su ingenio, y fueron tantos los agradecimientos que le dieron, que se vio obligado a continuarlos, y así, porque fuese más agradable la variedad, el siguiente contenía este epigrama al imposible de llegar a poseer su hermosura:

Píntame en vos amor un imposible,
y con ser imposible le deseo,
que no fuera estimable mi trofeo
a no faltarle tanto de posible;

cuando el daño es más fuerte y más terrible,
con más aliento y más valor peleo,
que a más daño con más amor me veo,
y hacerme tanto amor puede invencible.

Cuanto la empresa es más dificultosa
y de imposible tengo desengaño,
espera y vive el alma más gloriosa;
que si el amor ha de vencer al daño,
siendo el daño el mayor, es cierta cosa
que mi amor ha de ser el más extraño.

Si el primero tuvo alabanzas y agradecimientos, este papel tuvo correspondencia debida en varias exageraciones y seguridades de la verdad con que era su amor correspondido, y al cabo de ellas venían a parte estas razones:

«Dos años ha que dilato al rey el casamiento –como si pudiera haberle sin la voluntad de los dos– en que quiere recibirme por esposa; y últimamente me ha limitado el plazo por un mes que hay desde aquí al día que estos bárbaros celebran el nacimiento de su falso profeta, donde, sin que sea posible otro medio, o me habéis de ganar poniéndome en libertad, o perder totalmente, si no es que antes de llegar a sus brazos me determine yo a perder a mis propias manos esta desdichada vida».

Dio cuenta Feniso al noble Fadrique de esta novedad, y pasaron aquella noche en un abismo de confusiones: desveláronse imaginando trazas, buscando modos, previniendo discursos, y hallando en cada uno mil dificultades, mil inconvenientes y infinitos imposibles; finalmente el cuidado que los oprimía no permitió que se dejase de determinar algún medio, aunque fuese peligroso y difícil; así que, supuesta la pérdida que les amenazaba y que cualquiera que tomasen no había de ser fácil, por el recato con que Selín las guardaba y tenía, se dispusieron a minar por debajo de tierra el palacio, y sacarlas en ocasión que, prevenidos de algún bajel o galeota, pudiesen pasarse a España. Ayudaba a este pensamiento el estar la casa de Feniso –como dijimos– cerca de la real familia, y el afirmar Fadrique que sería este el más eficaz y seguro remedio, y que para él, no obstante que le vía cubierto de canas, no le faltaría valor ni fuerza cavando con instrumentos, que traería todo lo que fuese necesario, pues las canas no tanto le habían salido por la multitud de los años cuanto por la abundancia de trabajos que

había padecido. Con esto se acabó de determinar Feniso y escribió la resolución de lo que intentaban a doña María, previniéndola de que se anticipase a pedir un cuarto bajo que el palacio tenía, para que, tomando la medida, con un cordel supiesen a qué distancia estaba su sala, y porque no se abriese por otra parte la boca de la mina, impidiendo con este yerro todo el felice fin de sus intentos. Hicieron, como otras veces, correo de pluma al veloz pajarillo, y visto por doña María cuánto importaba la brevedad, pidió luego al rey el cuarto que a doña Leonor le pareció más a propósito, concediéndosele con el gusto que suele dar quien desea que le pidan.

Fadrique y Feniso a este tiempo, entre el mudo silencio de la noche, prevenidos de instrumentos, rompían las duras entrañas de la tierra, si bien a no mucha distancia hallaron un hueco que profundamente obscuro se dilatava a la misma parte que en ellos se dirigía su deseo. Advertidos de esto, y acompañados de una clara y resplandeciente luz, entraron dentro, y vieron una espaciosa mina, que artificialmente labrada daba indicios del cuidado de su autor. Pasaron adelante, y hallaron en el cimiento que al palacio correspondía un imposible para sus intentos en una incontrastable fortaleza; ni por esto desistieron de mirar si habría algún remedio contra aquel inconveniente, antes les sirvió de que atendiesen con mayor cuidado, y hallasen un pequeño postigo que, aunque cubierto con duras planchas de deslucido hierro, la diferencia de sus labores le hacían juntamente fuerte, hermoso e invencible. Vía Feniso en estas dificultades tantos estorbos a su pensamiento que, a tener menos valor, o no estar tan rendido a las hermosas prendas de su dueño, desistiera del comenzado propósito; mas, alentado de su amor, esforzado de su ánimo, persuadido de Fadrique, y avergonzado de su misma flaqueza, que aun sin haberla explicado daba a su noble sangre en sí mismo vergüenza, determinó traer a otra noche limas con que romper las fuertes cerraduras. Volviéronse a descansar lo que de la noche faltaba, y al principio de la siguiente tuvieron un papel en que les avisaban de la distancia que había, a qué parte se había de dirigir la mina, y adónde se podría abrir la boca de ella, que era un aposento donde doña Leonor habitaba, por cuanto el de doña María estaba más desviado y menos a propósito para el fin que pretendían. Alentáronse con estas nuevas, y acudieron cuando les pareció conveniente a romper el mayor estorbo que a su traza se oponía

en aquella puerta. Consiguieronlo después del inmenso trabajo de limar cuatro pestillos que a todas partes tenía, abrieronla hacia sí, y hallaron que de la otra parte la ocultaba un pequeño y delgado tabique: no tuvieron mucha dificultad en romperle, y entrando por él vieron que se proseguía el espacioso hueco a dos partes opuestas. Siguieron la que les pareció a su propósito, y después miraron la otra sin que en todas ellas hallasen rastro del lugar por donde se entraba a aquella tenebrosa y escondida cueva. Esto les admiró no poco, y les aseguró mucho, pareciéndoles que, supuesto que no había por dónde entrar a ella, la habría hecho alguno de los reyes de la ciudad, temeroso de que le desposeyesen del reino, cosa muy posible en los inhumanos y bárbaros pechos de gente a quien solamente gobierna la avaricia, ambición y tiranía, y que ya estaría perdida la memoria de ella, pues la antigüedad de la labor parecía de no pocos años. Llevaron la medida que les habían enviado, y, multiplicándola tantas veces como les habían escrito, hallaron que a la misma parte donde uno de los brazos de la mina se extendía, estaba el cuarto de doña María y aposento de doña Leonor distancia de veinticuatro pies de largo. Hicieron relación de todo esto por el siguiente papel, y tuvieron por respuesta que podrían romperlos sin riesgo alguno porque del hueco que decían no había noticia, y por ser lo que faltaba interior y desviada parte de un zaguán que había en el palacio. Lo que se alegraron Feniso y Fadrique con este aviso pasará en silencio la pluma, porque no hay quién explique tan bien cosas grandes como el silencio, cuya lengua engrandece callando, y calla tal vez porque ignora el lugar por dónde empieza. Rompiendo iban secretamente la dura tierra, quitando en ella los estorbos de su fin, y disponiendo la consecución de él a tiempo que ya solos faltaban diez días para que doña María se imposibilitase de ver en sus brazos a Feniso, haciendo dueño de ellos a Selín. Tomaron a este mismo tiempo la medida para ver qué tanto le faltaba, y hallaron que estaban ya en el término de ella, habiendo ido siempre en lo que rompían subiendo hacia arriba el espacio de la mina, así porque fuese menos difícil el salir, como porque fuese más fácil el retirar la tierra que iban cavando y dividiendo de la demás. Avisaron de esto a doña Leonor con el medio que otras veces, para que a media noche hiciese, clavando alguna cosa, señas en cuyos golpes sintiesen si habían llegado dichosamente; ni ellos en acudir, ni ella en hacer lo propuesto, se descuidaron a la siguiente, y hallando en su certidumbre premisas

de su buen suceso, rompieron lo que faltaba, que era muy poco, y salieron a ser recibidos de los amigables brazos de la amorosa y apacible doña Leonor, remitiendo para otra noche el que estuviese allí doña María. Ellos, por no malograr gustos de muchos años por la brevedad de aquel, se recogieron, y ella puso encima de la profunda boca una tabla, que después cubrió con una turquesca alfombra. Supo a la mañana la hermosa doña María todo lo que había pasado, y, después de haber reñido el no llamarla entonces y tenido desengaño de que no era bien desasosegar el cuarto a las horas que salieron, y que habían de volver a la siguiente ausencia del luminoso padre del día, tuvo en futuras alegrías mayores deseos de gozarlas, que el bien cuanto está más cerca se apetece más, así porque se conoce mejor, como porque se presume más fácil y posible.

Ni en este ni en los demás días faltaba Feniso de la casa de su amigo Mahomet, donde tenía tanto imperio como su mismo dueño, el cual, porque el tiempo que hubiese de estar en aquella ciudad le honrasen y tratasen con debido respecto, le había hecho *subaxi*³⁰⁸, que es lo mismo que alguacil mayor, con cuyo cargo era de la plebe temido, de los nobles estimado, y de todos, por las muestras que daba de su valor, venerado y querido. Llegó pues la deseada noche en que esperaba el premio de tantos peligros y paga de tan crecido amor en la correspondencia y brazos de doña María, que no con menos ansias le aguardaba, habiendo trocado para esto las ricas y espaciosas salas de su cuarto por el humilde aposento y habitación de doña Leonor. Hicieron la seña Feniso y Fadrique para que se conociese que habían llegado, y, quitando las tablas y alfombras, salieron, Fadrique a derramar sus continuas lágrimas de alegría y enriquecer el pecho de su hermosa hija con ellas, Feniso a ver lo que no creía por ser tan deseado, y ella a mirar lo que tanto deseaba sin haberlo creído. Hicieron a imitación de los corazones unión de los pechos, dulce aprieto de los brazos, blanda adulación de los sentidos, correspondiente silencio de las lenguas, igual alegría de los ojos, y dulce, blando, alegre y correspondiente nexo de las almas³⁰⁹. Fueron las razones que entre ellos pasaron

³⁰⁸ *subaxi*: capitán de justicia o gobernador (Mas 1967: II, 466).

³⁰⁹ Correlación diseminativo-recolectiva: se repiten los adjetivos de la serie según el esquema ABCDE-B'C'E'D' (falta A, por ser un sustantivo, «unión»). Se nota un cambio de género («blando» por «blanda») y de categoría gramatical («alegre» por «alegría»).

pocas, por no perder el tiempo en divertirse a lo que decían, y ocupar todo el discurso en la alegre comunicación, con que, siendo intérprete amor, se hablaban por los ojos. Parecieron, y aun fueron, breves las horas (que nunca son largas las que regula y mide el gusto); entró a limitar la razón lo que no quisiera la voluntad, y dividió la prudencia lazos que había unido el deseo, dejando determinada para dentro de tres días la secreta y dichosa huida de todos, en que ponía la amante y hermosa doña María tanta prisa que lo que no fuera determinación en los demás, viendo la que una mujer tenía, mereciera nombre de cortedad de ánimo, por no decir cobardía. Trazose que habían de salir vestidas de hombre en traje turco, y que se apercibiesen de vestidos para el asignado plazo, dejando a cuenta de Feniso el cuidado de lo demás.

Partiéronse los dos amantes: Feniso a su posada acompañado de Fadrique, y doña María a su cuarto servida de doña Leonor, disimulando en las visitas que el rey la hacía lo que tenía en el pecho, con tal artificio que nunca estuvo más seguro ni a su parecer más querido que entonces (porque no ha hecho Dios animal para un engaño como la mujer, ni tan sagaz ni tan advertido) quedando con esta novedad tan alegre que no negaba cosa que le fuese pedida. De donde infiero que para recibir mercedes de los príncipes no solo se requieren méritos, sino también disposición de parte de quien las hace. Habían en este tiempo llegado al puerto dos bajeles, a quien regían y gobernaban dos cosarios que, viviendo de lo que por la mar robaban, daban al rey su parte de todas las presas que hacían. Llamábase el uno Rustán y el otro Nasuf³¹⁰; al bajel de este eligió luego Feniso para medio de su huida y instrumento de su pretensión; y para esto, al tiempo que se quiso partir, le detuvo, y haciendo que dos moros, a quien obligó con dádivas, jurasen que había cometido el grave delito de ocultar parte de lo que robaba por no dar al rey la que le pertenecía, le metió en la cárcel y estorbó su viaje. Partiose luego Rustán, que era el arráez³¹¹ del otro bajel, como dijimos; y Feniso visitó el de Nasuf con intento de informarse de las armas que había, de la gente que le guardaba y de todo lo demás

³¹⁰ Nasuf es también el nombre de un personaje de *La desdicha por la honra* de Lope.

³¹¹ *arráez*: «Il désignait en Andalousie le capitain d'un navire ou le patron d'une embarcation. On le retrouve dans tous les textes du XVIIe siècle, non seulement appliqué aux Musulmans mais aussi aux Chrétiens» (Mas 1967: II, 457).

que fuese importante a su pensamiento. Llegose el deseado plazo, y con las sombras de la noche, en quien parece que se juntaron las obscuridades de muchas para encubrir más su intento, ocultar su riesgo y deshacer su peligro, fueron por su ordinario camino Feniso y Fadrique al cuarto de doña Leonor, donde, vestidas en el traje determinado y recogidas las joyas de más valor con que doña María se adornaba, que eran en todo correspondientes a sujeto que brevemente había de ser de un rey esposa, aguardaban su venida. Todos los cuales fueron bajando por la boca de la mina, Fadrique con una luz primero, luego doña Leonor, tras ella doña María, y últimamente Feniso. De esta manera iban cuando, sin que hubiesen caminado diez pasos, sintieron que se desmoronaba alguna tierra y que brevemente cayó a los pies de doña Leonor un hombre que en medio del golpe y estruendo, a un tiempo mató la luz que Fadrique llevaba y invocó el nombre de Jesús en su ayuda. Quiso Feniso pasar a hacer con su muerte más segura su huida, mas detúvole doña Leonor, diciendo que sin duda era cristiano cautivo, pues en sus peligros invocaba tan dulce y soberano nombre, el cual antes serviría de ayudarlos que de descubrirlos. Con estas razones, y decirle que se levantase y les siguiese, pasaron adelante con no pequeño trabajo por la obscuridad en que quedaron, si bien era imposible errar el paraje y posada de Feniso, adonde llegaron apenas, cuando, al tiempo de prevenirse de luz para ver quién era el cautivo que había caído por la mina, oyeron golpes a la puerta, tan presurosos que pusieron confusión a todos, siendo en unos temor lo que en otros era espanto. Valiose de su esfuerzo Feniso, y saliendo a ver quién llamaba con tanta priesa, conoció que era un esclavo de Mahomet, que le decía bajase al punto y le siguiese, porque la brevedad importaría a su señor la vida. No sabía el noble caballero qué hacerse: por una parte, quisiera acudir al riesgo de su bienhechor, y por otra no desistir de lo que tenía comenzado, por el inconveniente que habría en que a otro día se supiese la falta de doña María; mas, acabando con su ánimo el hacer lo uno y lo otro, sin detenerse un punto hizo que todos le siguiesen con intención de dejarlos en el bajel y volver a ver lo que Mahomet quería. Juntos caminaban todos cinco con este intento, cuando en medio del camino vieron que el mismo esclavo que antes había llamado a la puerta volvía diciendo a Feniso que apresurase el paso y acudiese presto al remedio de tan urgente peligro como amenazaba a Mahomet su señor. No pudo dejar de hacerlo, y así

todos los demás en su compañía llegaron al zaguán o portal de su casa donde le halló, y en breves cuanto secretas razones le dijo: «Ahora es tiempo, oh amigo Feniso, que paguéis mis buenas obras, y satisfagáis a lo que he deseado serviros. Yo, por causa de la que veis –y señaló a Eufemia que le acompañaba–, que es una cristiana cautiva a quien con extremo adoro (si se adora con extremo lo que se quiere sin límite) habiendo rogado a un moro tan principal que es primo del rey dejase la pretensión de su hermosura, y no lo habiendo conseguido con ruegos, esta noche que supe que, sin culpa de Eufemia, dándole lugar una criada, había entrado en mi casa, le he muerto incitado de mi enojo, y tengo escondido obligado del temor. Mi vida tendrá necesario fin en el instante que se supiere este caso, y que se sepa es forzoso en llegando el claro resplandor del día. En vuestras manos dejo el modo que podré tener de remediarme, pues a mí como a delincuente ha cerrado el sobresalto las puertas del discurso». Aquí llegaba Mahomet cuando preguntó Feniso si había traza de que Eufemia se vistiese de hombre; y habiendo respondido que sí, hizo que con brevedad se mudase y le siguiesen y, después de haber guardado en el pecho muchas riquezas, Mahomet, Eufemia y el esclavo (que había sabido todo el caso, y por esta causa llamado tan presurosamente a Feniso) se acercaron a una de las puertas que con tanto cuidado se guardan en aquella ciudad, y llamando a las guardas, prevenidos de que si los conocían, habiéndose para esto descubiertos solos Mahomet y Feniso, y visto por ellos que eran el bajá, a quien acompañaba el subaxi o alguacil mayor, y persuadidos a que iban a hacer una diligencia muy importante en servicio del rey por haber tenido aviso del lugar en que el arráz Nasuf tenía escondida grandísima cantidad de dinero, para lo cual llevaban a aquel cautivo que lo sabía, señalando al que dijimos haber impensadamente caído; y, últimamente, pareciéndoles todo esto verdad, por razón de estar Nasuf preso por aquel delito, y que, yendo personas de tanta importancia y crédito, no sería justo dudar lo que decían, les abrieron, y después de haber salido tornaron a cerrar, dando la seña que habían de hacer cuando volviesen para que los pudiesen abrir con seguridad. Mahomet, que se vio fuera de la ciudad, creyendo que sería estorbo a sus intentos que fuese tanta gente, dijo a Feniso que despidiese a los demás que le acompañaban, mas él le respondió que callase, y sin prevenirle de nada, pues estaba satisfecho de su persona,

le siguiese. Con esto y la presteza que requería el caso, y a que incitaba el peligro, llegaron al bajel, y llamando Feniso a los que le guardaban, como quien, por la causa referida, sabía sus nombres, y conocido de ellos, sin hacer resistencia permitieron que todos se fuesen embarcando, y, cogiendo de improviso a los moros que estaban dentro, los rindieron, y quitándoles las armas y desatando los cautivos que había en el remo, los pusieron a ellos, haciendo a los esclavos libres dueños, y a los dueños necesarios esclavos, que no es menos mudable en esto la fortuna. En resolución, sin más prevenciones de alimentos y armas que las que el bajel tenía, que no eran pocas, se vieron sobre la espumosa espalda del mar, a causa de que Feniso cortando las amarras hizo que los forzados remeros ejercitasen sus fuerzas o dejaran las vidas; que temerosos de mayor daño lo hicieron, desviándose tanto de la playa que parece que el mar, compadecido de su necesidad, y el viento, obligado de su peligro, había consultado sus deseos.

Hermosamente bañaba de rosado matiz obscuras nubes, varia y agradablemente indiciaba su luz en sus albores el hijo de Latona³¹², cuando se pudieron distinguir los rostros. Iban en el mejor y más apacible aposento, o cámara, del bajel doña María, doña Leonor y Eufemia, tratando de sus dichas, después de tan largo cautiverio, y alentándose con la esperanza de mayores bienes y más apacibles contentos en la amada patria. Feniso, Fadrique, Mahomet y los demás afuera, cuidando de que unos remasen, otros atendiesen a ver si eran seguidos, y todos consiguiesen libertad en alejarse con más prisa. A este tiempo la curiosidad de Feniso le hizo reparar con atención en el esclavo hasta entonces desconocido, a quien su fortuna había ofrecido tan dichosa ocasión de escaparse, y vio que era un mozo gallardo, de proporcionados miembros, de hermoso rostro, de gentil talle y dispuesta presencia. Llegose a él, y díjole que, si no recibía pesar en ello, le refiriese la causa de su cautiverio y de haber caído de aquella suerte a tan dichoso tiempo, pues a saber lo primero le obligaba su disposición y talle, y a lo segundo el deseo de saber cómo fue posible el hundirse tan fácilmente la mina. El cual, después de una breve suspensión, atendiendo al cumplimento de su gusto en Feniso, y queriendo corresponder a la deuda de sus obligaciones, comenzó en levantado estilo y castellano idioma estas razones:

³¹² Apolo, el dios del sol, nacido de Zeus y Latona.

«No se niega a mi conocimiento, oh ilustre Feniso, que eran excusados otros sucesos, cuando con los vuestros podéis hacer lisonja a la fama, dándolos a su voz para que los publique; mas, porque no quedéis ignorante de quién soy quien debe a vuestro favor la vida después del Cielo, y porque deje de parecer demasía el silencio de mi historia, me ha parecido que no será bien excusarme de referir el discurso de mi vida, que brevemente ha pasado en esta forma. Hay en el reino ilustre de Cataluña una ciudad hermosa y rica que se llama Lérida, donde nací de padres nobles. Cierta cosa es que yo no había de presumir menos de mi sangre, pues nadie fuera de su patria deja de afirmar que es más de lo que ha sido en ella, aunque yo tengo en mi verdad saneado partido, y vos tendréis, si Dios nos lleva al puerto, segurísima prueba. Mocedades de mi padre –de quien pocos se escapan por sobrar la ignorancia y hacer falta la experiencia en aquel tiempo– me dieron un hermano bastardo, en la disposición galán, en el rostro robusto, en la condición fiero, en las acciones perverso, y en las costumbres vicioso. Trújole pequeño a los brazos de mi madre para que le criase (acción más atrevida que honesta), siendo ella más piadosa de lo que debiera: que tal vez las mujeres son cómplices en los delitos de sus maridos, no porque ellas los quisieran, sino porque ayudan a los segundos con no llevar mal los primeros. Criábale como propio, aunque le aborrecía como ajeno; yo me criaba también a aqueste tiempo, siendo en los ojos de mi padre tan odioso como si no fuera su hijo, o, por mejor decir, como si fuera su contrario, que hay padres tan inhumanos que se dejan exceder de las fieras. Quería a Luciano (que este era de mi bastardo hermano el nombre) al paso que a mí me aborrecía, que es el último encarecimiento. De pocos menos años que nosotros teníamos una hermana, y aunque de pocos años, de aventajadísima hermosura. Días se sucedieron a días, meses se siguieron a meses, y años vinieron, si se pasaron años en los cuales llegué yo a tener veintidós menos de mi vida y, en este modo de hablar, Luciano cuatro más por vivir³¹³. Cuando pequeños, eran nuestras disensiones de niños; nuestros pesares, aunque continuos, breves; y nuestros enojos, como nacidos de leves causas, cortos; a quien tal vez ponía freno el temor de los padres y el rigor de los maestros. Ya cuando, más crecidos, él falto de vergüenza y yo sobrado de cólera, hacíamos mil experiencias de afecto de mi madre conmigo, y del amor que le tenía mi padre,

³¹³ Luciano tiene dieciocho años, cuatro menos que Jaime.

dándole con estos favores licenciosa libertad, entre la libertad atrevimiento, y con el atrevimiento resolución para que intentase tantos males, que se hizo sospechoso de infiel en las temeridades que hacía, y se acreditó de infame en las maldades que intentaba. Después de haber quitado el honor a muchas, y a no poder con el efeto, burlándolas con las palabras, alabándose de lo que no hacía, como si lo consiguiera, no estuvo segura de él su propia hermana, pues, sin que le valiese el sagrado del parentesco, y sin que fuese parte su honesto recato, su justo recogimiento ni mi vigilante cuidado, intentó hacerla igual a muchas quejas, y desigual a mi nobleza con la pérdida del limpio honor que me guardaba. Llegué a saber sus pensamientos por medio de una criada, a quien él dio parte para que le ayudase a la consecución de ellos; la cual, pareciéndole que así remediaría tan impúdico y obsceno deseo, me hizo oculta y breve relación de lo que pasaba. Dudé el crédito de esta malicia (que cosas grandes traen consigo las dudas de ser creídas), aunque sus costumbres me daban fundamento para presumir más injustas acciones. Mi prudencia quisiera más información en este caso porque no llegase a ser temeridad lo que bien advertido sería justa venganza; mas como no era negocio para haber muchos testigos, callé por entonces, sirviéndome el dicho de este para que concibiese sospechas de lo que jamás, sin tal aviso, presumiera. Procuré de allí adelante hacer ciertos los ojos de lo que dudaba mi pecho, advirtiéndole a sus palabras, atendiendo a sus desvelos, y hallando en todos lo que menos deseaba. Disimulaba entonces con intento de disponer de tal suerte las cosas que a un mismo punto él quedase impedido, sus deseos burlados, mi venganza cumplida, su yerro castigado, mi hermana libre, y yo sin riesgo de ser conocido por agresor de su muerte. Mudábame de noche el vestido para matarle si le encontraba solo; y entre otras que salí con este pensamiento, después de haber dado vuelta a la ciudad por varias calles, oí en la casa principal de don Íñigo Orozco, ilustre caballero de ella, un grande ruido de voces. El estruendo y confusión no me dejó entender luego la causa, y así me acerqué más a ella y hallé que dos hombres se llegaban con el mismo intento; mas apenas pude ver de la noble habitación la puerta, cuando conocí que la causa del alboroto era un consumidor y impío incendio, que a fuerza del rigor de sus voraces llamas procuraba reducir a su forma el edificio, las personas y hacienda, habiendo comenzado para esto por la puerta y siendo efeto del descuido de

un criado que, poco advertido, arrimó a un madero la llama de una vela, por el cual se encendieron unas tablas, y de ellas pasó a todo lo restante el fuego.

El sobresalto y temor hizo que los más ligeros hiciesen de las ventanas puerta, saliéndose por ellas. Quedáronse las mujeres dentro, como menos animosas, provocando con lástimas a su favor. Entre las que padecían estos temores (cuanto permitía la luz del lastimoso fuego) vi una que juntamente me admiró por hermosa, y por no conocida en aquella noble familia, cuyas ropas y traje daban indicios de la estimación que merecía. La hermosura que alienta, la bizarría que dispone, la sangre que esfuerza y la necesidad que obliga a un pecho noble, me provocaron a que, ayudado de mi valor, me empeñase en librarlas, y perdido el temor entrase por la primera puerta, a quien aún no había llegado el fuego. Quité a un hombre (que había acudido piadoso al remedio de aquella desgracia) un azadón, rompí un tabique que en el portal había, entré por él al cuarto donde estaban las criadas, y entre ellas hallé al origen de mi primera admiración, suspendiendo en un desmayo la vida. Yo iba presuroso, ella estaba insensible; y así, cogiéndola en mis brazos y diciendo a las demás que me siguiesen, pude verme Atlante de un perfectísimo cielo³¹⁴. Como el caso había sido en la mitad de la noche, y tan impensado, solo traía para abrigo un blanco faldellín, a quien hacían rico unas piñas de oro³¹⁵ y hermoso una costosa guarnición de plata, descubriendo, por la abertura de una camisa de delgada y transparente holanda, dos pechos de nieve que pudieran dejar abrasado a quien no fuera de hielo³¹⁶. Hice abrigo de su desnudez mi ferreruelo, no sé si por impedir que no la ofendiesen las injurias del frío, o por cubrirla para que no hiciesen en otro pecho el daño que había en el mío causado. ¿A quién, oh valeroso Feniso, no enamorara? O, ¿a quién, por mejor decir, no abrasara un fuego, que, demás de ser tan activo, se valió de la compasión de aquel desmayo para entrar más oculto? Tened por cierto, en esta parte, que si no es habiendo perdido de

³¹⁴ Don Jaime, por tanto, lleva en sus brazos a su amada, el «perfectísimo cielo» (cf. n. 125).

³¹⁵ *faldellín*: «Era la primera prenda que se ponían las mujeres sobre la camisa [...] solamente en la más absoluta intimidad, cuando ningún extraño podía verlas, las mujeres se quedaban con sólo el faldellín» (Bernis 2001: 211-214). Sobre todo el llamado «faldellín francés» se adornaba con oro, plata y terciopelo.

³¹⁶ La nieve abrasadora es oxímoron frecuente en la tradición lírica de abolen-go petrarquista (cf. Manero Sorolla 1990: 567, 672).

la memoria mi sentimiento no pudiera atreverme a referirlo. Esta preciosa prenda sacaba del peligroso incendio, si a los principios piadoso, ya de amores perdido, cuando los dos hombres que dije haber acudido al mismo tiempo que yo llegaron a reconocerme, y viendo al digno objeto de mi amor en mis manos, el uno de ellos, cubierto el rostro con una banda negra, se acercó determinado a quitarme el honor del riesgo que mi esfuerzo había emprendido, y en que esperaba fundar el edificio de mi amor, porque es dichoso principio el que hace entrar mereciendo y obligando. Finalmente, aunque él procuró quitarme a mi dueño de los brazos, no lo consiguió con tanta facilidad como pensaba, pues juntamente resistía a su fuerza, y le prevenía de que no solo era descortesía la que intentaba, sino infamia manifiesta. Algunas de las criadas que venían en mi seguimiento dieron voces, vista la violencia: todo lo cual fue causa de que el otro, que había estado un poco apartado, llegase metiendo mano a la espada y ejecutase en mí un golpe, de que me dejó mal herido, encubriendo después el rostro con las espaldas y huyendo para no ser conocido. Quedé yo de tal suerte que, en lugar de seguirlos, vine necesariamente al suelo, o aturdido del golpe o forzado de la falta de sangre.

Volvió en este punto del desmayo la que, por haberle dado la mía, vivía ya con dos almas, tan admirada del suceso como del lugar en que se hallaba y de verse junto a un hombre que, aunque en los vestidos daba indicios de nobleza, en la sangre y lo descolorido del rostro hacía ostentación de cadáver. De otra casa principal que había enfrente acudieron los dueños y los criados: estos a mitigar el rigor de las llamas, y aquellos a llevar a mi amada prenda y a una prima suya en compañía de una hija que tenían. Llegó tras esto don Íñigo a ver si había tenido mi vida su último término, conoció mi persona, y pesaroso de verla en tal estado, por librar de tanto peligro a lo mejor de su casa, hizo que me llevasen a la mía, acompañándome hasta ella. Fui curado por entonces, y con brevedad llegó Luciano haciendo en las acciones patente el pesar que de mi daño recibía, y persuadiendo con la inquisición que hacía de los que me habían herido la satisfacción que pensaba tomar de mi vertida sangre. Llamaron a otro día quien cuidase de poner remedio a mis males, que le tuvieron después de algunos días; al cabo de ellos la misma criada que me dio noticia de los incestuosos deseos de Luciano entró en mi aposento y cuadra, donde, prevenido de que mirase si nos podía oír alguna persona

y visto que no era posible, con voz baja y temerosa me dijo: “No permita el piadoso y justo cielo, oh señor mío, que, pues en lo demás te he dado cuenta de cosas tan ocultas y tan graves, calle en esta ocasión la lengua, y guarde el pecho una tan importante, que no te va menos en ella que la vida. Mas para que no dudes en dar crédito a lo que después pienso decirte, será bien que sepas primero que a otra noche, que fue la siguiente que te trujeron herido, oí muy tarde ruido en el cuarto de Luciano, del cual sale, como sabes, una ventana al patio de casa; y por ella, desde la mía, que por estar más alta señorea parte de su cuadra, le vi estar limpiando su manchado acero; escondí la luz, acerqueme y oí que decía a Fabricio, criado de quien fiaba los diabólicos secretos de su pecho: “De dos cosas me ha quedado pesar por el suceso de la pasada noche; la primera es de que anduviese tan limitado mi brazo que dejase duda en la vida de don Jaime...”, que este, cuando era más dichoso, fue mi nombre...».

Apenas oyó esto la hermosa doña Leonor, que desde la puerta de la cámara de popa del bajel había estado encubierta escuchando al noble cautivo, cuando, sin poder detenerse ni esperar el fin de la dulce historia en que tenía tanta parte, salió, abiertos los brazos, y se encaminó hacia donde estaba don Jaime, que, habiéndola conocido, se anticipó a pagarla el alegría del pecho en la correspondencia de sus brazos, y las muestras de su amor en el hallazgo de tantos y tan impensados bienes. En un dilatado espacio no pudieron hablarse, y aun hizo poco el contento que no les privó a entrambos de las vidas; ella, a emulación del aurora derramaba perlas de risa y regocijo; y él amorosamente la reprendía, diciendo que atendiese a que nada deja para el pesar quien derrama lágrimas de alegría. Esta novedad causó mayor deseo en Feniso y los demás que atendieron a ella para saber el fin de su comenzado suceso, en que prosiguió don Jaime por pagarles el gusto con que le oían, diciendo:

«“Lo segundo de que tengo pesar –añadió que había dicho Luciano– es de que no pudieses traer robada a doña Leonor, la sobrina de don Íñigo, a quien por forastera y por hermosa no me pesara de ver en mis manos, aunque fuera a costa de su gusto”. A cuyas palabras respondió Fabricio: “Cierto es que el valor de don Jaime no te dejó cumplir esa intención, si bien no sé cómo es posible que haya gusto donde no hay correspondencia, ni que entrañas hay que en lugar de rigores no muestren piedad viendo en

los ojos de una mujer el llanto, y en la voluntad pesares de verse obligada a la pérdida de su honor”. “De esas razones –respondió– vengo a colegir que no tanto el valor de don Jaime como la cortedad tuya te obligó a que no hicieses lo que yo tanto deseaba”. Dióle Fabricio excusas, admitiolas por entonces, y propuso Luciano buscar ocasión de cumplir su deseo, aunque fuese entrando a deshora en casa de doña Leonor. Calló Fabricio, puede ser que pareciéndole temeridad lo que su señor decía; de donde nació que el miserable amaneciese de allí a dos días teñido en su misma sangre y muerto, he presumido yo que a manos tuyas. Desde entonces ha cuidado mucho de tu salud, y es que le daba pena tu mejoría. Últimamente viendo que comenzabas a levantarte, se llegó ayer a mí, y me dijo³¹⁷: “Ya sabes cuánto estorbo viene a mis intentos en que tenga salud don Jaime, pues por su causa pierdo mil ocasiones en que pudieran tener mejor suceso mis desvelos, y yo mayor premio en la hermosura de doña Beatriz –este era el nombre de mi hermana³¹⁸– y no digo en su amor, porque ella antes me quería como a hermano y ahora me aborrece como³¹⁹ enemigo, cosa a que cuando no me obligara por el cumplimiento de mi apetito, me forzara solo por tomar venganza. Así que, para que yo tenga cumplido efeto en todo, pues solamente de ti me fío y sola tú eres archivo de estos secretos, has de dar a don Jaime estos polvos (y, sacando un papel, me enseñó los que le había dado): harán dentro de un mes sus operaciones y le causarán la muerte, donde será fuerza que la atribuyan a haber sido mal curado; pero mira que te advierto que, si esto se llega a entender y dentro del determinado plazo no muere, has de sustituir tú la suya³²⁰ en pena de no haber cumplido con lo que te encargo”. Yo, pues, que, inclinada a tu vida por la singular afabilidad de tu condición y satisfecha de que tu ingenio dará traza con que no ponga en la seguridad de la tuya a tan manifiesto riesgo mi salud, he querido darte noticia de los intentos de tu hermano, y últimamente de mi

³¹⁷ Hay que recordar que está hablando la criada. La estructura narrativa del cuento se va complicando, con mecanismo de caja china: don Jaime cuenta su historia, y refiere en discurso directo lo que le dijo la criada que oyó el diálogo entre Luciano y Fabricio.

³¹⁸ En este inciso vuelve a hablar Jaime.

³¹⁹ Nótese como en la misma oración aparece en un caso la preposición *a*, mientras que en el siguiente se produce la elipsis, posible en la lengua áurea (cf. Keniston 1937: 2156, 2251, 2412, 2413).

³²⁰ Entiéndase «muerte».

temor y tu peligro”. Quedé con esto tan confuso y tan dispuesto a mi venganza, que, cuando no estuviera de suerte que pudiera levantarme, me hiciera cobrar fuerzas esta novedad; avisela que, pues se dilataba tanto de aquellos venenosos polvos el malicioso efecto, le dijese que ya me los había dado, y que para esto fingiría yo que no me sentía bueno, y diría que cada día peor en tanto que aplicaba remedio. Saliose con esto la criada, y levanteme para disponer contra la suya trazas que él imaginaba para quitarme la vida. Quise darle los mismos polvos porque tuviese en el instrumento de su pecado su pena y su castigo, mas apartome de este pensamiento creer que, si se dilataba tanto con ellos y él sentía, como era fuerza sintiese, sus efectos, desengañado de que yo había tenido noticia de su traición por medio de la referida criada y que no había cumplido obediente lo que él le había mandado injusto, ejercitaría en ella la misma crueldad que con Fabricio, y consiguientemente la vendría notable mal por hacerme tanto bien. En fin, yo me determiné a elegir otros medios, viendo que tenía plazo de treinta días para poder hacerlo. En toda la distancia de este tiempo que no vi a doña Leonor fue creciendo en mí, con la salud, el amor; y en ella, con la obligación, el deseo de verme y pagarme con la voluntad el beneficio recibido. No se atrevía a enviarme recados temiendo a su recato, al no saber cómo serían admitidos, y a la áspera condición de mi padre; mas puestos todos estos inconvenientes de una parte y su amor de la otra, pesó más él solo que ellos juntos, y a título de cortés y agradecido me envió una criada para que supiese el estado de mi enfermedad o el aumento de mi mejoría. Llegó a tiempo que la pudo ver Luciano y, invidioso, volvió a la memoria el intento que primero había tenido de robarla de en casa de don Íñigo. Lo que la criada me dijo fue en razón del pesar que su señora tenía por mi desgracia, y de lo mucho que se holgaría de conocer a quien se había aventurado por su causa en ocasión de tanto aprieto; y, finalmente, que se daría por obligada y servida en que la visitase cuando me diese lugar la flaqueza de la herida. A estas razones respondió el alma por los ojos mil conceptos de alegría, y el pecho por la lengua algunas palabras amigables y corteses, diciendo que procuraría no dilatar cosa en que pensaba granjear tantos bienes de gusto y tantas mejoras de salud con su vista, en particular cuando sabía que el verdadero obediente no pone largos plazos, antes se conforma luego con el precepto del que con mandarle le obliga. Salí a otro

día de mi casa, y fui a la suya para ser recibido como de quien me había dado de aposento la del pecho. Miré al hermoso sujeto que hoy me ha dado el piadoso cielo, no sé si para testigo de mi narración o para gloria de mi alma tras tan prolija ausencia, que han pasado tres años sin que la hayan visto mis ojos. En resolución, yo la vi como ahora hermosa, comuniquela como siempre discreta, entreguela el alma como la tendrá hasta que a mí me falte, y correspondiome con igual amor al que ha mostrado en vuestra presencia. Continué sus visitas, y una de ellas se dilató tanto nuestra conversación que acudió primero el sol a dar luz a los antípodas y don Íñigo a recogerse, que yo tratase de ausentarme. Tenía por costumbre el noble caballero cerrar en entrando la puerta principal de la casa y guardar las llaves hasta el siguiente día. Este lo hizo de la suerte que solía, y así fue forzoso que me viese imposibilitado de salir con harto disgusto de mi dueño, por entender que me había de atrever a cosa que no fuese de su honor permitida, aunque asegurada de mi recato, guardada de su valor y forzada de la necesidad. Hubo de consentir en que me quedase en su sala hasta que en medio del silencio de la noche con un cordel pudiese echarme por un balcón, que su cuarto tenía, a una angosta callejeuela. Todo estaba ya dispuesto a tiempo que doña Leonor salió para ver si parecía alguna persona que me viese bajar, y advirtió que estaban embozados dos hombres a una esquina; volviöse adentro a prevenirme de que esperase, y con el cuidado de que saliese iba y venía muchas veces a la ventana; una de ellas vio que a los dos que esperaban había venido un tercero, y que todos juntos se llegaron a la lumbrera de un sótano, o cueva, que su misma casa tenía, y que con una barra de hierro y otros instrumentos el uno levantaba la reja y los dos atendían si los miraba alguna persona o venía quien les pudiese impedir el comenzado intento. Llamome con sobresalto, y llegué quedo, donde vi que ya la³²¹ levantaban, y el uno ataba una escala a otra pequeña reja. Quisiera doña Leonor despertar los criados y dar cuenta de aquesto, y deteníala el temor de que no fuese yo descubierto si acaso miraban la casa, dando más fundamento a cualquiera sospecha el verla vestida a tales horas. En este espacio vimos que el que había atado la escala bajaba, y los demás le quedaban aguardando: persuadímonos a que no serían ladrones, pues, a serlo, todos entrarán para favorecerse en el peligro, y

³²¹ «la reja».

atribuimos aquella novedad a que el que bajaba sería amante de alguna de las criadas que en casa había. Sosegose doña Leonor con esto, pareciéndole que, como no se descubriese su yerro, importaba poco que las demás los hiciesen. Quietámonos, y de allí a un rato oímos un ruido de llave en la cerradura de la puerta; maté yo entonces la luz que el aposento tenía para no ser visto de quien llegaba, diciendo a doña Leonor que tuviese ánimo y no diese voces porque sería perderse. Abrieron en esto la puerta y entró el mismo que habíamos visto bajar por la cueva, confirmándolo la color del ferreruelo, y dando lugar para que se viese la claridad que por la misma puerta entraba. Hizo doña Leonor como que despertaba al ruido, y acercose él al³²² de la voz, diciendo que no alborotase la familia, y creyese que el amor le había obligado a semejante empresa. Fuele a responder doña Leonor, y saliendo él al paso a su respuesta, añadió que no tenía que replicar porque o había de consentir callando a su gusto, o la había de sacar violentamente, y en caso que no pudiese conseguirlo por su resistencia, la pensaba despojar de la vida. En lo que yo había sabido de mi criada, en las palabras infames y en la voz conocida, acabé de entender que era Luciano y, lleno de indignación, sin que tuviese parte mi discurso, llegué mientras él intentaba su fuerza y doña Leonor se defendía, y le di una terrible puñalada. Antes que ejecutase segunda vez el golpe, se apartó temeroso, y viendo que estaba abierto el balcón desde donde habíamos atendido a lo que queda dicho, se arrojó por él, sin que fuese parte para impedirse la altura. Del golpe y de la herida no pudo levantarse del suelo, antes comenzó a dar mil vueltas entre su sangre misma. Los dos que le aguardaban, viendo que había caído un hombre por donde no esperaban, se llegaron para conocer quién fuese, y al tiempo que el uno quiso descubrirle el rostro que en el ferreruelo al caer se había envuelto, como era tanta la inquietud de sus ansias, apretó con el brazo el gatillo de un pedernal que llevaba en la cinta³²³, y le cogió en tal disposición que, metiéndole dos balas en el cuerpo, le pagó la amistad de querer conocerle y ampararle. Cayó luego a su lado muerto, y el otro que quedaba, viendo de aquella suerte al que llegó en su compañía, creyó que no era Luciano sino otra persona que había tenido aquella traza para quitarles las vidas

³²² Se sobrentiende «ruido».

³²³ *cinta*: «Texido largo de seda, hilo, u otra cosa, que sirve para atar, ceñir, o adornar» (AUT).

desapercibidos; y así, temeroso de que hiciese otro tanto, con que fuese igual en entrambos la desdicha, se ausentó a toda priesa.

Visto el estado de estas cosas y el peligro que tendríamos doña Leonor –si se sabía que habían sucedido en su casa– y yo –si se entendiese que había sido el homicida– me determiné a poner remedio, huyendo y sacarla en mi compañía (que siempre al primer yerro acompañan mil errores). Salí para esto ocultamente de su cuarto, fuime a la cueva por donde Luciano había bajado y subí por su misma escala, desatela de donde estaba, y echando doña Leonor una cinta, la subió y aseguró tan mal arriba que, cuando bajaba y faltaban seis o siete pasos para llegar al suelo, cayó dando un golpe tan recio que, a no recibir yo parte de él en los brazos, pienso que pusiera infeliz término a su juventud y a su vida; no obstante este impedimento de su daño, se le hizo en un pie³²⁴, de manera que no fue posible dar un solo paso. Como me vía por una parte cercado de dos muertos, por otra del rompimiento de una casa tan noble, obligado a amparar a quien tantas obligaciones tenía y necesitado de huir por tantos delitos que me amenazaban, no sabía qué hacerme ni qué medio intentar que fuese el más conveniente: partirme de Lérida era a mi parecer importantísimo, y como importante imposible, por la falta de prevención que tenía para salir de la ciudad y pasar nuestro camino. Últimamente, por todas estas causas, me dispuse a no ausentarme por entonces, y a que doña Leonor se volviese adentro, pues por ser extraordinaria la calle sería posible que nadie lo hubiese visto. Até la escala (que cuando se hizo el daño mi prenda cayó con ella), en la misma parte por donde bajó Luciano, y con no poco peligro y trabajo entramos en la cueva y desde ella pasamos, llevándola yo en mis brazos, a su cuarto. Aseguré sus temores diciendo como ella no podía tener riesgo en aquellos homicidios porque hallasen los muertos juntos a su casa, principalmente que cuando se supiesen bastaban a disculparla la causa de ellos, y el haber intentado quitarle la honra o la vida, siendo en esta la defensa natural, y en aquella permitida. Quedó con esto algo más consolada, y yo traté de salirme por donde había entrado; con brevedad lo puse en ejecución, y me vi fuera de la casa ilustre de don Íñigo, cargado de obligaciones y lleno de cuidados del fin que tantas cosas tendrían. Al tiempo de apartarme de la calle me acerqué a los muertos, y a Luciano le saqué la pistola de la cinta y se la puse en la mano, y al otro hice lo

³²⁴ Sobrentiende «daño».

mismo de la daga, para dar fundamento a que se pensase que el uno al otro se habían muerto. Valiome tanto esta prevención que por ella tuve dichoso suceso en caso donde le pudiera esperar tan contrario, pues en seis días anduvo ambigua y indeterminada a la justicia, y no solo no pudo averiguar cosa alguna, antes tuvo por cierto que el uno al otro se habían muerto. En este espacio estuvo doña Leonor buena de su caída, y llegó a mí uno de los vecinos que vivían frontero de su casa y con secreto y verdad me dijo todo cuanto había pasado: que solamente a doña Leonor había conocido, y que, si quería dar cuenta a la justicia, él declararía con juramento todo cuanto me había referido; y finalmente que doña Leonor había tenido la culpa, o que él estaba determinado a hacerlo, porque no se quedase tal maldad sin castigo, aunque la verdad era que hacía esto a fin de vengarse de cierto enojo que con don Íñigo tenía. Cuando yo oí las razones de este hombre deseoso de hacer daño a quien no se le procuraba con título, de bienintencionado, me acabé de persuadir a que son más los que se van al infierno por obras simuladas con buen título que por pecados patentemente malos, pues de estos se aparta un hombre con facilidad viendo su malicia, y de aquellas se desvía dificultosamente por venir con pretexto de bondades. Confirmé, con la respuesta que le di, mi pensamiento, y puse remedio al peligro que por su parte nos amenazaba. Díjele que mi natural no era inclinado a tomar venganza de mis agravios por medio de la justicia sino por mi misma mano y, sin dejarme proseguir, dijo que le parecía cosa muy hija de mi nobleza y que él se ofrecía a sacar a doña Leonor a lugar donde pudiese satisfacerme de mi injuria sin riesgo. Agradecíselo y preguntéle el modo, y él trazó de suerte el sacarla con una hija suya a una huerta o casa de campo que tenía, como si le importara tanto mi venganza como a mí el verla en parte que la pudiese hablar sin testigos. Avisome del día que había de ser, y para entonces me previne de todos los más dineros que pude y un caballo, y me fui muy de mañana a su casa. Partímonos de allí brevemente los dos solos, dejando él en lo demás el orden que se había de tener para que doña Leonor fuese después con su hija. Hízome esconder en un aposento que la casa de campo tenía, algo apartado de otras ricas cuadras que había en ella; volviöse a esperarlas, y brevemente llegaron todos juntos. Era concierto entre nosotros que la habían de dejar sola cerca del lugar donde yo estaba escondido para que

le³²⁵ tuviese de vengarme, y que había de dejar de mi mano escrito un papel en que afirmaba haberla muerto, y en que se explicase la causa, para que a él no le viniese riesgo. Hícelo así, dile el papel, y poco a poco la fueron dejando sola. Vista en fin la ocasión que mi dicha me ofrecía, salí de donde estaba, y llegué a doña Leonor que, al principio turbada, quiso dar voces hasta que, habiéndome conocido, convirtió en regocijo el sobresalto. Díjela en breves razones lo que pasaba; hícela cierta del daño que aquel hombre había de hacernos, y que, si se disponía a seguirme, yo tenía prevención de cuanto fuese necesario y que, para más seguridad de su persona, si no estaba satisfecha de mi amor y mi cortesía, desde luego la daba mano de esposo, haciendo a Dios testigo de que no saldría de su gusto, antes la ampararía como a mi propio dueño. No hubo menester más para determinarse, y así, abriendo un postigo que la casa tenía (largo trecho distante de la puerta principal), adonde yo había hecho a un criado que me esperase con un caballo, la puse en él y le dije que comenzase a andar, porque yo la seguiría y alcanzaría muy presto. Torné a cerrar, y me fui adonde el inventor de la traición estaba, ya solo, por haber enviado a su hija y criados adelante, con pensamiento de poner sobre la difunta doña Leonor el papel que yo había escrito, y para que avisasen a la justicia porque no me escapase, arrepentido de lo que había dispuesto. Cuando yo le vi solo, y me acordé del daño que sin importarle había procurado a quien era dueño de todo mi pecho, llevado de este enojo, me llegué a él, y con una daga escribí en su rostro la infamia de sus viles intentos, para que cuantos le viesen conociesen en el sobrescrito de la cara lo que el pliego del corazón contenía. Comenzó, ciego con la sangre, a dar voces, y yo cogí el caballo en que había ido; alcancé a doña Leonor y a mi criado, y todos juntos, dándoles cuenta de lo que había hecho, nos procuramos desviar a toda prisa de la ciudad. Seguimos un cuarto de legua un veguer³²⁶, o alguacil, que pensó cogermé descuidado, y finalmente se volvió, viendo que no era posible sin mejor cabalgadura darnos alcance. Recogímonos a una pequeña aldea que está cerca del camino de Valencia, donde estuvimos tan bien hospedados como en nuestra misma patria, porque el oro tiene

³²⁵ Se omite la repetición del término «lugar».

³²⁶ *veguer*: El catalanismo aparece en el DRAE solo a partir de la edición de 1802: «En la corona de Aragón, juez o alcalde ordinario de un partido o territorio»

fuerza de connaturalizar en la ajena. Supe allí por avisos de mi criado, a quien hice disfrazar y volver a Lérida, que el que había quedado herido en castigo de su malvada intención había confesado todo cuánto había visto, y añadido a lo que pudo decir con verdad que yo era quien le había muerto, con fin de vengarse de sus heridas, que se hacían diligencias por prenderme, y que mi madre había estado dando el último vale³²⁷ de la vida, causado de mis temeridades y sus pesadumbres, aunque ya estaba mejor. Más pena recibí por esto que por las pasadas desdichas, pero atendiendo a que no había sido prevista ni voluntaria en mi acción su enfermedad, consolé a mi memoria, deshice mi pesar, y despedí el sentimiento por admitir la determinación de pasarme a Castilla. Comuniquelo con doña Leonor (si era menester comunicar los pensamientos que por dueño de mi alma debía saber antes que yo los pensase), y respondiome que no convenía, refiriendo el principio de su ausencia de Toledo y el aborrecimiento que tenía a las cosas de su hermano. Por esta razón, y por ver que aquel lugar era poco seguro, especialmente cuando a un delincuente le parece que todos saben su delito, tratamos de irnos a Sicilia, donde era capitán de caballos un hermano de mi madre, y adonde conseguiría seguridad a mis desvelos, aumento a mi estado, dulce posesión a mis deseos y cierta felicidad a mi gusto. Mas, ¿quién la puso en humanos bienes que no se hallase en su inestabilidad desmentido de que no hay felicidad si no es la eterna? Pues, embarcados en un navío, nos vimos brevemente sin libertad a voluntad de las aguas y en prisiones a rigor de las fieras manos de unos piratas turcos, que, sin que importase resistencia, sin que valiese aliento, sin que tuviese efeto el valor, nos quitaron la vida en la libertad, que el cautiverio –en mi opinión– es dilatada muerte³²⁸. Lleváronos a Argel, donde dividiendo la presa nos dividieron los brazos, si no pudieron apartar los corazones. Yo fui vendido a un turco principal, que por

³²⁷ *último vale*: «El trance de la muerte, como que es la última despedida» (AUT).

³²⁸ La libertad, como elemento esencial en la vida del hombre y contrapuesto al cautiverio, es tema frecuente en Cervantes, como se desprende de estos ejemplos: «Por la libertad [...] se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» (*Quijote*, IV, 224); «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente» (*Quijote*, IV, 183). Sobre las múltiples variantes del tema en la obra cervantina, cf. Morón Arroyo 1976: 107-121 y Rosales 1996.

esclavo de rescate me presentó después a Selín, donde he estado toda la distancia de este tiempo, hasta que anoche oí en el zaguán del palacio un ruido, acudí a él y vi que eran dos caballos que fieramente se mordían. Llegué a apartarlos, y habiendo hecho con la fuerza de los pies un agujero, y poniendo yo en él inadvertidamente los míos, sentí que, sin poderme remediar, me hundía, creyendo, si hubiera de consultar a mi temor, que me tragaba la tierra; en cuya ocasión y peligro, invocando el soberano nombre de Jesús, hallé la vida, que ya sin duda hubiera perdido entre los filos de vuestro acero, a no tomar Dios por instrumento de mi defensa para libramme el amoroso dueño mío, a quien, viendo siempre hermosa, siempre agradecida, y siempre correspondiente a mi amor, de nuevo estimo, de nuevo adoro, y más que nunca firme de esposo la palabra renuevo».

Volvieron a continuar los dos amantes sus caricias, y los demás el gusto de verlos poseer tan alegre estado, mas no les duró mucho el alegría, porque a la larga distancia vieron que un bajel se les procuraba acercar con tanta prisa, que, no obstante que ellos la tenían en escaparse, les pareció imposible hacerlo; así que ya no tanto cuidaban de prevenir la huida como de prepararse a la defensa. Hizo Mahomet desnudar a los remeros turcos de sus vestidos, y que se los pusiesen los que iban en hábito de esclavos, para que si fuese otro bajel que se llegase acaso, y no supiese que iban huyendo, viéndolos a todos en traje turco y conociendo a Mahomet, los dejasen proseguir libremente. Dieron por lo que sucediese armas a don Jaime y al esclavo que con Mahomet había salido, y de quien fiaba sus secretos, el cual se llamaba Carlos, hombre que por su disposición daba indicios de esfuerzo. Pusiéronse los dos al lado de Feniso por el un costado, esperando con invencible valor al contrario, principalmente cuando conocieron que era el arráz Nasuf el que venía siguiendo su alcance. Traía orden de Selín para que, si le fuese posible, los volviese vivos, así por castigarlos a todos más despacio, como porque doña María no recibiese daño alguno. Esto fue causa de que sin usar del fuego procurase abordar al bajel fugitivo; halló en él más resistencia de lo que pudo imaginar porque don Jaime, Carlos, Mahomet y Feniso bastaron a defenderles la entrada largo espacio; no se descuidando Fadrique, y los demás esclavos que el bajel tenía puestos al remo cuando Nasuf le poseía, en hacer de su parte lo que a todos importaba. Con la inadvertencia y fiero rigor de la pelea

se fueron moviendo los bajeles de suerte que trocaron puestos; a este tiempo descubrieron otro que, vista su porfía, se llegó tanto que pudo reconocer las personas de una y otra parte por ser el dueño de él Rustán, de quien dijimos que cuando Feniso detuvo y prendió a Nasuf se había partido, el cual, conocido de entrambas partes, comenzó a ser llamado de ellas en su ayuda, atendiendo a que sería fuerza quedar vitoriosa la que él favoreciese. Nasuf le decía que iban huidos, y que a él le había enviado Selín, su señor, en su seguimiento, como a quien tan injuriado tenían y tanta hacienda llevaban para que pusiese mayor diligencia en alcanzarlos; Mahomet y Feniso afirmaban que ellos eran los que le seguían a él por haberse salido de la prisión en que estaba, y últimamente que mirase lo que hacía, porque cuanto Nasuf decía era engaño. Estas últimas razones tuvieron tanta apariencia de verdad, así por el puesto que el bajel de Feniso tenía como por haber el mismo Rustán visto prender a Nasuf, ser los que lo afirmaban personas de crédito y a quien por su oficio competía el seguimiento, que, sin atender a más, abordó al bajel de Nasuf diciéndole que se diese preso con muchas voces, cosas que al bárbaro aturdía. Sin atreverse a hacer resistencia hubo de consentir: saltaron Mahomet y Feniso a su bajel afirmando que convenía que pasase al que ellos llevaban para que fuese más seguro. Él lo contradecía, de manera que Rustán se vio obligado a decir que le pasasen al suyo. Hízose de esta suerte, aunque Feniso quisiera más que fuera en su poder para disminuir las fuerzas a los contrarios, quedando parte alegre por el buen suceso que hasta entonces habían tenido, y parte cuidadoso del modo que tendría en apartarse de Rustán, el cual decía a todos que volviesen a Argel, siendo esto lo menos que Feniso y los demás habían menester. Pero, llegándose a él Carlos, le dijo que procurase acercar su bajel al que Rustán regía porque él estaba determinado a saltar en él, y aunque fuese con riesgo de la vida, dándole dos puñaladas, darle bárbaro sepulcro entre su misma sangre. No le pareció mal a Feniso, pues viéndose los demás sin cabeza que los gobernase desmayarían, y así conseguirían todos el fin de su libertad; mas sucedióle de otra suerte que pensaron porque, sin que el tiempo diese lugar a la ejecución de este pensamiento, descubrieron una de las galeras a quien hacen temidas las blancas cruces del precursor Bautista, conocidas comúnmente por las de Malta³²⁹. Tembló de Rustán la infiel sangre en sus venas, que por

³²⁹ La Orden Militar y Hospitalaria de Malta surgió a partir de la de San Juan

lo que tienen de esclavos del demonio los infieles tiemblan, y con razón, de aquellas cruces; siendo tan al contrario en Feniso, don Jaime y los demás, que las tuvieron por dichoso prodigio, seguro amparo y cierta señal de su ventura. Aunque al principio causaron en Rustán tanto temor, después le pareció que sería importante presa si la cogiesen, pues eran tres los bajeles que tenían. ¿Quién no se admira de ver cuánto puede más en los ladrones la codicia que el sobresalto, y el amor de la riqueza que el temor de perder la vida? Fuéronse todos llegando a ella con parecer común, aunque con propósitos diversos, llevando delante el vaso³³⁰ en que Nasuf había venido. Los valerosos caballeros malteses, viendo que los bajeles eran de turcos, aunque el número muy desigual a ellos, supliendo con el valor los defetos de la muchedumbre de quien se vían acometer, los esperaron, y disparando una pieza gruesa echaron el primer bajel a fondo. Viendo esto Feniso, hizo quitar las medias lunas de sus banderas y poner una de católicos, de que estaba el mismo bajel apercebido: ingeniosa industria de los cosarios que viven de aquel ejercicio para ser desconocidos cuando llegan a tierra de cristianos³³¹, añadiendo a esto el pedirles en castellana lengua favor; de suerte que, cuando Rustán quiso advertir al yerro que había hecho y a la verdad de lo que Nasuf decía, se halló imposibilitado de huir y inhábil para defenderse. El bárbaro, entonces, porque no pudiesen saltar en su bajel para prenderle, hizo darle un barreno³³², con que necesariamente se fue a pique, queriendo más perder la hacienda y la vida que verse esclavo de los que, si él se hubiera entendido, lo pudieran ser suyos. Admiración causó este rigor de que usó Rustán contra sí mismo en todos cuantos se hallaron presentes en la galera y bajel de Feniso, a quien, depuesta toda tristeza, llegaron algunos de los valientes caballeros malteses. Entre ellos conoció don Jaime a su tío, que, después de haber estado en Sicilia algunos años, se había partido a Malta, donde ilustre con la blanca cruz su valeroso

del Hospital de Jerusalén, cuyo origen se remonta a finales del siglo XI, cuando mercaderes de Amalfi fundaron en Tierra Santa un hospital consagrado a San Juan Bautista. Debe su nombre actual a la sede donde, a partir de 1530, se trasladaron sus miembros. Su bandera es una cruz blanca en campo rojo.

³³⁰ vaso: «Significa asimismo el buque, y capacidad de las embarcaciones, y figuradamente se toma por la misma embarcación» (AUT).

³³¹ Cambiar la bandera era común en los barcos piratas (cf., entre otros, Coindreau 2006: 145).

³³² *barreno*: «El agujero que se hace con la barrena» (AUT).

pecho venía por cabo³³³ de aquella galera a hacer cierta importante diligencia en Cartagena al tiempo que los descubrieron. Alegrose con su vista don Jaime, diole cuenta de quién era y, conocido del noble caballero, celebró con alegría el hallazgo de cosa que tanto había querido en su tierna edad, y estimó a suma dicha el haber llegado a ocasión tan necesaria. Todos de esta suerte alegres navegaron la vuelta de Cartagena, así por ser este el puerto adonde el bajel se encaminaba, como por no se apartar de los que habían sido su amparo, temerosos de nuevos, si no mayores, peligros. Llegaron breve y felicemente a ella, cansados de temer aquel peligroso monstró³³⁴ que desde lejos lisonjea la vista y después soberbiamente oprime, moviblemente espanta, y fieramente suele privar de amada hacienda y vida.

³³³ Entendiendo *cabo de milicia*: «El oficial que manda a otros, o a quien se le encarga alguna función, que aunque no sea oficial, como vaya mandando la gente, se dice que va por cabo de ella» (AUT).

³³⁴ *monstro*: variante de *monstruo*, registrada por Covarrubias, y que utiliza también Lope (DCE, IV: 165). «Peligroso monstró» indica el mar.

Poema Cuarto

Cuando yo escucho tan diversas opiniones acerca de la patria, unas engrandeciendo lo que se le debe, y otras quejándose de no recibir lo que pudiera debérsele, quedo indiferente sin saber a qué sentencia reducirme. Horacio por una parte, dice que es dulce y hermosa la muerte en la patria³³⁵; Ovidio que no sabe con qué dulzura lleva a cada uno su natural tierra hasta hacerlos olvidar de sí³³⁶. Miro en confirmación de esto que Curcio, Decio, Genucio, Temístocles y Codro, a quien refiere Valerio, perdieron por ella voluntariamente las vidas³³⁷; y, finalmente, por todo esto me dejo persuadir a lo mucho que a la patria se debe; mas si atiendo a los beneficios que varias ciudades recibieron de sus hijos y a lo mal correspondientes que fueron, si considero a Demóstenes, Aníbal, Camilo, Licurgo, Escipión Nasica, Trasíbulo, Solón y Rutilio, de quien hace mención Plutarco, apedreado uno, peregrinando otro, y desterrados todos, parece que se arrepiente el pensamiento de haber dado crédito a tantas excelencias en ella³³⁸. Por lo menos, si en esta información se hubiera de tomar el dicho de Feniso, asintiéramos más fácilmente a lo último que nos persuadimos a lo primero, pues no parece sino que la misma que le hizo dichoso con que tuviese en ella los principios de su vida, le hizo infeliz en que fuesen los medios tan extraños.

Con seguridad y alegría común tomaron puerto en Cartagena, y especialmente con gusto de Fadrique, por haber

³³⁵ Horacio, *Carmina* III, 2, 13: «Dulce et decorum est pro patria mori».

³³⁶ Ovidio, *Epistulae ex Ponto*, I, 3, 35-36: «Nescio qua natale solum dulcedine captos | ducit, et inmemores non sinit esse sui». Obsérvese que la traducción es errónea, ya que «sui» se refiere a «solum».

³³⁷ Todos los personajes citados se suicidaron en la época de la República como, efectivamente, refiere Valerio Máximo en su *Factorum et Dictorum memorabilium libri* (V, 6).

³³⁸ Podría aludir al *Vitae parallelae*, o más bien al tratado *De exilio*, recogido en las *Moralia* de Plutarco. Todos los nombrados fueron políticos o militares que sufrieron destierro: voluntario (Licurgo, Solón, Marco Furio Camilo); después de conjuras o procesos (Publio Cornelio Escipión Nasica, Publio Rutilio Rufo); o después de haber fracasado en eventos bélicos (Trasíbulo de Estiria, Licurgo, Aníbal, Demóstenes). Junto a otros, aparecen todos en la *Silva* de Mexia (II, 21) que cita como fuente a Plutarco. El hecho de que Quintana repita el elenco en el mismo orden que el humanista español (con la única excepción de Solón) y no en el del erudito griego, hace pensar que no acudiese al original.

dejado en ella la más estimada prenda de su alma, y venir en compañía de su hermosísima hija y del noble Feniso, en quien había conocido particular afecto para con ella, no le pesando de esto por el aventajado valor y excelentes prendas de su persona. Venía asimismo agradecido a la discreta doña Leonor, por cuyo atrevimiento, ingenio y industria había conseguido su libertad: ella como siempre amante de don Jaime, él de nuevo reconocido a sus deudas, y más que nunca agradecido a su amor. Todos obligados a Feniso; este, deudor de tantos bienes, después del autor de ellos³³⁹, a Mahomet, con cuyo amparo había tenido cautiverio libre y libertad cautiva; Mahomet, enamorado de Eufemia; ella con mil obligaciones a su apacible trato, a su mucha afabilidad y agradable condición; y últimamente Carlos, el esclavo que fue de Mahomet, de todos querido, de todos estimado, y de algunos tenido por persona de más calidad que él confesaba, así por el valor de que había dado muestras en el pasado aprieto, como porque el rostro (en quien pocas veces se engaña la naturaleza) lo acreditaba.

Con tales grillos de amistad y cadenas de recíproca obligación venían todos unidos, que a ninguno le pareciera fácil el dividirse de los demás; así el generoso Fadrique, viendo que no era menos capaz de aposentarlos la casa que había dejado en aquella ciudad que su pecho, determinó llevarlos a ella y hospedarlos con igual hospedaje a su ánimo, o a la necesidad que traían de descanso. Desembarcaron los más que pudieron en traje español, por no hacer curioso al vulgo con la novedad, cuyos vestidos hallaron en la noble liberalidad de los caballeros de Malta. Besaron la amada tierra, abrazáronse unos a otros, y Feniso, persona a quien estaban reducidos los gustos de todos, dijo que, no obstante el liberal ánimo de Fadrique, y con advertencia de que no desistían de recibir la merced que les ofrecía, tenía por mejor que, pues ya era de noche, la pasasen en una posada hasta que a otro día se previniesen de lo necesario para que fuesen vistos con decente adorno cuando se diesen a conocer; demás de que sería bien saber primero el estado que tenían sus cosas después de quince años de ausencia. A todos pareció cuerda esta resolución: despidiéronse del tío de don Jaime y los demás caballeros, asegurándolos de que otro día se prevendrían de vestidos y les inviarían los que llevaban; dejáronlos el casco³⁴⁰ del bajel para que dispusiesen a su voluntad

³³⁹ Dios.

³⁴⁰ casco: «Se llama también el buque solo de la nave, sin palos ni xarchas» (AUT).

y, cargados de las riquezas que, como dijimos, doña María y doña Leonor, Eufemia y Mahomet recogieron al tiempo de su partida, se fueron a una posada donde aquella noche estuvieron, saliendo al siguiente día Feniso y don Jaime a comprar para todos costosas y ricas galas. En esto le consumieron, y ya cuando el cielo se adornaba de sus continuas luces, y ellas sustituían los hermosos rayos del sol en su ausencia, salieron solos Fadrique y Feniso a informarse ocultamente si había alguna novedad en su casa, dejando en guarda de doña María doña Leonor, y Eufemia a don Jaime, Carlos y Mahomet³⁴¹, a quien llamaremos desde ahora don Jerónimo, por ser este el nombre que escogió después bautizándose, cosa a que desde que llegó a Cartagena voluntariamente se dispuso. Llegaron en fin los dos caballeros a la calle del anciano Fadrique, pareciéndole sueño lo que miraba, y imposible que pisase tierra en que tuvo tantos gustos y de donde salió para tantas penalidades; mas, si esto le parecía imposible, no le pareció menos extraño lo que vio con brevedad en su misma casa, pues en lugar de la soledad y llorada ausencia suya, halló diferencia de instrumentos y variedad de voces que, haciendo diversas consonancias, causaban alegría al alma, diversión al entendimiento y gusto a los oídos de cuantos las escuchaban. De tanta novedad dio luego cuenta a Feniso, y incitados de ella para verlas mayores entraron más adentro, dando lugar a que sin dificultad lo hiciesen la abundancia de regocijo y la multitud de personas que entraban y salían. Acercáronse a una puerta algo desviada del lugar en que la música y fiesta asistía, y oyeron que, cantando segunda vez, decían de esta suerte:

«Por matar con dos estrellas³⁴²
dejó sus flechas amor;
mas yo, que sé su rigor,
me voy a morir con ellas.
Daba amor pena crecida
un tiempo con flechas de oro,
mas con los ojos que adoro
no da muerte sino vida.
Mata con sus niñas bellas
pensando que da dolor,
mas yo, que sé su rigor,

³⁴¹ Se omite la repetición de «dejaron».

³⁴² El poema se compone de cinco redondillas.

me voy a morir con ellas.

Antes procuraba engaños
y acababa el sufrimiento,
pero ya busca contento
y da glorias en los daños.

Juzga que podré perdellas
dándome entre ellas temor,
mas yo, que sé su rigor,
me voy a morir con ellas».

De nuevo iban suspendiendo estas cosas, que no entendían, a Fadrique y Feniso, porque siempre suspende mucho lo que se alcanza poco. No se atrevían a preguntar la causa de sus admiraciones por no descubrir que eran forasteros cuando se habían tomado tanta licencia a título de criados, y así les pareció esperar si resultaría algún conocimiento de lo que procuraban saber en lo que parecía disponerse a cantar uno solo, habiendo para esto callado los demás instrumentos. En resolución, sus deseos y la dulzura de la voz los pudo hacer dos veces atentos, y que decía en esta forma:

«Para las bodas de Nise
con un pastor forastero
se juntaron en su albergue
todos los nobles del pueblo.

La novia es hermosa y rica,
y, aunque tórtola³⁴³, otro tiempo
lloró su muerto zagal;
ya olvidó aquellos deseos.

Vino una nueva al aldea,
de que le escondió en su centro
la bestia más desbocada
que tiene de arena el freno³⁴⁴.

El que atiende a su hermosura

³⁴³ *tórtola*: «Es símbolo de la mujer viuda, que muerto su marido no se vuelve a casar y guarda castidad» (Covarrubias 2006). Sobre el tema cf. Bataillon 1953.

³⁴⁴ «La bestia más desbocada» parece indicar la pasión, que ha entrado en el corazón de la dama («su centro»); su freno es débil y blando como «la arena», a indicar la violencia y el ardor del amor que no se puede arrestar. Otra hipótesis es que indique a la muerte.

sin quedar rendido y ciego,
o se precia de insensible,
o se acredita de necio.

Guardaos, pastores del valle,
de mirar sus ojos bellos,
que quien se atreve a mirarlos
no tiene seguro el pecho.

Nadie su rigor escapa,
pues para matar más presto,
mira con rayos de luz,
hiere con armas de fuego.

Bien puedo yo aseguraros,
en fe de sus soles negros,
más falta de libertad
que prevención de remedio.

Aunque el novio había vivido
en otro dichoso empleo,
más galán para el segundo
hizo ensayo del primero³⁴⁵.

Él se alegra con su vista,
y yo me alegro de verlos:
a ella discreta y bizarra,
y a él tan gallardo y tan cuerdo.

Al ministro solo aguardan
para que en un lazo estrecho
haga una misma las almas
haciendo unión de los cuerpos.

Pardiez, que, sin importarme
ya de esperarlo, me alegro,
que es bien pague en alegrías
las deudas que a su amor tengo.

Mas, si el contento que es justo
sale a la cara del pecho,
razón será ya que al mío
no le sepulte el silencio;

antes con voz suave y dulce acento,

³⁴⁵ El cuarteto es de difícil interpretación; parece decir que el novio había tenido otro amor, que fue solo un «ensayo» para el segundo, que le lleva al matrimonio. *Empleo*: «Se llama entre los galanes la dama a quien uno sirve y galantea» (AUT).

entre sonoros versos
y acordes instrumentos,
celebre Apolo fiestas de Himeneo³⁴⁶».

Ya iban adquiriendo en la claridad de este rústico romance conocimientos o presunciones de la causa de tanta fiesta. Por el disfrazado nombre de Nise³⁴⁷ entendieron fácilmente que doña Inés se casaba, y por lo demás coligieron que sin duda Fadrique era tenido por muerto y que, depuesto el llanto, se esperaba solamente a quien los desposase. Estaba con estas cosas el noble y anciano caballero tan pesaroso que estimara en menos su muerte que llegar a ver lo que entonces miraba, y a desengañarse de que el tiempo había sido poderoso a acabar el amor que doña Inés le tenía, si bien en este yerro la disculpaban tantos años de ausencia, tantos siglos de sentimiento y tantas eternidades de llanto, como en espacio de quince años habría padecido. Tal vez se consolaba a beneficio de estos discursos, y tal se atormentaba a rigor de sus celos: él se alentaba y se afligía, él se desconsolaba y buscaba disculpas a la mudanza o inestabilidad de doña Inés, granjeando, en cambio de sus disculpas, consuelos, y teniendo por logro de sus desconsuelos insufribles pesares. A todo esto atendía Feniso, leyéndole el alma en las razones, y a que sería bien remediarlo, pues habían llegado a tan buena ocasión. Prevínole de que no ocupase el alma con tantas penas, antes diese al piadoso cielo gracias por la dicha de haber llegado a tiempo que se podrían desengañar de que estaba vivo; y que no le causase admiración que doña Inés se casase, pues antes lo debía quedar de que no lo hubiese ya hecho, supuesto que tenía por cierta su muerte. Sosegose con estas razones el alborotado y confuso pecho de Fadrique, acercáronse juntos y encubiertos a la sala donde la música estaba, y apenas hubo Feniso llegado a la puerta de ella cuando vio y conoció a don Luis, su mayor amigo y su desconocido hijo de Fadrique; junto a él a Leonardo, hermano de Eufemia, persona de quien recibió tantos beneficios en Valencia (como queda dicho en el primero poema) y en compañía de los dos a otro caballero, a quien, si no conocía, vía acreditado en la riqueza

³⁴⁶ Himeneo es el dios griego que preside el cortejo nupcial. El último cuarteto respeta la asonancia e-o del romance, pero alternando endecasílabos y heptasílabos.

³⁴⁷ Con Nise se disfraza, por anagrama, el verdadero nombre de la dama; es común su empleo en las llamadas novelas cortesanas (cf. Amezúa 1951b: 227).

del vestido y en el lugar que con los dos tenía. Persuadióse a que sin duda era don Luis el desposado, teniendo para fundamento de esta imaginación el verle en parte tan cercana al estrado donde muchas señoras ricamente aderezadas eran el lustre de la fiesta y la principal causa del regocijo, el estar adornado de costosas y lucidas galas y últimamente el haber oído en los pasados versos que era el novio forastero. Desacreditaba por otra parte a esta sospecha ver que forzosamente sería desigual el casamiento de un hombre mancebo (pues apenas tenía veintiséis años) con un mujer que no solo podía ser su madre en el común modo de hablar, sino que efectiva y realmente lo era. Tras esto revolvía en su memoria cuántas desigualdades basta a igualar el oro, quedando con esto en mayor abismo de confusiones, sin saber cuál sería más cierto, ni qué modo tendría en impedir el casamiento sin alboroto de la familia, disgustar los convidados, sobresaltar los novios ni malograr la fiesta. En fin, a la pronta agudeza de su ingenio no le faltó traza para conseguirlo, que fue volver a Fadrique y decirle que importaría mucho a su quietud y buen suceso el llegarse a la posada donde los demás habían quedado a hacer cubrir los mantos a doña María y las demás, y a rogar a don Jaime, don Jerónimo y Carlos que le acompañasen, pues entre tanto él quedaría a impedir la boda si llegaba a término de efectuarse. No tenía Fadrique otra voluntad que la de Feniso, y así, satisfecho de cuán por cuenta suya tomaba la defensa de sus causas, se partió a hacer lo que le disponía³⁴⁸.

Cuando Feniso se vio solo, comenzó a poner en ejecución su intento, y dando licencia el regocijo para que lo hiciese cualquiera de los presentes, la tomó él para salir a danzar encubierto. Finalmente, ocultando el rostro con una banda, entró con airosa y ligera bizarría: las galas, el talle, la gallarda destreza con que llevaba el cuerpo en las mudanzas de los pies y en las cadencias de los instrumentos fueron causa de que llevase los afectos de todos, le celebrasen con aplauso, y reparasen con cuidado en la persona, deseosos de conocer quién fuese. Mas, en medio de toda esta atención, dio Feniso lugar a la banda para que, cayéndosele, descubriese el rostro: no tardó mucho en conocerle don Luis, pues con la mayor alegría que pudo haber jamás en pecho humano, sin acabar la vida de su dueño, se levantó de donde estaba, y, sin atender a otros respetos ni prevenirse de razones, le habló con los brazos echándose los al cuello. Levantose también por haberle

³⁴⁸ *disponía*: «pedía».

conocido Leonardo, y esperando a que don Luis le diese lugar para que llegase, parece que envidiaba el no haber llegado primero; pagó Feniso con su contento el que vía tener sus amigos con su vista. Hiciéronle sentar entre los dos, a los cuales, mientras los demás proseguían en su fiesta, dijo: «Notable admiración me ha causado, don Luis amigo y nobilísimo Leonardo, el veros en esta ciudad, y así tuviera a singular beneficio que don Luis me refiriera la causa, porque, si no me engaño, le halló en casa de su noble y desconocido padre; o que, si acaso lo ha sabido, no me callara el modo por dónde ha venido en tal conocimiento». A cuyas razones respondió don Luis:

«No es menor la novedad que proponéis que la admiración que confesáis; y así, aunque este lugar no era a propósito para relaciones³⁴⁹, porque satisfagáis a mi deseo en lo que habéis propuesto, no me excusaré de responder con brevedad a vuestra pregunta. Por la ausencia que de Valencia hicistes, y no saber el viaje que sería bien seguir para alcanzaros, me partí dos meses después que disteis la muerte (según se presumió de vuestra huida) a don Juan. Llegué a Barcelona con intento de saber el estado en que estaba doña Hipólita, y ver si podría haber algún remedio a su enfermedad. Estuve allí algunos días en que supe de mi fiel amigo Octavio que iba en aumento su mejoría; con esto animé de nuevo mis esperanzas y determiné ver y servir con mayor cuidado a quien tenía mi amor tantas obligaciones si estuviese de todo punto buena. Buscome ocasión Octavio y entré una tarde en la sala en que la tenían a ver la más nueva fineza que se ha hecho jamás de amor alguno: vi que con la fuerza del furor no había en todas las paredes lugar, por pequeño y escondido que fuese, donde no estuviese escrito de su mano mi nombre. ¿Quién viera tal prodigio de amor, después de haber hecho a una hermosa y principal mujer loca, que no lo quedara por ella aun cuando la hubiera aborrecido con extremo? Llegué a la cama donde estaba, y fue tanto lo que pudo tener presente y hablar a quien había sido causa de la pérdida de su juicio, que a pocas visitas quedó en su primer estado, siendo médico de su enfermedad quien ocasionó las pérdidas de su salud. Había quedado por la muerte de su padre encargada la administración de su hacienda a un tío suyo,

³⁴⁹ *relaciones*: «En las comedias es la narración que sirve de episodio o explicación del thema de la comedia» (AUT). Sobre su influencia teatral en la novela, cf. pp. 68-70.

que es este caballero que está al lado de nuestro amigo Leonardo, cuyo nombre es don Rodrigo; volvíole a hablar don Vicente, mi competidor –de quien os di suficiente noticia cuando hice a vuestro pecho oculto depósito de los primeros accidentes de mi amor–, pidiéndole segunda vez a mi dueño por esposa, que, sabido por ella, ya con mayor determinación que hasta entonces recato, y con no menor resolución que modestia, respondió que, si no es yo, ninguno en el mundo la había de llamar suya, ni se había de sujetar a otro lazo que al mío. El conocimiento de esta respuesta pudo despertar en don Vicente indignación y deseos de matarme, dando para efectuarlo parte a sus amigos. Pocas veces lo que conocen muchos permanece en la oculta morada del silencio, y así con facilidad tuve de su resuelta intención clara noticia. Por esta causa, y conocer en mí inferiores fuerzas para defenderme, me vi obligado a valirme de la ausencia; hícela con gusto de doña Hipólita a una pequeña aldea, desde donde, disfrazado, acudía muchas noches a verla. No se atrevía el noble don Rodrigo a efectuar el gusto de su sobrina haciéndola mi esposa, temiendo tener por enemigos no solo a don Vicente, sino a todos los demás de su linaje, persuadido a que sin duda lo tendrían por injuria; y así determinó venirse y traerla a esta ciudad, donde tenía casada una prima, y darme en ella con el dignísimo objeto de mi amor aventajado premio a trabajos y desvelos de tantos años. Dos y medio se habrán pasado en estas cosas, que son los que he carecido de vuestra deseada vista, hasta que últimamente, habrá poco más de quince días que su prima le trató de casar con una señora viuda amiga suya, en el nombre doña Inés de Acosta, y en la presencia la que miráis algo apartada de las demás nobles e ilustres señoras. Hizo que se detuviese nuestra boda para que se hiciesen entrambas juntas, dilatando la posesión de mi esperanza por este tiempo (que mejor llamara siglo) y la de mi querida doña Hipólita, que es la que asiste a su lado, adornada de aquel encarnado vestido. Hube de conformarme con su gusto, aunque a costa del mío; hice al señor Leonardo dejar su patria para que participase de mis bienes y me ayudase a celebrar tantas dichas; y, finalmente, hechas las diligencias necesarias para efectuar los desposorios, esperamos que se harán esta noche, en quien pienso deber a mi suerte el cumplimiento de tantos bienes, a mi amor el premio de tantos años, a mi elección la quietud de toda una vida, al señor Leonardo el ser testigo de mis glorias, a mi fortuna el hallazgo de vuestra persona, y a vos satisfacción

de la duda con que me tenéis cuanto alegre suspenso, y como indiferente, admirado y confuso».

«Yo, pues, oh don Luis amigo –respondió el noble Feniso– no solamente espero que vos me debáis la solución de esta duda, sino que también intento pagar al señor Leonardo parte de las obligaciones que le tengo. Mas para todo esto es necesario que os dispongáis a la novedad de que no es posible que se efectúe el desposorio de la noble y discreta doña Inés, por cuanto es vivo su legítimo y primer esposo, de donde verifico más la proposición en que dije que os hallaba en la casa de vuestros ilustres padres, supuesto que esta señora es madre vuestra». «¡A pausas me vais dando, oh amigo Feniso, los bienes! ¡Injustamente me pagáis, pues no me sacáis de tantas confusiones!» dijo en esta ocasión don Luis, con tan crecida voz que convidó a todos los presentes para que intentasen saber el origen de donde procedían aquellas razones. Habían ya llegado a este tiempo todos los forasteros en compañía de Fadrique, y, entendido por Feniso, haciendo que los circunstantes se sosegasen, y que doña María, doña Leonor y Eufemia entrasen cubiertas con sus mantos, y que ellos se ocultasen de suerte que de nadie fuesen conocidos, después de haber granjeado la atención de cuantos le oían, con elocuente exordio prosiguió en los accidentes de su fortuna desde el punto que se embarcó en Liorna hasta el presente instante, descubriendo a cada uno de los que habían venido en su compañía a tiempo conveniente, y declarando a don Luis por hijo legítimo de Fadrique y doña Inés, confirmándose esta verdad con el papel y señas que don Luis tenía a la hermosa doña María por su hermana y digna hija de los mismos. Descubrió a Eufemia, que luego fue conocida de su hermano Leonardo y admitida, a fuerza de su pasado amor, antigua piedad y propia sangre, en sus brazos. Suceso fue este que colmó a todos los circunstantes de un contento igual al que tenían don Luis, doña María, Fadrique, Leonardo y Eufemia: todo era júbilo y regocijo, todo parabienes y abrazos, y todo novedad y contento. Doña Inés quedó disculpada con el yerro de no haberla escrito Fadrique en tan dilatado tiempo, y don Rodrigo tuvo prudente alegría de que todos la tuviesen, y hizo tan cuerdas demostraciones de ella, viendo que era forzoso, que pareció la suya sola con exceso mayor que la de todos juntos. Prosiguióse la boda de don Luis, y después de haber entretenido a los presentes con variedad de fiestas, máscaras, mudanzas, bailes, juegos, diferencia de músicas,

disfraces, motes y otras ingeniosas invenciones (que yo, lector amigo, paso en silencio, porque me debas el no te ver cansado en la relación de ellas), cenaron espléndidamente y, levantadas las mesas, viendo prevenidas diferentes salas para los novios y forasteros, se despidieron los convidados y ellos se entregaron a los brazos del descanso, lisonjeados blandamente del sueño. Pasaron en estas alegrías y contentos algunos días, añadiendo aumento a ellas el bautismo del nuevo don Jerónimo (primero Mahomet) y su casamiento con Eufemia, en igual conformidad de los dos y gusto de Leonardo que, después de las bodas de doña Leonor y don Jaime, y haber ella reconocido lo que debía a Feniso con el perdón de la muerte de don Juan, su hermano, los unos se partieron a Valencia, patria suya, y los otros a Lérida, ciudad donde, como dijimos, tenía sus padres don Jaime. Pasados algunos días de estos regocijos, uno de los que pareció a don Luis más a propósito, sacó a Feniso paseándose fuera de la ciudad con intento de decirle la muerte de su padre, y para ello comenzó a disponer su ánimo con tantos ejemplos que, cuando Feniso no hubiera tenido noticia de ella por la carta del virrey, conociera en los consuelos la pena a que se dirigían, y así le dijo: «No se me absconde, amigo don Luis, la enfermedad para quien anticipáis tantas medicinas. Ya sé que mi querido padre fue despojo de la tierra y que triunfó la muerte de su vida, cosa que he celebrado con el llanto y sentimiento, debido a pérdidas de quien fue causa de mi ser». «Según eso –añadió don Luis– excusado será el renovaros tan justas penas, si bien no excuso el daros cuenta del estado de vuestra casa y hacienda; conozco el pesar que se me ha de seguir de que lo sepáis, pues será necesaria vuestra ausencia, mas advertiréis lo que os estimo, en que antepongo a mi gusto vuestra comodidad y provecho, y ,al fin, para no teneros más confuso, lo que pasa es que los parientes de don Ambrosio, vuestro difunto padre, pretenden poseer el mayorazgo de que por su falta sois legítimo dueño y heredero, alegando y probando vuestra muerte. Ni esto es bien que os admire cuando ha llegado nuestra edad a un estado tan infeliz que se jura lo que no se sabe solo porque se imagina; y aun tal hay que porque uno se lo aconseja, y otro se lo paga, dice lo que no solamente duda si es cierto, sino también aquello que conoce ser falso». Novedad fue esta que trujo no pequeño disgusto a Feniso, viendo que sería fuerza partirse de los ojos de doña María a desacreditar la mentira de sus parientes con la verdad de su presencia y demostración

de su persona. En resolución, después de haberse determinado a volver a Toledo y haber tratado otras cosas menos importantes, hallando ocasión para ello, descubrió a don Luis la afición que a su hermana tenía, disculpando el yerro de haberla hecho dueño de su libertad, con la modestia y honestidad del fin a que se había dirigido su amor, que era hacerla, con gusto de sus padres, su esposa. Razones fueron estas a que quiso responder don Luis, sin que muchas veces que lo intentó el alegría le dejase proferir palabra; mas cuando dio el alma lugar a la lengua para que volviese por ella, le dijo: «No quisiera ganar tanto en añadir a mi amistad el parentesco porque conociérades que hacía por vos alguna cosa difícil, mas siendo tanto el interés que mi hermana tendrá, y todos tenemos con vuestra elección, desde luego por mí, por ella, y por mis padres (a quien varias veces he oído tratar este negocio), os aseguro certidumbre en el efeto, dejando desde ahora a vuestra disposición el modo, el lugar y el tiempo en que os pareciere efetuarlo». A tan cuerda y amigable respuesta pagó Feniso con su ordinaria cortesía, diciendo que si hubiera de consultar a su deseo, luego se hiciera esclavo de su hermosísima hermana, sellándose el rostro con las obligaciones en que él, ella y sus padres le ponían cada día; pero que, atendiendo a la necesidad que su madre tenía de su presencia y al riesgo que en mayor tardanza su hacienda correría, se determinaba a tomar la posesión de ella, y volver con toda brevedad a ser dichoso con la mano de su adorado dueño y a tener cumplido gusto en la confirmación de sus amistades.

Volvían con esta intención los dos nobles amigos a la ciudad, y a la entrada de ella vieron ir a Carlos con un caballo bizarro, a quien seguían seis criados conformemente vestidos de camino; fuéronse llegando más cerca y, reparando Feniso en él, conoció ser don Antonio de Velasco, un caballero cortesano de quien él había sido familiarísimo, que por haberle también conocido salía a recibirle con los brazos. Vistos de Carlos estos extremos, y conociendo por ellos la amistad que parecían haber profesado, volviéndose a don Antonio le dijo: «Si hasta ahora, oh hermano y señor, habéis dado al ilustre Feniso los brazos por amigo, de nuevo los merece por bienhechor y libertador mío; él es de quien os venía exagerando el valor, y a quien debo cuanto soy, si hacéis excepción del ser». «¿De quién –dijo don Antonio–, si no es de vos, se pudiera decir tal hazaña? Ni, ¿a quién que no tuviera vuestro prudente ingenio, acompañado de tan valeroso ánimo, se pudiera

atribuir la gloria de tan heroica empresa?». Agradeció Feniso las alabanzas que oía, y deseoso de saber lo que le había obligado a dejar a Madrid por Cartagena, le rogó no se excusase de referirlo. Don Antonio le satisfizo diciendo que había tenido nuevas de que Carlos, su hermano, estaba cautivo, y que a lo que había venido a aquella ciudad era a tratar de su rescate, en la cual, gracias a su industria y esfuerzo, le había hallado cuando menos le esperaba. Con esto se volvieron todos juntos, y, sin que fuesen posibles ruegos ni persuasiones, don Antonio y Carlos se partieron a su posada, y Feniso y don Luis a la de sus padres, en quien a solas trataron del negocio de doña María, quedando todos tan alegres por el futuro yerno cuanto hasta entonces gustosos por las pasadas dichas. Visitáronse cada día de los que don Antonio estuvo en la ciudad, que –viendo cumplido su deseo– fueron pocos, en los cuales, atendiendo Feniso a que le era fuerza haberse de partir a Toledo, determinaron hacer el viaje juntos, no sin muy grande disgusto de doña María. Últimamente se despidió de ella, con tantas lágrimas de una y otra parte que estuvo el piadoso caballero por desistir del comenzado propósito, y de hecho lo pusiera en ejecución a no temer lo que perdería, y mirar que parecería demasiada inconstancia en un hombre de prendas haberse dispuesto una cosa y mudar de parecer sin muy bastante ocasión, pues, aunque lágrimas de mujer son suficientes para conseguir mayores cosas, el ser las de doña María ocultas, si le disculpaban consigo mismo, no con los que habían tenido noticia de su intento.

Todos finalmente se partieron de Cartagena: unos alegrándose con la diversión de los otros, y estos divirtiéndose con la alegría de aquellos. Trataron entre varias cosas de lo mucho que importaba a cada uno elegir estado a su natural conforme, a su calidad igual, y a su inclinación competente, en cuya basa fundó Feniso el preguntar a don Antonio por el suyo, y el suceso que había tenido la pasión amorosa con que le había dejado cuando hizo de Madrid tan larga ausencia. A que respondió el discreto don Antonio:

«Supuesto que tuvistes noticia de mi amor, no podré excusarme de referiros los varios accidentes con que mereció mi historia nombre de extraña y se acreditó de inaudita. Si dijere alguna cosa de las que no ignoráis, será o por mi olvido o por no hacer fragmentos de un caso, que si poco antes le acredité de extraño, vos mismo, si le oís con atención, le añadiréis a renombres

de inaudito títulos de prodigioso. Pasó pues, oh amigo Feniso, en esta forma. Madrid, patria nuestra y villa por mil razones noble, por su claro cielo saludable, por su sitio apacible, por su disposición hermosa y por sus edificios ilustre (digno asiento del monarca de dos mundos Filipo, cuyas alabanzas fueran pocas si pudieran reducirse a número), fue casi a un tiempo mismo cuna y sepulcro³⁵⁰ (tal es la brevedad de la vida) de un caballero, en la sangre noble, en la disposición gallardo, rico en los bienes de naturaleza, y medianamente próspero en los de fortuna: su nombre era don Fernando y su apellido Figueroa. Sobre veintitrés años que este noble caballero tenía, vivió dos de casado con una señora, aunque menor en la edad no en la calidad inferior; al cabo de los cuales, ejecutado por la deuda común, pagó a la muerte en pérdidas de vida la pensión de nuestra naturaleza. Dejó a su querida esposa tan llena de esperanzas de un ya cercano parto cuanto rica de pesares por la presente desgracia; las crecidas ansias y el dolor grave pudieron apresurar el paso a los³⁵¹ que doña Eugenia esperaba, de tal suerte que en breve tiempo dio al mundo un enemigo de la libertad en una hermosísima niña y en un infante tierno un retrato vivo de su difunto padre. Volvieron a su misma materia el ya cadáver frío, buscaron amas que cuidasen del necesario alimento a los recién nacidos, y hallaron prestamente en las vecinas aldeas quien, o informadas de la necesidad o excitadas del interés, le encargase de su regalo y sustento. Llegaron los dos a la fe por la puerta del sagrado bautismo, teniendo el varón como su padre el nombre para que en eso, como en lo demás, le heredase; y la niña el de Engracia, no sé si para que significase las que tenía o para que no fuese en todo desgraciada quien tenía tanto de hermosa. Regalábanlos a porfía, emulábanse amorosas las apacibles amas compitiendo en ellas la limpieza con el cuidado, la curiosidad con el desvelo, y queriendo como a propios los ajenos hijos, cosa a que siempre obliga en tan temprana edad simple inocencia. No merece nombre de desdicha la que no trae consigo otras muchas, pues parece que la primera ensaya a un desdichado para la segunda: dignamente apoya tanta verdad este suceso, pues la mal lograda juventud de

³⁵⁰ La pareja antitética de cuna y sepulcro se halla reiteradas veces en la poesía barroca y es frecuente sobre todo en Calderón (a partir de *La vida es sueño*, v. 195, cf. Arellano 2000: 69) y Quevedo (como en el soneto «Si cuna y no sepulcro pareciere» o en el auto *La nave del mercader*, v. 158).

³⁵¹ Entiéndase «partos».

don Fernando y su temprana muerte fueron imán de varios yerros de fortuna (tales juzgo yo a las impensadas desgracias) o atractiva rémora a no sufribles daños. Corrieron de esta suerte dos meses (si es que ya el tiempo en nuestra edad no vuela de cansado), al fin de los cuales a una de las amas llegó nueva de que su marido estaba tan en los últimos trances de la vida que por puntos esperaba la muerte. Quisiera, por una parte, dejar de estar dudosa en el daño que temía sabiendo si era cierto y, por otra, no se atrevía a dejar las esperanzas de aumento, que negociaba sirviendo y granjeaba criando en casa tan principal, tan abundante y noble. Combatida de la oposición de estos pensamientos, eligió su rústico juicio un medio, o, por mejor decir, un infelice fin para sí misma, que fue pedir una tarde licencia para visitar a una parienta suya; debíase a su cuidado toda correspondencia, y así consiguió con facilidad lo que con afecto deseaba. Honró sus brazos con el ilustre niño, y, teniendo para ocasión semejante prevenido en qué salir, se partió a su natural albergue, que estaba de Madrid sola una legua; halló que los engaños no han menester mayor distancia para estar muy crecidos, supo que jamás llegó a estar el enfermo tan peligroso en la cama como ella le llevaba en la imaginación y, finalmente, determinó volverse cuidadosa de que no fuese su atrevimiento conocido. Hízolo como intentó y sucediole como no pensó el viaje, pues en medio de él se le ocultó la luz del día y le salieron dos hombres que, al quitarle lo que llevaba, porque se quiso defender con voces, armas que solo hieren en el viento, a rigor de una daga hicieron en su pecho dos puertas por donde saliese entre las últimas³⁵² el alma. No fueron de tan bárbaro y diamantino corazón que no se ablandase con la sangre de aquel tierno niño (si es bien se llame sangre a lo que es llanto) y que no le sirviese de sagrado su ternura, de amparo su mansedumbre, y de guarda vigilante su inocencia, pues huyendo de allí por el homicidio le dejaron en los brazos de una aldeana de otro lugar más cerca, diciéndola, para obligarla a su regalo, que era hijo de una noble señora cuyo parto había sido oculto, y que la necesidad de secreto obligaba a que le trujesen de aquella suerte, que cuidase de él y esperase aventajada paga a cuanto se extendiese su deseo. ¿Qué no podrá el interés, aun siendo imaginado? Recibiole piadosamente, y entre las esperanzas de la paga fue cobrando aumentos de amor al nuevo hijo, ayudando para esto el haberse muerto pocos días antes otro

³⁵² Entiéndase «voces».

pequeño que tenía; púsole nombre de Antonio o la ignorancia del verdadero, o el deseo de engañar su memoria, si no con su propio hijo, con quien en el nombre le pareciese. Esperaba de esta suerte al principio quien le diese noticia de sus padres, y después le pesara de que nadie³⁵³ le reconociera por suyo, temerosa de que sería fuerza carecer de su vista. Criose don Fernando (así le llamaremos en todo este discurso, por ser este su natural y verdadero nombre), doce años llorado de su verdadera madre por muerto, pues, sabida la desgracia del ama, y no visto el niño, se persuadió fácilmente a que había sido también hermoso y pequeño trofeo al triunfo de la muerte, porque es en los que temen antiguo creer cuanto la imaginación les afirma en su daño. La naturaleza, que descubre en las inclinaciones el nacimiento, dando a todos, como la sangre, los deseos, no anduvo menos providente en don Fernando, aunque criado en poco culta tierra, pues todas sus acciones eran un claro indicio de su oculta nobleza. Enfadábale el corvo instrumento contra la vida de las mieses, llevábale los ojos la resplandeciente cuchilla, hacía tal vez su altivo pensamiento de la agujada lanza de los toscos terrones enemigos, dando en inadvertencias de muchacho advertidas muestras de hombre valeroso. Hizo norte de este pensamiento, y, tomando el camino de la corte, buscó medios para conseguir su nuevo intento.

Habían a este tiempo sido electos cuatro capitanes, alimento a las guerras que rebelde ha sustentado Flandes, y entre ellos un tío mío, hermano de mi padre, a quien, con las razones más advertidas que pudo o le permitió su edad tierna y rústica crianza, intimó de manera sus intentos que, aficionado a su despejo, pagado de su disposición y inclinado a su estrella, le llevó en casa de mi padre, que era el aliento de sus pretensiones; y, trocando en ella los que traía a otros mejores paños, mudó con ellos la costumbre y la vida, de suerte que extrañaba sus imaginados principios, y aun a sí mismo se desconocía (tanto puede con la mudanza de estado la diversidad de vida). Era el amor de todos para con él común, y particular el afecto que yo le tenía: queríamos los dos con extremo (porque es la igualdad gran tercera del amor), éramos de una misma edad y de una misma disposición, y así siempre andábamos juntos, ejercitándonos en todo género de ejercicios. Íbamos al estudio de la lengua latina, loable y nunca bien encarecida

³⁵³ En castellano moderno el pronombre indefinido sería «alguien», cuya difusión fue bastante tardía (cf. Company Company 2009: 910-911).

costumbre de la gente noble, pues granjean con la noticia de ella en energía en las palabras, gallarda disposición en ellas, elocuencia en el decir, prontitud en el modo, modestia en la elección y, lo que no es menos estimable, propiedad en las locuciones, partes muy necesarias en los prudentes príncipes. Adelantose tanto en esta parte don Fernando que ninguno corrió parejas³⁵⁴ con su ingenio a quien no dejase atrás en medio de su curso. Con esto era querido de su dueño, amado de muchos, y bien querido con todos, cosa a que suele tal vez obligar una dichosa estrella. Llegó al capitán mi tío el término de la partida, ley que muchas veces hace fuerza al deseo; y, despedido de sus amigos y deudos, llevando consigo a don Fernando, puso con brevedad su valor en Flandes y su cuidado en el cumplimiento de sus obligaciones.

Pasado habrían, después de esto, dos años cuando le llegó nueva de que mi padre, y su hermano, había dado en corto espacio de tiempo, herido de una aguda y maliciosa calentura, a su criador el alma, y el ya frío cadáver a una tumba. Fue el sentimiento de todos grande, y el olvido como el sentimiento breve; y más el mío, que como mayorazgo debieron de ser las lágrimas de alegría, o de que no había sido antes. ¡Tal es la humana malicia! Sucedieron a los lutos las galas, a la bayeta la tela³⁵⁵, al capuz³⁵⁶ las plumas³⁵⁷, quedando todo más lúcido cual lo suele parecer el sol tras la temida borrasca.

Era de mi mismo tiempo Engracia, la hermana de don Fernando, en cuyo sujeto asistían una hermosura tan perfeta, una perfección tan hermosa, un agrado tan apacible, una apacibilidad tan agradable y, sobre todo, un ingenio tan divino que producía dudas de humana en quien la comunicaba cuando³⁵⁸ parecía ángel a la vista. Para que se conozca en la luz, su noble naturaleza no necesita de más testigos que los ojos, ni la nobleza de más apoyo que el recato, el recogimiento y la modestia. Era en esto tan singular Engracia que apenas, si no es de las criadas de casa, era conocida:

³⁵⁴ *corrió parejas*: «Además del sentido literal, por alusión vale ser de un mismo genio, condición y costumbres, iguales y conformes en sus especies. Y también explica la igualdad o correspondencia de una cosa con otra» (AUT).

³⁵⁵ *tela*: «Por antonomasia se entiende el tejido de oro y plata» (AUT).

³⁵⁶ *capuz*: «Vestidura larga a modo de capa, cerrada por delante, que se ponía encima de la demás ropa y se traía por luto» (AUT).

³⁵⁷ *plumas*: «Metaphóricamente se toma por la riqueza, bienes y hacienda» (AUT).

³⁵⁸ *cuando*: con valor causal.

salía raras veces, y esas tan oculta de las sombras de un manto y tan guardada de la caja de un coche, que eran avaro estorbo a muchos deseos, si bien aquel como a sol la guardaba, y esta la ocultaba perla. Distaba no mucho su casa de la mía, y así un día, donde la devoción es mayor por ser mayor la causa³⁵⁹, tuve lugar de verla acompañada de su madre y, aunque cubierto el rostro, tan bizarra y honesta que, llevado de la curiosidad, o ya que son linceos los deseos a cuya perspicacidad nada se encubre, determiné seguirla, visitando los mismos lugares que ella andaba, por ser el viernes en que se representó la tragedia de nuestra vida y paso de una muerte para salud de todos. Reparó Engracia en mi disposición y advirtió en mi seguimiento mi cuidado; no dejó de dársele esta imaginación porque ninguna mujer, aunque no haya de estimar, deja de tener desvelos con la sospecha de juzgarse querida. No le desagradó la persona antes, o descuidada (que suele un cuidado tener muchos descuidos) o cuidadosa, dio licencia al manto para que la dejase de eclipsar un rato breve. Quedé cual no la lengua ni aun la imaginación podrá decirnos: tan falto de las naturales acciones que llegó a ignorar el alma por quién tenía tal pasión, y no era mucho en quien dudaba lo que vía, vía lo que no pensó, o pensó objeto en todo diferente del que vía. Cesó el discurso, y mostré en muchas cosas indicios manifiestos de insensible yo que confesaba sin alma³⁶⁰. Seguí después, sombra suya, los rayos del sol de Engracia hasta que supe dónde se aposentaba tanta hermosura, reina que tiene su jurisdicción en los corazones. Di con esto vuelta a mi casa, revolviendo entre variedades de pensamientos la memoria, y afligiendo con discursos el pensamiento: tal vez me imaginaba despreciado y muerto con el hielo de sus desdenes cuando estaba abrasado con el fuego de su amor; y tal³⁶¹ yo mismo me libraba consuelos en los favores que tan justamente se debían a mis cuidados y desvelos. No salía de la calle de Engracia sin riesgo de vivir violento. Finalmente, continué³⁶² medios a la consecución de semejantes fines y hallé en ella al principio recato, no desdenes: ni le pesó de ser querida ni se excusó de escucharme, con que tuve seguro el vencimiento. Mas, ¿quién escuchó jamás que no le sucediese de esta suerte? Hízose amor,

³⁵⁹ El Viernes Santo, como en seguida se aclarará.

³⁶⁰ Antonio parece decir que la visión de Engracia le ha reducido a un estado de ser insensible y sin alma.

³⁶¹ Se sobreentiende «vez».

³⁶² *continué*: en el sentido de «busqué», «perseveré en buscar».

primero niño, en espacio de dos años gigante (que crece mucho amor si de correspondencias se alimenta), al cabo de los cuales, solicitada y persuadida, asintió a que la siguiente noche (con palabra de esposo que desde luego le daba) entraría acompañado del silencio en su casa, y en ella tendría premio mi amor, justa paga mi gusto, y cumplido efeto mi deseo. Medí el día a horas, las horas a puntos³⁶³, y los puntos a instantes, creyendo que era eterno el curso del sol en tiempo que esperaba con su ausencia la posesión de tan largas esperanzas. Acudí tan temprano con este cuidado al puesto que, visto de Engracia, me llamó³⁶⁴, y dijo que convenía no dar que decir en la calle con mi presencia, atendiendo a que es un hombre a una esquina objeto de la curiosidad de los vecinos; antes me ausentase de allí hasta que el sueño en su madre y la quietud en la familia nos diese tiempo a propósito para cumplir su palabra, puesto que permaneciese en mí la que tenía dada de esposo. Satisfice sus recelos, díselo³⁶⁵ de nuevo, alabé su cuidado, y entre ternezas y requiebros me despedí y dispuse a obedecerla.

Ocho años y más algunos meses había que don Fernando se partió a Flandes con el capitán su dueño y mi tío. A este tiempo, cuando después de haber hecho tan valientes hazañas, tan valerosos hechos como nacidos de un ánimo noble y unos pensamientos honrados, llegó a Madrid cargado de heridas y papeles³⁶⁶, con intento de que, vistos tan honrosos testigos de sus merecimientos y conocidas sus prendas, tuviesen premio sus trabajos, y paga conveniente tales servicios. Llegó tarde en casa de unos camaradas suyos, que para el mismo efeto había muchos días que esperaban en la corte, tan faltos de paciencia como de dinero. Fue de todos afectuosamente recibido y, no obstante que le pudiera desobligar el cansancio del camino, quiso obedecer al deseo con que venía de verme y poner en mis manos unas cartas del capitán mi tío. Por la ocasión que tengo referida no me halló aquella noche en mi casa, y así trató de dar vuelta a la suya; era fuerza pasar por la de Engracia, como efectivamente hizo, a tiempo que ya todos en los brazos del sueño quedaron por breve tiempo insensibles. Las galas de soldado, la obscuridad de la noche, el

³⁶³ *puntos*: en el sentido de «pequeño intervalo de tiempo».

³⁶⁴ *me llamó*: el sujeto es la misma Engracia.

³⁶⁵ Entiéndase «la palabra de esposo».

³⁶⁶ Los «papeles» que atestiguaban sus servicios y méritos de guerra.

mujeril temor y la temerosa vergüenza, acompañada de la fuerza de la imaginación que tal vez propone al entendimiento lo que desea, fueron causa de que engañada creyese que yo llegaba, y sin atender ni esperar a más, le dijese (echando para este efeto unas llaves) que abriese de la puerta un postigo y entrase, pues no se podría hallar tiempo más a medida de su cuidado. Quedó don Fernando tan confuso que juzgara soñado aquel suceso, a no tocar con las manos las llaves y acabar de oír las referidas razones. Bien advertía el engaño y conocía que era tenido por otro: víase llamado donde no era posible ser conocido, y mil veces se dispuso a no obedecer sino proseguir con su camino; mas, pareciéndole cobardía lo que fuera cordura, y persuadiéndose a que, aunque nadie le vía, un hombre valeroso no ha menester ser visto para mostrar aliento, pues por sí mismo debe serlo, y a sí mismo debe satisfacerse más que a los ajenos ojos ni oídos del ignorante vulgo, hizo caso de honor el entrar, y punto de esfuerzo saber qué fin tan impensado caso tendría. Llegó y abrió la puerta, y, después de haberla juntado solamente para poder salir con menos dificultad si fuese necesario, entró primero a un espacioso patio, y por él a una sala que había abierto Engracia para que por ella pudiese yo subir a la suya, que estaba en el primer cuarto. Confuso por inadvertido y ciego por ignorante, don Fernando ni sabía qué hacer ni hallaba qué decirse: si caminaba, ignoraba adónde; si quería hablar, fuera de que no vía con quién, temía ser sentido; si se estaba quedo, nada conseguía; si se daba al discurso, no le ocurría cosa de importancia: poco deliberaba y menos a la ejecución ofrecía. No mucho después que con estas dudas afligía el alma, yo, a quien llamaba amor para el premio de tan crecidos desvelos, llegué a la puerta de la calle, y, viendo que se abrió fácilmente, juzgué que era diligencia de Engracia para que pudiese entrar, lo que después miré perjuicio mío».

Aquí interrumpió don Antonio su discurso, el cual hacía esto mismo al fin de las demás jornadas; y, aunque yo no pienso hacerlo adelante por no dividir tantas veces el suceso, ahora no es posible deje de referir que llegaron una noche a la ciudad de Murcia, tomaron una posada donde esperar al siguiente día para proseguir su viaje, y apenas se pusieron a descansar en una sala que les dieron, cuando oyeron un ruido de armas en el patio. Salió Feniso a la puerta con deseo de informarse de la causa, y vio que tres hombres procuraban ofender a otro de gallardo talle, que con

osado valor se defendía de todos. Llegó a impedir el daño que le amenazaba, y puesto a su lado hizo que los tres se retirasen. Estaba el desconocido mancebo algo inquieto, y porque se sosegase le llevó a su sala donde entró, para que don Antonio conociese en él un primo segundo suyo, y Feniso a Marcelo, aquel caballero valenciano de quien dejamos hecha memoria en el primero y segundo poema. Fue igual el contento que ellos tuvieron de verle al que él mostró de hallarlos en aquella ocasión, principalmente cuando supo que era uno mismo el viaje de todos, por razón de que él también caminaba a Toledo. Preguntáronle la causa de la cuistión, y respondió que no era de importancia, aunque lo pudiera haber sido por el número de los contrarios si no llegara Feniso, y que eran tres mozos del camino, cuya descortesía le había obligado a meter mano a la espada para enseñarles a tratar a cada uno conforme a su calidad, cosa que deben saber con cuidado los que tratan y comunican con gentes de tan diversos estados. Hízolos llamar don Antonio, y, reprendiendo su proceder, les enseñó el que debían tener para adelante: ellos se excusaron, diciendo que no lo habían conocido, y últimamente todos cenaron aquella noche, descansaron después, y a la mañana se partieron. Estaba Feniso deseoso de saber a lo que iba a Toledo el noble Marcelo, y habiéndoselo preguntado dijo: «Vuestra ausencia ha sido causa de que ignoréis que yo estoy casado en aquella ciudad con una prima del señor don Antonio, cuya unión trataron mis padres con los de mi esposa después que me aparté de vos y volví de Italia; a quien estimo de suerte que parece que ha premiado Dios nuestra obediencia en el gusto con que vivimos. Lo que os pudiera llevar más el deseo es saber qué causa me ha podido apartar de brazos adonde me significo tan gustoso, mas esta referiré después, que por nueva y extraña no os pesará de oírla». «Prosiga, pues, –dijo don Carlos– mi hermano don Antonio su historia»; el cual, visto que todos atendían, dijo:

«Pues Marcelo ha oído tantas veces estos sucesos, no será necesario repetir lo pasado, sino pasar a lo futuro. Ya dejo dicho como don Fernando entró en casa de su desconocida hermana por el engaño que ella tuvo, y que yo entré después a tener el premio de mis esperanzas. Dejé, pues, como había hallado la puerta, y entré en la sala donde ya don Fernando me había sentido, y donde, temeroso de no serlo, lo más quieto que pudo procuró ocultarse en el hueco de una pequeña puerta; era la de la escalera por donde se

subía al cuarto de Engracia, y así fue forzoso que yo, como persona que tenía suficiente noticia de lo que había de hacer, enderezase a ella los pasos y me acercase a don Fernando, el cual, que vio llegarse tanto un hombre, temiendo ser cogido de suerte que cuando lo desease no pudiese valerse de las manos, y finalmente creyendo que iba a procurar su daño, pues si era criado había de defender su causa, y si de fuera persona que por haberle visto entrar y importarle, llegaba a castigar su atrevimiento, metió mano a una daga, y cuando estuve cerca de él, repitió dos veces una misma acción con el brazo y duplicó una herida tal que, a no llevar la defensa de un colete, quedara totalmente privado de la vida, si bien fue suficiente a quitarme por dilatado espacio el sentido. Apenas me vio caer lastimosamente en el suelo cuando determinó hacer alarde de su valor huyendo, porque tal vez es mayor huir que acometer, y aquí era más salir bien del peligro que haber emprendido temerario el riesgo. Engracia, que tan largo espacio había que esperaba, presumiendo que la tardanza procedía de ignorar la parte por dónde había de llegar a sus brazos, pisando sobre el temor de ser sentida para pisar más quedo, bajó a la antes hermosa sala, vio tendido en el suelo un negro bulto y, como ignorante de la causa, dudosa del efeto, llegó, y en el líquido y rojo humor halló teñido el adorado objeto de su pasión amorosa. No podrá el pensamiento más vivo, aunque en el mar del discurso tienda cuanto es posible las velas de la imaginación, llegar a hacer un mal formado bosquejo de la turbación y sobresalto que por sus venas se difundió a este tiempo. Fuera poco carecer de sentido, a no le venir a la memoria que sin duda el agresor de aquel delito era su misma madre que, advertida de sus deseos y cierta de la pérdida de su honor, había atajado los pasos a su amante, y que ella sin duda pasaría la misma pena si esperaba. Tal fue la fuerza de este engañoso pensamiento que ya le parecía que en todas partes la detenía, y en cualquiera de ellas vía juntos el túmulo de su juventud y término de su vida. ¡Oh natural amor propio, a cuánto se extiende tu poderoso imperio! ¡Cuánto obligaste a la afligida Engracia, pues solo se acordó de remediarse y saludar la vida que ya juzgaba entre los filos del parricida acero! Sin atender a deudas de amor, respetos de honor y obligaciones con que nacen las principales mujeres, se salió a aquellas horas de su casa, acompañada de solas sus desdichas y adornada de las joyas que de ordinario traía, que eran una cruz de

diamantes, y un apretador³⁶⁷, y aljorcas³⁶⁸ de esmeraldas. Con este desconsuelo y esta prisa llegó a las últimas casas por aquella parte que hace a Madrid hermoso el Prado de San Jerónimo, y en una de ellas, que era de una mujer pobre, se escondió, ya que de sí misma no podía, del alba, que esparciendo abriles daba tersa plata a las sierras, y era alegre bordadura de aljófar en los prados.

Quedé, amigo Feniso, como dije, en el regazo de mi primera madre³⁶⁹ hasta que se levantó una criada, y hallando a un hombre, al parecer muerto, en aquella sala, se partió a dar a doña Eugenia, en una mal formada relación, muchas admiraciones. Levantose la prudente señora, mandó llamar los criados, hizo que me levantasen del suelo y envió a que trujesen un cirujano, por si tenía vida que remediar quien estaba en la apariencia sin ella. Andaban todos turbados, ya tropezando en lo que buscaban, ya olvidándoseles aquello que emprendían, y ya emprendiendo lo que no procuraban. De esta suerte estuvieron mientras les sacó de la duda en que vivían un lastimoso suspiro con que mostré que no estaba sin alma. Vino el famoso cirujano, descubrió las heridas, y tomó la poca sangre que me había quedado; dispuse que me llevasen a mi casa, suplicando a doña Eugenia encarecidamente no le diese mi desgracia cuidado, pues, si bien no sabía quién me hubiese quitado la salud, tenía por cierto que ninguno lo había hecho de su familia. Consolose en parte con estas razones, y después de haberme llevado a mi posada subió a dar cuenta a Engracia de todo lo sucedido. Cuando la nobilísima señora no halló la perla de que fueron oriente³⁷⁰ sus entrañas, y supo que los que habían salido primero de casa no tuvieron necesidad de abrir la puerta, pensó perder en un punto la vida. Echaba a todas partes diferentes juicios, y con ninguno averiguaba la disposición de sus males: lloraba triste, lamentábase afligida y torcía sus manos pesarosa. Tal vez no daba el pecho lágrimas a los ojos de puro sentimiento, y tal deshecha en ellas

³⁶⁷ *apretador*: «Asimismo era una cinta o banda ricamente aderezada y labrada, que servía antiguamente de ornamento a las mujeres para recoger el pelo y ceñirse la frente» (AUT).

³⁶⁸ *aljorca*, variante de *ajorca* que registra el diccionario de la RAE solo a partir de 1770: «Especie de argolla de oro o plata, que para adorno suelen traer las moras en las muñecas y gargantas de los pies».

³⁶⁹ «En el suelo», «en la tierra». Ya anteriormente se ha definido la tierra con expresiones parecidas: «del regazo de su madre primera»; «madre común que a nadie niega su regazo».

³⁷⁰ *oriente*: «El nacimiento de alguna cosa» (AUT); la perla es, pues, su hija.

eran sus mejillas corrientes que salían del mar de sus congojas para anegarla en llanto. “¡Oh infelícísima estrella, –repetía– a cuántos males has traído una mujer afligida! ¡Solo te faltaba este golpe para ponerme en el más humilde y abatido estado! ¿A quién, si no es a mí, ocurrieron tantos daños que se estorban para llegar unos a otros? O ¿a quién como a mí le ha faltado con el marido el gusto, con un hijo el amparo, y ahora, finalmente, el estimado honor con una hija? ¡Oh engañada hermosura! ¡Oh inadvertida mocedad! ¡Oh fragilidad mujeril! Mas, ¿por qué me quejo de ti, teniendo la culpa de esta pena mi imprudente descuido, mi necia seguridad y mi inadvertido recato? Pena, pues, oh alma mía, padece a manos de estas crueles ansias, pues te faltó prudencia. ¡Cieguen mis ojos con la fuerza del llanto, no vean del sol la luz, pues que no vieron cuán próximo está a la belleza el peligro, cuán cercano a la juventud el riesgo, y cuánto desvelo es necesario para guardar cosa que muchos apetecen!”.

Acudió luego la justicia, y entre ellos don Fernando, codicioso de saber quién era el muerto, si era verdad que lo había quedado de todo punto, y quién había dado ocasión a aquel suceso. Vio a su desconocida madre, como acabo de referiros, y fue tanto su pesar que, a creer que fuera de importancia, no dudara en confesar el delito, que no tiene menos fuerza que esto una misma sangre en dos corazones, aunque se desconozcan los sujetos. Prendieron a los criados de casa, dejando a doña Eugenia la suya por cárcel y algunas criadas que la sirviesen, hasta que la verdad, que pocas veces se encubre, estuviese patente; y aseguro la el juez que hizo esta diligencia de que favorecería en cuanto pudiese su parte, supuesto que la falta de su hija era suficientísimo testigo de su inocencia. Saliose con esto y en compañía de los demás don Fernando, que, yendo después a darme las cartas, halló ser yo el herido y estar tan fatigado que casi todos tenían más muertas las esperanzas de mi salud que yo lo estaba con pisar, al parecer humano, el paso peligroso y estrecho que hay entre la vida y la muerte. Sintió con nueva pena el verme en tal estado habiendo sido él tan inculpablemente la causa. Mil veces maldecía a quien le obligó a emprender cosa que, aunque la acreditaban los efectos, la dudaba la razón, como quien no había tenido parte en ella. Vía que él mismo había dilatado su buen despacho, pues de mi favor dependía muy grande parte de él, porque es el favor nervio de gran fuerza en las pretensiones. No le permitieron que me viese en

muchos días en que presentó sus servicios y papeles, negociando con ellos esperanzas, que estas (como es moneda que vale poco) se dan y se reciben fácilmente. Cuando yo estuve mejor fue su visita admitida, y él amigablemente recibido por el amor que en los primeros años fue nexo a nuestras almas, el cual raras veces se deja borrar del ausencia, ni se permite deshacer del tiempo. Leí en las cartas de mi tío breves razones y grandes encomiendas en el negocio de don Fernando, y asegúrele de que fueran excusadas las cartas, siendo tal el mensajero. Rindió agradecimientos, que es la paga de los que poco pueden, aunque no de las que menos satisface beneficios recibidos; y tuvimos este y otros muchos ratos de comunicación, uno de los cuales, tan curioso como advertido, trujo la conversación a estado en que me viese yo deseoso de referirle el medio, principio y fin que me había traído a tan peligroso punto, cosa que hice con facilidad, porque no sé que haya quién aguarde muchos envites para referir sucesos, principalmente si tocan a mujeres o pependencias. Dile cuenta de todo este discurso y añadí a él: «Diversas veces, oh amigo don Fernando, he procurado reducir el pensamiento a conocer el agresor de mi daño, sin que jamás haya podido juzgar de nadie sin parecer temerario; de donde últimamente colijo que yo solo he sido quien contra sí ha mostrado estos rigores, pues por ser tan injustos di al cielo materia de castigo en mis intentos. No dudaréis de esta verdad si atendéis a que, al mismo tiempo que comencé a amar a Engracia, comencé a querer en ella la hermosura y en otra dama noble la riqueza: quería en Engracia el gusto, en doña Ana (que este era de la dama el nombre) el provecho; en aquella el donaire, en esta el oro; en aquella la gracia, en esta la gala; y, finalmente, en aquella la apacible risa, y en esta la copiosa renta. Entré en el consejo de mi acuerdo con todos estos memoriales³⁷¹ de una y otra parte, y alegó³⁷² de suerte el interés (ya nobleza en el mundo, aunque bastarda) que condené el amor, pareciéndome que eran mejores perlas hermosas que pareciesen dientes, que blancos dientes, que pareciesen perlas³⁷³.

³⁷¹ *memorial*: «El libro o cuaderno en que se apunta o anota alguna cosa necesaria para algún fin» (AUT). El personaje emplea el lenguaje jurídico para describir, como en un pleito forense, la lucha interior entre el amor y el interés.

³⁷² *alegó*: «Proponer, traer por la causa que se defiende las razones y motivos que hai para probar y justificar su derecho: ahora sea por escrito, fundándolo con las leyes y autoridades de los autores, ahora sea verbalmente, como hacen los abogados en los estrados y tribunales» (AUT).

³⁷³ Se remite a la acostumbrada asociación de los dientes de la mujer con

Creí que, gozando a Engracia y casándome con estotra, tendría junto cuanto deseaba: determiné engañarla con palabras y hacer vanos sus deseos, con cuyo intento llegué a ser ejecutor de su deshonra, cuando impensadamente hallé quien, a no ser el cielo más piadoso, lo fuera, como de la falta de mi salud, de mi vida. No trae pequeño dolor a mi memoria pensar que faltó Engracia aquella misma noche de los ojos de su madre y del recogimiento de su casa, en cuya ausencia no es posible que deje de dudar el pensamiento si sería ella quién me procuró tantos daños; aunque, cuando percibo a costa de mis ya cansadas imaginaciones y recuerdo a mis confusos discursos, el amor, las finezas y fe constante suya, cesan las dudas de su parte, aumentanse de parte mía; califico su causa, ignoro la de mis males; doy crédito a su inocencia, acredito mi ignorancia; y finalmente quedo en tantas diversiones cansado, corrido, dudoso, castigado y ignorante”.

Aquí acabé de explicarle mi pecho, y aquí comenzó él a advertir quién pudo obligarle a lo que no pensó ni previno. Ponderó, según después me decía, los engaños que ha introducido en el mundo el secreto, y vía en él que yo estaba favoreciendo a quien pude mirar tirano de mi vida. Prometió servirme todo el resto de la suya, correspondile cortés, y despidiose apacible. Levanteme de allí a dos meses, y mi cuidado acompañado de su diligencia fueron basas en que estribó el edificio de su dicha, pues brevemente le hicieron cabo de cuatro compañías, con que quedó premiado, agradecido y contento, porque al fin, aunque llegue tarde, nunca deja de llegar a la puerta de los méritos el premio. Todo este tiempo había estado Engracia oculta en el lugar donde dije, tan llena de temores como ajena de remedio. Vía que su negocio se dilataba a meses cuando su deseo se reducía a puntos, y que cada instante iba cobrando nuevas fuerzas. Hacía que Paula (que este era de su huésped el nombre) visitase algunas veces su calle para saber si había alguna novedad, y hallaba que todo estaba en un estado mismo: su madre llorosa, las criadas tristes y los criados confusos. Llevaba Engracia esta vida no alegre aunque apaciblemente, porque la alentaban esperanzas de tener en su fin principio a otra más agradable. Mas, como de ordinario cuantos esperan remedio a sus desdichas viven padeciendo o previniendo trazas para conseguirle, entre otras le pareció conveniente partirse a Sevilla, donde poseía un tío suyo el mayorazgo que ella por ser mujer no

las perlas.

gozaba, y su hermano por ser –en la opinión de todos– muerto no tenía; pues refiriéndole el suceso afligida, le dejaría obligado a que la remediase piadoso. Trató esto con Paula, persuadióla que la acompañase por no dar que pensar con su soledad y su hermosura, y manifestole las joyas que tenía, las cuales harían el camino, aunque no más corto, menos trabajoso. No hubo menester muchos ruegos cuando las vio la referida Paula, antes trazó en su imaginación de quedar rica a costa de un engaño. ¿Qué no podrá la vil codicia en gente humilde? Hacía cuenta de los diamantes, disponía de las esmeraldas de Engracia a su modo mientras ella prevenía el viaje. ¡Oh inocencia, qué poco tienes de recelo y cuánto de ignorancia! ¿Quién dijera a la mísera Engracia que llevaba en su nueva compañera, con rostro y piel de amiga, la más fiera enemiga de su vida, o, por mejor decir, la más fiel amiga de su hacienda? Tenía esta vil mujercilla un marido, su igual en las costumbres y nacimiento (que siempre se conforman los que nacen debajo de una estrella); este pasaba su vida, y aun merecía su muerte, aliviando el peso a los cuidadosos caminantes (piedad que todos dieran por recibida); acompañábanle otros cuatro, que nunca andan solos ladrones y desdichas. Escribióle el viaje que hacía a Sevilla, la persona a quien acompañaba, ocultando siempre el nombre, como cosa que no hacía a su propósito; y últimamente las joyas de que se juzgaba dueño, para cuyo efecto, y para que fuese el provecho mayor, convenía que anduviese algunos días, de los que le pareciesen a propósito, solo, que, pues ellas no llevaban defensa, podría sin peligro ser absoluto señor de todo. Cerró y encaminó esta carta con persona que le pareció segura a una venta donde se juntaban para acreditarse de hombres los que tenían ejercicio de fieras, mas el mensajero, que ya tenía noticia, aunque confusa, de las costumbres de Estacio, persona a quien se dirigía la carta, quiso ver curioso lo que contenía, o saber temeroso si llevaba contra sí mismo libranza de su muerte a letra vista. Abrióla presuroso, leyóla diligente y admiróse confuso viendo los engaños que ha introducido en la humana malicia la posesión del oro. Bien se volviera a Madrid para que tuviera castigo traición tan espantosa, mas la brevedad de unos despachos³⁷⁴ no le permitió tanta tardanza. Propuso remediar este daño dando parte a la justicia del lugar más próximo a la venta adonde iba encaminado

³⁷⁴ *despachos*: «Vale también el acto mismo de despachar» (AUT), entendiendo *despachar* como: «Enviar: como despachar un correo» (AUT).

el sobrescrito, y atajar con los pasos del no conocido Estacio la conocida industria de su mujer infame. Guardó la carta, aunque no de manera que antes de llegar a Illescas no se quedase en el real camino³⁷⁵. Venía un criado de doña Eugenia de hacer en aquella villa una importante diligencia, y, viendo una carta en el suelo, se apeó y leyó las razones que sustancialmente os he dicho. Quedó admirado, si alegre: admirado de ver maldades tan extrañas, y alegre de sentir que faltaría la ejecución, pues sin ella no llegaría el aviso. Llegó con brevedad a su casa, y, después de haber dado a su señora cuenta de lo que había negociado, le puso en las manos el pliego, no con otro fin sino de que cambiase en el trabajo de leerla desengaños de la maldad nuestra y la bondad divina que espera a los hombres tanto como si necesitase de ellos. Estuvo suspensa doña Eugenia un espacioso rato, y aunque no decía el nombre de quien las llevaba, conoció por las señas de las joyas ser las que Engracia solía ocultar, aun siendo diamantes, con la luz de sus divinos ojos. Aquí fueron mayores las ansias, mayor el desconsuelo; aquí la presumió muerta, siendo ese el daño menor, mientras la aprendía deshonorada, pues quien la quitase las joyas mejor la robaría la del honor, que era la más preciosa; de suerte se afligía que no dejaba en el alma lugar esta pasión al remedio, mas, persuadiéndose a que de aquella forma solo pérdidas de salud granjeaba, acudió al que le pareció más eficaz y más breve, que fue pedir al presidente³⁷⁶ de Castilla remedio. En negocio tan justo, pedido con tanta eficacia, y que él por sí necesitaba de presteza, se despachó un juez que la pusiese en allanar el camino y ocurrir al iminente daño. Aunque fue grande aquesta diligencia, no tan breve que no llegase dos o tres días antes el mensajero a aquella parte en que determinó dársela a la justicia, el cual, viendo que le había faltado la carta y temiendo no ser creído, pasó adelante, y al proseguir con su camino le salieron los impíos habitantes de aquel monte; y, presumiendo de su rigor que sería muy posible quitarle, con el dinero que llevaba, la vida, acordándose del nombre y persona a quien había de dar la carta, preguntó si acaso estaba entre ellos, y satisfecho de que era caudillo de aquella vil escuadra

³⁷⁵ La carta se le cae al suelo poco antes de llegar a Illescas, ciudad que está más o menos a la mitad del «real camino» (o «camino real») entre Madrid y Toledo.

³⁷⁶ *presidente*: «Tómase regularmente por el que es cabeza o superior de algún consejo, tribunal o junta» (AUT).

el hombre que decía, le apartó de los demás, y dijo, en el potro del temor³⁷⁷, cuanto en la carta había sabido, sin tener necesidad de más cuerdas³⁷⁸ que las dudas de su muerte. Informose cautamente Estacio de todas las circunstancias que le parecieron importantes, en que conoció la riqueza del robo y el miedo que a aquel miserable oprimía; dióle por este aviso libertad, recibiéndole primero juramento de que a nadie manifestaría lo que a él le había descubierto. El mensajero se ausentó entonces, y Estacio se dividía de allí adelante de sus compañeros, y solo esperaba así el feliz despojo.

Engracia y su aleve compañera caminaron por sus jornadas hasta el lugar que por tantas partes se juntaban sus desdichas para quitarla en un punto lo que en tantos años la había dado su fortuna. Trazó la traidora e infame mujercilla las jornadas de suerte que un jueves (porque al que es infelice nunca esperan al martes las desgracias³⁷⁹) a boca de noche llegaron a Sierra Morena. Algo temerosa caminaba Engracia, como a quien el corazón, de los males o los bienes fidelísimo nuncio, le daba proféticas nuevas de su peligro; ni se tardaron mucho en estar ciertas, pues al pasar por una estrecha senda fue Estacio parto de unas espesas matas. Comenzó la traidora Paula a hacer fingidas ansias, la mísera Engracia a representar aspectos de insensible en un desmayo, y el pesquisidor fiero de las hermosas joyas a hacer testigos a los ojos, y ministros a las manos en la inquisición de ellas, aunque no sin sobresalto, pues advirtió no lejos pisadas como de caminante, que a toda priesa a ellos se acercaba; el cual, que conoció en la espesura el riesgo y atendió al que se le podría seguir de su descuido, apercibió una pistola que en el arzón llevaba, y, cuando pudo ser visto, vio que le salía al encuentro un hombre: no hubo menester más de advertir al traje con que Estacio publicaba su oficio para que, sin esperar un punto, enderezase a él el rayo artificial que traía, y antes que Estacio pudiese hacer otro tanto, que ya lo deseaba, le derribase en

³⁷⁷ *potro*: «Se llama también cierta máchima de madera sobre la cual sientan y atormentan los delinquentes que están negativos para hacerles que confiesen u declaren la verdad de lo que se les pregunta» (AUT).

³⁷⁸ *cuerdas*: otro instrumento de tortura.

³⁷⁹ La expresión, que suena a refrán, indica que los acontecimientos negativos no suceden sólo el martes, día «desgraciado» por excelencia, sino que pueden pasar en cualquier momento. Hay una nutrida tradición supersticiosa, tanto griega como romana, sobre la influencia negativa del martes. Correas (2000: 196) registra varios refranes con esta idea.

el suelo, aunque no de todo punto muerto, peligrosamente herido. Apeose el animoso don Fernando, que este era el caminante que gozoso y honrado caminaba a Sevilla con intento de ver una ciudad tan insigne, y partirse después a adelantar con su esfuerzo su estado en los de Flandes. Ató las riendas del caballo en que iba a una vecina rama, y previno la escopeta del contrario en su favor por si fuese necesaria. El justísimo cielo, que tal vez suele mostrar rigor para dar más copiosos los favores, permitió que Engracia cobrase sus sentidos, y, mirando que su engañosa amiga saqueaba su inocente pecho, lugar que era sagrado de las joyas, con voz flaca y nacida de un ánimo forzosamente débil empezó a reprender sus traiciones y provocar a lástima a quien no tuviera corazón de mujer endurecida, que es hipérbole de crueldad. Don Fernando, a quien parece que destinaba su estrella para auxilio de Engracia, acudió adonde la delicada y lastimosa voz se oía, y reparó en la impiedad de aquella fiera mujer que, alentada con pensar que volvía su marido, quitaba a la pobre señora las joyas y vestidos. Cuando vio estas acciones el noble caballero, sin poder detenerse en los límites de su prudencia, antes movido a compasión, ciego de enojo, o impelido del cielo que suele tomar a unos por instrumento de otros hombres para castigarlos, llegó, y bañó tres veces con la alevosa sangre el limpio acero. Dudó en salir el alma, no porque quisiera habitar en tan infame cuerpo, sino porque viendo tantas partes no supo por cuál saldría más presto. Temerosa Engracia de que pasaría también por aquella pena, esperó la muerte para que no llegase, que pocas veces llega al que la espera. Muy diferente era en don Fernando el intento de aquella imaginación de Engracia, y así, acercándose a ella cuanto le permitieron las tinieblas y la obscuridad de la noche, atendió a la perfección de su hermosura, y, atraído de la sangre, que como tan suya le hablaba tácitamente al corazón y ejercitaba a su amparo, la alentó con razones, la alivió con consuelos y la levantó con los brazos, prometiendo no salir jamás de su gusto ni desistir de su ayuda todo el tiempo que se quisiese servir de su persona. Exhortola a que perdiese el recelo que podría tener con un hombre en soledad tan grande, pues aunque su hermosura procuraba, su honestidad reprimía, y aunque su gracia disculpaba yerros, su desgracia obligaba más a favor que a errores. Volvió, acompañado de su desconocida hermana, don Fernando adonde había dejado a Estacio, el cual lo mejor que pudo se había escondido entre las matas que estaba cuando salió la vez

primera, creyendo que en ausentándose el caminante podría su mujer aplicarle algún remedio y llevarle donde pudiese ser curado. No hizo demasiada diligencia don Fernando para hallarle; antes, cuando no lo vio, le vino el pensamiento que sin duda no había quedado tan herido como presumió, y que podría haber ido a dar cuenta a otros profesores³⁸⁰ de su ejercicio, con que serían posibles nuevos riesgos. Puso por esta razón con brevedad a Engracia en la mula que había venido y subió él en el caballo que llevaba, tornando, a ruegos de la temerosa señora que ya temía en cada paso semejantes sucesos, a desandar el comenzado camino, y a desistir del pasado propósito y viaje. Faltaba un largo trecho para llegar a parte en que más recogidos y seguros esperasen el día, y así, persuadida de don Fernando por lisonjearle el gusto y empezar a reconocer tantos beneficios, le refirió Engracia todo lo que sabía de sí y la había traído a aquel estado, añadiendo a la verdad de su nobleza mi desdicha, y últimamente la palabra que la tenía dada de esposo.

Habíame dejado don Fernando muy en vísperas³⁸¹ de novio de doña Ana, señora, como dije, muy rica, y a quien hacían querida, con sesenta mil ducados de dote, esperanza de heredar otros tantos después de los días que en don Beltrán, su padre, no podían ser muchos, culpa a los achaques con que postra el tiempo nuestra naturaleza. No había querido asistir en su boda por librarse de los pesares que en ver con otro dueño a doña Ana tendría, a quien él estaba más que medianamente rendido, correspondiendo ella a su afecto con un amor siempre limitado a la obediencia de su padre. Conociendo, pues, la ocasión que se le ofrecía y el bien que granjeaba en llegar a tiempo de impedir el matrimonio, así por su interés como por el aumento que naturalmente para Engracia apetecía, sin darla cuenta de lo que pasaba por no darla más penas, trató de apresurar el paso. Llegaron con el alba -risueña ya de ver a Engracia alegre- a una venta, donde hallaron al juez, de quien dije que iba a prevenir en aquel monte remedios al peligro de los caminantes, que, informado de lo que pasaba, buscando después a los demás ladrones, ejecutó en ellos jurídico castigo.

Llamábase don Diego el tío de Engracia, persona que, por muerte de su padre y falta de heredero varón, poseía su mayorazgo. Este era amigo muy estrecho de don Beltrán (padre,

³⁸⁰ *profesor*: «El que ejerce o enseña públicamente alguna facultad, arte o doctrina» (AUT); nótese la ironía de calificar a los bandoleros de «profesores».

³⁸¹ *en vísperas*: «Modo adverbial que vale cerca o con intermediación de tiempo» (AUT).

como ya dije, de doña Ana), y así en tiempo de tanto regocijo se había partido de Sevilla, su patria, a ver propias las ajenas alegrías con el futuro casamiento. Pasó por el lugar donde había quedado Estacio escondido a otro día de como le sucedió la que él llamaba desgracia. Estaba ya, así por la pérdida de sangre, como por ser en parte peligrosa la herida y haberse puesto poco remedio en ella, casi en el último vale de la vida. Reconociendo pues cerca la que su deseo quisiera muy lejos y su injusto oficio parece que juzgaba imposible³⁸², y viendo que Paula no venía, y que pasaban algunos caminantes, con flaca y lastimosa voz trató de provocarlos a lástima. Apeose don Diego, porque ya los criados iban adelante, y vista por Estacio su noble presencia, descansando algunas veces, le dijo: “Si, como yo pienso, oh ilustre señor mío, puede algo la piedad en un noble; y si, como creo, de un ánimo cristiano atenderá menos a la persona que pide que a lo que a sí mismo se debe, en estas que son las últimas palabras no dude de escucharme, ni de poner en ejecución lo que intento pedirle”. Don Diego prometió hacerlo al punto, y él prosiguió diciendo de esta suerte: “Yo, pues, en quien a la ignorancia de la primera edad sucedieron libertades en la puericia y atrevimientos en la juventud, siempre viví en el más infame género de vida de cuantos en los hombres ha inventado la malicia; ruego al piadoso Dios sea solo para más confusión mía, pesar al triste paso en que me veo, y escarmiento a los que con mi ejemplo confirmaren, que raras veces deja de saltar la muerte a cada uno en el ejercicio que profesa. Enseñábame al principio en pequeñuelos hurtos, que entonces por la falta de experiencia todo es menos; acompañábame con otro de mi edad, que nunca para el mal faltaron compañeros y, cansados de ser seguidos en la corte, nos salimos a campaña, donde hicimos algunos viles robos: uno de ellos fue a una labradora, a quien dimos impiamente la muerte solo porque llamaba a su defensa con voces³⁸³. Llevaba un hermoso niño en los brazos, a quien, inclinado y piadoso, trasladé yo a los míos. Contenteme con quitarle algunas cosas que le adornaban, en cuyo valor advertí que no procedía de villana sangre, y en la más

³⁸² La vida eterna.

³⁸³ Estacio repite el mismo episodio que había contado Antonio; aunque ahora el punto de vista es el del bandolero, los pasajes son muy parecidos: «salieron dos hombres que, al quitarle lo que llevaba, porque se quiso defender con voces, armas que solo hieren en el viento, a rigor de una daga hicieron en su pecho dos puertas por donde saliese entre las últimas el alma».

propincua³⁸⁴ aldea, ayudado de una mentira, le dejó a una aldeana pobre. Volví después a Madrid, donde secretamente me informé de sus padres y supe que heredaba seis mil ducados de renta. Oculté hasta este tiempo cuanto ya habrá servido a vuestra suspensión de admiraciones”; y, diciendo esto, sacó del pecho un papel doblado, y dándosele a don Diego, prosiguió: “Yo, al fin, que no ignoraba el perjuicio que se le seguiría de no ser conocido y atendía al peligro en que andaba mi vida, escribí el nombre suyo, el de sus padres, y el del lugar y persona en cuyo poder le había dejado para poder hacer con menor dificultad lo que he propuesto; en ese pequeño papel están con la memoria unos encajes de oro que él llevaba entonces en un agnus³⁸⁵ que le dejó para que mejor fuese conocido, y que no he querido vender en cuantas necesidades me he visto, así porque su valor es pequeño, como por efetuar con mayor certidumbre los deseos que he tenido de que vuelva a la prosperidad de que por mi causa tanto tiempo ha vivido defraudado”.

Puso con esto Estacio fines a su narración y a su vida, quedando don Diego admirado de oír este suceso y, cuanto admirado, sospechoso de que era el único hijo de su hermano aquel de quien tenía nueva noticia. Abrió con este cuidado el papel, y, conocidos los nombres, hizo evidencia de lo que tenía duda. Volvió con esto a proseguir su viaje, imaginando buscar luego la en tantos días desconocida prenda. Proponíasele al pensamiento ocultar aquel caso, pues de que se conociese lo que él solo sabía se le seguiría el perder tan poderosa hacienda; mas la cristiana piedad y la nobleza propia no admitieron el parecer de la codicia, teniendo por cosa indigna de un ánimo ilustre lo que aún no había hecho la condición de un hombre facinoroso. Apresuraba este cuidado a don Diego y su amor a don Fernando, que, como dejo referido, aún no venía adelante una jornada en compañía de Engracia. Llegaron todos a Madrid a un mismo tiempo por haber aguardado don Fernando a que cayese la noche, temeroso de que Engracia sería conocida. Apeáronse el noble mancebo y su ignorada hermana en una de las muchas posadas con que regala la corte a los forasteros, sin hacer él más diligencia por entonces que certificarse de que no se había hecho el desposorio, y que se había

³⁸⁴ *propincua*: «Forma enteramente culta, h. 1260, *Partidas*: Leyes de Moros SS. XIV-XV [...], Cervantes, Lope lo tilda de pedantesco» (DCE, IV: 665).

³⁸⁵ *agnus*, o *agnusdéis*: «Objeto de devoción consistente en una lámina de cera impresa con alguna imagen, bendecido y consagrado por el Papa» (AUT).

dilatado hasta que llegase de Sevilla don Diego, un caballero amigo de don Beltrán, pero que se haría luego por cuanto se acababa de apearse en aquel punto con singular alegría de toda la familia. No fue pequeña la de don Fernando con esta nueva, y así se volvió a darla a Engracia del buen suceso que prevenía a su negocio. Vino, con la presteza que suele tener el tiempo, el siguiente día, y fue don Diego a cumplir con sus obligaciones visitando a doña Eugenia, que toda esta diligencia había estado cubierta el alma de luto por la muerte que ya tenía cierta en su desdichada hija, siendo a todas horas sustento suyo solos suspiros, lágrimas y pesares. Recibióle con alegría exterior y determinó encubrirle esta novedad; díjole que tenía a Engracia en un convento con una prima suya por excusarse del peso y los cuidados de guardarla. Creyólo don Diego, alabó su parecer, y finalmente, en nombre de don Beltrán, que estaba presente, la convidó para la boda. Aunque se excusó a los principios, hubo de aceptar por no dar con la porfía indicios de su encubierta tristeza. Vino la noche, que había de dar fin a mi libertad y exordio a un voluntario cautiverio. Acudió doña Eugenia y, viéndome, renovó en su memoria la pasada tragedia de su honor, y aun hizo mucho en que no se le arrancase de sentimiento el alma. Lloraba cuando no temía ser vista, y procuraba alegrarse a la de todos. No se descuidó don Fernando, pues habiendo hecho poner a Engracia sus joyas y cubrir con un manto, sin que supiese adónde la llevaba, entró con ella en la sala, y llegándose a mí me dijo: “Muy cuerda, oh señor don Antonio, miro la prevención que tenéis de desposado, mas querría que advirtiésedes que yo vengo a traer a quien ha de ser vuestra esposa; el cómo no es para el lugar presente, mas será fuerza que le escuchéis aquí, si ya no queréis oírle en el campo”. A estas palabras, que traían disfraz de desafío, me levanté, perdidas las colores, y le dije que guiase adonde quisiese, pues yo debía a mi sangre el no excusar cuantas ocasiones se ofrecían³⁸⁶. Hízolo don Fernando, y con la mayor disimulación que fue posible nos apartamos de entre los circunstantes, si bien no tan ocultos que, cuando se sintió mi falta, no hubiese quien diese indicios de que había salido con enojo. Salió Carlos, mi hermano, en nuestro seguimiento, y tras él don Diego y don Beltrán, que a pocas calles nos encontraron y hicieron volver adonde todos los demás habían quedado esperando el fin de aquel suceso. Enviamos a un criado que llamase a Carlos, el cual, por no

³⁸⁶ La sangre noble de Antonio le obliga a no rehuir los desafíos.

perdernos, había echado por otra calle; pero ni él le halló, ni yo le he visto hasta que ahora le encontré en Cartagena. Últimamente llegamos a la casa de don Beltrán y hallamos a Engracia, que con la fuerza del dolor había caído con un desmayo en el suelo. Acudió a esta novedad el piadoso afecto de algunas señoras, y entre ellas su misma madre, que empezó a reiterar de nuevo el pasado llanto, ignoro si de contento de verla o si de pesar por ser de aquella suerte.

Hízose confusión lo que se esperaba fiesta, y más cuando María Jiménez, que era quien había criado a don Fernando, y quien, obligada de su mucha pobreza y de la falta de marido, había llegado a servir en casa de doña Ana, después de haber reparado en él y conocídole, llevada de su pasión, comenzó a abrazarle diciendo: “¡Ay, querido hijo mío! ¿Quién pensara hallar con vuestra presencia tan cumplida alegría?”. Dio esto más que decir, y aun que admirar, a los circunstantes, viendo que mujer tan pobre llamaba con nombre de hijo a quien vían galán de plumas, rico de galas, bien dispuesto y hermoso: partes que, si no repugnan a la villana sangre, desmienten a los que las miran y la acreditan de noble. La que más confusa estaba era doña Ana, por estar cierta del amor de don Fernando y inclinada a estimarle: unos, finalmente, nos desconocíamos a otros, y muchos a sí mismos, tal era la admiración de todos. En tantas obscuridades tuvo piedad el cielo, y quiso que don Diego, que traía la memoria del lugar y nombres donde había quedado niño don Fernando, parte por la sangre que tenía suya y parte por haberle visto abrazar con tan desiguales brazos, advirtiese en preguntar de aquella mujer el nombre; por el cual, conociendo a su sobrino, llegó también amigablemente a abrazarle, con que dejó a los presentes de nuevo absortos. Mas, puestos en prudente silencio, llamó a doña Eugenia y la dijo: “¡Conoced, oh nobilísima señora, estas prendas que tanto enriquecerán vuestra sangre, y llegad a don Fernando, vuestro hijo!”; para cuyo crédito, preguntando al aldeana cuánto habría que le habían entregado aquel niño, y pidiéndole si acaso tenía guardado el agnus que llevaba, vino excelentemente con la memoria y encajes de oro que él traía. Crédula doña Eugenia a lo que don Diego le proponía, teniendo mejor información en su pecho que le decía la verdad de cuanto no dudaba, temió a su modestia en su alegría. Don Fernando, que a todo estaba atento, creyera burla esta novedad a no ver tantos testigos en su abono: el que más hizo esta verdad patente fue saber que don Fernando tenía

una señal sobre el tobillo izquierdo, a causa de que él y Engracia nacieron contiguos por aquella parte, y fue necesario dividirlos en naciendo. Últimamente, calificado por hijo de doña Eugenia y hermano de Engracia, volviéndose a mí me dijo: “Nunca, amigo y señor don Antonio, el que es noble hace disfraz de engaños a las palabras sin que perjudique a su nobleza, pues el que las da se hace deudor de sí mismo en lo que promete, y quien niega lo que debe a su sangre, a ella hace el principal agravio. Mirad, pues, cómo se compadecen sangre noble y afrentas: la que disteis a Engracia antes que conociese quién soy vine a ver cumplida piadoso, y ya debo hacer efeturar honrado. Ella en calidad os iguala, por ignorante no desmerece y excede por hermosa a muchas que lo piensan; y si no digo a cuántas lo son es por no agraviar a mi gusto, que tan pagado está de mi señora doña Ana. Todo esto añada peso a las obligaciones que tenéis al mayor amor que ha conocido el mundo, y, últimamente, el tenerme por amigo y esclavo. Pues, en cuanto a los escrúpulos que de haberse ausentado pueden nacer, demás de que vos fuistes la causa, yo me obligo a dejaros satisfecho”. No tuve con que responder a razón tan clara ni a palabras tan corteses si no es con el silencio, y acudir adonde Engracia estaba, que, cuando volvió del desmayo, se halló en los brazos de su querido esposo y amante. Visto esto por don Diego, y el afecto que don Fernando había insinuado para con doña Ana, quitando el rebozo a su vergüenza, con increíble regocijo de don Beltrán, se la dio por esposa, pareciendo a todos que no los hombres, sino el cielo había hecho semejantes conciertos cuando nadie esperaba menos que eternas enemistades. Don Diego, atendiendo al derecho que don Fernando tenía a su mayorazgo, hizo cesión de él, aplicando cuarenta mil ducados de los corridos para el dote de Engracia, con cuya liberalidad se dio don Fernando por pagado en los demás, a quien después conmutaron el premio de Flandes en un honroso hábito de Calatrava, sin que hubiese quien no quedase contento. Veis aquí el fin de mis amores para que tenga principio en la relación de Carlos el suceso que le pudo obligar a ausentarse de la corte en tiempo de tantas glorías mías, y para que deis con la variedad de estos sucesos lugar a la diversión, y granjeéis pérdidas de tan intensa melancolía como sacáis de Cartagena».

Exageró Feniso la pasada historia de extraña y a la relación de elocuente, dando en estas alabanzas a Carlos aliento para

merecer otras semejantes y comenzar sus fortunas desde el punto adonde hizo memoria de él don Antonio en esta forma:

«Después que, según queda referido, salí en vuestro seguimiento, y hechas suficientes diligencias para hallarlos, me pude desengañar de que era vano mi cansancio, determiné volverme a saber si se había conocido la causa de aquel alboroto, y al pasar por una calle algo apartada del comercio y trato de la corte, vi en el portal de cierta casa una mujer cubierta con un manto: reparé en ella, y, llegándome, advertí que con la mano me llamaba. No hubiera menester tanto mi burlona condición o mi ocasionada juventud para que llegase, y así lo hice con airoso despejo y atrevida resolución, comenzando a tratarla como a mujer común, y pareciéndome que no podría dejar de serlo la que a tales horas me llamaba en tal lugar y tan sola. Mas, desviándose un poco, me dijo: “Caballero, si el verme de esta suerte hasta ahora os tiene disculpado en vuestras acciones, ya merecerán de aquí adelante nombre de descortesés y atrevidas, pues sabréis que quien os ha llamado es una principal mujer afligida, o para valerse de vuestro valor, si le tenéis, o para que acreditéis el atrevimiento que mostráis”. Cuando vi que en el modo de decirlas mostraba ser sus palabras verdaderas, y que el talle y trajes suyos, aunque a lo obscuro, daban en brilladora tela claros indicios de lo que su dueño decía, volviendo por mí en la prudencia, y reduciendo el lenguaje a más cortés estilo, la dije: “A quien anticipa disculpas a mi pasado yerró, excusado será dárselas y acertado ofrecerme a su servicio. Es mi nombre don Carlos de Velasco, en que juntamente tendréis noticia del valor, si atendéis a que a un hombre noble es imposible le falte”. Cuando llegaron a sus oídos estas palabras y reconoció mi persona, empezó a dudar si me propondría su intento, y tras una corta suspensión me respondió: “Señor don Carlos, si Vuesa Merced quisiese pasar por ello, no me pesaría de que desistiese ahora de hacerme el favor que procura, y no porque él no sea digno de toda estimación y agradecimiento, sino por el temor que tengo de ser conocida”. Creció en mí por esta parte con más fuerza el deseo de saber quién era, y para conseguirlo la aseguré de no intentar cosa que no fuese su gusto, y añadí que entonces me corrían más obligaciones de ayudarla y servirla que en otro cualquier tiempo, pues, si antes emprendiera el más fiero peligro solamente por ser mujer quien me mandaba, ya se había recrecido la³⁸⁷ de

³⁸⁷ Entiéndase «obligación».

conocimiento³⁸⁸, y que así no dudase en referirme y disponer cuanto hubiese de hacer en su servicio. Ella entonces me dijo que era amiga de doña Violante, dama a quien yo tenía la voluntad rendida, y que me trataba con tan rigurosos desdenes que no solo se guardaba de hablarme, pero huía las ocasiones de que la viese, juntando a disfavores desengaños, que por tercera persona me había dado, de que sería inútil el trabajo que pusiese en pretenderla. Cuando oí que era amiga de mi ingrata señora, me alenté con doblado ánimo, creyendo que con aquel servicio granjearía en ella un solicitador cuidadoso en el negocio de mis amores, y ella prosiguió diciendo: “Con esto pienso haber adquirido el que toméis mis causas como vuestras; y, pues estoy satisfecha del esfuerzo con que ilustráis vuestra heredada sangre, lo primero de que os pido palabra es de que no os moveréis a cosa que sea contraria a lo que yo dispusiere”. A todo asentí con juramento. Asegurose con esta prevención y, determinada, me dijo que la siguiese, con advertencia de que ella había de entrar en una casa y que yo me quedaría a la puerta, apercibido para no dejar entrar a nadie de fuera y prevenido de no me alborotar aunque oyese arriba algún ruido, y últimamente de permitir que saliesen todos los que lo intentasen. Yo estaba ya empeñado en favorecerla, y por mí mismo no puse dificultad en hacerlo. Llegamos a una casa principal, y, subiendo ella arriba, me quedé a ser ejecutor de sus disposiciones. Oí brevemente el ruido de que tenía ya noticia, y vi que bajó luego un hombre con capa y sombrero de color, el rostro cubierto, en el aspecto airado y en las palabras poco cuerdo, pues decía: “¡Así se debe tratar a las mujeres viles! ¡No le faltaba más a mi sangre que mezclarse con la de una infame mujer!”. Por no hallarme obligado a dejar de ser obediente, me encubrí de suerte que no fui visto, y él se ausentó sin que advirtiese por dónde. Bajó luego la persona a quien yo había acompañado, y llorosa me dijo: “Ya, don Carlos, he hecho la postrera experiencia de mis desdichas. Lo que ahora me importa suplicaros es que me llevéis en casa de algún amigo, donde pueda dejar estos mujeriles vestidos”. Con fácil trabajo se vio en la de uno, a quien yo solía fiar otros secretos, y en un aposento, sola, se desnudó la ropa y vasquiña, debajo de la cual venía en hábito de hombre y, desdoblando un ferreruelo que para el efeto mismo llevaba, salió diciendo que pidiese para mí una

³⁸⁸ *conocimiento*: porque Carlos quiere conocer, ante todo, quién es la mujer. El lenguaje del personaje es aquí eco de fórmulas jurídicas.

espada, y la diese a ella la mía. Con todas estas cosas me iba convidando el fin de este suceso para que le esperase; en resolución la obedecí y nos salimos guiando ella mis pasos por Santa Isabel³⁸⁹ a un palomar que está en medio del campo, algo desviado del camino, donde determinó que me escondiese; y se puso a esperar, con prevención de que en haciendo una seña había de salir, porque entonces tendría necesidad de mi persona. Cosas eran todas estas que me tenían absorto sin que pudiese dar alcance a tantas novedades, ni percibiese el obscuro intento de aquella mujer, toda confusiones y todo enigma de mi pensamiento. Mas después del espacio de una hora, sentí que llegaba un hombre: miré por un pequeñuelo hueco que la pared tenía, y pareciome ser el mismo que salió de la casa en que me quedé a la puerta. A esto se siguió el pararse y el decir con osadía resuelta: “Vos, don Carlos, habéis sido imprudente en sacarme al campo por lo que yo hiciera fácilmente en la villa. Dos cosas me escribís en el papel que hoy pusieron en mis manos: la primera es que esté cierto de que queréis a doña Violante, y la segunda que estáis dispuesto a que la deje. Y yo respondo a entrambas que me pesa de que hayáis empleado tan mal vuestro buen gusto, y que haré poco en dejar lo que en mi vida he tenido, y cómo a mi muerte aborrezco. Mas pues sabéis que yo jamás salgo a campaña para volverme sin medir los aceros, quiero que lo hagamos los dos, con apercibimiento de que no riño por ella (ni lo hiciera por mujer en el mundo, cuando en mi opinión solamente son honradas las que no han sido solicitadas ni pretendidas), sino porque me habéis sacado a este puesto”. Muchas cosas me pudieron obligar a que saliese y procurase responder por mí en tan apretada ocasión: ya el oír que hablaba conmigo, ya el decir mal de doña Violante, pues vituperar lo que un hombre quiere es hacer agravio a su elección y a su gusto; y, finalmente, el verle sentir tan en perjuicio de las que nos dan el ser, diciendo que no hay honradas por propia virtud sino por ajeno descuido. Pero al tiempo de salir advertí que, sin hablar palabra, la belicosa mujer que fue en mi compañía, viendo venir a su contrario con la espada desnuda, se descubrió con extremada bizarría, sacó un pistolete y, enderezándosele al pecho, le derribó sin que pudiese

³⁸⁹ Calle situada en la parte sureste de Madrid: «La ancha y espaciosa calle *Santa Isabel*, por su izquierda y las demás travesías entre esta y la de Atocha, aunque pertenecen al mismo distrito [Lavapiés], están ya de antiguo formadas de buen caserío, y habitadas por clases pudientes» (Mesonero Romanos 1861: 197).

moverse un solo paso. Sirviome el haber salido, ya que no de responderle, de reconocer quién era el muerto y persuadirme a que era don Baltasar de Orozco, un caballero con quien yo había tenido por otras causas excesivos disgustos. Preguntome la atrevida mujer si le conocía, y, respondida que sí, prosiguió de aquesta suerte: “Ahora sí que conoceréis, generoso don Carlos, quién soy, y qué me ha podido obligar a emprender lo que habéis visto. No me espanto que no me hayáis conocido, puesto que nunca habéis oído mi voz hasta ahora, que sabréis que es doña Violante mi nombre, dichosa en ser objeto de vuestro amor y necia en no haberle dado en el alma su lugar merecido. Dos años habrá, muy pocos meses menos, que don Baltasar comenzó a solicitarme, y a los combates de su fingido amor rendí la fortaleza de mi voluntad. Era mi madre natural de Nápoles, en quien tenía una abundante hacienda; murió, y mi padre se dispuso a cobrarla, dejando a una tía mía que cuidase de mí y supliese en mi compañía la soledad que me amenazaba en su ausencia. Todo lo cual añadió facilidad a mi amor y disposición para que don Baltasar fuese en mi casa admitido. Diome esta cédula de casamiento, y mostrándola hallé que ponía por testigos a lo mejor del cielo, y la confirmaba con tantas maldiciones que era la menor rogar a Dios que muriese a manos de quien más estimase su vida. A pocos días que entró en mi casa y tomó posesión en la mejor joya de ella, se cansó, y, como no tenía otro fin que el que ya había conseguido, cesaron luego los medios de verme. Procuraba atraerle por todos los caminos posibles a que no me dejase, y consiguientemente de cumplir con sus obligaciones, mas era añadir desengaños a desengaños, y hacer experiencias de su ingratitud y mi desdicha. Trataron en esta ocasión sus padres de casarle, y él de obedecerlos, sin acordarse de que no era posible por estarlo –aunque ocultamente– conmigo. Envíele a llamar muchas veces, y en lugar de hacerlo respondía mil descortesías: su casamiento se llegaba, y yo no podía divertirme en mis penas. Tuve lugar de hablarle un día en la iglesia y traerle a la memoria la palabra, cédula, y mano que me dio en resguardo de la deuda de mi honor, y respondiome: “Nunca fue buena para mujer la que aun ha sido mala para amiga”. ¡Ved qué razones de hombre noble! Irrité mi paciencia desde entonces, y atendiendo a que había de ser su desposorio dentro de tres días, y que yo poniéndole impedimento por justicia no haría más de publicar mi infamia, le escribí esta mañana un papel en vuestro nombre, avisándole de

que en este lugar le esperaba cuerpo a cuerpo para conseguir que me dejase. A esto me persuadió el pensar que con estos celos, por tema³⁹⁰ ya que no fuese por amor, volvería a verme, y a ponerle³⁹¹ en vuestro nombre el saber que érades su enemigo y que sabía vuestra pretensión porque la mentira fuese más aparente. Aunque todo estaba prevenido y yo dispuesta a salir, no quise hacerlo sin verle y procurar reducirle: supe que estaba en aquella casa, que es de un amigo suyo, y viendo que andar una mujer sola y de noche es dar licencia a todos para que la pierdan el respeto, me valí de la industria de llamar a uno que por cortesía me acompañase; pareciome vuestra traza a propósito y, como sabéis, ya que en lo demás infeliz, fui en ser vos quien me amparase dichosa. Advertí que no os diese sobresalto aunque oyédeses ruido, porque pensé tomar allí satisfacción de tantas injurias; mas imposibilitaron mis intentos dos personas que estaban con él, las cuales sería forzoso detenerme y hacer que comenzasen con mi prisión mis pesares. Finalmente, yo llegué a su presencia, y en lugar de recebirme, como fuera justo a una mujer de prendas, y atribuir a fineza de amor aquel atrevimiento, le tuvo para tratarme como a mujer infame, y añadir a las quiebras de mi honor, cruelísimos golpes en mi rostro. ¿Quién con tantos desengaños, y quién con tantas injurias dilatará más en su castigo el escarmiento de otros ingratos? ¿Qué mujer no es vengativa, pues aun lo es –por ser mujer– la venganza? Con este enojo me determiné, y aunque sabía que vos érades bastante a tomarla, no quise poner en riesgo vuestra vida, ni en duda la de aquel tirano de mi honor, demás de que no me pareciera satisfacción la que tomara, si no es siendo mi mano el instrumento, que con temor de que la suya sería más poderosa se valió de un pistolete. Yo, en fin, quedo vengada, él muerto y su maldición cumplida, que tal castigo permite Dios que se siga a tantas sinrazones y a la falta de fe, en cuyo abono hizo a su majestad y a su santísima madre testigos. El riesgo de su muerte nos ha de venir a entrambos: a vos por la fama de que sois su enemigo y mi pretendiente, y a mí por haber tenido su amistad y ser cierto su injusto proceder y villano término. Si vos queréis seguirme y –pues hasta ahora lo habéis hecho– acompañarme, será cargarme mil cadenas de obligaciones para que jamás me aparte de estimaros. Yo tengo prevención en

³⁹⁰ *tema*: «Vale también porfía, obstinación o contumacia en un propósito, u aprehensión» (AUT).

³⁹¹ «me persuadió a poner el papel en vuestro nombre».

casa de un criado de mi padre, así de joyas como caballos, para que huyamos. El tiempo es corto. ¡Ved qué importará que vuestra resolución sea breve!”. No hallar dificultad que ponerle, ver que era contingente cuánto decía, el amor que la confesaba y la lisonja que me había hecho en matar a un hombre de quien yo naturalmente era enemigo, me hicieron determinar; y así a toda priesa nos fuimos a la casa en que su criado vivía, que, aunque en edad era crecido, tenía un valor aventajado y un ingenio excelente. Tomamos dos caballos y a él en nuestra compañía, y brevemente debimos a nuestra diligencia el hallarnos en el camino que se dirige a Toledo. Llegamos a él por la mañana otro día, y sin detenernos pasamos a sus montes con intento de elegir habitación en ellos, o ya para estar más cerca y tener noticia de todas las novedades de la corte, que sería fácil enviando disfrazado a Jimén –así se llamaba el criado–, o ya por no ser encontrados aunque fuésemos seguidos. Buscó Jimén un vestido de labrador, y acreditado de su edad le hicimos que nos llamase sus hijos, y que comprase en un lugar de aquellos casa y cantidad de ganado con que fuese estimado por rico, y nosotros dejásemos de ser murmurados en la aldea, aunque nos viesen adornados de galas a su modo. Disfraceme yo con el nombre de Cardenio y doña Violante con el de Jacinta: vivimos allí encubiertos muchos días, gastando yo parte de ellos en perficionar mi amor, y parte en compañía de las musas³⁹². Algo de lo que escribí, si sobrare tiempo y no os faltare el gusto, podréis después escucharme, y ahora este romance, en que se manifiestan parte de mis afectos:

De los ojos de Jacinta
su risa el alba aprendió,
su verde matiz el prado³⁹³,
sus claras luces el sol;
bulliciosas esmeraldas

³⁹² Sólo ahora el lector descubre la verdadera identidad de los pastores Jacinta y Cardenio que aparecían en la primera escena de la novela, presentados como hermanos y «ricos habitantes de aquel monte».

³⁹³ El motivo medieval de la mujer de ojos verdes tiene amplia difusión en el Siglo de Oro. Verdes son los ojos, por ejemplo, de la Melibea de la *Celestina* o de la Dulcinea del *Quijote*. Aquí, como en varios textos áureos, podrían representar un signo de distinción, de exquisitez y de nobleza de la dama (cf. Sletsjöe 1962 y González Ollé 1972: I, 291-294, con la rica bibliografía citada en la n. 22).

sus hermosas niñas son,
mas tan piadosas que visten
de esperanza a su rigor.

Yo estoy perdido por ellas,
pero disculpado estoy,
que no amar tan bellos rayos
fuera negar su valor.

Celoso vivo, y bien sé
que no fue sin ocasión,
porque a su rara belleza,
¿quién la vio que no la amó?

Dormida en el prado un día
la hallé, porque pienso yo
que a veces da la fortuna
lo que no concede amor;

llegué a despertar sus luces,
y, viendo que amaneció,
con vergonzosa inquietud,
riyó³⁹⁴ el prado su temor;

salieron a sus mejillas
dos rosas, y mi pasión
pensó que entonces nacía,
y dejábala por flor;

quiso hablarme, y sin dejar
lugar a indignación,
que disculpa anticipada
hace el defecto menor,

la dije: “Hermosa Jacinta,
el prado se me quejó
de que a un sol huya la noche,
y que anochebiese a dos.

Murmuraba este arroyuelo
de tu hermoso resplandor,
mas, ¿quién habló bien jamás
de las cosas que invidió?

Yo, para tomar venganza
de su vana presunción,
te desperté, y él corrido

³⁹⁴ Forma arcaica del pretérito indefinido de *reír*, todavía en uso en la época clásica.

a despeñarse corrió”.

Aquestas parleras aves
callaban, porque su voz
no se atreve a despertarle
cuando está dormido el sol;

bien pudiera yo aprender
de su cortés atención,
mas, ¿a quién faltó la luz
que no hiciese algún error?

“Gran pesar me has hecho –dijo–
porque soñaba mi amor
que te amaba, y te decía
lo que calla el ser quien soy”.

Al rogar que prosiguiese,
risueña a verme volvió:
quedé ciego, y ausentose,
o fue vergüenza o valor.

Allí acontecieron varios casos, que, temiendo a vuestro cansancio, de industria dejo de referiros, si bien el que un día nos sucedió no me permite que le deje oculto». Contó aquí don Carlos todo lo que había pasado a Feniso, como al principio de estos sucesos queda dicho, añadiendo después: «En esto entreteníamos la cansada vida del aldea, y digo cansada vida porque en la corte puede cansar la diversidad de negocios, mas allí la misma vida cansa tanto parece larga y tanto es insufrible. Por las cartas que a doña Violante venían de su padre acudía Jimén a su tía, y entre otras le llegó una en que la avisaba estar indispuerto de una enfermedad tan larga que sería posible impedirle la vuelta a España, por lo cual convenía que ella se partiese luego a tomar posesión de la hacienda para que, si quedase huérfana, no se hallase pobre. No se atrevió doña Violante a tan largo camino, y así me rogó a mí que lo hiciese, pues no sería dificultoso diciendo que era su marido. Yo, que cada día me iba enamorando de nuevo a su belleza³⁹⁵, y consideraba que no perdía en serlo³⁹⁶, pues si la habían deshonrado se había satisfecho, y que el admitir a don Baltasar fue como a su esposo, me valí de esta ocasión para decirla que, supuesto que había de decir que

⁴⁹⁷ No hemos encontrado en los repertorios la estructura *enamorar* a, que, sin embargo, sería explicable entendiendo el verbo en la acepción de ‘aficionar’.

³⁹⁶ «en ser su marido».

era su dueño, no quería ser mentiroso si gustaba de ser mi prenda. Ella, que lo deseaba, se alegró, y yo que lo decía asentí. Y con esto, después de haber dado satisfacción al pueblo de que el ser hermanos era fingido, nos casamos. Partime a Nápoles dentro de cuatro meses con el testimonio de mi casamiento y cartas de doña Violante, donde fui bien recibido de mi suegro, que temeroso de mayor peligro me hizo dar el dominio de una no pequeña riqueza, y aconsejome volviese a cuidar del regalo de su hija. Junté a mi obediencia el gusto de volver a sus brazos, y en el camino fue impedido el término de mi viaje, y yo llevado cautivo al lugar en que conocí al piadoso Feniso, para que esté siempre reconocido a las obligaciones que le tengo y a la deuda con que, si me sacó de un cautiverio forzoso, me ha puesto en una esclavitud libre, sobre cuyas dichas, y las de haber reconocido en don Antonio, mi querido hermano, tanto afecto, si yo consiguiese las de ver a mi amada Violante, tendría los bienes abundantemente cumplidos».

Quedaron todos alegres en oír la narración de don Carlos, y más Feniso, que conoció a quien le había dado la vida en aquel monte; dioles cuenta del suceso, y cómo era él el caballero a quien habían herido, y que no haberle conocido entonces don Carlos procedía de tener, cuando le vio herido la vez primera, tan cubierto el rostro de sangre³⁹⁷. No quedó menos alegre el ilustre mancebo con esta historia, que con saber de su hermano que la muerte de don Baltasar se había atribuido a un galán que tenía la dama con quien quisieron sus padres casarle, y que jamás se había hecho memoria en aquel caso de él ni de doña Violante. Todo el silencio con que habían oído los accidentes de don Antonio y don Carlos fue inferior al que tuvieron viendo que Feniso rogaba a Marcelo les refiriese la causa de su viaje, y que él se disponía a hacerlo diciendo:

«En parte de vuestros sucesos, oh noble don Carlos, ha tenido fundamento mi camino y el que ahora escucharéis, que, si no más gustoso, pienso que a ninguno dejará de parecer más admirable. Yo tuve en Cartagena un tío hermano de mi padre, hombre digno de veneración por sus costumbres y de respeto por la cordura y disposición de su persona. Casó con una señora, aunque noble en la sangre, poco segura en la condición; llamábase doña Constanza, que no siempre convienen a las cosas sus

³⁹⁷ Efectivamente, al principio de la novela, Carlos y Violante encuentran Feniso herido, con «el rojo humor que le obscurecía el rostro».

nombres. Tuvo de ella un hijo totalmente opuesto a la modestia de su padre, dábanle las travesuras de don García (así se llamaba mi primo) muchos desvelos y pesadumbres, las cuales procuraba excusar en menor edad con castigos, y en mayor con persuasiones y consejos; mas, viendo que no podía conseguir su intento, determinó enviarle a Flandes para que emplease el valor de que daba algunas muestras contra los enemigos de la fe y en servicio de su rey, que no hay donde el esfuerzo tan justamente se muestre ni la temeridad tan honrosamente se acredite. Dióle dineros y cartas de favor para que allá se hiciese estimación de su persona, mas ni las cartas le aprovecharon, ni los dineros se gastaron en Flandes; antes se fue a Madrid, corte de España, dando con esta experiencia conocimiento de que hay mucha diferencia entre mala inclinación y valentía. No han menester los vicios hacer demasiada diligencia para hallarse, y así tuvo luego don García muchos amigos, y entre ellos uno que se llamaba don Baltasar, que, según lo que he oído de don Carlos y supe de la boca de don García, era el mismo que doña Violante dejó con tanta razón en la campaña muerto. Supo mi tío cuán mal cumplía mi primo con sus obligaciones, si bien a su madre siempre le ocultaba esta acción por no la dar pesadumbre, siendo la que él recibió fundamento de un accidente de que murió. Dejó entre mucha cantidad de hacienda gran copia de desconsuelo a doña Constanza, así por la falta de su persona como por creer, viendo morir de tristeza a su marido, que sin duda había tenido nueva de que también había muerto su hijo, y que se lo encubría por no darla mayor pena. Escribiéronme este suceso, y, como yo sabía que don García estaba en Madrid, me partí a avisarle desde Toledo. Hallele retraído, y que le buscaban con diligencia porque se había tenido noticia de que la misma noche que sucedió su muerte había estado don Baltasar en su casa, que fue en la que trató tan injustamente a doña Violante, como don Carlos deja referido. Hícele que se ausentase de la corte y volviese a su patria, cosa que conseguí fácilmente. En resolución, él tomó el camino de Cartagena, y haciendo algunas veces memoria de aquella imprudente opinión de don Baltasar, y de las palabras que dijo en la noche del desafío, las cuales otras muchas veces le había oído, esto es, que solamente eran honradas las mujeres que no habían sido pretendidas, quiso –¡qué bárbara experiencia!– hacerla en su misma madre de la verdad que aquel injusto sentimiento tenía. Depositábanse en doña Constanza cuarenta y seis años de edad, pero tan ocultos de su

belleza que, cuando ella no los confesara, no se viera desmentida de la apariencia del rostro. Comenzó a pretenderla don García, cosa que pudo hacer sin ser conocido, así porque en opinión de su madre era muerto, como por haber salido de Cartagena sin barba, y tenerla de industria tan crecida que no se pudiera conocer con facilidad; y últimamente por no se poner las veces que ella le vía en parte donde pudiese averiguar con los ojos la verdad, que por todas estas razones venía tan encubierta. Regalábala don García, escribía la papeles y, atendiendo a cuán despacio iba la pretensión, echó por un camino de satisfacerse, aunque costoso, breve. Llegose a una criada, que era archivo de los secretos de doña Constanza, con la cual se concertó, por cierto excesivo precio, si hacía que su señora le admitiese. Alentose con esto su negación, de manera que le fue respondido que, supuesto que fuese forastero y que se hubiese de ausentar presto de la ciudad, a la futura noche entraría. Dudaba lo que escuchaba don García, y la misma certidumbre le forzaba a que supiese si era verdad lo que menos quisiera, y a que no desistiese del comenzado propósito. Llegó la hora en que había de acudir al plazo para ser admitido en la casa de su madre, y luego en su regazo y lecho. Dio más lugar a no ser conocido la falta de luz que doña Constanza previno, advertida de su encogimiento. Estuvo toda la noche en sus brazos fingiendo que dormía, y desvelándose con el pesar que en tan necia curiosidad había adquirido. Amaneció con esto el día, y salió el alba a reconocer la mayor novedad que en muchos años había visto. Levantose don García y comenzó a vestirse, queriéndose salir sin ser conocido; entendió doña Constanza este pensamiento y, visto que de toda la noche no había hurtado un rato al sueño siquiera para hablarla, atribuyendo a desdén lo que era recato, y creyendo desprecio lo que fue respeto, cuando se quiso ausentar le detuvo, reprendiendo su grosero proceder con tan atrevidas razones que, apretado el noble caballero y vista su porfía, la respondió: “¿Por qué me persuadís, oh señora, a que deje de venerar a quien me ha dado el ser? O ¿por qué queréis que manche lugar en que se formaron mis entrañas? ¿No advertís, no conocéis, no miráis que soy vuestro infeliz hijo don García?”. Cuando la imprudente doña Constanza oyó semejantes razones no hubo menester más verdugo de su vida que su natural vergüenza, pues quedó insensible por dilatado tiempo, después del cual pidió con brevedad los sacramentos, que recibidos y hecho su testamento, murió disculpando su yerro con

su muerte, que tales efectos suelen seguir a necedades curiosas, y tal imperio tiene la vergüenza en un honrado pecho. Abriose el testamento, y vieron que desheredaba a don García, que desde aquel punto comenzó a manifestarse³⁹⁸: quiso, sin atender a lo que su madre dejaba mandado, tomar posesión en sus bienes, mas dos primos de ella no solo se lo impidieron, pero trataron de pedirle³⁹⁹ su muerte y hacerle echar en la cárcel pública. Cesaron los pleitos por falta de quien los diligenciase, por no querer don García dar cuenta a muchos que pudiera, pareciéndole que la causa de su prisión era tan extraña como ignorante, y tan vergonzosa como digna de que nadie la supiese. Todo le sucedía mal, y nada de cuanto intentaba conseguía. Finalmente, convencido de su necesidad, determinó escribirme lo que había sucedido y el estado en que estaban sus negocios; mas, aunque esta y otras muchas cartas llegaron a mis manos, siempre hallé inconvenientes para venir a socorrerle; y aun tal vez me obligaba a dejar el viaje, si acaso le prevenía un natural descuido con que me olvidaba de él, cosa que sin duda permitía el cielo con particular acuerdo suyo para castigar su desacierto, pues, aunque era inculpable su yerro por la ignorancia del fin que tuvo, quiso darnos a entender que no solo castiga los delitos cometidos contra los padres cuando son culpables, sino aun cuando no lo son porque tuvieron apariencia de culpa. Vía todas estas cosas y ponderaba en su entendimiento la multitud de adversidades que la habían oprimido, y de que cada día iba haciendo evidencias. Pasábansele los meses y los años, pues había dos que estaba preso sin que nadie acudiese, ni su estado mejorase de términos, por lo cual una tarde en que estaba haciendo cómputo de sus desdichas, y ocurriéndole más que otras veces la imaginación de que tantos trabajos eran castigo de su culpa, deseoso de aplacar a Dios y satisfacer en parte su yerro, hizo voto de peregrinar un año y visitar varias casas de devoción si Dios le sacaba de aquel aprieto. Desde este punto comenzaron todos a inclinársele y tener compasión de lo mucho que padecía. Llegué yo a Cartagena y empecé a negociar con notable cuidado y, no obstante el testamento, y que los contrarios alegaban la auténtica *Cum de appellatione, C. de liber praeter* adonde el derecho dispone que los hijos que pusieren las manos en sus

³⁹⁸ *manifestarse*: «mostrar su presencia».

³⁹⁹ Expresión jurídica; *pedir*: «Se toma también por decir su derecho u acción ante el juez contra alguno, y assí se dice, pedir en justicia» (AUT).

padres o intentaren su muerte no tengan acción a la herencia⁴⁰⁰, viendo que ni don García las había puesto en su madre, ni había intentado matarla, sino satisfacerse de la verdad que podía tener aquella injusta opinión, hecha probanza del sentimiento que había tenido, y que su madre había muerto de afrentada –¡admirable y nuevo portento, fácil de creer en una mujer ilustre y difícil de suceder en nuestros tiempos!–, le absolvieron de la culpa impuesta, y dieron perfecta y pacífica posesión, como de la que por su padre le tocaba. Salió luego de la cárcel, y atento a que el voto es promesa hecha a Dios, y que aun entre los hombres es justa la puntualidad, no quiso dilatar el cumplimiento de él un punto. Despedime yo por acudir a los ruegos de mi esposa y a las obligaciones de casado, y él se partió a comenzar sus peregrinaciones, eligiendo para que fuese la primera el sagrado Pilar de Zaragoza. Veis aquí, oh Feniso amigo, lo que se siguió a esta necia curiosidad, ejemplar⁴⁰¹ que manifiestamente nos enseña los daños a que se expone un imprudente deseo de saber, y veis aquí la ocasión y fundamento de mi viaje».

Divertidos con tan gustosos y varios accidentes, llegaron a Toledo una tarde, fuéronse a dormir aquella noche a la aldea donde doña Violante vivía, llena de tristezas por la tardanza de don Carlos y no saber qué habría dispuesto de él su estrella. Dejo de referir el regocijo de los dos amantes por añadir que dentro de seis días se volvieron a Madrid con don Antonio. Quedáronse en Toledo Marcelo y Feniso: aquel por tener allí su familia, y nuestro héroe por concluir sus negocios. Dio con su vista increíble alegría a su noble madre, y después de haber dispuesto convenientemente sus cosas y tomado posesión de su mayorazgo y hacienda, llamado de su amor, a que siempre le obligaban las memorias de su ausente doña María, volvió a Cartagena; y con gusto de sus padres la recibió por esposa, cogiendo en esta lícita unión el fruto de tantos riesgos y afecto tan crecido. Finalmente, con igual correspondencia de su consorte, se partió segunda vez a Madrid, donde vive excesivamente

⁴⁰⁰ *auténtica*: «Qualquiera de las constituciones recopiladas de orden de Justiniano al fin del código» (AUT). Parece remitir a varios pasajes del *Corpus Iuris Civilis*: la *novella* 115 III y IV («Ut quum de apellatione cognoscitur, secundum illas leges debeat iudicari quae tempore datae sententiae obtinebat, non secundum eas, quae postea promulgatae sunt»), y el título «De liberis praeteritis o exhereditatis» (6, 28) del *Codex*.

⁴⁰¹ En el sentido latino de *exemplum*: «Se toma también por comparación o exemplo» (AUT).

gustoso con tan felice compañía y la de sus amigos, recibiendo en varias ocasiones gloriosas nuevas, ya de don Luis y doña Hipólita, don Fadrique y doña Inés, de Cartagena; ya de don Jaime y doña Leonor de Lérida; ya de Leonardo, don Jerónimo y Eufemia, de Valencia; y ya del noble Marcelo de la imperial Toledo.

Los sucesos que hasta entonces habían sucedido a Feniso acreditaban a su fortuna de mudable, a su vida de prodigiosa, a su prosapia de ilustre, a su condición de noble y, finalmente, a su fortuna, condición, prosapia, y vida de admirable y extraña; de todo lo cual han dado manifiesto testimonio tantas experiencias como en este discurso dejo referidas. De muchas de ellas se podrán sacar imitaciones, de otras escarmientos, y de todas aviso⁴⁰²; este ha sido siempre mi principal intento, y las deudas en que han puesto algunas obligaciones⁴⁰³.

⁴⁰² Estas palabras reflejan la declaración de la Carta al lector: «por ejemplar exhorte, y, al fin, si dañosa, escarmiente para que nadie la siga, y si imitable provoque a que todos la procuren».

⁴⁰³ En la fórmula final se repite el *topos* del autor que no puede negarse de publicar el libro a quien se lo pide.

ÍNDICE LÉXICO

En las notas al pie de las páginas del texto damos cuenta de las aclaraciones (por lo que se refiere a sentido, acepción, forma u otros problemas lingüísticos) solo la primera vez que las palabras ocurren en el texto. Por eso se ofrece un índice de todas las palabras comentadas con el número de nota correspondiente.

<i>a boca de noche</i>	153
<i>a la banda</i>	267
<i>a otro día</i>	101
<i>a pausas</i>	120
<i>abarca</i>	53
<i>abriles</i>	80
<i>acaso</i>	82
<i>acuerdo</i>	192
<i>agnus</i>	385
<i>albricias</i>	154
<i>alegó</i>	372
<i>aljófar</i>	300
<i>alorca</i>	368
<i>almaizar</i>	283
<i>apretador</i>	367
<i>arráez</i>	311
<i>atentado</i>	152
<i>Atlante</i>	125
<i>aumentós</i>	140
<i>auténtica</i>	400
<i>bajá</i>	281
<i>barato</i>	88
<i>barreno</i>	332
<i>cabo de milicia</i>	333
<i>camisas</i>	247
<i>capuz</i>	356
<i>carena</i>	266
<i>casco</i>	340
<i>cauto</i>	182
<i>Cierzo</i>	263
<i>cinta</i>	323
<i>clines</i>	62

<i>coletto</i>	74
<i>consímil</i>	231
<i>continué</i>	69
<i>continué</i>	362
<i>coronista</i>	36
<i>corrió parejas</i>	354
<i>cortesía</i>	290
<i>cuchilla</i>	147
<i>cuerdas</i>	378
<i>desatentada</i>	84
<i>despachos</i>	374
<i>despacio</i>	274
<i>dialecto</i>	22
<i>dice</i>	92
<i>dirección</i>	16
<i>discurso</i>	168, 177
<i>disponía</i>	348
<i>divertir</i>	297
<i>dote</i>	233
<i>ejemplar</i>	401
<i>elegía</i>	249
<i>empleo</i>	345
<i>en común</i>	221
<i>en vísperas</i>	381
<i>epíctima</i>	119
<i>epigrama</i>	156
<i>escaramuza</i>	301
<i>escotaban</i>	265
<i>espíritus</i>	118
<i>estrado</i>	163
<i>exceptaron</i>	64
<i>faldellín</i>	315
<i>famosa</i>	111
<i>fantasma</i>	246
<i>ferreruelo</i>	171
<i>galeota</i>	296
<i>Gallego</i>	263
<i>granás</i>	285
<i>gúmenas</i>	264
<i>heridas</i>	237

<i>herido</i>	232
<i>hiriendo</i>	104
<i>hora</i>	77
<i>indearticulada</i>	177
<i>infelice</i>	57
<i>instimulado</i>	201
<i>jacerina</i>	136
<i>jamás</i>	155
<i>jornada</i>	117, 189
<i>la vuelta de</i>	112
<i>leguas</i>	113
<i>Leónado</i>	126
<i>ley</i>	298
<i>llave</i>	198
<i>luego</i>	17
<i>lugar</i>	52
<i>lustrando</i>	186
<i>maestra</i>	269
<i>maestro</i>	263
<i>manifestarse</i>	398
<i>memorial</i>	371
<i>mesana</i>	268
<i>mojicones</i>	86
<i>monstro</i>	334
<i>muerte</i>	223
<i>nadie</i>	353
<i>necesario</i>	240
<i>obsequias</i>	131
<i>oriente</i>	370
<i>pareció</i>	55
<i>partes</i>	115
<i>patrón</i>	258
<i>pedir</i>	399
<i>pensión</i>	63
<i>perfectos</i>	48
<i>pistolete</i>	72
<i>plumas</i>	357
<i>potro</i>	379
<i>presentado</i>	38
<i>presidente</i>	376

<i>presto</i>	58
<i>priesa</i>	181
<i>primero</i>	76
<i>profesor</i>	380
<i>propincua</i>	382
<i>prosapia</i>	138
<i>puentes</i>	275
<i>puntos</i>	363
<i>quien</i>	67
<i>razones</i>	51
<i>relaciones</i>	349
<i>repecho</i>	178
<i>riyó</i>	394
<i>safir</i>	251
<i>satisfacerse</i>	169
<i>satisfizo</i>	54
<i>señoría</i>	228
<i>silla volante</i>	148
<i>solio</i>	211
<i>subaxi</i>	308
<i>tal vez</i>	7
<i>tela</i>	355
<i>temas</i>	390
<i>tórtola</i>	343
<i>Tramontana</i>	263
<i>traza</i>	56
<i>tropolía</i>	245
<i>tudesco</i>	277
<i>último vale</i>	327
<i>uno conmigo</i>	229
<i>vaso</i>	330
<i>vasquiña</i>	145
<i>veguer</i>	326
<i>ventores</i>	146
<i>vía</i>	50
<i>visitase</i>	149

BIBLIOGRAFÍA

- Agrait, Gustavo (1971): *El Beatus Ille en la poesía lírica del Siglo de Oro*. Rio Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Alamán, Lucas *et al.* (eds.) (1853-1856): *Diccionario universal de historia y de geografía*. México: Tipografía de Rafael.
- Albinio Martín, Gabriel (1950): «Heliodoro y la novela española (apuntes para una tesis)». En: *Cuadernos de literatura*, VIII, 22-23-24, pp. 215-234.
- Alonso, Dámaso (1961): *La lengua poética de Góngora*. Madrid: [s. n.].
— (1994): *Góngora y el Polifemo*. Madrid: Gredos.
- Alonso, Dámaso/Bousoño, Carlos (1956): *Seis calas en la expresión literaria española: prosa, poesía, teatro*. Madrid: Gredos.
- Alvar, Carlos (2010): «Amis y Amiles: la difusión de un tema medieval en España». En: *Estudios humanísticos. Filología*, XXXII, pp. 15-33.
- Álvarez y Baena, José Antonio (1790): *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*. Madrid: Oficina de Benito Cano.
- Álvarez, Tomás (2002): *Diccionario de Santa Teresa: doctrina e historia*. Burgos: Monte Carmelo.
- Amezúa y Mayo, Agustín González de (1951a): «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro». En: Amezúa y Mayo, Agustín González de: *Opúsculos histórico-literarios*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. I, pp. 331-373.
— (1951b): «Formación y elementos de la “novela cortesana”». En: Amezúa y Mayo, Agustín González de: *Opúsculos histórico-literarios*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. I, pp. 194-279.
- Antonio, Nicolás (1996 [1738-1788]): *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV florere notitia*. Ed. facsímil: Madrid: Visor [Matriti: Apud Joachimum de Ibarra].
- Antonucci, Fausta/Arata, Stefano (1995): *La enjambre mala soy yo, el dulce panal mi obra: veintinueve loas inéditas de Lope de Vega y otros dramaturgos del siglo XVI*. Sevilla: Universidad de Sevilla; Valencia: Universidad de Valencia.

- Arellano, Ignacio (1988): «Convenciones y rasgos genéricos en la comedia de capa y espada». En: *Cuadernos de Teatro Clásico*, I, pp. 27-49.
- (1995): *Historia del teatro español del siglo XVII*. Madrid: Cátedra.
- (2000): *Diccionario de los autos sacramentales de Calderón*. Pamplona: Universidad de Navarra; Kassel: Reichenberger.
- Arredondo, María Soledad (2009): «Paratextos: ficción y política en prosas de Castillo Solórzano y Quevedo». En: Arredondo, María Soledad (ed.): *Paratextos en la literatura española: siglos XV-XVIII*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 353-366.
- Artigas, Miguel (1925): «Un opúsculo inédito de Lope de Vega. El *anti-Jáuregui* del Liz. Luis de la Carrera». En: *Boletín de la Real Academia Española*, XII, pp. 587-605.
- Asensio, Eugenio (1965): *Itinerario del entremés: desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente*. Madrid: Gredos.
- AUT (1984 [1727-1739]): *Diccionario de la lengua castellana («de Autoridades»)*. Ed. facsímil: Madrid: Gredos [Madrid: Hierro].
- Avalle-Arce, Juan Bautista (1974): *La novela pastoril española*. Madrid: Istmo.
- Bacon, George William (1912): «The Life and Dramatic Works of doctor Juan Pérez de Montalván (1602-1638)». En: *Revue Hispanique*, XXVI, 69-70, pp. 1-474.
- Baer, Rudolf (1984): *Manual de versificación española*. Madrid: Gredos.
- Baldacchini, Lorenzo (2002): *Il libro antico*. Roma: Carocci.
- Ballesteros Robles, Luis (1912): *Diccionario biográfico matritense*. Madrid: [s.n.].
- Bances Candamo, Francisco Antonio de (1970): *Theatro de los theatros de los pasados y presentes siglos. Prólogo, edición y notas de Duncan W. Moir*. London: Tamesis.
- Baquero Escudero, Ana Luisa (1990): «La novela griega: proyección de un género en la narrativa española». En: *Rilce*, VI, 1, pp. 19-45.
- Baquero Goyanes, Mariano (1983): «Comedia y novela en el siglo XVII». En: Alarcos Llorach, Emilio et al. (eds.): *Serta Philologica F. Lázaro Carreter. Natalem diem sexagesimum celbranti dicata*. Madrid: Cátedra, vol. II, pp. 13-29.
- Barella Vigal, Julia (1985): «Las *novelle* y la tradición prosística española». En: *Estudios humanísticos. Filología*, VII, pp. 21-30.

- Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la (1973-1974): *Nueva biografía de Lope de Vega*. Madrid: Atlas.
- Bataillon, Marcel (1953): «La tortolica de *Fontefrida* y del *Cántico espiritual*». En: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, pp. 291-306.
- Beauvais, Vincent de (1965 [1624]a): *Speculum historiale*. En: Bellovacensis, Vincentius: *Speculum quadruplex, sive speculum maius: naturale, doctrinale, morale, historiale*. Ed. facsimil: Graz: Akademische Druck- U. Verlagsanstalt [Duaci: ex Officina typographica Baltazaris], vol. IV.
- (1965 [1624]b): *Speculum doctrinale*. En: Bellovacensis, Vincentius: *Speculum quadruplex, sive speculum maius: naturale, doctrinale, morale, historiale*. Ed. facsimil: Graz: Akademische Druck- U. Verlagsanstalt [Duaci: ex Officina typographica Baltazaris], vol. II.
- Benardo, Margot L. (2001): *Crisol de amantes: el billete amoroso en el Siglo de Oro*. Madrid: Fundamentos.
- Bernis, Carmen (2001): *El traje y los tipos sociales en el Quijote*. Madrid: El Viso.
- Besomi, Ottavio (1969): *Ricerche intorno alla lira di G. B. Marino*. Padova: Antenore.
- Blüher, Karl Alfred (1983): *Séneca en España*. Madrid: Gredos.
- Bonilla Cerezo, Rafael (2006): «El gongorismo en las *Novelas exemplares y prodigiosas historias* de Juan de Piña (II)». En: *Il confronto letterario*, XLV, pp. 25-54.
- (2007): «*Máscaras de seducción en las Novelas a Marcia Leonarda*». En: *Edad de Oro*, XXVI, pp. 91-145.
- (ed. 2010): *Novelas cortas del siglo XVII*. Madrid: Cátedra.
- (2011): «“Proemio” e “Introducción a las novelas” del *Teatro popular* de Francisco Lugo y Dávila: estudio y edición». En: *Edad de Oro*, XXX, pp. 25-68.
- Bravo-Villasante, Carmen (1955): *La mujer vestida de hombre en el teatro español (Siglos XVI-XVII)*. Madrid: Revista de Occidente.
- Brownlee, Marina Scordilis (1981): *The poetics of literary theory. Lope de Vega's Novelas a Marcia Leónarda and their cervantine context*. Potomac: Studia humanitatis.
- Bresadola, Andrea (2010): «La lingua e la cultura italiana nel *Tesoro di Sebastián de Covarrubias*». En: *Il confronto letterario*, LII, pp. 31-87.

- (2011): «Elementos teatrales en *Experiencias de amor y fortuna* de Francisco de Quintana». En: Gentilli, Luciana/ Londero, Renata (eds.): *Emocionar escribiendo: teatralidad y géneros literarios en la España áurea*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 93-112.
- (en prensa): «*En las honras de Lope Félix de Vega y Honores extremos del doctor Juan Pérez de Montalbán*: Francisco de Quintana y la oratoria fúnebre del siglo XVII».
- Brown Bourland, Caroline (1927): *The Short Story in Spain in the Seventeenth Century*. New York: Burt Franklin.
- Brunet, Jacques Charles (1860-1865): *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*. Paris: Librairie de Firmin Didot Frères, Fils et Cie.
- Camanis, Georges (1977): *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid: Gredos.
- Carilla, Emilio (1966): «La novela bizantina en España». En: *Revista de filología española*, XLIX, pp. 275-287.
- Castillo Martínez, Cristina (2005): *Antología de libros de pastores*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Castillo Solórzano, Alonso de (1627): *Tiempo de regozijo y carnestolendas de Madrid*. Madrid: Luis Sánchez.
- (1642): *La guardaña de Sevilla y anzuelo de las bolsas*. Madrid: Imprenta del Reyno.
- Cayuela, Anne (1993): «La prosa de ficción entre 1625 y 1634: balance de diez años sin licencias para imprimir novelas en los Reinos de Castilla». En: *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXIX, 2, pp. 51-78.
- (1996): *Le paratexte au Siecle d'Or: prose romanesque, livres et lecteurs en Espagne au XVIIe siècle*. Genève: Droz.
- Cervantes, Miguel de (1987): *Galatea. Edición de Juan Bautista Avalle-Arce*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Chenot, Beatriz (1983): «Vie madrilène et roman byzantin dans l'œuvre de Francisco de Quintana». En: Chevalier, Maxime (ed.): *Traditions populaires et diffusion de la culture en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 131-148.
- Chevalier, Jean/ Gheerbrant, Alain (2003): *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- Coindreau, Roger (2006): *Les Corsaires de Salé*. Rabat: La Croisée des Chemins.

- Company Company, Concepción (2009) (ed.): *Sintaxis histórica de la lengua española: La frase nominal*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica.
- CORDE: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. www.rae.es.
- Correas, Gonzalo (2000): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Edición de Louis Combet; revisada por Robert Jammes y Maite Mir-Andreu. Madrid: Castalia.
- Cortés López, José Luis (1989): *La esclavitud negra en la España peninsular del siglo XVI*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Cotarelo y Mori, Emilio (1904): *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*. Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- Covarrubias, Sebastián de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana T; [Frankfurt am Main]: Vervuert, 2006.
- Cruz Casado, Antonio (1989a): Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique: *un libro de aventuras inédito*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- (1989b): «Los libros de aventuras peregrinas: nuevas aportaciones». En: Neumeister, Sebastián (ed.): *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 18-23 agosto 1986 Berlín*. Frankfurt am Main: Vervuert, vol. I, pp. 425-432.
- Curtius, Ernst Robert (1955): *Literatura europea y Edad Media latina*. México: Fondo de cultura económica.
- DCE (1984-1991): Corominas, Joan/Pascual, José Antonio: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- Deffis de Calvo, Emilia I. (1992a): «El cronótopo de la novela española de peregrinación: Alonso Núñez de Reinoso y Lope de Vega». En: *Criticón*, LVI, pp. 125-146.
- (1992b): «Perspectivas críticas sobre la novela española de peregrinación del Siglo XVII». En: García Martín, Manuel et al. (eds.): *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, vol. I, pp. 279-284.

- Delgado Casado, Juan (1996): *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*. Madrid: Arco Libros.
- Di Pastena, Enrico (2001): «Introducción». En: Pérez de Montalbán, Juan (ed.): *Fama póstuma a la vida y muerte del doctor frey Lope Félix de Vega Carpio y elogios panegíricos a la inmortalidad de su nombre. Edición crítica, estudio y notas de Enrico Di Pastena*. Pisa: ETS.
- Dixon, Victor (1961): «Juan Pérez de Montalbán's *Segundo tomo de las comedias*». En: *Hispanic Review*, XXIX, pp. 91-109.
- Domínguez Ortiz, Antonio et al. (eds.) (1990): *La crisis del siglo XVII*. En: Menéndez Pidal, Ramón /Jover Zamora, José María (eds.): *Historia de España*. Madrid: Espasa Calpe.
- Egido, Aurora (1986): «La poética del silencio en el Siglo de Oro. Su pervivencia». En: *Bullettin Hispanique*, LXXXVIII, 1-2, pp. 93-120.
- Entrambasaguas y Peña, Joaquín de (1958-1967): *Estudios sobre Lope de Vega*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Esclapés de Guilló, Pascual (1805): *Resumen historial de la fundación y antigüedad de la ciudad de Valencia de los edetanos ó del Cid: sus progresos, ampliación y fábricas insignes, con otras particularidades*. Valencia: Josef Estévan.
- Esteban Lorente, Juan Francisco (1993): «La astrología en el arte del Renacimiento y Barroco español». En: *Cuadernos de arte e iconografía*, VI, 11, pp. 297-316.
- Estelrich, Juan Luis (1900): «La novela griega en España». En: *Revista Contemporánea*, CXIX, 26, pp. 27-40.
- Fahy, Conor (1988): *Saggi di bibliografia testuale*. Padova: Antenore.
- Farinelli, Arturo (1922): *Dante in Spagna, Francia, Inghilterra, Germania. (Dante e Goethe)*. Torino: Bocca.
- Fernández Mosquera, Santiago (2006): *La tormenta en el siglo de oro. Variaciones funcionales de un tópico*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert.
- Fernández Rodríguez, Natalia (2009): *La pecadora penitente en la comedia del Siglo de Oro*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Florit Durán, Francisco (2000): «Lope de Vega y Tirso en 1621: la dedicatoria de *Lo fingido verdadero*». En: Profeti, María Grazia (ed.): *Otro Lope no ha de haber: Atti del Convegno Internazionale su Lope, 10-13 febbraio 1999*. Firenze: Alinea, vol. III, pp. 85-96.

- Formichi, Giovanna (1973): «Saggio sulla bibliografia critica della novela spagnola seicentesca». En: *Lavori Ispanistici*, Serie III, Messina-Firenze: D'Anna, pp. 5-105.
- Gallardo, Bartolomé José (1968 [1863-1889]): *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Ed. facsimil: Madrid: Gredos [Madrid: Rivadeneyra].
- Gallego Morell, Antonio (1961): *El mito de Faetón en la literatura española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Gentili, Luciana (2010): «Calderón e la riscrittura delle *Etiopiche* di Eliodoro». En: *Il confronto letterario*, LII, pp. 47-61.
- Giannini, Alfredo (1922): «Impressioni italiane di viaggiatori spagnoli nei secoli XVI e XVII». En: *Revue hispanique*, LV, 127, pp. 50-160.
- González Ollé, Fernando (1972): «De la etimología de társica al tópico de los ojos verdes». En: *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, vol. I, pp. 281-294.
- González Olmedo, Félix (1935): «¿Qué dijeron de Lope los predicadores de sus honras?». En: *Razón y Fe*, CVIII, pp. 406-418.
- González Ramírez, David (2010): «José Alfay, librero, editor y compilador de Zaragoza. Catálogo comentado de las obras publicadas a su costa». En: *Archivo de filología aragonesa*, LXVI, pp. 97-154.
- González Rovira, Javier (1994): «Heliodoro, Aquiles Tacio y los preceptistas españoles». En: *Epos*, X, pp. 337-354.
- (1996a): *La novela bizantina de la Edad de Oro*. Madrid: Gredos.
- (1996b): «Mecanismos de recepción en *El peregrino en su patria* de Lope de Vega». En: Arellano, Ignacio et al. (eds.): *Studia aurea. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse 1993)*. Navarra: Griso-Lemso, vol. III, pp. 239-246.
- González-Barrera, Julián (2007): «Lope de Vega y los “librotos de lugares comunes”: su lectura particular de Ravisio Téxtor». En: *Anuario Lope de Vega*, XIII, pp. 51-72.
- Grande de Tena, Pedro et al. (eds.) (1639): *Lágrimas panegíricas a la tenprana [sic] muerte del gran poeta i teólogo insigne Doctor Iuan Pérez de Montalban... lloradas y vertidas por los más ilustres ingenios de España; recogidas i publicadas por la estudiosa diligencia del licenciado don Pedro Grande de Tena*. Madrid: Imprenta del Reyno.

- Green, Otis H. (1957): «On the Attitude towards the *Vulgo* in the Spanish *Siglo de Oro*». En: *Studies in the Renaissance*, IV, pp. 190-200.
- Grimal, Pierre (2010): *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.
- Guevara, Antonio de (1972): *Arte de marear*. Edited by R. O. Jones. Exeter: University press.
- (1984): *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*. Edición de Asunción Rallo Gruss. Madrid: Cátedra.
- Gutiérrez Hermosa, Luisa María (1977): «La constitución de un arte nuevo de hacer novelas». En: *Exemplaria. Revista Internacional de Literatura comparada*, I, pp.157-177.
- Herrán Santiago, Andrea (1999): *Sentencias político-filosófico-teológicas (en el legado de Antonio Pérez, Francisco de Quevedo y otros): del tacitismo al neoestoicismo*. Estudio introductorio y notas de Andrea Herrán y Modesto Santos. Barcelona: Anthropos.
- Horozco, Sebastián de (1986): *Teatro Universal de Proverbios; edición, prólogo, índices, glosario de José Luis Alonso Hernández*. Groningen: Universidad de Groningen.
- Infantes, Victor (1988): «De *Officinas* y *Polyantheas*. Los diccionarios secretos del Siglo de Oro». En: Redondo, Agustín/López Grigera, Luisa (eds.): *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, pp. 243-257.
- Keniston, Hayward (1937): *The Syntax of Castilian Prose: the Sixteenth Century*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kern, Hermann (1981): *Labirinti. Forme e interpretazioni, cinquemila anni di presenza di un archetipo*. Milano: Feltrinelli.
- Lapesa, Rafael (2000): *Estudios de morfosintaxis histórica del español*. Madrid: Gredos.
- Lara Garrido, José (1984a): «La estructura del romance griego en “El Peregrino en su patria”». En: *Edad de Oro*, III, pp. 123-142.
- (1984b): «“El peregrino en su patria” de Lope de Vega desde la poética del romance griego». En: *Analecta malacitana*, VII, 1, pp. 19-52.
- Lausberg, Heinrich (1967-1990): *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*. Madrid: Gredos.
- Lida de Malkiel, María Rosa (1978): «La dama como obra maestra de Dios». En: Lida de Malkiel, María Rosa: *Estudios sobre la Literatura Española del Siglo XV*. Madrid: José Porrúa Turanzas, pp. 179-280.

- López Estrada, Francisco (1954): «Prólogo». En: Heliodoro de Hémesa: *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea. Traducida en romance por Fernando de Mena*. Madrid: Aldus.
- (1984): *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española*. Madrid: Grupodis.
- Lozano Renieblas, Isabel (2008): «Cervantes y el género de la novela». En: Dotras Bravo et al. (eds.): *Tus obras los rincones de la tierra descubren: actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Alcalá de Henares, 13 al 16 de diciembre de 2006*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 441-448.
- Mancini, Albert N. (1981): «Costanti tematiche e formali del romanzo eroico-cavalleresco del primo Seicento». En: Mancini, Albert N.: *Romanzi e romanzieri del Seicento*. Napoli: Società editrice napoletana, pp. 103-138.
- Manero Sorolla, María Pilar (1990): *Imágenes petrarquistas en la lírica española del Renacimiento. Repertorio*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- Maravall, José Antonio (1975): *La cultura del barroco*. Barcelona: Ariel.
- (1986): *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus.
- Marquet, Christine (2009): «El por qué de la ficción. El paratexto de la novela de amor y aventuras (“novela bizantina”) de los siglos XVI-XVII». En: Arredondo, María Soledad (ed.): *Paratextos en la literatura española: siglos XV-XVIII*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 223-236.
- Mas, Albert (1967): *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du Siècle D’or*. Paris: Centre de Recherches Hispaniques.
- Medrano, Sebastián Francisco de (1631): *Favores de las Musas hechos a Don Sebastián Francisco de Medrano: en varias Rimas, y Comedias, que compuso en la más célebre Academia de Madrid*. Milán: Juan Baptista Malatesta.
- Menéndez Pidal, Ramón (1953): *Romancero hispánico*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Mesonero Romanos, Ramón de (1861): *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Madrid: F. de P. Mellado.
- Mexía, Pedro (1989-1990): *Silva de varia lección. Edición de Antonio Castro*. Madrid: Cátedra.

- Michel, Suzanne Paul (1975): *Répertoire des ouvrages imprimés en langue italienne au XVIIe siècle conservés dans les bibliothèques de France*. Paris: Centre national de la recherche scientifique.
- Miñana, Rogelio (1998): «La novela en escena: aspectos de la influencia del teatro sobre la novela corta del siglo XVII». En: Friedman, Edward/Manzari, H.J./Miller, Donald D. (eds.): *A Society on Stage. Essays on Spanish Golden Drama*. Nueva Orleans: University Press of the South, pp. 155-164.
- Moll, Jaime (1974): «Diez años sin licencia para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla». En: *Boletín de la Real Academia Española*, LIV, pp. 97-103.
- (1979): «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro». En: *Boletín de la Real Academia Española*, LIX, pp. 49-107.
- Monforte y Herrera, Fernando de (ed.) (1622): *Relación de las fiestas que ha hecho el colegio imperial de la Compañía de Jesús de Madrid en la canonización de san Ignacio de Loyola, y san Francisco Xavier por don Fernando de Monforte y Herrera*. Madrid: Luis Sánchez.
- Montero Reguera, José (1999): «Una amistad truncada: sobre Lope de Vega y Cervantes (esbozo de una compleja relación)». En: *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIX, pp. 313-336.
- (2006): «El nacimiento de la novela corta en España (la perspectiva de los editores)». En: *Lectura y signo*, I, pp. 165-175.
- Morales Ortiz, Alicia (2000): *Plutarco en España: traducciones de Moralia en el siglo XVI*. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Morón Arroyo, Ciriaco (1976): *Nuevas meditaciones del «Quijote»*. Madrid: Gredos.
- Nider, Valentina (1996): «Algo más sobre el problema textual de las *Migajas* de Quevedo». En: Arellano, Ignacio et al. (eds.): *Studia aurea. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse 1993)*. Navarra: Griso-Lemso, vol. III, pp. 369-376.
- Ojeda Calvo, María del Valle (2008): «*Que soy pobre y no Lucrecia*: la criada en algunas comedias urbanas del primer Lope de Vega». En: García Lorenzo, Luciano (ed.): *La criada en el teatro español del Siglo de Oro*. Madrid: Fundamentos, pp. 73-94.
- Orozco Diaz, Emilio (1973): *Lope y Góngora frente a frente*. Madrid: Gredos.
- (1992): *Cervantes y la novela del barroco*. Granada: Universidad de Granada.

- Oxford Latin Dictionary (1968-1982): *Oxford Latin Dictionary*. Oxford: Clarendon Press.
- Palau y Dulcet, Antonio (1948-1968): *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona: Librería Palau.
- Palomo, María del Pilar (1976): *La novela cortesana: forma y estructura*. Barcelona: Planeta.
- Penney, Clara Louisa (1965): *Printed books 1468-1700 in the Hispanic Society of America*. New York: The Hispanic Society of America.
- Pejenaute Rubio, Francisco (1996-1997): «*Femina, dulce malum: un "oxímoron" recurrente en la poesía latina medieval*». En: *Archivum*, XLVI-XLVII, pp. 347-370.
- Pérez de Montalbán, Juan (1999): *Obra no dramática*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Pérez Pastor, Cristóbal (1905): «Acuerdos de la Venerable Orden Tercera de Madrid referentes a D. Pedro Calderón de la Barca, su cronista. Junta de 9 de junio de 1652». En: Calderón de la Barca, Pedro: *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca*. [Madrid]: [Estab. Tip. De Fortanet], vol. I, documento núm. 115b, pp. 191-192.
- Perin, Joseph (1965 [1864-1926]): *Onomasticon: A-I auctore; cum appendice eiusdem*. En: Forcellini, Egidio: *Lexicon totius latinitatis ab Aegidio Forcellini lucubratum; deinde a Iosepho Furlanetto emendatum et auctum; nunc vero curantibus Francisco Corradini et Iosepho Perin emendatius et auctius melioremque in formam redactum*. Ed. facsímil: Patavii: Gregoriana edente [Bononiae: A. Forni], vol. V.
- Piña, Juan de (1907): *Casos prodigiosos y cueva encantada. Con estudio biográfico y crítico por Don Emilio Cotarelo y Mori*. Madrid: [Imp. Ibérica].
- Porqueras Mayo, Alberto (1957): *El prólogo como género literario, su estudio en el Siglo de Oro español*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1968): *El prólogo en el manierismo y barroco españoles*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1972a): «El problema de la verdad poética en el Siglo de Oro». En: Porqueras Mayo, Alberto: *Temas y formas de la literatura española*. Madrid: Gredos, pp. 94-113.
- (1972b): «El concepto de "vulgo" en la Edad de oro». En: Porqueras Mayo, Alberto: *Temas y formas de la literatura española*. Madrid: Gredos, pp. 114-127.

- Porres, Francisco Ignacio (ed.) (1646): *Escuela de discursos formada de sermones varios escritos por diferentes autores, maestros grandes de la predicación*. Alcalá: Imprenta de María Fernández.
- Pot, Oliver (2003): «Prologomènes pour une étude de la tempête en mer (XVIe-XVIIIe siècles)». En: *Versants*, XLIII, pp. 71-133.
- Profeti, María Grazia (1970): *Montalbán, un commediografo dell'età di Lope*. Pisa: Università di Pisa.
- (1996): *I viaggi della narrazione, la narrazione del viaggio*. En: Profeti, María Grazia et al. (eds.): *Raccontare nella Spagna dei Secoli d'Oro*. Firenze: Alinea, pp. 7-35.
- Quevedo, Francisco de (1966): *Obras en prosa*. En: Quevedo, Francisco: *Obras completas. Estudio preliminar, edición y notas de Felicidad Buendía*. Madrid: Aguilar, vol. I.
- Quintana, Francisco de (1627): *Historia de Hipólito y Aminta*. Madrid: Viuda de Luis Sánchez.
- (1635): *En las honras de Lope Félix de Vega Carpio. Sermón fúnebre. Hízolas la venerable Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid como hermano suyo, a siete de septiembre de mil y seiscientos y treinta y cinco. Predicole el Doctor Francisco de Quintana, su íntimo amigo, y de la misma Congregación*. Madrid: Imprenta del Reino.
 - (1636) [Francisco de las Coüeras]: *Histoire espagnole; ou se voyent les diuers effets de l'amour et de la fortune*. Paris: Antoine de Sommaville.
 - (1637): *Historia de Hipólito y Aminta*. Madrid: Luis Sánchez.
 - (1639): *Oración panegírica, o sermón fúnebre. Honores extremos del Doctor Juan Pérez de Montalbán. Cuidado afectuoso de su íntimo amigo, el Doctor Francisco de Quintana, Rector del Hospital de la Concepción, vulgarmente la Latina*. [s.l]: [s.n].
 - (1651) [Francisco de la Coveras]: *The History of Don Fenise. A new Romance. Written in Spanish by Francisco de la Coveras, and Now Englished by a Person of Honor*. London: Humphrey Moseley.
 - (1654): *Il Feniso, overo Avvenimenti d'Amore e di Fortuna, portato dalla lingua spagnuola da Bartolomeo dalla Bella*. Venetia: Combi e la Nou.
- Randall, Dale B. J. (1963): *The Golden Tapestry: a Critical Survey of non Chivalric Spanish fiction in English Translation (1543-1557)*. Durham, North Carolina: Duke University Press.

- Remírez de Arellano, Luis (ed.) (1634): *Avisos para la muerte escritos por algunos ingenios de España, recogidos y publicados por Don Luis Remírez de Arellano*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- Rennert, Hugo Albert (1912): *The Spanish Pastoral Romances*. Baltimore: Modern Language Association of America.
- Rey Hazas, Antonio (1982): «Introducción a la novela del Siglo de Oro, I. (Formas de narrativa idealistas)». En: *Edad de Oro*, I, pp. 65-105.
- (1990): «El erotismo en la novela cortesana». En: *Edad de Oro*, IX, pp. 271-288.
- (1991): «El bandolero en la novela del siglo de Oro». En: Martínez Comeche, Juan Antonio (ed.): *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro. Le bandit et son image au Siècle d'Or*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid-Casa de Velázquez; Paris: Publications de la Sorbonne, pp. 201-215.
- (1995): «Madrid en *Sucesos y prodigios de amor*: la estética novelesca de Juan Pérez de Montalbán». En: *Revista de literatura*, LVII, 114, pp. 433-454.
- (2005): «Cervantes y Lope». En: Rey Hazas, Antonio: *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*. Madrid: Eneida, pp. 61-82.
- Rico, Francisco (1967) (ed.): *Lazarillo de Tormes. Guzmán de Alfarache. Edición, introducción y notas de Francisco Rico*. En: Rico, Francisco (ed.): *La novela picaresca española*. Barcelona: Planeta.
- (1968): «Prólogo». En: Vega, Lope de: *Novelas a Marcia Leonarda. Edición, prólogo y notas de Francisco Rico*. Madrid: Alianza.
- (2005): *El texto del «Quijote»: preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Barcelona: Destino.
- Ripoll, Begoña (1991): *La novela barroca: catálogo bio-bibliográfico (1620-1700)*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Ripoll, Begoña/Flor, Fernando Rodríguez de la (1991): «Los cien libros de novelas, cuentos, historias y casos trágicos de Pedro Joseph Alonso y Padilla». En: *Criticón*, LI, pp. 75-97.
- Rodríguez Cuadros, Evangelina (1986): «Introducción biográfica y crítica». En: Rodríguez Cuadros, Evangelina (ed.): *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII. Edición, introducción y notas de Evangelina Rodríguez Cuadros*. Madrid: Castalia.
- Rolfe, Franklin (1934): «On the Bibliography of Seventeenth Century Prose-Fiction». En: *Publication of the Modern Language Association of America*, XLIX, 4, pp. 1071-1086.

- Román, María Isabel (1981): «Más sobre el concepto de “novela cortesana”». En: *Revista de Literatura*, XLIII, 85, pp. 141-146.
- Romera-Navarro, Miguel (1929): «Lope y su defensa de la pureza de la lengua y estilo poético». En: *Revue hispanique*, LXXVII, 171-172, pp. 287-381.
- (1935): «Las disfrazadas de varón en la comedia». En: *Hispanic Review*, II, 4, pp. 269-286.
- Rosales, Luis (1996): *Cervantes y la libertad*. En: Rosales, Luis: *Obras completas*. Madrid: Trotta, vol. II.
- Roubad, Sylvia/Joly, Monique (1985): «Cartas son cartas. Apuntes sobre la carta fuera del género epistolar». En: *Criticón*, XXX, pp. 103-125.
- Ruiz, Reina (2008): «La criada en la comedia del Siglo de Oro: ejemplos, variaciones y denominados comunes». En: García Lorenzo, Luciano (ed.): *La criada en el teatro español del Siglo de Oro*. Madrid: Fundamentos, pp. 113-124.
- Russell, Peter E. (1978): *Temas de la Celestina y otros estudios: Del Cid al Quijote*. Barcelona: Ariel, pp. 206-239.
- Salinas, Pedro (2005): «La mejor carta de amores de la literatura española». En: García Sánchez, Jesús: *La Generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor, pp. 39-56.
- Salvá y Mallén, Pedro (1872): *Catálogo de la Biblioteca de Salvá, escrito por D. Pedro Salvá y Mallén y enriquecido con la descripción de otras muchas obras, de sus ediciones, etc.* Valencia: Ferrer de Orga.
- Salzman, Paul (1986): *English Prose Fiction: 1558-1700. A Critical History*. Oxford: Oxford University Press.
- Samonà, Carmelo (1990): «Poesia, teatro: un incontro di forme. L'esperienza cultista nell'età di Lope». En: Samonà, Carmelo: *Ippogrifo violento. Studi su Calderón, Lope e Tirso*. Milano: Garzanti, pp. 109-187.
- Sánchez Cobos, María Dolores (2002): «La imprenta en Jaén en el siglo XVII». En: Rincón González, María Dolores et al. (eds.): *Imprentas y librerías en el Jaén renacentista. Catálogo de la exposición: Jaén, Palacio de Villardompardo, 11 noviembre-4 diciembre 2002*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, pp. 27-46.
- (2005): *La imprenta en Jaén (1550-1831)*. Jaén: Universidad.
- Sánchez Escribano, F. Javier (1987): «La versión inglesa de “Experiencias de Amor y de Fortuna” de Francisco de Quintana

- (1651)». En: Santoyo Mediavilla, Julio César/Verdaguer, Isabel: *De clásicos y traducciones: versiones inglesas de clásicos españoles (s. XVI-XVII)*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, pp. 189-204.
- Sánchez Martínez, Rafael (2006): «El teatro en el arte narrativo de Lope de Vega». En: *Tonos digital*, XII.
- Sánchez, José (1961): *Academias literarias del Siglo de Oro español*. Madrid: Gredos.
- Schwartz, Lía (2000): «La retórica de la cita en las *Novelas a Marcia Leonarda* de Lope de Vega». En: *Edad de Oro*, XIX, pp. 265-285.
- Sedeño, Juan (1997): *Poesía originale. Edizione critica, studio introduttivo e commento a cura di Giuseppe Mazzocchi*. Viareggio: Mauro Baroni.
- Serés, Guillermo (1996): *La transformación de los amantes: imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica.
- Simón Díaz, José (1975): *Cien escritores madrileños del Siglo de Oro. Notas bibliográficas*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.
- Sløtjoe, Leif (1962): «Sobre el tópico de los ojos verdes». En: *Strenae: Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 445-459.
- Sobejano, Gonzalo (1978): «La digresión en la prosa narrativa de Lope de Vega». En: *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*. Oviedo: Universidad, vol. II, pp. 479-494.
- Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel (1988): *La novela bizantina española. Apuntes para una revisión del género*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- (1990): «Narrativa áurea, erotismo contenido. El caso de los peregrinos enamorados». En: *Edad de Oro*, IX, pp. 311-321.
- (1991): «El Grao de Valencia en los orígenes de la dramaturgia barroca». En: *Anuario de Estudios filológicos*, XIV, pp. 475-490.
- Ticknor, George (1854): *History of Spanish Literature*. New York: Harper & Brothers.
- Tixier de Ravisi, Jean (1555): *Ioannis Ravisii Textoris Nivernensis Epithetorum Opus Absolutissimum*. Basileae: Nicolaum Brylingerum.
- Trovato, Paolo (2009): *Con ogni diligenza corretto*. Ferrara: Unifepress.

- Val, Joaquín del (1933): «La novela española en el siglo XVII». En: Díaz Plaja, Guillermo (ed.): *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Barna, pp. LXXIII-LXXIV.
- Valladares Reguero, Aurelio (2002): «La imprenta en Baeza en el primer tercio del siglo XVII». En: Rincón González, María Dolores et al. (eds.): *Imprentas y librerías en el Jaén renacentista. Catálogo de la exposición: Jaén, Palacio de Villardompardo, 11 noviembre-4 diciembre 2002*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, pp. 47-58.
- Vega, Lope de (1620) (ed.): *Iusta poética y alabanzas iustas que hizo la insigne villa de Madrid al bienaventurado San Isidro en las fiestas de su beatificación*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- (ed.) (1622): *Relación de las Fiestas que la insigne Villa de Madrid hizo en la canonización de su Bienaventurado Hijo y Patrón San Isidro, con las Comedias que se representaron y los versos que en la Iusta poética se escriuieron*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- (1776-1779): *Colección de las obras sueltas, assí en prosa como en verso*. Madrid: Imprenta de Don Antonio de Sancha.
- (1968): *Novelas a Marcia Leonarda; edición, prólogo y notas de Francisco Rico*. Madrid: Alianza.
- (1973): *El Peregrino en su patria. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avale-Arce*. Madrid: Castalia.
- (1989 [1935-1943]): *Epistolario de Lope de Vega Carpio. Edición de Agustín G. de Amezáa*. Ed. facsímil: Madrid: Real Academia Española [Madrid: Real Academia Española].
- (2002): *Novelas a Marcia Leonarda; edición de Antonio Carreno*. Madrid: Cátedra.
- Vilanova, Antonio (1949): «El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes». En: *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XII, pp. 97-159.
- Viller, Marcel (1984): «Visions». En: Viller, Marcel (ed.) (1937-1995): *Dictionnaire de spiritualité: ascétique et mystique, doctrine et histoire*. Paris: Gabriel Beauchesne et ses fies.
- Vivó de Undabarrena, Enrique (2000): «La forma del matrimonio en el *Quijote*». En: Castán Vázquez, José María et al. (eds.): *“Hominum causa omne ius constitutum est”: escritos sobre el matrimonio en homenaje al prof. Dr. José María Díaz Moreno*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, pp. 725-744.
- Vossler, Karl (1933): *Lope de Vega y su tiempo*. Madrid: Revista de Occidente.

- (1946): *La poesía de la soledad en España*. Buenos Aires: Losada.
- Vosters, Simon Anselmus (1962): «Lope de Vega y Titelmans. Como el Fénix se representaba el universo». En: *Revista de literatura*, XXI, 41-42, pp. 5-33.
- (1977): *El manierismo de Lope de Vega y la literatura francesa*. En: Vosters, Simon Anselmus: *Lope de Vega y la tradición occidental*. Madrid: Castalia, vol. II.
- Ynduráin, Francisco (1969): *Lope de Vega como novelador*. Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- Yudin, Florence L. (1968): «The novela corta as comedia: Lope's *Las fortunas de Diana*». En: *Bulletin of Hispanic Studies*, XLV, 3, pp. 181-188.
- Zamora Lucas, Florentino (1941): *Lope de Vega censor de libros*. Larache: Artes Gráficas Boscá.
- (1961): *Lope de Vega: poesías preliminares de libros*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Zimič, Stanislav (1975): «Francisco de Quintana, un novelista olvidado, amigo de Lope de Vega». En: *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LI, 1-4, pp. 169-232.

Andrea Bresadola

Se ha ocupado de textos áureos y contemporáneos, en su vertiente tanto filológica como lingüística y literaria. Entre sus publicaciones cabe destacar la edición crítica de la comedia barroca *El honor en el suplicio* de José Arroyo y la del *Marcial en verso castellano*, el manuscrito que reúne el mayor número de páginas del poeta latino compuestos en España durante el Siglo de Oro.

www.unia.es

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

une

UNIÓN DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS ESPAÑOLAS
www.une.es

"Esta editorial es miembro de la UNE,
lo que garantiza la difusión y comercialización
de sus publicaciones a nivel
nacional e internacional".



9 788479 932268